

Fausta

3

Los Pardaiján

Miguel Zévaco



Lectulandia

Fausta es la segunda novela de la serie «Los Pardaillán» escrita por Miguel Zévaco, publicada por entregas en Le Petite République a partir de 1903 y editada en dos volúmenes en 1908. Este libro constituye el primer volumen de esta novela y corresponde al tercer volumen de la serie.

Después de las batallas heroicas relatadas en los primeros volúmenes; el caballero de Pardaillán, Francisco de Montmorency, su esposa y su hija, finalmente llegan al castillo de Montmorency, desgraciadamente sin el viejo Pardaillán quien ha muerto en el camino por las graves heridas que recibió.

Esta historia comienza en las afueras de París, más bien a todo galope, con el poco glorioso Enrique III que ha sido expulsado por el pueblo de París. Ahora, es el año de 1588. El rey de Francia, Enrique III, sucesor de Carlos IX se encuentra fugitivo... El caballero de Pardaillán está de vuelta en París... donde sus enemigos están a la espera; al encumbrado duque de Guisa, hay que sumar ahora a Fausta Borgia. Una increíblemente poderosa princesa italiana descendiente de los Borgia, (Lucrecia Borgia, el despiadado Rodrigo Borgia, [Papa Alejandro VI] y el Papa Calixto III). Fausta vive en un suntuoso palacio en París, más grande que la Ciudad del Vaticano y su inmensa riqueza es superior a la del Papa Sixto V. Criatura implacable y soberbia a la que ningún crimen puede detener si puede servir a sus grandiosas ambiciones. Un enemigo formidable para cualquiera.

Lectulandia

Miguel Zévaco

Fausta

Los Pardaillán - 3

ePub r1.0

Meddle-orhi 14.09.16

Título original: *La Fausta*
Miguel Zévaco, 1903
Traducción: Mario Martínez López

Editor digital: Meddle-orhi
Primer editor para Papyrefb2: elagarde
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ACLARACIÓN

En las traducciones al español hechas por las diferentes editoriales, la serie fue publicada en 27 episodios (*libros más pequeños que se continuaban entre sí*). Adicionalmente algunas editoriales han juntado tales episodios en grupos, y han publicado la serie en 7, 8 o 9 tomos. El problema aquí, es que el criterio para la agrupación, no buscó en ningún momento ofrecer al lector aventuras completas. Así que, cada uno de esos tomos no es una aventura completa y es necesario tener el siguiente tomo para enterarse del desenlace. Pero... ese tomo contiene también otros episodios que corresponden a la siguiente aventura, quedando ésta, también inconclusa en ese tomo.

En esta versión para papyrefb2, he decidido respetar la versión original, tal como fue publicada, en 5 partes y 2 libros completos en cada una de ellas, (véase la serie: «*Los Pardaillán*» al final del libro), tomando como base los originales en español de mi versión en papel y agrupando los episodios como indica la obra original, para ofrecer al lector, una aventura completa en cada libro.

Prólogo

DECORACIÓN: UNA NOCHE de primavera, perfumada, misteriosa y pura. Nos hallamos en el atrio de Nuestra Señora. La catedral acurrucada en la sombra, como una esfinge titánica y al otro extremo un palacio señorial de severa fachada.

En el balcón gótico, bajo la caricia del brillo de los astros, una blanca aparición, semejante a una virgen vaporosa, se destacaba en la vidriera. Palpitante seguía con la mirada en la oscuridad azulada a un elegante y altivo caballero que se alejaba.

Aquella joven era Leonor, única hija del barón de Montaignes: el ángel de piedad que, desde la trágica jornada de San Bartolomé, en que el viejo hugonote fue sometido al suplicio y cegado, le prodigaba inagotables consuelos.

Y aquel señor, a quien ella despedía apasionadamente, era su amante, el fastuoso y noble duque Juan de Kervilliers.

Lentamente, en cuanto hubo desaparecido éste, la joven se retiró pesarosa, cerró el balcón y en aquella estancia en que sus citas nocturnas transcurrían tan rápidas como los fantasmagóricos minutos de un sueño encantador, evocó el último episodio de su amor; hacía una hora, en aquel mismo lugar, suspendida al cuello de Juan, murmuró la más conmovedora y temible de las confesiones: iba a ser madre.

¡Cómo temblaba entonces! Porque el barón de Montaignes, el ciego que en aquel momento dormía con tal tranquilidad y confianza, aquel padre a quien ella adoraba, ¿cuál no sería su vergüenza? ¿Qué haría en cuanto lo supiera?

Leonor entreveía una catástrofe.

Al oír las primeras palabras, Kervilliers se puso lívido, de dicha sin duda, porque le dio un fuerte abrazo y le reiteró su formal promesa; el viejo no sabría nada. La falta reparada a tiempo sería de todos ignorada. Al día siguiente Juan hablaría y Leonor sería, desde entonces, su prometida y al cabo de pocos días su mujer.

He aquí lo que acababa de pasar, y a la sazón, en aquella habitación llena de recuerdos del amante, Leonor sentía felicidad inefable.

Estaba segura de Juan, como lo están todos los hombres del sol que brilla en el firmamento. Su pecho se hinchaba aspirando el aire embalsamado y su cerebro sentía un éxtasis de felicidad. Y no sabiendo a quién confiar el exceso de felicidad que desbordaba, lo confió todo al ser que al cabo de algunos meses llegaría al mundo. Y sonreía al porvenir, a aquel inefable mañana que...

De pronto se oyó un gran ruido. Acababa de romperse un vidrio del balcón a impulso de una piedra envuelta en un papel, que fue a caer en la estancia.

Leonor se quedó de pronto inmóvil, llena de estupor y espanto, más luego se tranquilizó.

Aquel papel la fascinaba y atraía. ¿Una carta? ¡Oh!, no la leería. La devolvería a las tinieblas de donde procedía. Por fin se bajó, la cogió y después de alguna vacilación la abrió. La leyó de una ojeada y al enterarse del contenido palideció.

El papel se cayó de sus heladas manos y su mirada se oscureció como si la tapara

un velo, al mismo tiempo que sus labios proferían una exclamación llena de tristeza. ¿Qué había leído? Helo aquí:

Monseñor el obispo, príncipe Farnesio, que mañana celebrará la fiesta de Pascua en Nuestra Señora, es el único que puede decirnos el por qué Juan, duque de Kervilliers, no se casará nunca con vos..., nunca.

¿Quién había arrojado la piedra? ¿Un celoso? ¿Un enemigo de raza? ¿Tal vez un envidioso? ¡Qué importa! El delator es un comparsa en nuestro relato, uno de esos seres oscuros que se arrastran y cuyas acciones nadie observa, aun cuando muchas veces siembran la muerte.

Mientras aquel ser, quienquiera que fuese, escuchaba y miraba, en tanto que la hija de Montaignes, llena de desesperación, lloraba amargamente, el duque de Kervilliers, entrando en su casa, caía de rodillas ante un retrato de Leonor, y decía sollozando:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué va a ser madre? ¿Lo he entendido bien? ¡Perdida! ¡Oh, está perdida! ¿Y yo? ¡Ah, miserable! ¿Por qué no huí al observar que el amor se apoderaba de mi corazón? ¿Por qué no me he muerto antes? Y pensar que ella me espera para que mañana hable a su padre. ¿Qué hacer? ¡Huir, huir vergonzosamente, huir desde mañana mismo!

Al toque de misa mayor de aquel domingo de Pascua de 1573, Leonor entró en la catedral a la que, como hija de hugonotes, no había concurrido antes.

Acababa de vivir horas de inolvidable tortura y mil suposiciones horribles habían atravesado su mente. ¿Acaso Juan estaba casado con otra? Pero el obispo iba a contestarle.

En la iglesia se detuvo desfallecida y consciente apenas de lo que hacía. Su razón y su mirada vacilaban. De pronto se fijó en el altar mayor, a través de la inmensa nave, en donde en el esplendor de los cirios, rodeado de brillantes casullas y cubierto de oro, entonaba el *Kyrie* el príncipe Farnesio, delegado del Papa.

Leonor echó a andar y con lentos esfuerzos consiguió franquear el paso. Pero en cuanto llegó al coro, estaba ya sin fuerzas. La sostenía una idea fija: esperar que la ceremonia terminara, interrogar al obispo, arrancarle su secreto y persuadirse de este modo de si Juan se había burlado de ella.

Diez pasos a lo sumo le separaban del príncipe obispo. Vuelto hacia el tabernáculo oficiaba con gestos llenos de solemne dignidad hierática. Aquel hombre, sin duda, estaba muy por encima de las miserias humanas y con toda seguridad no mentiría.

A la sazón Leonor tenía miedo. La pobre temblaba. La proximidad de la horrible revelación la asustaba, y para cobrar ánimo se aferraba al recuerdo de su amor, deseando conservar la ilusión unos minutos más; quiso retroceder, marcharse, salir, pero entonces sonó la campanilla para la elevación.

Reinó un gran silencio y todos los asistentes a la misa se prosternaron. Leonor permanecía en pie jadeante y tan pálida, que parecía como si la muerte la hubiera

rozado con sus alas.

Monseñor Farnesio cogió el viril de la custodia, y lleno de majestad se volvió hacia los fieles.

Una terrible sacudida agitó a Leonor de los pies a la cabeza. ¡Aquel obispo, la extraña juventud de aquel rostro de prelado, aquel brillo de los ojos, aquella notable belleza!... ¡ella los conocía!

Era...

¡Aquel obispo!... ¡No, la alucinación era sobrado grande e insensata! ¡Era preciso ver desde más cerca! Entonces la pobre se aproximó con rápido paso, franqueó la reja y...

Un impulso supremo la empujaba. Jadeante subió las gradas del altar y sus manos convulsivas cayeron en los hombros del obispo y un grito desgarró el silencio.

—¡Dios mío! ¡Juan! ¿Eres tú? ¡Tú!

E hizo un gesto de maldición suprema.

Luego, inanimada, cayó a través de las gradas, a los pies del obispo petrificado, blanco como el mármol.

Se desencadenó una tempestad de rumores.

—¡Profanación! ¡Sacrilegio!

Y todos se precipitaron a Leonor y la cogieron.

Y mientras se la llevaban para confinarla al fondo de un calabozo, el príncipe Farnesio, duque de Kervilliers, el obispo, el amante, rugía en lo más profundo de su conciencia.

—¡Condenado! ¡Maldito! ¡Estoy maldito!

En la plaza de la Grève, una brumosa mañana de noviembre, una enorme multitud se agitaba alrededor de un andamiaje construido con groseros puntales. Contra la estaca central estaba sentado un gigante silencioso, parecido a una formidable cariátide de Miguel Ángel. Era maese Claudio, el verdugo. Aquel siniestro esqueleto de maderos era el catafalco. Y aquel pueblo que había acudido de los cuatro puntos de París, estaba allí para ver morir a Leonor, condenada por *mentira diabólica* y *calumnia herética* hacia el obispo.

El proceso había durado seis meses. El mismo día en que Leonor fue detenida en Nuestra Señora, el barón de Montaigues se mató de una puñalada en el corazón. Presunto cómplice del escándalo, según afirmaba el tribunal, escapó así de la justicia de los hombres.

En cuanto a la acusada, contestaba a todas las preguntas con miradas sin vida; su alma estaba muerta, de modo que el verdugo sometería al suplicio solamente a un cuerpo. Estaba condenada e iba a morir.

Dieron las nueve y, al mismo tiempo, empezaron a doblar a muerto las campanas y se oyó el *De profundis*; era el cortejo fúnebre formado por los monjes, las cofradías, los penitentes que salmodiaban, el médico jurado, los guardias y el gran preboste. Luego, sostenida por dos sacerdotes, con los cabellos sueltos, los pies, desnudos y la

cabeza inclinada sobre el hombro, iba Leonor...

Tras ella, a la que rodeaban varios inquisidores, envejecido, triste y descompuesto, iba el amante Juan, cumpliendo una orden implacable, emanada del Santo Oficio de Roma. Era necesario que su presencia e indiferente actitud probaran a las gentes que la hereje había mentido al acusar a un obispo en las gradas del altar de Dios.

Profundos remolinos agitaban a la multitud. Leonor acababa de detenerse ante la horca.

El príncipe Farnesio cerró los párpados y se irguió. Todas las frentes se descubrieron. Prolongado murmullo de compasión se levantó entre la multitud al ver a una mujer tan joven y hermosa que iba a morir de tan vergonzosa muerte.

De pronto reinó espantoso silencio al observar que el gran preboste hacía la seña fatal.

El verdugo se adelantó, su ancha mano cayó sobre el hombro desnudo de la condenada y cogiéndola la arrastró. Se preparó entonces a pasarle la cuerda por el cuello. El instante era atroz.

En aquel momento supremo, Leonor, por un espasmo que la desasíó de la presión del ministro de la muerte, cayó al suelo con las manos apoyadas en los flancos. Y sucesivamente dos gritos breves, estridentes y desgarradores salieron de sus crispados labios.

Y todas las madres presentes en la plaza de la Grève se estremecieron de horror, porque aquellos clamores no eran el gemido del último instinto ante la muerte, sino el grito terrible y sublime del sufrimiento ante la creación.

Aquella mujer que iba a morir en la cuerda que se balanceaba, era presa de los dolores del parto.

Claudio, el verdugo, retrocedió. El médico jurado acudió y se arrodilló ante la paciente. Y cuando se levantó de nuevo, el pueblo, que rodeaba el catafalco en que estaba Leonor postrada, inerte y desvanecida, vio un pequeño ser que lloraba y tendía sus manecitas hacia la inmensa multitud como proclamando su inocencia y solicitando gracia.

—¡Es una niña, es una niña! —gritó una mujer.

La multitud, rodeando aquella recién nacida tan débil y abandonada, quedóse un instante perpleja. Luego desbordó la piedad y estalló por fin con la furia de un torrente que se precipita desde lo alto de una montaña. Entonces se oyó una tempestad de emoción suplicando, amenazando y exigiendo misericordia para la madre. El gran preboste vaciló y luego, convencido por la inmensa compasión del pueblo, dio una orden. Se concedía la vida a la madre. Un delirio de alegría se apoderó de la multitud. Los hombres lloraban y mujeres que no se conocían entre sí, se abrazaban. Leonor, sin conocimiento, fue transportada en una parihuela, y la niña...

La niña se quedó allí; pues la condenada no tenía derecho a criar su hija en la

prisión. La inocente criatura fue abandonada a la caridad pública y durante una hora estuvo expuesta en el mismo lugar en que naciera, es decir, sobre el patíbulo. La multitud se aproximó, los grupos desfilaron mirando a la sazón con supersticioso temor a la pobre niñita que esperaba la caridad que le proporcionará una madre. Todos la compadecían; la lástima se apoderaba de todos los corazones, pero nadie se atrevía a adoptarla. Era la hija de un hereje, de un criminal. Sería la desgracia de una casa.

¿Y Farnesio, Juan de Kervilliers, el padre? Estaba allí, jadeante, bañada la frente de sudor frío, devorando con los ojos aquella carne de su carne, encorvado encadenado por la espantosa obediencia de las terribles órdenes superiores. Hubiera querido tomar a su hija, llevársela, pero no podía, no debía hacerlo. En cuanto a la madre había sido perdonada y la hija moriría allí sin duda alguna. Pero no, alguien, por fin, apiadado se acercó a ella, se inclinó y la cogió murmurando:

—¡Pobre violeta nacida al pie del árbol de la infamia! ¡Nadie te quiere! Pero yo te recojo. Ven, serás mi hija.

Entonces, con precauciones delicadas y tiernas, aquella persona envolvió a la pobre abandonada en un pliegue de su capa, y mientras el obispo, lleno de desesperación y contenido por los inquisidores, rompía en sollozos y tendía los brazos, aquel hombre se marchó lentamente llevándose a la hija del príncipe Farnesio. ¡Y aquel hombre era el verdugo!

LA SALA DE LAS EJECUCIONES

I - Violeta

EN LA MAÑANA del 12 de mayo de 1588, seis caballeros parecidos a otras tantas aves asustadas huyendo de la tempestad, subían al galope las alturas de Chaillot. Sobre la cima, su jefe se detuvo. Pálido de desesperación, se volvió hacia París, que contempló por algunos instantes.

Extraños rumores, sordas detonaciones de arcabuzazos llegaron a él en alas del viento, parecidas a la resaca lejana del agitado mar, o al tumulto de un pueblo furioso. Ronco grito salió de su garganta y sus puños se tendieron con gesto amenazador. Se puso en pie sobre los estribos como para mejor lanzar un anatema y profirió estas palabras que se llevó el viento y recogió la Historia:

—Ciudad ingrata y desleal a la que he amado más que a mi propia mujer. ¡Tiembra, porque no entraré en tus muros sino a través de la brecha!

En aquel momento aparecieron dos jinetes: uno, de algo más de treinta años, tenía aspecto de vigor admirable y una de esas fisonomías audaces y burlonas que producen en quien las ve impresión imborrable, y el otro aparentaba tener dieciocho años y era esbelto, gracioso y dotado de extraordinaria belleza.

Los cinco fieles que, muy pálidos, rodeaban al fugitivo, viendo detenerse a aquellos dos desconocidos trataron de arrastrarlo, pero él, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Maldición! ¡Todo me abandona! ¡Oh! ¿Quién tendrá lástima de mí?

—¡Yo! —exclamó una voz sonora.

El fugitivo vio al más joven de los dos extranjeros que avanzaban y un terror súbito, inexplicable, agrandó sus ojos, mientras sus manos se agitaron en el vacío como para rechazar una horrorosa visión, mientras sus labios proferían:

—¡Tú! ¡Tú, Carlos! ¿Acaso, hermano, has salido de la tumba para maldecirme?

—Os engañáis —contestó el desconocido—. No soy el que evoca vuestro remordimiento. No soy Carlos IX.

—¿Quién eres, pues?

—Su hijo. Soy Carlos, duque de Angulema.

—¡Ah! —exclamó el fugitivo—. ¿Eres el hijo de María Touchet y de Carlos? ¿El bastardo de Angulema? Pues bien, habla. ¿Qué me quieres? ¿Qué quieres pedir a Enrique III, rey de Francia?

—Voy a decíroslo. He salido de Orleáns para hablaros cara a cara. Hace ocho días, señor, que he llegado a mi mayoría de edad. Aquel día mi madre me condujo a su habitación y me enseñó un retrato que siempre había visto cubierto por un velo y reconocí en él a Carlos IX.

—¡Mi hermano! —balbució Enrique III.

—Sí, vuestro hermano. Entonces mi madre se arrodilló y me contó cómo había muerto el hombre a quien ella adoraba. Supe así cual fue la agonía de mi padre y supe también que, desesperado, cada uno de los suspiros de su última hora fue una

acusación terrible contra tres verdugos, tres demonios que ella me designó. Y he partido para decir al duque de Guisa: «*Traidor y rebelde, ¿qué has hecho de tu rey?*».

—¡Guisa! —rugió Enrique—. Le hallarás en mi palacio y tal vez en mi trono.

—He salido para decir a Catalina de Médicis: «*Madre infame y sin entrañas, ¿qué has hecho de tu hijo?*».

—¡La reina madre! —exclamó Enrique—. La hallarás en las prisiones de Guisa.

—He salido también al encuentro de Enrique de Valois, rey de Francia, para decirle lo que debieron preguntar los hijos de Abel a su tío: «*Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?*».

A este último apóstrofo, el rey, con violenta sacudida, hizo retroceder su caballo. Luego se replegó sobre sí mismo agitado por mortal temblor y repitió sordamente:

—¡Caín!

Entonces se oyó un clamor entre los cinco caballeros que vociferaron:

—El rey siempre es el rey. ¡Viva el rey! ¡Muera el atrevido!

Y al mismo tiempo desenvainaron las espadas. En aquel instante el compañero del duque de Angulema saltó furioso al centro del grupo, desenvainó una larga espada que a la luz del sol naciente despidió un relámpago, y con gran calma dijo:

—Señores, este asunto es de familia. Dejad que tío y sobrino se expliquen a su placer o si no voy a creer que también sois de la familia y, en tal caso, me figuraré que yo también pertenezco a ella.

Los cinco se adelantaron llenos de furor y las espadas iban a cruzarse, cuando el rey hizo una seña imperiosa. Los caballeros se detuvieron murmurando:

—Nos volveremos a ver en caso de que no ocultéis vuestro nombre.

—Señores —dijo el forastero con gran frialdad y sin hacer caso de la insolencia de las palabras que acababa de oír—. Mi nombre y mi espada están siempre a vuestra disposición. Soy el caballero de Pardaillán.

Los cinco hombres se estremecieron y aquel nombre, pronunciado con glacial sencillez, les recordó heroicas hazañas, porque repitieron con acento de admiración y espanto:

—¡El caballero de Pardaillán!

Éste no pareció haber observado el prodigioso efecto que su nombre había producido. Se retiró como si aquella escena violenta hubiera dejado de interesarle. Y silbando entre dientes un aire de caza del tiempo de Carlos IX, se puso a examinar una tropa de caballería que saliendo de París se acercaba a Chaillot sin apresurarse mucho.

El duque de Angulema no se había movido y Enrique III, sombrío como la imagen del remordimiento, se volvió hacia él.

—Joven —dijo—. Faltaba a mi desgracia el haberos encontrado en el camino del destierro. Rogad al cielo que el día en que me siente de nuevo en mi trono pueda olvidar que me habéis insultado en mi desgracia.

—Ése día me erguiré sobre las gradas de vuestro trono, y arrancándoos vuestro

manto real, gritaré: «*He aquí a Caín, que mató a su hermano*».

Enrique III se mordió los puños.

—Hasta entonces —continuó Carlos— no puedo odiaros. Sólo tenéis derecho a mi lástima. París os echa. No sois más que una sombra del rey. Id, pues, señor, porque vienen en persecución vuestra. Mirad. Hasta que volváis a ser rey de Francia el hijo de Carlos IX os perdona.

Enrique III pálido de rabia, balbució algunas palabras que se confundieron en un sollozo, pero sus fieles, divisando la caballería que salía de París, cogieron el caballo del monarca y lo arrastraron. Muy pronto el grupo desapareció como una nube de polvo que levanta el huracán.

Carlos de Angulema se quedó pensativo con los ojos fijos en París. ¿Qué pasaba en su alma? ¿Por qué aquel joven no dirigía una última mirada de odio hacia el rey a quien acababa de dirigir tales palabras?

Sí. ¿Por qué aquella mirada, que hubiera debido lanzar relámpagos, se sentía atraída hacia la gran ciudad como por un imán de ternura? Un nombre salió de sus labios con infinita ternura.

—¡Violeta!

Poco a poco, por grados, los últimos reflejos de los sentimientos violentos que acababan de agitarlo, se apagaron en su semblante que iluminó entonces una dulce sonrisa, y con extasiada voz murmuró:

—¡París! Sí, vengo a buscar la venganza, pero también el amor. ¡Insensato! Atrévete a confesar que si Violeta estuviera en Orleáns tú no estarías en París. ¡París! Aquí voy a encontrarte, hermosa desconocida que te apoderaste de mi alma. ¡Violeta! ¡Dulce Violeta de amor!^[1]

En aquel momento el caballero de Pardaillán se acercó a él y le tocó el hombro. Con un ademán señaló a la ciudad entera y, mirando a los ojos al hijo de Carlos IX, exclamó:

—Un trono que conquistar, monseñor.

Carlos de Angulema se sobresaltó al volver a la realidad y murmuró:

—¡Un trono! ¿Pensáis acaso en apoderaros de él?

—No para mí, monseñor —dijo el caballero con tranquilidad—. Tengo otras cosas que hacer, como por ejemplo, decir dos palabritas a un tal Maurevert, a quien busco hace una eternidad. Y, además, necesito asientos sólidos; este trono está demasiado carcomido y ¡quién sabe si se hundiría si me diera la... idea de sentarme en él!

Tal vez el duque de Angulema, como los caballeros de Enrique III, conocía el formidable pasado de aquel hombre, porque las enormidades que dijo le parecieron muy naturales viniendo de él.

—Pero vos —continuó el caballero—, vos podéis y debéis.

—¡Pardaillán! ¡Pardaillán! ¿Qué decís? —exclamó el joven duque impresionado.

—Digo sencillamente que Enrique de Valois ya no es rey de Francia y que

Enrique de Guisa sólo es rey de París. Que Enrique de Navarra dirige a la ciudad su mirada de halcón que busca una presa. Digo que éstos son tres pretendientes a la misma corona y que me gustaría mucho servirme de ella para ponerla en vuestra cabeza, pagando así a vuestra madre mi deuda de agradecimiento.

Dichas estas palabras, Pardaillán tomó un sendero que rodeaba la ciudad y atravesaba los caseríos de Roule y de Monceaux, para llegar por fin al pueblo de Montmartre.

—¡Violeta! —exclamó el joven—. ¿Por qué no tendré un trono para ofrecértelo?

Y palpitante, deslumbrado por lo que entreveía, Carlos de Angulema siguió a su compañero en el momento en que el grueso de los jinetes que habían salido de París subía la pendiente de Chaillot. El que iba al frente de los perseguidores era un hombre de unos treinta y ocho años, magníficamente vestido, de alta estatura, hermoso rostro, gesto altivo, fisonomía dura y la frente cruzada por la cicatriz de una antigua herida. Era Enrique de Lorena, duque de Guisa.

—Señores —dijo deteniéndose—. El rey está ya lejos. Tenemos que renunciar a la esperanza de restituirlo a sus súbditos.

—Decid una palabra —exclamó en voz baja un hidalgo que a su lado estaba— y dadme diez buenos caballos y lo traigo vivo o muerto.

—¿Estáis loco, Maurevert? —susurró el duque en el mismo tono—. Dejémosle huir. Vamos, señores —añadió en voz alta—. Hemos hecho cuanto nos ha sido posible. ¡Hola! ¿Quién es esa figura diabólica?

En aquel momento, en efecto, desembocaba en la altura, por un camino, un grande y pesado vehículo desballestado, chirriante y estropeado por la lluvia y el sol, arrastrado por un caballo esquelético.

Y al lado del animal andaba una gitana que llevaba una máscara roja y con extraña nobleza su traje chillón, rodeado por una capa sobre la cual caían sus cabellos de un color rubio magnífico. Con su porte de reina y su paso automático y su máscara roja, era una aparición capaz de hacer estremecer a cualquiera.

—¿Quién eres? —preguntó el duque de Guisa dirigiendo a ella su caballo—. ¿Sales del infierno o vuelves a él?

La gitana se detuvo, pero no contestó una sola palabra.

—¡Por el cielo! —exclamó el duque—. Creo que esta gitana se burla.

Y antes de que dijera nada más, salió del interior del vehículo una melodía: una voz de incomparable pureza cantaba con gran dulzura. Se acompañaba con una guitarra, cuya sorda sonoridad hacía vibrar con profunda emoción.

El duque de Guisa palideció de pronto y escuchaba como presa de un Conjuro mágico.

—¡Oh, esa voz! ¡Es la suya, es ella! Bruja, ¿quién canta ahí? Habla, ¿eres sorda o muda?

En aquel momento salió un hombre del vehículo e hizo a Guisa una reverencia exagerada e irónica.

—¡El gitano Belgodere! —murmuró Enrique de Guisa enrojeciendo.

Y tratando de ocultar la violenta emoción que le había sobrecogido, preguntó:

—Dime, gitano; ¿quién es esta mujer que lleva un antifaz, más silenciosa que la noche y más misteriosa que una tumba?

—Perdonadla, monseñor; es Salzuma, una pobre loca a la que recogí un día en que salía de la cárcel. Su locura consiste en llevar siempre oculto el semblante para que nadie pueda, según dice, observar su vergüenza. No obstante os dirá la buenaventura.

—No hay necesidad. ¿Y tú quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

—¿De dónde vengo, monseñor? Del fin del mundo. ¿Adónde voy? A París, al centro del mundo. ¿Quién soy? Belgodere, primero y único de este nombre, titiritero, tragador de sables, prestimano y bueno para cualquier cosa. ¿Queréis gozar de una representación? Os voy a enseñar...

—Calla, gitano. ¿No estabas en Orleáns hace tres meses?

—En efecto, monseñor —contestó Belgodere disimulando una sonrisa—. Estaba allí con toda mi compañía, comprendida la maravilla de las maravillas, la sin par Violeta, que cantando hechiza hasta las mismas rocas, como lo hacía el señor Orfeo, a las mismas fieras ¿qué digo?, y hasta a los mismos príncipes. Pero monseñor va a verla. ¡Violeta! ¡Violeta! Ven, por el diablo. ¡Ah, ya está aquí!

Y apareció una jovencita de unos quince años temblorosa ante los señores que la miraban.

—Ya estoy aquí, amo.

Un murmullo de admiración recorrió el grupo de caballeros que rodeaban al duque, el cual la miró deslumbrado.

—Sí, es ella —se dijo—. Experimento igual turbación que al verla por vez primera. ¡Por todos los santos! ¿Por qué me conmoveré de este modo? Esta hija de gitanos será mía si yo quiero.

Realmente, aquella hija de gitanos era una maravilla, como decía Belgodere. Era un fenómeno de gracia, con sus dorados cabellos parecidísimos a los de la gitana Salzuma, esparcidos sobre sus hombros semidesnudos, sus ojos de azul intenso en que parecía reflejarse la pureza de las auroras del estío, y aquella dignidad tímida que la hacía comparable a una flor silvestre.

Como viera que aquellos señores la miraban con tenacidad, bajó la cabeza. Entonces sus ojos hallaron los del duque de Guisa y profirió un grito de terror. Retrocedió para ocultarse tras las cortinas de cuero del vehículo, y corrió hacia una mujer que, tendida en un colchón y con la cabeza cerca de una ventana abierta al nivel del suelo, estaba lívida como una moribunda y respiraba penosamente.

—¡Madre! ¡Madre! ¡El hombre de Orleáns! —exclamó Violeta—. ¡Está allí! ¡Oh, tengo miedo! La desgracia me persigue.

Y aquel nombre de madre no parecía, en boca de Violeta, aquella niña exquisita, deber ser dirigido a aquella mujer; de facciones comunes, si bien llenas de bondad y

apenas afiladas por la tisis.

—¡Pobre niña! —exclamó—. Muy pronto ya no estaré a tu lado para protegerte. ¡Ojalá el cielo tenga lástima de ti y te haga hallar un salvador!

—¿Un salvador, madre? ¡Ay de mí!

—Espera, Violeta. Aquel joven que no se atrevió a dirigirte la palabra. Creo haber leído en su alma. Te ama.

Violeta dio un grito y ocultó su rostro en las manos.

—¡Violeta! ¡Violeta! —gritaba el gitano—. Espera, voy a buscarte.

—Deja la niña —ordenó el duque de Guisa—. Y ahora contéstame: ¿vas a París?

—Sí, monseñor y desde mañana, día del gran mercado de flores, estaré en la plaza de la Grève... con Violeta.

—Está bien; coge eso.

El bohemio se apoderó al vuelo de la bolsa llena de oro que el duque dejó caer. Enrique, entonces, se inclinó hacia el gitano.

—Esta bolsa contiene diez ducados de oro. Tendrás otras diez semejantes si ejecutas fielmente todo lo que vayan a ordenarte de mi parte.

Belgodere se inclinó hasta el suelo. Al erguirse vio al duque que, al frente de sus caballeros, emprendía el regreso a París. Entonces, mirando el vehículo en que se había amparado Violeta, dijo para sí:

—Ya tengo mi venganza.

II - La plaza de la Grève

EN EL FONDO de una vasta sala adornada con majestuosos tapices y muebles, en la sombra de un dosel de seda bordada en oro, estaba una mujer inmóvil en un sillón de ébano preciosamente tallado.

Más bien que una mujer, era un ser de prodigiosa belleza, resplandeciente y fatal. Tal vez una santa extática, una maga, o una cortesana oriental. Tenía ojos grandes y profundos, tan pronto de angustiosa dulzura, como de funesto brillo. En la suprema armonía de sus facciones y actitudes, observábase la violenta poesía de su alma, la majestad de una soberana, la noble voluptuosidad de una hetaira antigua, la dignidad de una virgen y la audacia de una amazona de los tiempos bárbaros.

Entonces entró un hombre vistiendo un rico y severo traje de caballero, de terciopelo negro. En su cara se advertían las señales de un dolor profundo. Se detuvo ante la espléndida desconocida e hincó la rodilla.

Ella no pareció asombrada de aquel homenaje real o religioso y con gesto de indescriptible autoridad tendió el brazo hacia una ventana abierta. El caballero se levantó y llevó al corazón su crispada mano.

—¡La plaza de la Grève! —murmuró—. ¡Qué horrorosos recuerdos despierta en mí! ¿Es necesario que la contemple de nuevo?

Entonces habló la desconocida y ningún epíteto podría traducir la fuerza de penetración de su voz.

—¡Cardenal! Acabo de daros una orden —exclamó—. ¡Obedeced!

El caballero se estremeció y como si en sus palabras no hubiera nada extraordinario contestó a aquella mujer:

—Obedezco a Vuestra Santidad.

¡Vuestra Santidad! ¡Igual tratamiento que al jefe de la Cristiandad! ¡Igual que al soberano Pontífice!

—Cardenal —dijo ella—. Acabáis de pronunciar una palabra terrible. No olvidéis que si en Roma soy la que decís, la heredera de la soberanía pontifical de Juana, aquí, en París, sólo soy la princesa Fausta, descendiente de Lucrecia Borgia.

¿Quién era aquella mujer que tenía gestos de emperatriz y hablaba como si hubiera ceñido en sus sienes la soberbia tiara?

¡Fausta! ¡La princesa Fausta! ¿Qué misterioso e increíble destino se ocultaba tras aquel nombre? ¿Y por qué con tal majestuosa autoridad evocaba el nombre de su terrible, prestigiosa y sombría abuela? ¡Lucrecia Borgia! ¡Borgia! ¡La mujer todopoderosa, la encarnación del terror y del asesinato! ¡Lucrecia! El amor y los delirios del crimen; los venenos y los besos; el brillo lívido de un meteoro en las fiestas trágicas en que los hombres morían asesinados por sus sonrisas.

¿Acaso todo aquel poder, terror y prestigio habían venido a reencarnarse en aquella mujer? Tal vez sí. Porque el hombre a quien daba el título de cardenal, aun cuando no llevaba traje religioso e iba armado de una espada, aquel hombre que

parecía acorazado por el orgullo de las viejas razas, cuyos ojos se iluminaban con una magnífica inteligencia y cuya frente proclamaba el intrépido orgullo, la escuchó como la leyenda bíblica nos muestra a Moisés escuchando la voz que salía de entre las nubes del Sinaí. Y en cuanto ella hubo hablado, una indescriptible veneración lo hizo inclinarse en actitud obediente.

Entonces, con acento de desesperación, fue a la ventana y, sobrecogido por extraño horror, se apoyó en el antepecho y miró a la plaza.

Era el día siguiente de la jornada de las barricadas, y París, que acababa de echar a su rey, París que no se había tranquilizado aún, humeando por el aire de la ciudad los arcabuzazos de la víspera, festejaba la llegada de las violetas y las rosas, porque en todo tiempo París fue amigo de los motines y las flores. Llena de sol y ruido, la Grève presentaba aquella radiante mañana de mercado anual un indescriptible movimiento de líneas y colores, una mezcla extraña de paseantes, vestidos con el traje del domingo, mendigos andrajosos, señores y juglares.

Sin duda el cardenal, que contemplaba aquella alegre feria, volvía de las tinieblas de su pasado evocando algún recuerdo espantoso, porque un sudor frío bañaba su frente. Pero sus ojos, de pronto, observaron en ambas extremidades de la plaza un doble movimiento de la multitud que lo hizo estremecer.

Por la derecha aparecía un vehículo destartado y sucio, arrastrado por un espectro de caballo, que hacía su entrada en la plaza. Era el de Belgodere que, según dijera al duque de Guisa, acudía a la feria de las flores.

Por la izquierda avanzaba un grupo de jóvenes señores cubiertos con corazas de búfalo y ciñendo la espada de guerra. Entre ellos, aventajándoles de casi toda la cabeza, aparecía más sombrío que la víspera el duque Enrique de Guisa, rey de París.

El temible capitán parecía no ver nada de lo que a su alrededor pasaba, y tampoco aquel respeto mezclado de temor que hacía inclinar las cabezas a su paso; y la angustia de aquella multitud atenta a sorprender qué pensamientos llenaban el cerebro del que tenía en sus manos el destino de una corona y de un pueblo. No veía más que a la gitana Salzuma que, envuelta en su manto y llevando un antifaz rojo, tenía cogida una brida del caballo y avanzaba lenta y automáticamente como enigma vivo. A su lado Belgodere se agitaba de una parte a otra, gritando al mismo tiempo:

—¡Se va a empezar! El espectáculo es libre. Todos pueden verlo. ¿Ver qué?, me preguntaréis. Por de pronto el gran leopardo relleno de paja que me regaló la reina de Nubia, y luego el célebre Croata aquí presente, que se alimenta de piedras. ¡Más aún!, veréis al ilustre Picuic que apaga la sed con estopas ardiendo. ¡Se va a empezar! ¡Acercaos todos!

Desde lo alto de la ventana, el cardenal había visto a Guisa dirigirse hacia Belgodere, el ser terrible yendo hacia el ser grotesco e infame. Sin abandonar su observatorio, se volvió hacia el sillón de ébano y dijo:

—Ya han llegado.

La misteriosa desconocida que se llamaba princesa Fausta, se levantó y con pasos

dignos de una diosa de mármol que descendiera de su pedestal, se acercó.

—¡Violeta! ¡Violeta! —gritaba en aquel momento Belgodere, al observar que el duque de Guisa se acercaba a él.

La niña, parecida a un rayo de luz de la aurora, apareció ante el vehículo, con los largos y rubios cabellos esparcidos sobre los hombros de nieve, y llevando pintado en el hermoso rostro el espanto y la timidez.

La princesa Fausta dirigió al duque una mirada en la que ardía la llama de un incendio. Luego sus ojos se dirigieron hacia Violeta y entonces sonrió.

—¡Enrique! —murmuró interiormente—. Enrique de Guisa, me perteneces. Tú serás rey porque yo quiero ser reina. Tiara y corona quiero, y ni mi frente ni mi voluntad vacilarán bajo este doble peso. Una vez dueña de Francia y de Italia, enlazaré el Universo. ¡Enrique, perezca, pues, todo lo que te impida amarme! ¡Perezca Catalina de Clèves, tu mujer, y muera también esa Violeta a quien adoras!

Y con voz breve, metálica y dura, exclamó:

—Cardenal, ha llegado la hora de obrar. ¿Veis ese hombre en quien se cifran grandes esperanzas? ¿Creéis, acaso, que piensa en el trono que ha conseguido gracias a nosotros, ni tampoco en los compromisos adquiridos para el día supremo? No, cardenal; desde hace tres meses, desde que en Orleáns viera una pobre niña gitana, cuya imagen lleva en el corazón, Guisa suspira y vacila, se nos escapa y está perdido para nosotros, si no le arranco del corazón la raíz de su pasión. Vedlo en el mismo instante en que nuestros correos van por todos los caminos de Francia para anunciar la caída de la dinastía de los Valois y cuando el mundo entero espera lo que hará este hombre. Miradlo; tembloroso, se detiene ante un carro de bohemios, presto a arrodillarse ante los pies de una mendiga nómada..., de esa Violeta.

El cardenal volvió su mirada hacia la adorable niña y se estremeció.

—¡Pobre inocente!

—La lástima es a menudo un crimen y siempre una debilidad —dijo la princesa Fausta con glacial acento—. ¡Tengo en mis manos de mujer la brillante espada de los arcángeles y hiero! Bajad, cardenal, y haced de modo que el gitano Belgodere me lleve a esta pequeña a mi palacio de la Cité.

Sin duda el cardenal sabía la espantosa sentencia que ocultaba esta orden, porque bajó la cabeza, extendió las manos y balbució:

—Herid, pues, ya que la muerte de esta desgraciada criatura es necesaria, pero ahorradme la espantosa necesidad de entregárosela yo mismo. ¡Ay! ¡No sabéis cuánta lástima me inspiran las jovencitas de esta edad!

—Cardenal —continuó ella con frialdad terrible—. Avisaréis a maese Claudio.

—¡El verdugo! —exclamó el cardenal—. Señora, señora, sois la representación del poder y de la soberanía. No me condenéis al horroroso suplicio de ver de nuevo al hombre que me arrancó el alma robando y dejando a mi...

—¡Silencio, cardenal Farnesio!

Hubo entonces tal acento de autoridad, en los labios de la princesa, que el

cardenal se tambaleó.

Entonces ella, calmada repentinamente, dijo con gran tranquilidad:

—Será esta noche a las diez. Id, cardenal, cumplid mi mandato y al mismo tiempo haced llegar esta carta al duque de Guisa.

El purpurado cogió el pliego sellado y luego, en extremo triste, salió del palacio.

—¡Ah! La maldición pesa sobre mí siempre. ¡Sigue, maldito! ¿Qué importa un crimen más en la fúnebre lista?

Ya en la plaza de la Grève, atravesó la multitud que formaba círculo, y se adelantó hacia Belgodere. En el pescante del vehículo estaba Violeta temblorosa. Al lado del caballo, Salzuma inmóvil y enigmática. En aquel momento el duque de Guisa se inclinaba hacia el gitano y le decía:

—Perro gitano, dentro de pocos momentos un gentilhombre te traerá mis órdenes. Ejecútalas si no quieres que te rompan los huesos.

—Estoy pronto, monseñor; ordenad.

—Bien, en ese caso tendrás algunos ducados y yo la muchacha. Ahora hazla cantar para que mi presencia aquí tenga un pretexto.

—En el acto. ¡Violeta! ¡Violeta!

Al oír que la llamaban, la joven se estremeció. No había visto a Guisa que con la cara congestionada la contemplaba. A lo lejos, en el fondo de la plaza, avanzaba un joven señor con los ojos fijos en ella. La doble mirada de los jóvenes cargada de efluvios magnéticos se buscaba y se cruzaba. Y aquel joven radiante de amor y juventud, era el hijo del rey Carlos IX, el duque de Angulema.

—¡Violeta! —vociferó Belgodere.

Lo interrumpió un grito terrible. Un grito de agonía y de espanto que salía del interior del vehículo.

—¡Mi madre! ¡Mi madre se muere! —balbució Violeta entrando de nuevo en el carro.

La agonizante a quien la joven daba el nombre de madre, con las manos crispadas sobre el colchón para incorporarse, y con los ojos fuera de las órbitas, tenía el rostro pegado a la ventanita, como fascinada por terrible aparición.

—¡Madre! ¡Madre! —sollozó Violeta.

—Señores —gritaba fuera Belgodere—. Un momento de paciencia y traigo a la cantante. Entre tanto la célebre Salzuma os dirá la buena ventura.

Ésta permanecía inmóvil. Sus brillantes ojos, tras la máscara roja, se fijaban con tenacidad en el cardenal Farnesio..., sobre el hombre enviado para preparar la muerte de Violeta. La gitana había divisado a aquel señor vestido de negro que entraba en el círculo, en el mismo momento en que resonaba el grito de la moribunda. El cardenal, por su parte, vio también a aquella mujer que llevaba una máscara roja. Y los dos se miraban semejantes a dos espectros que se interrogan acerca de cosas lejanas, terribles y misteriosas.

—¡Violeta! ¡Violeta! Ven enseguida —gritaba Belgodere, subiendo los escalones

que conducían al interior del carro.

—¡Madre! ¡Madre! —exclamaba la niña arrodillada al lado de la agonizante.

Ésta volvió entonces hacia la niña su rostro lleno de inmensa lástima.

—¡Tu madre! —dijo con dificultad—. Violeta, voy a morir y es necesario que sepas que no soy tu madre.

—¡Oh! —sollozó la joven desolada—. Sin duda sois presa de alguna alucinación. Recobrad vuestro entendimiento, madre.

—No soy tu madre. En cuanto a tu padre, Violeta, ¿crees que fue maese Claudio? ¿Lo crees, di? Pues Claudio tampoco es tu padre.

—¡La agonía se lo hace decir! —murmuró Violeta asustada—. ¡Es el delirio de la muerte!

—Tu madre —continuó la moribunda— no sé dónde está y en cuanto a tu padre, ¿quieres conocerlo? Pues bien, mira.

Y entre una convulsión, la moribunda trató de señalar al hombre al que dirigía tenazmente su mirada.

—¡Virgen santa! —balbució Violeta trastornada—. Apiadaos de mi madre.

En aquel momento una salvaje imprecación estalló en aquella escena conmovedora y Belgodere apareció, recogido sobre sí mismo, y apretando convulsivamente sus enormes puños. Se arrojó sobre la niña, la cogió por los hombros y con furioso gesto la puso en pie.

—¡Fuera! —gritó—. ¡A trabajar!

—Mira —gritó entonces la agonizante—. Mira y acuérdate.

—¡Maldita seas! —vociferó el gitano—. He aquí que Simona se mete en lo que no le importa. ¡Pero ya verás! —añadió dirigiéndose a ella.

Con violento empujón echó a Violeta al fondo del carro, y se precipitó sobre Simona, ya moribunda. La tendió sobre su camastro, y con una de sus manazas le tapó la boca, mientras que con la otra la cogía del cuello.

Simona se defendió algunos segundos. De pronto dio un suspiro breve, se estremeció ligeramente y se quedó inmóvil, mientras que su brazo descarnado y torcido como un sarmiento parecía señalar todavía al hombre que estaba entre la multitud, al enviado de Fausta, al príncipe Farnesio, el amante de Leonor de Montaignes y padre de Violeta.

La niña, rudamente empujada, cayó y se causó una erosión en la frente. Nada vio de la espantosa tragedia. Al levantarse, el criminal ya estaba en pie, sombrío, asombrado de su crimen, y murmurando mientras retrocedía:

«Tal vez he apretado demasiado, pero, en fin, yo no la he matado, porque estaba muriéndose. A lo sumo habré precipitado su muerte».

La primera mirada de Violeta fue para Simona, que estaba blanca como la cera.

—¡Muerta! —exclamó—. Mi madre está muerta.

—Duerme —dijo sordamente el gitano—. Vamos, Simona, duerme con tranquilidad —añadió.

—¡Muerta! —repitió la niña, cuyas lágrimas caían sobre la muerta.

—Te digo que duerme —exclamó Belgodere—. Vamos ahora a cantar.

Violeta cayó de rodillas y exclamó sollozando:

—¡Oh, pobre mamá Simona! ¿Será posible que hayas muerto? ¿Has abandonado a tu pequeña Violeta? ¿No me tomarás ya más entre tus brazos? ¡Qué sola estoy! Ya no tengo padre ni madre.

En aquel momento apareció en la puerta del carro la gitana Salzuma, como rígido espectro. Envuelta en los esculturales pliegues de su traje estrellado de medallas de cobre, cubierta con su máscara roja y con los blondos cabellos dispersos sobre los hombros, entró en el carro y sin ver, al parecer, a Belgodere, a Violeta ni a la muerta, fue a sentarse en el fondo. Entonces la sobrecogió un largo estremecimiento y murmuró:

«¿Por qué me habrá mirado ese hombre? ¿Por qué lo habré mirado yo? ¿Dónde he sentido antes el ardor de sus negros ojos? ¡Oh! ¡Quién pudiera desgarrar el velo que recubre mi pensamiento!»

Entonces oprimió su frente con las dos manos y como si le molestara el antifaz, lo desató, con lo que su rostro quedó al descubierto. A pesar de que sus facciones parecían petrificadas e inmóviles y su palidez era extremada, así como sus ojos sin vida, aquel rostro conservaba una belleza que no se parecía a ninguna otra.

Violeta continuaba llorando. Lo hacía dulcemente, sin ruido, con los labios pegados a la helada mano de la mujer a quien llamara madre. Belgodere iba y venía mascullando algunas blasfemias y asombrado de su indecisión. De pronto descolgó la guitarra con que se acompañaba Violeta y exclamó:

—Bueno, basta; si lloras tanto no podrás cantar. Vámonos, que te esperan señores, duques y príncipes, noble público y hermosa colecta.

Violeta se levantó sin que, al parecer, se hubiera enterado de lo que le decían.

—¡Adiós, adiós, mamá Simona! ¡Ya no te veré más! —dijo al alejarse—. Irás sola al cementerio, sola sin una flor, porque tu hija sólo tiene lágrimas que ofrecerte.

Esta idea de que dentro de pocas horas se llevarían a su madre y de que ella, era demasiado pobre para poner en su mísero ataúd un ramito de flores, hizo desbordar el dolor de su corazón y un sollozo más desgarrador deshinchó su pecho.

—Bueno, acabemos, ¿quieres ir a cantar? —exclamó Belgodere.

Violeta lo miró asustada y uniendo las manos exclamó:

—¡Cantar! ¡Oh, no! ¿Cantar cuando mi madre está muerta? Prefiero que me matéis.

El gitano la cogió rudamente por el brazo e inclinándose a ella le dijo con furiosa voz:

—Oye, muchacha, no te mataré porque te esperan príncipes y duques como ya te he dicho. O coges la guitarra y te vas a cantar, o tomo el látigo... y pego a tu madre.

Al mismo tiempo el bandido tomó el látigo y Violeta, al observarlo, dio un grito de espanto.

Dirigió una mirada a su alrededor en busca de auxilio y vio a Salzuma.

—¡Señora! ¡Señora! Defendedla, protegedla, está muerta, señora. Recordad que os ha cuidado. ¡Oh, no me oye! ¿Vais a permitir que peguen a una muerta? ¡Madre mía!

—¿Quién habla aquí de madre? —dijo la gitana asombrada—. ¿Acaso en el mundo hay madres e hijos?

—¡Piedad, señora; este hombre os escucha y os teme! ¡Una palabra, decid solamente una palabra!

—Acabemos —repitió Belgodere—. Decídetes.

—¡Oh! —exclamó la pobre niña—. No tenéis corazón, gitana.

—¿Qué no tengo corazón? —contestó sordamente Salzuma—. Tenía uno, pero quedó allí, en una iglesia inmensa. Niña, escucha, ten cuidado con el obispo, ladrón de corazones.

—¡Miserable loca! —exclamó sollozando la niña—. ¿No quieres hacer nada en favor de mi madre? Pues bien, yo, su hija, te maldigo. ¿Oyes? ¡Maldita seas!

Salzuma se echó a reír, y con lentitud volvió a colocarse el antifaz sobre el rostro. Violeta se volvió al gitano en el momento en que éste dejaba caer el látigo, y dando un salto recibió el golpe en sus hombros.

—¡Perdón, Belgodere! ¡Ya cantaré!

—¡Al fin! —exclamó el gitano tendiéndole la guitarra.

La joven la cogió lentamente con desesperado movimiento y llenos los ojos de lágrimas, murmuró:

—¡Cantar! ¡Cantar al lado del cadáver de mi madre! ¡Oh, mamá! ¡Perdóname este sacrilegio! Debo cantar ante esas gentes para ganar un poco de dinero. ¡Dinero! —gritó estremeciéndose de pronto e impresionada por una idea súbita y conmovedora—. Con dinero podría comprar un ramo de flores a mi madre. Sí, mamá, aunque el gitano me mate, compraré un ramito de flores que adorne tu podre ataúd.

Se inclinó rápidamente, besó la frente de la difunta, y se lanzó al exterior. Belgodere, dirigiéndole una mirada de alegría terrible, murmuró entre dientes:

—Ve, hija del verdugo, corre a la trampa que te he preparado. Guisa te espera y mañana estarás infamada. Y tu infamia de ramera, arrojada por mí en el lecho del guerrero, nadie más que yo la revelará a tu padre. ¡Ah, maese Claudio! ¡Ah, verdugo! Ahora voy a serlo tuyo. A cada puerco le llega su San Martín.

Y entonces bajó los escalones carcomidos, gritando:

—Señores, aquí está la cantante. ¡Paso, paso, señores! Paso a la ilustre cantante Violeta. Y vos, señor Picuic, y vos, señor Croata. Gandules, alinead a la gente.

Dos héroes, que con Salzuma, que decía la buenaventura, y Violeta, que cantaba, completaban la compañía de Belgodere, empezaron a repartir empujones contra los villanos que allí estaban, y muy pronto se formó un gran círculo, en cuyo centro, la pobre criatura templaba su guitarra, bañándola, al mismo tiempo, con sus lágrimas ¡Silenciosas!

A dos pasos de la pequeña artista, estaba un grupo de caballeros favoritos de Guisa; y ante ellos el duque, pálido, agitado y con la mirada fija en aquella niña que lo hacía temblar de deseo. A su izquierda, el príncipe Farnesio sombrío y mudo. Cerca del carro, en el que se apoyaba, estaba el duque Carlos de Angulema, más tembloroso y agitado tal vez que Enrique de Guisa. Y allí en la ventana, semi-oculta por la cortinilla, estaba la princesa Fausta dominando la escena.

Violeta no veía nada. Su alma habíase quedado al lado de la muerta; sus ojos estaban fijos en el instrumento y sus dedos finos, dibujados con asombrosa pureza de líneas, empezaron a revolotear por entre las cuerdas; un ritornelo de gran dulzura, de melancólico encanto, vibró en el aire de la plaza.

—Por ti, madre querida —murmuró la niña—. Para poner un ramo de flores en tu tumba.

Y su voz, melodía viviente que penetraba en el corazón, su voz encantadora entonó una endecha de amor, pero a la primera estrofa se detuvo, pues un sollozo le impidió continuar. El duque de Guisa se acercó rápidamente olvidando el lugar en que se hallaba y que millares de miradas lo observaban. La pasión lo dominaba y las lágrimas de Violeta la hicieron parecer cien veces más hermosa.

—¿Lloras? —preguntó con alterada voz.

La jovencita le dirigió su mirada llena de dolor.

—¿Vos? —exclamó temblorosa—. Dejadme. ¡Oh, por favor! ¡Alejaos!

—¿Lloras? —repitió el duque emocionado—. Si quisieras, no llorarías nunca más, porque serías la mujer más mimada de París entero. Escucha —continuó con entusiasmo amenazador—, no retrocedas así. ¡Por el cielo, quiero que sepas que te amo! ¡Quiero!...

En aquel momento, cuando Carlos de Angulema, lívido y con la mano en la guarda de la espada avanzaba tembloroso, oyéronse algunas trompetas en la plaza de la Grève. Inmediatamente salieron de la multitud algunos clamores furiosos que decían:

—¡Los guardias del rey! ¡Los suizos de Crillon! ¡Mueran!

Aquellos guardias suizos eran los que el día anterior trataron de tomar las barricadas levantadas por el pueblo. Eran aquéllos a quienes las fuerzas de Brisac, de Crucé y de Bois-Dauphin habían rechazado hasta la Casa Consistorial, en donde se habían encerrado para pasar la noche y de donde salieron la mañana siguiente tocando las trompetas.

El duque de Guisa se lanzó contra ellos profiriendo una imprecación y sus hombres lo siguieron con la mano en el puño de la espada a punto de desenvainarla. El pueblo, al ver a sus enemigos de la víspera, se echó a gritar lleno de rabia. En un instante la plaza, tan tranquila y alegre, se llenó de aullidos, empujones, mujeres desmayadas y burgueses que echaban a correr para armarse.

—¡A las armas! ¡Mueran los defensores de Herodes!

—¡Mueran los guardias! ¡Muera Crillon!

En aquel tumulto extraordinario y en el momento en que iban a repetirse tal vez los arcabuzazos de la víspera, tuvo lugar el primer encuentro de Carlos de Angulema y Violeta. Viendo que Guisa se precipitaba hacia Crillón, Carlos desenvainó su espada y se detuvo al lado de la niña. Un sentimiento de esperanza se pintó en los ojos de Violeta. Hallábanse el uno ante el otro, los dos llenos de exquisita juventud y por vez primera se veían y se hablaban. Estaban pálidos de emoción.

—Por favor —dijo él—. No temáis nada. He visto que llorabais. ¿Acaso ese insolente hidalgo?...

—¡Oh, no, no! —dijo ella con espanto—. Lloraba porque...

E inclinando la cabeza continuó con infinita tristeza:

—Mi madre ha muerto. Está ahí sola y nadie se inclina sobre su cadáver para hacerle la limosna de una oración.

Y rompió en sollozos tapándose los ojos con una mano.

—¿Vuestra madre está ahí muerta? —exclamó palideciendo de emoción—. ¿Ya vos, pobre niña, os obligaban a cantar? Eso es horrible.

—No, no —dijo ella mirando con terror a Belgodere, que iba por allí gruñendo—. Cantaba para poder comprar flores a mi madre.

El duque de Angulema se estremeció. En aquel momento reinó gran silencio en la plaza de la Grève. Las trompetas se habían callado y la multitud interrumpió sus gritos. Crillón y el duque de Guisa cambiaban algunas palabras que todos procuraban oír.

Carlos tomó la mano de Violeta que a este contacto se estremeció. La condujo al carro, la hizo subir y entró él también. Entonces vio el cadáver de Simona extendido en su camastro y se inclinó con la cabeza descubierta, mientras Violeta se arrodillaba.

—Velad a vuestra madre —dijo con acento de lástima—. Sed el ángel que vele sobre este cadáver. Y en cuanto a su ataúd yo seré quien lo adornará con flores, si os dignáis permitírmelo.

Violeta le dirigió una mirada de agradecimiento, y entonces, en extremo conmovido, y con los ojos llenos de lágrimas, el duque salió, dirigiéndose a la mesa de una florista, ante la cual estaba una gruesa comadre. Sin decir nada echó a la estupefacta mujer un ducado de oro, y con los dos brazos, cogió gran cantidad de flores, y llevando su perfumada carga, entró de nuevo en el carro y empezó a derramar las flores sobre el cadáver, que desapareció bajo aquélla mortaja florida.

Violeta, arrodillada y con las manos juntas, miraba extasiada, creyendo tener un hermoso sueño.

—No es ahora lugar ni ocasión de hablaros —dijo Carlos de Angulema—, pero desde hoy cesad de temer. Es imposible —añadió con emoción creciente— que permanezcáis con estos gitanos. Mañana vendré a hablar con el amo de esta compañía.

—Que está dispuesto a escucharos, monseñor, y también a contestaros —dijo al lado de Carlos una voz irónica y ronca.

El joven duque miró de pies a cabeza al bribón que se inclinaba ante él.

—¿Dónde podré hablarte? —le preguntó.

—Cerca de aquí, señor. En la calle de la Tissanderie, en la «Posada de la Esperanza». Allí me alojo con mi caballo, mi carro, mi leopardo y mis gentes.

—Está bien, mañana por la mañana espérame.

Carlos de Angulema dirigió una mirada de despedida a Violeta, que estaba prosternada ante la muerta, cuyo pálido rostro pareció iluminarse con sonrisa vaga como para dar gracias.

—¡Ahora, la venganza! —murmuró—. ¡Oh, padre mío! ¡Mira lo que va a hacer tu hijo!

Y salió dirigiéndose en línea recta hacia donde estaba el duque de Guisa. Belgodere, en pie y con los brazos cruzados, exclamaba burlonamente:

—Ven mañana y te esperaré a pie firme. ¿Quién sabe dónde estará mañana Violeta?

Se encogió de hombros y continuó:

—Es necesario que avise para que se lleven el cadáver. Cuanto antes mejor. Hoy mismo te irás, Simona. Buen viaje.

E iba a salir, cuando apareció un hombre vestido de terciopelo negro, cuya lívida cara parecía la de un muerto que se levantara de la tumba. Aquel hombre tenía una de esas voces glaciales, cuyo acento hace estremecer.

—¿Eres tú, maese Belgodere, amo de este carro?

—He aquí una cara infernal —pensó el gitano estremeciéndose a su pesar.

—Sí, caballero —añadió en voz alta—. Soy el que decís para serviros muy humildemente.

La cara infernal se contrajo bajo el esfuerzo de una lucha interior, como la superficie de algunos estanques negros se cubre a veces de ondulaciones misteriosas, sin que las origine el menor soplo de aire.

—¿Eres tú —continuó lentamente— el amo de esa joven que canta, de Violeta?

—¡Ahora caigo! —pensó—. Es el hidalgo que el duque de Guisa había de enviarme para transmitirme sus instrucciones. ¡Ah, ya te tengo por fin, Claudio! Vas a recibir noticias mías y de tu hija.

Y en voz alta dijo con rudeza:

—Espero lo que debáis comunicarme.

El hidalgo lo cogió por un brazo, vaciló un momento y luego, con voz sorda, dijo:

—Me manda un poderoso personaje. Esa niña, esa Violeta...

Y se detuvo para murmurar:

«*¡Pobre víctima inocente! ¡Ah, Fausta! ¡Esfinge espantosa! ¿Cuándo me desprenderé de tu garra de hierro incrustada en mi alma?*»

—Violeta y yo estamos al servicio de quien os envía —dijo Belgodere—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Helas aquí. Sabe antes que si las ejecutas fielmente tendrás...

—Diez bolsas de diez ducados de oro. ¿Qué debo hacer?

El hombre asintió con altanero gesto, creyendo que el bandido fijaba el precio de sus servicios.

—¿Qué debes hacer? —continuó, mientras su frente se nublaba más aún—. Escucha; hay en la Cité, detrás de Nuestra Señora, una casa destartada, casi en ruinas. La puerta es de hierro, con un martillo de bronce; es allí. Allí, esta noche, a las nueve, deberás llevar a esa joven.

—Esta noche, a las nueve, allí estaré.

El hidalgo vestido de negro permaneció unos momentos absorto en sus ideas y luego, con voz muy baja, temblorosa y sorda, preguntó:

—Esa mujer que lleva una máscara roja y que hace un momento estaba aquí, ¿quién es?

—Una gitana de mi tribu.

—¿Cómo se llama?

—Salzuma.

—¿De veras? ¿Una gitana? ¿Y se llama Salzuma?

—No tiene otro nombre.

El caballero pareció aliviado de algún secreto espantoso y su semblante se tranquilizó. Luego hizo un gesto de despedida al gitano y sacando de su jubón la carta que la princesa Fausta le había entregado para el duque de Guisa, aquel hombre, que no era otro que el príncipe Farnesio, se deslizó por entre la multitud, en la que desapareció sin ruido, mientras Belgodere repetía con sombrío júbilo.

—Esta noche, a las nueve, en la casa de la Cité. Allí estaré, monseñor Guisa.

III - Pardaillán

MIENTRAS SE DECIDÍA ASÍ el destino de Violeta en aquella rápida y siniestra conversación entre Belgodere y el príncipe Farnesio, Carlos de Angulema se iba acercando al duque de Guisa.

El hijo del rey Carlos IX estaba agitado por terrible cólera que lo impulsaba casi a pesar suyo hacia Enrique de Guisa. La tierna escena en que acababa de tomar parte, se desvanecía en su mente y no veía más que al duque inclinado hacia Violeta en una actitud que no dejaba lugar a ninguna duda.

Cuando Guisa habló en voz baja a la joven, sintió nacer en su corazón un sentimiento que antes le era desconocido, el odio de amor, el más implacable de los odios. Así, pues, con los puños crispados, los ojos lanzando llamas y toda su cara alterada por su lucha interior, se precipitó entre las filas de la silenciosa multitud, que atenta espía los gestos y palabras de Guisa, su héroe y su ídolo.

De pronto se sintió cogido por el brazo y se volvió con viveza.

—¡El caballero de Pardaillán! —dijo con alegría—. ¡Ah, llegáis con oportunidad!

—Sí, llego a tiempo para impedir que cometáis una locura —dijo Pardaillán—. ¿Adónde vais tan de prisa? ¿Acaso a insultar a monseñor el duque? ¿Al hijo de David, como dicen los buenos parisienses? ¡Caramba! ¡Qué atrevido sois! Aquí hay un ejército de guisardos. Sólo había un hombre en el mundo capaz de hacer frente a diez mil burgueses que no han podido matar desde hace veinticuatro horas y que arden en deseos de tener una víctima, cualquiera que sea. Este hombre ha muerto, príncipe mío, y era mi padre.

Y mientras trataba, con sus palabras, de aturdir al duque Carlos, procuraba alejarlo de la multitud.

—Pardaillán —dijo el joven con desesperación concentrada—. Quiero hablar con ese hombre.

—¡Por Barrabás! —Como decía el señor de Pardaillán—. La vida es buena. Yo no quiero hacerme degollar o, por lo menos, no antes de haber dado a conocer mi modo de pensar. Yo también tengo ciertos comezones en la lengua y quiero decir unas palabritas a ese digno señor Maurevert y también a otros *ejusdem farinae*. Es griego y significa «de la misma harina». Vamos, venid. ¡Cómo! ¿No queréis?

—Idos, Pardaillán —exclamó Carlos llorando de rabia—. Idos, yo voy al encuentro de Guisa.

El caballero dirigió al joven una mirada en la que había la ternura de un hermano mayor.

—¿Lo queréis decididamente? —dijo tomando una mano de Carlos.

—Odio a Guisa. Nunca había conocido ese sentimiento, pero desgraciado de él, ya que se interpone en mi camino.

—¡Oh, amor! ¡Locura sublime! —murmuró el caballero—. Procuremos salvar a este loco.

Y en alta voz añadió:

—¡Por mi padre! Vamos, si lo deseáis, pero es seguro que la conversación va a ser divertida.

Pardaillán se empujó de puntillas, dirigió rápida mirada circular a la multitud enorme que los rodeaba, se encasquetó el sombrero y se puso en marcha. A codazos y empujones consiguió abrirse paso y cuando un burgués quería protestar, al ver su cara, se callaba prudentemente y se echaba a un lado. Durante algunos instantes el caballero y su joven amigo llegaron a la primera fila y vieron entonces al duque de Guisa, al rey de París, que, lívido y con los ojos inyectados en sangre, gritaba algo a Crillón, que los aullidos de la multitud impedían oír.

El momento era trágico. He aquí lo que acababa de pasar: Crillón —el mismo a quien Carlos IX en el sitio de San Juan d'Angely había apellidado «El Valiente»—. Crillón, repetimos, valiente y fiel hasta la muerte, acababa de saber que Enrique III había huido de París. Y salió de la Casa Consistorial en que estaba encerrado con mil guardias y dos mil suizos, para reunirse a su rey. Mandaba a los guardias en persona; los suizos marchaban a las órdenes de un coronel, cuyo nombre no hemos podido averiguar; pero cuando aquella tropa compuesta principalmente de heridos, se formó en columna y desembocó en la plaza de la Grève, Crillón se puso al frente y gritó:

—¡Adelante, guardias franceses y suizos!

Hubo entonces en el océano popular un gran remolino, y un sordo gruñido salió de sus profundidades. Luego los aullidos, las vociferaciones, los gritos de «¡mueran!» se cruzaron en el aire, entremezclados de horrorosos insultos, gritos de mujeres y ruido de alabardas. Inmediatamente, como por ensalmo, reinó un silencio extraordinario.

Guisa acudía. Haciendo un gesto encadenó a la multitud idólatra y la hizo callar. Entonces el duque avanzó al encuentro de Crillón. El viejo capitán, con el bigote gris, la coraza abollada, el rostro lleno de sangre, detuvo a sus hombres y con rudo gesto saludó al duque.

—Veo con placer —dijo irónicamente Guisa— que Luis de Crillón lleva sus guardias a Su Majestad.

—Exactamente, señor duque —contestó Crillón con tono provocativo.

—¿Así, pues, vais al Louvre?

Crillón se echó a reír.

—Ahora os equivocáis —dijo—. Voy a donde está Su Majestad.

—Tened cuidado, capitán —dijo el duque—. Habéis cometido ya una imprudencia saliendo de la Casa Consistorial.

—¿Y vos quisierais que cometiera otra volviendo allí? El rey está fuera de París, señor duque, y saldré de la ciudad.

—Os han engañado, el rey...

—Una palabra tan sólo —interrumpió Crillón con violencia—. ¿Tengo el camino libre?

—Está libre para todos los fieles del rey —dijo Guisa—, y el rey...

—¡Viva el rey, caballero! —gritó Crillón—. Tened cuidado vos también, monseñor. Cuidado con las traiciones. Los dos tenemos la orden del Espíritu Santo, y al recibirla juramos fidelidad al rey, gran maestre de la misma. En cumplimiento de mi juramento, saldré aunque tuviera que pasar por encima de la Santa Liga. ¿Y vos, señor duque? ¿Qué hacéis de vuestro juramento?

Un formidable murmullo, parecido al retumbar del trueno, rodó por la plaza de la Grève, agitada por furiosas oleadas humanas.

—¡Gloria al hijo de David!

—¡Muera Herodes! (*Enrique III*).

—¡Mueran los guardias! ¡Muera Crillón!

Guisa estaba en extremo pálido. Daba rápidas órdenes a los que lo rodeaban. Y sus caballeros se lanzaban a todos los puntos en que estaban diseminadas las tropas de la Liga; el Arsenal, la Bastilla, el Temple, el Louvre, el Palais y el Gran Châtelet.

Crillón levantó su espada y en aquel instante fue cuando Carlos de Angulema y el caballero de Pardaillán llegaron a colocarse en la primera fila de la multitud tumultuosa que rodeaba a los guardias ordenadamente formados.

Guisa, el ídolo de París, Guisa, el hombre de las actitudes magníficas, hizo entonces un gesto soberbio. Y la multitud se apaciguó ávida de escucharlo y admirarlo de nuevo.

En aquel momento el coronel de los suizos, que hasta entonces permaneciera detrás de Crillón, avanzó rápidamente hacia el duque y dijo en voz alta:

—Ni yo ni mis suizos saldremos de París.

—¡Coronel! —gritó Crillón—. A vuestro sitio, o, por la sangre de Cristo, nos batiremos los dos hasta que uno de nosotros caiga.

—Monseñor —dijo el coronel sin contestar—, me rindo a la Liga. Suizos, ¡rompan filas!

En aquel momento se oyó una voz joven, sonora y vibrante. Y nadie tuvo tiempo de expresar su pensamiento, ni el mismo Guisa, cuya mano se tendía hacia Crillón, ni éste, que se preparaba al ataque, así como tampoco los suizos que, a punto de desertar, permanecieron inmóviles en sus filas, porque aquella voz acababa de exclamar:

—¡Traidor! ¡Te rindes a otro traidor como tú!

El coronel profirió una imprecación y Guisa, con el rostro alterado por el furor, desenvainó a medias su espada, buscando los ojos del atrevido insolente que lo abofeteaba con el insulto de traidor.

Y entonces vio a un joven que saltaba al espacio libre, daba un empujón al coronel de los suizos con soberano desprecio y se erguía ante él con los brazos cruzados. Y en aquel silencio enorme, lleno de la angustia que pesaba sobre aquella extraña escena, la voz del joven se dejó oír de nuevo.

—¡Enrique de Lorena, duque de Guisa, asesino de mi padre, dos veces traidor y

rebelde! Yo, Carlos de Angulema, hijo de Carlos IX rey de Francia, te declaro felón y te desafío sea a daga, sea a espada, en la hora, día y lugar que te plazcan.

Veinte caballeros se precipitaron sobre Carlos puñal en mano, pero Guisa los contuvo con un ademán. Sus ojos estaban inyectados de sangre y vacilaba buscando un insulto que dirigir al joven antes de entregarlo a sus secuaces.

—Hijo de Carlos —dijo por fin con extremada furia—. Acepto tu desafío. Pero como la cobardía es hereditaria en tu familia, y podrías tratar de huir, te haré guardar cuidadosamente hasta el día en que yo, «*El Acuchillado*»...

—No os llamáis «*El Acuchillado*», señor —gritó un hombre que avanzó tranquilo y lleno de ironía.

Era Pardaillán. Con una mirada había juzgado la situación, y comprendió que Guisa iba a dar una orden de arresto.

«*Vamos a salvar a mi lobezno*» —se dijo.

Y se acercó al duque de Guisa, a quien con insultante tono, dijo:

—No os llamáis «*El Acuchillado*».

—¿Y vos cómo os llamáis? —rugió Guisa—. ¿Quién sois?

Pardaillán tendió el puño y dijo:

—No es mi nombre el que importa, sino el vuestro, monseñor. Hace dieciséis años, en el patio de un palacio de la calle de Bethisy...

—¿La calle de Bethisy? —murmuró Guisa, cuyos ojos extremadamente abiertos miraron a Pardaillán—. ¡Oh, si eres el que me figuro, desgraciado de ti! Continúa.

—Ya continúo. Así, pues, acababais de asesinar al almirante de Coligny. En el momento en que poníais vuestro pie sobre el rostro ensangrentado del cadáver, esta mano que aquí veis, monseñor...

Y al decir esto, Pardaillán la abrió completamente.

—Esta mano cayó sobre vuestro rostro y, desde entonces, os llamáis «*El Abofeteado*».

—¡Eres tú! —rugió Guisa, mientras furiosos gritos salían de la multitud—. ¡A mí! Detened a los dos. ¡Los quiero vivos!

Entonces se produjo una espantosa confusión. Se rompieron los diques que contenían a la humana multitud y Crillon se vio obligado a retroceder hasta donde estaban sus guardias, como llevado por un ciclón. El coronel de los suizos fue el primero en poner su mano en el hombro del duque de Angulema, pero en el mismo instante cayó como una masa. Pardaillán, que había desenvainado la espada, le rompió el cráneo con un terrible golpe del pomo.

—¡Guisa, Guisa! —gritó Carlos—. Acuérdate de que has aceptado mi desafío.

—¡Mueran! —gritaba el pueblo.

—¡Vivos! ¡Los quiero vivos! —vociferaba Guisa.

Aquellos gritos, aquella espantosa mezcla de explosiones salvajes, de caras convulsas, de miradas furiosas y de sonoros alaridos, todo aquel cuadro de furia en que fulguraba el brillo de las alabardas, espadas y puñales, toda aquella escena

terrible que desde lejos y a cierta altura dominaba la ardiente y fatal figura de Fausta asomada a su ventana, se desarrolló en el mismo instante en que el caballero de Pardaillán dirigió al rey de París el formidable insulto:

—¡Te llamas «*El Abofeteado*»!

Y en el momento en que, de un golpe con el pomo de la espada el caballero derribó al coronel de los suizos a los pies de Guisa, cogió a Carlos entre sus brazos y en algunos saltos se reunió a Crillon, cuyos guardias estaban inmóviles. Tenía cogida la espada por la hoja, y se servía del pomo como una maza que giraba, y hería envuelta en los rayos luminosos que despedía el acero. Así fue como consiguió llegar hasta donde estaban los hombres de Crillon, a pesar del ataque de los partidarios de Guisa.

—¡Rendíos, Crillon! —vociferó uno de los guisardos.

—¡Entrégame esos dos hombres y saldrás de París con tus guardias!

En aquel momento Pardaillán se empinó sobre la punta de sus pies elevando la espada al cielo. Y entonces, con broncínea voz, en el mismo instante en que Crillon se veía a punto de ser abandonado por sus guardias, Pardaillán ordenó:

—¡Trompetas, tocad la marcha real!

Electrizados y entusiasmados, los hombres de armas vociferaron:

—¡Viva el rey!

Y empezaron a andar a los acordes de la marcha real.

Al frente, con la espada en alto, y al lado de Carlos, a quien arrastraba, y de Crillon, estupefacto, que lo admiraba, el caballero de Pardaillán andaba hundiéndose como una cuña entre la multitud, seguido por los hombres de armas, mientras a su alrededor se oían gritos de odio de los ligueros.

Se oyeron algunos arcabuzazos, mientras los burgueses se lanzaban armados contra las gentes de Crillon, pero la marcha real cubría todos los ruidos y la voz de Pardaillán gritaba:

—¡Adelante! ¡Adelante!

—¡Mis hombres de armas! ¡Mis ligueros! —vociferaba Guisa ebrio de rabia y vergüenza.

Los hombres de armas de la Liga estaban diseminados por París y no habían llegado aún. A la sazón, ante las gentes de Crillon, ante aquella larga serpiente erizada de puntas de hierro, ante aquellos heridos que avanzaban con paso pesado y regular, con la alabarda cruzada, abríase la multitud de burgueses; huían unos corriendo para armarse, y otros disparando sus pistolas al azar.

Pardaillán envainó la espada y al frente de los soldados iba gritando:

—¡Paso al rey! ¡Paso!

Y había tal ironía en este grito, que los que lo rodeaban no sabían a qué rey quería referirse el caballero, ni si era realmente para el servicio del rey lo que aquel hombre hacía. En algunos minutos los hombres de armas de Crillon se alejaron de la Grève, y por los muelles se dirigían a la Puerta Nueva, mientras el tumulto iba creciendo, la

ciudad mugía y en el aire había amenazas de pelea y asalto.

* * * * *

En aquel momento mil ligueros, al mando de Bussi-Leclerc, armados de arcabuces cargados y prontos a disparar, desembocaron corriendo en la plaza de la Grève, procedentes de la Bastilla.

—¡Por fin! —gritó el duque de Guisa con indescriptible grito de alegría.

Iba a lanzarse hacia Bussi-Leclerc, cuando de pronto una mano se posó sobre su brazo.

—¿Qué queréis? —preguntó con ronca voz al que acababa de contener su movimiento, un hidalgo vestido de negro, que, silenciosamente, le entregó una carta, diciendo:

—Leed esto, monseñor duque.

—¡Eh, caballero! —vociferó Guisa—. ¡Luego o mañana!

—Mañana sería demasiado tarde —dijo el hombre vestido de negro—. Esta carta es de la princesa Fausta.

El duque se detuvo entonces y cogió la carta con expresión de respeto y tal vez de terror. Rompió el sello y leyó. El efecto de su lectura fue rápido. Su cara se puso pálida como el papel, y su mirada se extravió. Ronco suspiro salió de su garganta y con el reverso de la mano se secó la frente llena de sudor frío.

—Dadme órdenes, monseñor —exclamó Bussi-Leclerc deteniéndose ante él.

—¿Órdenes? —exclamó el duque, cuyas manos convulsas arrugaban la carta.

Dirigió a su alrededor una mirada llena de desesperación y luego, en voz baja, dijo:

—Al palacio, señores, seguirme al palacio de Guisa.

Y con paso vacilante emprendió la marcha, seguido de sus caballeros estupefactos, olvidando a Bussi-Leclerc y a los mil ligueros, a Crillón, a Pardaillán, al duque de Angulema y al mundo entero, hasta a Belgodere, a quien quería hacer transmitir sus instrucciones, y también a la misma Violeta.

* * * * *

Pardaillán continuó su marcha rápida, arrastrando a Crillón con sus hombres de armas a través de la multitud de ligueros que gritaban, pero que sin jefes y sin armas no se atrevían a atacar. Las gentes de Crillón llegaron a la Puerta Nueva, en el momento en que desde el Châtelet, el Temple y el Arsenal, se lanzaban a la plaza de la Grève las compañías que estaban preparadas. La puerta les fue franqueada. Y cuando los últimos guardias estuvieron en la otra parte del puente levadizo, salieron de la masa de los burgueses gritos de impotente rabia. Entonces Crillón se echó en

brazos de Pardaillán.

—Mi apelativo de «Valiente» ya no me pertenece —le dijo—, porque lo merecéis vos.

—Si queréis creerme, marchaos enseguida —dijo el caballero— y otro día ya cambiaremos los saludos de rigor.

—Sí, pero ¿adónde iré? Ignoro dónde está el rey.

—Ayer lo vi huyendo y muy pálido. Entre nosotros sea dicho, es un pobre rey. En fin, sé que tomó el camino de Chartres.

—Venid conmigo, caballero —exclamó Crillón mirando atentamente la inteligente y fina fisonomía de su salvador—. Estoy seguro que el rey os nombrará coronel.

—¡Oh, caballero! No podría aceptarlo, porque ya soy mariscal, mariscal de mí mismo, y es ya un grado muy importante. ¿Qué necesidad tengo de ser coronel de otro?

Crillón meneó la cabeza.

—No os comprendo —dijo— pero en fin, tanto da, sois un valiente caballero. Si el rey tuviera diez servidores como vos, mañana estaría de nuevo en su trono. Vamos, adiós. ¿Me dais la mano?

—Hela aquí —dijo Pardaillán, presentándola.

—¿Cómo os llamáis?

—El caballero de Pardaillán. Adiós, señor de Crillón, recomendad al rey que no me olvide en sus oraciones durante la próxima procesión.

El valiente Crillón, asombrado y no sabiendo si el caballero hablaba en serio o en broma, se volvió a sus gentes y mandó:

—¡Adelante!

Y se puso en camino, saludando por última vez, con su espada, a aquel hombre cuya intrepidez lo había maravillado, y cada una de cuyas palabras le parecía un enigma de ironía.

Pardaillán tomó el brazo del duque de Angulema y como si no hubiera pasado nada, dijo:

—Entremos por la puerta de Montmartre, y vamos a descansar y a vaciar una botella de Suresnes en la hostería de «La Adivinadora». A casa de la buena señora Rosa Grègoire. Una antigua amiga mía. El vino de «La Adivinadora», monseñor, tiene para mí, especial encanto y es que a mi padre le gustaba. En cuanto a Rosa, hubo un tiempo en que me amó y esto me recuerda mi primera juventud, cuando también yo amaba.

Pronunciadas estas palabras con dolorosa melancolía que no le era habitual, Pardaillán arrastró a Carlos de Angulema, muy asombrado de sorprender en la clara mirada de su compañero un destello de emoción.

Dejemos a Pardaillán y a Carlos de Angulema regresar a París y volvamos, por un instante, al lado del duque de Guisa, que acababa de entrar en su palacio, dejando a

Bussi-Leclerc sin órdenes y en extremo asombrado, en la plaza de la Grève.

Bajo su porte de magnífico hidalgo, y bajo la ambición desenfrenada que sobreexcitaba su cerebro, y también bajo la pasión que sentía por una gitanilla, Enrique de Lorena, duque de Guisa, rey de París por la fuerza y casi rey de Francia por el deseo de la Liga —gigantesco pulpo que había extendido sus tentáculos por todo el reino—, aquel hombre, pues, en su prosperidad inaudita, empujado o más bien conducido por la mano de la Fortuna, pronto a subir al trono, aquel hombre que hacía temblar a los reyes, llevaba en el corazón un mal terrible, una úlcera que le corroía y que tal vez fue un obstáculo decisivo para sus empresas políticas: los celos.

Guisa no correspondió con sus actos a la Fortuna que lo favorecía. La Historia, que debe fijarse en los actos exteriores, se asombra de las vacilaciones de Guisa, y observa con estupor sus bruscas vacilaciones y sus retrocesos inconcebibles. En la plaza de la Grève, en vez de ponerse al frente de los mil ligeros que le llevaba Bussi-Leclerc, se echó a temblar, abandonó a la multitud que lo aclamaba, se retiró huyendo casi a su palacio, y dejó salir de París a los tres mil hombres de Crillon, que iban a constituir el núcleo del ejército con el cual, más tarde, Enrique III debía sitiar a la ciudad.

¿Qué había pasado? ¿Qué espantosa catástrofe había caída sobre aquel espíritu violento, paralizándolo? Sencillamente que Guisa leyó la carta de la princesa Fausta que le había entregado el cardenal Farnesio. La carta contenía estas palabras:

El conde de Loignes no es de los que han salido de París siguiendo a Herodes. La duquesa de Guisa, a quien creéis en camino de Lorena, y a quien vos mismo condujisteis hace dos días hasta Lagny, acaba de volver a París. Alguien os espera en vuestro palacio para explicaros este doble acontecimiento.

IV - El verdugo

LA TARDE de aquel día, bajo la pálida serenidad del crepúsculo, París estaba agitado aún por profundos estremecimientos. La algarada de la mañana en la plaza de la Grève parecía prolongarse por gruñidos que a veces se repetían sin causa aparente; grupos de burgueses acorazados, cubiertos con casco, y con la pica, alabarda o arcabuz en mano, estaban en las encrucijadas; por momentos algunas patrullas de hombres de armas transcurrían pesadamente. Y a veces, algún señor, seguido por su escolta de jinetes, pasaba a lo largo de las calzadas. Burgueses, soldados y señores, llevaban en el pecho la cruz blanca de la Liga o alrededor del cuello el rosario, en señal de alianza; porque acababa de formarse la *Cofradía del Rosario*, y todo París estaba afiliado a ella; ¡desgraciados de aquéllos que no llevaban ninguno de los dos emblemas!

Ya no era de día, pero aún no había cerrado la noche. Poco a poco los ruidos se debilitaban, y del cielo, mezcladas a las últimas claridades, caían las primeras sombras que iban a envolver la silueta caprichosa y accidentada del antiguo París, con sus agudos tejados, sus callejas estrechas y tortuosas, y el sinnúmero de torrecillas, campanarios y veletas, y luego aquel gran montón de ladrillos que el tiempo había pintado de verde, entre los que había grandes y sombrías moles que se llamaban el Temple, el Louvre, el gran Châtelet y la Bastilla.

En aquella hora indecisa fue cuando cuatro hombres que llevaban unas parihuelas se acercaron al carro de Belgodere, que aún estaba en la plaza de la Grève. Sobre las parihuelas iba un ataúd vacío.

En el carro había una antorcha de resina encendida, cuyos fuliginosos resplandores derramaban vagos reflejos sobre el cuerpo de Simona, extendido sobre el camastro, y jugueteando entre las flores diseminadas iban a lamer con rápidas y fúnebres caricias el lívido rostro de la muerta. Cerca de la antorcha, Violeta, arrodillada y recogida sobre sí misma, con los ojos fijos en el semblante amado de la mujer a quien diera el nombre de madre; a veces, su mano arreglaba dulcemente las flores o los cabellos de la difunta y la pobre ya no lloraba porque no tenía lágrimas.

La sombra invadía lentamente el carro y, envuelta en ella, Salzuma, la gitana, estaba sentada e inmóvil como la estatua de la indiferencia, lejos, muy lejos de lo que la rodeaba y perdida en el caos de sus oscuros dolores. A su lado, y en pie, con los brazos cruzados, y los labios crispados por el odio satisfecho, la mirada dirigida a Violeta, atisbaba Belgodere.

Los cuatro hombres entraron y depositaron el ataúd al lado de la muerta.

—Bueno —dijo uno—. Vamos a llevarnos a esa gitana hereje.

—Como es natural —añadió otro— no habrá sacerdote, porque la difunta no lo ha necesitado en vida y tampoco lo necesitará para su último paseo.

Belgodere hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo sencillamente:

—Apresurémonos.

—¡Oh! —dijo burlonamente uno de los enterradores—. Vais muy de prisa, compadre. Parece que no queréis hacer esperar al señor Satanás. ¡Eh, niña, cuidado!

Violeta, presa de largo estremecimiento, se había echado sobre Simona, para despedirse de ella. Entonces Belgodere, con gran rudeza, la separó de la difunta y la pobre niña se levantó balbuciendo:

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós, mamá Simona! ¡Adiós para siempre!

Cuando se atrevió a mirar, Simona estaba ya en el ataúd y entonces la niña dio un grito y su dolor hizo explosión. Cayó de rodillas palpitante, y con manos temblorosas empezó a amontonar las flores sobre el ataúd. Pocos momentos después todo había acabado, porque el féretro estaba cubierto. Simona había desaparecido para siempre, llevándose consigo el secreto del nacimiento de Violeta, que en su agonía quiso revelar.

Los enterradores pusieron el resto de las flores sobre el ataúd y colocando este último sobre las parihuelas, emprendieron el camino hacia el cementerio.

—Ven —dijo entonces Belgodere a la joven con extraña voz.

Violeta lo miró extrañada.

—¡Ven, mujer! —repitió el gitano con extraña sonrisa—. No puedes permitir que tu madre vaya sola al cementerio. Vamos, te permito que la acompañes.

La niña dio un grito de alegría y por primera vez en su vida, dirigió a Belgodere una mirada de agradecimiento.

—No soy tan malo como te figuras —exclamó éste encogiéndose de hombros.

Violeta empezó a andar.

Para ella era un consuelo, aunque triste, acompañar a su madre hasta el cementerio. Y las patrullas que transcurrían por París vieron con extrañeza aquel pobre ataúd cubierto de flores como un féretro de princesa, que atravesaba las calles ya oscuras, seguido únicamente por una niña que andaba llorando.

Belgodere salió de su carro diciendo a los dos hércules sentados en los escalones:

—Llevad el carruaje a la posada. Tal vez esta noche no vuelva. Y en cuanto a Violeta —añadió sordamente—, no volverá más.

Se alejó entonces a grandes pasos y a bastante distancia; a lo largo de las paredes de las casas, empezó a seguir a Violeta, a la que miraba como la fiera cuando sigue la pista de su víctima por los grandes bosques solitarios.

* * * * *

En el momento en que Violeta se puso en marcha tras las lúgubres parihuelas, un hombre guarecido bajo el soportal de una casa de la plaza, con la cabeza cubierta por un sombrero negro, cuyas alas le ocultaban el rostro, la siguió con la mirada hasta que ella hubo desaparecido.

—La víctima está en camino —murmuró entonces—. Réstame avisar al sacrificador. ¡Vaya un encargo desagradable! ¡Pobre niña! El criminal gitano te

lleva... y allí abajo te espera la implacable Fausta.

Aquel hombre empezó a temblar como si sintiera gran frío, y abandonando entonces el lugar donde observara la salida de Belgodere y de Violeta, se dirigió al puente de Nuestra Señora, que franqueó, y penetró en el dédalo de la Cité.

* * * * *

Entre la catedral, formidable por su silencio, y el Paláís, de donde salían, los sordos rumores del Parlamento reunido en sesión nocturna, hacia la mitad de la calle Calandre, se elevaba una casa baja en un solar, como vergonzosa y apartada, y temida de todas las gentes de la vecindad.

Durante el día los hombres se alejaban de aquella casa profiriendo sorda imprecación. Las mujeres que pasaban por allí palidecían haciendo la señal de la cruz. En aquella casa, en una estancia fría, amueblada severamente y con las paredes desnudas, que adornaba únicamente un gran crucifijo de ébano, estaba sentado, en un vasto sillón, un coloso pensativo, con el codo apoyado en una mesa servida, y la frente en la mano, mientras una vieja criada iba y venía con furtivos pasos.

—¿No coméis, maese Claudio? —preguntó de pronto.

El gigante hizo un gesto de indiferencia y cansancio.

—Siempre esos terribles recuerdos de vuestro antiguo oficio —continuó la mujer después de algunos instantes de silencio.

—No —dijo sordamente Claudio moviendo la cabeza.

—Pues entonces es que pensáis en la niña.

—¡Siempre! —suspiró Claudio como si hablara consigo mismo—. Los minutos en que los espectros de mis víctimas no me atormentan, son tal vez los más terribles para mí, porque entonces es su imagen la que se alza ante mis ojos. ¡Ocho años, Gilberta! Han transcurrido ocho años desde el día en que desapareció como se desvanece un hermoso ensueño. ¡Oh, hija mía! Suave violeta que perfumaste aquellos sobrado cortos años de mi existencia. ¿Qué ha sido de ti? ¿Dónde están tus hermosos ojos azules? ¿Dónde la alegre sonrisa de tus labios? Todo lo que me rodea no es más que tinieblas, desde que no abrazas mi cuello dándome el delicioso nombre de padre que me estremecía de felicidad hasta el fondo de mis entrañas.

Maese Claudio dejó caer su forzado puño semejante a una maza. Un suspiro hinchó su vasto pecho y aquel hombre que parecía la encarnación de la fuerza animal, continuó con extraña dulzura:

—Sin duda yo no merecía tanta felicidad y estaba condenado a la soledad maldita. No obstante, acordaos, Gilberta, de que no abusaba de mi dicha. No iba a ver a la niña más que dos veces por semana. Eran mis días de fiesta. ¡Y qué fiestas tan agradables! —dijo sonriendo melancólicamente—. ¡Con qué delicia abandonaba la siniestra librea! ¡Y con qué júbilo desde que apuntaba el día me ponía el traje de burgués con el que ella me conocía!

—Vamos, maese Claudio. Dejad esos recuerdos que os matan.

—¡Cuán contento me iba yo a Meudon! —continuó Claudio sin oír la observación de la criada—. Con el corazón palpitante entraba en el jardín. La buena Simona salía a mi encuentro. ¿Y la niña? ¡Ah, aquí está! Acudía con sus bracitos tendidos. Yo la tomaba en mis brazos. Entonces ella me abrazaba, se encaramaba riendo sobre mis hombros y me tiraba de los cabellos gritando: Mamá, aquí está papá. ¡Ah! ¡Qué hermosa risa!

Maese Claudio se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar silenciosamente.

—¿Para qué os atormentáis así?

—La niña —prosiguió— se llevó mi corazón en sus manitas. Cierta mañana de un día espantoso y maldito...; era jueves, toda la vida me acordaré. Hacía muy buen tiempo. Llegué a Meudon y una vez ante la casita empecé a llamar, pero no tuve respuesta. Me figuré que habría ido al río. Tuve como un presentimiento de la desgracia, pero no quise alarmarme. Entré en el jardín, y no vi a Simona ni a la niña. Penetré en la casa en donde todo estaba revuelto, como si alguien hubiera sostenido una lucha. Quise llamar, pero de mi garganta no salió ningún gemido. Creí volverme loco y saliendo a la calle empecé a gritar, pero nadie me contestó. Corrí hacia el Sena, fui al bosque y volví a la casa sin haber encontrado a nadie. ¡Oh, qué día tan espantoso! Por fin caí sin sentido y al recobrarlo, vi una mujer que me cuidaba. ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? Nadie lo sabía. Lo único que se sabía en la vecindad es que la víspera una compañía de gitanos había pasado. ¿Cómo no me he muerto?

—A punto estuvisteis de ello, maese Claudio —contestó Gilberta—. Y cuando recobrasteis el sentido, ocho días después, llegué a figurarme...

Un aldabonazo en la puerta interrumpió a la vieja criada, y despertó grandes ecos en la casa. Gilberta permaneció inmóvil, sobrecogida de estupor. Claudio se enderezó súbitamente, con el cuello tendido y los ojos, asustados.

—¿Quién puede ser? —dijo la vieja palideciendo.

—Desde hace ocho años, nadie ha llamado a esa puerta —exclamó Claudio—. ¿Qué puede ser si no la desgracia que pasa?

Otro golpe, más fuerte que el primero, resonó entonces. Maese Claudio cayó pesadamente en el sillón, e hizo una imperiosa seña a la criada, que salió. Él, entre tanto, se quedó con los ojos fijos en la puerta de la sala. Un instante después oyó el ruido de la tranca de la puerta, de la cadena que caía, y de los cerrojos que rechinaban. Luego reinó el silencio.

De pronto, en el marco de la puerta apareció un hombre con la cabeza cubierta por un sombrero negro. Claudio se levantó y con altivez no exenta de temor, preguntó:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

El desconocido avanzó lentamente algunos pasos. Un temblor convulsivo le agitaba. Permaneció un minuto sin hablar y luego, en voz baja y ronca, dijo:

—Maese Claudio, vengo a reclamar los servicios de tu profesión.

Claudio se sintió sobrecogido por convulsivo temblor. Una sonrisa se dibujó en sus labios y moviendo la cabeza como para rechazar la carga de sus recuerdos, dijo:

—Cuando yo ejercía mi siniestro oficio, el Oficial y el Gran Preboste eran los únicos que podían reclamar mis servicios. No sois ni el Oficial ni el Gran Preboste y por esta razón ignoráis que desde hace ocho años me he hecho relevar de mis funciones. Idos en paz quienquiera que seáis, vos que ocultáis el rostro al antiguo verdugo de París.

El desconocido no se inmutó.

Con voz más baja y más ronca todavía, pronunció estas palabras:

—Para mí y para el que me envía, no estás relevado de tus funciones. Para mí y para aquélla a quien debes obediencia, eres todavía el verdugo. ¡Mira!

Y entonces sacó de debajo de la capa su mano derecha que tendió al verdugo. En el dedo anular de la misma, había una ancha sortija coronada por enorme medallón de hierro, en el cual estaban grabados misteriosos signos. Claudio les dirigió una mirada y entonces vaciló inclinándose luego en actitud de humildad profunda.

—¿Obedeces? —preguntó el desconocido.

—Obedezco, monseñor —contestó Claudio con voz opaca.

—Bien. Ve a la casa del extremo de la isla, detrás de Nuestra Señora. La ejecución es para las diez. ¿Estarás allí?

—Sí, monseñor —contestó Claudio dando un suspiro—. Pero decid a los que os envían que estoy cansado, muy cansado; que el terror me hace pasar noches horribles. Y aunque me costara la vida, ya no mataré más y mañana romperé el pacto que me ata.

E irguiéndose, añadió:

—Esto dicho, monseñor, no contéis ya más conmigo. Esa ejecución será la última.

—La última —dijo el hombre—. Bueno, está bien. Ahora, Claudio, te voy a mostrar mi semblante que me reprochabas tener oculto.

—¿Qué me importa vuestro semblante? —gruñó Claudio—. Una vez vista vuestra mano y el espantoso anillo de hierro que lleva, me basta. Idos en paz, monseñor.

—Quiero, no obstante, que me veas la cara —dijo el desconocido con tristeza—, porque ahora no me dirijo al verdugo ni es tampoco el enviado de la soberana el que te dirige la palabra.

Con rápido gesto hizo caer su sombrero y apareció su cara de espectral palidez.

Claudio retrocedió, murmurando con extraño acento:

—¡El obispo! ¡El príncipe Farnesio! ¡El padre de la niña!

—De la niña que me robaste —gruñó Farnesio—. Sí, soy yo, yo que te he maldecido, que vuelvo a maldecirte, porque no tuviste piedad de mi desgracia, y por eso te maldigo. Una esperanza insensata me ha sostenido hasta hoy; sí; aún espero,

vengo a suplicarte. Escucha, dime la verdad. Sé hombre una vez en la vida.

Claudio vaciló un momento y luego movió la cabeza. Farnesio esperaba lleno de ansiedad.

—¡La verdad! —dijo por fin Claudio—. Ya os la dije el día en que vinisteis hace ya casi quince años.

Farnesio bajó la cabeza y retrocedió un paso.

—¡Está muerta! —repitió Claudio con voz glacial—. Murió tres días después de haberla recogido al pie del cadalso. Murió en los brazos de la mujer a quien la confié.

El cardenal príncipe de Farnesio no dijo nada más. Levantó los brazos al cielo y los dejó caer pesadamente. Luego se cubrió de nuevo la cabeza con el sombrero, y dando un gemido, se dirigió a la puerta. Claudio se echó una capa sobre los hombros, siguió a Farnesio y se unió a él cuando ponía los pies en la calle. Le tocó el brazo y con acento de timidez le preguntó:

—Perdonadme. Una sola palabra.

Farnesio se estremeció violentamente al ser distraído de sus tristes pensamientos.

—¿Qué quieres?

—No me habéis dicho a quién debo ejecutar esta noche.

—Lo ignoro —dijo Farnesio.

—¿Es un hombre o una mujer?

—Una mujer; una jovencita.

Claudio se estremeció de angustia. Una jovencita, un ser lleno de gracia y belleza a quien él iba a suprimir.

—¡Desgraciada! —murmuró.

En aquel momento las campanas de Nuestra Señora resonaron en la noche con infinita tristeza. Los dos hombres, el cardenal y el verdugo, permanecieron inmóviles contando las campanadas. Y en cuanto se calló la voz de la catedral, la del purpurado dijo:

—¡La hora de la ejecución!

Luego Farnesio levantó una mano como para dar una orden y lentamente, con silencioso paso, la cabeza inclinada y estremeciéndose de vez en cuando, tomó la dirección del Petit Pont. El verdugo secó el sudor que bañaba su frente y se lanzó hacia Nuestra Señora, en dirección a la extremidad de la isla, hacia la misteriosa casa de la princesa Fausta.

V - La casa de la cite

SIMONA FUE ENTERRADA en el cementerio más próximo, es decir, en el de los Inocentes. Como es natural, fue echada al rincón de los herejes y ninguna cruz señalaba el lugar en que reposaba, en vista de que había formado parte de una compañía de gitanos, gente excomulgada y descreída.

Cuando el ataúd estuvo cubierto de tierra, Belgodere tomó a Violeta de la mano y tiró de ella.

La joven lo siguió sin hacer resistencia. Estaba en extremo triste. Su mano helada temblaba en la del gitano. Era entonces completamente de noche. La ciudad aparecía llena de espantosa soledad. La pobre niña andaba sin darse cuenta del camino que recorría, pero en el fondo de su corazón irradiaba dulcemente una imagen consoladora que parecía escoltarla para protegerla, diciéndole al oído que no estaba sola en el mundo.

Aquel joven señor de noble mirada y de acariciadoras palabras, ¿volvería acaso? ¡Ay! La pobre ignoraba hasta su nombre. Pero él la había mirado con tan fraternal expresión de lástima cuando entró en el carro, y ella lo había visto tan simpático, y tan bueno, especialmente al recordar su hermosa acción cubriendo de flores el cuerpo de su madre, que la jovencita palpitaba de emoción, de modo que a su duelo filial se mezclaba una emoción muy dulce, inconsciente y pura.

Sí, volvería, pues lo había prometido. Al día siguiente lo volvería a ver y casi las últimas palabras de Simona tendían también a consolarla.

«Aquel joven será tu salvador, pues te ama».

Ser amada de él. ¡Qué ensueño!

De pronto se fijó en que Belgodere no se dirigía ni hacia la plaza de la Grève ni hacia la Tissanderie, en donde estaba la «Posada de la Esperanza».

—¿Adónde me lleváis? —preguntó sobrecogida de espanto.

El bohemio, sin contestarle, le estrechó la mano y empezó a andar más de prisa. Atravesó el puente y una vez franqueado el río se dirigió hacia la izquierda. El lugar era siniestro; a la sazón se hallaban en una callejuela negra y tortuosa.

En una de las callejuelas de la Cité había una casita risueña, de la cual colgaba una enseña muy bien pintada que decía:

POSADA DEL BROCHE DE HIERRO A CARGO DE LA ROJA Y PAQUITA

Belgodere, sin soltar a Violeta de la mano, se detuvo un instante en la posada del «Broche de Hierro», pero moviendo la cabeza, se dirigió a la casa vecina, que era muy grande. Tenía un mudo aspecto y las paredes cuarteadas. Parecía pronta a hundirse de vetustez y abandono. Y su portal de hierro, con enorme aldabón de bronce, le daba una apariencia de fortaleza que hubiera guardado muertos y monstruosos secretos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Violeta dirigiendo a su alrededor una mirada de

espanto.

Belgodere no contestó, sino que dio con el aldabón en la puerta.

—¡Tengo miedo!

La puerta de hierro se abrió sin ruido. Violeta quiso echarse atrás, pero el gitano la sujetó con fuerza. En el segundo que siguió se vio en un gran vestíbulo embaldosado, de altas paredes desnudas, débilmente iluminado, en donde estaban dos hombres enmascarados y con la daga desnuda en la cintura.

—¿Dónde estoy? —preguntó la joven.

—He aquí la pequeña que yo, Belgodere, debía traer. ¿Es aquí? —dijo el gitano.

—Sí —contestó uno de los dos guardias.

En el mismo instante aquel hombre echó sobre la cabeza de Violeta un saco de tela negra que le sujetó en el cuello por medio de un cordón. Sin dar un grito y paralizada por extraordinario terror, Violeta se sintió levantada y llevada a lo ignorado. El otro hombre enmascarado tendió a Belgodere una bolsa bien repleta.

—He aquí los cien ducados de oro que has pedido.

—Yo no los he pedido —dijo el bandido—. Monseñor el duque es quien me los ha prometido.

—¿Monseñor el duque? —dijo el hombre con algún asombro—. ¿Querrás decir el señor príncipe?

—Duque o príncipe, tanto da. Lo esencial es que mi cometido ha terminado.

—Es verdad. Toma el oro y márchate enseguida. Un instante, amigo. Si quieres que te arranquen la lengua o que te descuarticen vivo, no has de hacer más sino decir a cualquier persona lo que acabas de hacer. Otro consejo. Trata de olvidar esta casa de tal modo, que nunca más se te vea por las cercanías. Y ahora, largo.

El gitano se inclinó hasta el suelo, y con una sonrisa burlona, salió de espaldas y desapareció en la noche.

* * * * *

Dieron las diez en Nuestra Señora. Belgodere hacía rato que había desaparecido. En aquel momento fue cuando maese Claudio, aproximándose a su vez a la terrible casa, llamó con el aldabón de bronce, como lo había hecho el gitano.

Como para éste y para Violeta, se abrió la puerta de la temible casa sin hacer el menor ruido. Sin duda los dos hombres enmascarados reconocieron al verdugo, porque uno de ellos le hizo seña de que lo siguiera y lo precedió hasta el interior de la casa.

Y sin duda también maese Claudio conocía aquel interior, porque no manifestó el menor asombro por lo que veía.

Y no obstante había de qué admirarse.

Una vez franqueado el vestíbulo de aquella casa que parecía tan destartada, se convertía en un palacio fabuloso de monarca asiático, en una sucesión de estancias

vastas y adornadas con nunca vista magnificencia, para dar por fin a una sala inmensa en el fondo de la cual, bajo un dosel, se elevaba un trono de oro que era una maravilla de escultura y cincelado.

Los techos de aquellas estancias estaban pintados al fresco y las paredes adornadas por los lienzos de los pintores más famosos, tales como el Tintoretto, Rafael, Veronés, Correggio. Los sillones eran de caoba preciosamente esculpida y tapizados con magnificencia. Los mosaicos artísticos en sumo grado, las panoplias llenas de brillantes armas. Y todo ello formaba un conjunto de prodigioso lujo, severa belleza y gusto muy puro.

En la sala del trono, doce candelabros de oro macizo, provistos cada uno de doce antorchas de cera rosada; columnas de jaspe y de mármol alternativamente; enormes jarros de pórvido, que contenían gigantescos ramos de flores raras; tapices de Arabia, sesenta sillones de alto respaldo, todos coronados por una tiara esculpida y llevando todos una F bordada, bajo la cual se cruzaban dos llaves simbólicas; entre las columnas había estatuas de mármol, ornamentación fastuosa que sólo podía compararse a la descrita en las Mil y una noches. En aquella regia sala estaban veinticuatro hombres de armas, cubiertos de acero, silenciosos e inmóviles, alabarda en mano, en filas de doce, a cada uno de los lados del trono.

Y en aquel esplendor se advertía algo como una amenaza formidable, como si aquella sala hubiera sido hecha para una emperatriz antigua o una soberana oriental, que distribuyera a su alrededor y según su capricho, el amor o la muerte.

El verdugo pasó por entre aquellas maravillas con la mayor indiferencia y siguiendo a su mudo conductor, siguió así, de sala en sala, hasta una pieza que debía hallarse en los confines del palacio, hacia el Sena, y cerca del lúgubre vestíbulo de la entrada. Estaba desnuda y era fría y húmeda, con los muros de piedra gris, sin un mueble; únicamente a lo largo de las paredes había cadenas sujetas a anillas de hierro, como si de la encantadora residencia de un hada mágica, se pasara de pronto a un calabozo que sirviera de antecámara a un condenado que marcha al suplicio.

Allí estaba una mujer vestida de negro y con la cabeza cubierta por una mantilla de igual color. No se veía su rostro, pero en su mano brillaba una sortija semejante a la del príncipe Farnesio, con la diferencia de que, mientras la de éste era de hierro, la que brillaba en aquella mano femenina era de oro puro, y los caracteres del medallón estaban trazados por brillantes que fulguraban en la penumbra.

Aquella mujer era la misma que entrevimos en la plaza de la Grève y a la que Farnesio diera el tratamiento de *Santidad*. Era Fausta.

Inmediatamente los ojos de Claudio se dirigieron hacia la sortija como buscando algo. Entonces se estremeció y cayendo de rodillas murmuró:

—¡La Soberana!

Y temblando de terror y veneración a un tiempo, se prosternó, abatió la frente hasta tocar las losas y entonces, con voz que tan pronto era tierna como terrible, Fausta exclamó con extraña solemnidad:

—Verdugo. Nos, gran sacerdotisa de la Orden a la cual habéis jurado obediencia, hemos juzgado y condenado a muerte a un ser humano, cuya vida era una amenaza para los proyectos sagrados de que somos depositaria. Verdugo, habéis aceptado el ser ejecutor de las sentencias secretas que pronuncie la divina justicia. Entrad, pues, en la cámara de las ejecuciones en donde espera la condenada y cumplid vuestra misión.

Claudio levantó la frente y tendió las manos a Fausta.

—¿Queréis hablarnos? Os lo permitimos.

—Soberana —dijo Claudio tembloroso—. Yo, mísero, humilde, me atrevo a dirigir una súplica a la deslumbrante Majestad a cuyos pies me prosterno.

—Hablad, verdugo, estamos en la tierra para castigar, pero también para consolar.

—¡Consolar! Sí, consuelo es lo que necesito. Mis noches sin sueño están pobladas de espectros. El viento que sopla me trae las lágrimas y maldiciones de los que he ejecutado. En vano me digo que fui solamente el instrumento de la justicia humana. En vano ruego a Dios omnipotente que de un poco de tranquilidad a mi corazón. Veo a la Muerte con terror espantoso, pues de no ser así me habría suicidado. Tengo miedo, Soberana. Tengo miedo de morir sin la absolución suprema que me fue prometida por vuestro enviado. Desde hace dos años que juré obediencia he venido tres veces para ejercer mi terrible ministerio y el Sena no ha revelado a nadie el secreto de los tres cadáveres que a él he arrojado.

Un sollozo salió de la garganta de Claudio y su monstruosa figura pareció presa de todos los temores de una superstición delirante. Y añadió con desesperación creciente:

—He consultado a veinte doctores. Al saber quién era, ninguno quiso contestarme. He implorado la piedad de más de cien sacerdotes y ninguno ha querido trazar sobre mi cabeza el signo redentor que me hubiera dado la calma. A vuestro enviado, Soberana, rehusé el oro que me ofrecía, pero cuando me prometió la santa absolución, firmé el pacto. Por tres veces, repito, he obedecido, Soberana. Ahora ya no puedo más. El horror me aniquila y veo abrirse ante mí los espantosos misterios de la condenación eterna. Soberana, tened piedad de mí.

—Habéis hecho bien al abrirme vuestra alma —dijo Fausta con penetrante dulzura—. Verdugo, la prueba ha terminado. Id mañana a Nuestra Señora. Después de la misa, seréis oído en confesión general, no por un sencillo sacerdote, sino por un príncipe de la Iglesia, provisto de plenos poderes de Su Santidad. Es, pues, Su Santidad, en persona, quien derramará sobre vuestra frente el tesoro de las indulgencias que harán de vos un hombre semejante a los otros; os devolverán el sueño, apartarán de vuestro espíritu los terrores infernales y os mecerán en la serenidad del consuelo celeste.

Y con voz de mando, mientras su brazo señalaba una puerta, añadió:

—Ahora, verdugo, ve. Apaga esta sola vida y así mañana serás absuelto de todos tus asesinatos y libertado de todos tus espectros.

Claudio se levantó de un salto, lleno de júbilo espantoso. Un cambio se hizo luego en aquella fisonomía, en que dominó implacable y salvaje resolución.

—¿Decís que me absolverán de todo mi pasado?

—Serás absuelto.

—¿Y que esta ejecución será la última y que ya no mataré a nadie más?

—Esta mujer será tu última víctima.

—Pues ¡qué muera! —rugió maese Claudio dirigiéndose hacia la cámara de las ejecuciones.

A los pies de Fausta se había prosternado un hombre, pero el que a la sazón atravesaba la puerta que le habían designado, era el verdugo. Entró bruscamente cerrando la puerta tras él y entonces Fausta se acercó a un invisible enrejado y miró lo que iba a suceder en la cámara de las ejecuciones.

Era una gran habitación colgada como una jaula de las paredes de la casa, y estaba suspendida encima del Sena. No había ventanas. La lámpara suspendida en el techo, muy elevado, en vez de alumbrar, no hacía otra cosa que acentuar las tinieblas. Las paredes eran de tablones mal escuadrados y de igual modo estaba formado el pavimento.

En el centro de éste veíanse las ranuras de una trampa cerrada, que podía abrirse por medio de una argolla de hierro, a la cual estaba sujeta una cuerda que subía hasta el techo, y pasando allí por una polea, descendía a lo largo de la pared en donde estaba fijada por un nudo a un clavo enorme. Bastaba deshacer dicho nudo, y entonces la tapa de la trampa, no estando ya sostenida, se bajaba y caía.

Cualquiera que se encontrara entonces sobre aquella trampa, se veía precipitado hacia abajo, por donde corría el Sena, con sordas lamentaciones.

El verdugo, al entrar cogió un rollo de cuerdas. Se trataba de atar a la víctima, y estrangularla con un tirón, y luego de llevar el cadáver sobre la trampa y dejar caer la cuerda. Éste era su cometido.

* * * * *

Al entrar el verdugo divisó a su víctima en el centro de la estancia, a la claridad difusa que allí reinaba. Estaba tendida en el suelo, desvanecida de miedo, sin duda alguna. Su cabeza, envuelta en un saco negro, tocaba el borde de la trampa. La infeliz no se movía. Tal vez ya no respiraba. El verdugo hizo un gesto de vergüenza y sintió debilitarse su ánimo...

—¿Quién será esta desgraciada? —murmuró—. ¿Qué habrá hecho? ¿Por qué querrán que muera? ¿Yo debo matarla?

Se estremeció porque en las tres ejecuciones anteriores tuvo que habérselas con hombres, y la lucha, la lucha espantosa, despertaba en él sus instintos de fiera que no perdona, pero a la sazón se trataba de una mujer joven y hermosa tal vez, que no había necesidad alguna de matar, pues se entregaba ya con la cabeza posada sobre la

trampa fatal, como si sólo fuera necesario darle un empujón para echarla al río. Claudio volvió la cabeza sintiendo infinita lástima y comprendió que no iba a tener valor para dar muerte a su última víctima. Se dirigió hacia el clavo que sostenía la cuerda a la que estaba atada la trampa, y para llegar a él dio un rodeo, rozando casi las paredes de madera y evitando mirar a su víctima. Así fue como llegó a donde estaba la cuerda. Sin atreverse a volver la cabeza, llevó su temblorosa mano hacia el nudo y empezó a deshacerlo. En aquel momento la mujer exhaló un suspiro que resonó en la cabeza del verdugo como una trompeta del Juicio Final. Retrocedió y se quedó inmóvil, escuchando mientras luchaba con esta idea:

—Va a recobrar el sentido y es preciso que la mate antes de que vuelva en sí, pues de lo contrario podría huir. Y, además, sufriría demasiado —añadió temblando—. Mi misión es matar, pero no hacer sufrir.

Entonces se volvió tratando de recobrar ánimo, y se arrodilló al lado de la condenada, disponiendo las cuerdas para estrangularla.

—Es preciso que muera —gruñó—. Debo matarla. Ésta será la última.

La víctima hizo un movimiento y algunas palabras confusas llegaron a oídos del verdugo.

—¡Pobre muchacha! Ahora llama a su padre y a su madre. ¡Cuán dulce es su voz!

Se apoderó de él irresistible curiosidad de ver el rostro de aquella jovencita, de aquella niña vestida con el traje de gitana. ¡Oh, sí, verla! Y, si era posible, adivinar el crimen que la condenaba a muerte. Resistió a la tentación, pero, por fin, desató el cordón que mantenía el saco negro alrededor del cuello, levantó la tela y apareció ante sus asombrados ojos el adorable semblante, los párpados cerrados bajo las largas pestañas, la frente pura y la radiante cabellera de Violeta. La contempló largo rato, cada vez más lleno de lástima por aquella infeliz niña.

—¡Qué hermosa es! —añadió—. Pero va a morir.

Se puso pensativo y poco a poco olvidó qué hacía allí y con qué objeto estaba.

Luego, a fuerza de mirar, sintió un latido sordo y profundo en su corazón, algo que le daba ganas de reír y llorar a un tiempo.

—¿Acaso voy a volverme loco? —exclamó cogiéndose los cabellos con las dos manos—. ¡Vaya una idea! Señor, ¿acaso es este mi castigo supremo? ¿Voy a volverme loco? ¡Ese rostro... ese rostro! Me recuerda..., pero no, es insensato. No obstante, la niña tendría esta misma edad. ¡Pero son sus cabellos, sus hermosos cabellos dorados! ¡No hay duda, ésta es su boca! ¡Oh, si pudiera ver sus ojos! ¡Si fuera ella! ¡Hija mía! —exclamó por fin dando un grito horrible y sacudiendo violentamente a la niña—. ¡Hija mía! ¡Violeta!

Ésta abrió los ojos y los dirigió temerosamente hacia el verdugo. De pronto, su mirada se llenó de luz y tendiendo sus brazos como años antes hiciera al nacer en el catafalco, murmuró llena de alegría:

—¡Padre! ¡Papá Claudio!

Éste profirió un grito desgarrador, que hizo retemblar las paredes de la estancia.

—¡Dios mío! ¡Es ella, es mi hija!

Se levantó y retrocedió. Sus enormes manos, agitadas por temblor convulsivo, se tendían hacia ella y luego retrocedían con viveza. No se atrevía a tocarla. Reía y lloraba a un tiempo, mientras murmuraba:

—¡Cómo! Pero si es mi hija. ¿No estoy loco? ¿Eres tú?

—Soy yo, padre, soy yo —dijo la niña sonriendo.

Entonces él se aproximó, y cogiéndola en sus poderosos brazos, la levantó como si fuera una pluma; se la llevó al ángulo más apartado de la trampa infernal y sentándose en el suelo la puso sobre sus rodillas.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, y sus labios, agitados por los sollozos, murmuraban cosas incomprensibles, mientras en su semblante se pintaba la felicidad más viva y el asombro más extraordinario. Violeta sonreía repitiendo:

—¡Padre! Mi buen padre Claudio. Sois vos, sois vos, ¿verdad?

Y cuando pudo comprender algunas de las palabras que él balbucía, oyó que decía:

—Sí, llámame todavía padre; que oiga tu voz. ¡Qué hermosa eres! Ponme tu brazo alrededor del cuello, ¿te acuerdas? ¿Pero qué te ha pasado en todo este tiempo? Pero no, ya me lo dirás luego. ¡Qué alegría! No sueño, ¿verdad? No, no, eres tú.

Y sollozaba olvidando al mundo, el lugar en que se hallaba y la razón por qué había venido.

—Bueno, ahora nos iremos a casa —dijo sonriendo.

—Sí, papá, a nuestra casita de Meudon.

—No... Es decir, sí, eso es. ¿Pero qué diablo hacemos aquí? Ven, vámonos.

—¿Aquí? —dijo Violeta sobrecogida por un estremecimiento de espanto—. ¿Qué lugar es éste?

—¿Aquí?

Claudio pronunció esta palabra desesperado al recordar la situación.

—¡Padre! ¡Padre! ¿Qué te pasa? ¡Oh, tengo miedo! ¿Qué casa es ésta?

—No te preocupes —exclamó Claudio temblando—. ¡Oh, ya me acuerdo! —exclamó aterrorizado—. Ven, huyamos enseguida.

Y se levantó de un salto, cogió de un brazo a la niña, aterrada al observar el espanto de su padre, pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció Fausta cubierta por un velo negro.

Fausta dirigió a Violeta una mirada de ardiente curiosidad.

—¿Éste es el verdugo que recogió a la niña? —se preguntó—. Así, pues, es la hija de Farnesio. Y ésta es razón de más para que desaparezca.

Claudio se detuvo petrificado. Fausta extendió el brazo y dijo con fúnebre sencillez:

—¿Qué esperáis?

Claudio retrocedió como un animal salvaje ante su enemigo. Un suspiro escapó de su vasto pecho. Violeta, temblorosa, dirigía una mirada vaga hacia aquella mujer

vestida de negro, que de tan extraño modo hablaba a su padre. Fausta, con voz espantosamente tranquila, repitió:

—¿Qué esperáis?

Entonces Claudio, con violento gesto, cubrió a Violeta con su propio cuerpo, como para protegerla, y luego, uniendo las manos, balbució en voz baja:

—¡Mi hija, señora! ¡Es mi hija! Figuraos que la había perdido y la hallo aquí de nuevo. Para formaros una idea, figuraos que hubiera perdido el paraíso y que lo hallara de nuevo en el infierno. Ahora que lo sabéis, no querréis obligarme, ¿verdad? Vamos, dejadnos pasar.

—Maese Claudio —dijo Fausta—. ¿Qué esperáis para cumplir vuestra misión? Verdugo, ¿qué esperas para ejecutar a la condenada?

Al oír la palabra verdugo, Violeta miró a la mujer vestida de negro con grandísimo estupor y luego a su padre con manifiesto espanto; y de su garganta salió un grito de angustia y horror, mientras retrocedía ocultando el rostro en las manos.

—¡Mi padre! ¡Verdugo! ¡Mi padre es verdugo!

Claudio oyó estas palabras y su cara se puso del color de la ceniza. Se recogió en sí mismo dando suspiros de terrible tristeza y luego se volvió hacia la niña. Sublime desesperación se extendió sobre su rostro, y con acento de tristeza indescriptible y extraordinaria resignación, dijo:

—¡No te asustes! No te tocaré, si quieres. No te dirigiré la palabra ni te llamaré hija, pero no te asustes. Te ruego que hagas eso por mí. Te lo suplico, no tengas miedo. ¡Señora! —exclamó de pronto volviéndose hacia Fausta—. Acabáis de cometer un crimen. Habéis roto el lazo de afecto que unía esta niña a un desgraciado como yo. Así, pues, os lo digo a la cara. Es abominable el haber revelado mi ignominia al único ser que me amaba en el mundo. Y ahora, como no me inspiráis miedo alguno, os lo aviso, tened cuidado...

—Tú debes tenerlo, verdugo —interrumpió Fausta sin cólera—. Acabemos. ¿Te rebelas acaso? ¿Obedeces?

—¿Obedecer? Pero qué, ¿no lo comprendéis? Es mi hija. Os repito que es mi hija. No temas nada, Violeta, no temas nada. Digo que eres mi hija, pero no te importunaré. Lo que quiero es que vivas. Salgamos de aquí.

—¡Verdugo! —dijo Fausta con terrible voz—. ¡Elige entre obedecer o morir con ella!

—¿Obedecer yo? —exclamó Claudio con salvaje acento—. ¿Asesinar a mi hija? Estáis loca. Soberana mía. ¡Paso! ¡Paso, por el diablo, o ha llegado tu última hora!

Con el brazo izquierdo rodeó el talle de Violeta, levantándola con la mayor facilidad, y adelantando su brazo derecho, balanceaba en el espacio su formidable puño dirigiéndose hacia Fausta.

Esta viole venir espantoso, semejante a una fiera, pero no llegó a estremecerse. No cerró los ojos ni retrocedió, así como tampoco hizo el menor movimiento de defensa. Se contentó con llevar a la boca un silbato con el que dio un silbido breve y

agudo. En el mismo instante quince guardias armados de arcabuces hicieron irrupción en la estancia y se formaron en línea ante Fausta. Esa maniobra se llevó a cabo con extraordinaria rapidez.

Claudio, llevando a Violeta medio desvanecida en sus brazos, retrocedió mostrando los dientes como un dogo furioso; se apoyó en la pared del fondo; dirigió sus ojos sanguinolentos hacia los guardias y profirió algunos sonidos incomprensibles que sin duda eran un reto.

Pero los guardias no avanzaron. Sin duda Fausta les había dado instrucciones antes de entrar. Pero, en cambio, Claudio los vio preparar las armas.

—¡Cómo! ¿Van a arcabucear a mi hija? —balbució.

Con los cabellos erizados, la mirada extraviada, y las venas de la frente a punto de estallar, sentía dislocarse su cerebro, y oía estallar su corazón. En una tensión de espíritu espantosa, buscó, en aquel instante decisivo, el medio de salvar a Violeta.

—¡Preparen! —dijo una voz ruda.

En aquel momento los quince guardias oyeron un aullido que terminó en una carcajada. Vieron una sombra gigante que saltaba de modo prodigioso y en el mismo instante hicieron fuego. La siniestra habitación se llenó de humo negro y luego los guardias salieron.

Fausta se quedó sola, inmóvil y con una misteriosa sonrisa en los labios. Las volutas de humo se disiparon lentamente y entonces buscó con la mirada los cadáveres de Violeta y de Claudio, pero no los vio. Ambos habían desaparecido.

Después de mirar durante algunos instantes en todas direcciones, sus ojos se detuvieron en la trampa abierta en el centro de la habitación. Había allí la abertura de un pozo, al fondo del cual corría el Sena. Fausta sintió un ligero estremecimiento al comprender aquel grito, la carcajada furiosa y el salto de Claudio.

Se acercó a la trampa y escuchó inclinada sobre aquel agujero en cuyo fondo sin duda se hallaban los dos cadáveres entrelazados.

VI - La buena hostelera

AL SEPARARSE de Crillon en la llanura de las Tullerías, que se extendía más allá de la Puerta Nueva, el caballero de Pardaillán y el duque de Angulema regresaron a París por la puerta de Montmartre. Pero en lugar de dirigirse a «La Adivinadora», como lo había propuesto Pardaillán, atravesaron la ciudad y entraron en la calle de Barrés, situada entre el Sena y San Pablo, y penetraron en una casa de apariencia burguesa en que habían estado la víspera, después de su encuentro con Enrique III.

Aquella casa pertenecía a María Touchet, madre del joven duque, y le había sido regalada por Carlos IX. Estaba, por consiguiente, llena de recuerdos de aquel rey, que murió tan joven, de muerte tan espantosa, después de la horrible tragedia de San Bartolomé.

Tales recuerdos consistían en retratos, armas, cuernos de caza, un birrete y un jubón olvidados, un tapiz que llevaba bordada la divisa *Je charme tout*. Algunos tomos de poesías de Ronsard, anotados por la mano del rey, un cubilete de plata y otros objetos menudos que Carlos de Angulema tocaba exhalando melancólicos suspiros.

Carlos había llevado a Pardaillán hasta su casa, para contarle cosas que podían resumirse en una sola frase:

—¡Estoy enamorado!

Carlos, que tenía por camaradas a muchos jóvenes señores de Orleáns y la Isla de Francia, no tenía, en cambio, más que un amigo: Pardaillán. Y, no obstante, conocía al caballero desde diez días antes. Una tarde el caballero, viniendo de desconocida procedencia y viajando en dirección a París, pasó por Orleáns, adonde fue a visitar a la amiga del difunto rey Carlos IX. María Touchet lloró al ver de nuevo al caballero cuya última visita se remontaba a muchos años atrás; sin duda hizo revivir en ella un pasado de embriagadora poesía. Lo acogió como si fuera un semidiós. Luego contó a su hijo lo que sabía de Pardaillán, relato que el joven escuchó atentamente como si fuera un poema caballeresco. Después, cuando al día siguiente se decidió su partida hacia París, María levantó sus ojos suplicantes al caballero, como diciéndole:

—Vacilaba en dejar partir solo a mi hijo, pero no tendré miedo si vos le concedéis vuestra amistad.

—Señora —dijo Pardaillán besando la mano siempre hermosa de María Touchet—. Voy a París, en donde espero estar algún tiempo. Creo que monseñor el duque de Angulema querrá contarme en el número de sus amigos.

La madre de Carlos comprendió la promesa que había en tales palabras y dirigió al caballero una mirada de agradecimiento.

Durante el camino, el duque se aficionó a su compañero, al que no podía menos que admirar. Por fin, el alboroto de la plaza de la Grève y la heroica conducta del caballero inspiró al joven duque un sentimiento que participaba del asombro, respeto, timidez y también agradecimiento, porque sin el caballero podía contarse entre los

muertos.

Así, pues, Carlos consideraba a Pardaillán como su amigo único. Y después de haber reflexionado largo rato, decidió por la noche, en la mesa, hablar de Violeta. Una vez hubo contado la escena de la mañana en el carro de Belgodere, cuando manifestó su intención firme de ir al día siguiente a la «Posada de la Esperanza» y cuando, por fin, hubo contado su amor, Carlos observó que Pardaillán era el amigo más perfecto que pudiera soñar un enamorado, porque, durante cinco largas horas, Pardaillán lo escuchó sin interrumpirlo y sin contener con una palabra las efusiones de su corazón. Y cuando hubo terminado, Carlos pidió tímidamente un consejo, y el caballero lo dio diciendo:

—¡Amadla! ¡Qué caramba! Y haceos amar de ella y sed felices los dos. Gitana o princesa, desde el momento en que la amáis, es la estrella que os guiará.

Dichas estas palabras, Pardaillán fue a acostarse, no sin haber anunciado a Carlos que al día siguiente iría a «La Adivinadora», en donde lo esperaría para saber el resultado de su visita a Belgodere.

En cuanto a Carlos, transportado de alegría se metió en la cama, en donde, como es consiguiente, no pudo pegar los ojos en toda la noche, de modo que al alba estaba en pie y sobre las siete de la mañana salía de su casa. El joven duque sentía latir su corazón con dulce violencia.

—¡Volverla a ver! —murmuró andando ligeramente—. La volveré a ver y le diré... ¿Pero me atreveré a ello?

Pardaillán, por su parte, durmió como hombre que no tiene otra cosa que hacer, y por la mañana, hacia las nueve, fue, como había anunciado, hacia «La Adivinadora», que era, como ya sabemos, el lugar en que se citaba la sociedad galante de aquel tiempo, atraída por la sólida reputación de los guisados de la casa y la belleza de la hostelera.

Cuando el caballero de Pardaillán subió, no sin cierta emoción, los cuatro escalones que había ante la puerta de la posada, fue a sentarse en un rincón oscuro de la gran sala y observó que la hermosa hostelera, con los brazos desnudos hasta el codo, la cara encendida ante el fuego que ardía en la cocina, vigilaba algunos pastelillos que se estaban cociendo, mientras que un perro pastor de rudo pelaje estaba echado lejos del hogar, mirando con aire pensativo algunas aves que allí se estaban asando. Por lo demás, aquel perro tenía un aspecto de beatitud y satisfacción, que demostraba que sus únicas aspiraciones eran la buena comida y el descanso.

Rosa, el ama de «La Adivinadora», tenía a la sazón un poco más de treinta y tres años, más en tal edad es cuando las bellezas de Rubens han llegado al completo desarrollo de su esplendor; pero sea que su buena constitución la hubiera preservado de la obesidad que desfigura a la mujer más hermosa, o que su buen juicio le hubiera conservado aquella flor de la segunda juventud, más encantadora tal vez que la primera, o sea por cualquier otro motivo, el caso es que Rosa parecía tener no más de veintiséis años. Su cuerpo había conservado su peculiar esbeltez, que más de una gran

señora le hubiera envidiado, y sus ojos aterciopelados, cariñosos y tiernos se iluminaban con graciosa sonrisa.

De pronto el perro levantó el hocico y empezó a mover la cola. Luego sus ojos expresaron extraña angustia y se enderezó sobre sus cuatro patas husmeando el aire.

—¿Qué pasa, «Pipeau»? —preguntó Rosa.

El perro contestó con un ladrido por el que quería expresar, sin duda, un sentimiento de alegría y duda a un tiempo e, inmediatamente, partió a la sala de la posada. Rosa cogió un montón de platos y penetró a su vez en la sala para disponer los cubiertos reservados para unos hidalgos.

En aquel momento oyó que «Pipeau» profería gemidos breves y quejas de alegría delirante.

Y Rosa lo vio cómo se revolcaba por el suelo, haciendo mil contorsiones y extravagancias, y luego por fin posaba su cabeza sobre las rodillas de un hombre que le dirigía cariñosas palabras y le prodigaba caricias. Rosa se detuvo con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el forastero.

—¡Jesús! —murmuró palideciendo—. ¿Acaso será?...

En aquel momento el caballero levantó la cabeza y ella lo reconoció.

—¡Es él!

Se oyó un gran ruido de vajilla rota que hizo correr a las criadas: Rosa, para llevar la mano a su corazón, acababa de soltar los platos. Avanzó palpitante y con voz débil, dijo:

—¡Dios mío, señor caballero! ¿Sois vos?

Pardaillán se levantó con viveza, contempló un instante a la hostelera con tierna sonrisa, luego le cogió las manos y con gran asombro de las criadas, que no habían visto nunca que su ama permitiera a nadie semejante libertad, la besó en las dos mejillas.

—Está escrito que cada una de mis visitas a vuestra casa os cueste dos o tres docenas de platos —dijo el caballero riendo, mientras señalaba la vajilla rota.

Rosa se echó a reír nerviosamente.

—La verdad —dijo— que vos y vuestro señor padre habéis causado aquí grandes destrozos, de modo que mi digno marido siempre os veía llegar con gran terror.

—¿Y cómo sigue el buen Grègoire? —preguntó el caballero para desviar la conversación.

—¡En gloria esté! Murió hace ya siete años.

Y con la hipocresía especial que se perdona a las mujeres bonitas, Rosa aprovechó la ocasión para dar libre curso a las lágrimas que asomaban por sus ojos. Pero hubiera sido imposible precisar si lloraba recordando la muerte de su marido, o de alegría por la vuelta imprevista del caballero de Pardaillán.

—¿Y de qué diablos pudo morir? —preguntó el caballero—. Tenía una salud tan floreciente...

—Precisamente de eso —dijo Rosa secándose las lágrimas—. Estaba demasiado

grueso.

—Es verdad, ya se lo decía siempre, que tarde o temprano su gordura le daría un disgusto.

Hablaban, como se dice, por hablar. Rosa examinaba a hurtadillas al caballero y observó, tal vez con satisfacción, que no había hecho fortuna. En ciertos detalles perceptibles solamente para la mirada de la mujer que ama, fijándose en el jubón un poco usado, en las plumas del sombrero algo ajadas, juzgó que si bien Pardaillán no era el pobre paria que conociera antaño, estaba muy lejos de ser el magnífico señor que una hora antes ella se figuraba.

—¿Recordáis, señor caballero —dijo—, la última visita que hicisteis a «La Adivinadora», ya hará cosa de quince años?... Era el setenta y tres. Estabais triste ¡oh, muy triste! Y no quisisteis decirme la causa de vuestro pesar.

Pardaillán había levantado la cortinilla de la ventana cerca de la cual se hallaba, y, un poco pálido, había dirigido los ojos hacia la fachada de una antigua casa que se hallaba enfrente de la posada.

—Allí la conocí —dijo con gran dulzura—. Allí la vi por vez primera.

—¡Luisa! —murmuró la hostelera para sí.

Pardaillán dejó caer la cortinilla y se echó a reír.

—Y qué, Rosa, ¿ya no tenéis aquel vino claro y traidor que gustaba a mi padre?

La hostelera hizo una seña y una criada regresó a poco con una botella de vino del que Pardaillán se bebió un vaso de un solo trago.

—Excelente —dijo—. No se cansaría uno de beberlo.

Uno tras otro, vació así tres o cuatro vasos mientras la hostelera, con su cariñosa voz, multiplicaba las preguntas y estrechaba al caballero, movida de curiosidad, o tal vez impulsada por la idea que antes hemos señalado. La mirada de Pardaillán era cada vez más turbia y sus irónicos labios se crispaban.

—Ya lo veis, Rosa —dijo de pronto apoyando los codos sobre la mesa—. No tengo en el mundo quien me quiera más que vos.

El perro en aquel momento dio un ladrido como si hubiera comprendido.

—Y tú —dijo Pardaillán, acariciando la expresiva cabeza del perro—. Así, pues, ya que sois los únicos en amarme, no veo razón para ocultaros nada. Y, además, no sé si es este vino o los recuerdos... en una palabra; sabed, Rosa, que si yo estaba triste la última vez que vine a París, es porque acababa, de perder a Luisa.

—¡Muerta! —dijo la hostelera con sincero y profundo dolor—. ¡Muerta! ¡Luisa de Montmorency!

—Luisa Pardaillán, condesa de Margency —dijo Pardaillán gravemente—, porque era mi mujer. Y a mí me habían hecho conde de Margency. Sí, murió. El día en que salimos de París, en aquel día de horrores, en que se pisaba sangre por todos lados y estábamos como locos en el horno de aquel terrible combate...

—¡El día de San Bartolomé! —murmuró Rosa estremeciéndose.

—Sí, aquel día, según ya os dije, mi padre sucumbió a sus heridas en la colina de

Montmartre y en aquel momento, mientras yo me inclinaba sobre mi padre, extendido en la hierba, un hombre, que mejor merece el nombre de demonio, hirió a Luisa con un puñal. Dadme de beber, hermosa Rosa.

—¡Oh, es horroroso ver morir el mismo día a vuestro padre y a la que adorabais!

—No —dijo Pardaillán escanciándose vino—. No murió aquel día. La herida era insignificante y curó de ella rápidamente.

—Entonces...

—Entonces me casé con ella en Montmorency y entreví la felicidad perfecta. Creí que el paraíso había bajado a la tierra solamente para mí, porque, como habéis dicho, yo adoraba a Luisa, como adoraré hasta mi última hora el recuerdo que de ella guardo. La había conquistado con mi corazón y la espada, y era mi alma...

Pardaillán decía aquellas palabras con voz ligeramente temblorosa, y con los ojos mirando a lo lejos, como si volviera a ver lo pasado.

—¡Pobre caballero! ¡Pobre Luisa! —dijo Rosa olvidando su propio amor por un milagro de amor.

—Sí, tres meses después de nuestra unión, el ángel voló al cielo. Hacía algunos días que observaba a Luisa algo enfermiza, pero nunca llegué a sospechar la proximidad de su muerte. Una noche la sobrecogió una fiebre violenta y a la mañana siguiente me rodeó el cuello con sus brazos, quiso pronunciar algunas palabras, y expiró dulcemente con sus hermosos ojos azules fijos en mis ojos.

Un largo silencio siguió a estas palabras.

—¡Pobre caballero! ¡Pobre Luisa! —repitió la hostelera con acariciadora voz que, para los dolores del alma, es como un bálsamo refrescante para las quemaduras del cuerpo.

Y como el caballero guardara silencio, ella preguntó, tímidamente:

—¿Así, pues, fue víctima de la fiebre?

—Si hubiera muerto de una fiebre cualquiera —dijo con voz ronca— yo habría muerto también, pero he vivido y vivo —añadió con terrible acento.

Y dejó caer su vaso vacío sobre la mesa. Luego añadió:

—Luisa murió asesinada.

—¿Asesinada? —balbució Rosa.

—Sí, por aquella puñalada de la colina de Montmartre.

—¿Pero no decíais?...

—Que la herida era insignificante, es cierto. Fue tan sólo un arañazo cicatrizado a los pocos días, pero el puñal estaba envenenado.

La hostelera se estremeció de horror.

—Entonces —prosiguió el caballero— me puse en camino en persecución del hombre que la hirió. Entonces fue cuando os vi, querida Rosa, y os confié mi último amigo, mi perro «Pipeau».

—¿Y habéis alcanzado a aquel hombre?

—Aún no. Sabe que lo busco. Por cuatro veces conseguí acorralarlo y ya era mío;

pero el miedo, Rosa es un excelente maestro que enseña todas las mañan al hombre que teme. Y por cuatro veces consiguió escapar de mis manos en el último momento. Pero lo sigo y no se escapará. He recorrido Italia, Provenza, Borgoña y todos los países de Francia siguiéndole la pista. He llevado la vida que me enseñó mi padre. Salí de Montmorency loco de desesperación y abandonando mis títulos, el condado de Margency y sin llevarme un escudo. He conocido la miseria de los grandes caminos, las etapas sin fin bajo el cielo propicio o inclemente, y a menudo, Rosa, muy a menudo, cuando me acostaba sobre un montón de paja sin haber comido, pensaba en la buena hostelera de «La Adivinadora» que siempre tenía una comida para mi hambre, una sonrisa para mi alegría y una lágrima para mis dolores.

—¡Ay! —murmuró Rosa, pálida por lo que acababa de oír—. La hostelera no ha pensado en vos a menudo, sino siempre. Pero, a propósito de comida, señor caballero —continuó dando un suspiro y sonriendo—, me atrevo a esperar...

—¿Cómo? Mi buena Rosa, hago más que esperar, reclamo. ¿Qué queréis? —añadió echándose a reír—. No hay nada que de tan buen apetito como evocar los recuerdos de la juventud.

Y mientras la hostelera, ágil como a los veinte años, corría a la cocina para preparar por sí misma una suculenta comida para el caballero, éste se decía entre tanto:

—Sí, eso aviva el apetito, pero especialmente el apetito de venganza, manjar sublime que se come mejor cuando está frío. No hay duda de que, por fin, acabaré por encontrar a mi invitado. ¡A vuestra salud, señor de Maurevert!

En la cocina, que tenía una puerta que daba a la calle, Rosa topó con dos señores, uno de los cuales dijo:

—¡Hola, hostelera! Un gabinete para mi amigo y yo. Cuatro botellas de Beaugency, uno o dos pollos asados y el resto a vuestro gusto.

Rosa condujo a los dos nobles al gabinete solicitado y los dejó para volver a la cocina diciéndoles:

—Dentro de un instante vais a ser servidos, señor de Maineville y señor de Maurevert.

—Como dos buenos clientes —gritó Maineville, mientras Rosa cerraba la puerta del gabinete.

Luego entró en la sala y empezó a preparar el cubierto de Pardaillán. Cuando terminó, entró un joven hidalgo, con el semblante trastornado, y recorriendo de una mirada la sala, observó al caballero y corrió hacia él.

—Dos cubiertos, señora Grègoire —dijo Pardaillán reconociendo a Carlos de Angulema en el recién llegado.

El joven duque, muy pálido, se dejó caer sobre un escabel.

—¡Pardaillán, querido Pardaillán! —murmuró—. Estoy perdido.

—¡Bah! —dijo Pardaillán—. ¿Qué os sucede? ¿Os persiguen acaso los ligueros de Guisa? ¿Tal vez la reina Catalina os ha invitado a comer con ella?

—Os burláis de mi dolor, Pardaillán.

Éste, comprendiendo que se trataba de un asunto serio, cogió la mano de Carlos y dijo en voz baja:

—Nunca he bromeado con el dolor humano. Joven, seguid mis consejos por lo que valen, pero fijaos en que Guisa da de puñaladas y la reina Catalina envenena. Fijaos también que vivimos en una época misteriosa y terrible en que se renueva la faz del mundo, en que la muerte se pasea por París, en que el veneno satura hasta el aire que respiramos, en que todos los rincones oscuros están llenos de dagas, en que los ríos pueden en un instante llevar sangre en vez de agua, como lo he visto ya; en que nadie puede estar seguro de vivir más que en el segundo en que vive, en que la farsa se trueca en tragedia, en que los príncipes envidian el trono, en que el pueblo aúlla pidiendo el amo que mañana lo oprimirá con su pie, en que el miedo escolta a cada transeúnte, y en que las gentes como yo, por fin, no pueden menos que reír, lo cual es un modo de llorar como otro cualquiera. Y ahora que ya estáis, advertido, príncipe mío, contadme vuestras desgracias.

—Pues bien —dijo Carlos con los ojos llenos de lágrimas—; la joven de que os hablé ayer, aquella niña sin la cual no puedo vivir, la que amo, en una palabra, ha desaparecido.

—¡Pobre duque! —exclamó el caballero con singular acento de conmiseración—. ¿Y qué dice el gitano?

—¿Belgodere? No se le halla en parte alguna. No ha vuelto a la «Posada de la Esperanza».

—¿Y el posadero, qué dice?

—Jura por todos los dioses que no sabe nada.

—Hubierais debido apalearlo. Esto desata las lenguas. Bueno, ¿y qué más?

—¿Qué más? Pues que con indicaciones muy vagas he echado a correr como un loco, explorando las calles vecinas a la Grève, he vuelto a la posada y, por fin, heme aquí desesperado a más no poder.

Pardaillán guardó silencio. Reflexionaba acariciando distraídamente la cabeza del perro, posada sobre sus rodillas.

—Sí —dijo por fin, como hablando consigo mismo—. Es la época de los raptos, de las violaciones, de los robos, de los asesinatos y de las sombrías tramas. ¿Quién puede tener interés en hacer desaparecer a una pobre gitanilla? ¿Y quién sabe también quién será esta niña? ¿Qué relaciones tendrá con Belgodere? Lo que es ese tipo no me inspira la menor confianza.

—Pardaillán, Pardaillán, me hacéis estremecer.

El caballero se encogió de hombros. De pronto sus ojos se fijaron con mayor atención en el perro. Meditó un instante, y levantando la cabeza, dijo:

—¿Tendréis, por azar, algún objeto cualquiera que haya pertenecido a esa joven?

El joven duque suspiró y ruborizándose acabó por sacar de su jubón una especie de manteleta de seda bordada.

—La cogí... ayer... en el carro del gitano —balbució tendiéndola al caballero.

—Decid, pues, que la habéis robado —observó tranquilamente Pardaillán metiéndose la manteleta en el bolsillo.

Luego se levantó, se ciñó el cinturón y añadió:

—Regresad a vuestra casa, monseñor, y esperadme allí. Tal vez esta noche o mañana por la mañana os llevaré noticias, porque tengo un guía seguro.

—¿Un guía? —preguntó Carlos.

—En marcha, «Pipeau» —mandó Pardaillán al perro, que dio un ladrido sonoro—. Estás viejo y gotoso como un bedel, pero creo que tendrás bastante olfato para guiar a tu amo, tanto más cuanto que éste no es ciego, manco, ni cojo.

«Pipeau» movió gravemente la cola. En aquel momento la hostelera depositaba sobre la mesa los primeros elementos de una comida que debía ser una maravilla y tal como no la hubieran tenido tal vez ni el rey de Francia, ni el duque de Guisa, teniente general de la Santa Liga.

—¿Cómo? —preguntó Rosa con alterada voz—. ¿Os marcháis sin probar la comida?

—Que es digna de dos emperadores —dijo Pardaillán mirando con pesar las suntuosidades gastronómicas que exhalaban delicioso perfume.

—¡Ay! La he preparado expresamente para vos. ¿Quién va a ser digno de comérsela?

—¿Quién, mi querida Rosa? ¡Por Dios! —exclamó Pardaillán—. Quiero crear hoy dos emperadores. Prometedme servir a mis invitados como a mí mismo, aunque sólo sea por amor mío.

—Os lo prometo, señor caballero —dijo asombrada la hostelera.

Pardaillán atravesó majestuosamente la sala, que empezaba a llenarse de bebedores. Oficiales, nobles y estudiantes que eran la elegante y alborotadora clientela de «La Adivinadora». En el umbral de la puerta se detuvo, mirando un momento a los transeúntes y eligiendo a dos invitados dignos de él y de la maravillosa comida de Rosa.

—¡Eh! —gritó de pronto a dos hombres que pasaban—. Servios entrar, caballeros. Sí, vos, y vos también. Vos, el de la nariz de cuervo, y vos, que tenéis los ojos de ratón. A vosotros me dirijo, hacedme el honor de venir a comer aquí. Os invito.

Los dos mendigos a quienes se dirigían tales palabras se detuvieron estupefactos, se miraron y luego, con gran timidez y saludando a cada paso, cruzaron el umbral.

Eran dos mocetones de gran estatura, pero los dos de extravagante delgadez. Parecían estar famélicos hasta el punto de que cualquiera hubiera podido creer que sólo habían comido gujarros desde el día en que nacieron.

Sus trajes correspondían a sus figuras, es decir, estaban rotos, sucios y descosidos.

Al observar su entrada en la sala, se oyeron algunos gruñidos de protesta, pero Pardaillán dirigió a su alrededor una mirada tan brillante, que los gruñidos se

cambiaron en movimientos de satisfacción y las muecas en sonrisas.

Entonces condujo a los dos pordioseros a la mesa que antes ocupara, y les hizo seña de que se sentaran ante la espléndida comida que en ella había. Asombrados, mudos de emoción y con las narices aspirando glotonamente los perfumes del festín, los pobres hombres obedecieron sentándose de lado y en el extremo de las sillas, creyendo que todo aquello era un sueño.

—¿Cómo os llamáis, caballero? —preguntó Pardaillán al que parecía más inteligente, que era hombre de ojos pequeños, vivos, nariz puntiaguda, largo cuello, cuerpo delgado y brazos y piernas larguísimos.

El pobre hombre respondió inclinándose:

—Monseñor, me llamo Picuic.

—Bonito nombre, pero no me deis el tratamiento de monseñor, si os place, ¿y vos, señor? —preguntó al otro.

Éste era la caricatura del cuervo. Tenía cabellos negros y aplastados sobre la frente, nariz larga prominente y huesuda, barbilla buída y actitudes torpes. Contestó con voz lúgubre:

—Monseñor, me llaman Graznido.

—¿Graznido? ¡Admirable, por Barrabás! Pero no me tratéis de monseñor. Pues bien, señor Picuic y señor Graznido, a ver si me limpiáis bien esta mesa. Comed y bebed sin reparo, pues hoy sois los invitados del caballero de Pardaillán. Señora Grègoire, he aquí el precio de vuestro banquete —añadió el caballero poniendo dos escudos de oro en la mano de la hostelera.

Y como ésta intentara rehusar, dijo:

—Mi querida Rosa, ya sabéis que cuando convido quiero hacerlo yo y que nunca he permitido que nadie pagara, ni aun vuestro difunto esposo, que era amigo mío.

—Como queráis —dijo Rosa dando un suspiro—, pero la cuenta no sube a tanto.

—Bueno, pues la vuelta la dais a mis invitados.

Y saludando a los dos parias, el caballero, seguido de «Pipeau», se reunió con el duque de Angulema, que esperaba en la calle, mientras los señores Graznido y Picuic, los dos «hércules» de Belgodere, llenos de admiración y dudando todavía si estaban despiertos, empezaban tímidamente el ataque, que pronto se convirtió en furiosa carga.

En el instante en que Pardaillán, seguido por una mirada pensativa de la hostelera, franqueaba el umbral de «La Adivinadora», se levantó la cortina de un gabinete quedaba a la cocina y a la sala. Detrás de los cristales, apareció un rostro sombrío que lo miró mientras bajaba los escalones que daban a la calle.

Y aquel rostro, trastornado por el odio, era el de Maurevert, el hombre del puñal envenenado y el asesino de Luisa de Pardaillán, condesa de Margency.

VII - La orgía

SI FUERA NECESARIO buscar la palabra sintética, capaz de traducir al duque de Guisa en su personalidad humana, diríamos que aquel hombre se llamaba *Orgullo*. Tal vicio dominaba los sentimientos de aquel corazón y los pensamientos de su cerebro; el orgullo era sin duda su actitud moral; Guisa, como Aquiles, no tenía más que un punto vulnerable en su alma acorazada; no podían herirlo más que en su orgullo.

Aquel capitán, que podía en realidad pasar por el más cumplido hidalgo de París, a quien todas las grandes damas de la época dirigían apasionadas cartas, a quien las burguesas mandaban besos, y las mujeres del pueblo flores, en cuanto aparecía en la calle; aquel hombre que fue más idolatrado que Richelieu, más admirado que Lauzun, aquel triunfador a quien ninguna mujer resistía, estaba casado y era marido engañado.

Fue el marido más ultrajado de su época. Tuvo unos celos que Otelo no conoció, tuvo desesperaciones de orgullo, porque, naturalmente, no amaba a la mujer cuya fidelidad exigía, aun cuando él quería engañarla todos los días sin concederle recíprocamente tal derecho. El asesinato de Saint-Megrin no contuvo el escándalo: Catalina de Clèves, duquesa de Guisa, lloró durante ocho días a Saint-Megrin y luego tomó otro amante y más tarde a otros, de modo que Guisa continuó derramando lágrimas de rabia. El pensamiento de que era engañado envenenó su vida, pues tal cosa era la más inverosímil de las humillaciones para él. Catalina de Clèves, duquesa de Guisa, bonita más bien que hermosa, continuó sus desvaríos con asombrosa serenidad.

De momento, Enrique de Guisa no conocía al amante de Catalina, pero, no obstante, sabía que tenía uno. No era posible otra cosa, pero ¿quién era? Resuelto a conservar completa tranquilidad de espíritu en el momento en que París empezaba a gruñir y él podía prever la tormenta que iba a desencadenarse, envió a Catalina a Lorena bajo la guarda de una dueña que le merecía entera confianza. Ya se ha visto por la carta de la princesa Fausta que Catalina salió por una puerta de París y entró por otra. Allí iba a cesar la comedia y dar principio el drama.

Una vez en su palacio, vasta y suntuosa fortaleza que ocupaba entre edificios y jardines todo el cuadrilátero formado por la antigua calle del Temple y la calle del Chaume, la calle del Paradis y la calle de Quatre-Fils, el duque de Guisa se encerró en sus habitaciones y tuvo una larga conversación con la persona que anunciaba la carta de Fausta.

El día siguiente lo pasó dictando cartas y dando órdenes; nombró coronel de la Liga a Bois-Dauphin, que había combatido en las barricadas, y además hizo a Bussi-Leclerc gobernador de la Bastilla. Despachó embajadores a la reina madre, que valientemente se había quedado en París, a pesar del motín y de la fuga de su hijo, y al señor de Harlay, primer presidente del Parlamento, para avisarlos de su próxima visita. Estaba inquieto y nervioso y en su frente, que hubiera debido estar radiante,

sus familiares veían claramente indicios de la tempestad que se desencadenaba en su interior.

* * * * *

La noche del mismo día en que el caballero de Pardaillán salió de «La Adivinadora» con intención de poner al perro de Rosa en la pista de Violeta, al anochecer, dos hombres arrebuados en sus capas se detenían en la extremidad de la Cité, ante la casa desconchada, cuya fachada en ruinas ocultaba un palacio digno de un hada.

Uno de ellos llamó, y en cuanto la puerta estuvo abierta, cedió el paso a su compañero. Una vez dentro, este último dejó caer su capa y los dos guardias que incesantemente hacían centinela en el vestíbulo pudieron reconocer el sombrío rostro del duque de Guisa.

Del mismo modo que la víspera se había hecho con el verdugo, se hizo atravesar al duque la suntuosa fila de salas adornadas con delirante lujo; y también, como maese Claudio, Guisa no se asombró al ver aquellas riquezas, pues sin duda sus ojos estaban acostumbrados. Pero en vez de ser llevado a la siniestra antecámara de la muerte, hacia la pieza fatal que colgaba sobre el Sena, aquél a quien se llamaba rey de París y que la ciudad hubiera querido llamar rey de Francia, fue conducido hacia la izquierda de aquel palacio, es decir, a la parte en que éste y la posada del «Broche de Hierro», entraban en conjunción.

Allí en una estancia más pequeña, menos severa que las otras, pero también más elegante y más femenina, la princesa Fausta, elegantemente vestida con un traje de lana blanca de hieráticos pliegues, parecida a una magnífica estatua de mármol, estaba sentada en un sillón de seda blanca; sus pies reposaban sobre un cojín de terciopelo blanco; el dosel que coronaba la silla era de satén blanco con la F y las llaves bordadas también en seda blanca. En aquella blancura inmaculada resplandecía con gran relieve la belleza de Fausta, y los diamantes negros que parecían sus ojos velados por largas pestañas, brillaban extraordinariamente, de un modo deslumbrador. A cada lado del sillón una mujer en pie agitaba lentamente un inmenso abanico de plumas.

Enrique de Guisa entró lentamente, con aquel porte violento, rudo y pesado, con el que trataba de imponer asombro y casi terror con su solo aspecto. Pero ante Fausta se detuvo y se inclinó profundamente. Al erguirse, su rostro apareció en plena luz tan pálido que la cicatriz de la frente parecía de rojo sanguinolento. Su vacilante mirada se posó un instante sobre las dos mujeres que, con la mayor impasibilidad, continuaban su tarea.

—Podéis hablar, duque —dijo la misteriosa princesa con una sonrisa que era un poema de gracia—. Myrthis y Lea no entienden ni el francés ni ninguna lengua europea. Y, además, ya saben que no tienen el derecho de escuchar ni ver nada.

—Señora —dijo entonces el duque de Guisa con voz ronca—. Ya lo veis, acudo a vuestro llamamiento.

Se detuvo un instante sofocado y lleno de ira.

—Vuestro emisario —continuó— me lo dijo todo y desde ayer sufro como un condenado. ¡Pruebas, señora!, ¡quiero pruebas!

—De modo que... —dijo Fausta con altanería suprema que heló la sangre en las venas del duque de Guisa.

—¡Perdonadme! —balbució—. He perdido la cabeza. ¡Oh! ¡Si pudiera apoderarme de ese Loignes como me apoderé de Saint-Megrin! ¿No sabéis, acaso, que es mi enemigo más cruel? ¿No sabéis que es uno de los Cuarenta y cinco de Enrique III y el más feroz en matar a mansalva a mis amigos más fieles? ¿No sabéis que ya lo odiaba con toda mi alma y que ahora el odio se ha convertido en frenesí?...

—Así, pues —dijo Fausta con gran dulzura—, si os daban... pruebas...

—¡Oh! ¡Desgraciado de él! —exclamó Guisa con gran rabia.

—¿Pero y ella? —continuó Fausta jugando con un cordón de su vestido—. ¿Y ella? ¡Pobre mujer! ¡Pobre loca de amor! Espero que no haréis caer sobre ella vuestra venganza.

—¡Basta, señora! —rugió Guisa fuera de sí—. Basta, por piedad. Si la duquesa ha llevado su locura hasta amar a un Loignes, si me ha infligido esa afrenta suprema, es necesario que muera y morirán los dos juntos.

Fausta se estremeció, e imperceptible rubor invadió su frente nacarina.

—¡Duque! —dijo—. Acordaos de que os han confiado importantísimos intereses. Acordaos de que sólo he querido librar vuestro espíritu de las ideas que lo paralizan. Acordaos de que sois para el pueblo el hijo de David y para nosotros el hijo bien amado de nuestra Iglesia, el hijo del rey de Francia.

Su voz, hasta entonces grave, imperativa y casi dura, recobró el tono acariciador que antes tenía.

—Id, duque —continuó golpeando un timbre—. Cumplid el acto necesario que debe dar por fin la paz a vuestra alma. Seguid a vuestro guía, y ya veréis cómo llegaréis a convenceros.

Guisa, jadeante y ebrio de venganza, exclamó:

—Si os debo eso, os deberé más que el trono.

Dichas estas palabras, se inclinó con aquel respeto religioso que encorvaba a todos los que se acercaban a Fausta, y viendo a un hombre que acudía a la llamada del timbre y acababa de entrar, lo siguió precipitadamente, con la mano apoyada en el pomo de su daga.

Entonces Fausta se acercó a un pesado tapiz y levantó una punta. Detrás había una puerta cerrada, en cuyo tablero se abría un ventanillo. Y aquella puerta comunicaba la casa con la posada vecina.

El hombre que conducía a Guisa salió de la casa y se encaminó en línea recta hacia la entrada de la posada del «Broche de Hierro». Estaba silenciosa, con todas las

ventanas cerradas, pero el hombre rascó de cierto modo en la puerta, ésta se abrió y algunos instantes más tarde el duque de Guisa se hallaba en el interior de aquella taberna, a cargo, según decía la enseña, de «La Roja» y de Paquita.

Dos muchachas mofletudas muy pintadas, cubiertas de joyas y con las sayas muy cortas, avanzaron hacia él sonriendo y haciendo reverencias que sin duda consideraban muy graciosas.

—¿Quiénes sois, rameras? —preguntó Guisa, cuya mano jugueteaba con el mango de su daga.

—Yo —dijo una que, a pesar de los cosméticos, parecía tener cuarenta años— soy «La Roja», para serviros.

—Y yo —dijo la otra con voz más joven y dulce— me llamo Paquita.

El duque dirigió a su alrededor enfurecidas miradas; todos los furores del amor propio ulcerado, del orgullo herido de muerte lo invadían, y se preguntaba cómo interrogaría a las dos mujeres sobre el asunto que le interesaba, pero no tuvo tiempo de formular su idea.

«La Roja», siempre sonriendo y reverente, se acercó a él, y le aplicó sobre el rostro un antifaz de terciopelo como entonces lo llevaban los elegantes en los viajes y paseos, para guardarse del sol, o cuando penetraban en un lugar de dudosa reputación, para no ser reconocidos. Casi al mismo tiempo, Paquita le echó sobre los hombros una amplia capa de seda ligera.

—Así, para que no reconozcan a monseñor por el rostro —dijo «La Roja».

—Y esto para que no lo reconozcan por el traje —dijo Paquita.

Guisa comprendió que aquellas mujeres estaban advertidas de su visita y que sabían lo que iba a buscar en la posada del «Broche de Hierro». Una llamarada tiñó su semblante bajo la máscara, y la vergüenza se apoderó de él, al mismo tiempo que siniestras ideas nacían en su cerebro. Pero ya «La Roja» cogía al duque por la mano izquierda, mientras Paquita lo tomaba de la derecha. Y lo arrastraron a la sala que daba a la taberna.

Allí reinaba una semioscuridad. La estancia, elegantemente adornada con muebles, tapices y grandes sillones, estaba desierta; pero de la sala vecina llegaban carcajadas, voces excitadas, y un ruido de orgía. Y Guisa comprendió entonces que aquella casita que era taberna en la parte delantera, era, en realidad, un sitio en que se celebraban francachelas, como en otros tantos lugares de la sombría Cité. Así como la grande casa contigua, cuya fachada era una ruina, interiormente era un palacio. Y comprendió que Fausta era una formidable organizadora que todo lo había previsto.

—Monseñor puede entrar —murmuró «La Roja»—. No esperan más que a un invitado, el cual no vendrá y monseñor puede ocupar su lugar.

—El proyecto de hoy —dijo Paquita— consiste en llevar antifaz, pero a las diez deberán quitárselo.

—Ruego a monseñor que mire —dijo «La Roja».

—Y que escuche —dijo Paquita.

Empujaron una puerta dejando el paso libre a Guisa, el cual entró. Al principio se quedó deslumbrado por el brillo de gran número de luces. Salía de la sombra y entraba en una luz extraordinaria. Se hallaba de pronto empujado en la orgía, la más espléndida e impúdica que imaginarse pueda. Y le pareció que todos aquellos personajes mudos o parlanchines, no eran más que los inconscientes comparsas del drama en que él era protagonista y Fausta la genial autora.

La estancia era de grandes dimensiones. En los cuatro ángulos había braserillos en que ardían perfumes de todas clases que despedían largas columnas de humo aromático; algunos candelabros de oro soportaban cirios, cuyas llamas crepitan: estatuas de mármol o madera preciosamente esculpidas, representaban lascivas quimeras en posturas extraordinarias, y llevaban en la cabeza flores tales como Guisa no había visto nunca; y en los muros, cubiertos con telas de seda, colgaban algunos cuadros en que la delirante imaginación de los pintores había representado lúbricas bacantes.

En el centro de la pieza se alzaba una mesa suntuosa, cargada de vajillas de oro, de frutas raras, y de golosinas preciosas; vinos de color rubí brillaban en frascos de formas extrañas, y aquellos vinos los servían impasibles y sonrientes algunas sirvientas impúdicamente vestidas. El duque de Guisa contó los convidados y observó que eran cuatro hombres y cinco mujeres.

Había allí cuatro parejas abrazadas, las mujeres sentadas en las rodillas de los hombres; cuatro parejas, cuyos ojos ardían o se cerraban bajo los antifaces y cuyos labios balbuceaban o reían. Apenas se fijaron en la entrada de Guisa. Uno de los hombres le hizo un gesto de bienvenida, y una seña invitándolo a sentarse. La quinta mujer, la única que estaba sola avanzó vivamente hacia él, le rodeó el cuello con los brazos desnudos y murmuró:

—¡Por fin! ¡Heos aquí!... Venís muy tarde.

Guisa sintió grandísimo furor. Durante un momento tuvo la visión de lo que iba a hacer: precipitarse sobre aquellos hombres y mujeres y destrozarlos a puñaladas. Quiso rechazar a la mujer, pero ella lo abrazó más estrechamente y lo paralizó. Una de sus manos le tapó la boca cuando él iba a dar un grito de furor y con la otra le señaló un objeto que no había visto aún.

Era un gran reloj que llevaba el compás de la orgía con su irónico tictac, y cuyas agujas figuraban salamandras echando fuego por la boca. Guisa dirigió al reloj vacilante mirada y vio que estaba a punto de señalar las diez.

—¡Las diez! —murmuró la mujer—. La hora en que van a caer los antifaces. Esperad, querido señor. ¡Mirad!

El duque se dejó caer sobre un sillón y bajo su máscara sintió correr frío sudor. Una sirvienta le presentó una copa que vació de un trago. Las cuatro parejas, guardando repentino silencio, permanecían abrazadas murmurando palabras confusas. De pronto dieron las diez.

Las parejas se estremecieron, se soltaron y parecieron despertarse. Se oyeron

algunas risas en las que había cierta indecisión y vergüenza, como si vacilaran en descubrirse.

—¡Tanto da! —gritó de pronto una voz femenina y cristalina—. Hemos apostado mostrarnos y yo empiezo.

Y repentinamente dejó caer su antifaz y arrancó el del hombre a cuyo cuello estaba abrazada.

—¡La reina Margot! —murmuró Guisa, cuyo furor se cambió un instante en estupefacción.

—Ya que está convenido... —continuó otra mujer entre las carcajadas de los demás.

Y con gesto más atrevido todavía, imitó a Margot.

—¡Claudina de Beauvilliers! —se dijo Guisa cada vez más asombrado.

El hombre que acompañaba a Claudina le era desconocido. Pero ya la tercera mujer acababa de quitarse el antifaz. Ésta reía picarescamente, con mayor frescura y sonoridad que las otras, y entonces Guisa sintió un estremecimiento de rabia. En aquella mujer acababa de reconocer a su propia hermana. ¡La duquesa de Montpensier!

Risueña en extremo, esforzándose por ruborizarse, trataba de desatar el antifaz de su compañero, pero éste se resistía, disipada ya su borrachera. Por fin y lo consiguió y apareció en breve el rostro de su amante. Las carcajadas que habían saludado la aparición de cada nuevo rostro no se oyeron entonces, porque aquél era sombrío en extremo. El amante de la duquesa de Montpensier se había levantado pronto, con los ojos extraviados y la cara llena de rubor.

Era un joven lívido, de ojos vidriosos y triste semblante, como si lo aquejara alguna inmensa desgracia. Pasó su mano pálida sobre la frente y murmuró:

—¿Qué he hecho? ¿Qué vine a hacer aquí? ¡Oh! ¡Me muero de vergüenza!

Al mismo tiempo retrocedió, mientras la duquesa de Montpensier reía sola a carcajadas. Él se precipitó hacia la puerta cubriéndose el rostro con las manos, y dando un grito de horror, huyó. Guisa, que con ardiente mirada había contemplado aquella escena fantástica murmuró:

—¡Jacobo Clemente! ¡El fraile Jacobo Clemente, amante de María!

—A mi vez —dijo la cuarta mujer con voz resuelta, como si todo pudor hubiera desaparecido de su pensamiento. Inmediatamente se arrancó su antifaz e hizo caer el de su amante. Y entonces Guisa sintió que la cabeza le daba vueltas, y sus ojos se cerraron como ante un espectáculo horroroso que no hubiera esperado. Aquel hombre era el conde de Loignes, su mortal enemigo, y aquella ramera impúdica, de provocadora sonrisa, era Catalina de Clèves, la duquesa de Guisa, su mujer.

Aquel segundo de debilidad en el duque de Guisa, se convirtió en vergüenza furiosa. Lentamente se puso en pie y permaneció inmóvil. La duquesa de Guisa vio aquella especie de estatua, cuyos ojos, tras del antifaz, se fijaban en ella. Un rápido temblor la previno de que el terror iba a apoderarse de ella. Sonrió no obstante, y

atrevidamente preguntó:

—¿Y vos, señor, no cumplís la apuesta? Quitaos la máscara, caballero. Queremos veros.

Se detuvo de pronto llena de espanto porque Guisa acababa de dejar caer su capa de seda que le ocultaba el traje. La duquesa se puso muy pálida.

—¡Eh, caballero! —dijo riendo el conde de Loignes—. Quitaos el antifaz, ya que la señora os lo ruega.

Guisa dejó caer su antifaz. En el mismo instante el conde de Loignes se irguió lívido, mientras los otros dos hombres huían. La duquesa de Montpensier imitó su ejemplo. Claudina de Beauvilliers se desvaneció y la duquesa de Guisa, a pesar de toda su audacia, no pudo contener un débil gemido.

Guisa, en efecto, silencioso y con los labios temblorosos, tenía una expresión tan terrible como su mujer no se la había visto nunca. Quiso levantarse, hacer un gesto, balbucir una palabra; pero se quedó paralizada, fascinada, diciéndose que iba a morir.

El duque estaba a un extremo de la mesa y Loignes enfrente, al otro lado. Transcurrieron dos o tres segundos de horror, en el fúnebre silencio.

—Monseñor —dijo por fin el conde de Loignes—. He de deciros que ciertas apariencias... no deben... ni pueden...

No tuvo tiempo de continuar. Su voz rompió el encanto, si así puede decirse, que durante algunos instantes encadenara a Enrique de Guisa.

Al oír la primera palabra de Loignes, el duque se recogió sobre sí mismo y con esfuerzo enorme, derribó la pesada mesa e inmediatamente vióse como su brazo se alzaba y caía rápidamente y Loignes cayó como una masa sin dar un grito. Guisa se inclinó y con violento, gesto retiró el puñal hundido hasta la guarda. Entonces se desencadenó su furor. La vista de la sangre, el asesinato cometido, aquellos perfumes embriagadores, la rabia concentrada que sentía, todo aquello, en un instante inapreciable, lo transformó en una fiera. Volvióse hacia la duquesa, con la roja daga en la mano y la vio que, alocada, franqueaba la puerta y huía.

Se precipitó en su persecución.

Insultos horrorosos y roncós gritos salieron de su garganta. La duquesa, dando un largo gemido de mortal espanto, franqueó dos salas, abrió la puerta exterior, y se echó a la calle. Guisa, siempre insultándola, la persiguió hasta la sala de la taberna. Allí tropezó contra una mesa, sintió un vahído, y como el suelo huía bajo sus pies, cayó desvanecido, sosteniendo en su crispada mano el puñal ensangrentado.

* * * * *

En la pieza en que el conde de Loignes yacía inanimado, cedió una puerta secreta disimulada por los tapices, y que comunicaba con el palacio. Entró una mujer, y mirando apenas a Loignes, atravesó rápidamente la estancia y, llegando a la sala de la taberna, vio la puerta abierta.

—Catalina de Cléves es mujer muerta —murmuró—. Enrique de Guisa será rey de Francia y yo reina.

Terrible sonrisa iluminó su semblante, pero, de pronto, cuando se dirigía hacia la puerta, su pie tropezó con el duque de Guisa desvanecido. Lo reconoció enseguida, y la cara de Fausta, impasible y marmórea, se trastornó, pero casi enseguida adquirió su habitual expresión.

—Catalina de Cléves ha escapado —dijo sordamente Fausta—. Un retraso, un obstáculo. Será necesario hallar otro medio.

Entonces, lentamente, Fausta volvió sobre sus pasos. Un hombre, arrodillado al lado del conde, le sondaba la herida. La reina Margot y Claudina de Beauvilliers habían desaparecido. La sala, con sus luces, sus perfumes violentos, la mesa volcada, aquel herido sobre el cual alguien estaba inclinado, formaban un conjunto lúgubre. Fausta se acercó a aquél que estudiaba la herida de Loignes y le tocó en el hombro. El hombre se incorporó.

—¿Está muerto? —preguntó Fausta.

—No, señora, y no morirá.

Fausta se quedó pensativa, formando en su cerebro lejanas combinaciones.

—Maese Ruggieri —continuó—. ¿Qué sería necesario para que ese hombre muriera?

—Podéis hacerlo matar, señora —dijo el interpelado con asombrosa serenidad.

—No, es necesario que la herida sola baste sin que yo intervenga en ello.

—Entonces, señora, es preciso que el herido sea transportado a mi casa. Bastará hacer perdurar la fiebre que va a declararse, pero para ello es necesario que yo pueda vigilar la marcha del mal.

Fausta aprobó con un movimiento de cabeza y desapareció por la puerta que comunicaba la posada con el misterioso palacio. Ruggieri la miró sonriendo de tal modo, que aquella mujer, que por nada se asustaba, tal vez hubiera sentido espanto.

—¡Tranquilízate! —exclamó él—. Tú no sospechas, Fausta, que he adivinado tu pensamiento. Vete tranquila y confiada en mi ciencia.

Y volvió a mirar al herido.

—Yo también tengo confianza en mi ciencia —dijo—. Loignes vivirá y cuando Guisa y tú lo creeréis muerto, veréis cómo se interpone en vuestro camino y entonces... ¿quién sabe?

En aquel momento entraron seis hombres mandados sin duda por Fausta, pusieron al conde de Loignes, que seguía desvanecido, en un sillón y lo sacaron de la posada del «Broche de Hierro», guiados por Ruggieri.

* * * * *

Catalina de Cléves, duquesa de Guisa, había huido de la posada, presa de extraordinario terror. Oía tras ella los pesados pasos de su marido. Creía sentir sobre

su nuca la frialdad del acero, y con instintivo gesto trataba de defender su cuello balbuciendo:

—¡Perdón, Enrique! ¡No me mates!

De pronto sus fuerzas desfallecieron. Comprendió que iba a rodar por el suelo y en aquel momento le pareció ver a un hombre parado ante la vecina casa. Con esfuerzo supremo llegó hasta el desconocido y se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Salvadme! ¡Salvadme! ¡Quieren matarme!

—¡Por Barrabás! —murmuró el hombre—. ¡Llueven mujeres por aquí! Veamos si la lluvia es bonita.

Sosteniendo a la fugitiva, que temblaba como hoja de árbol, se acercó a la casa de Fausta, de la que salía un rayo de luz.

—¡Por piedad, caballero! ¡Quién quiera que seáis, defendedme, salvadme!

Dichas estas palabras, la duquesa se desvaneció. El hombre, muy apurado con su carga y comprendiendo que era urgente socorrerla, miró a su alrededor, y viendo la puerta de la casa de Fausta, dio un aldabonazo.

—«¡Caramba!» —se dijo a los pocos momentos— «... *No contestan, y no obstante, la casa está habitada, puesto que hay luz*».

Llamó con más violencia y gritó:

—¡Abrid, por Barrabás! ¿Sois turcos o moros, que dejáis morir a una mujer ante vuestra puerta? Entonces la puerta se abrió.

Y Pardaillán, sin pedir permiso, entró llevando en brazos a la duquesa de Guisa desvanecida. Y la puerta de hierro de la casa de Fausta se cerró tras él. En el exterior un perro dio un gemido que alteró el silencio de la noche.

VIII - Doble caza

EL CABALLERO de Pardaillán salió de «La Adivinadora» escoltado por Carlos de Angulema y seguido por «Pipeau». A sus ruegos y casi a sus órdenes, el joven duque lo dejó para ir a esperarlo en la casa de la calle de Barrés. Pardaillán no tuvo la menor dificultad en hallar la «Posada de la Esperanza», en la que estableció por aquel día su cuartel general.

Se puso en observación interrogando a las gentes de baja estofa que frecuentaban la posada. A pesar de todo no pudo obtener ninguna noticia positiva sobre la extraña desaparición de la pequeña artista. Decidió, pues, esperar la noche para emprender la expedición que meditaba y mató el tiempo con una larga conversación, tan pronto consigo mismo como con el perro, y también dormitó algunos momentos, apoyado de codos en una mesa, y ante una botella que vaciaba despacio.

Pardaillán no estaba triste ni alegre. Su fisonomía respiraba la tranquilidad, fuerza y confianza en sí mismo. La historia de la gitanilla no le interesaba sino porque estaba relacionada con Carlos de Angulema. Para él era una aventura banal. Pero el dolor y la desesperación del joven duque, lo conmovieron más de lo que quería confesarse. Amaba a la juventud. Las penas del corazón y las vicisitudes de la vida errante no habían logrado hacerlo misántropo ni despiadado.

Llegada la noche, Pardaillán se despezó, ciñó la espada a su cintura, se encasquetó el sombrero de plumas, según tenía por costumbre, y salió silbando. «Pipeau» andaba gravemente a su lado.

Una vez fuera, el caballero presentó al perro la manteleta de la gitanilla y se la hizo oler. «Pipeau» examinó la prenda con torva mirada, la olió un momento, y ladró con cierta melancolía. Había comprendido enseguida lo que se esperaba de él, pero como era un perro hipócrita, pasó un cuarto de hora, oliendo, examinando y estudiando la manteleta, si así puede decirse, con la esperanza de que el caballero renunciara a su empresa. Viendo que no lo conseguía, empezó a husmear el suelo, y, sin duda, halló la pista, porque el muñón de su cola empezó a moverse.

—Perfectamente —dijo Pardaillán—. Ya estamos en camino.

A la primera bocacalle «Pipeau» hizo una tentativa desesperada. Fingió seguir la pista y echó a correr en dirección de «La Adivinadora», pero un silbido enérgico y amenazador de su amo, lo hizo volver lleno de miedo. Entonces «Pipeau» empezó a buscar con rabia.

A veinte pasos de Pardaillán y en la sombra, se deslizaban, a lo largo de los muros, tres hombres que seguían todos sus movimientos. Dos de ellos iban armados con afilados puñales, el tercero los dirigía y vigilaba el momento de lanzarlos sobre Pardaillán. Aquel hombre era Maurevert.

Los otros dos eran los hércules de la compañía de Belgodere: Graznido y Picuic.

Maurevert en el momento en que el caballero salía de «La Adivinadora», se lanzó sobre sus huellas y lo siguió hasta la puerta de la «Posada de la Esperanza» y

mientras Pardaillán observaba en el interior el esperado regreso de Belgodere, Maurevert, desde fuera, vigilaba la salida del caballero.

Era paciente, hubiera esperado hasta el día siguiente en caso necesario, pero aun cuando debiera valerle un imperio, no hubiera entrado en la sala en que se hallaba el caballero. Sólo la idea de hallarse cara a cara con él, le humedecía la frente de sudor frío.

Pardaillán en París, era la muerte segura. ¡Y qué muerte! Se imaginaba un suplicio refinado conceptuando al caballero capaz de sus propias ideas.

¿Adónde huir? ¿Sería necesario recomenzar aquella fuga desesperada que había durado años enteros? ¿Dónde ocultarse? ¿Qué quería? Exactamente no lo sabía. Dejó con precipitación a Maineville y se lanzó tras de Pardaillán fascinado, con la vaga esperanza de que tal vez la casualidad se lo entregaba.

¡Oh, si pudiera matarlo! Pero su odio no se contentaba con la muerte del caballero, sino que deseaba para él horribles sufrimientos. Pero otro sentimiento lo dominaba aún con más fuerza que el odio. Y era el miedo. Era un miedo incesante que a veces en las calles lo hacía volverse de pronto, esperando encontrar a Pardaillán a su espalda, y por las noches lo mantenía largo rato despierto, escuchando atentamente el menor ruido.

Matar a Pardaillán era, pues, para Maurevert, no sólo satisfacer su odio y librarse del enemigo, sino también del miedo, pues mientras el caballero viviera, él no se atrevería a vivir.

Ante la «Posada de la Esperanza», Maurevert se decía que tal vez por último había llegado la buena ocasión. ¿Tendría el valor de herirlo por su mano? ¿Se atrevería a acercarse a Pardaillán? Era valiente y aun feroz y sin vacilar hubiera resistido el ataque de diez enemigos, pero, en cambio, no se atrevía con Pardaillán.

Había cerrado la noche hacía ya bastante rato, cuando divisó a dos hombres que del brazo se acercaban a la posada. Con su seguro golpe de vista, Maurevert reconoció en ellos a dos truhanes, a dos hombres capaces de todo mediante holgada recompensa. Y Maurevert hizo una seña imperiosa, que los dos tunantes se apresuraron a obedecer.

—Hoy es día de buena suerte —dijo uno de ellos.

—Vamos a ser demasiado ricos —contestó su compañero.

—¿Qué hay que hacer? —preguntaron a dúo en cuanto estuvieron ante Maurevert.

Éste se fijó en que los dos tunantes iban armados de sendas dagas, a pesar de los edictos, cosa que acabó de tranquilizarlo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Yo Picuic, y mi compañero Graznido —dijo el más flaco de los dos.

—Nombres de guerra —se dijo Maurevert. No hay duda, son dos bribones—. Oíd, muchachos, he ahí lo que hay que hacer. Hay en esta posada un hombre...

—Que tal vez os molesta —dijo Picuic viendo que Maurevert no acababa la frase.

—Eres inteligente, amigo —dijo Maurevert.

—Bueno, y se trata de...

—Sí —dijo Maurevert.

—Bueno, conformes —dijo Picuic—. Cien libras para los dos una vez que se haya dado el golpe.

—¿Qué es lo que está conforme? —indagó Graznido.

—Ya lo sabrás. Un momento, señor. ¿Cómo se llama el que os molesta?

—¿Qué importa su nombre, mientras lo mates?

—¡Bueno, tanto da! El caso es que nos apoyéis.

—He aquí el dinero —exclamó Maurevert—. Soy buen pagador.

Picuic hizo desaparecer la bolsa, se inclinó hasta el suelo y dijo:

—Monseñor va a ser servido inmediatamente. Prepara tu daga, Graznido.

—¡Silencio! —exclamó Maurevert.

Se abrió la puerta de la posada y los tres hombres se adosaron a la pared. En el rayo de luz que salía de la taberna, Maurevert reconoció a Pardaillán y se estremeció. Una vez el caballero y el perro hubieron echado a andar, Maurevert dio sus instrucciones.

—¡Seguidme! —dijo en voz baja—. Cuando os diga: ¡adelante!, será la ocasión. Pero tened cuidado en no errar el golpe, porque en tal caso se echará sobre vosotros y saldréis malparados.

Por toda respuesta, Picuic desenvainó el puñal y Graznido, habiendo comprendido, por fin, de qué se trataba, se puso en marcha. Maurevert echó a andar seguido por los dos flacos héroes. Hubiera podido dar la señal veinte veces, pero no se atrevió, temiendo que los asesinos erraran el golpe.

Acuciado a la vez por el miedo y el odio, Maurevert llegó al cementerio de los Inocentes siguiendo la pista de Pardaillán. Éste, tras de haber dirigido varias veces la palabra a su perro, volvió sus pasos y los tres hombres lo vieron pasar a poquísima distancia y lo siguieron hasta la Cité.

Allí Maurevert vio que el caballero se detenía ante una casa. No llegó a preguntarse lo que significaba la extraña conducta de su enemigo. Trataba únicamente de poder huir, una vez sus dos acólitos se echaran sobre el caballero. En la Cité, ante la casa misteriosa, creyó llegada la ocasión propicia e iba a ocultarse y a dar la señal, cuando una mujer descabellada salió de la posada vecina y fue a caer en brazos de Pardaillán. Algunos instantes más tarde el caballero desaparecía con la desconocida en la casa, a la cual acababa de llamar.

—Se nos ha escapado —dijo Picuic a Maurevert—. Se nos ha escapado por vuestra culpa.

—Esperemos —contestó éste.

IX - La absolución

MAESE CLAUDIO, sosteniendo a Violeta desvanecida entre sus vigorosos brazos, se echó en la trampa. Cayó, y durante los dos segundos que duró la caída, su pensamiento no fue que iba a morir.

—¡Sabe que he sido verdugo!

He aquí lo que pensó en aquel lapso tan corto.

Al llegar al agua, Claudio se sintió, de pronto, arrastrado al fondo, muy lejos. Estrechó a su hija contra el vasto pecho, y de un vigoroso talonazo subió a la superficie del Sena. Y entonces toda su fuerza y todo su instinto vital despertaron en él, para sostener fuera del agua la cabeza de la niña. De pronto sintió un golpe en las rodillas y con furioso esfuerzo consiguió asentar la planta en tierra firme. Entonces pudo sacar por entero a Violeta fuera del agua, y empezó a sollozar. La llevaba con los brazos tendidos, levantándola hacia el cielo, mientras ascendía por la inclinada orilla.

En cuanto hubo llegado a ésta vio que se hallaba ante la calle de la Judería, más abajo que el puente de Nuestra Señora. Entonces empezó a correr y en algunos minutos llegó a su casa. Y como a sus reiteradas llamadas no llegaba bastante aprisa Gilberta, su criada, apoyó su macizo hombro en la puerta, que dio un chasquido y se abrió. Gilberta apareció asustada con una lámpara en la mano.

—¡Fuego! —dijo Claudio con ronca voz—. ¡Trapos calientes, aprisa!

En su turbación dejó la puerta abierta. Corrió hasta su dormitorio, depositó a Violeta sobre la cama y se inclinó sobre ella, exclamando con palabras entrecortadas:

—¿Estará muerta? ¿La perderé para siempre, ahora que la he hallado? ¡Oh, en tal caso, me moriría yo! ¡Gilberta del diablo, daos prisa!

Gilberta, en la cocina, encendía una gran hoguera.

Como ya hemos dicho, la puerta de la casa estaba abierta y, al poco rato de entrar Claudio, un hombre que pasaba por la calle se detuvo ante la vivienda del antiguo verdugo de París. Era Belgodere.

El rostro del bandido resplandecía de júbilo. Vio la puerta abierta, y se detuvo un instante perplejo. Luego, sosteniendo con fuerza el mango de una daga en su puño, oculto bajo la capa, se encogió de hombros, murmurando:

—Tanto mejor. No parece sino que Claudio me espera. Entremos. ¿Qué le diré? Es preciso que lo haga sufrir un poco y por fin muera ante mi vista. ¡Cómo, maese Claudio! ¿No me conocéis? Es natural, ¡habéis enrodado y azotado a tantas gentes en vuestra vida! Miradme bien; a mí me atasteis en la picota, cuando tan fácil os hubiera sido dejarme huir. Ahora, atención. Esperad, voy a contaros cómo sucedió. ¿Y sabéis qué he hecho de vuestra hija pura y casta que constituía toda vuestra vida? Pues bien, una ramera. Ido a buscar al lecho de monseñor de Guisa. ¿Qué os parece la bromita, maese Claudio?

El bandido se reía y gozaba lo indecible monologando así y entró dispuesto a

repetirlo. Vio abiertas las puertas y continuó avanzando. De pronto se detuvo. Acababa de distinguir al fondo de una habitación a Claudio inclinado sobre una cama, mientras con los hombros agitados por los sollozos, repetía:

—¡Vive! ¡Dios mío! ¡Vos que tenéis piedad de los pobres, tenedla también de mí! Violeta, hija mía, abre los ojos. Vamos, no te asustes, ya estás salvada. En cuanto apunte el día huiremos, pero abre los ojos. Ábrelos un poco.

Belgodere se quedó por un instante mudo de estupor. Luego, rápida y silenciosamente, se deslizó a la habitación vecina, que era el comedor. Estaba oscuro. El gitano entonces, atravesando otras habitaciones, salió a la calle y se alejó rápidamente. Guiado por el instinto y sin saber exactamente lo que iba a hacer, se dirigió hacia la casa de Fausta y allí se detuvo. Temblaba de rabia, pero en él había más asombro todavía que furor.

—¡Qué cosa tan extraña! Veamos. Tratemos de ver claro en este asunto. Guisa me envió al hidalgo vestido de negro. Bueno. Conduje a la pequeña al lugar que me fue indicado. No hay posibilidad de dudarle, pues allí la conduje y la prueba son los ducados que me dieron. Muy bien. Me dije entonces que al día siguiente iría a contar al verdugo lo que hice con su hija. Bueno. Luego me entraron deseos de venganza. Esperar a mañana, ¿para qué?, me dije. Voy enseguida. Encuentro la puerta abierta y, con gran asombro mío, veo a Violeta tendida en una cama, completamente mojada, y al verdugo... ¿Qué habrá pasado? Ha dicho que mañana huirían.

A fuerza de reflexionar, Belgodere acabó por imaginarse la escena. Violeta, para escapar de Guisa, habría querido huir y se echó al Sena. Claudio, por felicísima casualidad, se encontraría por allí y habría conseguido salvar a la muchacha.

Formando estas suposiciones, Belgodere llegó ante la puerta de hierro, a la cual empezó a llamar con redoblados golpes. Diez minutos más tarde, después de confusas explicaciones en el vestíbulo, fue llamado a presencia de Fausta. Sostuvo con ella una corta conversación, después de la cual la princesa golpeó un timbre con un martillito de oro, y dio al hombre que acudía la siguiente orden:

—Que vayan a buscar inmediatamente al príncipe Farnesio.

Una vez terminada la conversación, Belgodere fue conducido a una habitación del palacio, y cuidadosamente encerrado allí. Pero sin duda el gitano esperaba la encerrona y estaba conforme con ella, porque no manifestó ni sorpresa ni miedo.

* * * * *

Gracias a los cuidados de Gilberta, que la había desnudado, acostado y friccionado, Violeta recobró el sentido. Y cuando maese Claudio pudo entrar en el dormitorio, halló a la niña con los ojos abiertos, pensativa y como reflexionando en cosas dolorosas y graves.

—¿En qué pensará?

Claudio, que había avanzado dos pasos en la habitación, retrocedió tres, y muy

pálido, tembloroso y en extremo triste, murmuró:

—Piensa en que soy el verdugo.

Tosió como queriendo avisar a Violeta de su presencia y con voz humilde y ronca, dijo:

—Procura dormir. No pienses más en todo esto. Te digo que ya está listo. Es necesario que descanses para que mañana a primera hora podamos partir... No, no, no digas nada, cállate. Tu voz me haría daño si... Sabe solamente que cuando estemos lejos de París y te halles en seguridad, serás libre de verme, o no verme, como mejor te cuadre.

Violeta quiso pronunciar algunas palabras, pero Claudio había desaparecido ya.

La niña no pudo dormir; toda la noche la pasó con los ojos abiertos, pensativa, inmóvil y con las manos cruzadas sobre el pecho.

Cuando penetraron en el dormitorio los primeros rayos del sol, se vistió y se sentó en un sillón con las manos juntas y la cabeza inclinada sobre el seno. Entonces entró maese Claudio en traje de viaje. Esforzábese en demostrar alegría y estaba sonriente.

—Dentro de algunos minutos —dijo— llegará una buena litera. Subiréis a ella con Gilberta, yo iré a caballo y no tengas miedo, porque, como ves, voy perfectamente armado con dos pistolas y un puñal. ¡Desgraciado del primero que!...

—Antes de partir, quisiera hablaros —balbució Violeta con una emoción que hizo temblar y palidecer al verdugo.

—¡Ah! ¿Quisieras hablarme?

Violeta movió afirmativamente la cabeza.

—Me lo esperaba —se dijo Claudio—. ¡Pardiez! Hubiera sido demasiado agradable que acabara todo así. ¿Qué querrá decirme? Que le inspiro horror, es muy natural, y que prefiere morir antes que marcharse conmigo. ¿Y qué será de mí? ¿Me mataré? ¡Oh, no puedo! Tengo miedo al pensar lo que habrá más allá de la muerte.

Violeta, entre tanto, se callaba. Bajó los ojos y Claudio, haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—Veamos —dijo con voz que creyó natural y que en realidad era apenas perceptible—. Ya que tienes algo que decirme, habla. Yo, sabes... creo que...

De pronto cayó de rodillas y Violeta se estremeció al ver aquel rostro trastornado por la desesperación.

—Escúchame —dijo Claudio—. Yo también tengo que hablarte y vale más que sea en seguida... y que te explique, o por lo menos que trate... Cállate, no te muevas. No palidezcas, te lo ruego. Escúchame hasta el final. Recuerda que te he prometido no hablarte más ni acercarme a ti. Seré únicamente el perro de guarda que vela a la puerta de una casa. Sabes, pues, Violeta mía, que antes de que la bondad de Dios te hubiera puesto en mi vida como un rayo de sol, ejercía mi oficio sin saberlo. Me daban una orden y tan pronto en Montfaucon, como en la Grève o en otras partes, me entregaban al condenado o a la condenada. Yo no sabía nada. La cuerda y el hacha para mí eran sólo dos instrumentos y yo el tercero. ¿Qué quieres que te diga? Mi

padre y todos mis ascendientes habían matado. Yo hacía como ellos. Era el oficio de la familia.

Violeta escuchaba ensimismada. Claudio, en tanto, derramaba abundantes lágrimas.

—Así pasaba mi vida —continuó—, y he aquí que un día te recogí pequeñita, delicada... Nunca sabrás lo que pasó en mi corazón en el momento en que tendías tus bracitos hacia la multitud.

—¿Qué yo tendía mis brazos a la multitud? —preguntó Violeta.

—Sí, y yo te recogí porque no tenías padre.

—¿Yo no tenía padre? —exclamó Violeta.

—Es verdad. Siempre te había engañado.

Y humildemente añadió:

—Yo no soy tu padre.

Violeta se cubrió la cara con las manos y exclamó:

—¡Oh, Simona! ¡Mi pobre Simona! En tu agonía dijiste la verdad.

Y se quedó con la cara oculta entre las manos, mientras Claudio continuaba:

—Debo repetirte que yo no soy tu padre y, por lo tanto, podrás dejarme cuando quieras. Ahora, escucha. Antes de recogerte, yo ignoraba qué cosa era la vida. Nunca me di cuenta de si tenía alma y corazón, pero en cuanto te tuve a mi lado, comprendí un día que yo no era el mismo... Tuve horror a matar. La vista del cadalso me hacía temblar y pensaba en lo que dirías o harías el día en que conocieras la terrible verdad. Empecé a sufrir, vi espectros que me maldecían y creí hallar la paz haciéndome relevar de mi horrible empleo. En vano multipliqué las limosnas, en vano fui asiduo a las funciones religiosas; mi corazón llevaba desde entonces una llaga que nunca más se curará. Y únicamente a tu lado, en nuestra casita de Meudon, me sentía hombre como los demás. Entonces, Violeta, cuando tú me sonreías yo ya no era el desgraciado que pasaba los días temblando y que sentía miedo de aventurarse en una habitación a oscuras. Inmensa alegría se apoderaba de mí, y perdóname, pero había momentos en que estaba convencido de que eras mi hija.

Un sollozo escapó del pecho de Claudio, pero antes de que Violeta pudiera hablar, se apresuró a continuar:

—Era para mí sobrada felicidad y te perdí. Lo que he sufrido en esos años de soledad y desesperación, nadie, ni yo mismo, podría decirlo. Y he aquí que cuando te hallo y en el momento en que esperaba poder ser otra vez feliz, por una fatal circunstancia te enteras de lo que he sido. Comprendo ahora que no he expiado bastante mis culpas y que no ha sonado para mí la hora del perdón. Ahora ya lo sabes todo y lo único que me resta es ponerte en seguridad y salvarte. Luego ya no me verás más. Ya comprendo que ahora que lo sabes todo no tengo derecho ni de mirarte ni de que me llames padre.

Claudio bajó la cabeza. Arrodillado y recogido sobre sí mismo, parecía uno de aquellos desgraciados a quien él había dado muerte en el cadalso. Violeta dejó caer

sus manos, abrió sus ojos, en que brilló extraordinaria compasión, y con su voz delicada, dijo:

—Papá... papá Claudio... dame un beso... No continúes hablando porque me das mucha pena.

Claudio levantó repentinamente la cabeza y se echó a temblar.

—¿Qué has dicho? —balbució.

Violeta, sin contestar, cogió con sus manos las formidables manos del verdugo, lo obligó a levantarse con infinita ternura, y cuando Claudio, trastornado y lleno de alegría, se dejó caer en el sillón, ella se sentó sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con sus brazos, reclinó la cabeza en su pecho y repitió:

—Papá... papá Claudio... besa a tu hija.

Con el alma extasiada, y los ojos cerrados, Claudio lloraba de alegría.

X - El padre

LA HORA SIGUIENTE fue para maese Claudio tan feliz, que su trágico pasado se borró de un golpe en su alma. Aquella hora valía tanto como una existencia de alegría. Se operó en él grandísima transformación. Viva luz inundó su alma oscura, y su rostro sombrío tomó esa expresión de franqueza y riante buen humor que se ve en los de las gentes felices.

—Marchémonos —dijo de pronto—. Ya me olvidaba de todo. No porqué haya peligro, pues seguramente nos creen muertos. Qué te parece, ¿verdad que es divertido? ¡Muertos! Más vivos que nunca. De modo que podríamos quedarnos aquí, porque aunque sospecharan que estamos vivos, nunca podrían imaginar que nos hemos refugiado en esta casa. Pero me inspira miedo. ¡He sufrido tanto en ella!

—¡Pobre padre! ¡Ya no sufrirás más!

—Ciertamente, se acabó el tormento —contestó maese Claudio—. ¡Ah, Violeta mía! Mi corazón está henchido de gozo. ¿Quién me habría dicho que tendría alguna vez tal alegría? Pero no quiero hablar más. Partamos.

Violeta movió dulcemente la cabeza.

—¡Cómo! ¿No quieres marcharte?

—Padre, vos mismo lo habéis dicho. Aquí no hay el menor peligro. Estamos mejor ocultos que en otra parte, porque nos creen muertos.

—Es verdad, pero ¿por qué?...

—No quiero salir de París todavía —dijo Violeta bajando los ojos—. Quedémonos algunos días más.

—Tantos como quieras. Esta casa es muy bonita. Antes te dije que me daba miedo, ¿verdad? No hagas caso, a veces digo locuras, ¿sabes? Está, pues, convenido que nos quedamos. Gilberta, despedid al caballo y la litera porque mi hija quiere quedarse.

La vieja criada que, maravillada, daba vueltas alrededor de Claudio y Violeta, se apresuró a obedecer.

—Esto no es todo, padre —dijo Violeta sonriendo—, nos quedamos, pero esta mañana debo salir.

—¿Adónde vas? —exclamó Claudio estupefacto.

—He de ir a la «Posada de la Esperanza» —contestó la joven avergonzada.

—¡Ah, ya! Veamos: hace poco, cuando te tenía en mis brazos, decías una serie de cosas que yo entendía apenas. La pobre Simona muerta, y además... además... ¡Ah, caramba! ¡Ya lo sé! El joven que llenó el ataúd de flores. ¿Es eso, verdad? Veamos, cuéntamelo. Ante todo su nombre. Te sonrojas, ¿por qué? ¡Pero si me inspira la mayor simpatía este hombre desde el momento en que te ama!

—Yo no he dicho tal cosa —observó la joven ruborizándose más aún.

—Pero yo lo adivino. Dime cómo se llama.

—No lo sé —contestó Violeta.

Claudio prorrumpió en una carcajada tan sonora que hizo retumbar las vidrieras. Estaba contentísimo y no podía disimular su alegría.

—Por lo menos dime cómo es.

Violeta, alegre en extremo, empezó una descripción que maese Claudio tuvo que arrancarla palabra por palabra. Luego Claudio se levantó.

—Voy a buscarlo —dijo—. Dentro de una hora te lo traigo. Quiero ver a este hidalgo, hablarle y leer en sus ojos para saber si es capaz de amarte mucho. Tú no te muevas. Gilberta, durante mi ausencia quiero que la puerta y las ventanas estén herméticamente cerradas. Si llaman no contestéis; como si la casa estuviera desierta.

Dio un abrazo a Violeta y salió corriendo. La joven no tuvo tiempo de hacer la menor objeción y con el pensamiento seguía a su padre adoptivo hasta la «Posada de la Esperanza», y lo veía hablar con el duque de Angulema. Entonces, palpitante, se preguntaba:

—¿Vendrá? Sí, sin duda alguna. Y yo, ¿qué voy a decirle?

En aquel momento se hicieron añicos los cristales de una ventana de la planta baja; algunos hombres saltaron dentro de la habitación y Violeta oyó las siguientes palabras:

—Si el hombre se resiste, matadlo, pero ni un arañazo a la pequeña.

* * * * *

Habiendo maese Claudio echado una capa sobre sus hombros para ocultar el rostro, se dirigió a la calle de la Tissanderie, y no tardó en llegar a la «Posada de la Esperanza». Era la misma mañana en que Carlos de Angulema debía hablar con Belgodere.

Claudio no pudo ver al hidalgo. El hostelero, un pillo redomado y en extremo prudente, le dio tan sólo algunas noticias. Maese Claudio esperó más de una hora y luego se dijo que el joven no iría, cosa que le hizo pensar en el desencanto de Violeta. Luego se dijo que la cosa no tenía tal vez una importancia verdadera y que la joven no podía sentir profundo afecto por aquel desconocido cuyo nombre ignoraba. Y por fin partió, prometiéndose volver.

Diez minutos más tarde Carlos entraba en la posada después de haber explorado inútilmente todos los alrededores. Maese Claudio no experimentó más que una contrariedad pasajera, pues la inmensa alegría que llenaba su corazón no le daba lugar a preocuparse por otras emociones. Volvería a ver a Violeta, y sabría consolarla. Ya encontraría a aquel hidalgo, aun cuando para ello fuera necesario buscar todo París.

De pronto, cuando acababa de franquear el puente y se acercaba a Nuestra Señora, se detuvo observando que un hombre iba a su encuentro. Tenía triste semblante, y un cuerpo envejecido y encorvado por el dolor.

Lástima inmensa invadió el alma del verdugo, que murmuró palideciendo:

—¡El padre de Violeta!

Era, en efecto, el príncipe Farnesio. ¿De dónde venía? Salía de la habitación de Claudio.

Fausta lo había llamado aquella noche para confiarle una misión que cumplió al mismo tiempo que se invadía la casa de Claudio. Farnesio no encontró al verdugo. Tal vez su misión era, desde entonces, inútil, porque salió de la casa dirigiendo una maldición contra el hombre que le había quitado a su hija.

—¡Piensa en Violeta! —se dijo Claudio al divisarlo—. ¡Pobre hombre! ¡Cuán triste está! Veamos; en un día tan feliz para mí, ¿no podré hacer una buena acción? ¿No sería conveniente decirle que su hija está viva y que tenga esperanza?

De pronto le sobrecogió la idea de que Farnesio era el emisario de Fausta y que si lo veía, Violeta estaba, tal vez, perdida. Quiso evitar el encuentro y hundirse en una callejuela, pero demasiado tarde, porque Farnesio lo había visto y reconocido y a la sazón se dirigía a él en línea recta.

Pero casi inmediatamente Claudio se tranquilizó. El hombre no lo amenazaría, pues llevaba retratado en su semblante el duelo y la desesperación. Farnesio se detuvo ante él y Claudio permaneció callado y humilde, ante aquella tristeza que contrastaba con su felicidad.

—Ayer recibí la orden de oídos en confesión general —dijo Farnesio.

Claudio se estremeció. Una llamarada de vergüenza subió a su cerebro.

—¿De modo —pensó— que él es el encargado de darme la absolución? A cambio del dolor que le he causado me ofrece la reconciliación con el cielo. Le he robado a su hija y él me devuelve a Dios.

Se inclinó reverentemente y dijo:

—Monseñor, no quiero engañaros. Desde ayer, desde esta misma noche, ha tenido lugar un acontecimiento que, tal vez, me haya hecho indigno de recibir vuestra bendición.

—Debo oídos —dijo Farnesio con extraña voz—. Poco importa lo que haya ocurrido. Ya que os encuentro, venid.

—¡Oh, justicia profunda del Señor! ¿Acaso seré yo menos generoso? ¿No daré alegría a este corazón? Recibiré tu bendición, cardenal, y en cambio transformaré tu duelo en alegría. Sabrás que tu hija vive.

Farnesio se puso en marcha, seguro de que Claudio lo seguiría, y en efecto éste iba a tres pasos de él, dócil como un niño, pensando que por fin había llegado al término de sus desgracias y de sus terrores. Farnesio llegó a Nuestra Señora pasando por calles apartadas. Maese Claudio entró tras él y Farnesio, conduciéndolo junto al confesonario, dijo:

—Esperadme aquí y entre tanto preparad vuestra conciencia para el sacramento.

Claudio cayó de rodillas y murmuró:

—¡Dios mío! ¿No es cierto que no puedo separarme de mi hija? ¿No es cierto que puedo guardarla? ¿No basta el decir a vuestro ministro que no llore más y que más

tarde volverá a ver a su hija? ¡Señor, dejádmela algunos años, algunos meses tan sólo!

Farnesio había desaparecido en la sacristía. Entró en ella vestido de caballero, y salió con traje de cardenal. Al verlo atravesar la vasta y silenciosa nave, Claudio se estremeció. Farnesio vestido de caballero era un hidalgo admirable, pero con traje de cardenal, era, en su imponente majestad, lo que podía representar estas palabras: Un príncipe de la Iglesia. Llevaba con graciosa y altiva dignidad el hábito rojo de armoniosos pliegues y su actitud y su porte imponían a la vez el respeto y el asombro. Parecía que aquel cuadro enorme, severo y grandioso de las bóvedas de Nuestra Señora, hubiera sido hecho para él. Era el actor prestigioso que se mueve en una decoración imponente.

Claudio lo reconoció apenas. Tembló y su fervor religioso lo dominó por entero experimentando, al acercarse al cardenal, una turbación profunda de temor y veneración a la vez.

Farnesio hizo una genuflexión al pasar por el altar mayor mirando horrorizado aquellas gradas, a través de las cuales había caído Leonor.

—¡Ah, qué horrible día de Pascua el del año de 1573!

Volvió a vivirlo en aquel segundo con la espantosa intensidad de una pesadilla. Volvió a verse ante aquel altar celebrando la misa, pero pensando únicamente en ella. Ardía el amor en su corazón y con invencible temor reflexionaba acerca de la próxima catástrofe. Leonor iba a ser madre y la pobre mujer esperaba que el mismo día él hablaría con el anciano barón de Montaignes. Y mientras la noble asamblea observaba silenciosa sus movimientos, él se preguntaba cómo podría huir.

¡Huir! Llegar a Roma. Abandonar su misión de legado del Papa. Enterrarse para siempre en algún convento... Y cuando con esta idea se volvió hacia la multitud con el viril de la custodia, vio a Leonor.

Lleno de estos recuerdos, se dirigió hacia Claudio arrodillado allí, bajo el gran confesonario, y entonces se apoderó de él otro sentimiento. Otra escena se presentó a su imaginación. Vio de nuevo el cadalso de la plaza de la Grève y al verdugo cómo se apoderaba de su hija.

Una niña, es decir, la posibilidad de vivir, de amar aún, de reparar, tal vez. Pero no, nada de eso había sucedido. Volvióse a ver corriendo hacia la casa del verdugo y una vez allí suplicar y sollozar a los pies de Claudio y oyó como éste le repetía:

—Vuestra hija no ha vivido más que tres días.

Y, tal noticia, Claudio la había repetido el día anterior. Aquel hombre había dejado morir a su hija. Tal vez la había matado. ¿Quién lo sabía?

Y éstas eran las ideas del príncipe cuando se dirigía hacia Claudio, que estaba prosternado.

—¡Oh, hacerlo sufrir como él había sufrido! Devolverle dolor por dolor, desesperación por desesperación. Tenerlo sollozante y suplicante a sus pies como él había suplicado y sollozado.

Sentóse cerca de Claudio, pero no en el lugar destinado al confesor, sino a su lado, casi tocándolo. Claudio no observó este detalle. Su mirada manifestó gran júbilo al ver al cardenal y una especie de malicia alegre brilló en sus ojos.

—Tan triste y sombrío como está ahora. ¡Cuán contento va a ponerse dentro de poco! —pensó.

—Os escucho —dijo Farnesio con tono glacial.

Un estremecimiento recorrió los hombros de Claudio y entonces empezó el odioso relato..., su confesión de verdugo que se horroriza de los crímenes cometidos.

Fue espantoso. Farnesio vio correr la sangre, oyó romperse huesos y escuchó gemidos de espanto y dolor. Tal evocación fantástica era la confesión del verdugo que, con los cabellos erizados, los ojos extraviados e inundado de sudor frío, proseguía infatigablemente su relato, dirigiendo de vez en cuando una mirada suplicante al cardenal.

Éste permanecía frío, sin decir una palabra ni hacer un gesto. Farnesio esperaba que acabara y por fin Claudio se detuvo respirando penosamente.

—¿Son esos todos vuestros asesinatos?

Farnesio había cerrado los ojos. Al abrirlos de nuevo dirigió a Claudio una mirada tan aguda y punzante que el penitente se estremeció presintiendo una desgracia.

—Has olvidado el más horroroso de tus asesinatos —dijo Farnesio—. Has ahorcado algunos desgraciados, pero esto no es nada. Has cortado la cabeza de algunos caballeros, pero tampoco importa. Has enrodado, has azotado, has hecho sufrir a la carne humana, pero tampoco esto es nada. ¡Monstruo, examínate bien y busca el verdadero crimen de tu abyecta vida!

Claudio, estremecido de horror y de espanto, se levantó.

En el mismo instante Farnesio se levantó también y le cogió una mano.

—Tu crimen —dijo con voz en que casi no había entonación humana—, tu crimen, Claudio, no está en esos asesinatos, porque no eras más que un instrumento. No eras más culpable que el hacha o la cuerda. Tu crimen es el de haber matado a un corazón humano; el mío.

Claudio quiso balbucir algunas palabras, pero ya el cardenal proseguía:

—Me has robado a mi hija. La dejaste morir. Le diste muerte, ¿verdad? Contesta. Pero no, calla. ¡Miserable demonio! ¿Y aún quieres que te absuelva? Escucha, ya que también tienes una hija y tu corazón es de padre.

Claudio se puso pálido como un muerto. Sintió pesar sobre su nuca el terrible soplo de lo inevitable. Con los ojos dilatados y la boca abierta, miraba a Farnesio sin poder pronunciar una sola palabra. El cardenal dio una terrible carcajada y sacudió el brazo de Claudio.

—¡Ah! ¿Tú también tienes una hija? ¿También la quieres? Tu hija, monstruo, la he conducido yo mismo a la cámara de las ejecuciones. Sí, ya veo la alegría pintada en tus ojos. Quieres decir que la salvaste, que te hundiste con ella en la trampa, que...

—¿Sabéis lo que pasó esta noche? —interrumpió Claudio.

—Sí, lo sabía, y por esta razón, para decírtelo ahora, te he llamado. Sabe, pues, que en este mismo momento tu hija ha sido presa de nuevo y está en las manos de Fausta. Ahora la estarán matando y yo, yo he sido el autor de ello.

Farnesio, con rudo gesto, rechazó a Claudio y se cruzó de brazos esperando tal vez que el verdugo lo derribara a puñadas, pero Claudio, al oír tan espantosas palabras, cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, profiriendo un ronco gemido.

Cuando Claudio dejó caer sus brazos estaba desconocido y sublime. Era la personificación del asombro en el dolor. Al principio no miró al cardenal, sino hacia el altar, hacia la cruz como para pedirle cuenta de aquella tremenda injusticia. Luego miró a Farnesio y le dijo:

—¿Has hecho eso, sacerdote? ¿Eso has hecho?

—Sí, verdugo.

—¿Tú has entregado a la niña? Di. ¿Has sido tú?

—Sí.

—¿Y dices que la matan, que ya está muerta?

—Sí, muerta.

Un gemido subió hasta las altas bóvedas de la catedral. Luego aquel gemido se hinchó, se transformó, creció, y se convirtió en un rugido furioso, cuando Claudio exclamó:

—Aquella niña que has hecho asesinar, ¿sabes quién era?

—¿Quién? —preguntó Farnesio aterrado.

—Pues bien, ¡aquella niña era tu hija!

Y se marchó con vacilantes pasos, llenando con sus sollozos la inmensa nave, sin mirar a su espalda, ni lo que hacía entre tanto el cardenal. Éste cayó al suelo profiriendo un gemido, como un buey en el matadero, y tal vez más gravemente herido que si sobre él hubiera caído la maza del matarife. Un fraile joven que oraba no lejos de allí, se acercó a él y observando que aún vivía, empezó a prodigarle los cuidados necesarios.

Aquel monje se llamaba Jacobo Clemente.

XI - El pacto

CLAUDIO SALIÓ de Nuestra Señora. Instintivamente siguió el contorno de la catedral, se dirigió a la casa de Fausta y golpeó la puerta de hierro con el puño, sin pensar en el aldabón.

La puerta no se abrió. La casa continuó muda, rígida y triste.

—¡Oh, ya me abrirán! —se decía Claudio—. Es absolutamente necesario que me abran y me digan lo que ha sido de mi hija. ¡Maldición! ¿Me abriréis al fin?

Y llamaba con los dos puños, que, con sus golpes, despertaban en el interior grandes ecos.

—Pero señor —dijo una voz—. ¿No sabéis que la casa está desierta?

Era una mujer del pueblo que, pasando, daba el caritativo aviso.

—¡Quiero a mi hija! —le contestó Claudio—. Yo os aseguro que abrirán.

La mujer retrocedió asustada al ver aquel espantoso semblante. Claudio empezó a llamar de nuevo lleno de furor. De vez en cuando se detenía y empujaba la puerta con todo su vigor. Entonces sus músculos se distendieron, las venas de su frente se hincharon; un rugido se escapaba de sus labios estupefactos, y haciendo presión con los gigantesco hombros, y los pies apuntalados en el suelo, parecía uno de aquellos colosos de piedra que la ruda imaginación de los arquitectos de la época colocaba en los contrafuertes de las murallas, y las gentes que lo rodeaban sentían cierto pavor.

En efecto, algunos curiosos hicieron corro a su alrededor. Muy pocos reconocieron el antiguo verdugo y éstos se guardaban muy bien de decirlo, pues no deseaban atraerse la cólera de semejante personaje.

—¡Es un loco! —exclamó uno.

Algunos pilluelos empezaron a dirigirle burlas, al observar que Claudio trataba de hallar una juntura con las uñas. Con las manos ensangrentadas tuvo que abandonar su intento, y entonces, desesperado, se golpeó la cabeza, que se llenó de sangre.

—¡Es un loco! Es preciso ir en busca de los guardias.

Claudio había caído de rodillas y a la sazón gritaba y suplicaba. Las gentes se apartaban de su alrededor. Claudio sollozaba y decía cosas incomprensibles, pero su voz helaba la sangre de las mujeres circunstantes.

En aquel momento un caballero vestido de negro, atravesó el grupo sin ver nada, con paso igual y rápido, y penetró en la casita vecina, en la posada del «Broche de Hierro». Aquel hombre no vio a Claudio y éste tampoco a él.

Tras el abatimiento y las súplicas, Claudio tuvo una nueva crisis de furor. Durante mucho rato continuó empujando y golpeando la puerta, y, en verdad, era espantoso ver aquella lucha de gigante, contra la puerta inmóvil e impassible. Por fin, se fue, con la cabeza baja, profiriendo gemidos como de fiera que sufre.

Entró en su casa y empezó a ir de una parte a otra. Gilberta había desaparecido. Todas las puertas estaban abiertas y en la habitación que sirviera de dormitorio a Violeta, había huellas de lucha, algunos sillones derribados y una cortina arrancada.

Maquinalmente, Claudio empezó a poner orden en la habitación.

Pronunciaba palabras sin sentido y, de vez en cuando, llevaba a sus labios algunos de los objetos que Violeta había podido tocar. Ello duró dos o tres horas. A veces iba hasta la puerta exterior que dejara abierta y miraba fuera. Luego entraba precipitadamente en la casa y corría hasta el dormitorio. Ya no lloraba. Acabó por echarse en el sillón en que se había sentado Violeta y cerrando los ojos trató de reflexionar. ¿Qué pensamientos atravesaron entonces aquel cerebro agobiado por el dolor?

—¡Esto es! —dijo por fin con indefinible sonrisa—. Esto es ¡pardiez! ¡Morir! ¡Qué buena idea! ¿Cómo no habré pensado antes en ello?

Se levantó con alegre apresuramiento, y se dirigió a una habitación, en la que sin duda no había entrado en mucho tiempo, a juzgar por el olor especial del aire que contenía. Abrió violentamente la ventana. La luz brillante del nuevo día entró a torrentes en aquella habitación, e iluminó hachas enmohecidas, mazas de hierro y madera, cuchillos y otras herramientas o armas cuidadosamente ordenadas en la pared. Aquella sala era la de las herramientas de su terrible oficio.

En un rincón, rollos de cuerdas nuevas; algunas estaban ya preparadas con el nudo corredizo en un extremo. Claudio cogió una y corriendo entró en la habitación de Violeta.

Allí probó la solidez de la cuerda con segura mano; todos los detalles de su oficio volvían a su memoria y con el mayor cuidado engrasó la cuerda en las cercanías del nudo; se aseguró de que se deslizaba bien, y luego clavó un clavo enorme a bastante altura en la pared y ató a él la cuerda. Entonces subió sobre el escabel que le sirviera para clavar el clavo, dirigió a su alrededor la última mirada; un suspiro hinchó su pecho, pronunció el nombre de Violeta y pasó el nudo corredizo alrededor del cuello.

Entonces de un puntapié, Claudio rechazó el escabel y cayó en el vacío.

* * * * *

En el mismo instante un hombre apareció en el umbral de la puerta. Vio colgando a maese Claudio y sacando su puñal cortó la cuerda. Claudio cayó al suelo sin sentido. El recién llegado, con igual resolución, aflojó el nudo corredizo y se puso a friccionar al verdugo que, al cabo de algunos minutos, empezó a respirar y abrió los ojos. Aquel hombre era el caballero vestido de negro que, tres horas antes, penetrara en la posada del «Broche de Hierro», mientras Claudio trataba de hundir la puerta de la casa de Fausta. Y aquel caballero era el padre de Violeta, el cardenal príncipe Farnesio.

* * * * *

Claudio, al volver en sí, reconoció al cardenal y una oleada de sangre inundó su cerebro. Breve gruñido salió de sus labios; se levantó, rechazó rudamente a Farnesio y profiriendo una carcajada se lanzó fuera de la estancia. Algunos segundos más tarde reaparecía armado con una pesada segur. El cardenal no se había movido. Estaba en el mismo sitio en que lo dejara Claudio.

En aquel instante en que la vista comprende con mayor rapidez que en otras ocasiones, Claudio se fijó en una cosa que antes no había observado. Por la mañana los largos y finos cabellos del cardenal, así como su barba sedosa, eran casi negros, pero a la sazón se habían convertido en color de nieve. El cardenal Farnesio había envejecido veinte años en algunas horas.

Claudio hizo esta observación sin concederle ninguna importancia. Avanzó hacia Farnesio exclamando:

—¡Gracias sacerdote! Te había olvidado y vienes a recordarme que antes de morir...

—Vengo a recordarte que antes de morir tienes deberes que cumplir —dijo Farnesio con asombrosa tranquilidad.

La segur, que ya estaba levantada, permaneció suspendida en el aire.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Claudio con los ojos extraviados—. ¿Sufrir?, ¿llorar?, ¿matarte antes de morir?

—¡Mátame si quieres! Vengo a decirte que debemos vengar a la niña.

—¿Vengarla? —balbució Claudio temblando de pies a cabeza.

—Aquella mujer —dijo Farnesio—. Aquella mujer que aprovechó tu ausencia, denunciada por un demonio al que no conozco, aquella mujer a cuyos pies me he arrastrado durante dos horas, aquella mujer que me hizo ser la causa del asesinato de la niña, aquella mujer a quien yo llamaba Santidad y tú Soberana, di: ¿quieres que continúe viviendo?

Claudio soltó la segur, cogió el brazo de Farnesio y lo estrechó con violencia.

—Verdugo —continuó Farnesio—. He venido a preguntarte si quieres ayudarme a herir a esa mujer. Representa un poder temible y sin límites. Puede rompernos como si fuéramos de frágil cristal. Con una seña puede matarnos. Ahora bien. ¿Amabas lo bastante a la niña para convertirte en auxiliar mío? ¿Quieres ayudarme durante un año? ¿Quieres ser, no sólo mi auxiliar, sino, también, mi esclavo? Yo soy el único que conozco los medios secretos que nos permitirán herirla. En cuanto lo hayamos conseguido cesarás de ser mi esclavo y volverás a ser el verdugo y te diré: Ahora puedes matarme. Di, ¿lo quieres?

Claudio, mirando fijamente a Farnesio, había retrocedido. Sombrío júbilo se pintó en sus ojos extraviados.

—Monseñor —contestó—. Desde este momento os pertenezco en cuerpo y alma como me perteneceréis vos cuando hayamos conseguido nuestros fines. Tenéis razón, primero ella y luego vos.

—Perfectamente —dijo Farnesio—. He aquí mi mano. Dame la tuya.

Claudio vaciló un poco. Luego cerró sus ojos cargados de odio salvaje contra su interlocutor y su mano cayó en la del cardenal. Entonces éste acercó una mesita, sobre la cual había algunas hojas de pergamino, tinta y plumas.

Con asombrosa serenidad Farnesio se sentó ante la mesa y dijo:

—Cambiamos en tal caso el pacto necesario a nuestro trato.

Y escribió sobre una hoja de pergamino:

En 14 de mayo del año 1588, yo, príncipe Farnesio, cardenal y obispo de Módena, declaro y certifico:

Dentro de un año día por día, antes de dicha época, en caso de que la mujer llamada Fausta sucumba, me comprometo a presentarme a maese Claudio, verdugo, en el día o noche que le convenga y a la hora que quiera. Me comprometo a obedecerle en lo que me mande y le doy permiso para matarme si le parece bien.

Así me condene en la eternidad si trato de eludir el cumplimiento de mi promesa de cualquier modo que fuere. Y firmo:

Juan, príncipe Farnesio.

Obispo y cardenal, por la gracia de Dios.

Farnesio se levantó tendiendo el documento a Claudio. Éste lo leyó lentamente, lo aprobó con un movimiento de cabeza, tomó el pergamino y lo guardó en su bolsillo.

—A tu vez —dijo entonces el cardenal.

Claudio se sentó ante la mesa y tomó una hoja, y con su enorme e irregular escritura trazó las siguientes palabras:

En 14 de mayo del año de 1588, yo, maese Claudio, burgués de la Cité, antiguo verdugo jurado de la ciudad de París, y siendo aún verdugo por sentimiento, declaro y certifico: Para herir a la mujer llamada Fausta, me obligo durante un año, a partir de hoy, a obedecer ciegamente a monseñor el príncipe cardenal obispo Farnesio, y a cumplir ciegamente las órdenes que me dé, así como a seguir sus instrucciones sin otra voluntad que la de ser su esclavo. Así me condene en la eternidad si en el transcurso de este año le rehusó obediencia una vez siquiera. Y firmo...

En aquel momento, como la frente de Claudio continuaba derramando sangre, una gran gota cayó en el pergamino debajo de la última palabra. Claudio, al verlo, trazó con el rojo líquido una cruz exclamando al mismo tiempo:

—Ésta es mi firma.

—La doy por válida —contestó Farnesio.

Y tomando el papel lo leyó, lo dobló y lo hizo desaparecer al ejemplo de Claudio.

Por un instante los dos hombres, lívidos en extremo, se miraron mutuamente. Luego el cardenal, sin hacer un solo gesto de despedida, se retiró lenta y silenciosamente, deslizándose como un espectro, mientras el verdugo, apoyados los puños en la mesa, los ojos fuera de las órbitas y la cabeza inclinada hacia delante, lo miraba marcharse mientras murmuraba en voz baja.

—Primero la soberana y luego vos, monseñor.

XII - Fausta

NUEVAMENTE LLEVAREMOS ahora al espectador de estos dramas al misterioso palacio de la princesa Fausta en el momento en que Pardaillán acababa de entrar, es decir, algunos minutos después de la escena de orgía que hemos reseñado, o sea la misma noche del día en que Violeta fue arrebatada de la casa de Claudio y algunas horas después del pacto que acababa de celebrarse entre Farnesio y el antiguo verdugo.

Fuera, en la sombra, Maurevert vigilaba la salida del caballero en compañía de Picuic y Graznido.

En cuanto al perro «Pipeau», ya fuera por pereza o por instintiva tranquilidad acerca de la suerte de su amo, después de haber ladrado y permanecido el tiempo estrictamente necesario para tranquilizar su conciencia volvióse tranquilamente hacia «La Adivinadora».

En cuanto a los actores principales que el lector ha entrevisto en la orgía, siete de ellos nos interesan, tres hombres y cuatro mujeres.

Al duque de Guisa lo dejamos desvanecido de rabia en la taberna, en donde había caído persiguiendo a Catalina de Cléves, duquesa de Guisa.

El fraile Jacobo Clemente, el mismo que en Nuestra Señora volvió a la vida al cardenal Farnesio, ya vimos que huyó de la sala de orgía, pero más tarde ya lo hallaremos.

El conde de Loignes, el amante de la duquesa de Guisa, fue transportado moribundo a casa de Ruggieri.

María de Lorena, duquesa de Montpensier, y hermana de los Guisas, por la puerta de comunicación penetró en casa de Fausta.

Claudina de Beauvilliers. Pronto sabremos quién es. Siguió el mismo camino que la duquesa de Montpensier; es decir, que desde la taberna de «La Roja» y Paquita, pasó al palacio de Fausta.

Margarita, reina de Navarra, a quien llamaban aún la reina Margot, se lanzó a la calle y desapareció.

Y, finalmente, la duquesa de Guisa fue a caer en brazos de Pardaillán, que llamó a la puerta de hierro, y que acababa de entrar en el siniestro vestíbulo en que dos guardias velaban incesantemente.

Fausta, después de su breve conversación con Ruggieri, se marchó persuadida de que el conde Loignes iba a morir. Más adelante ya se comprenderá el interés que podía tener ella en la muerte de uno de los más temibles servidores de Enrique III.

A la sazón se hallaba en aquella estancia en que recibiera a Enrique de Guisa. Sus sirvientas preferidas, Myrthis y Lea, estaban allí observando atentamente una mirada o una sonrisa de su ama. Pero la frente de la extraña princesa se cubría de nubes; sus cejas de hermoso color negro se fruncían; su seno palpitaba y las dos mujeres al observarlo temblaban.

—¡Ah, miserable, cobarde! —exclamaba aquella mujer a la que tan pronto llamaban Santidad como Soberana—. ¡Ser el hombre que hace temblar a Francia, llamarse Guisa, ver a su esposa sobre las rodillas de su mortal enemigo y desvanecerse como una mujerzuela!

Y prosiguiendo su meditación, continuó monologando:

—¿Quién sabe si para mí no vale más que el futuro rey de Francia sea así? Pero esa mujer, Catalina de Clèves, ¿cómo podré envolvería de nuevo en la vasta red que le había tendido?

Y salió, dirigiendo algunas palabras en lengua extranjera a las dos criadas.

El palacio se dividía en tres partes muy distintas una de otra. A la derecha estaban las suntuosas salas oficiales que rodeaban la sala del trono. A la izquierda se hallaban las habitaciones particulares más femeninas y elegantes, así como también menos severas.

En el fondo habitaban los guardias, oficiales y servidores. Era más que un palacio, era casi una ciudad, un organismo completo. Una especie de Vaticano. Roma en el corazón de París.

A la sazón, Fausta se hallaba en sus habitaciones particulares. Siguió lentamente a lo largo del corredor, y parecía haber recobrado su completa serenidad. Se detuvo ante una puerta y exclamó pensativa:

—Aquí la gitanilla. Ya veremos.

Luego, más lejos, ante otra puerta, dijo:

—Aquí Claudina de Beauvilliers..., tal vez la solución.

Más lejos, ante una tercera puerta, dijo:

—Aquí me espera María de Lorena. Tengo que hablarle del fraile.

Y más lejos por fin, ante otra puerta y en los confines de la parte reservada a los guardias, dijo:

—Aquí el gitano Belgodere. Un buen perro que lanzar sobre las huellas de Farnesio.

Así, pues, esta extraordinaria mujer marcaba con etiquetas, por decirlo así, su múltiple pensamiento; su espíritu se movía fácilmente en el torbellino de la vasta intriga. Parecía dominar los acontecimientos y, de antemano, señalaba ya el cometido de cada uno de los personajes que tenía en su poder, y que, sin conocerse, iban a maniobrar en la misma escena, y en el formidable conjunto de dramas que ella preparaba.

Cuando volvía sobre sus pasos y cruzaba ante el gran vestíbulo, llegó a sus oídos una voz sombría y burlona. Todas las puertas de aquel palacio tenían una mirilla para poder observar. Fausta no tuvo más que acercarse para ver lo que sucedía. Entonces profirió una exclamación de alegría y asombro, añadiendo:

—¡Dios está, conmigo!

En el mismo instante hizo una seña y sin duda sus criadas no la perdían nunca de vista en sus evoluciones, porque, enseguida, acudieron dos mujeres francesas. Dio

algunas órdenes en voz baja y rápida, y luego abrió la puerta del vestíbulo en donde Pardaillán sostenía entre sus brazos a la duquesa de Guisa, mientras con altivas palabras reprochaba a los guardias su carencia de sentimientos hospitalarios.

—No quiera Dios —dijo Fausta— que alguien llamara a esta casa sin hallar en ella los socorros debidos entre cristianos. Entrad, caballero, y sed bienvenido. Mis criadas van a cuidar perfectamente a vuestra dama que, según veo, está desmayada.

Pardaillán entregó la duquesa a las dos mujeres que avanzaban y que inmediatamente desaparecieron en el interior de la casa, llevándose a Catalina de Clèves desmayada. Entonces Pardaillán se despidió y saludó cortés y elegantemente al ama de la casa.

—Señora —dijo—. Os doy mil gracias. Sin vos, me hubiera hallado en un apuro, porque esta noble dama no me pertenece.

—¿Es posible? —dijo Fausta, que miraba al caballero con grandísima atención.

—He aquí la historia en dos palabras. Pasaba por azar ante esta casa, cuando vi correr hacia mí una dama que gritaba y que, muy asustada por no sé qué peligro, se desvaneció en mis brazos implorando socorro. Vi una ventana iluminada de vuestro palacio y llamé. Por fin me abrieron y expliqué la situación a dos de vuestros servidores, y aprovecho la ocasión para rogaros que me dispenséis por haberlos maltratado un poco. En tal situación, con la dama en mis brazos, vuestros dos criados asustados, yo reducido a la impotencia y encontrándome ya algo ridículo, la situación se hacía molesta, cuando vuestra gracia llegó a arreglarlo todo con una palabra y una sonrisa, por lo cual el caballero de Pardaillán tiene el honor de presentaros su maravillada gratitud.

Todo esto fue dicho con elegancia de gestos y con voz ligeramente irónica.

—Señor caballero de Pardaillán —dijo gravemente Fausta con aquella voz armoniosa que envolvía como una caricia—. Vuestro porte y vuestras palabras me hacen desear conoceros mejor que por las lisonjas y los cumplimientos que podáis dirigirme. ¿No me haréis el honor de descansar un momento en casa de la princesa Fausta Borgia, extranjera, recién llegada a París para instruirse en las artes, en las letras y en la noble elegancia de la cortesía francesa?

El caballero dirigió a su alrededor una mirada profunda, como hombre acostumbrado a ejercer la prudencia que da el valor extremado.

—¿Qué será esto? —se preguntó—. ¿Un nido de amor? En tal caso, muy siniestro. ¿Una trampa? ¡Hum! He aquí una mujer demasiado hermosa para tal cuadro. A fe mía me dejaré caer y tanto peor si hay un precipicio bajo las flores.

E inclinándose con gracia, pero no sin dejar de hacer entrever la desmesurada longitud de su espada dijo:

—Señora, el nombre ilustre de Borgia me asegura que en letras y en artes podríais darnos lecciones.

Y en cuanto a elegancia, sólo podría ofreceros la de un aventurero, que ha tenido por maestros la necesidad momentánea, el azar, la tristeza y la alegría de la soledad.

Esto dicho, señora, me pongo completamente a vuestras órdenes.

Fausta hizo un gesto como invitando al caballero a que la siguiera y penetró en el interior. Pardaillán imitó su ejemplo.

—¡Oh, oh! —se dijo aturdido por las magnificencias entre las cuales se hallaba repentinamente transportado—. ¿Acaso esto es el Louvre? No, porque el rey de Francia no es lo bastante rico para disponer de tales tesoros. ¿Es acaso la habitación de una amazona? No, porque estos perfumes enervantes son mejor de una maga de amor. ¿Es ésta la vivienda de una cortesana? Tampoco, porque las panoplias de armas que veo brillar en las paredes son el adorno de un combatiente y no de una enamorada. ¿Qué veo en esta sala inmensa? Un trono, un trono de oro. ¡Oh! ¿Acaso es una reina? ¡Sí, por el cielo, porque hay una corona encima del trono! Pero no, ¡por todos los diablos!, no es una corona, sino una tiara, una tiara pontifical.

Pardaillán, deslumbrado, miraba con asombro. ¿Por qué estaría allí aquel trono? ¿Por qué la tiara? ¿Quién era aquella mujer, cuya belleza admiraba? Sin adivinar se resolvió a obrar con cautela, pues en todo ello entreveía un misterio.

Fausta se detuvo en la habitación blanca en que recibiera a Guisa y que sin duda estaba destinada a los forasteros. Sentóse sobre el sillón de satén blanco en que su belleza adquiriría extraordinario relieve.

Y antes de que Pardaillán hubiera vuelto del asombro que lo subyugaba, dijo:

—Señor caballero, ¿sois vos quien en la plaza de la Grève os las hubisteis con monseñor el duque de Guisa y le jugasteis la mala pasada de que todo París ha hablado?

—¿Yo, señora? —exclamó Pardaillán fingiendo asombro y preguntándose si no haría mejor en marcharse sin dar la menor explicación.

—¿Sois vos, señor caballero, quien arrastrasteis a Crillon a través de la multitud de burgueses, conduciendo a sus gentes hasta atravesar la Puerta Nueva?

—¡Así me parta un rayo! —pensó Pardaillán—. ¿Qué necesidad tenía yo de socorrer a aquella lloricona que me cayó en los brazos? Señora —dijo en voz alta—: ¿estáis segura de no equivocaros?

—Lo vi todo desde una ventana, mientras observaba la plaza llena de mercaderes y floristas. Lo vi todo y os he reconocido. Sí, sois vos.

—En tal caso, señora, me guardaré bien de contradeciros. En efecto, sería daros mala idea de la cortesía francesa obrando de otra suerte.

Pardaillán, una vez pasado su primer asombro, fue dueño de sí mismo. Su rostro expresaba el mayor candor del mundo. Miraba cara a cara a la princesa Fausta sin manifestar la menor turbación. En realidad la estudiaba con aquella rapidez y seguridad que sólo da la intuición y que no puede enseñar ninguna ciencia. En cuanto a Fausta, era imposible saber lo que pensaba, pero por vez primera veía ante sí el hombre, que sostenía su mirada con dignidad no exenta de ironía. Por un parpadeo más rápido que el acostumbrado, y una agitación mayor de su seno de mármol, se hubiera podido adivinar que estaba conmovida y que la estatua se animaba aunque

ella lo ignorara sin duda.

—¡Caballero! —dijo—. En la plaza de la Grève os admiré.

—Ésta es una palabra preciosa, señora; porque comprendo, al veros, que vuestras admiraciones deben tener lugar en contadas ocasiones.

—Vuestra espada es segura, caballero —dijo Fausta sorprendida de su emoción—, pero vuestra mirada lo es aún más. Pero vengamos a lo que nos importa. Veo que sois uno de aquellos hombres con los cuales debe hablarse francamente.

—¿Qué me sucederá? —se dijo Pardaillán.

—Cuando en la plaza de la Grève os vi llevando a cabo vuestra hazaña —continuó Fausta tratando en vano de hacer bajar los ojos al caballero—, tomé enseguida la resolución de hacer algunas indagaciones acerca de vos para conoceros mejor. El azar me ha sido propicio, y ahora que os he visto de cerca, me confirmo en mis resoluciones.

—¡Ah, señora! ¿Me habéis hecho el honor de tomar resoluciones que me conciernen?

—El señor de Guisa debe de profesaros un odio mortal —dijo lentamente Fausta.

—Sí, me odia —contestó el caballero—, pero no mortalmente, porque si el odio de Guisa fuera mortal, haría ya mucho tiempo que yo habría muerto.

—Si os odia desde hace mucho tiempo, es una razón de más para hacer las paces con él.

—¿Estáis segura, señora, de que sería conveniente para él reconciliarse conmigo?

Fausta dirigió una mirada brillante sobre aquel hombre que se atrevía a hablar así del amo de París y en sus acerados ojos no vio pintada ninguna fanfarronada, sino una serena intrepidez.

—¡Caballero! —dijo de pronto—. Si quisierais poner vuestra espada al servicio del señor duque de Guisa, os juro que no sólo olvidaría su resentimiento, sino que haría de vos un señor poderoso.

—Será, pues, necesario —dijo fríamente el caballero— que estreche mi mano.

Y tendió su derecha.

—Lo hará —dijo ella sonriendo.

—Permitidme, señora, que tenga mejor opinión que vos de un hombre que tal vez mañana será rey de Francia —dijo Pardaillán con tranquilo tono—. El señor de Guisa no puede estrechar la mano que lo abofeteó.

—¿Eso hicisteis? —preguntó Fausta—. ¿Abofeteasteis al duque de Guisa?

—En una circunstancia que os contará personalmente, si se lo rogáis. Os dirá que él, caballero de Lorena, poderoso señor y el primero del reino, después de los príncipes de la sangre y tal vez antes, no vaciló en penetrar, acompañado de hombres armados, en la casa de un viejo indefenso, herido y casi moribundo. Os confesará que a esto se atrevió él, Enrique I de Lorena, y que hizo asesinar en su lecho al desgraciado anciano. Os dirá que llevó su magnanimidad hasta hacer arrojar por la ventana el cadáver ensangrentado del almirante de Coligny. Os dirá, por fin, que

sobre la frente lívida del cadáver, él, el hombre cortés por excelencia, posó su tacón. ¡Hermosa victoria, señora! No la pagara a cambio del bofetón que surgió entonces, si así puede decirse, de esta mano que aquí veis.

—El duque defendía la causa de la Iglesia —dijo sordamente Fausta.

—¿De qué iglesia, señora? Hay, como sabéis, por lo menos dos.

Pardaillán había pronunciado estas palabras sin otra intención que la de bromear, pero Fausta palideciendo intensamente, dijo:

—¿Cómo sabéis que hay dos iglesias?

Y para sí la princesa dijo: «¿Acaso este hombre será un espía?»

—«¡Oh!» —se decía el caballero—. «¿Será esta mujer el jefe oculto de la Santa Liga? Y entonces Guisa solamente sería un instrumento. Tal vez la Santa Liga es otra iglesia y así parece probarlo este maravilloso palacio, este trono coronado de una tiara, y las llaves simbólicas bordadas en los cortinajes. Pero, en tal caso, sería fabuloso. Este palacio sería entonces el del Papa. Otro Papa que Sixto V. Un Papa instalado en París, pero ¡bah!, todo eso serán cavilaciones mías».

En aquel breve instante en que los dos pensaban así, se miraban profundamente uno a otro, estudiándose como dos luchadores antes de lanzarse al ataque. Fausta tomó rápidamente su partido. De su examen resultó que Pardaillán era uno de aquellos aventureros, como entonces abundaban, que servían al que pagaba mejor muriendo en tal caso por él, pero había que convenir en que era un aventurero extraordinario, heroico, capaz de llevar a cabo locas empresas y, en fin, una espada invencible que era necesario adquirir a toda costa.

—¡Caballero! —dijo de pronto Fausta—. Si no podéis pertenecer al duque de Guisa, tal vez no os negaréis a servir a otro amo.

—Esto depende de cuál sea —dijo Pardaillán con la mayor ingenuidad—. Yo no soy más que un hombre que se aburre en esta vida y que trata de divertirse un poco. Hasta ahora soñé a los hombres más grandes de lo que son en realidad. ¡Ah! Si yo tropezara con algún terrible caballero de indomable corazón, de ánimo esforzado, de grandes ideas que me ayudara a reformar el mundo, entonces sí, tal empresa me divertiría. Pero debo confesar que, como Diógenes, he buscado en vano con mi linterna. He visto de cerca a muchos hombres que de lejos me parecían formidables, sea por su malignidad o por su generosidad. Pero me ha ocurrido una cosa muy rara, señora. A medida que me aproximaba, aquellos gigantes perdían su estatura y eran hombres como los demás. Por fin, al llegar a su lado, tras de levantar la cabeza para mirarlos con asombro, ya no los he visto. Miraba a demasiada altura. Entonces he tenido necesidad de bajar mis ojos a la altura normal, cuando no me ha sido preciso todavía mirar más hacia abajo. Así, señora, decidme: ¿el amo que me proponéis es el que el mundo espera?

Pardaillán hablaba con la mayor naturalidad y con lenguaje a veces irónico y otras exaltado.

Fausta lo miraba escuchándolo atentamente. Y cuando hubo acabado de hablar, la

joven se interrogó asombrada al observar que se había emocionado.

—¿Conmovida, yo? ¡Vamos! Fausta, la virgen, no llegará a conocer un hombre capaz de turbar su pensamiento.

Y en voz alta, añadió:

—El amo que he de proponeros, es el que vos habéis soñado, caballero.

—¡Ah, *pardiez*, señora! Mucho me gustaría conocer tal personaje.

—Lo tenéis ante vos —dijo Fausta.

—¿Vos, señora?

—Yo, caballero; yo, que busco hombres para la ejecución de grandes empresas capaces de seducir a los más ambiciosos. ¿Queréis ser uno de estos hombres? Adivino en vos la grandeza de alma, la fuerza de un instinto superior, el pensamiento que permite dominar a la humanidad. ¡Oh, caballero, si yo pudiera deciros todos los proyectos que llevo en mi cabeza! ¿Por qué, sin conoceros casi, me he decidido a hablaros? No sé, pero creo que sois el que tantas veces he buscado.

—«¡*Desgraciado de mí!*» —pensó el caballero—. «*Estoy fresco. ¿Acaso no habrá medio de que llegue un día en que pueda vivir en paz?*».

—Sabed, pues —continuó Fausta con voz ardiente—. Sabed, aunque no os conozco, el ensueño cuya realización persigo. Sabed que soy aquélla a quien obispos y cardenales, reunidos en secreto conclave, han elegido para conducir a la Iglesia a su destino supremo. Sabed que ante la obra grandiosa, mi alma no ha temblado. A los príncipes que me ofrecían las más deslumbradoras coronas, les he contestado que sería...

Y se detuvo palpitante. De pronto se llevó la mano a su frente y murmuró para sí: «¿*Cómo? ¿Conmovida hasta tal punto por este aventurero? ¿Yo que hablo despóticamente a los reyes, me he de inclinar ante este advenedizo? ¡Desgraciada! ¿Qué he dicho? ¿Qué iba a decir?*»

Pero ya Pardaillán había comprendido. El misterioso velo que rodeaba a Fausta, se había levantado en parte. Quedóse un instante deslumbrado por lo que entreveía, presa del asombro sin límites que sobrecoge al hombre ante la imposibilidad realizada.

«¡*Oh!*» —murmuró—. «*Así, pues, es cierto. Es el Vaticano en París. Y ese trono que he visto, si no es para un Papa, es para una Papisa.*».

Pardaillán se estremeció. Sí, una mujer, una mujer se alzaba ante Sixto V. Una mujer que ante el trono del anciano Papa, oponía el suyo que asentaba en su radiante belleza. Había en tal monstruosa suposición una demencia tan grande, que Pardaillán se encogió de hombros y casi en alta voz, dijo:

—¡Imposible!

«¡*Me ha adivinado!*» —murmuró Fausta—. «*Es preciso que ese hombre se convierta en uno de mis servidores, o que no salga vivo del palacio.*».

Poco rato duraban las emociones a Pardaillán, de modo que con más curiosidad que temor o veneración, miró a la extraña princesa.

—Señora —dijo—. Ya que habéis empezado a explicarme vuestro pensamiento, dignaos terminar. Comprendo que estáis en Francia para llevar a cabo una obra que no conozco, pero que debe de ser grandiosa.

—Ya habéis visto los primeros actos. Enrique de Valois ha sucumbido a nuestros golpes y anda fugitivo. El trono de Francia está vacante. Caballero, ¿qué pensáis de Enrique III?

—¿Yo señora? No pienso nada, sino que anda fugitivo como acabáis de decir.

—Sí, ¿pero tenéis algún motivo para serle adicto? Hablad con franqueza.

—Apenas conozco al rey, señora; solamente lo vi una o dos veces cuando se llamaba duque de Anjou, y confieso que no le tengo en grande estima.

El rostro de Fausta expresó vivo contento.

—Muy bien —dijo—. Y ahora, dejando aparte el resentimiento, ¿qué pensáis de Enrique de Guisa?

—Pienso —contestó el caballero— que es el personaje más indicado para ocupar el trono de Francia. Ésta es por lo menos la opinión de todos los parisienses.

—Sí —dijo Fausta—. ¿Y no pensáis también que es más digno de la corona que cualquiera otro de los gentilhombres franceses? ¿No es un hombre de alma bien templada, valiente y, en fin, que reúne cualidades que le permitirán llevar a cabo grandes cosas?

—¡Dios mío, señora! —contestó Pardaillán con una sonrisa que no dejaba adivinar si se burlaba o hablaba en serio—. Creo que me preguntáis si Enrique de Guisa sería un rey capaz de merecer a su alrededor adhesiones heroicas.

—Esto es lo que os pregunto, asegurándoos que el rey de Francia olvidaría los insultos recibidos por el duque de Guisa.

—Mil gracias, señora —dijo Pardaillán inclinándose—. Espero y deseo, por el contrario, que Guisa se acordará. En cuanto a mi opinión, hela aquí: creo, antes que nada, que el trono sería admirable si no lo ocupaba nadie. ¿Qué queréis?, es una idea loca, hija de mis largos viajes a través de los caminos, mirando el sol que ha sido creado para alumbrar a todo el mundo y observando que pocos son los que pueden calentarse con sus rayos. Además, si es absolutamente necesario que alguien se ocupe en este país de elevar los impuestos, operación agradabilísima, convengo en ello, sería preciso, por lo menos, que ese alguien fuese amable, generoso y bueno entre todos.

—¿Acaso no es ése el retrato de Guisa? —preguntó Fausta con aguda mirada.

Pardaillán miró asombrado.

—¿Cómo, señora? ¿Acaso no habéis oído lo que he tenido el honor de deciros? ¿Creéis vos que el hombre que ha posado su pie sobre la cabeza de un enemigo pueda ser generoso? ¿Cómo puede parecerme bueno y valiente, si lo he abofeteado?

Pardaillán se levantó apoyando la mano en el pomo de su espada.

—Observad, señora —añadió—, que hasta ahora me parece que he bromeado, cosa que os ruego que me dispenséis, pero no puedo tomar en serio las acciones de

los hombres. Me contento con amarlos cuando son buenos; admirarlos, si se portan como hombres, y despreciarlos o apartarme de ellos, cuando obran como fieras. Y Guisa es una fiera, señora, y no lo crítico, pero lo encuentro odioso. Y, además...

—Acabad, caballero —dijo Fausta con extraña sonrisa.

—Allá voy. Quería decir lo siguiente: Y vos, señora, ¿qué hacéis? Tan hermosa señora, con tan admirable belleza y tan femenina, no pensáis en nada serio, es decir, en el amor y en la felicidad. Me hacéis pensar en cosas que de antemano me dan ganas de bostezar, es decir, historia de tronos. Pero perdonadme, ya os decía que conmigo no podríais aprender la cortesía francesa.

—Nunca sostuve conversación tan interesante. Continúa —dijo Fausta, cuyos ojos echaban llamas.

—Gracias, señora, y como lo queréis, continúa. Menos mal si esos asuntos ofrecieran alguna diversión, pero no, son muy complicados y desagradables. ¿Queréis que os diga por completo mi opinión? Pues bien, Guisa no será rey de Francia.

—¿Por qué? Decidme la razón.

—Porque yo no quiero, señora —dijo sencillamente Pardaillán—. Por favor, permitidme que os hable con el corazón en la mano. Habéis venido a Francia para llevar a cabo este proyecto. Pues bien, lo mejor que podéis hacer es volver al país admirable en que se respira el amor y la alegría, en que cada transeúnte puede ser un gran pintor o inspirado poeta, y en que las mujeres tienen sonrisas de diosa. Aquí, señora, no conseguiréis nada.

—¿Por qué? —repitió Fausta—. ¿Por qué?

—Porque os he adivinado, señora. Porque una mujer que sueña con llamarse Papisa en vez de ser sacerdotisa del amor (Fausta palideció intensamente), es una cosa que me choca y que me parece extravagante. Porque queréis, por fin, subir al trono, al lado de un hombre a quien yo he resuelto impedir que se siente en él.

—¿Pero por qué no he de conseguir el objeto que persigo? —murmuró Fausta con acariciadora voz.

—Porque voy a interponerme en vuestro camino, señora.

Dichas estas palabras, Pardaillán se inclinó respetuosamente. En aquel momento se oyó un silbido estridente. Y al erguirse el caballero pudo creer que había soñado, porque la misteriosa Fausta había desaparecido.

—¡Caramba! —exclamó—. Parece que la Papisa, a semejanza de los Papas, no es amiga de la verdad. ¡Peste! Tres... siete... doce. Hola, señores, ¿quiénes sois? ¿Sois obispos, cardenales o sacristanes?

Y hablando así, Pardaillán desenvainó la espada, y adosándose en un salto al ángulo izquierdo de la estancia, se puso en guardia. En efecto, obedeciendo al silbido y en el mismo instante en que Fausta desaparecía, entraron por una puerta disimulada tras las colgaduras del dosel, una docena de hombres enmascarados que se arrojaron contra el caballero espada en mano.

Inmediatamente se oyó en la sala ruido de armas, y luego, de vez en cuando,

algún gemido breve y un grito prolongado. El gemido procedía de alguno de los asaltantes que caía muerto en el acto y los gritos de algún herido que se retiraba de la pelea.

Pardaillán, adosado al ángulo de la pared, recogido sobre sí mismo y con la mayor tranquilidad, hacía muy pocos gestos, pero cada uno de ellos era un rayo. Sus enemigos le dirigían incesantes estocadas sin preocuparse por los heridos. En un momento dado el caballero dio tres pasos hacia delante y se envolvió en tal círculo de acero, que todos retrocedieron.

—Un momento, caballejos, ¿queréis que os de un consejo?

Los asaltantes se callaron. Únicamente atacaban con más saña, y si sus rostros no hubieran estado cubiertos, hubiérase podido leer en ellos el prodigioso asombro que sentían ante aquel hombre.

—¡Excomulgadme! —exclamó Pardaillán dando una estocada que provocó un grito de dolor entre sus enemigos.

—¡Matémoslo! —gritaron los asaltantes con mayor rabia.

—Atrás, señores sacristanes —gritó Pardaillán.

No había recibido aún la más pequeña herida. Entre los contrarios, cinco estaban muertos o heridos. En aquel momento entraron en escena siete u ocho combatientes más, todos armados de pistolas. Pardaillán estaba perdido.

—Me hubiera gustado mucho poder hablar un rato con el señor de Maurevert antes de reunirme con Luisa en el país de los sueños eternos —murmuró el caballero.

En aquel mismo instante y antes de que disparara ninguna pistola, se abrió una puerta, en la cual apareció un hombre. Pardaillán saltó entonces como un tigre, y de un terrible empujón, echó al suelo al hombre y franqueó la puerta.

* * * * *

Aquella puerta era la que comunicaba el palacio de Fausta con la posada del «Broche de Oro». Y el hombre que la abriera era el duque de Guisa, a quien «La Roja» y Paquita habían encontrado y conducido hasta allí.

* * * * *

Pardaillán se halló en la sala de la orgía.

—¡Alto! —vociferaron los espadachines de Fausta.

En algunos segundos el caballero atravesó las dos salas y se halló en la taberna. La puerta por la que había huido la duquesa de Guisa, estaba entreabierta.

—¡Maldición! —clamó una voz que Pardaillán reconoció.

—Y yo os bendigo, señora —contestó gritando el caballero.

Hallábase en la callejuela y un instante después se perdió en la sombra.

—¡Uf! —exclamó deteniéndose a los cien pasos—. En el fondo me alegro de haberlo visto. ¿Pero qué habrá sido de maese «Pipeau»? Ha huido, ¡cobarde! Ese perro acabará mal.

Dio diez pasos más y se detuvo de nuevo.

—¡Ah, caramba! ¿Y quién sería aquella dama que se desmayó en mis brazos? ¿Qué será de ella? ¿Y si fuera a buscarla? Porque, en realidad, soy su caballero. Tal vez es una descortesía dejarla allá, pero vamos, a pesar de todo, sería insigne tontería el exponerme a que me ensarten, por el gusto de ir a presentar mis respetos a una desconocida. Si fuera una amiga mía como Rosa, por ejemplo, no diría que no. Vamos, caballero, un poco de juicio, ¡qué diablo! ¿Y la gitanilla? ¿Será conveniente continuar siguiendo la pista? Vamos a dormir —se dijo—. Siempre he visto que en la cama es cuando tengo buenas ideas.

Y una vez franqueado el puente, remontó el curso del río en dirección a la calle de Barrés, en donde lo esperaba Carlos de Angulema.

Desde su salida de la posada del «Broche de Hierro», lo seguían tres personas observando atentamente todos sus movimientos. Eran Picuic y Graznido, guiados por Maurevert, que quería vengarse del caballero. Maurevert oyó el tumulto de la casa y escuchó atentamente reconociendo una de aquellas peleas que únicamente podía provocar la presencia de Pardaillán.

—¡Si por lo menos reventara allí dentro! —dijo con los dientes—. Pero no, ahí está. Atención vosotros dos. Ya sabéis, si sucumbe, tendréis en mí un protector que no regatea el dinero.

—Pues entonces, hemos hecho fortuna —dijo Picuic.

Los tres hombres franquearon el Sena en seguimiento de Pardaillán y como él fueron por la desierta orilla. El caballero entonces se hundió en una callejuela que en su extremidad iba a dar en la calle de Barrés.

—He aquí el momento —dijo Maurevert deteniéndose—. ¡A él!

Los dos *hércules*, se lanzaron contra Pardaillán. Maurevert sacó la daga y se preparó a atacarlo en cuanto estuviera derribado. Quería darle el golpe de gracia.

El caballero marchaba descuidadamente, con la espada que le golpeaba las piernas y las plumas de su sombrero agitadas por el aire de la noche. De pronto oyó a su espalda el ruido casi imperceptible de pasos rápidos que se dirigían hacia él. Al volverse vio a dos hombres que se disponían a atacarlo, y entonces desenvainó rápidamente su espada.

—¡Oh! —dijo—. Es una noche trabajosa para mi espada. Bueno —añadió envainándola de nuevo. No son más que dos truhanes.

—¡La bolsa o la vida! —exclamó entonces Picuic.

—¡La bolsa o la vida! —repitió Graznido con lúgubre acento.

Y al mismo tiempo levantaron sus dagas, pero antes de que sus brazos cayeran, los dos profirieron un aullido de dolor. Pardaillán había dirigido dos puñetazos. Uno a derecha y otro a izquierda. El puño derecho aplastó la nariz de Graznido y el

izquierdo hinchó un ojo a Picuic.

—¡De rodillas, truhanes! —dijo el caballero—. Y pedid perdón al caballero de Pardaillán.

Los dos hombres, a pesar del dolor y el susto que les ocasionara tal acogida inesperada, se aprestaron a dirigir una puñalada traidora al caballero, pero al oír su nombre, se detuvieron estupefactos y Graznido tiró el puñal, mientras Picuic envainaba el suyo.

—¡De rodillas, os repito! —dijo el caballero.

Y al mismo tiempo los cogió por el cuello, y con irresistible fuerza golpeó sus cabezas una contra otra. Los dos bandidos cayeron de rodillas.

—Perdón, señor caballero —exclamó uno de ellos—. Ya os lo diré todo. Sabed tan sólo que soy Picuic.

—Y yo, monseñor —dijo el otro—, antes que tocar vuestros cabellos, preferiría ayunar un mes seguido. Graznido tiene el vientre agradecido.

—¿Graznido? ¿Picuic? —exclamó el caballero—. ¿Dónde he oído yo esos nombres? Levantaos, muchachos, ¿de dónde salís? ¿De qué os conozco?

—De «La Adivinadora», monseñor, esta mañana nos invitasteis a comer.

—¡Ah! Ahora os reconozco. Y en pago de aquella comida magnífica, ¿queríais matarme, verdad?

Picuic y Graznido contestaron a dúo:

—¡Oh, monseñor! ¡Si hubiéramos sabido que erais vos!...

—¿Qué habríais hecho? Hablad, y si sois francos, os soltaré sin castigaros.

—Monseñor —dijo Picuic en voz baja—. Os seguimos desde la calle de la Tissanderie.

—¡Qué constantes sois! La verdad es que vuestro empeño merecía mejor resultado.

—Alejémonos, monseñor —dijo a su vez Graznido—. Alejémonos, porque podría caer de improviso sobre nosotros...

—¿Quién? ¿Sois tres acaso?

—El que nos ha pagado para mataros. ¡Ah, si lo hubiéramos sabido!

Pero ya Pardaillán no les escuchaba. Se Dirigió hacia el Sena. Ser atacado por dos bandidos no era nada, pero que alguien los hubiera pagado para que lo asesinaran, era ya más grave. Un enemigo desconocido es una amenaza perpetua. Por más que hizo Pardaillán no le fue dado encontrar a nadie y, por lo tanto, volvió adonde habían quedado los dos bandidos. Los halló en el mismo sitio, prueba indudable de que obraban de buena fe.

—Vuestro compinche ha desaparecido, pero decidme cómo era. Tal vez se trataba de algún amigo que quería divertirme.

Picuic, el más inteligente de los dos, empezó entonces a hacer una descripción del hombre que los había pagado. Parece que tal descripción fue bastante exacta y que Pardaillán comprendió por fin de quién se trataba, porque, poco a poco, su cara fue

animándose y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Él! —murmuró—. ¿Sabe, pues, que estoy en París?

Se quedó pensativo algunos instantes y luego, levantando la cabeza, dijo:

—Está bien. Idos.

—Monseñor —suplicó Graznido con lúgubre acento.

—¿Qué hay? —dijo Pardaillán que ya se alejaba.

—Si monseñor quisiera permitirnos —suplicó Picuic.

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto mudos?

—Quisiéramos escoltaros —dijo Graznido.

Pardaillán se echó a reír.

—¿De modo —dijo— que tenéis miedo?

—Algo hay de eso, monseñor.

—Es que aquel hombre tenía un tipo muy siniestro —añadió Graznido.

—Y teméis que os persiga, ¿verdad? De modo que yo tendré que escoltar a los que querían matarme. Bueno, aceptado. Id delante, valientes, y no tengáis ningún miedo, porque el caballero de Pardaillán os escolta.

Y Pardaillán, desenvainando la espada, empezó a andar tras los dos bribones.

—Por esta noche —dijo— os ofrezco hospitalidad.

Pardaillán sirvió, pues, de escolta a los dos truhanes que habían querido matarlo y, además, como desafiando todas las reglas de la moral establecida, quería albergarlos aquella noche. El grupo llegó sin tener ningún mal encuentro a la casa de la calle de Barrés.

XIII - La Reina Madre

EN UN VASTO y sombrío oratorio del palacio de la reina, una mujer sentada en un sillón de caoba, y apoyada de codos en una mesa de ébano, hojeaba con atención profunda un grueso volumen escrito en latín y en cuya primera página se leía este título:

Stemmata Loiharingiae et Barrí Ducum

Genealogía de los duques de Lorena y de Bar. Era una interminable argumentación llena de documentos más o menos apócrifos. El volumen, groseramente encuadernado, como un libro destinado a ser difundido en varios ejemplares, llevaba la firma de Micer Francisco de Rosières, arcediano de Toul.

La lectora pareció absorberse en su ocupación, con las cejas fruncidas, y por, fin, cerró el libro. Entonces, con su pálida cabeza apoyada en la mano, murmuró sordamente:

—Sí, Renato; he aquí la audacia de los Guisa y sus partidarios. El abogado David a quien mandé matar, hacía remontar los antepasados de Guisa hasta Carlomagno. ¿Qué haré a ese Rosières a quien la línea de los carlovingios parece insuficiente y que da Clodión *el Cabelludo* por padre a Enrique de Lorena?

—No os quejéis, señora —dijo el hombre a quién iban dirigidas estas palabras y que de pie y apoyado en una arquilla contemplaba fijamente a la lectora—. No os quejéis; habéis criado a ese cuervo al cual era necesario cortar las alas cuando yo os lo decía.

—Mi hijo es un usurpador; los Valois son usurpadores —continuó la mujer como si no hubiera oído—. La verdadera raza real es la de los Lorenas y el legítimo rey de Francia, Enrique de Guisa.

—Pensad en el pasado, Catalina. Pensad en que disteis el mejor papel al duque de Guisa durante la jornada de San Bartolomé.

Aquella vez la mujer se estremeció y levantó la cabeza. Un rayo de sol que se filtraba a través del ventanal, acentuó el relieve de aquella cabeza enérgica y sombría, y Catalina de Médicis, madre de Enrique III, tenía en aquella época muy cerca de setenta años. Parecía estar muy cansada, y en sus gestos había una laxitud tal, como si en realidad hubiera vivido setenta siglos o como si sus ideas fueran demasiado pesadas para su cabeza.

—¡La jornada de San Bartolomé! —dijo.

—Sí —contestó el hombre a quien había dado el nombre de Renato—. El día de la muerte de mi hijo.

La anciana reina no lo oyó a fingió no oírlo.

—Ruggieri —dijo—, la jornada de San Bartolomé es la gran falta de mi vida.

—¿Tenéis remordimientos, reina mía? —preguntó Ruggieri con irónico acento en el que Catalina pareció no fijarse.

—Hubiera debido —continuó ésta— desembarazarme antes de los Guisa. Y en

cuanto a los hugonotes siempre hubiera sido ocasión de entregarlos al pueblo. Pero no hablemos de ello, Renato. He aquí que Guisa es el amo de París. Mi hijo ha huido; el pobre muchacho sólo ha tenido tiempo de franquear las puertas contando con que su madre resistiría a los defensores de las barricadas. ¡Ah, qué bien me conoce! Ya sabía él que yo no desertaría.

Y dio un golpe violento sobre el volumen del arcediano Rosières.

—Que prueben lo que quieran. Que hagan la revolución. La vieja reina está siempre en su sitio. Y ¡por la sangre de Cristo!, mientras yo viva, el trono de Francia nos pertenecerá. Hay aquí —continuó golpeándose la frente— con qué contestar a todas sus añagazas.

Habíase levantado con el rostro lleno de odio, pero a poco cayó de nuevo sobre el sillón y se quedó pensativa y con las manos juntas. Un gran reloj dio las nueve en aquel momento.

—Dentro de algunos minutos —continuó— el visitante habrá llegado. Cuida, Renato, de que pueda verlo y oírlo todo. En cuanto a Guisa, lo harás entrar en este oratorio. A propósito, ¿y ese Loignes, cómo sigue? ¿Se salvará?

—Sí, reina mía, vivirá. Dentro de un mes podrá levantarse.

—Me lo traerás para ver lo que se podrá hacer por él. Ve, ocúpate de preparar una recepción digna para el que debe llegar. Vela sobre todo para que ni un gesto ni una palabra traicionen el nombre del ilustre anciano que ha querido ver y escuchar por sí mismo.

Ruggieri, antes de salir, se acercó a la anciana reina, y sacando del bolsillo un saquito de terciopelo, retiró de él una piedra redonda que puso con precaución sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó la reina cuyos ojos brillaron—. ¿Un nuevo talismán?

—Sí, señora —dijo gravemente Ruggieri—. En esas terribles conjeturas, Vuestra Majestad debe estar bien protegida contra los maleficios y la mala suerte. Tenía este talismán en reserva para alguna ocasión suprema y os lo ofrezco creyendo que os será muy útil.

—¡Ah, Renato! Tú me salvas —exclamó Catalina, que con temblorosos dedos cogió la piedra y la examinó.

Era de ónice, redonda, de dos colores, y sobre ella estaba grabada una palabra:

—*Publeni* —leyó la reina, interrogando con la mirada a Ruggieri.

—Es una palabra cabalística que he hallado en un manuscrito de Nostradamus^[2]. Su virtud es casi infinita. Cuando os veáis apurada para hallar la idea victoriosa, o una contestación sin réplica, bastará que la pronunciéis tres veces en voz baja.

—*Publeni* —repitió Catalina de Médicis—. Gracias, buen Renato. Eres, realmente, la providencia para la pobre reina abandonada.

Ya Ruggieri había sacado de una bolsa unas pinzas de acero semejantes a las que usan los joyeros. Catalina se quitó un brazalete que llevaba en la muñeca izquierda, el cual se componía ya de nueve granos que Ruggieri diera a la reina en diversas

circunstancias. El astrólogo añadió el ónice que acababa de dar, y el brazaete estuvo compuesto de las siguientes piezas:

Primero: una piedra de águila oval, sobre la cual estaba grabado un dragón alado con las cifras 1559, que era el año en que Enrique II fue muerto en un torneo por un lanzazo de Montgomery.

Segundo: un ágata de ocho lados atravesada por agujeritos en forma de tubos.

Tercero: una hermosa piedra de ónice ovalada, de tres colores, sobre la cual estaban grabados los siguientes nombres: Gabriel, Rafael, Micael y Uriel.

Cuarto: una turquesa ovalada, sujeta transversalmente por una banda de oro.

Quinto: un trozo de mármol blanco y negro.

Sexto: un ágata oscura y ovalada. Sobre una de sus caras estaban grabados un creciente, un caduceo y una estrella; sobre la otra cara, la constelación de la serpiente, entre el Sol y el signo de Escorpión, todo ello rodeado por seis planetas; y en el canto la figura de Jehovah con muchos signos cabalísticos.

Séptimo: un trozo cuadrado de cráneo humano.

Octavo: una crapodina ovalada.

Noveno: un trozo de oro redondeado.

Décimo y último: el ónice que Ruggieri había añadido a los nueve talismanes anteriores.

—Ahora estáis sólidamente armada, reina mía —dijo el astrólogo una vez hubo terminado su trabajo. He aquí una piedra de águila que os asegurará el poder y los pensamientos altivos; los tubos de ágata que absorben los pensamientos débiles; Uriel, Micael, Rafael y Gabriel, conjurados a protegeros y obligados a rodearos con sus cuatro espadas invisibles; he aquí la turquesa con una banda de oro que os ha dado la riqueza; el mármol que os asegura la suntuosidad de vuestra vivienda; en el ágata los signos del zodiaco invitados a preparar el éxito de vuestros proyectos; la crapodina que os garantiza contra los vicios de la sangre; el oro que hace de vos un poder igual a los ocultos, y por fin, el ónice que debe inspiraros en las pláticas peligrosas.

—¿Y ese trozo de cráneo humano? —preguntó Catalina llena de ansiedad.

—Ya os diré más tarde de dónde lo saqué —contestó Ruggieri con sombría voz—. Basta que seáis socorrida por todas las fuerzas celestiales.

—Y por las infernales —dijo Catalina—. Olvidas este talismán que me diste el año último. Es el mejor de todos sin duda alguna.

Y al mismo tiempo sacó de su seno una especie de medallón suspendido de una cadena de oro.

—Sí —dijo el astrólogo pensativo—, ese tal vez es el mejor para vuestra salvaguardia, porque puede darse el caso de que las potencias infernales sean más fuertes que las del cielo. He hecho esta obra bajo las constelaciones relacionadas con vuestro nacimiento; han entrado en él sangre humana y de búho; he grabado vuestra imagen desnuda a fin de que estuvierais en comunicación más directa con los

demonios que he invocado y cuyos nombres mágicos os rodean.

Catalina, con el mismo fervor que hubiera empleado para rogar a los santos, leyó los nombres de los demonios y murmuró:

—Elubeb, Asmodel, Haniel, Haniel, sedme propicios y ayudadme a conservar al que va a mirar y escuchar.

Casi enseguida guardó el talismán en el seno y fue a arrodillarse en su reclinatorio, continuando a Dios el ruego que había dirigido a los cuatro demonios. Entre tanto Ruggieri salió.

—¿Ha llegado el señor Peretti? —preguntó a un lacayo.

—Hace diez minutos que espera en la sala de las ninfas.

Ruggieri se dirigió precipitadamente hacia aquella sala así llamada, porque Catalina de Médicis, artista aficionada hasta el fin de su vida, había reunido allí una veintena de cuadros italianos representando todas las semidiosas de la mitología griega.

Allí un hombre vestido como un modesto burgués y sentado en un sillón almohadado, examinaba aquellos cuadros con expresión de soberano desprecio: Era un anciano de cabellos grises; podía tener algo más de sesenta y ocho años, pero su alta estatura continuaba erguida, en una actitud de fuerza y orgullo. Tenía los ojos vivos, inteligentes, la frente espaciosa y los maxilares inferiores muy pronunciados, cosa que indicaba la astucia llevada al extremo.

Tal era el señor Peretti.

En el momento en que entró Ruggieri, aquella magnífica cabeza de anciano, inteligente y enérgica, cambió repentinamente de expresión. Su busto cayó sobre sí mismo. Se levantó gimiendo como si le doliera moverse y, encorvado, se apoyó en un bastón con la mano derecha, mientras con la izquierda se cogía al brazo que respetuosamente le tendía Ruggieri.

El astrólogo, sin pronunciar una palabra, condujo al visitante hasta una habitación que comunicaba con el dormitorio de la reina. Desde el lugar en que se sentó el señor Peretti, podía ver y oír a través de una abertura bastante ancha que en el dormitorio estaba disimulada por un tapiz.

Catalina de Médicis acababa de terminar la fantástica oración en que los ángeles Gabriel y Miguel se mezclaban de un modo extraño con los demonios Asmodel y Elubeb, cuando las aclamaciones del pueblo resonaron a lo lejos en la calle. Se levantó con los puños apretados y prestando oído hacia aquellos gritos de alegría que parecían insultar su tristeza. Entonces exclamó:

—He aquí a Enrique de Guisa que llega. A él lo aclaman. Es el hijo de David. Y mi hijo no es más que Herodes, el maligno Herodes contra quien se alzan las piedras en forma de barricadas. Pero, paciencia. Todavía no está acabado. He conseguido destruir a los hugonotes, a Coligny y al Bearnés. Y lo mismo llegaré a hacer con los Lorena.

Los gritos de la multitud iban creciendo y se aproximaban cada vez más. De

pronto cesaron de oírse, pues Enrique de Guisa acababa de entrar en el palacio de la reina. Algunos instantes más tarde, Catalina oyó el ruido de una numerosa escolta, y el chocar de las espuelas contra las losas de las salas. La puerta del oratorio se abrió, y un criado, especie de mayordomo del palacio, apareció, pero antes de que hubiera podido abrir la boca, la reina dijo en alta voz:

—Id a decir al señor duque que nos place darle la audiencia a título del súbdito más fiel a su majestad el rey.

—Doy gracias a vuestra majestad —dijo el duque al entrar— de darme el título de fiel súbdito, que es el más hermoso a que puede aspirar un hidalgo leal.

La puerta se cerró de nuevo y la escolta de Guisa se quedó en la habitación vecina.

La reina se sentó en un sillón y Guisa se quedó en pie, pero con actitud tan altanera y agresiva, que era difícil adivinar si venía como súbdito del rey, o como conquistador que va a dictar sus condiciones.

Catalina de Médicis había tomado aquella expresión de majestuosa dignidad que adaptaba como un antifaz sobre su móvil semblante. Guisa esperaba verla humillada, abatida y casi pidiendo gracia para su hijo.

—Primo —dijo con gran serenidad—. ¿Cuáles son vuestras intenciones? Estamos solos. Nadie pueda escucharnos. Yo estoy dispuesta a oírlo y comprenderlo todo. Como reina sin trono y esposa sin marido, que me espera en el cielo, y madre cuyos hijos han muerto uno después de otro, y cuyo último sobreviviente acaba de sufrir la más espantosa catástrofe que pueda sufrir un rey, mientras, vieja, en una palabra, y dedicada por completo a la oración, soy tal vez la única persona a quien podéis hablar francamente. Tanto si habéis querido como no las barricadas, no por eso dejáis de ser el vencedor de los Valois. Duque, os ruego que me contestéis, ¿hasta dónde pensáis llevar vuestra victoria?

Enrique de Guisa conocía desde antigua fecha la astucia de Catalina de Médicis y había preparado, por tanto, sus baterías. Aquella noble sencillez, aquella limpidez, si así puede decirse, de palabras, y aquella tranquilidad de alma en semejante momento, lo desconcertaron completamente. Buscó, pues, los motivos de actitud tan extraordinaria.

Su verdadero pensamiento fue éste:

—Soy el más fuerte. La anciana reina, agotada por veinte años de guerras sordas o declaradas, abandona la lucha. Si cedo, pierdo todo el beneficio de mi posición y si hablo como vencedor lo obtengo todo.

—Señora —dijo entonces—, no soy yo, como sabéis, el que ha hecho las barricadas, sino el pueblo de París, al que no he podido contener. Lo que ha revolucionado a este pueblo, señora, ya lo sabéis también; es la locura de vuestro desgraciado hijo concediendo al señor de Epernon y al señor de O, el derecho de crear impuestos extraordinarios. Y los burgueses están ya cansados de pagar, señora.

La reina aprobó con un gesto.

—Lo que ha exasperado a París —continuó Guisa animándose cada vez más—, es, perdonadme, señora, si obedezco completamente la orden que me habéis dado de ser franco, la hipocresía de ese rey, que tan pronto se da a la Liga como a los hugonotes; es su depravación increíble, al rodearse de miñones, y es, por fin, el inmenso clamor de un reino que pide y reclama un rey verdadero.

—Y ese rey verdadero sois vos.

—¡Yo, señora! Yo u otro —exclamó Guisa perdiendo toda medida—. La herejía nos invade y será necesario repetir la jornada de San Bartolomé. El pueblo no tiene dinero; las libertades de los burgueses han sido suprimidas, los señores están humillados y, en una palabra, es preciso salvar a Francia.

—Y el salvador sois vos.

—¡Yo, señora! Yo u otro. ¡Qué importa, mientras el antiguo renombre de Francia no naufrague para siempre en el ridículo y la vergüenza de las orgías entreveradas con procesiones hipócritas!

La reina repitió aquel gesto de aprobación que había asombrado a Guisa y que le incitara a declarar su pensamiento entero.

—Todo lo que acabáis de decir —contestó ella— yo lo pensaba. Mil veces he prevenido a mi hijo. Le he rogado que despidiera a ese Epernon y a ese Francisco de O, pero ¡ay!, no me ha hecho caso. No hablemos más de ello. Soy demasiado vieja y estoy sobrado fatigada para seguir luchando, pero confieso que me moriría desesperada si me estuviera reservada la espantosa calamidad de ver ocupar el trono por un hereje, por ese Bearnés maldito que en estos momentos está reuniendo un ejército formidable en la Rochela.

Guisa palideció, asustándose al sentir el golpe que Catalina acababa de dirigirle mirando al cielo con sus ojos llenos de lágrimas. Enrique de Bearn, rey de Navarra, era el único capaz de oponerse a Guisa. En una palabra, era su pesadilla. La reina, que con habilidad prodigiosa parecía admitir que el trono de Francia estaba vacante entonces, dirigió pues, a Guisa, un verdadero mazazo recordándole impensadamente aquel terrible competidor.

—¡Ay! —murmuró—. ¿Quién será capaz de detener al hugonote que pretende la corona? Mi hijo anda fugitivo y casi proscrito. No tiene soldados y, por lo tanto, nada puede hacer. Y vos, primo, ¿cómo haríais la guerra al Bearnés? No tenéis tropas bastantes, así como tampoco dinero para reunirías.

De este modo la discusión no era tratar de los intereses de Guisa y Enrique III, sino de impedir al Bearnés que llegara a ser rey de Francia.

—¡Ah, señora! —exclamó Guisa—. Invadiré el reino a sangre y fuego si es necesario, pero Enrique de Navarra no llegará a París.

—¿Qué autoridad tendréis para llevar a buen término esta empresa? Sería necesario antes haceros proclamar rey, es decir, destronar a mi hijo, lo cual sería un crimen abominable.

—Aun cuando me repugna el crimen, señora, me veré obligado a cometerlo.

Y el duque de Guisa dio un golpe de tacón en el suelo. Su cara se inflamó y los ojos le echaban llamas.

—Eso sería desencadenar la guerra civil, ¿y quién sabe cuál sería el ganancioso?

Una vez más parecía abandonar a su hijo, pues admitía como buenas las aspiraciones de Guisa al trono.

—¿Veis algún otro medio eficaz de detener al Bearnés? —preguntó el duque con insolente ironía.

—Hay uno —dijo Catalina—, uno sólo. Es esperar la muerte de mi hijo.

Guisa se estremeció violentamente. Catalina en aquel momento expresaba augusto dolor y sublime majestad y dio un profundo suspiro.

—Ya sabéis —dijo con voz infinitamente dulce y triste, que mi pobre hijo está condenado. Ya sabéis que los médicos más notables no le conceden más que un año de vida. Duque, escuchadme; no veáis en mí más que una madre afligida. Una cristiana que quiere morir en paz, cumpliendo hasta lo último su deber. Enrique es el último de mis hijos, pues todos los demás han muerto. Una vez él haya fallecido, la dinastía de los Valois quedará sin sucesión.

Guisa escuchaba con tal atención, que el sombrero que tenía en la mano se le cayó yendo a rodar hasta los pies de Catalina.

—Una vez mi hijo muerto, dentro de algunos meses —continuó con sublime resignación— ¿quién podrá suceder a la raza de los Valois? ¿Quién sino el mismo que Enrique III haya designado?

—Acabad, señora —continuó Guisa guardando actitud más respetuosa.

—¿Y a quién designaría Enrique sino al que yo le indicara? Porque a Dios gracias, si ya no soy reina, soy aún madre. Y si no tengo poder en la corte, he conservado completo imperio en el corazón de mi hijo. Queda, pues, por saber a quién voy a designar. Ya veis, duque, que puedo hacer mucho y que una vez muerta yo, porque moriré inmediatamente después de mi hijo, el que me haya guardado atenciones será el que mejores derechos tendrá para reinar.

—¿Y ése, señora, quién es? —preguntó Guisa con gran ansiedad.

Por tales palabras la reina comprendió que la victoria era suya. Comprendió cuáles eran los pensamientos de Guisa, que a la sazón se hallaba a su merced.

—Pues será —continuó con la indiferencia con que iba hablando— el que me haya ayudado, o, mejor dicho, el que ayude a mi hijo a destruir para siempre al Bearnés. Por la cuna, la fuerza, la energía y la grandeza, sólo veo un hombre capaz de cumplir ese cometido, y este sois vos, primo.

Guisa se inclinó profundamente, dispuesto a arrodillarse ante aquella mujer tan superior por su conocimiento del corazón humano. Se sentía lleno de esperanza y de orgullo. Lo que le ofrecía Catalina era la realeza asegurada, sin conquista, sin necesidad de guerrear contra Enrique III, sin combatir con los hugonotes, y en una palabra, que sus pretensiones fuesen reconocidas por el soberano legítimo. Y a cambio de esto, ¿qué se le pedía? Sencillamente esperar la muerte del rey.

No era necesario más. Apenas pasaría un año y Guisa sería rey sin contradicción posible. ¿Quién sabe? Y si la muerte no era bastante rápida ¿acaso el pretendiente no podría precipitarla?

He aquí los pensamientos que se formaban en el cerebro de Guisa. Y experimentaba inmenso alivio al decirse que la intervención de la anciana reina arreglaría de una sola vez la situación. Así, pues, el duque de Guisa, que una hora antes había resuelto precipitar su victoria, hacerse entregar al rey y dar principio a la guerra, trataba ahora de ejercer de diplomático. En aquel momento tal vez originó su pérdida. A las últimas palabras de Catalina, contestó irguiéndose:

—Señora. ¿Cuándo queréis que vaya a buscar al rey para volverlo triunfante al Louvre?

Catalina cerró un instante los ojos como para reflexionar, pero en realidad para ocultar el rayo de malicia y de alegría que brillaba en ellos.

—Ya iremos juntos, primo. Pero en cuanto a los parisienses, será necesario que la vuelta de mi hijo vaya precedida de alguna discusión. No temáis pedir mucho para vos y vuestros amigos. Es preciso que no parezca que os sometéis, sobre todo si queréis que vuestros ligueros os sean fieles hasta el día, próximo sin duda, en que seáis rey de Francia.

—¡Señora! —dijo Guisa deslumbrado—. Admiro el genio de vuestra majestad. Lo haré como decís. Me presentaré al rey como teniente general de la Liga y no...

—Y no como súbdito demasiado fiel —continuó Catalina con aguda sonrisa—. Pero tened cuidado, porque os veréis obligado a luchar con temibles contrarios. A propósito —añadió tosiendo y mirando el tapiz de soslayo— será necesario asegurarse el concurso de Roma.

El duque de Guisa se encogió de hombros.

—¡Roma! —dijo sordamente—. Ya es tiempo de que el Papa se ocupe de sus asuntos y no de los de Francia. El rey, vuestro hijo, ha demostrado hasta ahora una debilidad increíble con respecto a Sixto.

—El rey de Francia es el hijo mayor de la Iglesia.

—Sí, pero con la condición de que el Papa sea un buen padre. Sixto es absorbente. Es viejo sombrío, hipócrita y ambicioso en extremo, sueña tal vez en apoderarse del reino. Será necesario contar...

—Tened cuidado, hijo mío. El Papa es poderoso.

—Lo ha sido, señora. Hoy podemos pasarnos sin él. Por su despotismo se fía atraído el odio de la mayor parte de los cardenales. Que tenga cuidado; el porquerizo ha fatigado la paciencia de los príncipes y yo sé que un cónclave secreto...

Guisa se detuvo de pronto.

—¿Qué? —preguntó Catalina—. Acabad, duque, y recordad que somos aliados.

—Lo que podría decir a vuestra majestad es de tal modo increíble, que apenas lo creo yo mismo. Únicamente quiero deciros una cosa, y es que si la Cristiandad tiene a Sixto V como jefe visible, tiene además otro oculto. Y a este último es al que

obedecerá la Liga. Sixto me había prometido dos millones. ¿Dónde están? Me prometió también el apoyo de Felipe de España, y éste me pone mal talante. Sixto hace un doble juego y cuando yo quiera, o mejor dicho, pueda...

—Es decir, cuando sucedáis a mi hijo.

—Sí, señora —dijo Guisa embriagado—. Pues bien, aquel día Sixto verá como ante él se yergue otro Papa más poderoso.

—¡Oh! Tal cosa es imposible. Un cisma. ¿Os atreveríais a ello?

—¿Por qué no, señora? Mientras el cisma asegurase el predominio de la autoridad real...

—¡Ay! —dijo Catalina volviendo la cabeza—. No deseo ver nada de lo que me anunciáis. Sólo deseo una cosa en el mundo. Que mi hijo viva con relativa tranquilidad los dos meses de vida que le quedan, después de lo cual me apagaré no teniendo nada más que hacer en el mundo.

Guisa se inclinó con emoción aparente. Luego por sí mismo fue a abrir la puerta y su escolta apareció ante la reina madre. Se componía de unos cuarenta señores armados y prestos a montar a caballo.

—Señores —dijo en voz alta el duque de Guisa—. Su majestad la reina me ha prometido en este día memorable emplear su crédito en hacer cesar la guerra que asuela a París y al reino. Señores: ¡Viva la reina!

Y Guisa acompañó tales palabras con una mirada tan imperativa, que los gentilhombres, a pesar de su estupefacción gritaron a coro:

—¡Viva la reina!

—La reina, señores —continuó entonces Guisa—, ha aceptado y prometido hacer aceptar a su majestad el rey los artículos más importantes de nuestra santa Liga. Todos nosotros, por consiguiente, hemos de hallar honor y provecho en la paz que se prepara.

Esta vez la estupefacción se acentuó. Aquella escolta que tenía por misión el arresto de Catalina para que sirviera de rehén, asistía con estupor y casi con angustia a aquella reconciliación imprevista.

—Señores —dijo entonces Catalina—. Servios preparar un cuaderno con el detalle de vuestros deseos. Respondo de hacerlos aceptar por el rey, así como convocar inmediatamente los Estados Generales.

—¡Viva la reina! —repitió el duque.

—¡Viva la reina! —repitieron las gentes de Guisa empezando a retirarse.

La reina madre en pie, apoyada en su sillón y sonriendo, los miraba alejarse. Cuando el último de ellos hubo desaparecido, dirigió su mirada al brazalete de talismanes que llevaba en la muñeca y murmuró:

—Ruggieri no ha mentado. Esas piedras diabólicas me han inspirado verdaderamente las palabras necesarias. Sí —añadió—, las palabras que matan. Mi hijo vivirá y reinará, y tú, miserable Lorena, imbécil orgulloso, prepárate a morir.

Entonces se dirigió hacia el tapiz que ocultaba la abertura por la que el señor

Peretti asistiera a aquella escena. Lo halló sentado en el mismo sillón en que Ruggieri lo dejara. La reina Catalina de Médicis se quedó en pie ante aquel burgués, del mismo modo como Guisa lo hizo ante ella.

—¿Vuestra Santidad lo ha oído todo? —preguntó la reina.

—Sí, hija mía, lo he oído y lo he visto todo —contestó el señor Peretti.

XIV - Sixto V

—EL SEÑOR duque de Guisa —continuó el Papa— os ha recordado que durante mi primera juventud guardé cerdos. En efecto, mi amo me juzgaba de tal modo débil de espíritu y tan poco apto a todo gobierno, que no quiso confiarme la guarda de las vacas de su rebaño. Me dio los cerdos para que les condujera a pacer y así, hija mía, aprendí a mandar a los hombres.

—Cuando ya fui sacerdote —continuó hablando como consigo mismo—, y cuando me nombraron cardenal, cuanto más subía más me daba cuenta de que los hombres son cerdos a los que se debe mandar vara en mano. Cuando murió Gregorio XIII y se trató de reemplazarlo, me acordé de pronto que uno de los cerdos que guardaba llegó a imponer su despotismo sobre todo el rebaño. No obstante, no era ni el más fuerte ni el más violento. Por el contrario, trataba de pasar inadvertido; mientras los demás se peleaban, él se comía los mejores pastos, pero si uno de sus camaradas quería echarlo de allí, mostraba entonces actitud tan amenazadora, que nadie se atrevía a acercarse a él. Así es cómo llegué a ser Papa, hija mía.

Y se echó a reír alegremente.

—¿Sabéis cómo me llamaban los cardenales del cónclave? Me llamaban el asno y por eso me eligieron. Además, creían que yo moriría casi enseguida, pues estaba muy encorvado y andaba con dificultad. Juzgad de su temor cuando, ya elegido, tiré las muletas y me erguí. Fue un chasco hermosísimo, hija mía. Únicamente me comprendió Cajetán. «Por Dios —exclamó— el asno buscaba en el suelo las llaves de San Pedro». Yo quiero mucho a Cajetán porque es un hombre. En cuanto a Guisa, es un muñeco, señora, o mejor dicho, un cerdo.

Sixto V se recostó cómodamente en su sillón y repitió en voz baja:

—Un cerdo.

Hablaba sin cólera, sin tristeza y tal vez sin desprecio. Únicamente hacía una observación.

—Los cardenales —continuó después de unos instantes de silencio— ¡hermoso rebaño! ¿Sabéis por qué me odian? Porque he querido recordarles la doctrina de Jesucristo. Porque he dicho a los sacerdotes que Pedro era pobre. Soy un mal Papa porque no quiero que los vicarios de Jesucristo vivan como cerdos. Y a tales cerdos —dijo— conviene una Circe y han elegido una. ¡Imbéciles! Se figuran que no sé nada. Me desean la muerte, pero ninguno se atreve a dármele. Ni uno solo ha aceptado la temible misión de luchar contra Sixto V. Ha sido preciso que interviniera una mujer que ha empezado el combate en las tinieblas.

Y añadió con majestad violenta, casi terrible, levantando su dedo con gesto de amenaza.

—No temo nada, porque Dios está conmigo.

Dichas estas palabras Sixto se levantó, pero sin dar el menor gemido y sin necesidad de apoyarse en su bastón. Erguido y con seguros pasos, empezó a pasear

lentamente, con las manos en la espalda. Catalina lo contemplaba con veneración aparente, pero una sonrisa de escepticismo vagaba por sus labios.

—Una de las causas más importantes del odio que me rodea —prosiguió el Papa— es que procedo de las capas inferiores de la sociedad en donde vive llena de miseria la multitud de los preferidos de Jesucristo. El mundo odia la pobreza y, en cambio, adora el oro. Así continuará siendo. Es en vano que el Salvador quisiera nacer en un establo; de nada sirve el que eligiera sus apóstoles entre pescadores y zapateros. La multitud, hija mía, quiere amos de opulenta apariencia. Lo que más me echan en cara es haber sido mozo en una granja, como si hubiera gran diferencia entre conducir hombres o cerdos.

Y Sixto se echó a reír silenciosamente. De pronto, volviéndose a la reina, añadió:

—Vuestro hijo Enrique, señora, es un pobre príncipe. Cuando Guisa, a pesar de su prohibición, regresó a París y fue a desafiarle en el Louvre, era para el rey el momento oportuno de deshacerse de un hombre que podía perderle. Entonces hubiera sido necesario...

Se detuvo de pronto. Catalina se inclinó para recoger ávidamente la palabra que no fue dicha, pero la reina había comprendido: autorizaba y santificaba, por decirlo así, el asesinato de Enrique de Guisa.

—Guisa —continuó el Papa— me ha pedido dinero para exterminar la herejía en Francia. He traído ese dinero, señora. Cajetán os dirá que están a punto de llegar a París treinta mulas cargadas de oro.

La reina se estremeció.

—Os doy las gracias, señora, por haberme revelado un Guisa que no conocía. Los millones que están a punto de llegar volverán a Roma.

—Realmente —continuó el anciano— he tenido miedo de Enrique de Bearn y de que con él se sentara la herejía en el trono de Francia. He visto que vuestro hijo, completamente dado a la orgía, no podía luchar con el hugonote. Francia, perdida para la Iglesia, señora, era una de aquellas catástrofes que los Papas no pueden consentir cueste lo que cueste. A pesar de todo mi afecto hacia vos, me he visto obligado a abandonar a Enrique. Lo hice llorando por el pesar que iba a causaros. Y me volví hacia Guisa. Confieso que el duque me parecía, con le Liga, el campeón de los destinos de la Iglesia. Me he engañado, según acabáis de demostrarme. ¿Y qué haré ahora? Vuestro hijo es débil; ¿quién, pues, va a salvarnos de la herejía?

Catalina entonces se irguió lentamente; y ella, que no había dicho nada y que escuchó en silencio aquella especie de monólogo del Papa, contestó:

—Aquí estoy yo. Lo que me asustaba, Santo Padre, lo que me paralizaba, era el saber que Vuestra Santidad no estaba con nosotros. ¿Qué digo? Estabais contra nosotros. Estabais con el enemigo mortal de mi casa, con Guisa. ¡Ah, Santo Padre! Aseguradme vuestra neutralidad. No pido nada más y ya me veréis. ¿Acaso mi hijo cuenta para nada? Yo soy la única capaz de obrar. Tengo dinero y encontraré hombres. Me encargo yo sola, vieja combatiente, de fomentar la destrucción de la

herejía, de establecer la autoridad de la Iglesia y la autoridad real. Os aseguro que mis manos no tiemblan, y en cuanto a Guisa, yo me encargo.

—¿Y qué es preciso para todo eso? —preguntó Sixto sonriendo.

—Ante todo, vuestra neutralidad.

—Desde luego os la aseguro. No me inmiscuiré en los asuntos de Francia, más que cuando me llaméis, ¿qué más?

—El apoyo decidido de España.

—Hoy mandaré a Cajetán, al rey Felipe, ordenándole que se prepare para ayudarnos. ¿Qué más?

—Vuestra bendición, Santo Padre —dijo Catalina cayendo de rodillas.

Sixto V levantó la mano, y con tres de sus dedos bendijo a la reina prosternada. Y al mismo tiempo que la bendición, caía sobre Catalina la enigmática sonrisa del anciano.

—Santo Padre —dijo la reina levantándose—. Durante vuestra presencia secreta en París, mi palacio os pertenece. ¿Os dignaréis aceptar la humilde hospitalidad de la más fervorosa y humilde de vuestras hijas?

—Sí —dijo alegremente Sixto V—. Soy demasiado viejo para emprender el regreso sin haber descansado algunos días. Pero seré vuestro huésped con la condición de que continuaréis viviendo en vuestro palacio. Pocas habitaciones bastarán para mí y para mi gente.

Catalina se inclinó con una reverencia majestuosa. En cuanto la reina hubo salido, Sixto V se sentó pensativo ante una mesa, y luego se puso a escribir una larga carta. Una vez la terminó hizo llamar a Cajetán, el único de sus cardenales que le merecía confianza absoluta.

—Cajetán —le dijo—. Vais a partir inmediatamente. Una vez fuera de París leeréis este papel, que encierra instrucciones precisas, y luego lo destruiréis en cuanto hayáis comprendido.

—¿Adónde debo ir, Santo Padre? —preguntó el cardenal.

—Se trata, Cajetán, de desplegar toda vuestra diplomacia, toda vuestra inteligencia y toda la fuerza que hace de vos el más firme sostén de mi Sede. Se trata de conquistar, de atraernos al único hombre capaz de comprenderlo todo, y de salvar a la Iglesia, restaurando al mismo tiempo la autoridad real en Francia.

—¿Y quién es ese hombre, Santo Padre?

Sixto V miró fijamente al cardenal y contestó:

—Es un hugonote: se llama Enrique de Borbón y es rey de Navarra y seguramente lo será de Francia. Idos, Cajetán.

XV - Salzuma

DURANTE TRES DÍAS el caballero de Pardaillán y Carlos de Angulema recorrieron todo París en busca de algún dato que les pusiera sobre la pista de la gitanilla. El mismo «Pipeau» no indicó ninguna, ya porque las huellas hubieran desaparecido, o porque el perro hubiera perdido el olfato.

—Está visto —decía Carlos abatido— que no la hallaré más.

—¿Por qué? —contestaba Pardaillán—. A las mujeres se las encuentra siempre. Creedme.

—Pardaillán, estoy verdaderamente desesperado, podéis creerme —añadía el joven que, en efecto, ocultaba sus lágrimas con gran trabajo.

El caballero lo miró con expresión de lástima fraternal y suspiró como si quisiera hallarse en la edad en que se llora cuando desaparece una muchacha bonita.

—La verdad es que no lo entiendo —dijo—. Cuando vuestra madre me hizo el insigne honor de encargarme que os acompañara a París, llegué a creer que veníais con ambiciosos propósitos. Recordad que en Chatillot os propuse conquistar el trono vacante.

—¡El trono! —murmuró el duque de Angulema.

—Sí, ¡por todos los diablos! ¿Qué os falta para tener el aspecto de rey, sino una corona? ¿No sois acaso de sangre real?

—No —dijo el joven con firmeza—. No, Pardaillán, no he venido a París para eso.

—¿Así, pues, no soñáis con la realeza?

—No, amigo mío.

—¿De veras? ¿No habéis soñado en ella?

—Tal vez sí, Pardaillán, pero me he despertado a tiempo.

El caballero empezó a pasear por la estancia en que tenía lugar esta conversación. Sonreía y sus ojos brillaban de júbilo.

—Entonces —dijo de pronto— ¿qué habéis venido a buscar a París? ¿Tal vez la venganza?

A la sazón brillaron los ojos del joven e inmediatamente su mirada volvió a entristecerse y con voz temblorosa dijo:

—En vano quisiera adornarme ante vos de un sentimiento que no existe en mi alma. No soy el príncipe que vuestra audacia esperó tal vez, cuando creísteis que la ambición de reinar me llevaba a París, ni tampoco el hombre violento que vuestro espíritu emprendedor deseó, sin duda, cuando por mis propias palabras y actitud pudisteis creer que iba en busca de pelea y de venganza. Pardaillán, sois un héroe. Sé muy bien lo que vais a pensar de mí, pero precisamente porque admiro vuestra presencia de ánimo, no quiero mentir, pues deseo que me conozcáis por entero.

El caballero se había sentado en un sillón, con las piernas cruzadas, la espada sobre las rodillas y la cabeza inclinada en el respaldo y a través de los párpados

medio cerrados, miraba al duque de Angulema que en pie le hablaba:

—Caballero —continuó el duque—. Quiero confesaros la verdad. Cuando me dejasteis entrever que yo también podía lanzarme a la conquista de ese trono que asedian tan formidables apetitos, tuve un instante de deslumbramiento. Por un momento creí que yo era un príncipe, olvidando que soy sencillamente el bastardo de Angulema.

Pardaillán hizo un gesto de indiferencia.

—Sois hijo de rey —dijo—. El señor Guisa no puede decir lo mismo...

—Hijo de rey, sí —contestó Carlos—, pero no de reina. No creo tener necesidad de daros más explicaciones. Profeso a mi madre un afecto y una veneración rayanos en la idolatría; preferiría morir antes que darle un disgusto serio. Y, a decir verdad, prefiero que mi madre se llame María Touchet antes de que tenga el título de reina. No concibo otra madre más tierna y más maternal, si así puede decirse, que la mía. Pero María Touchet no era esposa de Carlos IX, y si bien soy hijo de un rey, no puedo ser príncipe heredero. He aquí, caballero, lo que me hicisteis olvidar con vuestras palabras. Afortunadamente, luego recapacité a solas y comprendí cuán loca era la esperanza que por un momento anidó en mi corazón.

—¿Y acaso por eso renunciáis a la gran lucha que os ofrecía y que os ofrezco aún? —preguntó el caballero mirando con fijeza al joven.

Carlos bajó los ojos y fugitivo rubor tiñó sus mejillas.

—Dejadme acabar —dijo—, ya me juzgaréis luego tal como soy. Cuando encontramos al rey, mi tío, me llegué a figurar que solamente la venganza llenaba mi corazón, pero de todos modos observé que no lo sentía con fuerza, de modo que si bien considero un deber castigar a los que hicieron morir a mi madre, no por eso cumpliré mi misión sintiéndola.

—¿Y cuándo os visteis frente a frente con el duque de Guisa? —preguntó Pardaillán con maliciosa sonrisa.

—¡Ah! —exclamó el joven— allí sí que experimenté un odio extraordinario. Sí, Pardaillán, quiero castigar a Enrique III, verdadero asesino de Carlos IX, pero no lo odio. Quiero castigar también a Catalina de Médicis, que precipitó a mi padre en los abismos de la desesperación, pero tampoco la odio. Pero, en cambio, odio a Guisa, al menos culpable de los tres, y si lo odio, caballero, es porque lo vi hablar con insolente sonrisa de triunfo a la gitanilla que amo. Así, pues, ya lo sabéis todo, Pardaillán; no es la ambición ni la venganza los que llenan mi corazón, sino el amor.

El duque de Angulema abrió entonces una de las ventanas de la habitación.

—Aquí me ahogo —dijo—. Ahora, caballero, voy a deciros una cosa. Al salir de Orleans creía, realmente, que Violeta no llenaría por completo mi vida, que debía ocuparme en otros cuidados y preocupaciones más graves. Pero me engañé, Pardaillán, pues veo que en mí no hay otro pensamiento que el amor. Ya veis, pues, caballero, que lo mejor que podéis hacer es abandonarme.

Carlos había pronunciado estas palabras con voz cada vez más baja. Por fin, de

sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Pardaillán mirándolo con sincera lástima, pues creía verse a sí mismo en la flor de su juventud, llorando y suspirando por la que amaba.

—Os inspiro lástima, ¿no es verdad? —preguntó.

—No, hijo mío —contestó el caballero—. ¿Por qué he de compadeceros? De todas las pasiones el amor es la más noble, la más humana y la que perjudica menos a los demás hombres. El ambicioso es una fiera y llegará un día que los hombres castigarán la ambición como ahora el robo o el asesinato. En cuanto a la venganza —prosiguió el caballero— confieso que puede procurar alguna satisfacción a los espíritus inquietos. Pero el amor es la vida. Lo demás sólo es la nada o el crimen. No hay ninguna duda en que la conquista de la mujer amada, es mucho más interesante que la del trono. Amad, pues, si queréis gozar de la vida. Amad la vida en todas sus manifestaciones, y especialmente cuando está reflejada en los ojos de una mujer hermosa.

El hijo de Carlos sentía gran júbilo al ver que un hombre del temple de Pardaillán, no sólo aprobaba el amor, sino que aún lo incitaba a él.

—¡Pobre muchacho! —repitió Pardaillán—. Vamos, no os apesadumbréis así. Sólo hay en el mundo una cosa sin reparación posible, y es la muerte. Si Violeta estuviera muerta concebiría vuestra desesperación.

—¿Quién sabe si ha muerto? —exclamó Carlos—. O tal vez peor, Pardaillán. ¿Quién sabe si está en manos de aquel hombre?

—Bueno, supongámoslo si queréis. Pero sabed que la mujer que ama es capaz de todas las malicias y de toda clase de heroísmos a fin de conservarse para el elegido de su corazón. Si Violeta os ama, podéis tener la seguridad de que la veréis de nuevo.

Durante mucho rato Pardaillán siguió hablando con el mismo tono, y para cuantos solamente lo habían visto espada en mano, hubiera sido motivo de asombro al oírle hablar con tanta dulzura.

Carlos, derrengado por aquellas jornadas penosas en busca de noticias acerca de Violeta, se había echado en un sillón. Poco a poco sus ojos se cerraron. Llegó la noche y entonces Pardaillán volvió a cerrar la ventana dirigiendo una mirada de lástima a su dormido compañero y salió andando de puntillas.

A la izquierda del palacio de la calle de Barrés había un solar, en el cual estaba instalada la cuadra que antaño sirviera para las mulas de María Touchet y que, a la sazón, utilizaban Pardaillán y el duque de Angulema para sus caballos. El caballero, al atravesar el solar, encontró dos hombres sentados sobre un haz de paja y hablando melancólicamente.

Eran Picuic y Graznido. Se levantaron inmediatamente al divisar al caballero a quien habían querido asesinar. Pardaillán les había ofrecido hospitalidad por una noche, pero a consecuencia de los acontecimientos que acababan de tener lugar, los había olvidado y los creía albergados en algún otro sitio.

—¿Qué diablos hacéis ahí? —preguntó.

—Como podréis verlo, monseñor, únicamente tomamos el fresco —contestó Picuic.

—Ya lo veo; ¿pero por qué no en otra parte?

Picuic y Graznido parecieron sobrecogidos por dolorosa estupefacción.

—¿Olvidáis, monseñor —preguntó Graznido haciendo una reverencia—, que os dignasteis invitarnos a reposar en esta casa?

Pardaillán se echó a reír.

—¿De modo que continuáis descansando? —dijo Pardaillán—. Según parece, estabais muy fatigados.

—Ya podéis creerlo, monseñor. Hace mucho, muchísimo tiempo, que llevamos una vida muy perra. Nos acostábamos en el suelo, teníamos obligación de empujar las ruedas del carruaje en las pendientes, y en fin, estábamos obligados a hacer de hércules, monseñor, y por toda recompensa el garrote del amo; por toda comida, tragar sables y guijarros; por toda bebida, refrescarnos con estopas encendidas. Estábamos hartos de tal existencia y nos juramos que al llegar a París, nuestro primer cuidado sería buscarnos un amo que pudiese darnos mejor alimento.

—¿Y menos indigesto, verdad? —preguntó Pardaillán.

—¡Oh, lo digerimos todo! —contestó Picuic—. El estómago es bueno, a Dios gracias, sólo quería decir una alimentación más agradable.

—Concibo, en efecto, ese deseo, por ambicioso que pueda parecer al principio —contestó el caballero—. Pero, decidme, ¿dónde habéis dormido desde que os introduje en esta casa en la que yo mismo no soy más que un huésped?

—Aquí —dijo Graznido señalando la cuadra—. Los señores caballos han tenido a bien cedernos un poco de sitio y algunas veces de heno.

—¿Y también os habéis, nutrido de heno?

—No sería la primera vez —contestó Picuic—. Pero, gracias a las órdenes que disteis la otra noche a aquel criado, que es un hombre excelente, la perla de los criados, aquel hombre, digo, en cumplimiento de vuestras órdenes...

—No di otra orden que la de daros albergue una noche.

—Aquel hombre, como digo —continuó Picuic con gran presencia de ánimo—, nos trajo, mañana y tarde, una excelente comida.

—¿De modo que ya os habéis instalado? Claro, habéis hallado una casa agradable y continuáis en ella.

—¡Oh, monseñor! —dijo Graznido—. Ya pensamos en marcharnos, pues es necesario hallar otro amo menos malo que Belgodere.

—¡Belgodere! —exclamó Pardaillán—. ¿Era un titiritero que se alojaba en la «Posada de la Esperanza» de la calle de Tissanderie?

—El mismo.

—Hace unos días aprovechamos su ausencia para dejarlo. Pero si hemos de decir la verdad, estábamos un tanto apurados por nuestra situación y echábamos ya de

menos la bazofia de Belgodere, por mala que fuese, cuando nuestra buena estrella nos hizo pasar ante «La Adivinadora». Ahora —continuó Picuic—, si monseñor se dignara permitirlo, le sometería una idea que he tenido durmiendo sobre el heno de esta cuadra.

—Veamos la idea —dijo Pardaillán.

—Buscamos un amo, monseñor, un amo que no nos pegue desde la mañana a la noche y sepa darnos otra comida que guijarros. Buscamos, digo, un amo que sepa reconocer nuestro valor.

—¿Vuestro valor? ¡Hum!

—Nuestra inteligencia, nuestra habilidad, todas las cualidades que, comprimidas en nosotros por una existencia miserable, no desean más que poder mostrarse. ¿Por qué no seréis vos ese amo?

—Decidme —contestó Pardaillán, que había escuchado atentamente—. Ya que habéis vivido con Belgodere, ¿quién era aquella jovencita llamada?... ¿Cómo se llamaba?

—¿Monseñor quiere hablar de la cantante Violeta?

—Sí, precisamente de ella. ¿Tenéis alguna sospecha de que pudiera interesar a vuestro amo el conservar a la joven en su poder?

—No la conocíamos. Cuando Belgodere nos encontró, hace cinco años, y nos alistó a su servicio, prometiéndonos una vida de príncipes, viajes en coche, comida exquisita y trabajo fácil, Violeta y Salzuma vivían ya con el gitano.

—¿Salzuma? —preguntó Pardaillán.

—Sí, la que decía la buenaventura. Una loca.

—¿Y esa Salzuma ha desaparecido también con Belgodere?

—Lo ignoro, monseñor, porque no hemos vuelto a poner los pies en la «Posada de la Esperanza». Pero monseñor no ha tenido la bondad de contestar a la petición que humildemente le dirigí hace poco.

—¡Ah, sí! Buscáis un amo y os convendría que éste fuera yo. Bueno, mañana por la mañana os contestaré. Esta noche quedaos aquí y ya veremos. ¿Pero decís que esta Salzuma es una loca?

—Por lo menos lo parece. Además, habla muy poco a no ser para ejercer su oficio, que es leer en las manos de la gente.

—¿Sabéis si conocía a la niña cantante?

—¿Quién es capaz de averiguar lo que piensa Salzuma? Es un misterio viviente. Su mismo rostro nos es desconocido, porque lleva siempre un antifaz. Si conocía a Violeta y si tenía para ella cariño u odio, es cosa que no podemos decir. Únicamente Simona hubiera podido hablar de Violeta, a la que llamaba su hija, pero Simona ya ha muerto.

Pardaillán se quedó pensativo. Aquella misteriosa gitana sobreexcitaba su curiosidad. ¿Quién sería? Sin duda alguna cómplice de Belgodere. Tuvo de pronto la idea de que aquella mujer estaba aún en la «Posada de la Esperanza». Recordó

también el dolor de Carlos de Angulema, y se dijo que si le era posible hallar la pista de la gitanilla y hacer felices a los dos amantes, sería para él cosa tan agradable como encontrar a Maurevert.

Se marchó, pues, hacia la «Posada de la Esperanza», y penetró en ella en el mismo instante en que el posadero cerraba la puerta a causa del toque de cubrefuegos que entonces se oía. Pero en muchas de las tabernas y posadas de París, el cierre no era más que aparente. Por el contrario, una vez había sonado el toque de cubrefuegos, era cuando el amo hacía el mejor negocio, gracias a la especial clientela nocturna que entonces llenaba la sala.

Al entrar el caballero, vio que aquella sala estaba ocupada por una veintena de bebedores, hombres mujeres, y fue a instalarse a una mesa, con el propósito de pedir datos al patrón. La honrada asamblea, que bebía hipocrás y licores especiados, se componía, como era consiguiente, de truhanes y ramera. Una de estas mujeres, viendo que el caballero se sentaba ante una mesa aislada, abandonó el grupo de que formaba parte, para acercarse a Pardaillán. Sentóse ante él apoyada de codos sobre la mesa y empezó a reír.

Pardaillán continuó guardando silencio. Entonces la ramera, que juzgó llegado el momento de espetar un discurso que sabía de memoria, pues lo había pronunciado por lo menos un millar de veces, dijo:

—Hermoso hidalgo, ¿no me convidáis?

—Por Dios —gritó en aquel momento uno de los bebedores—. ¿Queréis venir aquí, Luisa?

El caballero se estremeció al oír tal nombre pronunciado por una voz avinagrada y dirigida a una mujer de tan baja condición.

—¿Te llamas Luisa? —preguntó a la mujer.

—Luisa, príncipe mío.

—¡Luisa! —repitió sordamente el caballero, que de un trago se bebió un cubilete de vino que le habían servido.

Por un momento cerró los ojos y luego sacudió la cabeza.

—Oye —gruñó el bebedor, asqueroso truhan de pelo rojo y ojos inyectados de sangre—. ¿Quieres que te vaya a buscar?

—Cállate, «Rojo» —contestó la mujer—. Deja que gane mi vida y la tuya.

—Toma, muchacha —dijo Pardaillán dando un escudo a la ramera—, toma y vete a beber con tu amigo «El Rojo».

Luisa se quedó estupefacta. Tomó el escudo que el caballero le tendía, bajó la cabeza no sabiendo cómo agradecer tanta generosidad. Y como no hallara el medio, se contentó con murmurar:

—Vivo en esta misma calle, en la casa de enfrente a la taberna.

La mujer más hermosa del mundo no puede dar otra cosa sino la que tiene. Luisa, que no podía dar ninguna palabra agradable, se daba a sí misma, lo cual era mucho más corto y fácil. Habiendo manifestado así su reconocimiento, se levantó y fue a

reunirse con «El Rojo», el cual, al ver el escudo, dirigió al caballero una siniestra mirada.

Pardaillán hizo una seña al amo de la taberna, mandándole que se llegara a su lado. El huésped se acercó servicialmente a aquel cliente poco ordinario, y el caballero se preparaba a interrogarlo sobre Salzuma, cuando se oyeron algunos gritos que decían:

—¿Y la gitana?

—¡Eh, tabernero del diablo! ¿No nos enseñas a la diabla roja?

—¡La buenaventura! —gritaban algunas mujeres.

—Bueno, bueno, amigos —contestó el huésped—. Ya iré a buscar a la mujer enmascarada. Callaos y bebed, pagando por adelantado como es costumbre.

—¿Quién es esa gitana que reclaman? —preguntó Pardaillán.

—Una desgraciada, una loca, señor caballero. Me la han dejado en prenda.

—¿Una mujer en prenda?

—Figuraos que hace algunos días se instaló en mi honrada posada una compañía de titiriteros. Cada uno de ellos comía como cuatro y bebía como seis, de modo que la cuenta tomó proporciones extraordinarias. De pronto desaparecieron todos y... ya comprendéis.

—Sí, ya comprendo, pero haced como si no lo entendiera —dijo Pardaillán.

—Pues bien, mis clientes olvidaron llevarse a la loca. Y para reembolsarme de mis gastos, obligo a esa mujer a que cada noche diga la buenaventura a mis clientes. Hago pagar dos dineros por persona, y como es justo...

—Os los embolsáis. No está mal. Id ahora a buscarla, porque vuestros clientes se impacientan.

En efecto, los gritos y las blasfemias iban en aumento. El tabernero atravesó la multitud, desapareció por una puerta que daba al interior de la casa, y a los pocos momentos regresó acompañado por la gitana. Al verla reinó de pronto el silencio y un estremecimiento recorrió aquella asamblea de rameras y truhanes.

Salzuma, cubierta por su vestido multicolor, su antifaz rojo sobre la cara, su hermosa cabellera esparcida sobre los hombros, entró con aquel paso majestuoso y espectral que ya hemos señalado. Pasó a través de las mesas, mientras los bebedores se apartaban para no ser rozados por ella, y se detuvo en medio de la sala, rodeada por absoluto silencio.

—Vamos gitana —dijo entonces el tabernero con forzada sonrisa—. Cuéntanos algo de tu historia.

—No, no —dijo «El Rojo»—. Más vale que nos diga la buenaventura.

—Que haga las dos cosas —exclamó otro.

El silencio se restableció de nuevo. Salzuma acababa de hacer un gesto. Levantó lentamente el brazo, y luego, llevando la mano a sus cabellos, acarició sus hermosos bucles.

—Todos los que escucháis —dijo entonces— Señores y altas damas reunidos en

esta catedral, ¿por qué me miráis así? He dicho la verdad. La impostura está en los labios del obispo y no en los míos. ¡Desgraciada de mí! ¿Por qué lo he amado?

Hablaba con voz triste y cada una de las sílabas se destacaba por sacudidas, si así puede decirse.

Pardaillán la escuchaba con el asombro que se siente ante un misterio.

—Escuchad —continuaba Salzuma, que oprimió la frente entre las dos manos—. Escuchad, ya que queréis conocer la historia de la desgracia.

E inclinó la cabeza. La asamblea escuchaba atentamente.

—Era por la noche —dijo lentamente la gitana—. Todo estaba tranquilo en el suntuoso palacio y por la ventana, abierta de par en par, aparecía la catedral que contemplaba la joven. ¡Insensata! Allí, en aquella iglesia, debía consumarse su desgracia. ¿Por qué la joven miraba la catedral? De pronto sonrió dulcemente. ¡Cuán feliz era! A su lado estaba sentado el elegido de su corazón, el cual le cogía las dos manos, y ella escuchaba encantada las palabras del noble señor. Entre tanto en el fondo del suntuoso palacio descansaba el padre ciego.

Salzuma se detuvo entonces. Sus ojos, a través de la máscara roja, miraban algo invisible, a lo lejos.

—El anciano padre ciego descansaba —continuó, moviendo la cabeza—. Confiando en su hija, dormía. Por lo menos así lo creía ella y su amante lo creía también. Estaban uno junto al otro y ya sus labios se acercaban e iban a unirse en un beso, cuando se abrió la puerta.

—¡Desgraciada! —exclamó una ramera.

—¿Quién abrió la puerta? Era el padre, el padre que estaba ciego y avanzando con las manos tendidas llamaba a su hija. El amante se levantó y la joven temblaba de terror. «*Hija mía, ¿con quién hablas?*». «*Con nadie, padre. No hay nadie en la habitación, padre*». ¿Y el amante? ¡Ah! Con qué habilidad y silencio se movía. Retrocedió hasta el fondo de la estancia, sin atreverse casi a respirar. La joven no tuvo fuerzas para ir al encuentro de su padre. Éste fue el que se acercó a ella con temblorosos pasos y, por fin, le cogió las manos: «*¡Cuán frías están tus manos, hija mía!*». «*Será el viento de la tarde, padre mío*». «*¡Cómo tiembla tu voz!*». «*Es la sorpresa, padre, la emoción de veros venir impensadamente*». Y los ojos de la hija, muerta de espanto, se dirigieron hacia el amante inmóvil. Buscaba otra mentira, siempre mentiras.

—¡Pobre señorita! —dijo la ramera llamada Luisa.

Salzuma no la oyó. Continuó su triste cantilena, porque, en realidad, relataba como si hubiese cantado.

—La frente del padre, se entristeció, el pobre ciego dirigió a su alrededor una mirada muerta como si esperase ver. ¡Ver, oh si hubiera visto! «*Hija mía, ¿estás segura de que no hay aquí nadie?*». «*Estoy segura, padre, ¡oh, completamente segura!*». «*Júramelo, hija, júramelo por mis cabellos blancos, júralo sobre la santa Biblia y entonces creeré que estabas sola, porque sé que eres noble y pura y no puedo*

esperar que seas perjura». La joven vacilaba, como pareciéndole que iba a morir. ¡Jurar! ¡Jurarlo por los blancos cabellos del anciano! Su mirada iba en busca del amante, y éste le decía: «*Júralo, júralo enseguida*». Y entonces, bajo la mirada del amante, la joven dijo: «*Padre, por vuestros cabellos blancos y la santa Biblia, juro que aquí no hay otra persona que nosotros dos*». El pobre padre sonrió y pidió perdón a su hija. Y ella, la perjura, sintió que en adelante iba a ser víctima de la desgracia.

—¡Pobre muchacha! —repitió Luisa.

Salzuma se calló.

—¿Y qué más? —repitió otra ramera—. ¿Qué sucedió luego?

Pero sin duda el espíritu de Salzuma cambió de dirección, porque con alterada y enfática voz exclamó:

—A fuerza de mirar en mi misma en el fondo del calabozo, he aprendido a mirar en el alma de los demás. Señores y altas damas, la gitana lo sabe todo, lo ve todo y para ella el porvenir no tiene velos. ¿Quién quiere conocer el porvenir? ¿Quién quiere que la ilustre gitana Salzuma le diga la buena ventura?

Sin duda estas últimas palabras le habían sido enseñadas por Belgodere, porque las recitaba como si se tratase de una lección aprendida.

—Acercaos, damas y caballeros —continuó diciendo.

—¡Yo, yo! —gritó una ramera que tendió su mano con gesto atrevido y miedoso a la vez.

—Vivirás largos años —dijo Salzuma—, pero nunca serás rica ni feliz.

—¡Maldición! —exclamó la ramera—. Señora gitana, ¿no podríais darme alguna riqueza a cambio de unos años de vida?

Pero ya Luisa tendía su mano sobre la cual Salzuma echó una ojeada.

—Desconfía del que amas —dijo—, pues se portará mal contigo.

—Amén —exclamó «El Rojo».

Sucesivamente algunos truhanes y rameritas conocieron, estremeciéndose, el porvenir revelado por la gitana. Decía a cada uno su sino con breve frase, tal vez según la inspiración del momento, o el azar.

—Muy pronto —dijo a un truhan— llevarás corbata de cáñamo.

El truhan se puso lívido, murmurando:

—Mi padre y mis hermanos murieron así. Sé perfectamente que pronto me llegará la vez.

«El Rojo» a su vez tendió la mano.

—Vas a derramar tu sangre —dijo Salzuma—. Ten cuidado con una espada más ligera que tu daga.

—¡Bah! Mientes o te engañas, bruja. Lee mejor.

—Ya lo he dicho —contestó la gitana.

—¿Y pretendes que en París haya una espada más ligera que mi daga? —exclamó el truhan dando un puñetazo sobre la mesa, que se estremeció.

—Te repito que tu sangre correrá.

«El Rojo» había bebido sin duda más de la cuenta o tal vez se dejó impresionar por la profecía. El caso es que, profiriendo una blasfemia, se levantó y cogió a la gitana por un brazo, exclamando:

—Si no conjuras inmediatamente a la mala suerte, gitana de mil diablos, si no declaras que has mentido, va a ser tu sangre la que corra y no podrás llevar desgracia a nadie más.

Hubo entonces gran tumulto en la taberna. «El Rojo» inspiraba temor a todos por su salvaje violencia y nadie habría osado presentarle cara. Era un hombre bestial que en aquel momento estaba convencido de que la gitana lo hacía víctima de algún conjuro. La tenía violentamente cogida por el brazo y Salzuma, rígida e inmóvil, no hizo el menor gesto para defenderse.

—Declara que has mentido —rugió el bandido mientras las rameras retrocedían asustadas.

—He dicho la verdad —repitió Salzuma con voz triste.

«El Rojo» levantó el puño, pero en el momento en que aquella mano, verdadera maza, iba a caer sobre la cabeza de la gitana, el truhan sintió un terrible golpe en el hombro. Se tambaleó y volviéndose repentinamente, exclamó:

—¡Ah! ¿Es el enamorado de Luisa?

Estas palabras, cuyo profundo sentido no podía sospechar el truhan, repercutían en el alma del caballero, que se quedó sofocado por un instante. Pero casi inmediatamente volvió a dejar caer su mano.

—¡Eh, Luisa! —gritó el truhan—. He aquí que tu conquista te abandona por la gitana.

Pardaillán, encogiéndose de hombros, cogió la mano de Salzuma, y condujo a ésta al lugar que él ocupara antes. «El Rojo», asombrado por tanta audacia, se quedó clavado en el sitio durante un largo minuto. «El Rojo» era el rey de aquel antro que se llamaba la «Posada de la Esperanza». Reinaba allí como déspota. En cuanto había hablado, todos los demás clientes obedecían sin chistar. Hízose, por consiguiente, un gran silencio en la sala. Los truhanes esperaban con ansiedad lo que iba a suceder, dispuestos no obstante a ayudar a su jefe si se presentaba ocasión oportuna para ello. Las rameras miraban compasivamente a Pardaillán. Luisa palideció. El caballero, sentado junto a Salzuma, parecía muy tranquilo y no se dignaba preocuparse por la tempestad que a su alrededor se formaba.

—Señora —dijo—. ¿Quisierais decirme también la buenaventura?

—¡Señora! —repitió sordamente Salzuma—. ¿Cuándo me he llamado así? ¡Oh, hace tiempo, mucho tiempo!

—No quiero que la gitana os diga la buenaventura —exclamó «El Rojo» avanzando algunos pasos.

Pardaillán levantó lentamente la cabeza, miró al truhan de arriba abajo y dijo:

—¿Queréis un consejo, amigo?

—No lo necesito para nada. No quiero nada de vos. ¿Qué hacéis aquí? Los hidalgos no tienen derecho a penetrar sin mi permiso. ¡Salid al instante!

La relativa calma de «El Rojo» hizo estremecer a la asamblea, porque denunciaba el paroxismo de su rabia.

—¿Y si no salgo? —preguntó Pardaillán sonriendo.

—Entonces os echaré —rugió el truhan.

Al mismo tiempo alzó sus dos velludos puños. La gitana permaneció quieta, mientras Luisa daba un grito de terror, pero en el mismo instante corrió un gruñido de estupor entre la asamblea y se convirtió en espantoso tumulto.

Los puños de «El Rojo» no tuvieron tiempo de caer. Pardaillán se levantó con ligereza, y sus dos puños empezaron a funcionar como catapultas golpeando al truhan en pleno pecho. Sus gestos habían sido tan rápidos, sobrios e inesperados, que sólo se pudo ver tambalearse al truhan, y caer contra la mesa, que derribó juntamente con los cubiletes y vasos de estaño. En el mismo instante «El Rojo» se levantó de un salto y vociferó.

—Truhanes, adelante. ¡Muera el hidalgo!

—¡Muera! —gritaron todos.

Entonces, en la semioscuridad reinante, brillaron algunas dagas. Las rameras, gracias a una maniobra que sin duda les era familiar, se agruparon en un ángulo profiriendo desgarradores gritos. En un abrir y cerrar de ojos la sala estuvo limpia de mesas, y los truhanes avanzaron contra Pardaillán capitaneados por «El Rojo».

De pronto hubo, entre aquella banda de criminales, un retroceso de espanto y de admiración. En el mismo instante en que iban a echarse sobre el caballero, un espectáculo inaudito les heló la sangre en las venas. Con formidable gesto, Pardaillán cogió a «El Rojo», lo levantó con sus poderosos brazos, lo echó sobre la mesa y cogiéndolo por el cuello con una mano, desenvainó la daga con la otra, y apoyó la punta sobre el pecho del truhan.

—Si dais un paso más —dijo con gran frialdad— este hombre es muerto.

Bajo la presión de aquella mano de hierro, «El Rojo», atontado al principio por el espanto y el asombro, apenas sé dio cuenta de lo que acababa de pasar y por qué se hallaba allí. Entonces, loco de rabia, hizo un movimiento como el que pudiera haber hecho una serpiente que trata de escapar.

—¡Adelante! —aulló.

La daga se hundió y salió un chorro de sangre.

—Ya lo dije —murmuró Salzuma.

Los truhanes retrocedieron. «El Rojo» hizo un esfuerzo supremo, distendió sus músculos y en vano trató de libertar el cuello de la presión que sufría. Y con voz que apenas se oía, murmuró:

—¡Adelante, por el diablo! ¡Me muero!

Y aquella vez cinco o seis de los más furiosos, o valientes, avanzaron vociferando.

—Habría que emplear los grandes medios —exclamó Pardaillán.

Y entonces se le vio coger a «El Rojo», casi desvanecido, y adosarse a la pared. A la sazón levantó con furioso esfuerzo aquel ser que se debatía con manos y piernas, lo balanceó durante uno o dos segundos, y cuando ya los truhanes estaban sobre él, lanzó con fuerza el proyectil viviente. Cuatro de los truhanes cayeron al suelo y «El Rojo» quedó extendido sin vida aparente sobre las losas de la sala.

—¡Viva el hidalgo! —gritaron las rameras entusiasmadas.

Los truhanes retrocedieron asustados, profiriendo blasfemias e imprecaciones.

Luego, a los pocos instantes, vieron al caballero en pie, con los brazos cruzados y riendo silenciosamente. Y con su risa, sus brillantes ojos, su torso esbelto y aquella actitud de desafío, les pareció terrible y estuvieron por creer que era un ser excepcional contra quien toda resistencia era inútil. Muchos arrojaron al suelo las dagas.

—Es el diablo —dijo uno.

—Ha hecho un pacto con él —exclamaron otros.

—¡Viva el guapo hidalgo!

Pardaillán triunfaba. Se sentó apaciblemente y esperó a que se restableciera la calma. Los truhanes lo miraban respetuosamente desde lejos.

—Señora —dijo amablemente Pardaillán a Salzuma como si nada hubiera pasado—. ¿Puedo hacer algo en vuestro obsequio?

—Sí, hacerme salir de aquí.

Pardaillán se levantó, buscó al amo con la mirada y dijo:

—Abrid la puerta.

Antes de que el huésped hubiera hecho un movimiento, la puerta fue abierta por dos o tres de sus clientes. Pardaillán no pudo abstenerse de reír. Entonces tomó a Salzuma de la mano, y los dos atravesaron la sala en toda su longitud. Todos se apartaron para dejarles paso. En el suelo estaba «El Rojo» y ante él Luisa arrodillada que le refrescaba la frente con agua. El caballero se inclinó, examinó al herido y dijo:

—No llores muchacha, ya volverá en sí. ¿Me guardas rencor por ello?

La ramera levantó la vista hacia él y le dijo:

—No, de ninguna manera.

Entonces el caballero le puso en la mano un escudo de oro.

—Eso porque te llamas Luisa —murmuró.

Y continuó su camino hacia la puerta de la taberna. Una vez en el umbral, sacó de su bolsillo un puñado de monedas de oro y plata y las echó al suelo gritando:

—Otra vez, muchachos, antes de atacarme, lo pensaréis dos veces. Por hoy el caballero de Pardaillán os perdona.

Y salió con Salzuma, mientras en la sala se precipitaban todos sobre las monedas que rodaban.

La noche era oscura en extremo. La ciudad dormía silenciosa. Pardaillán llegó con su compañera a la calle de Montmartre después de franquear algunas callejuelas.

Más bien que guiando a la gitana, era, en realidad, ésta quien lo guiaba, pues el caballero la dejaba andar a su capricho. A la sazón ella se dirigía en línea recta hacia la puerta de Montmartre.

—Señora —dijo entonces el caballero—, ya estáis libre de aquellas gentes. ¿Y ahora adónde vais?

—Quisiera —dijo Salzuma— salir de esta ciudad porque me ahogo en ella. ¿Por qué habré venido?

—¡Pobre mujer! ¿Pero dónde iréis luego? Seguidme, conozco no lejos de aquí una posada buena de verdad y el buen corazón de la dueña curará las heridas de vuestro corazón. Decid, ¿queréis?

—Salir —murmuró Salzuma moviendo la cabeza—. ¡Oh, escaparme de esta ciudad en que tanto he sufrido y sufro! ¡Quién quiera que seáis, tened lástima de mí! Conducidme lejos de aquí, y en caso de que no lo hagáis os maldeciré porque me habréis abandonado al sufrimiento.

—Como queráis. Venid —dijo Pardaillán conmovido por el doloroso acento de aquella desconocida.

Llegaron a la puerta de Montmartre, que estaba cerrada, pero Pardaillán sabía el medio de quebrantar la consigna de un sargento de armas. El paso le costó dos libras tornesas y diez minutos más tarde se hallaba con la gitana en un camino mal cuidado que llegaba hasta el pie de la colina.

—Picuic y Graznido dijeron la verdad —reflexionó Pardaillán—. Esta desgraciada está loca. ¿Qué partido podré sacar de ella?

A pesar de todo se dispuso a interrogarla.

—¿Habéis vivido mucho tiempo en compañía del gitano Belgodere?

—Sí, es un hombre duro. ¿Pero quién se imaginaría nunca la maldad del obispo?

—¿Y a Violeta, la conocisteis también?

—No la conozco ni quiero conocerla.

—Haced memoria, por favor. Violeta, la cantante.

—No quiero conocerla —repitió Salzuma con dureza.

—¿Por qué? —repitió Pardaillán perplejo—. ¿La odiáis acaso?

—No, no la odio, pero tampoco la amo. No quiero conocerla ni puedo verla.

Se detuvo de pronto, cogió al caballero por el brazo y murmuró sordamente:

—Tiene una cara que me hace sufrir y que me recuerda demasiadas cosas. No me habléis nunca de ella, nunca.

Y se puso de nuevo en marcha. Pardaillán comprendió que no podría obtener ningún dato de la gitana.

Llegaron por fin a lo alto de la colina, sobre la que se alzaba la abadía de las Benedictinas que, en aquella época, estaba casi en ruinas, pues las monjas que la habitaban cuidaban poco de aquel convento, antes muy rico, pero que ya, en plena decadencia, sólo tenía dos mil libras al año.

Pardaillán se preguntaba adonde lo conduciría el capricho de la loca, pues él, por

su parte, no quería ni podía alejarse de París. Además hubiera experimentado remordimientos abandonando a su suerte a aquella pobre mujer. Si podía decidirla a pedir hospitalidad en aquel convento, no solamente podría regresar a París, sino que le sería fácil hallarla para cuando necesitara interrogarla en otra ocasión más propicia.

—Señora —dijo entonces—. Ya estáis fuera de París.

—Sí —dijo ella—. Aquí respiro y ya no me veo asaltada por las ideas que me atormentaban en París.

Y luego, cambiando repentinamente de ideas, dijo:

—¿Queréis que os diga la buena ventura? ¿Quién sois?

—Un desconocido para vos y un amigo para compadecer vuestros dolores.

—¿Un amigo? ¿Quién puede serlo de la gitana, de la maldita? Pero no, ya veo que vuestra voz me calma y me consuela. Ya veo que sois bueno. ¡Oh, cuán valiente habéis sido allí en la posada! Vuestra mano, quiero ver vuestra mano.

Pardaillán ofreció su mano a la gitana. Como ya hemos visto, era un espíritu lúcido, pero no podía abstraerse por completo a las ideas de su siglo, de modo que, no sin cierta emoción, oyó cómo la gitana le decía:

—Si yo amara a un hombre, yo que no amo, no he amado, ni amaré nunca, quisiera que mi amante tuviera una mano semejante a la vuestra. Sois pobre tal vez, pero en cambio sois príncipe entre los príncipes. Os compadezco y no os compadezco. Lleváis en vos la desgracia, pero en cambio sembráis la felicidad a vuestro alrededor.

Salzuma dejó caer la mano de Pardaillán.

—¡Por Barrabás! —dijo el caballero—. ¿Llevo conmigo la desgracia? Será necesario verlo. Vamos, pobre mujer —continuó—. Ya que parecéis concederme alguna confianza, he aquí una casa en que tienen el deber de conceder hospitalidad a los que van errantes por el mundo. Creedme, es necesario que descanséis dos o tres días y luego os vendré a buscar.

—¿De veras vendréis a buscarme?

—Os lo prometo. Es difícil olvidaros cuando se os ha visto una vez, si en realidad puede decirse que os he visto, pues siempre lleváis oculto vuestro rostro por la máscara.

—Entonces consiento en detenerme aquí —dijo Salzuma, que pareció no haber oído la alusión del caballero respecto al antifaz rojo.

Pardaillán, temiendo que la loca se desdijera, se apresuró a agitar la campana del convento, operación que tuvo que repetir varias veces antes de que se abriera la puerta. Apareció una mujer que no llevaba el traje religioso y que al ver a aquel hidalgo de buen aspecto, sonrió de un modo extraño e hizo un gesto como invitando a entrar.

—Perdonad —dijo el caballero muy asombrado—. ¿Es aquí la abadía de las Benedictinas de Montmartre?

—Éste es el convento de las Benedictinas, que dirige la muy alta y poderosa

señora Claudina de Beauvilliers, nuestra santa abadesa.

—¿La abadesa Claudina de Beauvilliers? —preguntó Pardaillán, a quien este nombre era perfectamente desconocido—. ¿Es posible? En todo caso no reclamo para mi hospitalidad, sino para esta desgraciada gitana.

Y haciéndose a un lado, señaló a Salzuma. La monja, que a pesar de su traje civil no podía ser más que religiosa, examinó a la gitana con rápida mirada y dijo:

—Nuestra reverenda abadesa, Claudina de Beauvilliers, nos prohíbe recibir herejes, a no ser en cierta parte del convento en que nosotras no entramos. Voy a conducir allí a esta mujer.

—Vendré a buscarla dentro de muy pocos días. Tal vez mañana.

—Cuando gustéis, señor caballero.

Salzuma entró. La religiosa dirigió al caballero otra sonrisa que le sorprendió tanto como la primera y Pardaillán se alejó, no sin reflexionar con inquieta curiosidad sobre aquella sonrisa y aquella monja laica, en aquel convento destartado y, en fin, en aquella especie de desenvoltura extraña, con la cual, a pesar del respeto de las palabras, la hermana tornera había hablado de la abadesa de las Benedictinas Claudina de Beauvilliers.

XVI - La visión de Jacobo Clemente

LAS NECESIDADES de nuestro relato nos llevan a París, al extremo de la Cité, al palacio de la princesa Fausta. En aquella elegante salita en que ya hemos visto a la princesa hablar primero con el duque de Guisa y luego tratando de arrastrar al caballero de Pardaillán a una órbita de fuego que ella recorría como un meteoro, allí, repetimos, hablaba con una mujer.

Y aquella mujer, que hemos entrevisto en la escena de la orgía ya descrita, era justamente Claudina de Beauvilliers, la abadesa de las Benedictinas de Montmartre. La conversación tocaba, sin duda, a su término, porque Claudina estaba en pie y dispuesta a retirarse.

—De modo, pues —decía Fausta como para resumir el diálogo anterior—, que esa pequeña artista...

—Está en seguridad perfecta entre las hijas de mi casa. Muy listo sería, señora, quien la descubriera. Además está guardada de vista por Belgodere.

—No importa, vigilad. Con vuestra vida me respondéis de la pequeña.

—Respondo con mi vida, señora, pero me falta saber qué he de hacer con ella. Me ha parecido entrever que deseabais...

—Hablad claramente —dijo Fausta con imperioso tono—. Veamos, ¿qué habéis entrevisto?

—Que habéis condenado a muerte a esa Violeta, señora.

—La ejecución ha sido retrasada, pero ya está condenada, en efecto.

—Sí, pero esto no es todo —añadió Claudina de Beauvilliers después de un silencio—. Me ha parecido que si esta ejecución ha sido aplazada, es que Violeta no debe morir, sino que antes de su muerte...

Claudina de Beauvilliers se detuvo.

—Antes de que muera su cuerpo —dijo gravemente Fausta— quiero que muera espiritualmente. He aquí mi idea y he aquí lo que no os atrevéis a decir porque vuestro débil espíritu cree ver una falta en donde no existe más que una necesidad; quiero que esta virgen se convierta en una joven impura. Quiero que sea la más vil de las desgraciadas que viven de sus cuerpos. He aquí mis órdenes.

La abadesa de las Benedictinas se inclinó al oír las glaciales palabras de Fausta.

—Cuando esto sea un hecho me avisaréis —continuó Fausta—. Ahora, idos.

Claudina de Beauvilliers hizo otra reverencia, casi una genuflexión, y se retiró.

—No se atreven a hablar —murmuró Fausta en cuanto estuvo sola—, pero se atreven a lo demás. Yo, virgen a quien no ha turbado nunca un pensamiento amoroso, sé decir lo necesario empleando las palabras precisas.

Se detuvo entonces palideciendo. Por un instante sus ojos estuvieron fijos en una imagen que sin duda se le aparecía.

—¡Ah! —murmuró asustada—. ¿Puedo estar segura de que ignoro lo que es el amor a que están sujetas las otras mujeres? ¡Oh, antes me arrancarí el corazón!

Y sus manos admirables, que parecían hechas de mármol puro, se dirigieron amenazadoras a su pecho como si realmente quisieran arrancar el corazón.

Poco a poco se calmó. Su rostro adquirió la majestad serena que la hacía tan distinta de las demás mujeres. Una vez tranquilizada llamó y dio una orden a una criada que se presentó.

Algunos instantes más tarde, una mujer hermosa, ligera, graciosa y viva en sus gestos y movimientos, entró sonriente; eran tan ligeros sus pasos, que era necesario fijarse mucho antes de notar que cojeaba un poco. Era María de Lorena, duquesa de Montpensier, hermana del duque de Guisa, del duque de Mayena y del cardenal de Guisa.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Fausta con sonrisa más amistosa de lo que en ella era costumbre.

—Buenas y malas.

—Veamos ante todo las malas.

—¿Porque son las más desagradables?

—No, porque generalmente son las más importantes.

—Pues bien, mi hermano...

—¡Ah! ¿Se relacionan con el duque de Guisa las malas noticias?

—Sí, reina mía. Hay jaque-mate en toda la línea. Por de pronto Enrique se ha reconciliado con Catalina de Clèves y además, está cada día más enamorado de la gitanilla, y sobre todo desde que ha desaparecido.

Fausta se estremeció y la duquesa pudo observar que acababa de darle verdaderamente una mala noticia.

—Dadme detalles sobre todo eso —dijo Fausta con sequedad.

—Pues bien, ante todo mi hermano ha tenido una entrevista con Catalina de Médicis.

—Ya lo sé. Pasad adelante.

—¿Ya sabéis también lo que ha pasado en esta entrevista? Pues bien; la Médicis se ha sometido.

—¿De veras? —dijo Fausta con singular tono.

—Me lo ha dicho Enrique en persona.

—Así, pues, ya no hay el obstáculo más temido para Enrique de Guisa. ¡Nada le impide llevar adelante sus proyectos!

—En efecto. Y la prueba, señora, es que quiere apoderarse cuanto antes de la persona del rey.

—¿Estáis segura de que va a desplegar tal energía?

Si tal pregunta era irónica, la ironía estaba de tal modo disimulada, que la duquesa de Montpensier no la notó y, por consiguiente, contestó:

—Completamente segura, señora; mi hermano me ha expuesto su plan, que es admirable. Fingiré una sumisión momentánea e irá a presentarse a Valois bajo el pretexto de la discusión y de la reunión de los Estados Generales. Irá acompañado por

buen número de gentes que serán elegidos entre los ligueros más intrépidos. Yo también formaré parte de la empresa, señora. Entonces se apoderarán de Valois, a quien lo encerrarán en algún buen convento después de haberlo tonsurado.

María de Montpensier se echó a reír y Fausta se quedó pensativa.

—Es admirable —dijo ésta.

—¡Oh! ¡Ya lo veréis, señora! —continuó la duquesita—. Será una comedia muy bonita. ¿Sabéis quién tonsurará a Valois? Yo, señora, yo misma. Ya tengo las tijeras.

María de Montpensier enseñó unas tijeritas de oro que llevaba suspendidas de una cadena.

—¿De modo que odiáis al rey? —preguntó Fausta.

—¿Al rey? ¿Qué rey? ¿Sin duda queréis referiros al hermano Enrique? Sí, le tengo odio. ¿No tuvo la audacia de aconsejarme ante toda la corte que me hiciera un zapato más alto que el otro? ¡Miserable! Os aseguro que lloré de rabia. Aún me parece oír las burlas de sus favoritos.

Y, en efecto, una lágrima asomó a los párpados de la duquesita.

—Como si yo cojease —continuó—. Ved, señora, ¿cojeo acaso? Y dio unos pasos rápidos por la estancia.

—No, duquesa, no cojeáis. Y realmente es preciso tener un alma perversa como la de Herodes para sostener tal monstruosidad.

Lo que no decía la duquesa de Montpensier y lo que Fausta sabía probablemente y lo que contaba, en todo caso, la crónica escandalosa de la época, es que la hermosa duquesa tuvo un capricho por Enrique III; que, aturdida como era, no pudo disimularlo y, por fin, que el rey la rechazó con bastante dureza.

—¿De modo, pues, que está convenido y vos seréis la que tonsurará a Enrique III? ¿Ésta es la buena noticia que queríais darme?

—No, señora. Quería deciros que mi madre está en París.

—¿La duquesa de Nemours está en París? —exclamó Fausta ya interesada en la conversación.

—Sí, y la he ganado a vuestra causa. Mi madre viene de Roma, en donde ha visto a Sixto hace dos meses. Ha tenido una larga conversación con el que los cardenales rebeldes persisten en considerar todavía como Papa.

—¿Y qué más? —preguntó Fausta, que escuchaba con atención profunda.

—Mi madre ha regresado con la convicción de que Sixto es un hipócrita peligroso que está decidido a no trabajar más que para sí mismo. Viéndola en estas disposiciones la he hablado del cónclave secreto en que los más celosos y generosos cardenales se reunieron para elegir un nuevo jefe. De modo que la Iglesia Romana hará exactamente lo que nosotros queremos hacer con Enrique de Valois. Y mi madre ha acogido bien la idea del nuevo Papa, desde el momento en que éste es afecto a los intereses de nuestra casa.

—Ésta sí que es buena noticia, hija mía —dijo Fausta—. Si la duquesa de Nemours está entre nosotros, creo que antes de poco se llevarán a cabo grandes cosas.

Y cerró los ojos como si estuviera deslumbrada por la visión de sus futuros proyectos.

—No obstante —continuó entonces la duquesa de Montpensier—, mi madre quiere conocer a este nuevo Papa antes de comprometerse en tan terrible aventura.

—Decidle que lo conocerá.

—¿Quién se lo presentará?

—Yo —dijo Fausta.

Y como si hubiera querido substraerse a nuevas preguntas, continuó inmediatamente:

—Pero, según decíais, era necesario darme cuenta de las malas noticias.

—Continúo mi relato. Después de su entrevista con la reina madre, mi hermano regresó a su palacio. Estaba tan contento que todos comprendimos que había ocurrido algún acontecimiento importante. Al día siguiente, cuando me presenté de nuevo en el palacio de Guisa, mi hermano me habló de la escena de la otra noche. Hízolo sin cólera. Una vez ha podido matar a alguien, mi hermano recobra la tranquilidad. Y una vez Loignes muerto, Guisa ya no siente ningún enfado.

—Ignoraba —observó entonces Fausta— que el duque fuera tan generoso.

—Pero la duquesa de Guisa no lo ignora, señora. Así, pues, sin el menor asombro vi entrar de pronto a Catalina de Clèves en la habitación de mi hermano, el cual de pronto se quedó estupefacto ante semejante audacia, y llevó la mano a la daga. La duquesa se arrodilló sin decir una palabra, y luego, mientras mi hermano estaba indeciso, murmuró:

—Loignes ha muerto y con él mi locura.

Sabía bien lo que decía, porque la mano de su esposo cesó de oprimir el mango de la daga. La duquesa tuvo una sonrisa que solamente pude ver yo. Entonces salí, pero desde la habitación vecina oímos gritos de mi hermano y las explicaciones de su mujer. Todo ello duró dos horas por lo menos y luego las voces se apaciguaron. Entonces volví a entrar. Mi hermano me dijo que desterraba a la duquesa de Lorena y no añadió otra palabra sobre el asunto.

—Es un hermoso ejemplo de magnanimidad —dijo apaciblemente Fausta.

—Creo que en mi hermano hay más indiferencia que generosidad. Lo que le desespera hasta el punto de llorar de dolor y rabia, es la desaparición de la gitanilla.

—¿De modo que la ama?

—Eso parece; ha jurado registrar todo París para encontrarla y ya ha ordenado que empiecen las pesquisas.

—Así —dijo al cabo de un momento— estáis segura de tener en vuestro poder a Enrique de Valois.

—Ya os lo he dicho, señora —contestó la duquesa de Montpensier, asombrada por aquel brusco cambio de ideas.

—¿Y creéis que vuestro hermano el duque de Guisa tratará de apoderarse del rey?

—Se prepara a ello.

—¡Niña! ¿Y si yo os dijera que estoy informada y que conozco, como si la hubiera oído, la conversación de Catalina y el duque de Guisa?

—Sabéis tantas cosas, señora, que no me asombraría.

—¿Y si os dijese que la vieja florentina, astuta como siempre, se ha burlado de vuestro hermano?

—¿Cómo, señora?

—¿Y si os dijese, por fin, que el duque ha prometido esperar pacientemente la muerte de Enrique III?

—¡Oh, señora, eso sería una traición horrorosa de mi hermano hacia la Liga y hacia su familia!

—No es ninguna traición, sino un acto de diplomacia. Guisa es un soldado y un hombre violento; ha querido hacer de diplomático y le ha salido mal. Por lo menos durante un año, Guisa no intentará nada contra Enrique III.

—Pero entonces —dijo la duquesa de Montpensier, cuyo hermoso rostro se descompuso—, entonces mi venganza se me escapa.

—De ningún modo, si queréis tener confianza en mí y si me escucháis.

—Mi confianza en vos, señora, es ilimitada. ¿Quién sois? Apenas lo sé. No me atrevo a penetrar en vuestras intenciones y, a pesar de ello, os considero mi reina y mi soberana. Hablad, pues, porque estoy decidida a intentarlo todo para vengarme de Enrique de Valois.

Fausta pareció reflexionar algunos minutos. Luego, con aquella voz de extraña y penetrante dulzura que le daba tal fuerza de persuasión, le dijo:

—María, sois la única cabeza fuerte de vuestra familia. Gracias a vos se extinguirá la dinastía de los Valois y reinará la de los Guisa. De vuestros tres hermanos, uno, Mayena, está demasiado gordo para tener inteligencia; vendería su alma por una buena comida; el otro, el cardenal, es un soldado brutal que no puede coordinar sus ideas; el tercero, por fin, el duque de Guisa, está tonto con sus amores; esa pasión por una gitanilla lo incapacita para el consejo y la acción. En cuanto a vuestra madre, sabéis que no se ocupa de negocios públicos y que desde el asesinato de su marido, se figura que las gentes no deben tener otra misión que matar hugonotes. Vos sola sois capaz de verlo y comprenderlo todo. La situación es peligrosa. ¿Queréis salvarlo todo de una vez?

—Estoy pronta, señora. Ordenad; ¿qué debo hacer?

—Es necesario que Enrique de Valois muera. Vuestra idea de tonsurarlo es muy bonita, pero si Enrique III no muere, Catalina de Médicis os preparará una espantosa catástrofe.

La hermosa duquesa escuchaba estremeciéndose a aquella mujer tan bella que hablaba de un asesinato como si se tratara de una joya. Fausta pareció meditar aún. Y tal meditación debió parecer tan terrible a María de Montpensier, que no se atrevió a interrumpirla.

—¿Estáis persuadida de que Enrique de Valois está condenado? —preguntó de

pronto.

—A morir, señora —contestó la duquesa.

—Sí —dijo secamente Fausta—, lo condeno a muerte.

—¿Y quién será el ejecutor, señora? —preguntó la de Montpensier.

—Vos —contestó Fausta.

La duquesa de Montpensier palideció.

—He aquí la situación —dijo Fausta con gran frialdad—. Enrique de Guisa ha jurado a la reina Catalina esperar pacientemente la muerte de Enrique III. A este precio le han prometido que el rey lo designaría por sucesor. Valois puede vivir diez años, veinte, a pesar de todas las apariencias. Y aunque sólo viviera algunos meses es bastante, porque la reina aprovecharía este tiempo para fomentar la destrucción de los Guisa, como hizo con Chatillon. Escoged, pues, entre matar o ser muerta.

La hermosa duquesa se estremeció:

—Es necesario obrar —dijo ásperamente Fausta—. Los tiempos están revueltos y tratad de no retroceder, porque de lo contrario, caeréis.

—¡Matar! —murmuró la Montpensier—. Matar con mis manos. ¡Oh, nunca me atreveré!

—Pues Valois se atreverá, en cambio, a haceros cortar vuestra hermosa cabeza por el verdugo. Sois una insensata y pertenecéis a una familia de insensatos que no quieren ver. Todos vosotros habéis hecho demasiado para que esperéis el olvido aun cuando renunciarais a todas vuestras pretensiones. Estáis comprometidos en un duelo a muerte. Si Enrique III y la Médicis no mueren, será la familia de Guisa la que se extinguirá en alguna terrible aventura. Adiós, pues; id ahora, hermosa mía, a reflexionar sobre la última sonrisa, cuando ya tengáis la cabeza en el tajo.

—¡Una sola palabra, señora! —exclamó la duquesa fuera de sí—. Una sola, estoy pronta a obrar. ¿Pero cómo podré yo, débil mujer?...

—¿Estáis verdaderamente decidida? —preguntó Fausta sentándose en el sillón que antes ocupara.

—Estoy resuelta a cualquier cosa, para herir a Valois —dijo la duquesa con una energía que contrastaba con el tono apocado que hasta entonces usara.

—Bueno; heos aquí tal como yo deseaba. Heos ya en el estado de espíritu necesario para realizar hasta el fin la gran obra. Ahora os pregunto: ¿qué necesidad hay de que bañéis vuestras manos finas y delicadas en la sangre del condenado?

—¡Ah! Ya empiezo a comprender.

—Basta que inspiréis a alguien el odio que os anima.

La duquesa se estremeció.

—¿Alguien? —murmuró—. ¿Dónde encontrar el hombre capaz de inspirar bastante confianza para que yo le diga lo que a mí misma no me atrevo a decirme? Sería necesario alguien que ya llevase en su corazón un odio terrible contra los Valois.

—O un amor extraordinario hacia vos —dijo Fausta con negligencia—. Este

hombre existe.

Al oírlo, María de Montpensier se puso lívida.

—¡Jacobo! —murmuró con apagada voz.

—Sí, el fraile Jacobo Clemente —exclamó Fausta con energía—. Jacobo Clemente os ama con pasión avasalladora. Sois para él un ángel.

—¡Pobre! —murmuró la duquesa.

—¿Queréis que muera el que os insultó? —preguntó Fausta levantándose.

—Sí, lo quiero —repuso la duquesa con indescriptible acento de odio.

—¿Queréis que vuestro hermano sea rey? ¿Queréis ser la primera en la corte de Francia y humillar a los que os han humillado, triunfar por el lujo y el poderío y reinar, en fin, en nombre de vuestro hermano?

—Sí, lo quiero —exclamó la duquesa embriagada.

—Sed, pues, fiel y obediente —añadió Fausta—. Id, hija mía, obrad sin discutir y obedecedme en todo.

—¡Oh! —exclamó la duquesa—. ¿Quién sois vos, señora, que habláis como una reina y cuya voz y palabras me parecen un ensueño?

—Soy —dijo Fausta, que se transfiguró—, soy aquella elegida por un conclave secreto para combatir a Sixto, traidor para la Iglesia. Soy la que os dirige la palabra de Dios. Soy la Papisa Fausta I.

La duquesa de Montpensier, asombrada en extremo, dirigió una mirada a la mujer que así le hablaba y la vio tan radiante, tan bella y majestuosa, que retrocedió, dobló las rodillas y se inclinó deslumbrada. Fausta se dirigió a ella, la levantó dulcemente, la besó en la frente y le dijo:

—Ahora, id; seréis uno de mis ángeles.

Y la duquesa de Montpensier, trastornada y dócil como un niño, salió retrocediendo, encorvada bajo el gesto de Fausta, de irresistible autoridad, de suprema bendición, que armaba el brazo de Jacobo Clemente.

XVII - La misión de Jacobo Clemente

EL CONVENTO de los Jacobinos estaba situado en la calle de Saint-Jacques y se adosaba casi a las murallas. El lugar era apacible y casi triste. Únicamente se veía transitar silenciosamente a algunos frailes.

El prior de los Jacobinos se llamaba Bourgoing. Era un hombre alto, de gran corpulencia y de rostro alegre, muy aficionado a la política, pero no malo. Tenía bastante energía para administrar los intereses de su monasterio, que a sus ojos se confundían con los suyos propios. Era, además, un fanático partidario de Guisa y de la Liga y ser de horror por Enrique de Valois.

En ciertas ocasiones era un hombre dado a las burlas. Algunos meses antes del día de las barricadas, cuando París empezaba a sentir odio por el favorito de Enrique III, el duque de Epernon, gran derrochador, el prior Bourgoing se topó un día con el citado Epernon y con palabras encubiertas se permitió reprocharle sus gastos extravagantes. A ello, Epernon contestó que tenía derecho a gastar mucho dinero, pues antes había gastado mucha sangre para exterminar a los herejes, cosa que era una desvergonzada mentira.

Bourgoing no contestó nada, pero pocos días después hizo circular por París un libro bastante grueso, en cuya primera página, con gruesos caracteres, se leían las siguientes palabras:

Grandes hechos de armas del señor de Epernon contra los herejes.

Los que compraron el libro, lo abrieron viendo que todas las páginas estaban en blanco, a excepción de que al pie de cada una de ellas había una palabra: *Nada*.

El prior se rió mucho por su inocente broma, que, en cambio, tuvo el privilegio de irritar al duque de Epernon.

La misma tarde en que entramos en el convento de los Jacobinos, el prior, cómodamente instalado sobre los cojines de un vasto sillón con las manos cruzadas sobre su respetable vientre, y los ojos semi-cerrados, escuchaba a uno de sus frailes que parecía su antítesis viviente. Era delgado, de figura ascética, de rostro pálido, iluminado por dos ojos grandes y febriles y la boca severa; tal era el monje que acababa un relato en el cual había debido confesar un grave pecado sin duda alguna, porque bajaba la cabeza, mientras el prior sonreía.

—¡Hum! —dijo por fin Micer Bourgoing—. Evidentemente, hijo mío, hicisteis mal en entrar en aquella taberna en que corríais peligro de encontrar a Satanás, siempre dispuesto a llevarse un alma. ¿Y decís, hijo mío, que aquellas mujeres estaban medio desnudas y que sus actitudes impúdicas desencadenaron en vos a todos los demonios de la lujuria?

—¡Ay, reverendo prior! Es una gran verdad —dijo el fraile con desesperación.

—Acordaos de que la carne es débil; pero, en fin, hermano Clemente. ¿Supisteis resistir?

—Sí, reverendo padre.

—¿Y triunfasteis? En una palabra, ¿salisteis victorioso de aquella prueba? —añadió el prior con extraña curiosidad.

—Eso es lo único que me consuela un poco, reverendo padre. Pude escaparme.

—Igual como el cándido José, dejando su manto entre las manos de la indigna y perversa Lotta. ¿Sabéis, hermano Clemente, que vuestra acción es muy hermosa? ¡Hum! Quiero decir que al cabo sólo habéis pecado por imprudencia.

—Sois muy bueno, reverendo padre —dijo Jacobo Clemente inclinándose con respeto.

—Durante cuatro días os abstendréis de todo alimento, excepto de pan y agua; diréis tres veces por la noche, con algunos intervalos, el salmo de la penitencia, y para el resto ya reflexionaré, aun cuando creo que estos piadosos ejercicios alejarán las tentaciones peligrosas. Id en paz.

El fraile se inclinó y salió con los brazos cruzados sobre el pecho, y la capucha echada sobre los ojos. Llegó a su celda atravesando los largos corredores desiertos, y apenas hubo salido de la celda del prior, éste se levantó y fue a abrir una puerta y entró una mujer completamente envuelta en un manto de color oscuro. Era la duquesa de Montpensier.

—¿Habéis oído? —preguntó Bourgoing.

—Sí —contestó la duquesa dando un suspiro—. Ese joven tiene mucho miedo al pecado, a pesar de que éste no se le presenta en forma tan espantosa.

—¡Oh, señora! —dijo el prior suspirando a su vez—. ¡Cuánto me gustaría probar mi resistencia! ¡Ay! —continuó adaptándose a la dignidad que le imponía su cargo—. ¡A qué extremidades nos vemos reducidos para salvar a la santa Iglesia!

Entre tanto Jacobo Clemente había llegado a su celda y, según la regla establecida, dejó la puerta abierta. Se arrodilló en el suelo, levantando los ojos hacia un crucifijo que era el único adorno de la habitación, pero al poquísimo rato bajó la cabeza desesperado y cerró los ojos.

—El pecado está en mí —murmuró—. No veo a la divina figura de Jesucristo, sino a ella. ¡Señor, Señor! ¡Ten piedad de tu humilde siervo!

Y se encorvó lentamente hasta tocar con la frente el suelo, en cuya posición permaneció inmóvil y silencioso. De vez en cuando, no obstante, salía un sollozo de su garganta.

El fraile permaneció sumido en larga meditación, hasta el momento en que la campana tocó la oración nocturna. Entonces se levantó, salió de la celda y se dirigió hacia la capilla. Los otros frailes andaban silenciosamente a lo largo de los corredores.

La capilla, débilmente iluminada por contados cirios, se llenó poco a poco y cada uno de los monjes ocupó su sitio de acuerdo con su grado correspondiente en la jerarquía.

—Oremos —gritó el prior—. Hermanos, oremos para que tenga completo éxito el proyecto de una princesa amiga de la Iglesia. Oremos —repitió— por la salvación de

uno de nuestros hermanos que ha tenido que sostener un rudo asalto del Malo y que va a confesarse públicamente.

Jacobo Clemente avanzó hasta el coro y posternándose allí, dijo:

—Hermanos, me acuso de haber penetrado en un lugar de perdición y de haber saciado mis ojos con la contemplación de cosas impuras.

Un estremecimiento imperceptible agitó los hábitos. Reinó gran silencio y desde el fondo de las capuchas, gran número de ojos brillantes se fijaron en el hermano Clemente. Éste temblaba, pero el despiadado prior había mandado y era necesario obedecer.

—Hermanos —dijo—. Esos objetos eran, ante todo, cuadros impúdicos de los que no podéis formaros idea y cuya vista provocó en vuestro desgraciado hermano una turbación profunda.

—¡*Oremus!* —gritó nuevamente el prior.

—Hubo luego, hermanos, una mesa magníficamente servida, ante la cual me vi obligado a sentarme y tuve que comer exquisitos manjares, y me acuso sobre todo del placer que experimenté con un pastel de venado, que al comerlo parecía incendiar el paladar.

—¡*Oremus, oremus!* —exclamó el prior haciéndosele la boca agua.

Los monjes, que acababan de devorar su ración de judías hervidas, continuaron sus oraciones relamiéndose los labios, mirándose unos a otros y haciendo expresivos movimientos de cabeza.

—En cuanto a los vinos —añadió Jacobo Clemente con desesperación sincera— no hay duda de que procedían de algún viñedo diabólico, de tal modo eran dulces y perfumados y tanto era el calor agradabilísimo que derramaban por todo el cuerpo, tanto que, a pesar mío, me embriagué, cosa que tal vez me servirá de excusa a lo que sigue.

Con movimiento maquinal el prior hizo chasquear la lengua, pero reportándose enseguida repitió:

—¡*Oremus, oremus!*

Y la oración de los desgraciados frailes que, después de su plato de judías, sólo habían bebido un vaso de aguapié, empezó a salir precipitada de sus labios, como si los vinos de la confesión se les hubieran subido a la cabeza. En cuanto a Jacobo Clemente, se daba terribles golpes en el pecho.

—Hermanos —dijo—. Me falta confesar lo más terrible.

Los monjes se estremecieron y más de uno de ellos maldijo con sinceridad aquella confesión pública que desencadenaba en ellos todas las tentaciones prohibidas, pero sin duda Bourgoing tenía su idea.

—Lo que vi, por fin, en aquel lugar de perdición —murmuró Jacobo Clemente— fueron mujeres, pero no como las vemos en la iglesia o por las calles, decentemente vestidas, sino seres satánicos de una belleza maravillosa aun cuando iban cubiertas por un antifaz, pero tan poco vestidas, hermanos míos, que no vale la pena de hablar

de sus trajes.

Glacial silencio reinó entre los frailes.

—Una sobre todo —continuó el penitente—, una de aquellas mujeres detestables me rodeó de caricias y si allí, hermanos míos, no cometí el horrible pecado, si no me hundí en los abismos de la vergüenza, es porque aprovechando un último destello de castidad, reuní mi valor y pude escapar.

—¡*Oremus, oremus!* —balbució el prior mirando vacilante a las caras congestionadas de sus frailes, muchos de los cuales acabaron de cubrirse con el capuchón.

A la sazón, el prior Bourgoing, reforzando su voz, empezó a dar órdenes para salvar el alma en peligro de perdición, y alejar a los demonios encarnizados en el pobre fraile.

—Que cada uno recite esta noche siete padrenuestros y siete avemarías y una vez el salmo de la penitencia. A cambio de esto, os dispenso, hermanos, de la oración nocturna; quiero que todos permanezcan encerrados en su celda. En cuanto al hermano Clemente, ya le hemos indicado una parte de los actos que debe llevar a cabo. Mañana completaremos su penitencia y, entre tanto, le autorizamos como gracia especial a quedarse en el coro de la capilla hasta las doce de la noche, a fin de que, sólo consigo mismo, pueda recordar los detalles de su falta e implorar el perdón.

—*Amén* —dijeron los frailes a coro.

Y entonces salieron en fila con las manos cruzadas y la cabeza inclinada. Luego salió el prior a su vez. El sacristán apagó los dos o tres cirios que ardían en la capilla, la cual solamente estuvo alumbrada por la mariposa suspendida de una larga cadena.

Jacobo Clemente, prosternado, trató de rezar como lo había hecho en la celda. En su rostro pálido, a fuerza de ayunos que se imponía desde que penetrara en el palacio de Fausta, solamente parecían vivir sus dos ojos.

Ante él no veía el altar ni la imagen de Dios, al que llamaba con fe absoluta. Era la imagen de una mujer que en vano trataba de alejar. Era bonita más bien que hermosa, con risueños labios y burlones ojos que la hacían aún más linda. Y aquella era la imagen de María de Lorena, duquesa de Montpensier.

—¡Señor! —murmuraba el joven—. A pesar de la penitencia, de la confesión pública ante mis hermanos, del ayuno y de la oración, el amor me devora. ¡Señor, tened piedad de mí!

Y con su frente golpeó las losas. Pero siempre la sonriente imagen se balanceaba ante él, le tendía sus brazos y sentía en sus labios el ardor de los besos que nunca podría olvidar.

Poco a poco en aquel cerebro debilitado por el ayuno y exasperado por el amor, empezaron a producirse alucinaciones. A veces las tinieblas se llenaban de luces y en el fondo del altar oía ruidos que lo hacían temblar violentamente.

De pronto Jacobo Clemente, que hasta entonces había rezado, fijó su atención en el hecho de que estaba solo en la capilla y en que iban a dar las doce. Desde entonces

empezó a apoderarse de él inexplicable terror.

Jacobo Clemente estaba en aquella miserable situación de espíritu en que el pensamiento huye, la energía desaparece y las fuerzas del hombre, rotas, se disuelven.

Un ruido seco, lejano, cuya procedencia no pudo averiguar, lo sobresaltó. Aquel ruido era el del reloj y precedía a las campanadas de la hora. En aquel silencio terrible que rodeaba al fraile, las campanadas resonaron con desesperante lentitud. Sudor glacial inundó su rostro. Contó las horas estremeciéndose, y en cuanto dieron las doce se le erizaron los cabellos. Haciendo un esfuerzo para levantarse, cayó de rodillas petrificado por un horror sin nombre, porque a la duodécima campanada, la capilla del fondo del coro, en el mismo sitio en que había la puerta de las tumbas subterráneas, se alumbró con extraña luz, de un resplandor que Jacobo comprendió que no existía más que en su imaginación, pero que formaba un nimbo muy dulce.

Reprimió un grito al observar que la puerta se abría y se mostraba una aparición.

Pero en lugar del espectro que esperaba, lo que vio Jacobo Clemente fue una figura radiante y resplandeciente, una mujer hermosísima con largos cabellos rubios dispersos sobre los hombros. Iba vestida de blanco y llevaba en la mano una daga, cuyo acero resplandecía. Extasiado, Jacobo Clemente unió las manos. Aquella aparición se parecía a María de Montpensier, su adorada.

Entre tanto, la aparición no hizo el menor movimiento y miraba al fraile sonriendo con dulzura o, por lo menos, así se lo parecía a éste. Transcurrieron algunos segundos, durante los cuales se disipó en parte el horror que lo paralizaba.

—¿Quién eres? —murmuró entonces—. ¿Eres la imagen de la que amo? ¿Eres de esencia divina o bien el infierno me somete a nueva prueba?

Entonces habló la aparición y con voz dulce, bien timbrada y clara, dijo:

—Tranquilízate, Jacobo Clemente. No soy un ser infernal y en prueba de ello, mira.

Y diciendo estas palabras la aparición metió la mano entera en una pila de agua bendita.

—¿Quién eres, pues? —interrogó el monje.

—Tampoco soy de esencia divina. Soy uno de los seres aéreos que sirven de mensajeros al cielo, y de los cuales el Señor se vale para comunicar sus órdenes a los hombres que ha elegido para ejecutar su voluntad. Soy lo que en la tierra llamáis un ángel.

—¿Pero por qué has tomado esa apariencia? —preguntó el fraile.

—Porque es la del ser que amas. El Todopoderoso ha oído tus ruegos y se ha compadecido de ti. Y sí he tomado la figura que ves, es porque te está permitido amar a esa mujer.

Jacobo Clemente dio un grito ronco, que expresaba a la vez alegría, asombro y maravilla.

—¿Me está permitido amarla? —balbució.

—Sí, con la condición de que ejecutes las órdenes que voy a darte.

Jacobo Clemente tendió sus brazos a la aparición. Sus ojos se abrieron de un modo extraordinario. La cabeza se inclinó hacia atrás y su cuerpo se encorvó ligeramente. Todo terror había desaparecido de su espíritu.

—Habla, habla de nuevo —dijo con extasiada voz—. ¡Oh, tú, cuyo aspecto me embriaga y cuya voz me encanta!

El ángel sonrió maliciosamente y dijo:

—Soy el mensajero de Dios Todopoderoso y vengo a transmitirte las órdenes divinas. En el cielo tienes preparada la corona del martirio y en la tierra te prometo la del amor.

—¿Qué debo hacer? —exclamó el fraile transfigurado.

—Debes cumplir una misión que libertará al pueblo de Francia, al pueblo de Dios. Has sido elegido para herir a Valois. Por ti el tirano perderá la vida.

Dichas estas palabras y antes de que Jacobo hubiera podido hacer un gesto, la blanca aparición se hundió en las tinieblas.

El fraile cayó de cara contra las losas. El espanto se apoderó de él como antes de la visión. Quiso huir y se quedó clavado en aquel sitio, temblando con todos sus miembros, con los cabellos erizados y la frente bañada de helado sudor.

Transcurrió una hora antes de que pudiera recobrar la lucidez de espíritu. Algo calmado se preguntó si todo ello no había sido un sueño. El profundo silencio de la capilla, todas las cosas en su lugar y la puerta que daba a las tumbas, bien cerrada, le probaban que había sufrido una alucinación. Al creerlo así, experimentó pesar.

—Hubiera sido demasiado hermoso —dijo—. ¡Tener derecho de amarla!

Y cuando empezó a andar, su pie tropezó con algo que despidió metálico ruido. Se inclinó y al recogerlo dio un grito que a la vez expresaba alegría y terror extraordinarios. Aquel objeto era la daga que el ángel tenía en la mano durante la aparición. El ángel le había dejado una prueba material de su paso por la tierra.

—¡Oh! —rugió el monje estrechando la daga con su mano convulsa—. ¡No he soñado, tengo el derecho de amar, porque aquí está el arma con la que debo dar muerte al tirano!

Tropezando con los bancos, salió de espaldas de la capilla y luego se dirigió corriendo a su celda, y echándose sobre su camastro, se desvaneció con la daga en su crispada mano.

XVIII - El molino de la colina de San Roque

PICUIC Y **GRAZNIDO** habían realizado su ensueño y visto sus esfuerzos coronados de pleno éxito. Habían sido promovidos a la dignidad de lacayos del señor duque de Angulema. No era exactamente lo que habían deseado, pues aspiraban al honor de servir al caballero de Pardaillán, pero como éste y el joven duque hacían vida en común, los antiguos héroes de Belgodere se dieron por satisfechos con el empleo de lacayos de Carlos de Angulema, esperando ser más que nada los escuderos de Pardaillán, al que profesaban admiración sin límites.

El día en que se discutió el asunto, el caballero les dijo que el estado de su fortuna y la inseguridad de su errante vida le prohibían tener un lacayo, y con mayor motivo dos.

—Además —añadió Pardaillán— me llamaríais a todo trapo monseñor, cosa que me fatigaría los oídos.

—¡Oh! Eso no sería ningún obstáculo —contestó Picuic—. Os llamaremos caballero si así lo queréis.

—No puede ser y, además, conmigo sólo ganaríais, de vez en cuando, algún golpe. Muchas veces, después de hacer una larga caminata, tendríais que dormir al raso con el estómago vacío, y no creo que esto pueda seduciros.

—En efecto —dijo Graznido haciendo una mueca.

—Pues yo con vos, señor —dijo Picuic dirigiendo encolerizada mirada a su compañero—, pasaría gustoso éstos y otros trabajos.

A la sazón llegó Carlos de Angulema e inmediatamente alquiló a los dos héroes. Como habían conocido a Violeta, se hallarían probablemente en estado de proporcionar indicaciones útiles. El mismo día fueron los dos instalados en la casa de la calle de Barrés y vestidos de nuevo.

—Tiremos nuestros vestidos viejos —propuso Graznido.

—Guárdalos muy bien, por el contrario. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Se ve que tu nueva posición social te llena de orgullo, pero yo soy previsor.

Al día siguiente del felicísimo en que los dos pobres diablitos hallaron lo que Picuic llamaba una posición social, es decir, el albergue y la comida asegurados para tiempo, el caballero de Pardaillán y el joven duque salieron con la intención de ir a la abadía de Montmartre, para ver si podían obtener algunos datos de la gitana Salzuma. Picuic y Graznido, orgullosos con sus nuevos trajes y armados hasta los dientes, seguían a diez pasos a sus amos.

Aun cuando contestaba al joven duque que, como puede suponerse, sólo hablaba de Violeta, Pardaillán pensaba en Maurevert, a quien vino a buscar a París después de haberle seguido la pista por Borgoña y Provenza. De pronto lo vio a quince pasos de distancia acompañado por un hombre. Pardaillán palideció ligeramente. Su mano se crispó en la guarnición de la espada, pero no por eso apresuró el paso. De pronto tuvo la intención de abordar a Maurevert, obligarlo a desenvainar la espada y matarlo allí

mismo. Pero rechazó enseguida tal idea, pues no quería que muriese así su enemigo.

—¿Qué tenéis, amigo? —preguntó el duque—. Estáis pálido.

—Nada, pero si me lo permitís, dejaremos para mañana nuestra expedición a Montmartre.

—Como queráis, ¿pero qué haremos?

—Seguir a esos dos hombres que van ante nosotros.

Y echaron a andar tras Maurevert y su compañero.

* * * * *

Era preciso que Maurevert estuviera distraído por una ocupación poderosa, porque si bien ordinariamente observaba con el mayor cuidado todas las personas que se hallaban cerca de él, a la sazón parecía haberlo olvidado todo para absorberse en escuchar lo que le decía su compañero, el cual tenía aspecto de molinero. Pero un observador cuidadoso, habría reconocido bajo aquel traje a un hombre de guerra.

Era, en efecto, Maineville, el favorito del duque de Guisa, y decía:

—El duque no lo cree. A pesar de la precisión de la carta que se lo denuncia, no quiere creer en ello.

—Y no obstante —observó Maurevert— esa carta procede de aquella mujer misteriosa.

—A la cual obedece como si fuera su soberana. Será necesario, Maurevert, que averigüemos quién es esa Fausta.

—Ya lo sabremos. ¿Y dices, Maineville que ella le ha escrito sobre el particular?

—He visto la carta.

—¡Oh, si fuera verdad, Maineville!

—Sería el trono asegurado para monseñor el duque, a quien sólo falta dinero.

Maurevert dio silenciosamente algunos pasos y luego, mirando con fijeza a Maineville, dijo:

—Sería el trono para el duque o la fortuna para nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maineville estremeciéndose—. ¡Oh! —añadió en seguida—. Ya te entiendo, Maurevert. Pero alto ahí, amigo. Soy fiel al duque en vida y muerte. Tengo más dinero del que gasto y lo que quiero no es oro, sino honor.

—¿Querrás decir honores? —observó Maurevert sonriendo.

—Es lo mismo. Lo que sé es que seré condestable si Guisa llega a ser rey.

—Entonces ya comprendo tu fidelidad.

—Claro, siempre hay algo en el fondo de una adhesión. Sea lo que fuere, soy fiel al duque, y si te daba la humorada de jugarle ahora una mala pasada, yo, a pesar de ser amigo tuyo, me vería en la triste necesidad de hundir mi espada en tu cuerpo.

—Ha sido una broma —dijo Maurevert—, soy tan fiel al duque como puedes serlo tú.

—Ya lo sé. Démonos prisa.

—Y dentro de una hora sabremos si la carta dice verdad. ¿Y si es cierto?

—Pues bien, iremos a avisar al duque de Guisa, que sabe muy bien lo que debe hacer.

Y entonces los dos hombres apresuraron el paso.

Franquearon la puerta de San Honorato, dejando a la izquierda el soberbio castillo que Catalina de Médicis había hecho construir sobre el antiguo emplazamiento de las Tullerías, y se dirigieron hacia una capillita que estaba dedicada a San Roque. Se alzaba al pie de un cerro que, por esta razón, se llamaba el cerro de San Roque. En la cumbre de la colina un bonito molino extendía sus grandes brazos alados, y los agitaba al soplar la brisa, de modo que el molino dominaba la capilla y las aspas formaban una cruz giratoria sobre la más pequeña, inmóvil, del campanario. En la capilla empezaba un sendero pedregoso que dirigiéndose hacia la derecha, por entre las tierras de labor, se encaramaba luego por los abruptos flancos del cerro y serpenteaba hasta llegar al molino. Tal sendero era muy estrecho, y los asnos que transportaban el trigo al molino no podían pasar más que uno a uno. En el momento en que Maurevert y Francisco de Roncherolles, señor de Maineville, llegaban a la capilla, se ofreció a ellos un espectáculo extraordinario.

Ascendían algunos mulos por el sendero llevando un saco cada uno que podía contener harina o trigo. Pero lo que parecía asombroso no era que los mulos cargados de trigo se dirigieran al molino, sino que aquellos animales que eran en número de treinta, iban conducidos por unos diez mozos de mulas, que se parecían tanto a éstos como Maineville a un mozo de molino. Aquellas gentes, llenas de polvo y curtidas por el sol como si hubieran hecho una larga etapa, tenían en el cinto grandes pistolas de arzón y dagas muy afiladas que las capas que llevaban, sobre los hombros, a pesar del calor, sólo disimulaban a medias.

—¡Ah, ah! —dijo Maineville—. He aquí los mulos señalados en la carta.

—Y el trigo que conducen debe valer su peso en oro —dijo Maurevert con los ojos brillantes de codicia.

—Esto es lo que debemos averiguar. Sígueme, Maurevert, y prepárate.

Los dos hombres se lanzaron a través de los campos y mientras corrían formaron su plan. Llegaron al sendero a la altura del último mulo tras del cual iba el último de los conductores de la escolta.

—¡Atrás! —gritó el arriero con amenazadora voz.

—¡Faquín! —grito Maurevert—. Voy a enseñarte el respeto debido a un hidalgo.

—Un momento, mi oficial —interrumpió Maineville—; ese buen hombre ignora que yo soy uno de los mozos del molino y que vos sois oficial de los molinos reales. Vamos, amigo, te escoltamos hasta el molino.

—¿Sois el mozo del molino? —preguntó el de mulas dirigiendo una mirada llena de desconfianza hacia Maineville.

—Me parece que esto se ve bastante. Y ese hidalgo que ahí ves tiene el derecho de inspeccionar el contenido de tus sacos.

—Derecho que quiero ejercer —contestó Maurevert.

—Como queráis, mi oficial —dijo Maineville—. Ese buen hombre no querrá buscar un compromiso a mi amo.

El mozo de mulas dirigió una rápida mirada a su alrededor. Vio que sus camaradas habían avanzado durante la discusión y por un instante pareció querer llamarlos; pero sin duda cambió de idea, porque contestó malhumorado:

—Haced la inspección. Voy a enseñaros el trigo.

Y deshaciendo el cordel que ataba la boca del saco, lo echó a través de la mula de modo que colgara a derecha e izquierda de los flancos del animal. Entonces entreabrió el saco y sacó un puñado de trigo. Pero Maineville avanzó como si quisiera ayudarlo y dándole un empujón hizo caer el saco al suelo. Se derramó el trigo en el sendero y, ya si contrapeso, cayó del otro lado. El mozo de mulas, sin decir una palabra, se preparó a la defensa, pero ya Maurevert había hundido la mano en el saco medio vacío y observó que en el fondo había un taleguito que palpó rápidamente.

Se levantó cuando ya el mozo de mulas se precipitaba sobre él. Maurevert estaba muy pálido. Aquel taleguito había despedido metálico sonido y al tocarlo sintió bajo sus dedos algunas formas duras que más pronto que el trigo recordaban ducados o escudos.

—Está bien. Recoge el trigo, buen hombre —dijo fríamente.

El mozo de mulas, sin contestar, sacó una pistola y se preparó a dispararla.

—¡Atrás, mi oficial! —dijo Maineville—. Ese hombre está loco.

Los dos dieron un salto y echaron a correr. Cuando ya habían dado una veintena de pasos, Maurevert sintió un choque en su cabeza y le cayó el sombrero. El mozo de mulas acababa de disparar. Maurevert y Maineville desaparecieron en breve y el arriero murmuró:

—¿Quiénes serán esos dos hombres? ¿Habrán dicho la verdad? No creo que hayan tenido tiempo de...

Hundió la mano en el saco, y seguro ya de que el contenido metálico permanecía en su sitio, se tranquilizó y cargándolo nuevamente siguió su camino y a poco se reunió con sus compañeros. Al pie del cerro, junto a un seto vivo, se detuvieron Maurevert y Maineville.

—Treinta mulas cargadas de oro —dijo Maurevert—. Es evidente que las veintinueve restantes van cargadas del mismo modo.

—Sí, tal vez ahí hay varios millones —contestó Maineville.

Los dos agentes de Guisa se miraron. Maurevert estaba lívido en tanto que Maineville permanecía tranquilo. Transcurrió un minuto de silencio y luego Maineville, poniendo la mano sobre el hombro de Maurevert, dijo:

—Ya te comprendo, camarada. Quieres decir que, si lo deseáramos, en vez de prevenir a nuestro duque, podríamos conquistar dos o tres de estos sacos, y entonces cada uno de nosotros tendría una fortuna que el mismo duque de Epernon envidiaría. Pero dime; de conseguirlo, ¿qué harías tú de ese oro?

—Lo que haría —dijo Maurevert— sería marcharme. Empiezo a cansarme de la guerra y de las aventuras. Además he experimentado la ingratitud de los grandes. He servido a Carlos IX y éste me olvidó. He servido a Catalina de Médicis, haciéndole uno de aquellos servicios que salvan a una dinastía, pero Catalina me dejó pobre como antes. Por fin he servido a los Lorena. Nuestro gran Enrique me ha prometido el oro y el moro, pero nunca se realizan sus promesas. Si yo poseyera doscientas mil libras, me marcharía. No sé dónde, pero en fin, el aire de París no me sienta bien actualmente. Ya no me atrevo a pasearme por miedo de encontrar...

—¿A quién? —preguntó Maineville.

—A un espectro. ¿No crees en los aparecidos? Pues yo sí, porque he visto a uno.

Maurevert se estremeció como las hojas del seto vivo que en aquel momento se agitaban.

—Espectros —dijo Maineville encogiéndose de hombros—. Siempre que los he encontrado me he librado de ellos con una buena puñalada.

—Ya lo he probado, pero mi espectro tiene el alma, muy bien arraigada en el cuerpo. La otra noche lo hice seguir por dos truhanes, pero los cogió y se los llevó bajo el brazo como si hubieran sido muñecas.

Maurevert se pasó la mano por la frente.

—Cualquiera diría que tienes miedo —dijo burlescamente Maineville—. Yo no temo nada.

—¡Miedo! —exclamó sordamente Maurevert—. Ya me conoces. Me has visto en más de veinte encuentros. Me he batido con los espadachines más terribles de los Cuarenta y Cinco. El mismo Bussi-Leclerc declara que no tiene deseos de habérselas conmigo. He derramado mi sangre, arriesgando mil veces mi vida en las emboscadas nocturnas y en los combates a la luz del día. He visto muchas veces la muerte y nunca he temblado. No obstante, Maineville, cada vez que pienso en ese hombre, siento que me recorre el cuerpo un escalofrío; si estoy en la calle me apresuro a irme a casa y una vez allí me parapeto. Sí, Maineville, tengo miedo de ese hombre, miedo hasta el punto de que me mataría para sustraerme a ese sentimiento.

Maineville ya no se reía.

—Tengo precisión de huir —continuó sordamente Maurevert—, aunque sea al fin del mundo, para gozar por fin de la alegría, que no conozco hace dieciséis años, es decir, dormir tranquilo sin temor a ese hombre. Y para ello me falta dinero. Maineville, ¿qué son doscientas mil libras? Déjamelas tomar.

—Escucha —dijo entonces Maineville—; se preparan grandes cosas. El duque será rey de Francia. La gran conspiración empezada hace ya mucho tiempo y de la que tú formabas parte, Maurevert, pues era en tiempo de la matanza de los hugonotes, la gran conspiración, repito, va a dar los resultados que se esperaban. ¿Qué falta? Casi nada. Un poco de oro para obtener hombres, reducir al Bearnés y acorralar al Valois en su última trinchera. El Papa nos había prometido ese oro, pero he aquí que el muy ladrón nos abandona y se lleva el dinero. Teme algo sin que se sepa qué. Ese

oro, Maurevert, representa la Liga salvada, la corona para Guisa y para mí la espada de condestable. Si distraemos una parte nos ponemos a la altura de miserables rateros. Guisa nos echaría.

—¿Qué me importa? —exclamó Maurevert.

—Pero a mí me importa mucho. Busquemos a algunos compañeros atrevidos; y esta noche atacamos el molino. Nos apoderamos de los talegos y los transportamos al palacio de Guisa. Entonces digo al duque: monseñor, ahí está el dinero. Para mí no deseo nada, pero son necesarias doscientas mil libras para Maurevert. De lo contrario dará a conocer a todo el mundo el medio de que os habéis valido para obtener ese dinero que os permitirá levantar un ejército. ¿Crees acaso que Guisa te rehusará esa suma?

Maurevert no contestó. Reflexionaba.

—Es todo lo que puedo hacer —dijo Maineville—. Si trataras de tomar el dinero, con gran pesar por mi parte, me vería obligado a atravesarte con mi espada.

—Sí, tienes razón.

—¿Así, pues, lo haremos según acabo de decirte?

—Punto por punto —contestó Maurevert—. Hasta la noche.

—Perfectamente, querido amigo. Pero de aquí a la noche no me dejes, hombre. Yo ya me pongo en tu lugar. Comprendo que en este momento tienes grandes deseos de destriparme y de correr luego hacia el molino, pero ponte también en mi lugar, Maurevert, y comprenderás que por mi parte estoy decidido a cortarte el cuello a ti, mi mejor amigo. ¿Qué quieres? No soy apocado, como ya sabes, y si se tratara de robar a otro que a Guisa, no tendría inconveniente en seguir tu plan. ¿Pero quién soy yo, en suma, sino el dogo de Guisa? Si se acercan al duque gruño, y si quieren quitarle la pitanza saco a relucir los dientes. Seamos amigos, Maurevert.

Maineville acababa de hablar con toda su sinceridad de reitre que se ha vendido en cuerpo y alma a un amo y está dispuesto a morir por él a no ser que halle a otro que pague más caros aquel cuerpo y aquella alma. Su violenta franqueza era admirable. Al mismo tiempo que tendía su mano derecha en señal de amistad, comprimía con la izquierda el pomo de su daga preparado a herir.

Aquella especie de fidelidad salvaje que Maineville profesaba por su amo, era común en aquella época. Un brazo era fiel y cuando se pasaba al campo enemigo, llevaba allí la misma fidelidad, si bien se limitaba a avisar la víspera a su primer amo, para que no contara ya más con él.

—Pues bien, sea —dijo Maurevert—; no te dejaré hasta la noche, y a pesar de que tus sospechas me ofenden, he aquí mi mano. Quedamos amigos, Maineville.

Los dos se dieron un apretón de manos que no vacilamos en calificar de leal.

—Pero —repuso Maurevert— bien entendido que te comprometes a procurarme doscientas mil libras.

—Por la barba del Papa Sixto que, a su pesar, será nuestro proveedor, te lo juro. No habrá más remedio para Guisa sino desatar los cordones de uno de esos lindos

sacos de trigo. De modo que desde mañana podrás emprender el vuelo a otras tierras, lo cual me causará un pesar dada la amistad que te profeso, pero en cambio me satisfará el pensar que habrás obtenido la ansiada tranquilidad de ánimo. Ahora vamos a dar cuenta al duque y a preparar la expedición.

Rápidamente se alejaron hacia París. Entonces, de un seto que bordeaba un campo de avena, se apartaron algunas ramas y apareció una cabeza pálida, cuya sonrisa habría asustado a Maurevert, y unos ojos ardientes se fijaron en los dos hombres, hasta que éstos hubieron desaparecido en la primera revuelta del camino. Luego, el cuerpo que pertenecía a aquella cabeza, o, al revés, si se prefiere, salió arrastrándose, se enderezó, y el caballero de Pardaillán permaneció inmóvil y pensativo.

—Lo que es esta vez —dijo— creo que lo tengo.

LA VENGANZA DE FAUSTA

XIX - El molinero

EL CABALLERO de Pardaillán se puso a seguir a Maurevert y a Maineville, desde el instante en que los divisó. Pasada la puerta de San Honorato, dejó a Angulema y a los dos nuevos lacayos que le esperaban ocultos en una casa medio arruinada. Desde lejos asistió a la disputa del mozo de mulas con Maineville y Maurevert. Luego vio cómo este último huía a toda prisa, y también oyó el pistoletazo que le disparara el mozo. Rastreado por entre los tallos de avena del campo, pudo acercarse hasta el seto junto al cual tuvo lugar la conversación descrita. Entonces el caballero se dirigió hacia la casa abandonada en que dejara a Carlos.

—¿Queréis jugar una mala pasada al duque de Guisa?

Carlos interrogó a Pardaillán con la mirada.

—Regresad a vuestro palacio —continuó éste— y tomad armas y municiones. Montad a caballo con estos dignos servidores que arden en deseos de seros útiles.

Picuic movió su nariz puntiaguda y la cara de Graznido se alargó.

—Haced que uno de los dos me traiga mi caballo. Os espero en el molino que desde aquí se descubre.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Carlos.

—Ya os lo he dicho, de jugar una mala pasada a Enrique de Guisa y de inferirle un golpe del que no podrá reponerse.

El joven duque no preguntó nada más. Tenía en Pardaillán confianza ilimitada; y aun cuando era duque de Angulema, estaba emparentado con los príncipes y era sobrino del rey de Francia, obedecía sin chistar al pobre aventurero que carecía de títulos y de fortuna. Partió enseguida y Pardaillán tomó nuevamente el camino del cerro de San Roque.

A los pocos minutos empezó a seguir el sendero por el que una hora antes habían pasado las treinta mulas. Con gran asombro por su parte, observó que el sendero estaba libre. Pudo llegar a la meseta sin haber sido detenido por ninguno de los centinelas que esperaba hallar.

—¿Acaso las mulas llevaban trigo en realidad? —pensó—. ¿Acaso la historia de grandes sumas de dinero en el fondo de los sacos, no será más que una quimera? ¡Hum! No creo a Maurevert hombre capaz de equivocarse en este asunto.

Las cercanías del molino no denunciaban nada extraordinario. Los grandes brazos alados giraban apaciblemente, impulsados por la fuerte brisa del Oeste, que transportaba aromas de tomillo, menta y espliego. Pardaillán escuchaba el ruido regular y monótono de la rueda que trituraba el grano. Algunos mozos, blancos de harina, pasaban cargados con sacos. Un caballo, en libertad, pacía entre dos grandes bueyes echados, que con la cola le sacudían las moscas. Pero no se veía una sola mula, así como tampoco ningún arriero. Entró en la casa del molinero, cuya puerta estaba completamente abierta.

—Decididamente Maurevert ha soñado —se dijo golpeando la mesa con el pomo

de su espada.

Al oírlo, apareció una criada de cabello rojo y con gran asombro preguntó qué deseaba aquel visitante armado de pies a cabeza, como sin duda no había entrado nunca otro igual en el molino.

—Oye, hermosa —dijo Pardaillán, que conocía el valor de la lisonja—. Quisiera hablar a tu amo para un negocio de harinas, un negocio de mucho dinero.

—¡Ah! —dijo un hombre que entraba en aquel momento—. ¿Decís un negocio de mucho dinero, señor hidalgo?

Y el molinero, que acababa de entrar en la estancia, fijó en Pardaillán una mirada viva y penetrante.

—Veamos el negocio —continuó.

—Quiero compraros sencillamente algunos sacos de trigo, pero pagándolos en diez veces su precio corriente.

—¿Diez veces su precio?

—Sí —contestó el caballero con gran frialdad—. Y necesito treinta sacos. Como veis, es una fortuna.

—¡Treinta sacos! —exclamó el molinero, que dirigió al extraño comprador una mirada más llena de desconfianza que la primera.

—Sí, y sólo pongo una condición a ese trato, y es que quiero elegir yo mismo los sacos uno por uno.

—Es muy justo —dijo el molinero, que entonces, como al descuido, cerró la puerta de entrada.

—Podéis correr el cerrojo, amigo mío —dijo burlonamente Pardaillán—. Y espero que no vacilaréis en hacerlo cuando sepáis que quiero precisamente los treinta sacos que hace poco rato vinieron cargados en otras tantas mulas.

Al oír estas palabras el molinero dio un grito, sin duda para llamar a sus amigos, porque instantáneamente acudieron los arrieros armados de puñales y pistolas. Pardaillán desenvainó la espada e iba ya a trabarse el combate, cuando una voz fuerte gritó:

—¡Alto!

Los arrieros se detuvieron como petrificados. Por su parte, Pardaillán dirigió al suelo la punta de su espada. Y entonces vio entrar a un anciano de elevada estatura, altanero porte y ojos escrutadores, que hizo un gesto de mando. Acto seguido desaparecieron el molinero y los arrieros, en vista de lo cual Pardaillán envainó nuevamente la espada. El anciano le miró atentamente durante algunos segundos y luego le dijo:

—Caballero, soy el amo de este molino. Si queréis proponer algún negocio, es a mi a quien debéis dar cuenta.

—Así, pues —preguntó Pardaillán—, ¿el amo de este molino sois vos?

—Yo mismo.

—Lo creo perfectamente, caballero —dijo Pardaillán inclinándose cortésmente—,

porque el molinero me pareció ser hombre de elevada posición.

—Caballero —añadió—, creo inútil emplear subterfugios con vos. Empezaré por deciros que he sorprendido vuestro secreto. Las mulas que han subido aquí, iban cargadas de oro.

—Exactamente, caballero. Llevaban tres millones.

Pardaillán hizo un gesto de indiferencia. La mención de aquella suma enorme no parecía haberle producido la menor impresión, y desde entonces el amo del molino lo miró más atentamente.

—¿Sois vos —dijo— el que hace poco se hizo pasar por oficial del rey y abrió uno de nuestros sacos?

—No, señor; y tened presente que nunca me tomo el trabajo de mentir, pero he sorprendido una conversación de ese hombre y gracias a ello me he enterado de la verdad.

El amo del molino, o el que se titulaba tal, examinaba a Pardaillán y éste hacía lo mismo. Cada uno reconoció en el otro a un hombre de valor.

—¿Por qué impedisteis a los arrieros que se echaran sobre mí? —preguntó Pardaillán.

—Porque vuestro aspecto me interesó y habría sentido que os ocurriera algo desagradable. Así que os vi subir el sendero sentí deseos de trabar conocimiento con vos. ¿Queréis decirme cuál es vuestro nombre?

—Me llaman el caballero de Pardaillán, ¿y vos?

—Yo me llamo el señor Peretti —dijo el anciano después de cierta vacilación—. Y ahora decidme: ¿con qué intención habéis subido al molino?

—¿Sabéis —preguntó Pardaillán— quiénes eran los dos hombres que disputaron con uno de vuestros arrieros?

—A distancia, me parece haber reconocido a uno de ellos, el que iba vestido de mozo de molino: es el señor de Maineville, que pertenece a la casa de Guisa.

Diciendo estas palabras el señor Peretti miraba, atentamente a Pardaillán. Éste no se asombró de que ejerciera tal vigilancia y de que conociera a los servidores de Guisa.

—Y vos, señor de Pardaillán —añadió el señor Peretti—, ¿no pertenecéis al señor duque?

—Voy a deciros —contestó tranquilamente el caballero— con qué intenciones he subido al molino. Esto es lo que os interesa más, sin duda alguna. Sabed, pues, señor Peretti, que yo iba siguiendo hacía algún rato al señor de Maineville y a su compañero.

—¿Quién era ese compañero? —preguntó vivamente el señor Peretti.

—Vos reconocisteis a Maineville. Os he dicho mi nombre porque me, lo habéis preguntado. En cuanto al otro a quien no conocéis y a quien yo conozco muy bien, su nombre os es inútil y me permito reservármelo.

—Se ve que profesáis viva amistad a ese hombre. Pero continuad, os lo suplico,

porque vuestra conversación me interesa cada vez más.

—Pude oír la conversación de Maineville, que pertenece al señor de Guisa, como habéis dicho. Lo que quiere hacer ese Maineville me disgusta sobremanera y he venido aquí para impedir que lo haga.

—¿Qué intenta?

—Quiere ir a decir a su señor y amo que han llegado los millones prometidos por el Papa Sixto.

—¡*Briccone!* —murmuró palideciendo el señor Peretti.

—¿Qué decís? —preguntó Pardaillán.

—Nada, proseguí vuestro relato, que me interesa extraordinariamente.

—Ya me lo figuro. Parece, pues, que Su Santidad, después de haberlo prometido, se vuelve atrás. ¿Por qué? No lo sé, y no me importa. Maineville debe volver aquí con algunos amigos para apoderarse de los preciosos sacos de Su Santidad, llevar al duque de Guisa todo el trigo cedido a la sombra del Vaticano, para que el duque lo convierta en un pastel real, y eso yo no lo quiero.

—¿Acaso porque queréis parte del pastel? —preguntó el señor Peretti.

—De ser así, me lo habría tomado por mi mano. No, os lo repito, es que no quiero que el duque de Guisa se coma ese pastel y he venido a decir al molinero: «Buen hombre, esta noche te van a robar tu tesoro a menos que yo lo impida. He avisado a dos o tres amigos atrevidos como yo y que estarán aquí para recibir dignamente a los enviados del duque de Guisa».

—¿Y qué pedís por este servicio que me ofrecéis?

—Nada —contestó Pardaillán.

—La verdad, no comprendo cómo conociendo semejante secreto al venir a ofrecer vuestros servicios, no pidáis nada, cuando podríais exigir mucho. Es un rasgo muy hermoso, caballero. Demasiado hermoso tal vez.

Aun cuando el anciano había pronunciado estas palabras en voz muy baja, Pardaillán las oyó y dijo:

—Evidentemente, señor, podéis sospechar que bajo mi desinterés, que os parece tan hermoso y a mí tan sencillo, se esconda alguna traición, pero yo no tengo ninguna necesidad de dinero. Sin duda podéis sospechar que soy algún enemigo enviado para explorar la plaza, pero desgraciadamente no puedo ofrecer os otra garantía de mi lealtad que mi palabra de honor.

—¿Y si no os creyera?

—En tal caso —dijo fríamente el caballero— me vería obligado a mataros, así como también a vuestros arrieros, a fin de impedir que el tesoro pontificio cayera en manos de Guisa.

—¿Cómo! ¿Me mataríais?

—No sin cierto pesar, debo confesarlo, porque me sois simpático.

—Pues bien, por Jesucristo, también me inspiráis simpatía, joven; tengo confianza en vos y voy a mostraros dónde están ocultos los sacos.

—Lo que es ahora va a hacerse traición —se dijo el señor Peretti.

Pero Pardaillán permaneció sentado y dijo tranquilamente:

—No tengo ninguna necesidad de saber dónde está vuestro tesoro, maese Peretti, y si queréis que os de un buen consejo, os diré que hagáis cargar los sacos a toda prisa y los saquéis de aquí cuanto antes.

El señor Peretti era, sin duda, un hombre muy desconfiado, porque se dijo que Pardaillán podía haber ido al molino para atraer a sus hombres a una emboscada. Por otra parte, aquella fisonomía franca, audaz y llena de nobleza, le inspiraba irresistible confianza. Resolvió, pues, no sacar el tesoro, y aceptar los servicios de Pardaillán.

—Sois un bravo caballero —dijo—. Excusad mi desconfianza, que os parecerá natural cuando os diga que soy responsable de todo ese dinero. Hablaré de vos a nuestro Santo Padre y tened la seguridad de que él hallará el modo de recompensaros dignamente.

—No necesito ninguna recompensa —dijo Pardaillán—. No os preocupéis por eso.

—Pero ¿qué hombre será éste? —se preguntó el señor Peretti cada vez más perplejo.

Y para penetrar el misterio, rogó al caballero que comiera con él, cosa que Pardaillán se apresuró a aceptar, porque el paseo matutino le había despertado el apetito.

Durante la comida, el caballero observó muchas cosas. Ante todo que los manjares eran demasiado delicados para un molinero; luego que el señor Peretti estaba rodeado de extraño respeto. Se figuró, por lo tanto, que tenía delante algún alto y poderoso señor al servicio de Sixto V. En cuanto al señor Peretti, no pudo notar en su huésped otra cosa sino que poseía envidiable apetito y que su conversación era agradable.

La comida tocaba a su término, cuando llegó el duque de Angulema escoltado por Picnic y por Graznido. Los dos lacayos llevaban cada uno dos mosquetes, pistolas y, en fin, todo un armamento de guerra que hizo sonreír al señor Peretti.

—¡Diablo! —dijo—. Creo que sois hombres precavidos. Tenemos ahí con qué sostener un sitio.

—De un sitio se trata.

—¿Cómo? ¿Creéis que el duque de Guisa?...

—Creo que esta tarde habrá un pequeño ejército al pie del cerro de San Roque —contestó Pardaillán.

El señor Peretti se preguntó si no haría mejor retirándose. Ya no sentía desconfianza de Pardaillán, pero hasta entonces había creído que el caballero exageraba la situación. Al ver las armas de guerra, empezó a tomar la aventura en serio.

—¡Caramba! —se dijo—. Creo que estaría mejor en el palacio de la reina Catalina. Mi presencia no es indispensable. Una bala se pierde y una puñalada se da

con la mayor facilidad. ¿Y qué sucedería, Señor, si mañana se supiera la muerte de Sixto V?

Pero el señor Peretti era valiente, sin duda alguna. Además sentía irresistible curiosidad por ver en la faena a aquel hombre extraordinario que pretendía defender un tesoro sin aspirar a recompensa alguna. Por esta razón se quedó el señor Peretti.

El día transcurrió sin incidentes. Al caer la tarde, Picuic y Graznido fueron mandados de exploración al pie del cerro, para que señalaran la proximidad de cualquier grupo con armas o sin ellas. Picuic estaba contento, pero Graznido, en cambio, más lúgubre que nunca.

—Pero, oye —preguntó el primero al segundo—. ¿Por qué suspiras así?

—Porque no puedo sufrir las injusticias de la suerte.

—Eres injusto. ¿De modo que te libras de Belgodere, que te apaleaba, te ves colocado en una casa en donde se come cuatro veces al día y a las órdenes de un amo que te habla con exquisita cortesía, muy lejos de pegarte, y aún te quejas?

—¿Qué me importa todo eso si me matan?

—¿Y por qué te han de matar, imbécil?

—Pues es cosa muy natural si tenemos pelea. Picuic, ¿quieres que te diga una cosa que se me ha ocurrido?

—¿Cuál?

—Pues que ese señor de Pardaillán es un hombre que no piensa más que en estocadas y cintarazos.

—En eso tienes razón, ¿y qué más?

—Pues que deberíamos marcharnos.

Picuic desenvainó la daga.

—Oye, amigo —dijo—, si tratas de deshonrarnos huyendo cobardemente, morirás antes de la pelea, porque estoy dispuesto a matarte con mis manos.

Graznido se convenció inmediatamente al oír el clarísimo argumento de Picuic; prometió ser valiente como Ajax, pero mientras descendía hacia la capilla de San Roque, adonde Pardaillán les enviaba de centinelas, suspiraba y murmuraba:

—¿De qué nos servirá comer bien si nos atraviesan el cuerpo con lanzas, flechas o balas hasta que parezcamos espumaderas?

—Nos servirá siempre para morir dignamente en la reluciente piel de dos hombres bien comidos.

Graznido creyó tal vez que aquella consideración era buena, porque cesó de lamentarse. Los dos se instalaron entonces en las cercanías de la capilla de San Roque y empezaron a vigilar el terreno en la dirección de la puerta de San Honorato. Había llegado la noche. Graznido empezaba a creer que todo iría bien, cuando salió de París un numeroso grupo de hombres armados y se dirigió en línea recta hacia la capilla. Eran cuarenta hombres armados, a los que seguía una pesada carreta arrastrada por tres vigorosos caballos. Los hombres de armas debían intimidar a los del molino y la carreta transportar al palacio de Guisa los treinta sacos del precioso metal.

Maineville mandaba la expedición y a su lado iban Maurevert, Bussi-Leclerc y Crucé. El resto se componía de soldados, pues aquella especie de razzia debía permanecer secreta. Confundido con los soldados iba un caballero que llevaba antifaz: era el duque de Guisa en persona, que quiso asistir a la operación temiendo, tal vez que alguno de los sacos se extraviara por el camino. Maineville, Bussi-Leclerc y Crucé eran íntimos de Guisa, gentes que le pertenecían en cuerpo y alma, capaces de cualquier cosa y eran ellos los únicos caballeros del duque que formaban parte de la expedición.

Ya conocemos a Maineville y Maurevert. Crucé era un burgués, liguero rabioso, pariente de aquel Crucé que se distinguió de tan horrible modo en la matanza de San Bartolomé. Hizo al duque algunos servicios de naturaleza especial designándole los que en el Parlamento podrían hacerle oposición seria. Además, manejaba muy bien la daga.

Juan Leclerc, maestro de armas, nombrado por Guisa gobernador de la Bastilla, era una especie de bravo que se vanagloriaba de no haber tenido un solo duelo en que no hubiera muerto su contrario. A su nombre de Leclerc había antepuesto el de Bussi, en memoria del famoso Bussi de Amboise, miserablemente asesinado por los favoritos de Enrique III. En suma, esos cuatro hombres componían el consejo secreto de Enrique de Guisa.

Éste, dirigiéndose al molino para apoderarse de los millones que Sixto V hiciera llegar para él y que le rehusaba a la sazón, sentía grandes esperanzas. Con aquella enorme suma podría faltar a la palabra dada a Catalina de Médicis de no intentar nada contra Enrique III. Podría sobornar a los consejeros del Parlamento que eran sus contrarios, y también pagar los sueldos atrasados de sus dos o tres regimientos que obedecían ya murmurando. Podría levantar un ejército, sostener una campaña, obligar a Enrique de Bearn a que se refugiara en sus montañas, capturar a Enrique III, deponerlo y hacerse coronar: en fin, era la realización del vasto plan ideado por Fausta.

El duque de Guisa iba, pues, mientras se dirigía al molino, a la conquista de aquel trono, objeto de sus ambiciones desde la edad de veinte años. Sordo furor le animaba contra aquel Papa Sixto, cuyo enviado había recibido para anunciarle que Su Santidad, exhausto por las pérdidas de dinero, no podía socorrerlo. Menos de dos horas después de la visita de aquel enviado que pretendía llegar directamente de Roma, Guisa recibió una carta en que Fausta le decía que el dinero estaba en París. Maineville, mandado para asegurarse del hecho, volvió al poco rato confirmándolo. Y Guisa, devorado por la rabia y la impaciencia, se perdía en suposiciones acerca de aquella inesperada defección del Papa, porque si el dinero estaba en París, era indudable que había llegado con destino a él.

—Pues bien —acabó diciéndose—, es preciso apoderarme de lo que me rehúsan. ¡Desgraciado de Sixto si un día cae en mis manos!

La expedición fue prontamente resuelta. El plan era de admirable sencillez.

Marchar contra el molino con tropa poco numerosa para no ocasionar alarma; dar muerte a todos los que allí estuvieran, cargar los sacos en una carreta y llevarse el botín al palacio de Guisa.

Picuic y Graznido vieron la pequeña tropa que avanzaba en buen orden.

—Volvamos al molino —dijo Picuic.

—¿Pero no sería mejor dejarlos pasar? —observó Graznido mirando aterrado a los asaltantes que se acercaban—. Así podríamos vigilarlos por detrás.

—Y si se baten, como sucederá sin duda, ¿qué haremos, Graznido?

—Pues bien, presenciaremos la pelea desde lejos. El señor caballero nos ha mandado a vigilar.

—Graznido, me avergüenzas. Vamos, vamos a avisar que el enemigo se acerca.

Picuic emprendió la marcha y Graznido lo imitó, pero al cabo de algunos pasos tropezó por casualidad o expresamente y cayó de rodillas. Picuic siguió corriendo solo. Entonces Graznido empezó a bajar velozmente hacia la capilla de San Roque, pero en aquel momento la tropa señalada estaba a punto de llegar a dicha capilla. Graznido oyó los pasos pesados de los hombres de armas, cubiertos de coraza y casco de hierro. Se echó a temblar y se dio por perdido.

Pero en el momento en que la tropa de Guisa empezaba a dar vuelta a la capilla para tomar el sendero en que estaba sentado Graznido, el instinto de conservación le galvanizó; se levantó, saltó e izándose sobre una piedra, pudo llegar, gracias a sus largos brazos, a la ventana que alumbraba el coro de la capilla. De un codazo hundió la vidriera y a los pocos instantes estaba en el interior. La tropa conducida por Maineville pasó.

Otro que Graznido, hubiera juzgado pasado el peligro; pero si el hércules no brillaba en general por su imaginación, en aquel momento, sobreexcitado por el miedo, dióse a engendrar toda suerte de incidentes. Oyó murmullos en la capilla a su alrededor, a pesar de que no había nadie. Con toda evidencia lo habían visto, y la tropa entera, cambiando de rumbo y de táctica, se preparaba a dar el asalto a la capilla.

Graznido buscó alocadamente un agujero en que meterse, y recorrió a oscuras la capilla, tropezando con los bancos y las sillas, que se convirtieron en enemigos suyos. La papilla había sido invadida y un ejército entero iba a la caza de Graznido. Sintió aumentar su miedo de un modo prodigioso y el pavor lo hizo ser valiente: empuñando una silla empezó a defenderse. Tuvo entonces lugar una batalla formidable entre el gigantesco Graznido y los enemigos ausentes. La silla, al extremo de su largo brazo, describía terribles molinetes.

—¡He muerto otro! —gritaba—. ¡Cobardes! ¡Veinte contra uno! ¡Pam! Otro que cae. ¡Socorro! ¡Perdón! ¡Socorro!

Graznido, en aquella lucha fantástica, no retrocedía ante nada. De pronto cayó cuan largo era; en el mismo instante resonó a lo lejos una descarga cerrada de arcabuces. Las detonaciones lejanas contribuyeron a aumentar su pánico. Se cogió

con fuerza a una argolla de hierro que halló al azar y tiró de ella con toda su fuerza. De pronto observó que a costa de tirones había conseguido levantar la losa.

Entonces, con la fuerza que dan el pánico y la desesperación, acabó de levantar la losa y apareció un agujero. Convencido de que gran número de enemigos iban a darle alcance, alocado por el disparo de los arcabuces, se metió atrevidamente en aquel agujero. Nunca liebre alguna entró en su madriguera con tanta precipitación. Sus pies tocaron las gradas de una escalera de piedra y, sin pensad en colocar nuevamente la losa en su sitio para que protegiera su fuga, fue bajando y profiriendo al mismo tiempo toda clase de exclamaciones, implorando gracia.

Ante él se abrió un larguísimo corredor. La oscuridad era profunda, absoluta. ¿Adónde iba a parar aquel subterráneo? ¿Sabía acaso que era un subterráneo? Graznido corrió hasta perder el aliento, y la repercusión de sus propios pasos acabó de convencerle de que sus enemigos lo perseguían. De pronto su frente chocó contra un obstáculo. Tuvo la sensación de haber recibido un mazazo en la frente. Cayó y, abandonándose a su triste suerte, se desvaneció.

Durante aquella memorable batalla de Graznido en la capilla, Picuic continuó la carrera, y solamente al llegar al molino, se dio cuenta de la desaparición de su compañero.

—El cobarde ha huido. ¡Ah, Graznido! Nos estás deshonrando.

Y como Picuic no quería verse deshonrado, dijo a Pardaillán que Graznido se había emboscado al pie del sendero para ver si podía poner en práctica un plan que se le había ocurrido.

—Yo me habría quedado con él para ayudarlo —añadió—, pero era necesario avisaros de la llegada del enemigo.

Pardaillán se convenció de que Picuic había tenido miedo y de que, por el contrario. Graznido era un valiente de primera fuerza. El caballero tomó enseguida sus disposiciones y reunió a toda su gente en la sala principal; es decir, al molinero, a tres mozos y diez arrieros, lo cual, comprendiendo al duque de Angulema, a Picuic y a sí mismo, hacía ascender a diecisiete el número de los defensores del molino. En cuanto a las dos o tres mujeres, se habían encerrado en una sala que daba al campo.

El señor Peretti seguía con la mirada todas las evoluciones del caballero. Se advertía en su rostro un asomo de desconfianza. La nueva de que se acercaba el grupo de los enemigos le hizo palidecer, pero no de miedo.

Pardaillán acababa de hacer salir a su tropa. Oíanse los pasos de los hombres de Guisa que subían el sendero y muy pronto se distinguieron sus siluetas.

—¿Acaso ese joven será un traidor? —reflexionó el señor Peretti—. ¿No será un enviado de Guisa? Mi destino y el del reino de Francia están en manos de ese desconocido. Si es un traidor, mis millones caerán en manos de Guisa. Éste será rey y yo tal vez prisionero. ¡Qué aventura! ¡En qué tiempos vivimos, Señor! Pero, por la sangre de Cristo, ya veremos. El viejo porquerizo tiene todavía algunos recursos.

Y pensativo fue a apoyarse de codos en el antepecho de la ventana, y lleno de

sospechas examinó los preparativos llevados a cabo por el caballero de Pardaillán. Todas las luces habían sido apagadas.

—Dentro de un instante lo sabré —murmuró el señor Peretti—. Si Guisa entra aquí, ¿qué voy a decirle? Le diré...

De pronto se oyó una detonación violenta y el fogonazo disipó por un momento la oscuridad de la noche. En el sendero se oyeron los gritos de los heridos, y la retirada rápida de los sobrevivientes.

—¡Ya tienen su merecido! —dijo tranquilamente el caballero—. Cargad nuevamente las armas sin daros prisa. Transcurrirá por lo menos media hora antes de que se repongan de la sorpresa.

El señor Peretti oyó estas palabras y sonrió.

—No es un traidor —se dijo—. Decididamente el señor de Guisa no tendrá mi dinero. El Bearnés será rey. ¿Por qué no estará aquí en vez de en La Rochela?

Abrió la puerta con viveza, y llamó al caballero con acariciadora voz.

—No temáis nada —dijo Pardaillán aproximándose.

—No tengo miedo, caballero. Pero acabáis de decir que sin duda transcurrirá media hora antes de que ataquen de nuevo.

—Y tal vez una hora, ¿por qué lo decís?

—Pues porque creo llegado el momento de seguir el excelente consejo que me disteis, es decir, hacer salir a mis treinta mulas. Pero, en fin, a decir verdad, temo...

—Teméis que el señor de Guisa, al hallar el molino vacío, lance a una compañía en persecución de vuestras mulas y que éstas sean por fin alcanzadas.

—Eso mismo, amigo mío. ¿Me permitís que os llame así, verdad? Acabáis de hacerme un servicio muy grande, pues soy responsable del dinero ante Su Santidad. Pero no tengáis cuidado, que Su Santidad sabrá todo lo que debe al caballero de Pardaillán. Estoy muy apurado porque si me persiguen... sería necesario...

—Sería necesario —interrumpió Pardaillán— que las gentes del duque se vieran detenidas hasta el alba ante el molino, pues así podréis tomar ventaja.

—Nunca vi hombre tan inteligente como vos —dijo el señor Peretti visiblemente emocionado.

—Ya os he dicho que quería jugar una mala pasada al señor duque de Guisa.

—¿Pero vos solo? ¿Vos solo seréis capaz de contener a ese ejército? Porque debo preveniros que el molinero y su gente deben acompañarme.

—Ya lo supongo, porque todos esos señores se parecen tanto a molineros como yo al Papa.

—Pues os parecéis a él tal vez más de lo que pensáis, si no por el rostro, porque, desgraciadamente, el Santo Padre es muy viejo, a lo menos por la fuerza de carácter. Joven, no queréis ninguna recompensa y comprendo perfectamente que es inútil insistir. No obstante, tomad esta sortija y quizá en ciertas ocasiones podrá seros más útil que una fortuna.

Y diciendo estas palabras el señor Peretti le entregó una sortija. Pardaillán, sin dar

importancia al asunto, se la puso en uno de sus dedos. Diez minutos más tarde, mientras Picuic, Carlos de Angulema y Pardaillán continuaban disparando en las tinieblas, al azar, para hacer creer al enemigo que el molino estaba bien defendido, las treinta mulas, cargadas de sus preciosos sacos, salían por la parte posterior y emprendían la marcha. El señor Peretti seguía a caballo escoltado por el molinero y sus mozos, transformados en hombres de armas. En cuanto a las criadas, habían emprendido a pie el camino de Montmartre.

La caravana llegó rápidamente a Ville-l'Evêque, y entonces el que parecía ser el jefe de los arrieros, se acercó, sombrero en mano, al señor Peretti y le preguntó:

—¿Debemos tomar el camino de Italia?

—No, señor conde —contestó el señor Peretti—. Tomaréis el camino de La Rochela.

Pardaillán, Carlos de Angulema y Picuic se habían quedado solos en la habitación del molinero; el molino propiamente dicho se levantaba en el ala derecha de la vivienda y se comunicaba con una escalera de madera, que, partiendo de la planta baja, llegaba al piso del molino en donde giraba la muela, y donde se podían poner en movimiento las aspas entregadas a la acción del viento. De este piso del molino, por una sencilla trampa a la que daba una escalera, se descendía al piso inferior, en donde se recogía la harina. Todo ese conjunto estaba amontonado sobre un cono de vigas sólidas y podía girar para tomar el viento cualquiera que fuese su dirección. Aquel cono de vigas estaba recubierto con tablones, de modo que formaba un reducto en el que se podía entrar en caso necesario.

Pardaillán recorrió rápidamente la habitación y el molino y se dio cuenta de la disposición de todo.

—He aquí nuestro cuartel general —dijo señalando la vivienda—, y he aquí nuestro refugio —añadió indicando la escalera que conducía al molino.

—¿Vamos a batirnos? —preguntó Picuic.

—¿Acaso tienes miedo? —exclamó Carlos.

—No, monseñor; pero se ha marchado todo el mundo. Suponía...

—¡Alerta! —exclamó Pardaillán.

Las gentes de Guisa aparecían, en aquel instante, sobre la pequeña llanura que había en la cima del cerro. Pardaillán abrió la ventana y gritó:

—¡Hola, señores! ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Decid antes quién sois vos —contestó una voz imperiosa.

—A fe mía, monseñor duque —contestó Pardaillán al reconocer la voz de Guisa—, soy el molinero. ¿En qué puedo servirlos?

—Molinero o no —dijo el duque—, habéis tirado hace poco sobre mis gentes que subían el sendero sin otra intención que patrullar. Quienquiera que seáis, os hago responsable de esta violencia como jefe de los rebeldes encerrados ahí dentro. Por esta razón os advierto que seréis ahorcado, a menos de que salgáis inmediatamente, pues entonces os perdonaré la vida y os permitiré retiraros con vuestros hombres.

—Un momento. ¿Me permitiréis también que me lleve los treinta sacos de oro que venís a robar?

—¡Salid! —aulló el duque furioso—. ¡Rendíos o vamos a dar el asalto!

—¡Ah, monseñor! Si amenazáis, nos veremos obligados a hacer una salida y exterminaros a todos.

Guisa, que iba a dar una orden, se detuvo haciendo un gesto de rabia.

—Son tal vez un centenar —dijo a Maineville.

Pardaillán, que lo oyó, se apresuró a contestar:

—Somos tres, monseñor. Y somos los bastantes. Ante todo, está aquí el señor duque de Angulema, que espera con impaciencia el encuentro que le prometisteis; el señor Picuic, histrión de oficio y actualmente lacayo del señor duque de Angulema, y, por fin, vuestro servidor, el caballero de Pardaillán.

—¡Mientes! —dijo una voz—. Sois numerosos.

—A fe mía, venid a verlo —gritó Pardaillán—. Vamos, decidíos, venid... o si no retiraos, porque vamos a poner en marcha el molino e interceptáis el viento. ¡Retiraos o, por Dios vivo, dispararemos!

Hubo una rápida desbandada entre los hombres de Guisa, porque todos estaban convencidos de que el molino estaba defendido tal vez por un centenar de arcabuceros. La presencia del caballero era una prueba más de que había allí gran número de defensores. Pardaillán se echó a reír y gritó:

—¡Hasta la vista, monseñor!

Y cerró tranquilamente la ventana.

—Sí, hasta la vista —exclamó Guisa lleno de rabia.

Y dio enseguida órdenes. Con las fuerzas de que disponía, formó un gran círculo de vigilancia alrededor del cerro. Cada uno de los centinelas tenía la misión de vigilar y no de combatir. Debía evitar, sobre todo, el paso de los sacos que aparentemente contuvieran trigo, en previsión de que quisieran sacarlos del molino. Luego expidió un correo a París.

Dos horas más tarde regresaba el correo anunciando que iban a cumplirse las órdenes del duque, es decir, que iba a llegar de un momento a otro una tropa de mil arcabuceros.

Durante aquellas dos horas Pardaillán y los suyos se atrincheraron perfectamente. Maineville, no obstante, sospechaba que el caballero podía haber dicho la verdad. Sospechó, sobre todo, que los sitiados iban a ocultar el dinero en algún lugar en que luego sería difícil hallarlo. Resolvió, pues, tratar de entrar en el molino, en compañía de Bussi-Leclerc. En cuanto a Maurevert, se quedó al lado del duque de Guisa, estremeciéndose de alegría: por fin iba a caer en su poder el enemigo tan temido, y decía al duque:

—Monseñor, me habéis prometido doscientas mil libras sobre el botín que vamos a conquistar.

—Te lo he prometido, Maurevert, y las tendrás, a fe de Guisa.

—Pues bien, monseñor, quiero proponeros un cambio. Guardaos el dinero y entregadme al hombre que acaba de hablaros con tanta insolencia.

—Ya te comprendo, Maurevert —dijo Guisa con sombría voz—. Odias a ese hombre, pero yo estoy en el mismo caso. Tenemos los dos una cuenta que arreglar. Es muy antigua. Procede nada menos que del palacio de Coligny.

—Pues la mía es más antigua, monseñor.

—Bueno, te guardas las doscientas mil libras y yo, en cambio, me quedaré con el hombre. Únicamente, si quieres contentarte con cien mil libras, lo cual es una bonita suma, te daré permiso para asistir a la conversación que tendré con ese Pardaillán en cuanto lo hayamos cogido.

—¡*Pardiez*, monseñor! ¿Queréis hacerme pagar, cien mil libras por el permiso de asistir a esa conversación? Tendrá que ser muy interesante.

—Te juro que lo será.

—No importa, es un poco caro —dijo Maurevert lleno de alegría.

—Sí, es caro, pero sabe que dicha conversación tendrá lugar en la sala de tormento del Gran Chatelet.

—¡Ah, caramba! Entonces acepto.

—Y, además, te regalaré el cadáver —dijo Guisa haciendo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Entonces, monseñor, os pago doscientas mil libras.

XX - El ataque al molino

MIENTRAS GUISA ESPERABA los mil hombres de refuerzo que había mandado a buscar y cambiaba con Maurevert aquellas bromas macabras, Maineville y Bussi-Leclerc se acercaban, arrastrándose, al molino resueltos a conocer el número exacto de los sitiados. Eran dos hombres atrevidos, que arriesgaban su vida sin el menor reparo. Hasta entonces habían pasado a través de peligros, escaramuzas y sitios con la insolente felicidad que acompaña a los jugadores afortunados.

Todo estaba silencioso y oscuro en el molino. Pero en la vivienda había una ventana alumbrada como un ojo burlón fijo en los sitiadores. Fue, pues, hacia la escalera del molino adonde se dirigieron los dos hombres y muy pronto llegaron al piso en que estaba la muela.

En algunos minutos recorrieron el molino y se convencieron de que no había nadie en él. Era evidente que toda la defensa estaba concentrada en la vivienda del molinero. Iban, pues, a bajar de nuevo cuando Maineville descubrió un ligero rayo de luz al pie del muro. Cogió a Bussi-Leclerc por el brazo y le dijo al oído:

—Ésta es una puerta de comunicación.

Se acercaron a aquel pálido rayo de luz con la intención, no de abrir, sino de escuchar. Pero al tocar la puerta Bussi-Leclerc echó de ver que estaba entornada y con infinitas precauciones la atrajo hacia sí; la puerta se abrió sin ruido y los hombres, acurrucados en lo alto de la escalera, pudieron dominar entonces la sala, a la cual dirigieron curiosa mirada.

Y entonces sintieron grandísimo asombro, porque un extraño espectáculo se ofreció a sus ojos.

Sentados ante una mesa el caballero de Pardaillán y el duque de Angulema devoraban con gran apetito un soberbio jamón. Esperaba el turno de sufrir la misma suerte un hermoso pastel, y entre tanto Picuic cuidaba de que las copas no estuvieran vacías. A lo largo de un muro estaban colocados en buen orden una docena de arcabuces cargados. Sobre una mesa vecina había buen número de pistolas. Sin dejar de comer y de beber, Pardaillán y Carlos continuaban una conversación que tenían ya empezada.

—Mañana por la mañana —decía el caballero— iremos a visitar ese convento. Será preciso que la gitana hable y que acabemos por saber lo que ha sido de la pequeña Violeta. Vamos, poneos alegre, príncipe mío. Señor Picuic, servidnos de esa botella que habéis apartado para vos. Ya os he visto.

—¡Oh, señor! —dijo Picuic apresurándose a obedecer—. Creed que no me atrevería a beber la misma clase de vino que vos.

—¿Y por qué, imbécil, toda vez que hay? Toma, bebe, adquiere energía y fuerzas; ¿no tienes miedo por lo menos?

—¡Hum! No es precisamente miedo, pero...

—Pero tiemblas, cobarde. ¿Por qué no eres tan valiente como Graznido?

—La verdad es que Graznido es muy valiente —dijo Picuic con la generosidad de un amigo fiel.

—¿Así, Pardaillán —dijo el duque de Angulema— creéis que esa gitana Salzuma sabe más de lo que os dijo?

—Estoy seguro —contestó Pardaillán—. Y aquí tenéis a ese Picuic que ha vivido con ella y os dirá... ¡Caramba, caramba!

El caballero pronunció estas últimas palabras en el momento en que, volviendo la silla para examinar al trasluz el color del vino que iba a beberse, vio en lo alto de la escalera de madera a Maineville y Bussi-Leclerc que, estupefactos, contemplaban el espectáculo. Pardaillán se echó a reír y señaló a los dos hombres. Carlos cogió la espada, mientras Picuic se armaba con una pistola.

—¡Señores! —exclamó Pardaillán—. Si gustáis, os invito.

Maineville y Bussi-Leclerc eran valientes como ya hemos dicho; se consultaron con la mirada. Ante ellos sólo tenían tres hombres y simultáneamente, se les ocurrió la misma idea: apoderarse de Pardaillán y de sus dos compañeros, llevarlos atados al duque de Guisa, y decirle:

—Monseñor, he aquí toda la guarnición prisionera. El molino está libre.

¡Qué golpe de audacia! ¡Y qué suerte! Se levantaron, saludaron y Maineville, sombrero en mano, contestó cortésmente.

—Señor de Pardaillán, beberemos en vuestra compañía con el mayor placer, si queréis hacerlo a la salud del duque de Guisa y acompañarnos luego adonde él está.

Carlos hizo un movimiento como para lanzarse sobre ellos, pero Pardaillán lo contuvo.

—Señor de Maineville —contestó— con el mayor placer bebería a la salud de vuestro amo, si no temiera disgustar al señor de Angulema, aquí presente, el cual no sé por qué razón no puede sufrir a los Lorena. En cuanto a acompañaros adonde está el señor de Guisa, es aún más imposible, porque no hemos acabado de comer.

—Mucho sentimos interrumpir vuestra comida —dijo entonces Bussi-Leclerc—. Pero ¡por Dios!, muertos o vivos vais a seguirnos. Adelante, Maineville.

Dichas estas palabras, los dos hombres se precipitaron escalera abajo. En algunos saltos la franquearon y Bussi-Leclerc dio al pobre Picuic tal golpe con el pomo de su espada, que el infeliz muchacho cayó desvanecido. Arrastrados por su impulso, se hallaron en medio de la sala. Pardaillán dio un salto en dirección a la escalera para cortarles la retirada. La puerta estaba obstruida por muebles y tablones, como antes hemos dicho.

Todo esto pasó en algunos segundos. Maineville se halló en guardia ante el duque de Angulema y Pardaillán contra Bussi-Leclerc. En el mismo instante las espadas se entrechocaron. Bussi-Leclerc dirigió una tras otra dos o tres de sus mejores estocadas, pero con gran asombro suyo el caballero las paró vigilando al duque de Angulema con el rabillo del ojo.

El asombro del famoso duelista se convirtió entonces en rabia. ¡Cómo! No sólo

encontraba a un adversario que lo mantenía a distancia, sino que no parecía prestar atención a su modo de esgrimir, atento más bien al duelo que se libraba a pocos pasos como si en vez de actor fuese tan sólo espectador.

—¡Defendeos, que voy a mataros! —dijo tirándose a fondo.

—¡Bravo! —exclamó Pardaillán parando la estocada—. Vivo —continuó dirigiéndose al duque de Angulema—. Estrechad, eso es, tiraos a fondo, ¡tocado!

Maineville, herido en el brazo, cogió la espada con la mano izquierda, murmurando:

—Creo que nos hemos metido en un mal negocio.

Y furiosamente atacó a Carlos, mientras Bussi-Leclerc, lleno de rabia ante el desdén de su adversario le dirigía estocadas que hasta entonces habían pasado por mortales.

—Vamos, ya se debilita —dijo Pardaillán como si Bussi-Leclerc no hubiera existido—. No le matéis, tengo una idea. Desarmadle. Eso es, ahora atadle, que vamos a reír.

En efecto, Carlos acababa de desarmar a Maineville, el cual, resbalando, cayó de rodillas. Carlos le puso en el cuello la punta de la espada y le dijo:

—Rendíos, caballero.

—Me rindo —contestó Maineville pálido por la sangre que había perdido y también por la rabia y el furor que sentía.

En aquel momento, Picuic, recobrando el sentido, se levantó y acudió al lado de Maineville, llevando algunas cuerdas de las que servían para atar los sacos de trigo, y en pocos momentos lo ató convenientemente. Entonces Pardaillán fijó su atención en el adversario que, furiosamente, le dirigía estocada tras estocada y con su voz más tranquila, le dijo:

—¿Decíais, pues, querido señor?...

—Decía —aulló Bussi-Leclerc— que voy a clavarte en la pared.

Pardaillán con su espada desvió la del adversario, que le rozó el jubón.

—Habláis de clavar. En efecto, manejaís la espada como un clavo. Mirad, voy a daros una lección. Fijaos bien.

—¡Miserable! —rugió Bussi-Leclerc.

En aquel momento su espada saltó de sus manos y fue a caer a diez pasos de distancia. Quiso ir a recogerla, pero tropezó con Picuic, que le apuntaba con una pistola. Bussi-Leclerc se cruzó de brazos, bajó la cabeza y lloró. No lloraba por la vida que iba a perder sin duda alguna ni por la fortuna que se le escapaba en caso de conservar la vida; lloraba su reputación de maestro de armas invencible, vencido por la primera vez. Y apenas se dio cuenta de que Picuic le ataba las piernas y luego los brazos y lo tendía, por fin, al lado de Maineville.

—Acabemos de comer —dijo Pardaillán que, después de envainar la espada, se sentó ante la mesa—. Maese Picuic, ¿en qué pensáis? Mi vaso está vacío.

—¿Qué diablos queréis hacer de esos hombres? —preguntó Carlos, conmovido

aún por la pelea y más todavía por la victoria alcanzada.

—Pronto lo veréis, porque, precisamente, está a punto de salir el sol. Entre tanto dales de beber si tienen sed —dijo a Picuic.

Éste obedeció. Maineville bebió de un trago el vaso de vino que le presentaban y gritó:

—¡Gracias, señor de Pardaillán! Cuando seáis mi prisionero, procuraré ofreceros tan buen vino antes de pasaros por las armas.

Y Maineville empezó a tararear una canción guisarda. Bussi-Leclerc, desesperado por la derrota, se negó a beber y ferozmente volvió los ojos llenos de lágrimas al caballero diciéndole.

—Apresuraos a matarnos, porque dentro de poco vais a ser asaltados por más de mil hombres de armas de la Liga. Os cogerán y os aseguro que no os daré cuartel.

—Pues bien, yo os perdono —dijo Pardaillán.

—Creo, querido amigo, que ya es tiempo de irnos —dijo en aquel momento Carlos de Angulema, que se había acercado a la ventana—. Mirad.

Pardaillán fue a mirar. A la luz del alba naciente, divisó al pie del cerro un cuerpo de ejército que se desplegaba en orden de asalto. Era una larga fila de arcabuceros a cuyos flancos iba doble fila de arqueros. A lo lejos, por la puerta de San Honorato, llegaban grupos de burgueses, artesana en mano y gritando:

—¡Mueran los hugonotes! ¡Viva la Liga!

En efecto, durante la noche cundió el rumor de que el señor de Guisa había descubierto un complot de hugonotes y que los miserables herejes habían podido huir y refugiarse en el molino de San Roque, en donde el duque en persona se preparaba a ahumarlos. Guisa, furioso por aquel celo que le inspiraba vivas inquietudes acerca de los sacos, tuvo, sin embargo, que poner buena cara y acoger a los voluntarios que querían tomar parte en el asalto del molino.

Resultó del conjunto de estas circunstancias que al salir el sol había alrededor del cerro un ejército de cuatro o cinco mil hombres compuesto por soldados regulares y burgueses belicosos, sin contar una enorme multitud que acudía a presenciar la acción. Gran ruido de armas y de murmullos confusos salían de aquel ejército.

—¡Diablo! —exclamó Pardaillán—. En efecto, creo que ha llegado la ocasión de marcharnos, pero me parece que, por el momento, es más fácil de decir que de hacer.

—Sin embargo, —observó Carlos— esta mañana debíamos ir a ver a la gitana. Me lo prometisteis, Pardaillán. Es necesario que nos marchemos.

El caballero miró al duque con admiración y cierto remordimiento.

—¡Pobre muchacho! —murmuró.

—¡Demasiado tarde! —continuó Carlos—. Demasiado tarde, ya suben por todas partes.

—Bueno, no importa, ya nos iremos. Pero ¿qué diablos son esos gritos? ¡Hola, maese Picuic, a trabajar! Cargaos en la espalda al señor de Maineville, yo tomaré a Bussi-Leclerc, que es el más pesado, y estará muy contento de tenerme por montura.

Terribles clamores se elevaban a la sazón del ejército sitiador que se ponía en movimiento. Y todo ello formaba alrededor del cerro un vasto círculo que subía semejante a una marea de acero, y entre el cual el molino constituía una isla. A media cuesta los sitiadores se detuvieron. Esperaban la descarga de los sitiados y se asombraban de su silencio.

—Preparan algo desagradable —dijo Guisa a Maurevert—. ¿Pero dónde están Maineville y Bussi-Leclerc?

—Habrán ido a ocultarse en alguna parte para preparar algún golpe bueno.

Sus voces fueron entonces ahogadas por los gritos de los ligeros que pateaban, tendían el puño al molino y vociferaban todos los insultos corrientes para los herejes. A lo lejos la multitud aumentaba. En París las campanas empezaban a tocar a rebato. En todas las casas los burgueses se cubrían apresuradamente con sus corazas. Los capitanes de barrio corrían para reunir a los hombres. En la llanura el ejército gritaba y rugía indeciso, esperando, para lanzarse al asalto, que el enemigo fuera el primero en disparar, lo cual no era generosidad, sino sencillamente táctica para subir con seguridad a causa del tiempo que era necesario para cargar nuevamente los arcabuces.

Entre tanto, el que era la causa de todo aquel tumulto, encerrado en el molino con sus dos compañeros, se preparaba fríamente a defenderse con desesperación, pues era indudable que toda salida estaba cerrada. Picuic estaba malhumorado y lamentaba no haber seguido el ejemplo de Graznido. Carlos, sonriendo, invocaba el nombre de Violeta.

Entre tanto, Pardaillán, sin el menor apresuramiento, practicó algunas aberturas a través, de los tablones mal unidos del molino. Tenía todos los arcabuces cargados y apuntados contra los enemigos, sólo faltaba dispararlos. Además, le quedaban las pistolas. Cuando hubo arreglado así su artillería, Pardaillán retrocedió cerrando a medias los ojos como se hace para mirar un cuadro y sonrió silenciosamente.

Fuera, en el momento en que el sol asomaba por el horizonte, Guisa dio la señal del asalto. Con gusto habría despedido a todos los paisanos, pero era esclavo de su popularidad. Arriesgándose, pues, a perder en la pelea uno o dos de los sacos de Sixto V, resolvió entrar en el molino. A la señal que dio levantando la espada, contestó un clamor inmenso y el ejército se puso en marcha desde todas partes. Pero casi en el mismo instante todos hicieron alto y un gran silencio reinó entre el cerro y el llano, ante un espectáculo extraordinario que todos pudieron ver. Tres hombres que salían del molino llevaban a otro sólidamente atado. Y en un momento lo sujetaron en la extremidad de una de las aspas del molino.

—Es Maineville —rugió Guisa asustado y lleno de estupor.

Los tres defensores del molino sacaron entonces a otro personaje igualmente atado, y con la misma rapidez lo sujetaron al extremo de otra de las aspas del molino.

—¡Bussi-Leclerc! —exclamó Maurevert.

—¡Fuego, fuego sobre esos demonios! —aulló Guisa.

Cien arcabuces se dispararon a la vez. Las detonaciones continuaron durante

algunos minutos con peligro de herir a los dos desgraciados atados a las aspas del molino. Y cuando se disipó el espeso humo, se vio a Pardaillán que en la última grada de la escalera saludaba ceremoniosamente con su sombrero y luego, entrando en el molino, echó al suelo la escalera y en el mismo instante las aspas empezaron a girar.

—¡Socorro! —exclamó Maineville asustado al verse volteado en el aire.

—¡Socorro! —gritaba Bussi-Leclerc.

Los dos desgraciados, tan pronto en lo alto como rozando el suelo, seguían la órbita implacable trazada por las aspas del molino, frenéticos de terror y como presa de una fantástica pesadilla.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritó Guisa al ver a dos de sus mejores servidores atados en aquella rueda de nuevo género que giraba en el aire.

Partió del molino una violenta descarga. Eran los diez o doce arcabuces de Pardaillán que hacían fuego, pero ya los asaltantes tenían la embestida. Menos de dos minutos más tarde, entre espantosos ruidos fue invadida la habitación del molinero. Pardaillán, Carlos y Picuic, dispararon las pistolas. Alrededor del molino gritaba una multitud enorme y furiosa.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaban entre tanto Bussi-Leclerc y Maineville, siempre arrastrados por la ronda infernal de las aspas del molino.

—¡Matadles! —vociferaban los arcabuceros, los burgueses y los arqueros, confundidos en la habitación del molinero.

El estupor fue en aumento. En la vivienda no había nadie. Entonces descubrieron la escalera que llevaba al molino. En un instante un centenar de hombres de armas se aventuraron por ella y llegaron al fin al piso superior.

Nadie tampoco. Los tres sitiados habían bajado al piso inferior. Picuic iba armado con las dos últimas pistolas y Pardaillán y Carlos con sus espadas. A su alrededor y encima de ellos, se desencadenaba horrible tumulto, compuesto de mil juramentos, blasfemias, gritos frenéticos y aullidos de toda aquella gente que se había figurado atacar a un pequeño ejército sólidamente parapetado en una fortaleza y que no encontraba a nadie ni nada.

Pardaillán, una vez hubo llegado abajo, levantó dos o tres tablones de aquel cono sobre el cual estaba construido el molino, y mostró el camino a sus dos compañeros, que se internaron por él. Era el último refugio. Iba a ser preciso morir allí vendiendo cara la vida. Pardaillán fue el último en guarecerse y ajustó los tablones lo mejor que pudo sobre su cabeza.

A la sazón se hallaban sobre el suelo. Los invasores vacilaban en bajar al piso inferior del molino, pues se les oía gritar:

—¡Cuidado! Tal vez por ahí hay una mina que va a saltar.

Por fin uno de ellos miró y no viendo a nadie, hizo señas a sus compañeros, que penetraron en el interior observando que los tres sitiados no estaban ya allí. Había llegado el final, pues en breve sería descubierto el estrecho paso por el cual habían huido, en cuyo caso los matarían a arcabuzazos o los prenderían como tigres

sorprendidos en el cubil.

En aquel momento terrible fue cuando Picuic sintió como si el suelo vacilara bajo sus pies. Se bajó y lo tocó con una de sus manos, que tropezaron con una losa que se movía como si la empujaran por debajo. Picuic dio un grito ahogado. En un instante Pardaillán y Carlos comprendieron lo que sucedía y los tres se apoyaron sobre aquella losa que iba a dar paso a los sitiadores.

Y mientras estaban de rodillas, haciendo fuerza sobre la piedra, se oyó una voz lúgubre y lejana, que exclamaba:

—¡Ah, miserables! ¿Queréis impedirme la salida? Pero esperad, esperad que voy a exterminaros a todos.

—¡Graznido! —gritó Picuic—. Es Graznido.

En un momento los tres hombres arrancaron la losa, que dejó al descubierto un gran agujero, en el cual empezaba una escalera, de piedra enmohecida.

Y en aquel agujero, a la débil luz del día que penetraba por la juntura de las maderas de aquel reducto, apareció la cabeza pálida, asustada y tragicómica de Graznido.

En el mismo instante y antes de que éste se recobrar de su estupor, los tres hombres se precipitaron en el agujero y echaron a correr por un pasadizo oscuro. Picuic arrastraba a Graznido, el cual no sabía lo que le sucedía. Diez minutos después llegaban al otro extremo del subterráneo que daba a la capilla de San Roque. En aquel mismo instante los enemigos hallaron la losa levantada y empezaron a descender con precaución por la escalera de piedra.

La existencia de aquel antiguo subterráneo era, sin duda alguna, ignorada de las gentes que habitaban el molino. Probablemente fue utilizado más de una vez en las guerras de religión, con tanto mayor motivo cuanto que algunos años antes el mismo molino formaba parte de las dependencias de la capilla. Los cuatro hombres llegaron por fin a ésta, abrieron la puerta, y salieron muy tranquilamente, confundiendo con la multitud que se hallaba al pie del cerro con los ojos fijos en el molino. Pasaron inadvertidos entre aquella multitud en que nadie les conocía y apresuradamente regresaron a París y llegaron sin tropiezos a la casa de la calle de los Listados.

Allí Graznido fue interrogado acerca de los acontecimientos que lo convirtieron en un salvador imprevisto.

—Acababa de batirme en la capilla contra no sé cuántos enemigos y, por fin, emprendí la retirada —dijo—, cuando, cogido a traición por seis o siete enemigos, me echaron en un agujero en donde quedé como muerto. Al recobrar el sentido, oí el ruido de la pelea, resolví acercarme a vosotros, y entonces...

El relato de Graznido duró bastante rato. Y en cuanto hubo terminado, recibió las felicitaciones de Carlos. Pardaillán, sonriendo irónicamente, le dijo:

—Señor Graznido, sois asombroso.

Y cuando, por fin, Picuic le estrechó las manos emocionado, Graznido se quedó perplejo y se dijo:

—¿Acaso seré valiente sin sospecharlo? ¡Desgraciado de mí si es así! Será necesario que me vigile.

XXI - La abadía de Montmartre

UNA LITERA cubierta exteriormente por sencillas cortinas de cuero, pero adornada en el interior con cojines de seda y tapizada con la misma tela, acababa de franquear el puente de Nuestra Señora. Una docena de caballeros bien armados y vestidos con trajes de color oscuro, escoltaban aquella litera. Precediéndola iba uno de ellos y los demás marchaban a diez pasos de distancia. Con los ojos fijos en la litera, seguía a cierta distancia un hombre de alta estatura y vigoroso cuerpo, envuelto cuidadosamente en una capa.

Aquel hombre era maese Claudio, el antiguo verdugo de París, y la litera era la de la princesa Fausta.

Atravesó París, franqueó la puerta de Montmartre, subió la cuesta rápida por el camino que serpenteaba bajo los árboles seculares. Por fin se detuvo ante el pórtico de la abadía de las Benedictinas. La princesa Fausta descendió de la litera y como si su llegada hubiera sido esperada, la puerta se abrió enseguida y la litera desapareció en el interior de la antigua abadía que estaba casi en ruinas.

Maese Claudio se detuvo tras un árbol. Se volvió, inspeccionó con impaciencia la falda de la colina, y divisando un hombre que subía lentamente, le hizo signo de que se acercara. El hombre se unió a maese Claudio y levantando entonces con gesto maquinal el ala del sombrero bajo el cual se ocultaba a medias su rostro, mostró el semblante pálido e inmóvil del príncipe cardenal Farnesio.

Llevaba un rico traje de terciopelo violeta y como si hubiera desdeñado defenderse a pesar de que los tiempos estaban revueltos y de la posición peligrosa en que se había colocado al disponerse a luchar contra Fausta, sólo llevaba una fina espada de gala con puño enriquecido con algunos diamantes. Tal vez debido a su fatalismo o al desprecio de la vida, Farnesio se ocultaba apenas y no tomaba ninguna precaución.

—Está ahí —dijo maese Claudio tendiendo el brazo hacia la abadía.

Farnesio dirigió una mirada a la escolta de Fausta, que, habiendo descendido, esperaba ante la puerta. Con la mayor tranquilidad preguntó entonces:

—Perfectamente. ¿Estás decidido a obrar?

—Me he vendido a vos por un año —contestó maese Claudio con sombría voz—. Os pertenezco en cuerpo, pero no en alma. Ordenad y obedeceré, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Farnesio con acento glacial.

Claudio cogió el brazo del cardenal, lo estrechó convulsivamente y le dijo:

—No olvidéis que después de la muerte de esta tigresa, me perteneceréis.

Farnesio se encogió de hombros y dijo:

—Si no hubiera ligado mi vida a la esperanza de vengar a mi hija, me entregaría a ti enseguida, verdugo, y te bendeciría por librarme de la existencia. No temas, pues, que trate de quebrantar el pacto que nos une.

—Bueno, mandad y obedezco.

—Empecemos por entrar en ese convento —dijo Farnesio.

—Venid —contestó maese Claudio.

Entonces, a distancia y bajo la sombra de los copudos árboles, dieron la vuelta a la abadía.

Ya hemos explicado que el convento se hallaba en lamentable estado, como si desde mucho tiempo atrás no lo habitara nadie. Los muros agrietados estaban derruidos en ciertos lugares; los jardines, antes tan hermosos, no eran más que una maleza de plantas inútiles. El huerto, que estaba en la parte trasera del convento, era lo único que se hallaba bien cultivado, pues los habitantes de aquel extraño lugar se nutrían principalmente de legumbres. En el gran espacio descubierto en cuyo fondo se levantaba la cortina de verde oscuro de algunos abetos, se veían las ruinas de una especie de capilla vieja; no quedaban de ella más que algunas columnas en pie. Al lado de una de ellas había un sitial de mármol, elevado sobre algunas gradas que habían resistido a los destrozos pacientes del tiempo.

El huerto estaba circundado de una tapia como el resto del convento; pero en aquella pared había, de vez en cuando, grandes brechas que, bajo los pies de misteriosos visitantes, acabaron por formar verdaderos pasos abiertos.

A una de esas brechas se dirigió maese Claudio seguido por el príncipe Farnesio, que iba muy pensativo.

El ex verdugo estaba muy agitado. De vez en cuando un estremecimiento le recorría el cuerpo. Estaba pálido. Farnesio, más pálido todavía, estaba tranquilo, petrificado en aquella especie de indiferencia glacial que parecía rodear todos sus actos. Los dos hombres franquearon la brecha.

No lejos de ella había un pabellón de elegante arquitectura, construido hacía bastante tiempo por alguna abadesa que allí iba en busca de reposo y soledad; pero como a la sazón estaba cubierto de musgo y oculto por los escaramujos, ya no era más que una ruina. Claudio, de un empujón, derribó la puerta carcomida, y entraron.

—Esperadme aquí —dijo.

Farnesio asintió con un movimiento de cabeza y se quedó inmóvil mientras el antiguo verdugo se alejaba.

* * * * *

La princesa Fausta entró en el convento, es decir en el cuerpo principal del edificio, el único habitable. A pesar de la increíble fuerza de carácter de aquella mujer, a pesar de su poder sobre sí misma, parecía dominada por extraña turbación. Estaba sombría tanto como era posible que lo estuviera aquella mujer tan hermosa. ¿Cuál sería el desconocido tormento de aquella alma?

Precedida por dos jóvenes religiosas de fisonomía más picaresca que devota y de ojos más atrevidos que extáticos, Fausta, por anchas escaleras de piedra pulida, resto de antigua suntuosidad, llegó al primer piso y en el inmenso rellano de la escalera en

que se abría un profundo corredor, encontró a la abadesa Claudina de Beauvilliers que, avisada, se apresuró a presentarse a su ilustre visita.

La abadesa hizo una rápida genuflexión y Fausta levantó la mano con los tres primeros dedos abiertos para bendecirla, como antes vimos hacer a Sixto V con respecto a Catalina de Médicis prosternada, es decir, para dar la bendición que solamente pueden dar los sucesores de San Pedro. Pero todo ello fue tan rápido, que las dos religiosas no observaron nada.

Claudina marchaba ante Fausta y mostrándole el camino le hizo penetrar en una estancia amueblada con inusitado lujo. Era un oratorio o tal vez un tocador. En una mesa de mármol, con esquinas de plata, había una colección completa de cepillos, pinceles, botes y botellas; ungüentos y cosméticos que entonces usaban no solamente las mujeres, sino también los hombres. Y sobre aquella mesa que hubiera tenido lugar en el tocador de una dama de la corte o de una elegante cortesana, un Cristo extendía sus brazos sobre una cruz de plata.

La abadesa presentó un ancho sillón y en cuanto Fausta estuvo sentada puso bajo sus pies un cojín de terciopelo. Ella se quedó en pie.

—¿Esa gitana continúa aquí? —preguntó entonces Fausta.

—Sí, señora. Según vuestras órdenes, la vigilamos estrechamente, pero no es más que una pobre loca. ¿Vuestra Santidad desea verla?

Fausta se quedó algunos momentos silenciosa y pensativa con la cabeza apoyada en una mano.

—Claudina —dijo por fin lentamente—. No ha llegado la ocasión de que me llaméis como acabáis de hacerlo. No lo olvidéis.

—Perdonadme —murmuró Claudina.

—¡Mi Santidad! —Continuó Fausta después de un noble silencio—. Es una irrisión. Veintitrés cardenales reunidos en conclave secreto, en las catacumbas de Roma, resolvieron la guerra contra Sixto y ya antes de la ejecución tiemblan. En las catacumbas ¿no es eso ya un símbolo? Mi soberanía pontifical está destinada a ejercerse en las tinieblas, mientras que mi alma aspira violentamente a la luz del día. ¡Ah, Claudina! Mi corazón rebosa amargura. Sois mujer, perfecta mujer, sois la que más quiero entre todas, a pesar de vuestras faltas. Me llamáis Santidad y cuando miro en mí misma, no veo más que una joven asustada de ver que la naturaleza se ha engañado dándole el sexo que es el nuestro y más asustada todavía al descubrir bajo su poderoso pensamiento y bajo sus aspiraciones, la debilidad de una mujer.

Claudina levantó hacia Fausta una mirada de ardiente simpatía. La vio pálida y agitada como nunca la había visto. Claudina se arrodilló, le cogió las manos y se las besó murmurando:

—¡Ah, mi noble y hermosa soberana, vos que inspiráis a la vez amor y respeto, vos a quien nadie puede contemplar sin inclinarse ante el resplandor de vuestros ojos, sufrís un dolor desconocido para mí! ¿Por qué no podré morir para evitaros hasta la sombra de un sufrimiento?

Fausta hizo levantar a la abadesa con un gesto lleno de amabilidad.

—Sí —contestó—. Sois realmente un apóstol, Claudina. Si vuestra carne es débil, vuestra alma, en cambio, es fuerte. Sois la única que me ha comprendido. Escuchad, porque estoy cansada de vivir en regiones tal vez demasiado elevadas.

A una señal de Fausta, Claudina de Beauvilliers, abadesa de las Benedictinas de Montmartre, se sentó dispuesta a escuchar a la princesa Fausta.

XXII - El corazón de Fausta

—¿**ACASO** EL REINO pontifical de Juana es un sueño? —continuó Fausta como hablando consigo misma—. ¿Cuál es la ley que prohíbe a una mujer ocupar el trono de San Pedro? ¿Acaso no hay santas y santos en el cielo? ¿Acaso la Iglesia no admite los votos femeninos y no ha establecido una jerarquía entre las mujeres que se desposan con Jesucristo? Los escritos de los monjes compiladores prueban que Juana reinó y por lo tanto yo puedo reinar también. El sexo femenino no es un obstáculo para las grandes concepciones y en prueba de ello, ahí está la papisa Juana que reformó una parte del culto. Tampoco es obstáculo para las grandes acciones, como lo prueba la guerrera Juana de Arco, que libertó el reino de Francia. ¿Acaso una mujer no puede ser lo que fueron esas dos?

Claudina escuchaba ardientemente aquellas extrañas palabras. Comprendía que no le correspondía hacer la menor demostración en pro o en contra de tan extrañas teorías. Entonces Fausta, dirigiéndose más especialmente a la abadesa, continuó:

—Así, pues, son veintitrés cardenales, cansados de la tiranía de Sixto, que han resuelto edificar una nueva Iglesia ante la suya, y alzar un nuevo trono ante el que él ocupa. Tres años han transcurrido desde entonces. Yo habitaba el palacio que había servido de morada a mi abuela Lucrecia. La sangre de los Borgia hervía en mis venas. Rica, hermosa, adulada y sola en el mundo, veía mi palacio lleno de señores y príncipes de la Iglesia. Pero yo solamente hallaba placer compulsando las crónicas de los tiempos antiguos, y estudiando la terrible leyenda de los Borgia, mis antepasados, siguiendo con soñadora mirada la escala fulgurante que han dejado en el cielo de la historia aquellos tres meteoros llamados Alejandro Borgia, César Borgia y Lucrecia Borgia. Sentía en mí la vasta inteligencia de Alejandro, el ánimo conquistador de César y el corazón de Lucrecia. ¡Ser yo sola lo que fueron ellos tres! Sentir cómo el mundo cristiano palpita a mis palabras como palpité al oír las de Alejandro; al mundo guerrero temblar bajo mi espada, como tembló bajo la de César, y al mundo de los cortesanos inclinarse ante la fuerza y la belleza de Lucrecia. Sí, formaba este ensueño inaudito, cuando hallé a Farnesio.

Fausta en aquel momento se quedó ensimismada y Claudina no se atrevió a interrumpirla.

—¡Farnesio! —repitió sordamente Fausta—. Es el primero a quien conquisté y también el primero que me ha abandonado.

—¡Cómo, señora! ¿El cardenal Farnesio?

—Una noche —continuó Fausta sin contestar—. Farnesio vino a buscarme a mi palacio. Conocía mi ensueño y había seguido su desarrollo. Me profesaba admiración. Aquella noche, pues, habiéndole seguido, salimos de Roma y por una antigua tumba de la Vía Apia penetramos en las catacumbas. Una vez llegados a una especie de plazoleta alumbrada por antorchas, vi a los veintitrés cardenales.

«*He aquí lo que ya sabéis*» —dijo Farnesio—, «*y la que puede salvaros*».

«Entonces los veintitrés me rodearon y no temblé al entrever cuál era su intento. No tuve miedo de la terrible proposición que adiviné en todas las miradas y, cuando por fin fue formulada, la acepté. Durante largo rato hablé a aquellos hombres, que me escucharon en el más absoluto silencio. Y cuando hube acabado de hablar, uno tras otro vinieron a arrodillarse ante mí y me besaron la mano en señal de sumisión. Entonces uno de ellos, el más anciano, me puso en el dedo esta sortija».

Fausta alargó la mano y mostró la sortija que ya hemos señalado. La abadesa se inclinó respetuosamente e hizo la señal de la cruz.

—Puse manos a la obra —continuó Fausta—. En tan poco tiempo he trastornado a Italia, en donde casi todos los obispos están dispuestos a reconocermé, y he trastornado a Francia, porque su rey se encogió de hombros a las primeras palabras de Farnesio. Por esta razón lo he hecho destronar y en su lugar he elegido a otro.

Fausta recayó en su triste silencio.

—Me parece —dijo tímidamente Claudina— que los acontecimientos se desarrollan de acuerdo con vuestros planes.

—He aquí lo que me desconcierta —dijo Fausta—. Y he aquí lo que me asustaría si yo fuera capaz de ello. Las apariencias son tales que sobrepasan a mis previsiones, Y bajo estos acontecimientos hay otros, que me sobrecogen y paralizan haciéndome sentir verdaderamente impotente. Los cardenales del conclave secreto tienen miedo ante el acto definitivo. Farnesio, que era el único que me apoyaba, acaba de abandonarme.

—Pero ¿y Guisa?

—Guisa se ha reconciliado con la duquesa. Ésta se hallaba completamente en mi poder. La solté esperando que tendría bastante audacia para presentarse nuevamente en el palacio de Guisa y que entonces... Pero si bien tuvo la audacia prevista, y vio a su marido, éste la perdonó.

Claudina de Beauvilliers reprimió una sonrisa.

—Guisa —continuó Fausta—... Guisa, que pasa por tipo perfecto de violenta energía, no es verdaderamente admirable más que en el combate. En la corte es el hidalgo más elegante, de modo que en las ceremonias es un señor magnífico y en los combates un jefe intrépido. Pero una vez se ha quitado el traje y la coraza y ya no está en el campo de batalla, ni en las ceremonias elegantes, veo en Guisa lo que es en realidad: una hermosa estatua que a veces hace gestos violentos o dirige miradas brillantes, pero que no es capaz de formular elevados pensamientos ni de tener resoluciones firmes. Sí, ha perdonado a la duquesa y eso me ha desconcertado, porque yo creía...; pero no hablemos más. Dejó salir de París a tres mil hombres que Crillon llevó a Enrique de Valois, lo cual es la guerra posible en favor del rey fugitivo. Habló con Catalina de Médicis y pocas palabras de la vieja florentina bastaron para derribar el andamiaje de sus propósitos que yo lentamente construí en su débil cerebro. Y por fin, para colmo, cuando desprovisto de dinero se le presentaba una ocasión extraordinaria que le permitía apoderarse del tesoro con que podría

conquistar un reino, cosa que yo, advertida por mis espías, le indiqué no tenía más que tomarlo en el molino del cerro de San Roque, permitió que se burlaran de él como de un niño. Puso en pie un verdadero ejército para entrar en un molino en donde no halló a nadie, y en cuanto se hicieron pesquisas tampoco encontró el tesoro.

Fausta cerró los ojos. Su seno se hinchó, y en voz tan baja que Claudina no pudo oírla, murmuró:

—¡Es cierto que tanto en la plaza de la Grève como en el cerro de San Roque, Guisa tuvo que habérselas con un temible adversario! ¿Por qué Guisa no tendrá el alma de Pardaillán? ¡Con tal palanca yo levantaría el mundo!

Entonces, como si el secreto que llevaba en el corazón la hubiera conmovido, continuó con voz más temblorosa:

—No es el cuerpo el que debe estar cubierto de acero, sino el alma. El verdadero caballero de heroicas empresas, no es un Guisa de armadura brillante o jubón de seda. A ese caballero yo le he visto y es tal que podría intentar el asalto del trono. Sus vestidos están un poco raídos, su espada es larga y ancha, su rostro delgado, sus palabras desprovistas de énfasis. Hay en su mirada una extraña sonrisa y su extraordinaria sencillez me asombra y me impresiona. ¿Quién es? ¡Oh, cuánto daría por conocerlo mejor, por intervenir en su vida, por comprender su pensamiento y ser en fin!...

Fausta se detuvo entonces. Su rostro palideció y las uñas de sus manos se incrustaron en las palmas a consecuencia del esfuerzo que hizo para dominar su emoción. Pero Claudina lo había observado y oído todo y adivinó cuáles eran los sentimientos que agitaban a Fausta.

—¡Locura! —exclamó ésta—. No tengo ni quiero tener corazón.

—¿Por qué, soberana mía? —preguntó Claudina—. ¿Por qué no queréis descender de la radiante nube que os lleva para acercaros un poco a la humanidad? Reina todopoderosa, ¿por qué no queréis ser mujer?

—Porque —contestó Fausta— quiero ser la virgen que no conoce las debilidades de la mujer; porque capaz de dominar, no quiero ser dominada por un hombre y porque nadie en el mundo puede ser el amo de Fausta.

—¡Ah, señora! —dijo Claudina con profunda y sincera emoción—. El amor es un amo muy dulce y poderoso.

—¡El amor! —se dijo Fausta estremeciéndose.

Bajó la cabeza y una ardiente lágrima parecida a purísimo diamante se escapó de sus párpados. Aquella lágrima se evaporó en el fuego devorador de sus mejillas y cuando levantó la cabeza, su rostro tenía la acostumbrada serenidad.

—He aquí, pues, la situación —continuó tranquilamente, como si lo que acababa de pasar no le concerniera—. Guisa ha retrocedido diez años en pocos días y Farnesio, piedra angular de mi edificio, me abandona. Veamos, pues, a esa Salzuma ya que creéis haber descubierto...

—No os aseguro nada, señora, pero mi deber es advertiros todo aquello que pueda

seros útil.

—Conozco vuestra fidelidad, Claudina, y seréis regiamente recompensada, os lo juro. Ahora veamos a esa mujer.

La abadesa dio una palmada. Se abrió una puerta y apareció una religiosa.

—¡Qué traigan a la gitana! —dijo Claudina.

XXIII - El espectro

DEJANDO al príncipe Farnesio en el pabellón que hemos señalado, maese Claudio se alejó atravesando el huerto. Dos o tres mujeres viejas vestidas con sórdidos trajes que mejor merecían el calificativo de harapos, trabajaban en aquel trozo de tierra. Aquellas mujeres de facciones marchitas eran religiosas del convento. Vieron perfectamente a Claudio que pasaba; pero, cosa extraña, no hicieron la menor observación, a pesar de que estaba prohibida a los hombres la entrada en el convento.

Pero ya lo hemos dicho; todo era extraño en aquel retiro que se parecía lo menos posible a un monasterio. Únicamente una de las viejas, hundiendo su pala en la tierra con rudo gesto, que recordaba más bien a la campesina que a la religiosa habituada a piadosos ejercicios, murmuró algunas sordas palabras contra la desvergonzada juventud, lo malos que estaban los tiempos y los duros extremos a que se veían reducidas las Benedictinas.

—Mujer —contestó la hermana a quien se dirigían aquellas lamentaciones—, no debemos quejarnos demasiado. ¿Qué sería de nosotras si de vez en cuando algún rico caballero atravesando la brecha no viniera?...

—¡Quita allá, hermana! ¡Ah, vivimos en una época muy triste! Ya no hay freno para las pasiones. El convento, reducido a la miseria, se ve precisado, además, a consentir la desvergüenza de nuestras hermanas jóvenes, cuando no es la misma abadesa la que les da el ejemplo.

—¡Ay! Es preciso resignarse, porque, de lo contrario, nos moriríamos de hambre y sería necesario mendigar como el año pasado.

Claudio conocía, sin duda, las extrañas costumbres de aquel convento que aun entonces era una anomalía y una excepción entre los demás. No se tomaba ningún trabajo para ocultarse. Una vez hubo atravesado el huerto, que estaba bastante bien cuidado y poseía algunos árboles frutales, maese Claudio llegó a los edificios medio arruinados. Pasó bajo una bóveda y allí se encontró con una joven bastante bonita, que llevaba traje laico y bastante ligero.

Y aquella joven de descarada sonrisa y atrevidos ojos, que no hubiera llamado la atención en una casa dedicada a los placeres, que en gran número existían en París, era también una religiosa. Se plantó ante maese Claudio y le preguntó con descaro:

—¿Este hermoso caballero es sin duda de la escolta que acaba de detenerse ante el pórtico principal?

—En efecto —dijo maese Claudio.

—¿Y habéis pasado por la brecha? —dijo guiñando un ojo—. La entrada del pórtico está prohibida a los hombres, pero los que saben... ¿Lo sabéis vos?

—Sí, he pasado por la brecha, porque ya lo sabía.

—¿Y el hermoso caballero —continuó la joven— viene sin duda a ver a una de nuestras hermanas?

—Vengo a ver a la señora abadesa —contestó Claudio.

—¡Oh, qué tristes son vuestra voz y vuestra mirada! —añadió la joven—. La señora abadesa está todavía conferenciando con la noble princesa que se interesa por nuestra pobre casa.

—Precisamente soy del séquito de la princesa y tengo orden de ir a su encuentro.

—¡Oh! Así es diferente. Pasad, amigo mío. Yo voy a pasearme por la capilla.

La capilla, en efecto, había sido transformada en una especie de paseo. La hermosa joven, después de haber esbozado un saludo y dando gentilmente la vuelta sobre sus talones, se marchó. Pero antes de alejarse mostró a Claudio dos monjas que desembocaban bajo la bóveda y le dijo:

—Si queréis visitar a la abadesa, no tenéis más que seguir a esas dos hermanas.

Éstas iban vestidas con hábito religioso. Andaban lentamente con la cabeza baja y los brazos cruzados. Porque, como cosa extraña en aquel convento, había algunas hermanas que continuaban siendo puras y cumplían con celo todos los ejercicios impuestos a su comunidad por la Regla. No obstante, no parecieron asombrarse por la presencia de un hombre. Se limitaron a bajar más aún la vista.

Entre aquellas dos mujeres marchaba silenciosa con su paso a la vez rígido y silencioso la gitana del antifaz rojo, Salzuma. Claudio las dejó pasar, y luego, en cuanto las vio subir una ancha escalera, empezó a seguirlas. Las dos religiosas atravesaron un corredor y llamaron a una puerta que se abrió. Entonces tomaron cada una a Salzuma por una mano y entraron. Algunos instantes más tarde salían y se alejaban silenciosamente.

Salzuma se había quedado en el interior. Entonces maese Claudio se acercó a la puerta, pero luego se detuvo y pasó su mano por la frente. La ausencia de todo obstáculo, la facilidad con la cual iba a su terrible objeto, le causaban una angustia que no habría experimentado si le hubiese sido preciso vencer mil peligros para llegar adonde se hallaba. Además experimentaba sordo malestar, que no procedía de la situación, sino de otra cosa.

Claudio descubrió a pocos pasos una puerta entreabierta. Fue allí, empujó y se halló en una pequeña habitación sin muebles en que reinaba una semioscuridad. En aquella soledad y carencia de luz, Claudio, con los brazos cruzados y la frente inclinada, empezó a reflexionar. ¿Qué iba a hacer allí?

Matar. O por lo menos apoderarse de la mujer para entregarla al príncipe Farnesio. ¿Procedía su malestar de ese pensamiento? No. Lo animaba odio terrible contra Fausta. La asesina de su hija debía morir. Entonces ¿qué vio que pudiera haber impresionado su imaginación? Parecíale que recuerdos confusos y lejanos se agitaban en el fondo de su memoria.

—Esa gitana —pensaba maese Claudio—, esa gitana que iba entre las dos religiosas tiene un modo de andar que yo conozco. Paréceme que ya he visto estos cabellos sueltos y ese modo de andar.

Meditó unos momentos sobre ello olvidando a Farnesio y a Fausta.

—¡Qué extraño que el aspecto de esa desconocida me haya impresionado a tal

punto! —añadió—. ¿Pero qué me importa a mí esa gitana? ¡Bah!

* * * * *

Las dos religiosas que conducían a Salzuma entraron en la habitación de la abadesa. Se inclinaron fríamente ante Fausta y con todo el respeto debido a una superiora ante Claudina de Beauvilliers.

—Está bien, hermanas —dijo ésta—. Podéis retiraros.

—Señora —dijo entonces una de las religiosas—, dos hombres acaban de entrar en el territorio de la comunidad.

—¡Ay! —dijo Claudina—. Las paredes de nuestro pobre convento están en ruinas. ¿Cómo podríamos impedir estas incursiones? Todo lo que podemos hacer es rezar. Id a rezar, hermanas.

Claudina dio esta desvergonzada respuesta con la mayor compunción posible. Las dos hermanas, que sólo habían hablado para descargar su conciencia, se inclinaron y salieron. Sin duda Fausta estaba al corriente de las extraordinarias costumbres del convento, porque no pareció asombrada en lo más mínimo. Únicamente cuando las hermanas se retiraron, dijo:

—Está cercano el día, señora abadesa, en que podréis reedificar los muros de Jerusalén y el templo que cobija a vuestras santas hijas. No olvidéis que el día en que Dios bendiga nuestros proyectos, dotaré el convento con cien mil libras de renta.

Claudina ahogó una exclamación de júbilo. Fausta se había vuelto ya hacia Salzuma y la examinaba en silencio. La gitana se acercó a ella, le tomó la mano y le dijo con triste voz:

—¿Queréis que os diga la buena ventura?

—No —contestó Fausta—: pero si quieres te diré la tuya, porque yo también sé leer en la mano los acontecimientos pasados.

Salzuma miró asombrada a la mujer que le hablaba con tal dulzura.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Eres gitana como yo?

—Tal vez sí —contestó Fausta—, pero ya que te hablo con el rostro descubierto, ¿no podrías quitarte el antifaz?

Salzuma movió negativamente la cabeza.

—Mi antifaz es rojo, pero si me lo quito se verá que mi rostro está lleno de vergüenza y de rubor, cosa que yo no quiero dejar ver a nadie. Todos los que estaban en la catedral y en la plaza de la Grève me vieron. ¡Oh, me da vergüenza! —añadió ocultándose el rostro con las manos como si el antifaz no bastara.

—¡La catedral! ¡La plaza de la Grève! —murmuró Fausta—. ¡Oh! ¿Será ella? —Y añadió con voz alta y estudiando el efecto de sus palabras—. Y, además, tal vez temas ser reconocida por el verdugo.

Salzuma hizo un gesto de indiferencia y desdén.

—El verdugo no es nada —dijo—. No me ha hecho daño alguno, ni me ha

destrozado el corazón. ¿Qué puede contra mí? No puede quitarme más que la vida. Al que yo temo es al impostor que mató mi alma.

—¿Puedes decirme cómo se llama ese impostor? —preguntó Fausta.

—Está aquí —contestó Salzuma llevándose la mana al seno—. Nadie lo sabrá; para ello sería preciso abrirme el pecho.

—Pues yo lo sé.

Salzuma se echó a reír.

Fausta le cogió la mano, la abrió violentamente y después de haberla mirado exclamó:

—Las líneas de tu mano me han revelado tu pasada vida.

Salzuma retiró vivamente la mano y la cerró en movimiento de terror convulsivo.

—¡Demasiado tarde! —murmuró Fausta—. Ahora ya lo sé todo. Sé que has amado, llorado y sufrido. Sé que tu corazón fue destrozado por el obispo al pie del altar.

—¡El obispo! —exclamó temblorosa la pobre gitana.

—Sí —dijo Fausta—, el obispo. El que tú amabas, Juan de Kervilliers.

Salzuma dio un grito de terror, cayó de rodillas y un largo gemido salió de sus labios.

—Es ella, no hay duda alguna —murmuró Fausta.

Y se inclinó hacia la gitana para levantarla. En aquel momento se abrió la puerta y Fausta vio entrar a Claudio. No experimentó el menor espanto, pero poniéndose en pie preguntó con altanería:

—¿Qué vienes a buscar?

—A vos —contestó Claudio.

Claudina se interpuso, diciendo:

—Los caballeros de vuestra escolta bastarán para desembarazaros de este hombre. Fausta la detuvo.

—Un poco de paciencia —dijo—. Este hombre tendrá tal vez que dirigirme una súplica.

—En efecto —dijo Claudio.

—Habla, pues.

—Mi súplica es muy sencilla, señora. Quería rogaros que me acompañarais hasta el antiguo pabellón que se encuentra detrás de los jardines de este convento.

—¿Y si me negaba a ello, verdugo?

—¡Verdugo! —exclamó aterrada Claudina.

—Si rehusarais, señora, me vería obligado a mataros enseguida.

Y desenvainando la daga se apoyó de espaldas en la puerta como queriendo impedir la retirada.

—Mi amo —continuó—, y digo mi amo porque le pertenezco en este momento, me ha ordenado que os lleve al pabellón y, por lo tanto, cumpliré su mandato llevándoos muerta o viva.

Claudina, ante aquella escena imprevista, se quedó lívida de espanto. Fausta conservaba aquella expresión de majestad serena que le era peculiar.

—Y tu amo —contestó— ¿quién es?

—Monseñor el cardenal príncipe Farnesio. Ya veis, señora, que os es casi imposible sustraeros a la solemne conversación que vais a tener con él. Debíais haber esperado el hallaros con el cardenal.

—¿Decís que el príncipe Farnesio me espera en el pabellón? —preguntó.

—Digo que debo conducirlos adonde está, viva o muerta.

—Te sigo —contestó Fausta.

Si Claudio se asombró por tan poca resistencia, no lo demostró ni con un gesto. Fausta tranquilizó a Claudina con un ademán y luego inclinándose hacia Salzuma la levantó murmurando a su oído con expresión de infinita lástima:

—Venid, pobre mujer, venid conmigo y ya no sufriréis más.

Maese Claudio, con la daga desenvainada en la mano, abrió la puerta. Fausta pasó apoyándose en el brazo de Salzuma, o mejor dicho, arrastrándola con ella. La abadesa quiso seguirla, pero Claudio cerró la puerta con llave diciendo:

—Quedaos aquí, señora. Sabed, además, que si llamáis y dais la alarma, se desvanecería la única esperanza de salvación que resta a la princesa, porque le daría de puñaladas al oír el primer grito.

Claudina se quedó, pues, encerrada en la habitación y casi desvanecida por el terror. En cuanto a Fausta andaba con tranquilo paso. Claudio la seguía con la mano crispada en la daga y devorándola con los ojos. No prestó la menor atención a Salzuma. Cuando Fausta llegó al final de la escalera, se volvió hacia Claudio y le dijo:

—Condúceme.

—Id en línea recta hasta el fondo del jardín —contestó Claudio— y no olvidéis que al primer grito, al primer ademán, os degüello como sin duda habéis hecho degollar a mi hija.

Estas últimas palabras se confundieron con un sollozo. Fausta echó a andar en la dirección indicada. Llegó al pabellón y entró seguida de Claudio, que cerró la puerta.

Farnesio, que estaba en el mismo sitio sumido en meditación, no oyó el ruido de la puerta que rechinaba, ni el ruido de los pasos que hacían resonar el suelo podrido. Claudio se dirigió hacia él. En aquel momento Fausta condujo a la gitana hacia el ángulo oscuro y le dijo impetuosamente:

—Si quieres vengarte del dolor que entristece tu vida desde que fuiste traicionada por Juan de Kervilliers, quédate aquí en silencio. Por más que veas y oigas, cállate y no te muevas.

La recomendación era inútil. La gitana había visto a Farnesio y un profundo temblor recorrió su cuerpo.

—¡El hombre negro de la plaza de la Grève! —murmuró—. ¿Por qué su vista me causa horror?

Fausta se dirigió vivamente hacia el extremo opuesto de aquella sala. Allí algunos magníficos sillones con tapicería rota y de madera carcomida, estaban alineados como para atestiguar a la vez la antigua opulencia y la ruina presente de la abadía de las Benedictinas. Fausta, sin cuidarse del polvo, se sentó en uno de ellos y esperó.

Su fisonomía era a la sazón dura y más impenetrable, sus ojos, más negros y de insostenible brillo. Estaba un poco pálida y así aparecía entonces como el genio de algún palacio encantado dormido durante muchos siglos.

Claudio tocó el hombro de Farnesio y éste despertó del sombrío ensueño en que estaba sumido. Dirigió a su alrededor una mirada llena de asombro. ¿En qué pensaba cuando había resuelto castigar un asesinato con otro? De Fausta su pensamiento se remontó a Violeta, y de ésta a la madre, a la amante, eterno remordimiento de su vida.

—Monseñor —dijo Claudio—. Ya está aquí.

—¿Quién? —exclamó Farnesio.

—La que mató a vuestra hija, la que hemos condenado y la que, por fin, va a morir:

—¡Ah, sí! —murmuró el cardenal—. ¡Fausta! No es más que Fausta.

Y al decir esto dio un suspiro como de alivio. Entonces pareció recobrar aquel rostro petrificado que formaba como un antifaz al invisible dolor que corroía su vida.

—¡Verdugo! —dijo con voz, si no apacible, por lo menos muy tranquila—. Esperarás fuera. Cuando te llame será hora. Entrarás y ejecutarás la sentencia.

Claudio se inclinó con sumisión y dirigiéndose hacia la puerta, vio a Salzuma semejante a una estatua olvidada. Tuvo un instante de vacilación y luego, encogiéndose de hombros, murmuró:

—¿Qué importa, después de todo, que la ejecución tenga testigos?

Y habiendo salido se sentó en el umbral de piedra enmohecida, como antaño se sentaba al pie del cadalso en espera del condenado. Farnesio, entre tanto, contemplaba silenciosamente a Fausta.

—Señora —dijo por fin—. Estáis en mi poder. Debo preveniros que tengo la intención de mataros, como se mata a una fiera sin odio ni cólera y con ánimo tan sólo de impedir que muerda. ¿Tenéis algo que decir?

—Cardenal —contestó Fausta—, os habéis rebelado contra vuestra soberana. Con una sola de mis palabras habría podido prender al verdugo que me habéis mandado y del que os habéis convertido en auxiliar a pesar de ser vos un Farnesio. Pero he querido ver hasta dónde llegaría vuestra audacia. Por esta razón estoy aquí. He venido por mi propia voluntad. Estoy sola, sin guardias y entregada por completo a vos. He querido venir así porque quiero advertiros que saldré de esta casa sin que me hayáis tocado un solo cabello. Ahora, hablad.

Por un instante, bajo el influjo de aquella voz dominante, el cardenal estuvo a punto de inclinar la cabeza. Ante aquella seguridad que hacía a Fausta más misteriosa y más formidable que nunca, el cardenal casi tembló, pero enseguida, recobrando su presencia de ánimo, continuó:

—Una cosa en el mundo puede salvaros. Cuando me arrastré a vuestros pies, cuando os declaré que aquella pobre inocente sacrificada a vuestros proyectos era mi hija..., mi hija, ¿lo oís?; cuando lloré y supliqué, creía hablar aún a la soberana. Vi entonces que erais solamente una mujer más perversa que aquéllas que sufren la pena de la horca. Vi entonces que no había en vos más que audacia y que en ella consistía vuestra fuerza. Durante muchos años os he obedecido ciegamente sin discutir vuestras órdenes ni aun con el pensamiento. Por vos he sido criminal, creyendo obrar bien así en beneficio de la nueva Iglesia. Y cuando os pedí la vida de mi hija, me contestasteis: «*Ha muerto*». En aquel momento os condené diciendo que vos moriríais también. Nada puede, por consiguiente, salvaros hoy, a no ser que me probéis que mi hija vive.

El cardenal dirigió entonces a Fausta una mirada llena de ansiedad, pues aquélla era su última esperanza.

—Está muerta —contestó Fausta con implacable tranquilidad.

Farnesio dio un rugido de dolor como si por vez primera oyese tal noticia.

—Está muerta —continuó Fausta—. He querido saber si vos, mi primer discípulo, estabais bastante al abrigo de las debilidades humanas, para sacrificar a vuestra misma hija a la causa sagrada por la cual deberíais derramar vuestra sangre hasta la última gota. De haberos visto tal como esperaba, Farnesio, ¿quién sabe de lo que yo hubiera sido capaz y qué magnífica recompensa hubiera hallado para vos! ¿Quién sabe si un milagro os habría devuelto a la que lloráis!

—¡Un milagro, señora! —dijo Farnesio—. Ya no hay milagros.

—¿Qué sabéis vos, cardenal? —dijo Fausta con voz llena de augusta majestad.

—Esto es un sueño insensato —repuso sordamente—. No esperéis, señora, escapar a vuestra sentencia engañándome con pueriles esperanzas. Ya que mi hija está muerta, nadie puede devolvérmela. Y ya que vos la habéis matado, voy a hacer lo mismo con vos.

Dichas estas palabras, Farnesio hizo un movimiento como si quisiera llamar al verdugo. Pero al mismo tiempo Fausta se levantó. Tenía tan majestuoso aspecto, que el cardenal se detuvo invadido por secreto terror. Fausta puso su mano en el brazo de Farnesio y le dijo:

—Ya que vuestra rebelión os condena, ya que no habéis querido que se probara el milagro de la alegría, ya que os habéis rebelado, habéis perdido para siempre la que podría ser la resurrección de vuestra alma. Pues bien, que se cumpla el milagro de la desesperación. Vive, pues, con la que ha sido la muerte de tu alma.

—¿Qué queréis decir? —balbució Farnesio—. ¿Quién es la que decís?

—Busca en ti mismo. La crees muerta desde hace dieciséis años.

—Sí, sí, está muerta —exclamó Farnesio con acento de indecible terror.

—¡Mira! —dijo Fausta.

Farnesio se volvió hacia el lugar que indicaba Fausta y vio a Salzuma.

—¡La gitana! —exclamó sordamente.

Fausta, con rápido gesto, hizo caer el antifaz de Salzuma y repitió:

—¡Mira!

—¡Leonor! —rugió Farnesio retrocediendo, mientras Salzuma avanzaba hacia él.

—¿Quién ha pronunciado mi nombre? —preguntó la gitana.

Farnesio, lívido, con los ojos fuera de las órbitas y los cabellos erizados, retrocedía. Retrocedió hasta dar con el muro y entonces se adosó a él, ocultando el rostro entre las manos. Y cuando Salzuma estuvo a su lado, cayó de rodillas balbuciendo:

—¡Leonor, Leonor! ¿Eres acaso un espectro salido de la tumba?

En aquel momento se oyó la vibrante voz de Fausta.

—Adiós, cardenal. Te dejo hoy con Leonor de Montaignes, tu amante. Ten cuidado que no te deje algún día en compañía del espectro de tu hija.

Pero Farnesio no la oía, ni la veía. Sólo tenía ojos para Salzuma, Leonor, el espectro.

Fausta se dirigió hacia la puerta sin apresurar el paso. Una vez allí, encontró a Claudio que esperaba y que al verla se quedó mudo de asombro. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso Farnesio la había perdonado? De un salto el verdugo penetró en la sala, corrió hacia Farnesio y vio entonces a Salzuma que se inclinaba sobre el cardenal.

—¡La madre de Violeta! —murmuró petrificado.

Y Claudio retrocedió algunos pasos asustado por aquella repentina aparición de la que antaño tuviera la misión de ejecutar en la plaza de la Grève. Entonces, al contemplar a Farnesio, comprendió por qué Fausta había podido salir tan tranquilamente de aquella sala en que debía morir. Pero la aparición de Leonor de Montaignes no podía ejercer sobre él la misma impresión que sobre el cardenal. Su odio que, por un momento, había dejado lugar a la estupefacción, renació con mayor violencia.

—Pues bien —murmuró—. Me encargaré yo solo de ejecutar a esa mujer.

Y se lanzó fuera siguiendo las huellas de Fausta. Pero ya ésta se había reunido a su escolta y Claudio vio cómo se alejaba la litera rodeada de caballeros.

—Esta vez se me ha escapado, pero en adelante obraré yo solo —pensó.

XXIV - Sor Filomena

MAESE CLAUDIO volvió sobre sus pasos. Por un momento se detuvo ante el pabellón en que había dejado al príncipe Farnesio acosado por sus remordimientos y terrores personificados en aquella Salzuma. Pero muy pronto, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la brecha. Y mientras andaba lentamente, pensaba:

—Fausta sabe que el cardenal Farnesio quiere matarla. Ella ha sido la que ha conducido a la desgraciada Leonor ante el cardenal. ¿Por qué razón? Tenía una escolta suficiente para hacer prender a Farnesio y en vez de ello se aleja tranquilamente. ¿Por qué? ¿Cuáles son los propósitos de esa mujer? ¿Por qué no ha tratado tampoco de hacerme prender?

Claudio franqueó la brecha por la que había entrado con el cardenal Farnesio y penetró entre los hermosos castaños que elevaban sus copas en la montaña que hoy está cubierta de casas.

Mientras Claudio descendía por la abrupta pendiente, vio subir a cuatro hombres que marchaban en dos grupos. Se preguntó qué iban a hacer allí y si no debería seguirlos hasta el convento hacia el cual parecían dirigirse. ¿Pero para qué? ¿Qué le importaban aquellos hombres? Además, en el convento no había nada que pudiera interesarle. Nada le interesaba en el mundo, ya que Violeta había muerto. Claudio continuó descendiendo y se cruzó con los dos primeros de aquellos desconocidos, a quienes saludó gravemente. Le devolvieron el saludo, el de más edad con un ademán y el más joven quitándose el sombrero. Y Claudio continuó su camino hacia París.

Aquel joven señor a quien Claudio no conocía y que acababa de devolverle el saludo con mayor cortesía de la que los nobles acostumbra a usar al dirigirse a un plebeyo como él, era el mismo que había ido a buscar a la «Posada de la Esperanza» para llevarlo al lado de Violeta. Era Carlos de Angulema.

El joven duque tenía grandes esperanzas. ¡Pardaillán le había repetido tantas veces que vería de nuevo a Violeta y le dio en apoyo de su opinión tan buenas razones, y además le había afirmado tanto que en asuntos de amor no hay más que la muerte que separa definitivamente!

Subía, pues, con gran alegría la cuesta de Montmartre, hallando encantadora a la naturaleza, considerando a Pardaillán como la perla de los amigos, convencido de que allí arriba encontraría a la gitana Salzuma y que por ésta averiguaría el retiro de Belgodere, y, por consiguiente, el paradero de Violeta, porque, según todas las apariencias, ésta se hallaba en compañía del gitano.

Los cuatro hombres llegaron a la brecha. Pardaillán fue el primero en pasar, y no viendo nada anormal ni inquietante, hizo señas a Carlos, que entró enseguida. Muy pronto se les reunieron Graznido y Picuic. En el jardín las dos ancianas religiosas continuaban cavando al sol, con la cabeza cubierta con un velo, única parte de pobres vestidos destrozados que recordaba su condición de religiosas.

La misma vieja que tanto había gruñido al divisar a maese Claudio cuando éste

atravesaba tranquilamente el huerto, divisó de pronto a los cuatro recién llegados. Entonces, apoyándose sobre el azadón, sonrió amargamente y designándolos a su compañera, dijo:

—Esto va bien. Ahora vienen de cuatro en cuatro. Dentro de poco se instalará en el convento todo un ejército.

—Vamos, vamos, sor Filomena —dijo la otra religiosa, más escéptica o resignada—. ¿Para qué sirve el encolerizarnos? Si nuestras hermanas jóvenes quieren condenarse, es asunto suyo y no podemos impedirlo.

—Ya lo sé; pero, a pesar de ello, pienso, sor María Luisa, que es una vergüenza, una desolación que los hombres puedan entrar libremente en nuestro monasterio. Por mi parte los hombres no me han dirigido nunca la palabra, porque los sinvergüenzas ya saben a quién pueden dirigirse.

Sor María Luisa sonrió de un modo agridulce.

—Y no es —continuó la hermana Filomena— que haya sido siempre como ahora. No hace mucho que tenía un talle y unos ojos dignos de ser mirados, como lo eran en efecto. Pero entonces se cumplía la Regla con toda severidad. Y aun ahora me parece que no estoy tan mal, pero soy virtuosa y tengo lengua. Si un hombre se atreviera jamás a dirigirme una palabra o una mirada, os juro que me oirían los sordos.

—La verdad es —dijo dulcemente sor María Luisa— que Dios fue pródigo con vos en lo que toca a la lengua.

Sor Filomena, erguida como un gallo de pelea sobre sus espolones, se preparaba a contestar dignamente a tal insinuación, que consideraba exagerada y maliciosa, pero la tempestad que se formaba sobre la cabeza de sor María Luisa se disipó de pronto.

—¡Jesús María! —murmuró sor Filomena—. No parece sino que vienen hacia nosotras. Mirad, sor María Luisa.

—Sí, realmente, hacia aquí vienen. Vámonos, sor Filomena.

Ésta, con rápido ademán, desató su pobre falda que arremangada llevaba a la cintura y reunió algunos mechones de cabellos que el viento agitaba.

—Por el contrario, quedémonos. Es preciso ver si tendrán la audacia de no respetarnos.

Pardaillán y el duque de Angulema avanzaban, efectivamente, hacia las dos religiosas. Sor María Luisa miró atrevidamente a los dos forasteros, pero sor Filomena bajó púdicamente los ojos.

Sor María Luisa era bajita y regordeta y tenía la cara rojiza. Tomaba la vida según se presentaba. Soportaba la lluvia y el sol, no con indiferencia o resignación, sino empleando todos los recursos de su espíritu para hacerlos redundar en su provecho.

Sor Filomena, angulosa y seca como un sarmiento, hallaba la vida injusta y murmuraba de todos y a propósito de todo. Sin duda había sido siempre fea, y por ello guardaba rencor a todo el universo. Por otra parte, ignoraba hasta cierto punto lo que era el mundo y en ciertas cosas era tan inocente como una niña.

Pardaillán y el duque de Angulema avanzaban, efectivamente, hacia las dos

religiosas.

Pardaillán levantó su sombrero, con mucha cortesía, y abrió la boca para hablar.

—¡No os acerquéis! ¡Deteneos! —exclamó sor Filomena tratando de ruborizarse.

El buen Pardaillán, que se había detenido ante tal intimación, se quedó indeciso.

Carlos de Angulema saludó a su vez, y dijo:

—Señora...

—No me habléis —interrumpió la vieja con un gesto de pudor ofendido.

—Pero señora...

—¿Qué queréis? ¿Qué esperáis? —exclamó entonces sor Filomena—. Decid, hablad, leo en vuestros rostros vuestras intenciones perversas. En vano fingís un respeto que no está en vuestros corazones. Por Dios os aseguro que aunque parezco débil, soy capaz de defender mi virtud. Por lo tanto, sería mejor...

—Señora —contestó Carlos—, os juro que no tenemos las intenciones que suponéis en nosotros.

—¡Marchaos! —prosiguió sor Filomena después de haber recobrado aliento—. Vaya, joven, deberíais avergonzaros, pero como en el fondo soy buena, quiero olvidar...

A la sazón Pardaillán fue acometido de un acceso de risa, a la que inmediatamente se unió el joven duque, Los dos lacayos, viendo reír a sus amos, creyeron que su deber era hacerles coro. Picuic se echó a reír como una puerta que rechina, y Graznido, como siempre, lúgubrementemente. En presencia de aquel cuádruple acceso de risa, sor Filomena se detuvo asombrada y sintiéndose incapaz de proseguir su discurso, de lo cual se aprovechó Pardaillán.

—¡Por todos los diablos! —dijo—. ¿Acaso tenemos cara de moros o turcos? ¿Nos parecemos tal vez a gentes que vienen a violentar la virtud de dos mujeres de tan venerable apariencia? No, señora, no temáis nada de nosotros. Os aseguro que os profesamos veneración.

Sor Filomena sintió cierto desencanto al oír tales palabras y preguntó:

—¿De modo que no os traen intenciones perversas?

Pardaillán puso la mano sobre su corazón, se inclinó y contestó gravemente:

—Ninguna, os lo juro por el sol que nos alumbraba.

Sor Filomena dio un suspiro.

—Esta vieja está todavía en la infancia —murmuró el duque al oído de Pardaillán.

—Señora —dijo éste en voz alta—. Venimos sencillamente para rogaros que nos deis algunas noticias. Y para acabar de tranquilizaros, os diré que mi amigo, aquí presente, ha tenido una gran desgracia. Ama a una joven. ¡Oh, no temáis nada, no es ninguna religiosa! Y esa joven ha sido raptada.

—¡Pobre joven! —murmuró sor Filomena mirando al joven duque con interés que hubiera sonrojado a éste si las últimas palabras del caballero no lo hubieran sumido en su triste preocupación.

—Da la casualidad —continuó Pardaillán— que en este convento se alberga una gitana que yo mismo acompañé. Ésta puede sernos de gran utilidad para hallar la que buscamos y quisiéramos verla. He aquí todo el misterio.

—He visto a la mujer de que habláis —dijo entonces sor María Luisa, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

—¡Es una mujer maldita! —exclamó sor Filomena.

Carlos dio dos pasos hacia sor María Luisa.

—¡Señora! —dijo con voz conmovida—. Haced que pueda ver a la gitana y tened la seguridad de que no soy un ingrato.

Sor María Luisa tendió su ancha mano abierta y exclamó:

—La caridad cristiana nos obliga a hacer favores al prójimo. Sólo quisiera poder encender algunos cirios a Nuestra Señora.

El duque sacó su bolsa, y la puso en manos de la monja, la cual la abrió descaradamente y examinó el contenido. Entonces sus ojos brillaron y las mejillas se le inflamaron.

—¿Queréis hablar a la gitana? —dijo.

—Para eso hemos venido.

—Pues bien, ¿veis ese derruido pabellón al lado de las brechas? Está allí actualmente. La he visto entrar. Id, y que Dios os guíe, mi joven señor.

Pardaillán y Carlos no escucharon más y se dirigieron apresuradamente hacia el pabellón indicado.

—Veamos —exclamó sor Filomena.

María Luisa abrió la bolsa y dijo:

—Tenemos aquí con que vivir tres meses, hermana. Tres meses de oraciones y de beatitud sin trabajar la tierra.

—El Cielo premia mi virtud —observó sor Filomena.

Abandonaron las herramientas de jardinería y penetraron en el convento. Había entre aquellas dos mujeres una especie de asociación; eran en ellas comunes beneficios y pérdidas, así como su miseria; pero sor María Luisa, astuta y maliciosa, siempre hallaba medio de comer allí donde la otra se moría de hambre. Sor María Luisa, pues, una vez hubo llegado a una celda en que dos fermentados jergones servían de lechos a las dos religiosas, se acurrucó, vertió en su camastro el contenido de la bolsa y empezó a contar con temblorosos dedos. ¡Era una fortuna!

La astuta mujer buscaba ya el medio de substraer a su compañera algo de la parte que, según toda justicia, debía corresponderle, pero sor Filomena, menos práctica, iba y venía, pensando en aquellos forasteros, y sobre todo en uno de ellos, cuyo noble continente la había impresionado. Iba de una parte a otra murmurando y profiriendo entrecortadas razones y, por fin, no pudiendo resistir más su curiosidad, exclamó:

—Tengo verdadero deseo, así el Señor me lo perdone, de saber lo que aquellos forasteros venían a hacer aquí.

—Id —dijo sor María Luisa—. En tales casos la curiosidad es un deber.

Sor Filomena no se lo hizo repetir. Rápidamente se dirigió hacia el destartalado pabellón, mientras sor María Luisa se apresuraba a ocultar en su escondrijo la preciosa bolsa.

XXV - El veranillo de San Martín

MIENTRAS CARLOS y Pardaillán penetraban en el viejo pabellón, los dos lacayos, es decir, Picuic y Graznido, se quedaron fuera haciendo centinela. El primero había sido colocado al pie de la brecha y el segundo con orden de permanecer ante la misma entrada del pabellón.

Graznido, que, muy a pesar suyo, gozaba de reputación de valiente, empezó por dirigir a su alrededor amenazadora mirada. Desenvainó la daga y la cogió con una mano apoyando tan belicoso preparativo con un buen ¡hem!, sonoro o, más bien dicho, cavernoso.

Tal exclamación, la mirada brillante y la daga desnuda, bastaban para inspirar saludable respeto a los innumerables enemigos de que Graznido creía lleno el convento, y que, según sus ideas, le tenían cierta ojeriza a causa de la aventura de la capilla de San Roque. Hay que advertir que Graznido no había mentido a sabiendas al contar la terrible, pero imaginaria, batalla de la capilla. Los adversarios que había derribado con un escabel, los había visto en realidad, en su imaginación, es cierto. No había, pues, en él mentira de ninguna clase. Se había batido y había matado a docenas de enemigos. Eran personajes ficticios creados por el miedo, ¿pero cuántos relatos históricos no tendrán el mismo origen?

Así, pues, Graznido era perfectamente sincero al figurarse que el duque de Guisa había jurado su perdición y que, sin duda, apostó bandas de asesinos para darle muerte. Sin embargo, pudo observar que en el huerto no se señalaban otros asesinos que algunas modestas leguminosas, lo que le hizo creer que no había llegado aún el momento de la batalla. Apagó, pues, el fuego de su mirada, y envainó nuevamente el arma, murmurando:

—Ya los veré venir.

No obstante, como medida de prudencia y para no exponerse inútilmente, se alejó con lentitud del sitio en que había sido puesto en vigilancia y se dirigió a un cobertizo en que se almacenaban los utensilios de la jardinería: era aquél un débil abrigo, pero abrigo al fin. Justamente cuando iba a llegar a dicho cobertizo para ocultarse en él, apareció una sombra. Graznido saltó, exclamando:

—¡Ya están aquí!

Pero no era el enemigo, sino sencillamente sor Filomena.

—¡Deteneos, por el amor de Dios! —exclamó aterrada al ver que Graznido le apuntaba con una pistola.

Graznido, viendo que tenía que habérselas solamente con una mujer anciana o que parecía llena de terror, se guardó la pistola. Y habiéndose fijado en el terror que su gesto inspiró a aquella mujer, empezó a tener opinión favorabilísima de sí mismo, aun cuando, en el fondo, deploraba su valentía. Entre tanto sor Filomena unió las manos con vacilación y dijo:

—¡Cuán valiente debéis ser!

—¡Desgraciado de mí! —pensó Graznido—. Según parece, todo el mundo lo advierte. ¿Qué me queréis, buena mujer? —añadió en voz alta.

El efecto, no de la pregunta, sino de la voz fue tal, que Graznido se quedó estupefacto.

—¡Oh, qué hermosa voz! —exclamó sor Filomena con creciente admiración.

—He sido chantre —dijo modestamente Graznido.

—¡Chantre! Pues entonces habéis sido hombre de iglesia.

—Casi, pero ahora soy hombre de guerra.

—¡Un chantre! —exclamó sor Filomena—. Toda mi vida he deseado conocer a uno, verlo de cerca y tocarlo, pero confieso que nunca había soñado en un chantre tan alto y que tuviera tan magnífica voz.

—No puedo negar que tengo buena estatura y que llego a todas las notas por bajas que sean.

—¡Oh! —suspiró sor Filomena—. ¡Cómo debían admiraros cuando cantabais! ¡Cuántas conquistas debisteis hacer! ¿En dónde cantabais?

—En Saint-Magloire.

—Hermosa parroquia y muy frecuentada por jóvenes y hermosas damas.

Graznido se atusó el bigote con aire conquistador.

—La verdad es —dijo— que pude haber sido un verdugo de corazones. Recuerdo que la criada del sacristán en persona, me dijo un día en términos formales: «Señor Graznido, si no tuvierais unas piernas tan largas y los brazos como listones de escalera, una nariz tan grande y la cara tan fea, seríais ciertamente un hombre guapo».

—¿De modo que os llamáis Graznido?

—Sí, Graznido.

—¡Qué voz! —exclamó la monja—. Y vuestro nombre es hermoso, a fe de sor Filomena.

—¡Ah! ¿Os llamáis Filomena? Pero ¿y por qué me hacéis todas esas preguntas? ¿Qué me queréis?

Sor Filomena se quedó confusa. No había previsto una pregunta tan sencilla. Bien mirado, ¿qué quería? ¿Por qué había ido a buscar a Graznido? ¡Ay! Apenas lo sabía, o mejor dicho, no lo sabía.

Sor Filomena vivía en el fantástico convento desde trece años antes. Tenía cuarenta y cinco y parecía tener diez más. Había sido siempre demasiado fea para pecar. En realidad también siempre tuvo gran ira por no poder cometer el detestable pecado objeto de sus recriminaciones e imprecaciones cotidianas.

Sor Filomena no era una desvergonzada. El lenguaje impúdico de la conversación que sostenía con Graznido, las ojeadas que le dirigía, no eran más que el resultado de su profunda ignorancia, pero era una ignorancia rabiosa.

Ante la pregunta del prudente Graznido que, de pronto, sospechó en ella un enemigo, sor Filomena bajó los ojos, suspiró y empezó a alisar su delantal como hubiera podido hacer una jovencita a la que se dice por vez primera que es bonita. Era

grotesco, asqueroso, conmovedor tal vez, pero de humana sinceridad. Sor Filomena había recibido el flechazo de Cupido y el vencedor de aquel viejo corazón, que continuaba siendo joven, era el intrépido Graznido.

—Veamos —continuó Graznido con aquella hermosa voz que tanto admiraba sor Filomena—, supongo que no habréis venido con el único objeto de contemplarme.

Sor Filomena levantó los ojos y con el atrevimiento que le daba su inocencia, contestó:

—Efectivamente, para eso he venido. ¡Sois tan guapo!

—¡Oh, oh! —exclamó Graznido—. ¿Acaso sin saberlo también soy un asesino de corazones?

Graznido meditó algunos instantes sobre el extraño destino que le había dejado ignorar hasta entonces que era un hombre útil para la guerra y el amor. Examinó con más benevolencia a sor Filomena, que estaba emocionada, y la vio menos vieja y fea de lo que en realidad era.

Viendo el efecto que aquéllas, palabras habían producido en Graznido, sor Filomena cobró ánimo y murmuró:

—Venía a rogaros que visitarais conmigo el jardín, que está lleno de flores y de frutas.

Graznido comprendió que debía contestar con una galantería y abriendo la boca exclamó:

—¡Oh, sor Filomena! ¿Cuánto me gustaría coger la flor de vuestra modestia y la fruta de vuestra virtud?

Era una declaración que Graznido juzgó audaz y sor Filomena decisiva. Los dos se quedaron asombrados y asustados, comprendiendo la religiosa, que, por fin, iba a caer en los abismos del pecado. Graznido estaba maravillado al observar que alcanzaba la victoria, en cuanto se presentaba en cualquier campo de batalla. Se miraron y se reconocieron dignos uno del otro, juzgándose hermosos, jóvenes y amables. Graznido, cada vez más audaz y sintiéndose irresistible, cogió una mano de sor Filomena, y unidos de este modo, echaron a andar con la cabeza inclinada.

Con la mayor astucia, sor Filomena arrastraba a Graznido hacia un rincón desierto del convento, propicio para las declaraciones amorosas y cuyo acceso estaba severamente prohibido a las religiosas. Sor Filomena, curiosa hasta la exageración, y atacada además de mal de amor, tenía doble deseo de ir a aquel lugar en que se elevaba una pequeña construcción rodeada de empalizadas. Deseaba, ante todo, satisfacer su curiosidad y saber por qué la abadesa había prohibido que se dirigieran allí y luego poder continuar con Graznido la conversación sin temor a oídos ni miradas indiscretas. Gracias a sabias vueltas y revueltas, la sor pudo llegar a la región deseada con la seguridad de no haber sido descubierta. Cuando por fin llegó a la empalizada, su corazón latía apresuradamente.

—Sólo hay que entrar en el recinto —dijo con voz ahogada.

—Y una vez en el recinto, ¿qué haremos? —preguntó Graznido.

—¿Veis aquella casita? Es un retiro ideal adonde nadie podrá ir a espiarnos y sorprender nuestras palabras.

Sor Filomena había cogido con su seca mano el brazo de Graznido y sin más explicaciones lo arrastró hasta la puerta de la empalizada, que estaba cerrada.

—¡Qué desgracia! —dijo.

—Esperad —dijo Graznido lleno de audacia—. Voy a saltar por encima de la empalizada y una vez dentro, podré abrir fácilmente.

—¡Ah! Sois un héroe.

Graznido empezó a escalar la empalizada, que no era muy alta, y para lo cual además tenía grandes facilidades dada su desmesurada estatura. Algunos segundos más tarde saltaba dentro del recinto y se preparó para abrir a su acompañante. En aquel momento oyó a su espalda el ruido precipitado de ligeros pasos. Volvióse y ahogó un grito de asombro. Una joven acudía hacia él con los cabellos sueltos, las manos juntas y la mirada suplicante. En una palabra, era una niña adorablemente hermosa a pesar del terror que sin duda sentía.

—¡Oh, caballero! ¡Quién quiera que seáis, salvadme! ¡Sacadme de aquí!

—¡Violeta! —exclamó Graznido.

Al oír la voz, la joven pareció conocer al recién llegado, y se detuvo.

—¡Ah! —murmuró con desaliento—. ¡No es un salvador! ¡No es más que un hombre de Belgodere!

Y dos lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas.

—¡Violeta, aquí! —repitió Graznido—. ¿Cómo puede ser esto?

Pero no tuvo tiempo de decir más; en el umbral de la casa apareció entonces alguien a quien conocía muy bien. Era Belgodere.

Este habíase aparecido siempre a Graznido con un palo en la mano y a la sazón, sin duda para no faltar a la costumbre, el gitano, aun cuando avanzaba con tranquilo paso, hacía voltear una vara de fresno de respetable tamaño. Graznido palideció y dando un largo gemido, sintió que se le doblaban las piernas.

Belgodere cogió a Violeta con rudeza y exclamó:

—¡Vete adentro! Otra vez no sucederá así.

La pobrecita bajó la cabeza y se dirigió lentamente hacia la casita, en la cual desapareció. Entonces se volvió hacia Graznido. Éste, aprovechando el corto instante en que su terrible amo no le miraba, se dispuso a saltar la empalizada, pero Belgodere le vigilaba con el rabillo del ojo. En el momento que el desgraciado Graznido iba a saltar, fue cogido por la pantorrilla y echado nuevamente al suelo, en donde cayó de rodillas. Belgodere lo cogió por el cuello del jubón y lo puso nuevamente en pie.

—Oye, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Pues, mi amo... os... buscaba...

—Pues bien, si me buscabas, ya me has encontrado. Acércate, o, de lo contrario, tendrás que habértelas con el garrote.

Algunos instantes más tarde, Graznido, muerto de miedo, entraba a su vez en la

casita pareciéndole que entraba en su tumba. Sor Filomena, a través de los tablones mal unidos, asistió a toda aquella escena y oyó todo lo que sucedía. Había visto a Violeta y a Belgodere, así como a Graznido caer de rodillas ante aquel hombre. Entonces, sobrecogida de espanto, huyó.

Huyó llevándose un amargo pesar y profunda satisfacción. El pesar obedecía a que la única aventura de su vida acababa como fundida en el agua. La satisfacción tenía por causa el secreto que había descubierto. Tras la alegría de haber descubierto un secreto, hay otra mucho mayor, y es divulgarlo. Diez minutos más tarde, sor Filomena y sor María Luisa, una ante otra, se preparaban a hablar y escuchar, respectivamente.

—¡Ah, sor María Luisa! ¡Qué aventura! Pero antes es preciso que me prometáis no decir nada a nadie.

—Os lo juro por mi santa patrona —dijo sor María Luisa, que tal vez reflexionaba acerca de la persona a quien podría confiar el secreto que iba a oír.

—Pues bien, hay un hombre en el convento.

—Si no me dais otras noticias, ésa no es nueva.

—Sí, pero es un hombre que vive en el convento, es decir, ahora hay dos, y una prisionera además.

A la sazón, sor Filomena hizo un relato exacto y detallado de lo que había visto. Una vez hubo terminado, sor María Luisa se sumió en profunda meditación. A pesar de su aspecto bobalicón, era mujer capaz de entenderlo todo y, sobre todo, de utilizar cualquier noticia para su provecho propio. Resultado de sus reflexiones fue que no sólo resolvió no divulgar el secreto descubierto por sor Filomena, sino que dijo a ésta:

—Escuchad, sor Filomena. Lo que acabáis de decirme es muy grave.

—¿Lo creéis así, sor María Luisa?

—Estoy segura de ello. Creo que la señora de Beauvilliers tomaría terribles medidas contra nosotras si se enterara de que sabemos...

—¡Jesús! Me asustáis.

—Lo seguro es que si conseguís poner freno a vuestra lengua...

—¡Me ofendéis, señora María Luisa!

Olvidaban algunas veces que eran monjas.

—Sé —dijo fríamente María Luisa— que os ofendo creyéndoo capaz de poner freno a la lengua, aunque no fuera más que por un minuto. Pero lo que es esta vez, será necesario callaros.

—¿Y qué ganaré con ello?

—Tal vez una fortuna. La vida asegurada. Pensad en ello, sor Filomena.

—Sí, ¿pero cómo?

—Éste es mi secreto, y como no quiero que lo sepa todo el convento, me lo callo.

—No obstante, yo quisiera saberlo. Soy curiosa, es mi único defecto.

—Ya lo sabréis más tarde. Entre tanto, si queréis ganar oro, mucho oro, para vestiros como una dama burguesa y con qué seducir por fin al héroe de quien me

habéis hablado, es preciso que calléis.

Sor Filomena, insensible a la promesa de oro, se estremeció al pensar que podría acabar de seducir al hermoso Graznido. Juró callarse. Entonces sor María Luisa salió apresuradamente, pero para mayor seguridad encerró a sor Filomena en la celda.

María Luisa se dirigió rápidamente hacia el arruinado pabellón que había designado a Pardaillán y a Carlos de Angulema, pero en vano penetró en él precipitadamente. El pabellón estaba vacío. Corrió a la brecha, la atravesó e inspeccionó largo rato los alrededores, pero ya no había nadie.

XXVI - El cercado del jardín del convento

CUANDO el pobre Graznido, temblando con todos sus miembros, hubo entrado en la casita, Belgodere, que lo seguía empuñando terrible garrote, cerró cuidadosamente la puerta y dirigiéndose al pobre hércules, que temblaba como la hoja en el árbol, le dijo:

—Según dices, me buscabas. Pues bien, ya me tienes; ¿qué quieres decirme?

—Amo... yo quería... como nos dejasteis... yo... amo...

Graznido, que no quitaba la vista del amenazador garrote, tartamudeaba sin saber a qué santo encomendarse y, sobre todo, al ver que no hallaba, a pesar de sus esfuerzos, una explicación plausible.

—¡Por el diablo! —exclamó Belgodere, que no tenía la virtud de la paciencia—. ¿Te has convertido en carnero? Hace una hora que estás balando, pero no sabes hablar. Tendré que desatarte la lengua.

Y diciendo estas palabras levantó el garrote.

Antes de recibir el golpe, Graznido se echó al suelo y empezó a gritar. Luego, a fin de evitar la paliza que esperaba, exclamó:

—¡Piedad! ¡No me matéis! ¡No, no, ya os lo diré todo!

Y en su fuero interno añadía:

—¡Ah, Filomena! ¿Adónde me has traído? ¡Desgraciado de mí!

—¿Acabarás de destrozarme los oídos? Hace poco estabas balando y ahora muges como un becerro. Vamos a ver, habla y fíjate en lo que digas, porque de lo contrario te daré tales friegas, que ni una sola pulgada de tu piel dejará de trabar conocimiento con esta tranca.

—¡Ay! —gimió Graznido—. Ya sé que por fin me tocará ser apaleado a pesar de todo lo que pueda decir. ¡Pobre de mí!

—Si dices la verdad, te perdonaré por esta vez.

Belgodere no hacía esta promesa impulsado por buenos sentimientos o porque le conmovieran las quejas de su Hércules, sino sencillamente porque quería saber la razón de que su ex empleado se hallara inopinadamente en un lugar en que nunca habría sospechado verlo.

Sea lo que fuere y por vaga que hubiera sido su promesa, devolvió, con un chispazo de esperanza, un poco de fuerza y de valor al desgraciado Graznido, que lo necesitaba mucho.

—¿Si os digo la verdad no me pegaréis? —interrogó con ansiedad.

—Depende de lo que me digas. Adelante, escucho.

Graznido comprendió que era preciso contentarse con tal promesa por poco tranquilizadora que fuese y que no obtendría más de su ex amo, al que maldecía desde el fondo de su corazón. La vista del sólido garrote en manos del gitano, paralizaba todos sus esfuerzos para hablar. Al observar que Belgodere hacía un gesto de impaciencia, se resolvió a decir la verdad sin inquietarse de las consecuencias que

podiera acarrear a sus nuevos amos, a los que en aquel momento echaba muy de menos, porque no le hablaban garrote en mano. Así, pues, con voz poco segura, empezó su relato.

—Pues, ya veréis, mi amo. Vuestra repentina desaparición... porque ya recordaréis que nos dejasteis sin advertimos nada...

—¿Y qué? ¿Acaso he de darte cuenta de mis actos? —interrumpió el gitano.

—No digo eso —observó precipitadamente Graznido—. No digo eso. Sois muy dueño de ir adonde os parezca, y de no decirnos nada. Quise decir, sencillamente, que vuestra repentina partida nos dejó a Picuic y a mí en una situación muy apurada. El amo de la «Posada de la Esperanza» nos echó a la calle y no sabíamos que hacer.

—Este animal tiene razón en el fondo —murmuró Belgodere.

Es preciso notar aquí que Graznido mentía descaradamente, porque ya se recordará que Picuic y él aprovecharon la ausencia del gitano para marcharse e ir en busca de un nuevo amo que pudiera ofrecerles otra cosa que bastonazos.

Pero por poco perspicaz que fuera el ex chantre, no dejó de observar que si Belgodere hubiera estado enterado de su deserción, la habría emprendido a palos con él sin más explicaciones, y desde el momento en que no lo había hecho, ello era una prueba de que no sabía nada.

—Hemos andado errantes muchos días alrededor de la posada pensando que volveríais, y viendo que no lo hicisteis, y teniendo en cuenta que nos era preciso vivir, empezamos a buscar otro amo, que, entre tanto, y hasta que volviéramos a veros de nuevo, nos diera comida y cama.

—En una palabra, me habéis abandonado. ¿Y ese amo que buscabais lo encontrasteis?

—Hemos tenido esa fortuna.

—¡Ah! —dijo irónicamente el gitano—. Es cierto que la fortuna favorece a los sinvergüenzas como tú. ¿Y cómo se llama vuestro nuevo amo?

Graznido pensó en nombrar, ante todo, a Pardaillán, pero deseando deslumbrar al gitano con su nueva posición, dio la preferencia al duque, cuyo título era más imponente que el de caballero. Por esta razón contestó, orgullosamente y dándose el mayor tono posible:

—Es monseñor el duque de Angulema.

—¿Cómo? —exclamó Belgodere no pudiendo dar crédito a lo que oía.

—Digo que es monseñor el duque de Angulema —repitió complacido Graznido, figurándose haber dejado turulato a su interlocutor.

—¡Caramba! —dijo el gitano pensativo—. Te felicito. Mucho me satisface el haber sido reemplazado por el duque, nada menos que por el hijo de un rey. Os felicito, señor Graznido.

Éste, que no observó la ironía, se pavoneó olvidando casi el garrote que continuaba en manos del histrión, el cual, siempre con el mismo tono, continuó:

—Pero todo eso no me explica por qué te he hallado tan inesperadamente.

—¡Ah! —dijo Graznido—. Según parece, mi joven amo, a juzgar por las palabras que he oído, está enamorado de una joven que ha desaparecido de pronto.

—¿De veras? —preguntó Belgodere oprimiendo nerviosamente el extremo del garrote, gesto inquietante que un momento antes no hubiera pasado inadvertido al antiguo chantre; pero que a la sazón se creía digno de respeto y, por lo tanto, al abrigo del castigo prometido.

—Es como tengo el honor de decíroslo —añadió con dignidad.

—Continuad, señor Graznido. Vuestro relato es muy interesante.

Animado por esas alabanzas tanto más agradables cuanto no estaba acostumbrado a ellas, Graznido, con su cavernosa voz, continuó:

—Según parece, hay en este convento una gitana que predice el porvenir de un modo milagroso. Mi joven amo monseñor el duque, ha venido para consultarla creyendo que podría decirle tal vez qué ha sido de la joven, una noble señorita hermosa a más no poder, de la cual está enamorado.

—¿De modo que para consultar a esa gitana que está en el convento ha venido el duque de Angulema? Es muy extraordinario. ¿Pero y tú? ¿Por qué has escalado esta empalizada?

—¡Yo! —contestó—. Me dejaron solo en el jardín y tuve miedo. Por otra parte, vi algunas figuras que no me inspiraron confianza y resolví pasar al otro lado de la empalizada para poder vigilarlas mejor.

—¡Hombre! ¿De modo que te has vuelto valiente al servicio de tu nuevo amo? Si esto continúa vas a ser perfecto.

—¡Psé! —exclamó modestamente Graznido—. La verdad es que nunca os hicisteis cargo de mis cualidades.

—¡Grandísimo sinvergüenza! —gritó de pronto el gitano cogiendo a Graznido por el cuello y golpeando con su garrote la esquelética espalda del pobre hombre—. ¡Pillo, ladrón! ¿Quieres burlarte de mí? Toma, toma, así aprenderás.

Mientras hablaba, Belgodere iba descargando garrotazos sobre el pobre Graznido. Este dejóse caer al suelo gimiendo.

—¡Ah, pobre de mí! ¡Jesús, Dios mío! ¡Soy muerto!

Tales gemidos se cambiaron luego en alaridos a medida que el cruel garrote le iba hiriendo las espaldas. Por fin el desgraciado se levantó y empezó a huir siempre perseguido por Belgodere. Finalmente, dándose cuenta de su inútil tentativa de fuga, se dejó caer al suelo gimiendo:

—¡Soy hombre muerto!

—¡Levántate, perro, y escucha! —dijo Belgodere. Gimiendo y llorando, Graznido se levantó penosamente y esperó.

—¡Ah! Has venido a espiarme. El bribón de tu amo quiere apoderarse de Violeta. Pues bien, escucha; voy a salir de aquí. Tranquilízate, porque te dejaré bien encerrado con Violeta. Volveré dentro de un momento y si no la encuentro, o alguien se ha acercado a la empalizada, te arrancaré la lengua y luego te haré asar a fuego lento.

El pobre Graznido cayó al suelo privado de sentido, y Belgodere, al verlo, cerró cuidadosamente todas las puertas, y se encaminó directamente a ver a la abadesa Claudina de Beauvilliers, a la que relató todo lo que sabía o adivinaba. Ésta se encargó de avisar inmediatamente a la princesa Fausta, la cual mandaría tomar las medidas necesarias. Belgodere regresó precipitadamente a la casita, en donde lo halló todo en el mismo estado, exceptuando que Graznido había recobrado el sentido y daba diente con diente en el rincón en que se había acurrucado, lo cual no le impidió dar un alarido de espanto en cuanto vio a Belgodere, al cual dijo luego uniendo las manos en actitud de súplica:

—Perdonad, amo. Haré lo que queráis.

XXVII - Los amantes

EL PRÍNCIPE FARNESIO, al reconocer a Leonor de Montaignes en la gitana Salzuma, tuvo la impresión de hallarse en la misma situación que dieciséis años antes.

Leonor apenas había cambiado. Si de aquel rostro petrificado había desaparecido el esplendor de la juventud, los ojos y el extraño brillo de su mirada, así como los rasgos fisonómicos que conservaba en toda su pureza y la magnificencia de sus dorados cabellos sueltos, le daban una belleza fatal. El cardenal había envejecido, pero Leonor era la misma que antaño.

La sensación de estupor y de espanto, se borró poco a poco del espíritu de Farnesio. El amor, en aquel momento, triunfó en su corazón. Lentamente se levantó murmurando:

—Debéis odiarme y razón tenéis para ello. Sé que merezco vuestro odio, pero cuando os lo haya dicho todo, tal vez me odiaréis un poco menos. Cuando os haya contado mis sufrimientos, os creeréis sin duda bastante vengada. ¿Leonor, queréis contestarme?

Hablaba con voz humilde y baja, atreviéndose apenas a mirar a la mujer por la que aún sentía amor.

Mientras la creyera muerta, había parecido que ese amor había desaparecido también. Desesperado se lanzó a la prodigiosa aventura de oponer Fausta a Sixto V, trastornar la Cristiandad a fin de llenar su alma, para olvidar, preocupado por los acontecimientos que iban a tener lugar. A la sazón, ante Leonor, comprendió la inutilidad de sus esfuerzos.

Farnesio había envejecido. Su larga y sedosa barba era blanca, así como sus cabellos, pero a pesar de todo no se conceptuaba viejo, pues había en él reservas de energía y por otra parte pertenecía a la familia de grandes aventureros que asombraban a Europa con sus empresas. Era primo de Alejandro Farnesio, que en aquel momento llevaba a cabo la gran expedición contra Inglaterra y debía verse anulado por aquel trágico episodio de la vida de los pueblos: la destrucción de la Armada Invencible.

Juan Farnesio había sentido rota su vida dieciséis años antes, cuando Leonor entró en Nuestra Señora. Una vez Leonor muerta, el cardenal trató de emprender otro camino y dar distinto empleo a la violenta actividad de su alma, decuplicada por la actividad ambiente en aquel siglo de hierro.

Una vez hallada Leonor, el cardenal volvía al amor. Sintió enseguida la esperanza de reconquistar a Leonor, de amarla todavía, de ser amado y de huir con ella.

En una palabra, su amor lo invadió nuevamente con tal fuerza, qué olvidó que tenía una hija y que ésta había muerto. Olvidó también que había ido al convento con ánimo de herir a Fausta.

—Leonor, ¿queréis escucharme? ¿Queréis que os diga que mi crimen no fue otro

que el no atreverme a romper el voto que me ligaba a la Iglesia? Tuve miedo y fui por lo tanto un miserable y un cobarde, pero os amaba, os adoraba. ¿Acaso esto no tiene importancia a vuestros ojos?

El cardenal buscaba expresiones apasionadas que pudieran despertar una chispa de amor en el corazón de Leonor. Y como no las hallaba, como sus temblorosos labios se negaban a formular los sentimientos que llenaban su alma, tendió las manos y silenciosamente rompió a llorar, cosa que no había hecho en dieciséis años. Cuando pidió a Fausta la vida de Violeta, no lloró, de modo que tal sensación era para él deliciosa y terrible.

—¿Lloráis? —preguntó Leonor con expresión de lástima—. ¿También sufrís vos? El dolor desaparece con las lágrimas. Yo no puedo llorar y por esta razón conservo entero mi dolor, que me oprime y me ahoga. ¡Oh, si yo pudiera llorar como vos!

El cardenal levantó la cabeza en extremo asombrado. ¿Era Leonor la que hablaba de aquel modo? ¿Era posible que no le hiciera ningún reproche? Y entonces de pronto se echó a temblar al ocurrírsele que tal vez Leonor había olvidado su amor hasta el punto de no sentir el menor odio contra él.

—Decid —continuó Leonor—. ¿Cuál es vuestra pena? ¿Por qué lloráis? ¿Puedo consolaros?

—¡Oh! —rugió el cardenal—. No me reconoce.

Y con suprema angustia la llamó:

—¡Leonor! ¡Leonor!

Ella lo miro con asombro desgarrador.

—¿Leonor? —dijo—. ¿Qué nombre pronunciáis? ¡Pobre muchacha! Callaos, no repitáis ese nombre, porque podríais despertarla.

El terror se apoderó del espíritu del cardenal.

—Escuchad —prosiguió Leonor—. Voy a deciros la buenaventura.

Y al mismo tiempo cogió la mano del cardenal, que se estremeció:

—¡Loca! —exclamó—. ¡Loca! ¡Peor que muerta!

Entonces fue él quien cogió las dos manos de la gitana y las oprimió con las suyas. Su cara tocó casi la de Salzuma.

En aquel momento se abrió la puerta del pabellón y entraron dos hombres. Eran Carlos y el caballero de Pardaillán que, ante esta escena imprevista, se detuvieron en el umbral.

El cardenal no los vio. Con sobreexcitada pasión repitió el nombre de la adorada, como si él pudiera despertar sus recuerdos en su razón. Una carcajada resonó fúnebre en los oídos de Pardaillán y de Carlos.

—¡Escucha, escucha! —decía el cardenal—. ¿No reconoces a tu amante? Mírame, soy Juan Farnesio. ¡Oh! ¡Nada, no oye nada!

La sacudió con violencia, y de pronto una idea atravesó su cerebro.

—¡Tu hija! —aulló—. Comprendo que no me reconozcas, pero eres madre. Tienes corazón de madre, puesto que lo has tenido de esposa. ¡Tu hija! ¡Violeta!

—¿Qué dice? —exclamó Carlos de Angulema cogiendo la mano del caballero.

—¡Silencio! —contestó éste—. Pasa aquí algo espantoso.

—¡Violeta! ¡Se llama Violeta! ¡Tu hija! ¡Tienes una hija! ¿Y no te conmueves? ¿Será necesario para ello que sientas una conmoción dolorosa? Escucha, escucha bien, tenía una hija. Ha sufrido más que tú y ahora ha muerto.

Con acento de trágica desesperación, continuó:

—¡Muerta, muerta! Todo está muerto a mi alrededor.

—¿Quién ha dicho que Violeta ha muerto? —preguntó una voz desgarradora.

El cardenal, trastornado, vio ante él a un joven de facciones nobles y dulces, alteradas en aquel momento por profundo dolor. Salzuma, como si toda aquella triste escena no le concerniera en lo más mínimo, había retrocedido.

Al hacerlo pisó el antifaz rojo que cubría la eterna vergüenza de su frente. Hizo un gesto de satisfacción, lo cogió con viveza y se cubrió con él.

Su belleza se eclipsó instantáneamente. El cardenal, que la había seguido con los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho y profirió una maldición. Leonor había desaparecido y en su lugar no quedaba más que la gitana Salzuma. Entonces Farnesio volvióse hacia aquel joven que había hablado y que a la sazón lloraba.

—¿Quién sois? —preguntó con alterada voz.

—¡Oh! —exclamó Carlos con acento que impresionó al cardenal y a Pardaillán—. ¿No habéis dicho que estaba muerta? ¡Violeta, muerta! ¡Oh, decidle, Pardaillán, que yo la adoraba y que la esperanza de hallarla me daba fuerzas para vivir! ¡Decidle que si está muerta, moriré también!

Y como el furor se apoderara del desgraciado joven, cogió el brazo de Farnesio.

—¿Quién sois vos? ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué decís que Violeta ha muerto? ¿Cómo lo sabéis?

Lívido, con la cabeza perdida a impulsos de las emociones que acababan de hacer presa en él, con voz triste y desgarradora que impresionó a Carlos, el cardenal contestó:

—¿Quién soy? Un desgraciado a quien una mujer ha maldecido en una hora terrible y que sucumbe a la maldición de amor. Miradme, soy el cardenal príncipe Farnesio, el amante de Leonor de Montaignes y el padre de Violeta.

—¡Su padre! —exclamó Carlos mirando con horror el alterado rostro del cardenal.

—¡Su madre! —murmuró Pardaillán dirigiendo una mirada de lástima a la gitana Salzuma.

—¡Huid! —continuó el cardenal fuera de sí—. No me toquéis, porque todo lo que se relaciona conmigo está maldito.

—¡Yo la amaba! —sollozó Carlos—. Ya que sois su padre, me uno a vos. Para mí ya no puede haber maldición peor y por lo menos quiero tener el consuelo supremo de oír hablar de ella por el que debía velar por su vida, amarla y protegerla.

Cada una de estas palabras era una nueva puñalada para el corazón de Farnesio.

En efecto, él hubiera debido velar sobre Violeta, amarla y protegerla. ¿Qué había hecho de su hija? Entonces, ante aquel joven, que lloraba desesperadamente, retrocedió queriendo huir. Volvióse hacia Salzuma y le dijo:

—Ven, huyamos juntos.

Pardaillán le puso la mano sobre el hombro.

—Señor cardenal, sed hombre —dijo—. He aquí a mi amigo el señor duque de Angulema. Amaba a la pobre Violeta. Decís que ha muerto. No podéis, por lo menos, rehusar a este joven el triste consuelo de saber cómo murió.

—¿Cómo? —balbuceó Farnesio—. Asesinada.

Pardaillán se estremeció. La idea del duque de Guisa atravesó su espíritu.

—¡Asesinada! —dijo fríamente—. ¿Por quién?

—Por una mujer, por un tigre. ¡Oh, la he dejado escapar! ¡Desgraciado de mí! ¡Desgraciado de vos! ¿Por qué no la he matado cuando la tenía en mi poder?

El cardenal hizo un poderoso esfuerzo para recobrar la calma y dijo:

—No intentéis acercaros a ella, porque os rompería como frágil vidrio. Duque de Angulema y vos también, caballero, tened cuidado con ella. Ya que los dos amabais a Violeta, esa mujer debe de conoceros y odiaros. Huid, si aún es tiempo, huid de París, huid de Francia, huid de todos los países en que ella puede hallarse. Tiene espías por todas partes. Lo sabe todo, lo ve todo.

—¿Pero y vos, caballero? —preguntó Pardaillán.

—Yo, es diferente —dijo Farnesio—. Yo soy el condenado que va conscientemente a su destino. He jurado la muerte de Fausta, y Fausta debe morir a manos de un hombre y éste seré yo.

—¿Así, pues, la que ha matado a Violeta es?...

—Bueno —exclamó Pardaillán—. Veo que había acertado. Pues bien, Fausta del diablo, ya que no solamente te ocupas en nombrar reyes, sino que también haces dar muerte a personas inocentes, ¡pardiez!, nos veremos las caras.

Farnesio se había vuelto hacia Leonor, pero a la sazón, como ella se había cubierto nuevamente con el antifaz rojo, el encanto estaba roto. No era ya Leonor de Montaignes, sino Salzuma la gitana. El cardenal unió las manos y en voz baja le dijo:

—Leonor, continúo amándote. Leonor, huyamos juntos. Haré renacer tu corazón y despertaré tu alma.

Salzuma soltó aquella carcajada indiferente que había aterrado a Farnesio.

—¡Mi corazón! —exclamó—. ¿No sabéis acaso que se quedó en la catedral y que el obispo lo destrozó con sus pies?

—¡Ven! —exclamó el cardenal—. Quiero que vengas conmigo.

La gitana, con la fuerza que da la locura, se desprendió de los brazos de Farnesio y con voz estridente dijo:

—¡Juan de Kervilliers! ¿Eres tú quien me llama?

El cardenal retrocedió con la frente inundada de sudor y los cabellos erizados.

—¡Juan de Kervilliers! —aulló la loca avanzando hacia él—. ¿Qué me quieres?

¿Adónde tratas de arrastrarme? ¡Oh, padre mío! ¿Dónde estáis? ¡Silencio todos! La campana ha sonado. He aquí el maldito que alza el ostensorio de oro y va a bendecir la asamblea.

Farnesio dio un grito y retrocedió.

—¡Oh! —murmuró—. ¡Estoy maldito!

Y huyó tambaleándose, y Pardaillán, que estaba clavado en el mismo sitio contemplando aquella escena trágica, oyó un gemido que se alejaba y que por fin se perdía a lo lejos. El caballero se secó entonces el sudor que humedecía su frente.

—Venid —dijo entonces a Carlos—. Salgamos de este convento en que el ambiente está cargado de maldiciones.

Carlos movió dolorosamente la cabeza y con un gesto mostró a Salzuma.

—¡Su madre! —murmuró el joven.

—¡La gitana, la loca! Sí, ya os comprendo.

Y se acercó con viveza a Salzuma.

—Señora —dijo con dulzura—. ¿Me reconocéis?

La loca fijó sobre él una mirada escrutadora.

—No —dijo—. Pero poco importa quien seáis, no tenéis la voz ni la mirada de ese hombre que hace poco estaba aquí. Y aquella voz, si lo supierais, aquella voz caía sobre mi corazón como plomo fundido. Aquellos ojos negros... —añadió—. ¡Ah! Estoy loca. Por un momento llegué a figurarme que eran del maldito, pero no puede ser, porque ya sé que el obispo murió.

—¡Señora! —continuó Pardaillán con la misma dulzura—. ¿Queréis venir conmigo?

Salzuma lo miró un momento con atención profunda.

—No hay inconveniente —dijo por fin—. No veo en vuestro rostro nada que me inspire desconfianza o espanto.

—Pues venid.

Y Pardaillán, cogiendo la mano de la gitana, la puso en la de Carlos, que se estremeció dolorosamente. Luego echó a andar. Una vez fuera halló a Picuic haciendo fiel centinela en la brecha. En cuanto a Graznido, no estaba en su sitio y nuestros lectores ya saben el porqué.

En aquel momento, como no lo habrán olvidado nuestros lectores, sor María Luisa apareció en la brecha.

Miró a lo lejos, pero no vio a nadie. No obstante, como era una mujer obstinada, creyó haber hallado la ocasión de hacer fortuna y estaba decidida a no dejarla escapar. Empezó, pues, a bajar precipitadamente por la vertiente de la colina y en cuanto estuvo a doscientos pasos de la muralla de París, tuvo la satisfacción de distinguir un grupo que atravesaba la puerta de Montmartre. En dicho grupo reconoció enseguida a la gitana por el traje que llevaba y por su modo de andar, difícil de olvidar cuando se había visto una vez.

Sor María Luisa, sin vacilar un momento, echó a correr con sus cortas piernas y a

su vez atravesó la puerta. Llegó a tiempo para ver a Salzuma que, escoltada por Pardaillán y Carlos, volvía hacia la izquierda. Entonces empezó a seguirla a cierta distancia. Atravesando varias callejuelas, el pequeño grupo llegó a la gran arteria del París viejo que se llamaba la calle de San Dionisio. Era tanto más fácil a María Luisa el seguir sin ser observada, porque las calles estaban llenas de una multitud inquieta de burgueses armados y de gentes que gritaban:

—¡Mueran los hugonotes!

¿De qué procedía aquella agitación? María Luisa no perdió el tiempo en preguntárselo. Continuó andando sin perder de vista el traje de la gitana. Por fin vio entrar a Pardaillán y a sus compañeros en una posada que no conocía. Por otra parte, como no sabía leer, no pudo descifrar la hermosa enseña que se balanceaba ante la puerta y que avanzaba casi hasta el centro de la calle.

Entonces preguntó a una mujer que pasaba y así averiguó el nombre de la posada.

—«La Adivinadora», bueno —murmuró grabando tal nombre en su memoria.

Sor María Luisa empezó entonces a pasear de una a otra parte reflexionando. ¿Debía hablar a los desconocidos como lo había intentado? Ello sería un medio para adquirir dinero, pero también para granjearse la cólera de la abadesa. Pensó en el *in pace* y se estremeció. Sor María Luisa era muy astuta. Se preguntó si no habría medio de evitar el *in pace* en donde las gentes se morían lentamente y en que, según ella recordaba muy bien, murió de hambre y miedo una pobre monja. Quería, pues, evitar la posibilidad de morir allí y al mismo tiempo no se resolvía a renunciar al beneficio que esperaba sacar de la aventura.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto—. A juzgar por lo que he visto y oído, la abadesa tiene gran interés en no perder de vista a esa gitana del diablo. Es cierto que su fuga va a proporcionar más de un quebradero de cabeza a la señora abadesa. Entonces yo llego, le revelo el lugar en que se ha refugiado y los que la acompañaban, y por recompensa pido diez escudos de oro por lo menos.

Ya se ve que sor María Luisa, en su imaginación, arreglaba las cosas a su gusto, pero realmente acertaba en lo que se refería a Salzuma. Habiendo arreglado así su plan, tomó nuevamente el camino de la abadía y una vez hubo llegado allí, se presentó ante la abadesa, que acababa de recibir la visita de Belgodere y que en aquel momento mismo terminaba una carta. Claudina de Beauvilliers escuchó atentamente el relato de María Luisa, la felicitó por su vigilancia y murmuró:

—En realidad, ésta es una buena mensajera, segura y fiel.

Entonces añadió una larga posdata a la carta que acababa de escribir. Luego, después de haber doblado y sellado su misiva, se volvió hacia sor María Luisa y dijo:

—Acabáis de hacernos un gran servicio, hermana, y por ello seréis recompensada.

Sor María Luisa bajó la vista, para ocultar el rayo de alegría y de codicia que pasó por sus ojos.

—Tomad esta carta —continuó la abadesa—; aquélla a quien vais a llevarla os

recompensará mucho mejor de lo que yo podría hacerlo, porque ya sabéis, hermana, que soy muy pobre. Vuestra recompensa por mi parte consistirá en ser hoy mi mensajera. Únicamente tened cuidado de no perder esa misiva, porque si algo os sucediera o alguien os la quitara, caerían terribles desgracias sobre mí, sobre el convento, y también sobre vos misma.

Sor María Luisa tomó la carta, la ocultó en el seno y dijo:

—Aquí no me la quitarán.

—En efecto —murmuró Claudina sonriendo.

Y se apresuró a dar a sor María Luisa las instrucciones necesarias para que la carta llegara a su destino. Sor María Luisa emprendió el camino inmediatamente y al entrar en París se dirigió por las calles que la abadesa le había señalado especialmente.

Ya hemos visto que no sabía leer, pero si hubiera podido descifrar la dirección de la carta, he aquí lo que habría leído:

A la señora princesa Fausta, en su palacio...

XXVIII - Consejo de guerra

ENTRE TANTO, como Sor María Luisa tal vez había observado, París estaba muy agitado y tal agitación latente en los días anteriores, amenazaba estallar. He aquí lo que sucedía.

La nobleza, asombrada por la inercia de Guisa, empezó a tener miedo. De boca en boca circulaban siniestros rumores. Unos a otros se decían en voz baja que el jefe de la Liga hacía traición al partido. Los más audaces aseguraban que la jornada de las Barricadas no fue más que un juego para asustar a Enrique III. Enrique de Guisa, una vez hubo demostrado con ello su poder a Valois, trataba de hacerlo regresar a París, seguro de obtener entonces un virreinato que le aseguraría las brillantes ventajas del poder ejercido en nombre de otro. He aquí las noticias que corrían entre los más comprometidos miembros de la nobleza. Era muy evidente que si se hacía la paz entre los dos Enriques, sería a costa de los nobles.

Los burgueses, por su parte, reanudaban sus patrullas armadas y dejaban oír los murmullos precursores del motín. El asunto del molino del cerro de San Roque exacerbó los ánimos. En efecto, los parisienses estaban persuadidos de que gran número de herejes se habían ocultado en el molino, estudiando la posibilidad de atacar a la ciudad.

Se decía que el rey de Navarra se aproximaba a la cabeza de un ejército. Además, una vez tomado el molino al asalto, no hallaron a nadie. ¿Qué había sido de aquellos hugonotes considerados por todo el mundo como una vanguardia del Bearnés? Habían huido; ¿pero de qué manera?

Los burgueses, más fanáticos de Guisa que la nobleza, no acusaron al duque, pero juzgaron prudente vigilar, es decir, que se desparramaron por las calles, lo cual contribuyó a aumentar la agitación. De modo que a la mañana siguiente del día en que Carlos de Angulema y Pardaillán habían ido a la abadía de Montmartre, y a la mañana siguiente del día en que sor María Luisa fue comisionada por Claudina de Beauvilliers para llevar una carta a Fausta, la agitación estaba en su apogeo.

Aquel día, pues, hacia las cuatro de la tarde, el duque de Guisa se encerró en su gabinete en compañía de Maurevert. El duque se preocupaba muy poco por la inquietud de los parisienses. Sabía que sólo necesitaba hablar para ser aclamado, y para ser creído como el Mesías. Hasta aquel momento no se inquietó por los rumores que, pasando por sobre las cabezas de los seiscientos guardias que llenaban el palacio, llegaban a veces a sus oídos.

Guisa estaba sombrío. Para él como para Carlos de Angulema, Violeta estaba perdida. Ya no tenía que preocuparse por las traiciones de Catalina de Clèves, su mujer, pues como ésta sólo podía engañarlo en el fondo de su provincia y no ante la corte, la traición no tenía para él la menor importancia.

Iba y venía en el vasto y suntuoso salón que le servía de gabinete. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos en la espalda y suspirando a veces, escuchaba

distraídamente a Maurevert. Éste le daba cuenta del estado de París, de la cólera que empezaba a apoderarse de todos, de la impaciencia de los burgueses, y de la de muchos nobles que nombraba. Maurevert le hablaba de todo lo que hubiera debido interesarle; pero Guisa se cuidaba muy poco de ello en aquel momento y Maurevert no hablaba en cambio del único asunto que tal vez preocupaba el pensamiento de Guisa. De Violeta, es decir, de su amor.

No obstante, Guisa prestó atención y se detuvo ante Maurevert cuando éste hubo pronunciado un nombre. Era el del caballero de Pardaillán.

—Y qué —dijo—, ¿lo has encontrado? ¿Sabes dónde se oculta?

—Desgraciadamente, no, monseñor.

—¿Y el bastardo de Angulema?

—Si encontramos a Pardaillán, daremos al mismo tiempo con Carlos.

—Tal vez se han marchado de París.

Maurevert movió la cabeza con aire de duda.

—¡Ah! —continuó amargamente el duque—, si tú odiaras a ese hombre, a ese miserable Pardaillán, como yo lo odio, no lo habrías perdido de vista ni dejado salir de París.

—Monseñor, tengo la seguridad de que Pardaillán no ha salido de París.

—¿Por qué lo crees así?

Maurevert dio un gemido de angustia, como si temiera ver surgir a su enemigo, y murmuró:

—En tanto que yo esté en París, él no se moverá.

—No te comprendo —dijo Guisa con acento burlón—. Pero recuerdo una cosa, y es que sobre nuestro botín del cerro de San Roque, debías percibir doscientas mil libras y que renunciaste a ellas por el placer de ver muerto a Pardaillán.

Estas palabras recordaron repentinamente al duque la decepción que Pardaillán le había hecho sufrir e hizo un gesto de rabia.

—Ya que este hombre está en París y lo odias, ¿por qué no lo buscas? ¿Acaso tienes miedo?

Maurevert, en extremo pálido buscaba una respuesta, cuando el criado de confianza del duque abrió la puerta y le anunció que Bussi-Leclerc, el gobernador de la Bastilla, solicitaba entrar.

—¡Qué entre, que entre! Él también debe tener un poquito de odio contra Pardaillán y nos ayudará:

—Monseñor —dijo Bussi-Leclerc al entrar y contestando a estas últimas palabras—, en cuanto a mi odio os aseguro que es muy grande.

—¡Hete aquí, pobre crucificado! —exclamó burlonamente el duque, que era despiadado para las malas aventuras de los demás—. ¿Cómo estás? ¡Por la barba del Papa! ¿Sabes que era muy divertido verte atado al aspa del molino? ¿Y Maineville? ¡Vaya unos gritos que daba! Aún me río al recordarlo.

—Ciertamente, el espectáculo debió de ser muy divertido —dijo Bussi-Leclerc

fríamente— dando vueltas tan pronto ascendiendo como pasando a ras del suelo.

—Vamos, hombre, no te enfades. Acuérdate de que te desaté yo mismo. Ya era tiempo, ¿verdad? Un hombre tan fuerte como tú y te desvaneciste en mis brazos.

—¡Eh, monseñor! Quisiera veros en mi lugar atado al aspa de aquel molino infernal. El mundo daba vueltas. El cielo y la tierra se confundían en un torbellino oscuro. Era atroz.

—¿De modo que odias mucho a Pardaillán?

—Sí, pero no por eso —exclamó Bussi-Leclerc entre dientes.

Pensaba en aquel duelo en que por vez primera había sido desarmado y vencido, y murmuraba:

—He estudiado su esgrima. Ahora ya conozco su estocada. La estudio varias horas cada día y si se pone ese hombre otra vez ante mi acero, ya veremos.

—¿Estás seguro de vencerlo?

—Como de que os estoy viendo, monseñor; pero ahora recuerdo que he de referiros extrañas cosas. París está muy inquieto, monseñor.

—Bueno. ¿Y qué quieren nuestros parisienses?

—Un rey, señor —dijo Bussi-Leclerc mirando fijamente al duque.

—¡Un rey, un rey! —murmuró Guisa—. Ya tenían uno y lo han echado. Sí, ya sé lo que quieres decirme, que me quieren a mí. Pues, *pardiez*, que esperen, que yo también espero.

—Los parisienses esperan a que entréis en el Louvre; pero a fin de entretenerse se divierten, o mejor dicho, nosotros tratamos de divertirlos.

—¿De qué modo?

—Les he prometido ahorcar a las Fourcaudes —dijo Bussi-Leclerc.

Las Fourcaudes eran las dos hijas del procurador Fourcaud, el cual había sido arrestado dos meses antes de la fuga de Enrique III y encerrado en la Bastilla como sospechoso de herejía; en otras palabras, aquel desgraciado habíase adherido a la Reforma. El día en que lo detuvieron, sus dos hijas declararon que ellas también pertenecían a la nueva religión, y que eran protestantes. Y, por consiguiente, las encerraron también en la Bastilla, en donde su padre no tardó en sucumbir; de pesar según dicen unos, o bien a consecuencia de los golpes recibidos, según afirman otros.

Se les había prometido que si abjuraban se les concedería la libertad, las dos jóvenes contestaron que preferían la muerte. Una de aquellas desgraciadas se llamaba Juana, tenía dieciséis años y era de extremada hermosura. La otra se llamaba Magdalena y tenía veinte.

—Les he prometido las Fourcaudes —continuó Bussi-Leclerc—. Hace poco rato que dos mil personas, me rompían los oídos a fuerza de gritar a lo largo de los fosos de la Bastilla. Yo estaba comiendo y pronto advertí que me quedaría sordo si no ponía orden en la cosa. Así, pues, hice entrar a una docena de los más rabiosos, les di de beber a vuestra salud y por fin les pregunté qué querían.

—Queremos ahorcar y quemar a las Fourcaudes herejes —dijeron a coro.

—Pues que las ahorquen —dijo Guisa interrumpiendo el relato de Bussi-Leclerc.

—Esto es lo que les he contestado, monseñor —repuso éste.

—¿Y qué más? —preguntó Guisa bostezando.

—Pues que mañana habrá una hermosa hoguera en la cual se asarán las Fourcaudes, después de haber sido ahorcadas.

—¿Y qué más? —dijo Guisa bostezando por segunda vez.

—Pues que así pude acabar de comer tranquilamente —contestó Bussi-Leclerc.

—El señor Maineville pide permiso para entrar —dijo entonces un criado.

Guisa hizo un ademán. La puerta se entornó de nuevo dejando entrever la sala llena de nobles armados, que esperaban con ansiedad las decisiones que iba a tomar el amo, o mejor dicho, el rey de París, más rey en su palacio de lo que nunca había sido Enrique III en el Louvre. Maineville entró y como si, en efecto, se hubiera hallado ante el rey, esperó en silencio.

—Habla —dijo Guisa—. ¿Qué quieres referirnos?

—He de deciros, monseñor, que reina en París extraña agitación.

—¿Tú también? Se ve que tienes empeño en parecerme a Bussi, como te parecías a él en las aspas del molino.

—Vuestra Majestad... —dijo Maineville—. ¡Oh, perdonadme! Quería decir monseñor.

—¡Oh! —murmuró Maurevert admirado.

—¡Y pensar que no he sido capaz de hallar una frase semejante!

—Un poco de paciencia, Maineville —dijo Guisa sonriendo, porque la adulación, por grosera que fuese, no dejaba de agradarle.

—¡Se ha equivocado en tan poco! —exclamó Maurevert, que quería poner algo de su cosecha a la exclamación de Maineville.

—Así, pues, monseñor, no sé lo que ha podido deciros Bussi para que me digáis si me parezco a él. Lo cierto es que los parisienses...

—Ya lo sé —interrumpió Guisa—. Quieren un rey.

—A fuerza de pedir, los parisienses están sedientos, y para apagar su sed es necesario, monseñor, alguna bebida roja, Sólo la sangre puede apagar la sed de los parisienses cuando empiezan a gritar.

—Pues bien, que se la den —dijo Guisa—. Mañana, las Fourcaudes.

Reinó un instante de silencio. Tales noticias llevadas sucesivamente a Guisa por Bussi-Leclerc, Maineville y otros que los habían precedido, le indicaban que era llegado el momento de tomar una decisión.

Y precisamente ante ella continuaba retrocediendo.

Sin darle la menor importancia, aparentemente, los cortesanos le señalaban un peligro real y verdadero; pero él no quería verlo. Estaba preocupado por una de esas pasiones que no dejan reflexionar tranquilamente. Su pacto con Catalina de Médicis lo obligaba, por otra parte, a no precipitar los acontecimientos, y en aquella paciencia que inquietaba a la nobleza y asombraba a París, veía no solamente el medio de llegar

al trono sin dificultades, y sin correr el riesgo de desencadenar una guerra civil, sino también la posibilidad de buscar y hallar a Violeta, en la cual pensaba constantemente.

He aquí por qué Guisa se hacía el sordo a las indicaciones de sus cortesanos y a los gritos del pueblo.

Además, Guisa estaba preocupado por ideas de venganza. El suceso de la plaza de la Grève puso nuevamente ante él aquel Pardaillán de quien, desde el día de San Bartolomé, guardaba furioso recuerdo. Por si ello no fuera bastante, aquel mismo Pardaillán acababa de inferirle un golpe que podía ser mortal.

Habíase registrado el molino y la vivienda del molinero, se excavó el suelo, se sondearon los muros y no se halló la más pequeña huella de los preciosos talegos de cuya existencia Guisa estaba seguro. Quedaba, pues, demostrado que Pardaillán había hecho salir el dinero. ¿Por qué razón? ¿Qué interés lo había movido? ¿Acaso se había apoderado él mismo de la enorme suma?

Fuese lo que fuese, Guisa había sido engañado, robado. ¿Dónde estaría Pardaillán en aquellos momentos? ¿Quién podría decírselo? Maurevert afirmaba que el caballero se hallaba aún en París, pero ello no pasaba de ser una suposición.

Cuando Maineville terminaba su relato y Guisa estaba entretenido en diversos pensamientos, el criado entró por vez tercera, para entregar al duque una carta. Guisa, al conocer la letra del sobre escrito, se apresuró a romper el sello. Los tres cortesanos vieron entonces cómo el duque sonreía y le oyeron decir por fin:

—Ya lo tenemos.

La carta era de Fausta. Ésta, avisada por Claudina de Beauvilliers, anunciaba a Guisa que Pardaillán y Carlos de Angulema se hallaban en París.

«Mañana» —añadía la princesa terminando la carta— «*podré deciros el sitio exacto en que podréis prender a ese hombre*».

—¿Dices —preguntó entonces Guisa— que tu amigo Pardaillán está aún en París?

—No tendría inconveniente en apostar algo —contestó Maurevert.

—Pues bien, estás en lo cierto.

—¡Pardaillán! —exclamó Bussi-Leclerc—. ¡El que me venció!

—¡Pardaillán! ¡El que me crucificó en el molino! —exclamó Maineville cerrando los puños.

Y los cuatro se miraron animados por el odio.

—Sí, señores —continuó el duque—. Acabo de recibir noticias que me demuestran de un modo indudable que ese demonio continúa en París y mañana sabré en qué casa se oculta.

—¡Mañana! —exclamaron Maineville, Bussi-Leclerc y Maurevert.

—Espero que esta vez no se nos escapará y, para empezar, Maurevert, da órdenes a los guardianes de todas las puertas de París, para que, hasta nuevo aviso, no dejen pasar un alma. Ve enseguida y tranquilízate, porque asistirás al arresto de Pardaillán.

Maurevert salió del aposento y, dando órdenes a su vez, expidió mensajeros a todas las puertas de París, portadores del mandato ducal. Antes de que transcurriera una hora se cerraban todas las puertas de la ciudad, y circulaba por París la noticia de que el ejército de Enrique III, unido al del rey de Navarra, se acercaba a la ciudad. Cuando cada uno de los emisarios que había mandado a las puertas estuvo de regreso, Maurevert entró de nuevo en el gabinete del duque de Guisa diciendo:

—Monseñor, el animal está acorralado.

—Pues mañana tocaremos el halalí.

—Y luego el encarne —acabó diciendo Maineville.

—¡Un momento! —exclamó Bussi-Leclerc—. Yo reclamo. No quiero, señores, cederos mi parte; deseo, monseñor, que el caballero Pardaillán me sea entregado cinco minutos antes de ser ahorcado. Tranquilizaos, no lo mataré completamente.

—¡Ah! ¿Quieres el desquite?

—Monseñor —repuso Bussi-Leclerc—. He sido vencido por ese hombre. Es verdad que fue a traición, ¿pero quién lo sabrá? Maineville ha contado ya a cien nobles que Bussi-Leclerc ya no es invencible. No por eso te guardo rencor, Maineville —añadió.

—¡Oh!, sí quieres estoy dispuesto a darte una satisfacción con mi espada.

—No, no quiero, porque te ensartaría como a un polio y, por otra parte, eres útil a monseñor el duque.

—¡Paz! —exclamó Guisa.

—Así, pues —continuó Bussi-Leclerc—, quiero que Maineville pueda añadir que si bien una vez me vencieron a traición, tomé de ello buena venganza. Monseñor, os entregaré a Pardaillán ensartado al extremo de mi espada.

—Sea, quiero concederte esta satisfacción —dijo el duque—. Pero no olvides que no tienes permiso para matarlo completamente, pues quiero hacerle confesar en dónde escondió los sacos de aquel hermoso trigo romano que todos vosotros probaréis, señores.

Y obedeciendo a un ademán de Guisa, salieron los tres nobles. Y entre los cortesanos del rey de París que llenaban permanentemente las antecámaras del palacio, cundió el rumor de que se había celebrado un consejo de guerra y que se preparaban grandes acontecimientos.

XXIX - La virgen guerrera

NOS HALLAMOS en la tarde de aquel mismo día, en lo más retirado de un misterioso palacio. Fausta está sentada ante una mesa sobre la cual se halla la carta de la abadesa Claudina de Beauvilliers. La princesa se ha vestido con un traje de terciopelo negro de caballero, sobre el cual destaca el jubón de cuero, ligera coraza bastante fina para modelar los contornos de aquella magnífica estatua y bastante fuerte para desafiar la punta de una daga.

Un antifaz de terciopelo cubre su rostro y disimula al mismo tiempo sus emociones. Al cinto lleva sujeta una espada, no un juguete de mujer ni tampoco un arma de lujo, sino una espada sólida, y larga, con guarda de acero bruñido y la hoja procedente de los talleres de Milán. Sobre su cabeza, cuyas negras trenzas están arrolladas para que ocupen el menor espacio posible, se ha colocado un sombrero de fieltro adornado con una pluma roja de gallo.

Fausta era la virgen inviolable, inaccesible a los sentimientos femeninos, y que no tenía de mujer más que el sexo que tal vez despreciaba. A pesar de ello, desde la víspera, desde que María Luisa le llevó la carta de Claudina de Beauvilliers, experimentaba turbación profunda. Por ello se maldecía y se despreciaba. Y por la primera vez desde que, en las catacumbas, aceptó la terrible misión, Fausta, indecisa, comprendió por fin que era aún demasiado mujer para convertirse en el ángel que soñó haber sido.

* * * * *

Fausta había leído mil veces la carta de la abadesa. ¿Qué había en ella que pudiera causar tal desorden, en semejante alma? Empecemos por el fin, es decir, por la posdata; contenía el relato de sor María Luisa, es decir, la salida, o mejor dicho, la fuga de Salzuma, la madre de Violeta, en compañía de Pardaillán. El cuerpo de la carta relataba que Pardaillán y el duque de Angulema estaban buscando a Violeta.

Fausta no conocía al duque de Angulema, pero en cambio conocía a Pardaillán y después de largas reflexiones descubrió en su alma un sentimiento que antes no estaba allí. Odiaba a Violeta. ¿Desde cuándo? ¿Desde la lectura de la carta? De nada le servía el repetirse que odiaba a la niña antes, por constituir un obstáculo entre ella y los planes que formaba con respecto a Guisa. Pero tuvo que confesar la verdad. No la había odiado nunca. Y si a la sazón experimentaba este sentimiento contra ella, era por la única razón de que Pardaillán trataba de descubrir su paradero, lo cual le hizo suponer que el caballero amaba a la joven.

Esta idea le obligó a confesarse a sí misma que sentía celos de la pequeña artista.

Fausta pasó la noche y el día más terribles de su vida. No sabía qué hacer ni qué camino tomar. Seguramente iba a intentar algo, al azar, pero indecisa aún sobre lo que

haría, resolvió vestirse de caballero.

¿Qué iba a hacer? Lentamente los proyectos se iban formando en su cerebro. Hacia el mediodía expidió un emisario a Claudina para anunciarle su próxima visita y al mismo tiempo decía a la abadesa:

—Me respondéis de la prisionera con vuestra vida hasta mi próxima visita.

Hacia las cuatro escribió al duque de Guisa para denunciarle la presencia de Pardaillán en París. Durante dos horas vaciló en designar la posada de «La Adivinadora» y por fin resolvió hacerlo al día siguiente. Sobre las seis, recibió como todos los días las noticias de los numerosos agentes secretos, que la tenían al corriente de todo lo que se decía o hacía en París, en casa de Guisa, y alrededor de Guisa.

Eran casi las nueve de la noche, cuando la vemos apoyada de codos en una mesa, y leyendo nuevamente la carta de Claudina para hallar en ella la inspiración de lo que debía hacer. En aquel momento Fausta parecía estar muy tranquila. Tal vez obedecía a que se había formulado en su pensamiento una resolución. En efecto, se levantó, quemó la carta a la llama de un cirio de color de rosa, se calzó finos guantes de piel y se aseguró de que la espada estaba en su costado izquierdo. Luego golpeó un timbre y ordenó, sin volver siquiera la cabeza, porque estaba segura de que alguien había acudido a recoger la orden:

—Cuatro jinetes de escolta y un caballo para mí, enseguida. Y que vayan a avisar a Bussi-Leclerc, gobernador de la Bastilla, de que esta noche iré a verlo.

Sin duda, caballos, litera, coche y escolta estaba todo preparado día y noche, porque Fausta, sin haber esperado lo más mínimo, después de haber dado la orden, se dirigió hacia la puerta de salida. Diez minutos más tarde se hallaba en la calle, en donde esperaban cuatro caballeros y un escudero le presentaba el estribo. Una vez estuvo a caballo, los jinetes se colocaron dos delante y dos detrás de ella.

—A la abadía de Montmartre —dijo entonces Fausta.

La pequeña tropa se puso enseguida en marcha, salió de la Cité y se dirigió hacia la puerta de Montmartre, la cual estaba cerrada. De acuerdo con las órdenes recibidas del duque de Guisa, nadie podía salir de París hasta nuevo aviso; pero uno de los caballeros de la escolta, sin que Fausta interviniera para nada, mostró al oficial de la guardia un papel que llevaba la firma del duque.

Sin duda, para cualquier evento, Fausta estaba provista de estas firmas. Sea lo que fuere, el oficial comprendió que la orden no concernía al portador de aquel documento y sus compañeros. Hizo, pues, bajar el puente levadizo. Al pasar Fausta le dirigió estas palabras:

—Volveremos a París dentro de dos horas. Haced de modo que no tengamos que esperar al pie del foso.

XXX - Violeta

CUANDO FAUSTA llegó a la abadía de Montmartre, todo estaba oscuro y silencioso, pero uno de los caballeros llamó de cierto modo y la puerta se abrió inmediatamente. Aparecieron algunas luces. Fausta, echando pie a tierra, se hizo conducir a las habitaciones de la abadesa, que, avisada de aquella visita nocturna, se vistió apresuradamente.

—¿Dónde está la prisionera? —preguntó Fausta con cierta inquietud.

—Continúa en el convento, señora. Tranquilizaos.

—Hacedla venir. O si no, conducidme adonde está.

La abadesa tomó un candelabro y, precediendo a Fausta, echó a andar. Claudina bajó la escalera, pasó bajo la bóveda, entró en los jardines de empalizadas, que formaban una prisión dentro de otra. Abrió la barrera con una llavecita que llevaba y llegó a la casita que albergaba a Violeta, bajo la guardia de Belgodere. Éste no dormía más que con un ojo. Oyó los pasos de Claudina y de Fausta por ligeros que fuesen y saltando de la cama en que dormía vestido, fue a abrir la puerta preguntando:

—¿Quién va?

Pero como al decir estas palabras entreabrió la puerta y reconoció enseguida a la abadesa, envainando el puñal de que se armara a todo evento, se inclinó profundamente:

—¿Dónde está la prisionera? —preguntó Fausta con la misma emoción que Claudina había observado.

Belgodere reconoció su voz y se inclinó hasta casi tocar el suelo.

—Lo que me dan para guardar, lo guardo —dijo—. La prisionera está ahí.

Y con el dedo señalaba una puerta cerrada.

—Entremos —dijo Fausta.

Penetraron en la casa sencillamente amueblada con una cama de campaña, una mesa y dos sillas y alumbrado todo por una antorcha. Sobre la mesa había numerosas botellas, algunas llenas y otras vacías que demostraban que el gitano endulzaba como podía los rigores de su oficio de carcelero. Claudina corrió el cerrojo de la puerta designada por Belgodere. Fausta tomó entonces la antorcha y dijo:

—Entraré sola.

Y penetró en la pieza en que Violeta estaba.

En aquel momento, desde un sobradillo que dominaba la primera pieza en que Claudina y Belgodere esperaban, surgió una cabeza asustada, de burlesco perfil, de cabellos negros y lacios y ojos desmesuradamente abiertos a impulsos del terror y la curiosidad. Aquella cabeza era la de Graznido.

Éste dormía en el sobradillo en un montón de paja. Desde aquel elevado lugar dominaba la habitación, y como también dormía con un ojo cerrado, vio entrar a Claudina y a Fausta. Vio cómo ésta entraba en la pieza que servía de prisión a Violeta y se preguntó a qué podía obedecer aquella visita nocturna. Temió también que todo

ello acabara por una tanda de garrotazos sobre sus costillas, propinados por el pródigo Belgodere. No hallando respuesta a todo ello, tomó el partido de esperar, conteniendo la respiración por miedo de que Belgodere se fijara en él.

El gitano en aquel momento no pensaba ni remotamente en Graznido. Toda su atención estaba concentrada en la estancia vecina en que Fausta, antorcha en mano, acababa de desaparecer cerrando la puerta tras de sí.

Fausta dejó sobre un mueble la antorcha que llevaba en la mano. Una rápida mirada a su alrededor le mostró la miserable estancia sin ventanas y mucho más triste en realidad que una prisión. Sobre un viejo canapé, porque no había cama en aquel lugar, dormía Violeta. Fausta la contempló atentamente y con lentitud se quitó el antifaz y lo dejó caer a sus pies.

—Es hermosa, no hay duda, tiene cara de ángel: la pura frente de Leonor de Montaignes y los orgullosos labios de Farnesio. Es realmente digna de ese héroe llamado el caballero de Pardaillán. ¡Cuánto debe amarla y cuánto debe sufrir por estar separado de ella! Pues bien, que sufra, ya que se ha interpuesto en mi camino. ¡Cómo! ¿Acaso hasta aquí había marchado victoriosa por el mundo como la enviada de Dios, haciendo inclinar todas las cabezas, quebrantando los orgullos, soplando sobre los tronos que se tambaleaban y agitando los reinos enteros, y podría existir un hombre, uno solo, que con razón pudiera decir: no irás más lejos?

Fausta se detuvo palpitante. Sus crispadas manos se dirigieron a Violeta, prontas a incrustarse en la garganta de la joven. Y comprendía que se mentía a sí misma. No odiaba a Pardaillán por el asunto de la plaza de la Grève y tampoco por el del molino, en caso de que lo odiara. Lo que odiaba era a Violeta, a quien suponía amada de Pardaillán. El sentimiento dominante en ella eran los celos. El mármol se ablandaba, el bronce de aquel corazón se hacía maleable. La enviada de Dios se convertía en mujer y el ángel plegando sus alas fulgurantes caía y tocaba en el suelo.

Fausta ocultó su rostro entre las manos. Sintiéndose sobrecogida por un dolor acerbo, el más espantoso, el de la vergüenza, murmuró:

«Ya no soy yo misma. Sin duda me engañé al jurarme que mi corazón no conocería el amor; se ve que es imposible que una mujer pase su vida sin amar. Cuando busco en mi pensamiento la chispa sagrada que debía hacer de mí una amazona de Dios, la virgen inaccesible, sólo hallo el sentimiento más pobre y bajo de la mujer. Los celos. ¿Celosa yo, Dios mío?»

En aquel momento Violeta se despertó. Vio a aquel joven caballero que se ocultaba la cara en las manos y parecía luchar contra terrible y misterioso sufrimiento. Sus grandes ojos azules se llenaron de piedad.

Y apareció como viviente antítesis de Fausta, y destinada enteramente para el amor.

Violeta no se asustó al ver de noche y a su lado a un caballero, pues era la inocencia personificada que no teme ningún peligro.

Para ella no existía en el mundo más que un hombre y a éste, cuyo nombre no

sabía, lo recordaba siempre con los brazos cargados de lirios y de rosas, para derramarlas sobre el cadáver de la pobre difunta.

Su fina mano tocó el brazo de Fausta y con voz de encantadora compasión, dijo:

—¿Quién sois? ¿Sois, como yo, una víctima? ¿Sois acaso?... ¡Ah!

Este último grito lo profirió llena de espanto y horror y de un salto se puso en pie adosándose al ángulo más oscuro de la habitación. Fausta, al sentir que le tocaban el brazo, se estremeció y apartó f las manos de su rostro, gracias a lo cual apareció éste a plena luz y Violeta pudo reconocerla.

Mil pensamientos cruzaron el cerebro de Fausta. Mil palabras ardientes estuvieron a punto de salir de sus labios, tal vez imprecaciones o gritos de furor, porque en aquel momento no era ya Fausta, la virgen sagrada, la soberana o la elegida por el conclave secreto, sino la descendiente de Lucrecia Borgia. Y todos aquellos pensamientos, todas aquellas palabras, quejas o insultos, se tradujeron en una sola palabra, ronca y casi incomprensible:

—Venid.

¿Adónde? ¿Cuáles serían sus intenciones? ¿Qué atroz y sombría resolución era la suya? ¿Quería someterla a algún suplicio y asistir a su agonía?

Y como Violeta, temblorosa, no obedecía, Fausta retrocedió hasta la puerta. En aquel corto instante, gracias a un poderoso esfuerzo, adquirió nuevamente la serenidad del rostro.

—Una litera en el acto —dijo a Claudina—. Que esté ante la puerta principal.

La abadesa fue a cumplir su orden. Fausta se volvió hacia Belgodere.

—Toma a esta muchacha —dijo— y llévala a la litera. Sube con ella y durante el trayecto me respondes de su persona, con la vida.

—¿Adónde irá la litera? —preguntó Belgodere estremeciéndose.

—A la Bastilla —contestó sordamente Fausta.

Belgodere entró en la habitación de Violeta y se dirigió a ésta con ronca voz diciéndole:

—Ven.

Y cogiéndola murmuró:

—Creo que esta vez maese Claudio va a derramar lágrimas de sangre, como me las hizo derramar a mí.

XXXI - Las Fourcaudes

VIOLETA fue echada en la litera por Belgodere, que subió tras ella. Fausta montó a caballo. Obedeciendo a una señal que hizo, los cuatro caballeros rodearon la litera. En cuanto a ella, tomó la delantera y el grupo se dirigió hacia París.

Una vez en la ciudad, Fausta tomó la calle de San Antonio, en dirección a la Bastilla. La litera se detuvo ante la puerta de la prisión. Fausta pronunció una palabra y uno de los caballeros de la escolta tomó un cuerno y tocó tres veces. El instrumento despidió lúgubre sonido, que resonó tristemente en el gran silencio del barrio dormido. Pasaron algunos minutos. Luego se vieron luces de linternas al otro lado del foso, rechinaron las cadenas del puente levadizo y éste fue tendido; atravesó por él la litera y se hundió bajo una negra bóveda para detenerse en un patio estrecho.

—El gobernador —dijo Fausta al sargento de guardia.

—Si queréis seguirme, os conduciré adonde está, —contestó el interpelado.

Fausta echó pie a tierra y señalando la litera dijo:

—Aquí hay una prisionera. Si se escapa, te ahorcarán al llegar el alba sin formación de causa.

El sargento sonrió. Dio una orden a dos carceleros que lo acompañaban y algunos minutos más tarde Violeta estaba encerrada en un calabozo.

Belgodere y la escolta se quedaron en el patio al lado de la litera. Fausta siguió al sargento, al que precedía un hombre que llevaba un farol. Subieron una escalera y en un corredor divisaron a un individuo que acudía corriendo y acabando de vestirse apresuradamente.

—He aquí el señor gobernador —dijo el sargento.

—La llamada del cuerno —dijo Bussi-Leclerc tratando de descubrir las facciones de Fausta—; y como después del señor duque de Guisa, sólo hay una persona en el mundo que conozca esta señal...

—Esa persona soy yo —dijo Fausta imperiosamente—. Vamos a vuestras habitaciones, señor de Bussi, porque hemos de hablar.

—Estoy a vuestras órdenes, señora —dijo Bussi-Leclerc reconociendo a una mujer en aquel joven caballero que le hablaba con tanta autoridad.

El gobernador precedió a Fausta hasta llegar a sus habitaciones, en una de las cuales la hizo entrar.

—Caballero —dijo Fausta—, hoy habéis recibido aviso de que vendría a veros para un asunto de importancia.

—¡Señora! —dijo Bussi-Leclerc mirando fijamente a Fausta—. Me han avisado de que un mensajero de monseñor el duque me traería algunas órdenes, pero estaba muy lejos de sospechar que el portador de tales órdenes sería la adorable mensajera cuya presencia alegra este triste lugar.

Bussi se atusó el bigote esperando una contestación a su galantería. Pero Fausta se limitó a hacer un gesto desdeñoso.

—Tenéis aquí a dos prisioneras llamadas las Fourcaudes.

—Sí, señora —contestó el gobernador asombrado de que su galantería no hubiera producido efecto.

—Esas prisioneras han de ser entregadas a la justicia del pueblo si no me engaño.

—Mañana por la mañana, señora. Lo prometido es deuda y es preciso cumplir la palabra. El pueblo quiere ahorcar y quemar a las Fourcaudes, y se las entregaremos para que lo haga.

—Una de las Fourcaudes —dijo Fausta— será ahorcada y quemada, pero en cuanto a la otra vais a ponerla en libertad.

—¡Oh, eso es imposible, señora! —exclamó Bussi-Leclerc sobresaltado—. He prometido al pueblo dos herejes y los tendrá. Nunca en mi vida he faltado a una palabra dada.

—Podéis cumplir vuestra palabra, señor Leclerc. ¿Cómo se llaman las condenadas? ¿Qué edad tienen?

—La mayor, Magdalena, tiene unos veinte años, y la menor, Juana, parece tener dieciséis.

—Vais a soltar a la última, pues hay perdón para ella.

—Pero si se perdona a una de las dos condenadas, ¿cómo podré entregar a dos?

—No os inquietéis. Lo esencial es que Juana Fourcaud ha sido indultada.

—¿Y quién la indulta?

—Yo.

—¿Vos, señora? —exclamó Bussi-Leclerc estupefacto ante el autoritario tono de la desconocida—. ¿Y quién sois vos? Es cierto que, gracias a una señal que sólo conocen dos personas, habéis entrado aquí, pero ésta no es razón suficiente.

—Leed, pues, esto —dijo Fausta tendiendo un papel a Bussi-Leclerc, que, asombrado, lo tomó y fue a leerlo al lado de un candelabro. El papel llevaba la firma y el sello del duque de Guisa y contenía las siguientes líneas.

Orden a todos nuestros oficiales de cualquier clase y jerarquía y en todo lugar y ocasión de obedecer a la princesa Fausta, portadora de la presente, bajo pena de la vida.

—¡La princesa Fausta! —murmuró Bussi-Leclerc.

Dirigió una mirada de curiosidad hacia ella e inclinándose profundamente le devolvió el papel diciendo:

—Obedezco, señora.

—Bien, conducidme ahora al lugar en que se hallan las Fourcaudes, o mejor dicho, adonde está la más joven.

Sin decir una palabra, Bussi-Leclerc, cada vez más asombrado, se apresuró a tomar un candelabro y a conducir a la visitante. En el corredor halló al sargento y le dijo algunas palabras en voz baja. El sargento se inclinó y, corriendo, tomó la

delantera.

Bussi-Leclerc, siempre seguido de Fausta, bajó una escalera y llegó al patio en que esperaban la litera y los cuatro caballeros de la escolta. Allí encontró a dos carceleros avisados por el sargento. Todo el mundo miraba con asombro al gobernador, que iba ante la desconocida sosteniendo un candelabro, como si guiara el camino a una reina. Fausta divisó al sargento y le dijo:

—Ve a buscar a mi prisionera.

Algunos momentos más tarde, Violeta aparecía entre los soldados, que la llevaban cogida por el brazo. Temblaba de espanto, pero no oponía ninguna resistencia, comprendiendo que hubiera sido inútil.

—¡Adelante! —dijo entonces Fausta al gobernador.

Éste se dirigió a una puerta baja, acompañado de los dos. Tras ellos iba Violeta, muerta de miedo. Siguiéndola andaba Fausta, que no la perdía de vista. El sargento cerraba la marcha. Bajaron una escalera de caracol que se hundía en el suelo como un tornillo.

Los carceleros se detuvieron ante una puerta y descorrieron el cerrojo. Fausta hizo una seña y todo el mundo se detuvo. Entró sola después de haber tomado la antorcha de manos de Bussi-Leclerc. El calabozo era estrecho. Las bóvedas bajas parecían pesar sobre los que estaban allí. En un ángulo y acurrucada en el suelo, una joven adelgazada, casi una niña, se levantó al observar que abrían la puerta. Parecía resignada, pero sus ojos brillaban extraordinariamente. Era muy hermosa a pesar de su palidez y en su actitud se advertía algo muy semejante a un reto. Aquella joven era Juana Fourcaud.

—¿Acaso vienen a buscarme para el suplicio? —preguntó—. Estoy dispuesta.

—Juana Fourcaud —dijo Fausta—. No seréis ajusticiada. En adelante gozaréis de la vida y de la libertad.

—¡Oh! —murmuró la infortunada—. ¿Quién me habla así con tan dulce voz? ¿Cuál es el ángel que se inclina hacia mí por primera vez desde que entré en este infierno?

—Juana Fourcaud —continuó Fausta—, no soy un ángel, sino sencillamente una mujer que se ha apiadado de vuestras desgracias y que ha empleado toda su influencia para salvaros.

—¿Acaso el rey me ha perdonado la vida? —preguntó la pobre niña.

—Os concede la vida y la libertad. Sois libre, venid.

Juana iba a salir del calabozo, ebria de alegría al oír la palabra mágica: «Libre», pero un pensamiento terrible atravesó su espíritu.

—¿Y Magdalena? —preguntó—. ¿Y mi hermana? ¡Oh, señora! Acepto la libertad si he de disfrutarla con ella, pero yo sola, no; prefiero morir.

Fausta hizo un gesto de contrariedad ante aquel obstáculo imprevisto, pero sonriendo y con voz más dulce todavía dijo:

—Vuestra hermana Magdalena está salvada como vos. Ya ha salido de esta triste

prisión y os espera. Venid.

Juana Fourcaud cayó de rodillas y cogiendo las manos de Fausta las cubrió de besos. Se produjo en ella una reacción violenta. Tranquila y fuerte ante la muerte para la cual estaba preparada, la repentina nueva de su salvación le restó ánimo. Lloraba y desbordaba su agradecimiento con las lágrimas. Fausta, haciendo un gesto de impaciencia, la levantó y la arrastró casi desfallecida de alegría. Una vez en el corredor la entregó a un carcelero, a quien dijo:

—Conducidla a la litera.

El carcelero obedeció a una seña de Bussi-Leclerc y se llevó a la prisionera perdonada. Entonces Fausta se volvió hacia el otro carcelero y le dijo señalando a Violeta:

—Encerrad a esta joven.

Violeta, ante la puerta abierta del calabozo, retrocedió instintivamente y profirió un gemido. Pero sobre ella cayó la mano del carcelero y un momento después se cerró la sólida puerta del antro.

Con un ademán Fausta despidió entonces al carcelero y a los dos soldados, que volvieron a subir la escalera. La princesa se quedó sola con Bussi-Leclerc y una sonrisa distendió sus pálidos labios.

—¡Pardaillán! —murmuró—. ¿Te atreverás a buscar a tu amada en esta tumba?

Bussi-Leclerc la contemplaba con asombro y terror. Fausta entonces preguntó a Bussi:

—¿No comprendéis?

—Espero que me expliquéis...

—¿Dónde está ahora Magdalena Fourcaud?

Bussi-Leclerc tendió el brazo hacia la puerta de un calabozo vecino y dijo:

—Allí.

Fausta entonces señaló el calabozo en que se hallaba Violeta y dijo:

—Pues aquí está Juana Fourcaud.

—¿Cómo? —balbuceó el gobernador—. ¿Acaso queréis sustituir esta joven?

—En adelante se llamará Juana Fourcaud. Y mañana por la mañana debéis entregar a las dos Fourcaudes a la justicia del pueblo y lo haréis. Ya podéis ver, micer Leclerc, que no faltaréis a vuestra palabra.

Cuando el gobernador y Fausta se hallaron de nuevo al nivel del suelo en aquel patio estrecho y negro que parecía un maravilloso horizonte a los que habían visto los calabozos subterráneos, Juana Fourcaud fue colocada en la litera casi desvanecida de alegría.

—¿Quieres saber lo que ha sido de la hija de Claudio? —preguntó Fausta a Belgodere.

—Me haréis un gran favor con ello, señora. Perdonadme, pero hace ocho años que me pertenece Violeta. Yo la guardaba celosamente para lo que vos sabéis. Por fin en vez de venderla a monseñor el duque, os la vendí a vos. Comprendo que ahora ha

llegado la ocasión de hablar a Claudio.

—No, pero lo encontraré. No tengáis cuidado, Claudio y yo nos hemos encontrado siempre.

Los ojos de Belgodere brillaron de odio.

—Veamos —dijo entonces Fausta pensativa—. Varias veces me has prometido contarme tu historia. Ha llegado el momento. He aquí lo que vas a hacer. Conducirás la litera a la abadía. Mis hombres te escoltarán y luego te llevarán a mi palacio. Dejarán a la nueva prisionera en sitio seguro y en cuanto me hayas dicho por qué odias a Violeta, yo te explicaré lo que será de ella.

—¡Oh, estoy tranquilo! —dijo Belgodere con sombría voz—. Sé que está en buenas manos.

—Señor gobernador —dijo Fausta en voz alta—, ¿a qué hora tendrá lugar el espectáculo que habéis prometido a los parisienses?

—Me parece que al salir el sol.

—Es demasiado temprano. Quiero verlo y me parece que las diez de la mañana es una hora conveniente.

—Como queráis. A las diez, pues.

—¿Dónde se levantarán las hogueras? —añadió Fausta.

—En la plaza de la Grève, y si este lugar os conviene me parece el mejor.

—Sí, me conviene.

Fausta montó entonces a caballo. Belgodere se colocó al lado de Juana Fourcaud y la escolta empezó a andar. Una vez fuera de la Bastilla, Fausta dio una orden a uno de sus caballeros.

—¿Y vos, señora? —dijo éste—. ¿Volveréis a palacio sin escolta alguna?

—¿Yo? —dijo levantando el dedo hacia el cielo estrellado—. Yo estoy guardada por el que me ha enviado a la tierra. Idos.

La litera y la escolta se dirigieron entonces por el camino que antes habían hecho en sentido inverso. Fausta sola marchó hacia la Cité. Y ya fuese que era lo que había dicho o que su valor fuera extraordinario, no tuvo un momento de temor al atravesar aquellas callejuelas negras, cada una de las cuales podía constituir una emboscada y por las que los más valientes caballeros no se aventuraban sin ir bien armados y en buena compañía.

Belgodere, una vez llegado a la abadía de Montmartre, condujo a Juana Fourcaud, su nueva prisionera, a la casita que por algunos días había servido de albergue a Violeta. En la habitación sin ventana, y alumbrada por un candelabro, tuvo la curiosidad de examinar a la sucesora de Violeta. Tenía los cabellos negros y rizados y los ojos grandes y luminosos como los de las mujeres orientales. Belgodere, sorprendido por aquella belleza tan poco semejante a la de las parisienses, movió la cabeza y franqueando la puerta la cerró cuidadosamente. Juana se estremeció. ¿Por qué la encerrarían?

—¿Quién será esta muchacha a la que debo vigilar ahora? El diablo me lleve si

comprendo lo más mínimo de este asunto. ¡Graznido! ¿Adónde me llevará Fausta? ¡Bah! Lo sabré muy pronto. Me ha dicho: «*Cuéntame tu historia y te diré lo que va a ser de Violeta*». Voy allá. ¡Graznido! Ya velará sobre la prisionera durante mi ausencia. ¡Graznido!

A esta tercera llamada el interpelado no contestó tampoco.

—¿Duermes? —gritó Belgodere—. ¿Te atreves a dormir mientras yo trabajo? Espera un poco, sinvergüenza; ya voy, no te molestes.

Y murmurando algunos insultos de mayor calibre, el gitano cogió el garrote con el cual Graznido había trabado tan buen conocimiento, y sin prisa subió la escalera que conducía al sobradillo. Allí profirió una exclamación de rabia al observar que Graznido no estaba. Belgodere, para tranquilizar su conciencia, dio algunos garrotazos en el montón de heno y, por fin, cuando se hubo convencido de que Graznido había desaparecido, volvió a bajar y lo buscó por todos los rincones de la casa y del recinto. Entonces tuvo que rendirse a la evidencia. Graznido había emprendido la fuga. Belgodere no se inquietó mucho por ello, si bien se reprochó mentalmente el no haber encerrado a su antiguo hércules, Reflexionó que, por otra parte, aquella nueva prisionera, cuyo nombre no sabía y por la que no se interesaba en lo más mínimo, no podría evadirse tan pronto, y sin avisar a la abadesa, fue a reunirse con los caballeros de Fausta que lo esperaban para conducirlo al palacio de la Cité. Una hora más tarde Belgodere entraba en la misteriosa casa en donde al siguiente día de su llegada a París condujo a Violeta creyendo entregarla al duque de Guisa.

XXXII - El secreto de Belgodere

FAUSTA ESPERABA al gitano en aquella habitación en que hemos introducido ya a nuestros lectores y en que sus dos criadas favoritas, Myrthis y Lea, se ocupaban en prepararle una bebida cordial. Al entrar y haciendo una reverencia, Belgodere dirigió una mirada de soslayo hacia aquellos preparativos.

—Que traigan vino —dijo Fausta comprendiendo la mirada.

Apenas había pronunciado tales palabras, cuando apareció un criado llevando una mesita, sobre la cual se veía una botella de respetable tamaño, y un cubilete de plata maciza. Todo ello fue colocado ante Belgodere, el cual, por indicación de Fausta, se sentó sin hacer cumplidos.

—¡Magnífico cubilete! —dijo por decir algo.

—Bebed, amigo, bebed. En cuanto al cubilete podéis guardároslo en recuerdo de vuestra visita.

Los ojos de Belgodere expresaron gran alegría. Se sirvió un vaso, y echando la cabeza hacia atrás, lo vació de un trago.

—¡Excelente! —dijo por galantería, porque como era poco inteligente en buenos vinos, y aquél era una verdadera ambrosía, parecía mediano a su ardorosa garganta.

—Es *Lágrima Christi* —dijo Fausta sonriendo—. ¿Y bien... —añadió humedeciendo sus labios en el vaso de cristal que le presentaba Myrthis—, me dijiste que tenías una historia muy interesante que contarme?

—¡Psé! Es la historia de un gitano, despreciado, maltratado, apaleado, o atormentado y a veces obligado a convertirse al cristianismo o, lo que es igual, a ser descreído.

Fausta sonrió. El vino, por poco que pareciera a Belgodere, le había desatado la lengua.

—Así, pues —continuó el bandido—, es una historia que os parecerá poco curiosa. Cien veces habréis oído otra semejante pues, como ya os digo, se trata solamente de la historia de un gitano.

—Ya te he dicho —contestó Fausta— que siempre he considerado a los gitanos como hombres semejantes a los cristianos y que en sus costumbres no encuentro nada digno de reproche.

—Sí, es verdad y por esto más que por otra cosa, he sentido afecto por vos y ahora soy vuestro perro.

—Cuenta, pues, sin miedo —dijo Fausta sonriendo—. Si han cometido una injusticia contigo, podré repararla.

—Es demasiado tarde —dijo Belgodere.

—Si tienes algún dolor incurable, tal vez podré consolarte.

—Así me parta un rayo antes que dejar que me consuelen —exclamó Belgodere.

—Y por fin, si odias a los que te han hecho daño y si quieres vengarte de ellos, tal vez podré ayudarte.

—Sí —contestó Belgodere— podréis completar mi venganza. Sois fuerte y poderosa. Gracias a vos, Claudio sufrirá más de lo que yo hubiera podido hacerle sufrir.

—¿De modo que quieres vengarte tan sólo de Claudio?

Belgodere había vaciado la botella. Bajó la cabeza y la apoyó en sus enormes manos. Fausta hizo una seña y acto seguido una botella llena reemplazó la vacía que estaba sobre la mesa.

—Escuchad —dijo entonces Belgodere—. Tengo aspecto de fiera, ¿no es verdad? ¿Pero qué diríais al saber que en mi pecho late un corazón de hombre?

Fausta no contestó.

—Sin embargo, es así —continuó Belgodere—. Por inconcebible que parezca, tengo un corazón, pues hubo una época en mi vida en que no pensaba en el odio ni en la venganza, es decir, un tiempo en que amé.

Belgodere se calló nuevamente como si no quisiera remover los recuerdos de su pasado.

—Continúa —dijo Fausta con misterioso tono.

—Hubo, pues, un tiempo —dijo entonces Belgodere— en que yo no era lo que parezco ahora. No quiero decir que fuese un manso cordero, pero tampoco un tigre. Para decirlo en una palabra, vivía sin hacer bien ni mal, cuando un día me di cuenta de que estaba enamorado. Para otro hombre esto no es nada, pero para mí era terrible. En efecto, yo era muy feo, ¡me lo habían repetido tantas veces! Yo era el más fuerte y el más temible de mi tribu. A cualquiera que me mirase de reojo, le daba su merecido. Yo, que sólo deseaba vivir en paz, no tenía ningún inconveniente en agujerear una piel. ¡Oh! Sí, me temían, hombres y mujeres; todos temblaban ante mí. Pero, en cambio, yo temblaba ante Magda, y esto porque sabía cuánta era mi fealdad y veía que alrededor de ella siempre rondaban cinco o seis jóvenes, los más guapos de mi tribu, y de los cuales el más feo era cien veces más agradable que yo.

Belgodere dio un ronco suspiro y masculló algunas blasfemias.

—Jamás —prosiguió— me atreví a decir una palabra a Magda. Únicamente, cuando pasaba por su lado, sentía sus ojos negros posados sobre mí; veía que ella sonreía, pero no sabía la causa. Yo no dormía, ni comía y comprendiendo que no podía continuar de aquel modo, una noche reuní a los pretendientes de Magda. Una vez estuvimos todos juntos, rogué a ésta que se presentara y en cuanto llegó le dije: «*Magda, vas a cumplir quince años y ya es tiempo de que elijas un hombre*». Los otros, que estaban tan enamorados y tenían tanta prisa como yo, exclamaron: «*Sí, sí, es necesario que elijas al que esta misma noche beberá en tu vaso y será tu esposo*». Magda sonrió y como al azar señaló a uno de mis rivales diciendo: «*Tú eres el elegido*».

—¡Ah, pobre Belgodere! —exclamó burlonamente Fausta.

—Sí —dijo el gitano— pero ya veréis. De un salto me planté ante mi afortunado rival. Él, comprendiendo lo que yo quería, desenvainó su cuchillo y yo el mío. Cinco

minutos más tarde lo había derribado al suelo, y en cuanto su pecho estuvo bajo mis rodillas le corté las orejas. Se levantó aullando. Entonces Magda dijo tranquilamente: «*No quiero a un hombre sin orejas*». Pues bien, elige otro. «*Éste*», exclamó señalando a otro de mis rivales y siempre sonriendo. Me puse ante éste como lo había hecho ante el primero. Se reanudó la pelea, que esta vez duró diez minutos. Cuando por fin hube conseguido derribarlo, le corté la nariz. Éste no gritó, pero se quedó desvanecido. Naturalmente, Magda no quiso tampoco a un hombre sin nariz, así como tampoco a un tuerto, porque reventé un ojo al tercero que se presentó y también despreció a los dos restantes porque huyeron cobardemente. Entonces quedé solo.

Belgodere se calló unos instantes y luego continuó:

—Entonces Magda me dijo: «*A ti te elijo. Desde hace mucho tiempo has sido mi preferido, pero quise ver si eras el que me imaginaba*». La misma noche me casé con Magda, de acuerdo con la costumbre de mi tribu. Durante seis años fui un hombre feliz. Tuve primero una hija que se llamó Flora y cuatro años más tarde otra llamada Stella. Se decía que Flora era hermosa como una flor cuando por la mañana se inclina agobiada por el peso de los diamantes de rocío; y Stella hermosa como una estrella de la tarde cuando brilla en el cielo entre sus compañeras menores. He aquí lo que se decía. Yo no sé si eran tan hermosas como me decían, pero al verlas sentía alegría y al estar separado de ellas ganas de llorar. Cuando se es padre se tienen ideas muy raras.

—Cuando se es padre —murmuró Fausta estremeciéndose.

Y sin duda pasó ante sus ojos la imagen de Farnesio, el padre de Violeta.

—Me parece que he vaciado la botella —dijo Belgodere.

Era ya la cuarta e inmediatamente trajeron otra.

—El séptimo y último año de mi felicidad —continuó el gitano—, vinimos a París. Flora tenía entonces seis años y Stella dos. Vivíamos muy tranquilos a pesar del odio y el desprecio de las gentes de París, cuando una tarde corrió el rumor de que algunos malvados habían penetrado en una iglesia y robado los vasos de oro que sirven a los sacerdotes cristianos para celebrar sus ritos. La iglesia era la de San Eustaquio y nosotros vivíamos en la vecindad. Y como los truhanes, por malos que sean, no dejan de ser cristianos e incapaces de tal fechoría, nos acusaron. Una mañana detuvieron a una quincena de mi tribu entre hombres, mujeres y niños, y los llevaron a la cárcel. Por el camino conseguí escaparme de las manos de los guardias, aunque tal vez habría hecho mejor con dejarme ahorcar como los demás, porque dieron muerte a cinco hombres y seis mujeres. Entre éstas se hallaba Magda. ¡Pobre Magda! Al pie de la horca sonreía aún misteriosamente como lo hiciera antaño cuando vencí a todos mis rivales.

Belgodere, de un trago, vació el resto de la quinta botella que fue inmediatamente reemplazada por otra. Estaba pálido y grandes gotas de sudor resbalaban de su frente.

—La víspera del día en que Magda fue conducida a Montfaucon, me presenté al verdugo. Durante los dos meses que duró el proceso, reuní oro, mucho oro, ya

vendiendo todo lo que nos pertenecía o acechando de noche a los ricos burgueses en las desiertas calles. Fui, pues, a buscar al verdugo.

—¿Dónde vivía? —preguntó Fausta.

—En la calle Calandre, en la Cité —dijo sordamente Belgodere.

—¿Y cómo se llamaba?

—Claudio —contestó Belgodere con voz más sorda todavía—. ¿Por qué me obligáis a pronunciar este nombre si ya lo sabíais?

—Continúa —dijo sencillamente Fausta.

—Así, pues, fui a su casa. Le ofrecí oro, me arrodillé, lloré, le supliqué, le pedí una cosa muy sencilla. Le pedí que pusiera una cuerda desgastada al cuello de Magda. La cuerda se rompería, lo cual era un caso de perdón. En cuanto a sacarla de la cárcel, yo ya me hubiera arreglado.

—¿Y qué hizo Claudio?

—Tomó el talego de oro y lo tiró a la calle. Luego me cogió por los hombros y me sacó de su casa cerrando tras sí la puerta con doble llave. Entonces yo me senté en el suelo y con la cabeza entre las rodillas, lloré toda la noche. Al apuntar el día vi salir al verdugo y lo seguí hasta Montfaucon. Veinte minutos más tarde vi a Magda que se balanceaba al extremo de una cuerda entre otros cadáveres, mientras el pueblo daba gritos de alegría que aún me parece oír.

—¿Y tus hijas? ¿Qué fue de ellas?

Belgodere se estremeció, y cerró los puños lleno de rabia.

—¿Qué? ¿Acaso las ahorcaron también?

—No —contestó el gitano— pero las bautizaron.

—Pues des-bautizándolas estás listo.

—No he sabido nunca que fue de ellas —exclamó Belgodere—. No sé si están muertas o vivas. No lo sé ni lo sabré nunca. El día que prendieron a mi mujer y a los otros gitanos, se llevaron con ellos a todos los niños que se hallaron, los cuales eran en número de cinco y entre ellos Stella y Flora. Al día siguiente de la escena de Montfaucon, supe que, gracias al verdugo, los niños habían sido entregados a caritativas familias, que se encargaron de criarlos. Durante tres meses busqué incesantemente, registré todo París, pero no pude adquirir noticia alguna de mis dos hijas.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Al cabo de tres meses fui a casa del verdugo y le dije: *«Has matado a la que amaba y yo he hecho juramento de vengarme, pero si quieres contestarme, te perdonaré. Te daré el oro que recogí para el rescate de Magda. Haré más, me pondré a tu servicio y seré el fiel guardián de tu casa y de tu vida. ¿Di, quieres contestarme?»*. «Pregunta», me dijo el verdugo. Entonces reuní todo mi valor para preguntarle: *«¿Sabes dónde están mis hijas?»*. Y experimenté alegría delirante al oír que Claudio me contestaba: *«Sin duda, porque las he colocado en una casa. ¡Oh, tranquilízate, gitano!... tus hijas han tenido mucha suerte. Han sido adoptadas por*

un rico burgués». Estas palabras no tenían para mí ningún sentido, pero me dije que el verdugo acabaría por indicarme el lugar en que estaban mis hijas.

Belgodere dio un fuerte suspiro y miró a Fausta.

—¿Os figuráis que habló? —dijo echándose a reír siniestramente.

—Sin duda alguna —dijo Fausta—. Lo contrario me parecería una monstruosidad.

—Rogué al verdugo que me dijera dónde estaban mis hijas y movió negativamente la cabeza. Como la primera vez, me puse de rodillas ante él. Le supliqué que me las dejara ver una vez tan sólo, jurándole que no trataría de llevármelas. Por toda respuesta me levantó cogiéndome por los hombros. Le pedí perdón y misericordia. Entonces me dijo: *«Escucha gitano, debería arrestarte y entregarte al oficial. Dejándote marchar como ya lo hice una vez, faltó a mi deber; no me agotes la paciencia»*. *«¡Mis hijas, mis hijas!»*, grité. *«Tus hijas están en buenas manos y serán más felices que contigo»*. Entonces, sin cólera, pero también despiadadamente, aquel hombre me dijo: *«Vete»*. Y como hiciera la primera vez, pues es mucho más fuerte que yo, me cogió como si fuese un niño y me echó a la calle. Entonces, también como la vez primera, pasé la noche llorando y reflexionando en mi desgracia, juré que Claudio sufriría exactamente lo mismo que yo.

—Hermoso juramento —dijo Fausta—, pero había que cumplirlo.

—Ya lo veréis —dijo Belgodere—. No tenía prisa. Habría podido matar a Claudio, pero esto me parecía insuficiente. Empecé a seguir todos sus pasos y así supe que tenía una hija, a la que amaba, y adoraba como yo había amado y adorado a Stella y a Flora. El día en que lo supe, estuve a punto de volverme loco de alegría. Por fin me iba a ser posible que Claudio, que amaba a su hija, sufriera como yo. Como yo, la lloraría y como mis hijas, la suya iba a vivir con gente de otra raza y religión. Esta hija era Violeta.

—¿La hija de Claudio? —preguntó Fausta.

—Sí, señora —contestó Belgodere asombrado de la pregunta.

—¿Violeta es hija de Claudio?

—Sin duda, por esto la odio. En ella odio a Claudio, pero ¿por qué me lo preguntáis?

—Para estar segura de que Violeta es hija de Claudio. Puesto que me aseguras...

—Completamente. Continuó. No tardé en descubrir que el verdugo amaba entrañablemente a su hija. Resolví herirlo en ella y tomé todas las precauciones conducentes a la realización de mi proyecto. Desgraciadamente, un día observé que me seguían y me vi precisado a huir de Francia. Los gitanos son pacientes en sus amores y en sus odios. Esperé el tiempo necesario para ser olvidado. Al cabo de algunos años volví. Mi amor estaba muerto, pero la espera había avivado mi sed de venganza.

Fausta contemplaba a Belgodere con extremada curiosidad.

—Me apoderaré de Violeta —prosiguió el gitano—. Una noche, en unión de dos o

tres compañeros, penetré en la casita de Meudon en que vivía la niña. Violeta estaba al cuidado de una mujer llamada Simona. Para que no pudiera denunciarme, me apoderé también de ella. Luego las hice partir hacia Borgoña y yo quedé en París para juzgar el efecto de mi venganza. Fue terrible. Por algunos días temí que Claudio se moriría de pesar. Felizmente se restableció y dejándolo en compañía de su dolor, me uní a mi compañía. Tenía mi idea acerca de Violeta.

—¿Qué querías hacer de ella?

—Una ramera, para entregarla luego a un señor cualquiera. Entonces me habría presentado a Claudio para decirle: «*Me has robado a mis hijas y yo te he robado a la tuya. Convertiste a las mías en cristianas y yo a la tuya en ramera*». Dicho esto le habría matado. El azar pareció favorecer este plan. Cuando Violeta me pareció hallarse en sazón para ser vendida, me encaminé hacia París. En Orleáns, en donde permanecí algún tiempo, vi que un poderoso señor rondaba en torno de la pequeña. Me informé y supe que aquel hombre era el duque de Guisa, es decir, el más poderoso señor de este país. Vine, pues, a París y mi buena estrella hizo que encontrase al duque en las puertas de la ciudad. Lo vi más enamorado que nunca; convine un buen precio con él, lo cual no me desbarataba el negocio y entregué a Violeta. Pero a partir de aquel instante, las cosas empezaron a enredarse porque en vez de entregar la pequeña al duque de Guisa, os la entregué a vos.

—¿Lo lamentas acaso?

—No lo sé —dijo Belgodere con ligera vacilación—. Mi plan estaba bien combinado. Más todo ha cambiado. He aquí mi historia. Ahora os toca cumplir vuestra palabra. Me prometisteis una hermosa venganza.

—Violeta está en el fondo de un calabozo. ¿Acaso esto no te basta?

—A decir verdad, no, señora.

—Pues bien, ¿qué diríais si yo quisiera hacer ahorcar a Violeta ante los ojos de Claudio de igual modo como éste ahorcó a Magda ante tus ojos?

Una terrible sonrisa se dibujó en los labios de Belgodere.

—Ahorcada y quemada —insistió Fausta.

—¡Oh! ¿Y Claudio lo verá?

—Sí.

—¿Y podré estar al lado de Claudio?

—Estarás a su lado.

—¿Y podré hablarle? ¿Podré obligarlo a mirar? ¿Podré decirle que he sido yo el que le robó a su hija y el que la ha entregado al pueblo?

—Estarás a su lado y podrás decirle lo que quieras.

—¡Por el infierno! —exclamó Belgodere—, nunca habría imaginado tan hermosa venganza.

—Pues bien, escucha. Mañana por la mañana, a las diez, en la plaza de la Grève, serán ahorcadas y quemadas dos muchachas jóvenes. Su crimen es ser hijas de un padre que antes profesaba la religión romana y que luego adoptó otra. Pero poco

importa. Este hombre se llamaba Fourcaud y murió en la cárcel. Mañana el pueblo ejecutará a esas dos muchachas. Ahora bien, ¿sabes lo que hicimos en la Bastilla? Hemos libertado a una de las Fourcaudes.

—Sí, la que yo conduje a la abadía —exclamó Belgodere.

—Sí, y en su lugar hemos...

—Dejado a Violeta —rugió Belgodere—. ¡Por Dios, es magnífico! ¡Qué bien hice entrando a vuestro servicio!

Y Belgodere contempló admirado a Fausta.

—Así, pues —dijo riéndose—, mañana por la mañana, a las diez, ahorcarán en la plaza de la Grève a las dos muchachas. Violeta va a morir ante su mismo padre.

—Sí, ante su padre —murmuró Fausta estremeciéndose.

—¿Y quién será la otra?

—Magdalena Fourcaud y Juana Fourcaud. He aquí las que morirán. Magdalena será la misma, pero en vez de Juana estará Violeta.

Belgodere se levantó, dio algunos pasos y murmuró en su lengua algunas palabras que debían ser imprecaciones de terrible alegría. De pronto se detuvo.

—¿Pero y Claudio? —dijo—. ¿Cómo lo verá? Porque eso es lo más importante. ¿Cómo le avisaré? Porque quiero avisarle yo mismo.

—Bueno, escúchame. Mañana por la mañana irás a la plaza de la Grève. Cuando veas a la multitud reunida y oigas sus gritos que te darán a entender que llegan las condenadas, entrarás en la cercana casa que se encuentra a la izquierda de la plaza volviendo la espalda al río.

—La tercera casa; perfectamente.

—No podrás engañarte. En todas las ventanas habrá gente, a excepción de esta casa que parecerá llevar luto por las condenadas. En cuanto hayas entrado, solicitarás hablar con el príncipe Farnesio.

—¿Quién es? —preguntó Claudio.

—¿Qué importa? Te conducirán ante él y es probable que te hagan entrar en una gran habitación, cuya ventana da a la plaza de la Grève.

—¿Pero y Claudio?

—Claudio estará al lado de su amigo Farnesio.

—No comprendo —dijo Belgodere moviendo la cabeza—. No comprendo que un ex verdugo sea amigo de un príncipe. No importa, iré y obraré como me decís. ¿Y luego qué haré?

—Si, como lo espero, el príncipe Farnesio está en la casa y con él maese Claudio, si te hallas con ellos en el momento en que las Fourcaudes entren en la plaza de la Grève, el resto te concierne.

—Pero —observó el gitano que con apasionado interés escuchaba estos detalles—. ¿Y si no está el príncipe Farnesio o Claudio?

—Estarán los dos.

—¿Y si no quieren dejarme entrar?

—Dirás que eres el hombre esperado por el príncipe Farnesio a las diez de la mañana.

—¿Me esperarán? —dijo el gitano estupefacto.

—Sí, te esperarán los dos. Ya ves, pues, que por haberse retardado, tu venganza no es menos completa. Vete mañana por la mañana, podrás mostrar a Claudio a su hija Violeta en la hoguera.

Belgodere, dando un ronco gruñido, salió apresuradamente de la casa de la princesa Fausta. Se dirigió enseguida hacia la plaza de la Grève. La noche era oscura, pero a la luz de algunas antorchas, unos cuantos obreros llevaban a cabo una tarea singular. El gitano los examinó durante algunos minutos.

—Las dos hogueras —se dijo.

En efecto, aquellos obreros eran los ayudantes del verdugo de París. Y aquel montón de maderos y ramas secas que hacinaban alrededor del poste, eran las hogueras destinadas a las Fourcaudes.

Después de la salida de Belgodere, Fausta empezó a escribir lo siguiente:

Vuestra rebelión merecía un castigo y por esta razón os he infligido un sufrimiento proporcionado a la falta. Ya que vuestra rebelión ha tenido por causa vuestra hija, he querido también que el castigo viniera de ella. Por esto os dije que estaba muerta. Pero, como sois mi discípulo muy amado, no quiero prolongar el castigo. Cardenal, sabed que Violeta no ha muerto. Si queréis verla, id mañana a vuestra casa de la plaza de la Grève y al hombre que irá a veros antes de las diez, pedidle que os enseñe a vuestra hija y os la mostrará.

Vuestra afectísima que espera regreséis.

Fausta

Un mensajero partió enseguida para llevar la carta a su destino. Entonces Fausta, dejando caer en la mano su cansada cabeza, murmuró:

—He conseguido herir a Farnesio. ¿Pero cómo herir a Pardaillán antes de entregarlo a Guisa? El padre asistirá al suplicio, ¿por qué no asistirá también el amante?

XXXIII - La mujer guerrera

FAUSTA PERMANECIÓ INMÓVIL durante largo rato y en extremo pensativa. Hasta aquel momento había luchado con la pasión. Dueña de sus sentimientos, había despreciado las primeras advertencias del amor, pero a la sazón hallábase dominada completamente por este sentimiento y en vano luchaba para desprenderse de él. Entonces trató de razonar.

«*Tal vez*» —se dijo— «*estoy celosa, de lo cual podré curarme con relativa facilidad. ¡Celosa! ¿De quién? ¿De la gitana, de la hija de Farnesio? Maldito sea el día en que lo conocí. Pero bueno, la operación va a curarme. Violeta morirá mañana y una vez muerta ¿qué celos podré tener?*»

Suprimida la causa de los celos, Fausta se imaginaba poder vencer el amor.

Pero mientras formaba estos proyectos comprendió que no le sería posible desterrar el amor que sentía por Pardaillán.

«*Lo amo desde hace mucho tiempo*» —dijo—, «*y una vez muerta Violeta, seguiré amándolo*».

—Mi querida soberana —murmuró en aquel momento Myrthis—, estáis muy pálida y es muy tarde; ¿no queréis iros a descansar?

Fausta levantó la cabeza. Su mirada hízose más dulce y haciendo un gesto despidió a la criada, que, sin la menor vacilación, se apresuró a obedecer.

Una vez sola, Fausta se entregó de nuevo a sus meditaciones.

«*Amo*» —dijo—. «*No hay la menor duda de ello. Por espantoso que sea para mí, nada puedo hacer que así no sea. Amo a ese Pardaillán, yo que siempre me burlé del amor que me ofrecían los más apuestos nobles de Roma, Milán y Florencia. Por todas partes en donde he pasado, he provocado pasiones. Cuando miro tras de mí veo una estela de amor y yo, que no he amado nunca, me veo herida a mi vez. Amo a ese hombre que ha osado mirarme cara a cara. Pero no debo amarlo. Es una prueba que me impone Dios, y de ella debo salir victoriosa. Un alma como la mía, no se ha hecho para las pasiones ordinarias. Amaré a ese hombre mientras viva y, por lo tanto, ha de morir. Una vez muerto lo amaré aún tal vez, pero ya no quedará en mí más que el melancólico recuerdo de un mal pasado y curado por mi propia voluntad. Pardaillán morirá y para que el triunfo sobre mí sea completo, es preciso que yo en persona lo mate*».

Acabando de decir estas palabras, se levantó, añadiendo luego:

«*Es preciso que yo pueda tenerlo ante mi espada y que por mí sea vencido. Tal vez el desdén de su derrota ahogará en mí hasta el recuerdo del amor. De la prueba, mi alma debe salir más invulnerable, como el acero después de haber sido templado*».

La palabra acero cambió el orden de sus ideas, y desenvainando la espada, la examinó atentamente. A la sazón, ya tranquila, sonreía. Dobló el acero entre sus manos, y entonces la hoja se rompió en dos trozos:

«Cuando se va a luchar contra un Pardaillán» —murmuró— «es necesario un arma sólida. Mi mano está acostumbrada a las espadas pesadas; el español Molina me proporcionó las espadas pesadas más sólidas y mejor templadas del mundo; Vanucci, de Florencia, me enseñó el arte de la esgrima, y dos estocadas que siempre causan la muerte del contrario. Tengo principalmente el invulnerable valor de quien sabe que su misión no está cumplida, y que no puede morir aún. Yo no puedo morir y, por lo tanto, Pardaillán será el que pierda la vida».

Entonces pasó a una sala vecina. Era la sala de armas de aquel palacio en que Fausta había organizado su existencia del modo como lo había hecho en Roma y por todas partes donde iba. En los muros había espadas de todas formas, puñales de todas dimensiones, hojas anchas y delgadas y otras triangulares y agudas. Algunas en forma de serpiente, otras con dientes de sierra, es decir, armas mortales que causaban heridas incurables.

Fausta pasó revista a todas ellas. Eligió una espada delgada y larga, flexible y sólida al mismo tiempo, que surgía de una guarda muy ancha, capaz de proteger la mano y el brazo. La probó para asegurarse de que no era preciso aguzar la punta y por fin la ciñó a su cintura.

Entonces se cubrió los hombros con una capa, el rostro con un antifaz de terciopelo y la cabeza con un sombrero de fieltro. Dirigió una mirada a su reloj, que señalaba las tres de la madrugada.

—Pronto nacerá el día —exclamó—. Ya es tiempo.

Dio tres silbidos con un pito de plata que siempre llevaba suspendido del cuello y apareció un hombre.

—Vamos de expedición —dijo.

—¿Cuántos hombres de escolta?

—Vos solo.

—¿Con qué armas?

—Sin ninguna, porque vos no os batiréis.

Sin hacer la más pequeña observación, el hombre dejó sobre la mesa las dos pistolas que llevaba en el cinto, y quitándose la espada, la colgó al lado de las restantes.

Entonces Fausta salió a pie del palacio, seguida por aquel hombre desarmado.

Las calles de París estaban oscuras todavía y la soledad era absoluta porque todos los truhanes hallábanse ya en sus guaridas. La débil luz en el firmamento, anunciaba la proximidad de la aurora. Fausta andaba con paso rápido y ligero. Durante el camino dio instrucciones a su compañero y por mucha que fuese la autoridad de Fausta y absoluta la obediencia de todos los que la servían, sin duda las instrucciones debían ser extrañas, porque el hombre no pudo contener un gesto de sorpresa, si bien contenido inmediatamente.

Cuando llegaron ante la posada de «La Adivinadora», el día empezaba a nacer. Fausta se detuvo en la calle. El hombre la miró largo rato como si, vacilando todavía,

quisiera pedir la confirmación de las órdenes recibidas.

—Id —dijo sencillamente Fausta.

Entonces el hombre golpeó varias veces con el llamador de la puerta.

El caballero de Pardaillán dormía profundamente, cuando un criado fue a despertarle diciéndole que un extranjero, a pesar de la hora intempestiva, quería hablarle sin demora. Añadió que, habiendo observado los alrededores de la posada, no había visto nada sospechoso, y que, por fin, el extranjero estaba solo y no iba armado. Pardaillán objetó que había tomado la costumbre de dormir por la noche y que hallaba muy desagradable el ser despertado en un momento en que soñaba una cosa muy agradable, y añadió:

—Sabe, amigo, que sólo me levantaría a esta hora, por dos cosas igualmente respetables. Para recibir a una mujer honrada o para batirme con un enemigo que tuviera prisa.

Y Pardaillán se volvió de espaldas amenazando con echar por la ventana al criado si le impedía continuar el sueño en el mismo punto en que lo había interrumpido.

—Señor caballero —dijo una voz—. Si no es para los dos motivos indicados por vos, por lo menos venimos a despertaros por uno de ellos.

Pardaillán se volvió, e incorporándose, divisó al intruso que habiendo seguido al lacayo fue testigo de su coloquio.

—¡Caramba! ¿Acaso quiere verme alguna dama?

El incógnito guardó silencio.

—¿Es, pues, alguien que quiere partirme en dos antes de la aurora?

El hombre se inclinó sin contestar.

—Perfectamente —dijo entonces Pardaillán, que había resuelto no asombrarse por nada—. Dentro de diez minutos soy con vos.

Y se vistió apresuradamente silbando un aire de caza.

Luego ciñó su buena espada, bajó a la sala de la posada y distinguió al mismo desconocido, que le rogó cortésmente acompañarlo hasta la calle. El caballero obedeció a esta invitación, asegurándose con rápida mirada de que la calle estaba perfectamente desierta. El hombre esperó a que el criado de «La Adivinadora» hubiese cerrado la puerta y entonces, volviéndose hacia Pardaillán, se descubrió y le dijo:

—¿Sois, efectivamente, el caballero de Pardaillán?

—En carne y hueso, caballero, ¿y vos?

—Yo, señor caballero, soy escudero de un señor que desea guardar el incógnito. En nombre de mi amo, vengo a desafiarlos y a declararos cobarde y felón si no aceptáis el desafío.

Pardaillán se echó a reír.

—¡Por los cuernos del diablo! —dijo—. Podría contestaros, señor escudero, que es costumbre en los desafíos el saber, por lo menos, el nombre del enemigo.

—Mi amo os dirá su nombre cuando os haya tendido en el suelo y no podáis, por

consiguiente, ir a repetirlo a parte alguna.

—¡Oh! —pensó Pardaillán—. ¿Acaso será el duque de Guisa que quiere hacerme el honor de cruzar su acero con el mío? Pero no; si Guisa supiera mi albergue, me habría hecho prender y dar de puñaladas o por lo menos me mandaría a pudrirme en alguna mazmorra. Tal vez es Bussi-Leclerc que busca el desquite. Pero ¿por qué ocultaría su nombre?

De pronto palideció y una sonrisa crispó sus labios:

—¿Será Maurevert?

Y con voz alterada y ronca dijo:

—¿Dónde está tu amo? Acepto su desafío.

En el momento en que pronunciaba estas palabras, se destacó de la pared una sombra y avanzó hacia Pardaillán e hizo seña, al que dijo ser su escudero.

Éste, sin decir una palabra, saludó al caballero, se inclinó ante el recién llegado y sin volver la cabeza se marchó, desapareciendo a lo lejos. Pardaillán y el desconocido quedaron solos. El caballero dirigió ardiente mirada a su interlocutor.

—No es él —murmuró—. En realidad, me habría asombrado de que lo fuera.

Su extraño adversario parecía ser un joven de unos veinte años en el que se adivinaba la fuerza nerviosa y ágil de un ser acostumbrado a los ejercicios físicos.

—Señor —dijo entonces el caballero con aquel aire de indiferencia que le era peculiar—. No habéis querido decirme vuestro nombre y aunque ello sea contra las costumbres del duelo, no insisto para conocerlo; ocultáis vuestro rostro con un antifaz y quiero también respetar vuestra voluntad de ser desconocido para mí. Es cierto que tengo la esperanza de saber quién sois, una vez que me hayáis tendido en el suelo. Esto es por lo menos lo que me ha dicho vuestro escudero. Pero, en fin, ¿no podré saber por qué queréis matarme?

Mientras hablaba no dejaba de observar atentamente a su desconocido, pero, por una parte, la oscuridad reinante, y por otra las precauciones que su adversario había tomado para impedirlo, no permitieron al caballero descubrir nada que condujera a la identificación deseada.

Pardaillán esperaba reconocer al desconocido por la voz, pero éste sólo contestó desenvainando la espada. El caballero saludó y desenvainó a su vez.

—Caballero —continuó—, antes de empezar el duelo os ruego tener en cuenta que tengo toda clase de razones para permanecer oculto en París; a pesar de ello no he vacilado un momento en acudir a vuestra cita. Además, me habéis interrumpido el sueño, cosa que me pondrá de mal humor para todo el día. En pago de tantas deferencias, podríais hacerme un favor. No os conozco y vos, en cambio, parece que me conocéis. ¿Podríais decirme, por lo menos, cómo os habéis enterado de que yo pasaba la noche en «La Adivinadora»? Ya sé que intentáis vencerme, pero si mi estrella quisiera que no me matarais, tendría grandísimo interés en saber por qué medio habéis conocido mi retiro. ¿Queréis decírmelo?

Por toda respuesta el desconocido se puso en guardia.

—No sois cortés, caballero —dijo Pardaillán— y sintiéndolo mucho me veré obligado a arrancaros el antifaz para saber con quién me las he. Defendeos bien y, sobre todo, guardad vuestro rostro, porque os prometo no dirigir estocadas a otra parte.

Hacia ya algunos instantes que se entrechocaban las espadas. Desde el primer momento, Pardaillán sintió gran sorpresa. Habíase batido incontables veces y conocía el modo de esgrimir de los espadachines más famosos del reino. Pero a la sazón, tenía ante él a un temible adversario. Nunca había encontrado muñeca más firme, espada más ágil y punta, más amenazadora. Probó de desarmar al desconocido, pero no le fue posible. De pronto el incógnito caballero tendió el brazo y Pardaillán se vio obligado a dar un salto atrás.

—Os felicito —dijo el caballero—, con tal estocada teníais todas las probabilidades de matarme, menos una, y ésta es precisamente la que me salva.

A su vez atacó y quizá con su profundo conocimiento de la esgrima halló dos o tres ocasiones para herir el pecho de su adversario. Pero como había dicho que sólo atacaría el rostro, quiso cumplir su palabra.

La luz del día iba en aumento. Algunas ventanas empezaban a abrirse y por ellas asomaban algunas cabezas llenas de curiosidad. No manifestaban, sin embargo, el menor espanto, porque era cosa muy corriente que dos hidalgos, después de haber pasado la noche en alguna taberna de mala reputación, se desafiaran por la mañana por los hermosos ojos de alguna doncella. De pronto los espectadores se estremecieron; uno de los combatientes acababa de proferir un grito terrible como hombre herido mortalmente. Pero ninguno de los dos cayó.

El que había dado el grito era el desconocido. Pardaillán, después de una serie de ataques combinados con arte superior, consiguió tocarlo en la frente, y al retirar el brazo logró hacer caer el antifaz.

—¡Una mujer! —exclamó estupefacto.

Y acto seguido bajó la punta de la espada. El antifaz negro cayó al suelo y Pardaillán lo miró algunos instantes pensativo. Luego, dirigiendo la mirada a su adversario, le reconoció enseguida y se sintió inmediatamente a sus anchas.

Fausta tenía en la frente una manchita roja. Levantó la cabeza al cielo como para mostrarla a pesar de que la herida era muy poca cosa. Tal vez pensó que la herida no sólo habría desgarrado la piel de su frente, sino también algo inmaterial en ella: la fe.

Sí, la herida habíala recibido en realidad en su fe absoluta en la misión que se le había encomendado. Su creencia recibía la primera conmoción.

Pardaillán, con tranquilo gesto, levantó la espada, retrocedió tres pasos y descubriéndose dijo:

—De haber sabido que tenía el honor de cruzar mi acero con el de la princesa Fausta, os aseguro, señora, que me habría dejado tocar.

Fausta le dirigió una mirada terrible y con voz ronca le dijo:

—Defendeos.

Pardaillán envainó la espada. Ella se precipitó contra él, furiosa de amor y odio exclamando:

—Defiéndete o te mato.

Pardaillán se cruzó de brazos. Entonces Fausta se sintió sobrecogida de un ataque de locura y cogiendo la espada por la mitad de la hoja, dirigió la punta contra el caballero, Pardaillán, en aquel momento, cogió la espada con rápido gesto, y se la quitó dejando así desarmada a Fausta, que dio otro grito de rabia semejante al primero.

Pardaillán tomó entonces la espada de Fausta por la punta y presentando la empuñadura dijo haciendo una reverencia:

—Señora, no tengo en el mundo otros bienes que mi pobre vida, a la cual profeso todavía cierta estimación. Excusadme, pues, por defenderla, y perdonadme por haberme visto obligado a hacer correr las lágrimas preciosas que veo en vuestros ojos por no haber podido derramar mi sangre.

—¡Oh, demonio! —exclamó ella entre sollozos—. Me has vencido dos veces, en mi corazón y en mis armas. No creas por esto haber conseguido el triunfo. Te arrancaré de mi corazón con mi fuerza de voluntad y en cuanto a tu persona siempre estará la plaza de la Grève para vengarme.

El caballero apenas entendió el sentido de estas palabras. Dejando la espada a los pies de Fausta retrocedió, pero la joven, llena de ira, cogió el arma y la rompió. Tranquilizándose entonces por un esfuerzo de voluntad dijo con calma asombrosa:

—Adiós, o más bien dicho, hasta la vista. Espero veros hoy a las diez en la plaza de la Grève.

—¡La plaza de la Grève! —murmuró Pardaillán en el momento en que ella se alejaba—. Es la segunda vez que me habla de ello. ¿Acaso quiere darme una cita? ¿Será un lazo? Por los cuernos del diablo, sois algo semejante al duque de Guisa, que se muere de ganas por meterme en la Bastilla o en otra mazmorra más profunda todavía. Me parece que ha llegado el momento de abrir los ojos y, para empezar, voy a marcharme sin perder tiempo de «La Adivinadora».

Por la esquina de la calle desapareció Fausta andando con tranquilo paso, cual si no hubiera experimentado ninguna emoción, como si no hubiera sido vencida y humillada en un combate en que creyera obtener la más completa victoria.

Pardaillán la miró hasta que dejó de ser visible. Entonces se inclinó, cogió los dos trozos de la espada y los examinó:

—¡Caramba! —murmuró—. Es una hoja de los talleres de Milán. La verdad es que esa endiablada princesa la manejaba muy bien. Podría dar lecciones a maese Leclerc en persona. La plaza de la Grève, a las diez, ¿qué querrá decir?

A la sazón era ya completamente de día. Pardaillán llamó en la puerta de «La Adivinadora», aún cerrada, y habiendo entrado en la hostería se dirigió hacia la habitación que ocupaba el duque de Angulema.

—Es preciso marcharnos inmediatamente —dijo—. Ayer creíamos que la estancia

en el palacio no era segura y por lo que se ve ahora, menos lo es todavía esta posada. ¡Pero cómo! ¿Ya estáis levantado, príncipe? ¡Pero si no os habéis acostado! Habéis hecho mal, porque puedo aseguraros que las camas de «La Adivinadora» son excelentes. Las conozco muy bien, pero ¿qué es eso? ¿Por qué está aquí esta pistola cargada?

Carlos estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos. Puso la mano sobre la pistola. Era evidente que había pasado la noche llorando.

—¿Queréis morir? —preguntó Pardaillán.

—Sí —contestó sencillamente Carlos.

—He aquí una idea que no se me habría ocurrido nunca —continuó el caballero—. ¿Por qué morir? ¡Ah, sí, porque ella ha muerto! Conozco en Orleáns una pobre mujer que ha sufrido mucho. Vuestra señora madre —continuó el caballero— no espera la noticia que me veré obligado a llevarle, porque será necesario que yo vaya y le diga: *«Señora, habéis llorado mucho en vuestra vida; amabais a un hombre maldito por muchas gentes. Consagrasteis, vuestra vida entera a consolar al desgraciado rey. Lo visteis perecer lentamente, porque los asesinos de sangre real lo mataron casi en vuestros brazos. Sí, señora, habéis sufrido mucho y si fuerais mi madre trataría de pagaros vuestras penas con alegrías»*.

—¡Pardaillán! —exclamó el joven duque.

—*«Felizmente, señora, teníais un consuelo. Teníais un hijo de noble corazón como el vuestro. Era vuestro orgullo y vuestra esperanza, pero todo ello, señora, ya no existe. Vos, que pasasteis la juventud llorando, pasaréis de igual modo la vejez. Vuestro consuelo, vuestra esperanza y vuestro orgullo ya no existen. Monseñor el duque de Angulema no ha querido vivir para vos. El primer pesar con que ha tropezado ha agotado su valor, y se ha dado muerte porque ha dejado de existir una joven»*.

—¡Oh! —exclamó Carlos oprimiendo convulsivamente la culata de su pistola—. ¿Creéis acaso que no he pensado en mi madre? Pardaillán, si ahora estoy vivo aún, es porque la imagen de mi madre se ha interpuesto entre mí y la boca de la pistola. Pero sufro demasiado, caballero. La vida en tales condiciones no es soportable y por esta razón la dejo.

—¿Estáis resuelto?

—Irrevocablemente —contestó Carlos con firmeza—. Pardaillán, despedíos de mí.

—Con mucho gusto —dijo Pardaillán vigilando atentamente los movimientos del joven—. ¿Pero por qué diablos tenéis tanta prisa? Creo haber sido para vos un amigo fiel. ¿Y si a mi vez tuviera necesidad de vos? Apelo a vuestra amistad. He de deciros que habéis contraído una deuda conmigo y que ahora os exijo que me devolváis una adhesión que nunca os he regateado.

—Hablad, caballero; estoy pronto.

—Estáis a punto de mataros. Por mi parte me veo acorralado, y tal vez expuesto a

caer en manos de mis enemigos; no obstante, vos me contestáis tranquilamente: «Amigo, *arréglate como puedas. Mi vida es insoportable y voy a matarme*»... Muchas gracias.

—¿Qué queréis de mí?

—Muy poca cosa; que esperéis a mañana para despediros de mí.

Carlos dejó sobre la mesa la pistola y Pardaillán se apoderó de ella con viveza.

—Caballero —dijo el duque de Angulema—. Comprendo el esfuerzo que intenta vuestra amistad. Esperáis que ganando tiempo lograréis disuadirme de mi determinación. Desengañaos, caballero. Yo amaba a Violeta...

Y un sollozo oprimió la garganta del joven.

—Amaba a Violeta —prosiguió con creciente exaltación—, pero no podéis haceros cargo de lo que esto significa, porque tal vez no habéis amado nunca. Ello significa, Pardaillán, que había dedicado mi alma y mi vida enteras a ella sola, ¿me comprendéis? Y, por lo tanto, su muerte es la mía. ¿Veis, pues, cuál es mi situación? ¿Y aún me proponéis que viva algunas horas más? No, caballero, he de morir ahora mismo.

Pardaillán sintió que se apoderaba de él una profunda emoción. Comprendía que Carlos, en el paroxismo de su dolor, iba a matarse y que nada podría salvarlo.

—Amigo mío —murmuró con temblorosa voz—, vivid por mí, que sólo estoy ligado a la vida por el odio y que desde que os conozco me siento unido a ella por el afecto que os profeso.

Carlos movió la cabeza y su mirada se fijó en la pistola.

—¿No queréis renunciar a vuestra fatal determinación?

Los dos hombres se miraron. Todo había terminado.

Pardaillán era un hombre sobrado enamorado de la independencia, un amigo demasiado seguro, para tratar de oponerse por la fuerza a la resolución de su amigo.

Buscaba la razón convincente y el argumento que podía desarmar a Carlos, pero no los encontraba.

—¡Adiós, Pardaillán! —dijo Carlos con voz firme.

En aquel momento trágico se abrió la puerta y Picuic entró gritando:

—Monseñor, ya lo hemos encontrado. ¡Ya está aquí!

—¿Quién ha vuelto? —gritó Pardaillán esperanzado y pensando que tal vez algún acontecimiento imprevisto podría desviar el intento de Carlos—. ¿Quién ha vuelto? ¿Quién está ahí?

—¡Yo! —contestó una voz profunda y lúgubre.

Y apareció Graznido, mientras Pardaillán hacía un gesto de desencanto.

—Yo —continuó Graznido inclinándose—. Yo, que a través de mil peligros he descubierto el secreto de la abadía de Montmartre. Yo, que esta noche he visto raptar a la pobre Violeta y...

Doble grito de alegría delirante interrumpió las palabras de Graznido. Pardaillán y Carlos saltaron a la vez hacia él. Lo hicieron entrar en la estancia, mientras el

desgraciado, sofocado por la presión de las manos de los dos amigos, estaba persuadido de que iba a recibir una paliza compañera de la que le había administrado Belgodere y en vano trataba de pedir perdón.

—¿Qué has dicho? —exclamó Carlos más lívido ante aquella esperanza que ante la muerte.

—¿Has visto a Violeta esta noche? —preguntó Pardaillán.

—Sí —contestó Graznido dando un suspiro—. Perdón, señores, no tengo ninguna culpa...

—¿Viva? —preguntó Carlos sintiéndose morir.

—Claro —exclamó Graznido asombrado.

Carlos se tambaleó dando un suspiro de alegría. Su mirada volvióse hacia Pardaillán, el cual, cogiendo la pistola, la apoyó en la sien de Graznido, que se puso verde, sintiendo que se le doblaban las piernas.

—Escucha —dijo Pardaillán con terrible calma—. Di la verdad y no trates de engañarnos, porque, de lo contrario, te abraso el cerebro. ¿Dices que has visto a Violeta? ¿La cantante? ¿Estás seguro?

—Esta noche, lo juro, hace pocas horas.

—¿Viva?

—Muy viva.

—¿Estás seguro? ¿No te engañará algún extraordinario parecido? ¿Era Violeta?

—¡Caramba! Me parece que hace muchos años que la conozco.

Pardaillán tiró la pistola a un rincón y se volvió hacia Carlos, que sonreía extasiado, murmuró algunas palabras y por fin, abriendo los brazos, cayó desvanecido. Sin embargo, a los pocos momentos había vuelto en sí. Entonces Graznido tuvo que sufrir un verdadero aluvión de preguntas, y de sus contestaciones resultó que Violeta había sido raptada de la abadía de Montmartre y conducida a otra prisión.

Carlos, atento a las palabras de Graznido, lo escuchaba como si fuera un Mesías. Por centésima vez, Graznido contó cómo había visto a gentes de mal aspecto y cómo franqueó el recinto que había en el jardín de la abadía y que allí, intrigado y no escuchando más que su valor, las había seguido; luego cómo habiendo logrado encaramarse sobre el techo de la casita, se deslizó hacia un sobradillo de donde pudo observar el interior y ver a Violeta prisionera, guardada de vista por siete u ocho hombres armados hasta los dientes.

—Entonces —prosiguió— esperé la noche, pues tenía una idea y estaba decidido a salvar a Violeta.

—¡Bravo, Graznido! —exclamó Carlos—. Toma esta bolsa.

—Gracias, monseñor. Así, pues, en cuanto vi dormidos a los guardianes de Violeta, gracias a sus abundantes libaciones, porque aquellos miserables se bebieron no sé cuántas botellas, mientras yo me moría de sed en el sobradillo, bajé y me dirigí hacia la puerta de la habitación en que estaba Violeta. Pero precisamente cuando iba a

abrir entraron cinco o seis esbirros más, los cuales despertaron a los primeros diciéndoles que era necesario transportar a la prisionera a otro lugar que no nombraron. Entonces quise esconderme, pero era demasiado tarde, porque ya me habían visto y todos se arrojaron sobre mí con espadas desenvainadas. Aún conservo las señales, mirad.

Y Graznido, levantando las mangas de su traje, mostró, en efecto, las manchas negruzcas que en los brazos tenía.

—Pero eso no son golpes dados con espadas —observó el caballero—. Más bien parecen garrotazos.

Graznido hizo una mueca intraducible pensando en la tranca de Belgodere, pero recobrando su aplomo, continuó:

—Voy a explicároslo. Gracias a mi presencia de espíritu, aquellos bandidos no pudieron alcanzarme con sus espadas, pero al defenderme tropezó con los muebles y las paredes y... ya comprenderéis.

—Sí —dijo fríamente el caballero—. Has sido apaleado por los muebles y las paredes.

—En efecto —dijo Graznido satisfecho—. No obstante, sucumbiendo al número de mis enemigos, me vi obligado a emprender la retirada y mientras una parte de ellos me perseguían, los otros se llevaban a Violeta.

—¿Y por qué no has venido a avisarnos enseguida?

—Recapacitad, señor caballero, que me he batido hasta la salida del sol en la colina de Montmartre. Tan pronto vencido como vencedor, me he visto obligado a matar a algunos hasta que por fin he podido poner en fuga a los dos últimos enemigos. Entonces corrí a la calle de los Listados y no hallándoos he venido aquí.

Como ya habrá supuesto el lector, la verdad era mucho más sencilla. Después de haberse marchado Belgodere y Violeta, Graznido bajó del sobradillo, huyó y oculto en unos matorrales esperó el día y la apertura de las puertas de París. La orden del duque de Guisa prohibía a todos la salida, pero no la entrada, y por esta razón Graznido pudo llegar fácilmente hasta donde estaba Pardaillán.

Si Carlos de Angulema y Pardaillán prestaron o no crédito al relato de Graznido, no lo dejaron traslucir. Lo esencial era que Violeta estaba viva. Sobre este punto Graznido era muy afirmativo y no había motivo para dudar de su palabra. Pero ¿qué habrían hecho de Violeta? ¿Adónde la habrían llevado? De pronto Pardaillán palideció.

—¡La plaza de la Grève! —murmuró—. ¿Por qué la endiablada Fausta me ha citado esta mañana en la plaza de la Grève a las diez? ¿Acaso?... ¡Oh, la infame!

Y dirigió una mirada al reloj que en aquel momento señalaba las nueve y media.

—En marcha —dijo—. Duque, armaos hasta los dientes y seguidme.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carlos.

—A la plaza de la Grève —contestó Pardaillán echando a correr.

XXXIV - Los dos padres

BELGODERE acabó de pasar la noche en la plaza de la Grève, observando las idas y venidas de los ayudantes del verdugo que levantaban las piras y horcas destinadas al suplicio de Magdalena y Juana Fourcaud. Consistían en dos horcas como otras cualesquiera, pero alrededor de cada una de ellas habían amontonado haces de leña, metódicamente dispuestos, y encima algunos troncos de madera seca.

Todo ello formaba dos cubos bastante regulares.

En la cuerda se colgaba el condenado o la condenada. Luego se incendiaban los haces de leña. Las llamas subían, rodeaban el cuerpo, quemaban la cuerda y por fin el cadáver caía sobre la hoguera en donde acababa de consumirse.

Belgodere asistió, pues, a esos preparativos. Una vez estuvieron dispuestos alrededor de las horcas los combustibles para la hoguera, vio que los mismos obreros construían una espaciosa tribuna, a la que se subía por cuatro escalones cubiertos con un tapiz.

—¿Para quién es ese estrado? —preguntó a uno de los trabajadores.

—¿No sabéis que el Hijo de David y su cortejo deben asistir al suplicio de las Fourcaudes?

—¿El hijo de David? ¿Y quién diablos es?

—Monseñor de Guisa —contestó desdeñosamente el obrero—. ¿De dónde salís, buen hombre?

Belgodere se echó a reír.

—Es un loco —se dijo el obrero alejándose.

Belgodere no estaba loco. Tan sólo pensaba lo siguiente:

—Vamos, la fiesta será completa. Guisa asistirá al suplicio de Violeta. ¡Qué bien!

Entre tanto llegaba el día, y a medida que la luz inundaba la plaza, ésta se llenaba de gente. De todos los barrios de París llegaban grupos de gente alegre y ataviada con sus mejores galas a fin de tomar sitio anticipadamente. Como decía Belgodere, era, en realidad, una fiesta que se preparaba. Por entre la multitud circulaban vendedores de pasteles y de hipocrás. Las gentes estaban muy contentas.

Hacia las ocho llegó una compañía de arcabuceros de la Liga, que fue acogida con aclamaciones, debidas principalmente a la observación de que se acercaba el momento del espectáculo. A la sazón cesó la algazara y los arqueros evolucionaron. Parte de ellos se colocaron en torno del estrado en que Guisa debía sentarse y los otros fueron a despejar las cercanías de la calle de San Antonio, o sea por donde debían llegar las condenadas.

Belgodere iba y venía entre la multitud. Sonreía cruelmente por parecerle que todas aquellas gentes estaban allí para contemplar su venganza. Y cuando oía gritar contra las Fourcaudes, parecíale que lo aclamaban a él.

—¡Oh, hijas mías! —pensó—. Flora y Stella, hermosas las dos. ¿A quién os daría el infame verdugo? ¿Por qué no estáis aquí para contemplar la venganza de vuestro

padre?

Acercóse entonces a la parte de la plaza contigua al río. Acababa de llegar allí una litera. Habíase colocado de modo que las personas que contenía pudieran contemplar toda la escena; la plaza, negra de gente, más agitada a la sazón, excitada y exasperada a la vista de los preparativos del suplicio; el gran estrado rodeado de arqueros y las dos horcas emergiendo de las piras. Una veintena de hombres armados de espadas y puñales rodeaban aquella litera cuyas cortinillas de cuero estaban corridas.

Por un instante se entreabrieron y Belgodere pudo distinguir el interior tapizado de seda blanca. Mostróse una cabeza pálida, que desapareció enseguida. Pero, por rápida que hubiera sido su aparición, Belgodere la había reconocido.

—¡Fausta! —murmuró.

En aquel momento resonó en la plaza una fanfarria de trompetas y estallaron exclamaciones delirantes de alegría; las mujeres agitaron sus manteletas, y los hombres sus gorras y sombreros; por la calle del Temple desembocaba una cuádruple hilera de caballeros con birretes adornados de plumas, jubones de seda carmesí, sobre los cuales destacaba el escudo de Guisa. Los caballos estaban ricamente enjaezados con gualdrapas bordadas de oro; los jinetes levantaban hacia el cielo sus trompetas adornadas con paños en los que estaba también bordado el escudo ducal de los Lorena y su ruidosa fanfarria parecía anunciar la llegada de algún rey todopoderoso.

Tras ellos iban los guardias particulares de Enrique de Guisa suntuosamente vestidos con paño de oro y llevando al hombro brillantes alabardas. Luego seguía el capitán de guardias y los oficiales a caballo.

Y, por fin, solo, en un gran espacio que nadie más ocupaba, y montado en un magnífico alazán cubierto de seda blanca, iba el duque de Guisa, con un manto carmesí sobre los hombros, las riendas en una mano y el sombrero en la otra, haciendo ejecutar a su caballo elegantes corvetas y sonriendo a los hombres y a las mujeres, con lo que levantaba a su paso grandes exclamaciones de júbilo.

Tras él iban todos sus hidalgos con los trajes de gala llenos de bordados y cubiertos por capas de seda de vistosos colores.

Era aquél un magnífico espectáculo. Guisa, resplandeciente, embriagado, saludaba con altanera gracia, y los hidalgos, pintados y rizados como mujeres, hacían caracolear sus caballos bajo la lluvia de flores que caía de las ventanas.

Enrique de Guisa y sus hidalgos echaron pie a tierra y fueron a sentarse en los sitios preparados al efecto en el estrado que se levantaba ante las horcas. Casi en el mismo instante surgieron del fondo de la calle de San Antonio los rugidos de la multitud al paso de las dos condenadas que llevaban al suplicio.

Entonces Belgodere miró el gran reloj de la casa de los prebostes y vio que señalaba casi las diez.

Volvióse hacia la casa que le había sido señalada por Fausta. Estaba sombría y muda, con las ventanas y puertas cerradas, cosa que chocaba entre las demás, cuyas ventanas estaban llenas de mujeres agitando pañuelos o echando flores.

—Ya es tiempo —se dijo Belgodere.

Y encaminándose hacia la casa cerrada, llamó con violencia. La puerta se abrió enseguida. Apareció un servidor vestido de negro y antes de que el gitano hubiera abierto la boca, le preguntó apresuradamente:

—¿Venís de parte de la princesa Fausta?

—Sí —contestó asombrado Belgodere.

—Venid, venid. Monseñor os está esperando con grandísima ansiedad.

—¿Me espera? —se dijo Belgodere estupefacto.

Pero ya el servidor le hacía subir una ancha escalera y abrió una puerta. El gitano se halló en la entrada de una vasta sala en que reinaba muy débil luz. Cerró a medias los ojos y con su ardiente mirada recorrió la estancia. Vio al príncipe Farnesio que con el rostro demudado iba a su encuentro. Luego, divisando en un rincón al ex verdugo, se dijo:

—Está allí.

Sí, Claudio estaba allí. Después del pacto que habían firmado el príncipe Farnesio y maese Claudio vivían juntos o, por lo menos, se veían a todas horas unidos por su propósito de matar a Fausta.

Cuando Farnesio recibió la noche anterior la carta de Fausta anunciándole que Violeta vivía, Claudio estaba con él. Aquella noche fue interminable para los dos hombres, pues alternativamente sentíanse animados o desesperados. Silenciosos y pálidos mirábanse uno a otro sin atreverse a exteriorizar su pensamiento.

Para Claudio, Violeta era un objeto de adoración y la idea de verla de nuevo habíale restado toda su fuerza moral. En cuanto a Farnesio, la vida de Violeta representaba para él la posibilidad de obtener el perdón de Leonor. Para los dos la vida de Violeta significaba la vida para ellos también.

En cuanto nació el día se vieron los dos tan demudados que casi se dieron miedo. Farnesio fue el primero en sobreponerse a aquella lasitud mórbida y llamando a un criado le dio órdenes.

—Esperemos —se dijeron uno a otro.

Farnesio se quedó inmóvil con los brazos cruzados, en tanto que Claudio empezó a andar lentamente. Tan pronto les parecía naturalísima la carta de Fausta, como se imaginaban que era falsa. Pero ¿con qué interés habría mentido Fausta?

—Esa mujer nunca miente —dijo Farnesio como contestando a su propio pensamiento.

Transcurrió un buen rato y el cardenal se dijo:

—¿Quién sabe si vendrá Violeta en persona?

Claudio no oyó esta observación, probablemente, porque repitió varias veces:

—¿Quién será ese hombre que va a venir? ¿Dónde y cuándo nos mostrará a la niña?

Los rumores que subían de la plaza penetraron por sus oídos sin conseguir despertar su atención. Sin embargo, a la larga, la de Farnesio se concentró en aquellos

ruidos cuya intensidad crecía. En la situación anormal de aquella febril espera, llegó a imaginar una misteriosa relación entre la carta de Fausta y los clamores que oía. Fue a la ventana, entreabrió ligeramente los postigos, y apareció la Grève, con las dos horcas, el estrado y la multitud inmensa, todo lo cual constituía un espectáculo terrible que lo hizo estremecer.

—¿A quién van a ejecutar? —preguntó con cierta alarma.

Claudio quedóse un momento horrorizado al comprender la idea que atravesaba el cerebro de Farnesio, pero un grito recogido por la multitud le hizo recordar el nombre de las víctimas y entonces sonrió.

—Tranquilizaos —dijo—. Ya me acuerdo. Van a ahorcar a las Fourcaudes.

—¿Las hijas del procurador Fourcaud?

—Sí, Juana y Magdalena.

—¿Cómo sabéis sus nombres? —preguntó Farnesio.

—Todo el mundo lo sabe —contestó Claudio.

Y en voz baja, y con mayor palidez, el verdugo murmuró:

—¡Juana y Magdalena! ¡Las hijas de Fourcaud! ¡De Fourcaud! ¡Ay! ¿Podía yo preverlo cuando...?

Un aldabonazo en la puerta de la calle interrumpió su soliloquio.

—Ya está aquí —dijo Farnesio con apagada voz.

Claudio no dijo nada, pero sus ojos se fijaron en la puerta. Entonces se oyó fuera un inmenso aullido:

—¡Miradlas, miradlas! ¡Las Fourcaudes!

Los dos ocupantes de la casa no oyeron aquel furor fúnebre que se desencadenaba... Sólo tenían oídos para los pasos precipitados del que subía la escalera, del que iba a mostrarles a Violeta viva y que se la devolvería sin duda. Farnesio, lleno de ansiedad espantosa, se dirigió hacia la puerta.

Claudio quiso precipitarse también a ella, pero en aquel momento se abrió y el antiguo verdugo se quedó clavado en el sitio con los cabellos erizados.

¿No se volvía loco? En aquel momento en que el recuerdo de Violeta hubiera debido llenar su espíritu, no pensó en ella, sino que se dijo:

—¡Él! Él precisamente en el mismo instante en que las Fourcaudes van a subir al patíbulo. ¡Oh, fatalidad!

Y retrocedió como ante un espectro que fuera a pedirle cuentas terribles. Retrocedió con extraña e incomprensible timidez, humildemente y con la cabeza agobiada por algún pensamiento terrible.

Farnesio reconoció enseguida al gitano a quien hablara en la plaza de la Grève y al que diera la orden de conducir a su hija Violeta al palacio de Fausta.

¿No era ello una prueba cierta de que Fausta no había mentido? El gitano debía saber dónde estaba Violeta. Farnesio dio un grito de alegría y cogiendo el brazo de Belgodere balbució:

—¿Mi hija? ¿Dónde está mi hija?

—¿Su hija? —exclamó el gitano—. ¿Estará loco éste?

En aquel instante divisó a maese Claudio, y desprendiéndose con brusquedad de la mano de Farnesio, se dirigió al ex verdugo. Éste se estremeció:

—Hace ya mucho tiempo que no nos veíamos —dijo Belgodere soltando una carcajada que resonó más lúgubrementemente que los aullidos de muerte que procedían del exterior.

—¡Mi hija! —continuó Farnesio—. ¿Eres tú el enviado de Fausta? ¿Eres el que viene a devolverme a Violeta?

Tal vez Belgodere no lo oyó. Dejó caer la mano sobre el hombro de Claudio y dijo:

—Desde cuándo te negaste a decirme dónde estaban mis hijas...

La mirada de Claudio volvióse hacia la ventana con indecible expresión de espanto.

—Escuchadme —dijo—. Creí obrar bien, creí salvar el cuerpo y el alma de aquellas niñas. ¡Oh, os lo juro! El que las adoptó era hombre de bien. ¡Yo no sabía lo que iba a suceder!

—¡Salvar a mis hijas! —exclamó Belgodere—. ¡Salvar a las niñas arrancándolas a su padre! ¡Vaya una pretensión! Así, pues, digno verdugo, no te preguntaste lo que sufriría el padre. Pero tampoco te dijiste que trataría de devolverte dolor por dolor y sufrimiento por sufrimiento. ¡Loco, loco! Tú también tenías una hija.

Claudio hundió su ardiente mirada en la de Belgodere con espantosa interrogación.

—¿Qué dices?

—Tu hija Violeta —añadió el gitano.

—¡Violeta! —balbució Farnesio asustado con lo que entreveía.

—¡Violeta! —continuó Belgodere, que parecía no ver a Farnesio—. ¿Quién te la robó? Di, ¿lo sabes? Fui yo. Yo, ¿qué te parece?

Nuevamente la mirada de Claudio se dirigió hacia la ventana con singular expresión de horror. Luego volvió los ojos hacia Belgodere, el cual, riéndose ferozmente, gritó:

—Y bien, verdugo, ¿no dices nada? ¿Quieres decirme lo que fue de Stella y Flora? Yo te diré lo que he hecho de Violeta. Para eso he venido.

—¡Ese hombre ha matado a mi hija! —gritó Farnesio.

—¿La has matado? —exclamó Claudio—. ¡Oh, si es así, desgraciado de ti!

Belgodere se echó a reír.

—Diente por diente —exclamó—. ¿Quieres ver a tu hija, di, quieres verla?

—¡Maldición! ¿Qué vas a decir? —dijo Farnesio.

—Esta mañana —prosiguió Belgodere con voz de trueno—, en este mismo momento van a ahorcar y quemar a las Fourcaudes.

Claudio, que ya se disponía a hundir su puñal en el pecho de Belgodere, al oír el nombre de las Fourcaudes bajó su mano, y sus labios balbucieron:

—¡Perdón! ¡Oh, perdón! Yo creía obrar bien.

—¡Las Fourcaudes! Hay una que realmente morirá en la hoguera. La otra, no. ¿Sabes quién es la otra Fourcaud? Di, ¿sabes quién morirá en lugar de Juana Fourcaud? ¿No lo sabes, verdad? ¡Pues bien, mira!

De un salto terrible, Belgodere se acercó a la ventana y dando un furioso puñetazo abrió un postigo. Penetró el sol en la estancia alumbrando aquellos tres rostros lívidos, convulsos, y con la luz del astro el espantoso clamor de la multitud. Farnesio, delirante, se precipitó a la ventana. Un grito lúgubre desgarró el espacio:

—¡Violeta! ¡Allí, allí! ¡En la pira! ¡Violeta!...

—¡Violeta en la pira! —rugió Claudio.

—¡Mira! —exclamó Belgodere.

Claudio miró. Sobre la pira de la izquierda se balanceaba el cuerpo de una de las Fourcaud, ya ahorcada, y las llamas la rodeaban. La otra Fourcaud, en aquel momento, era arrastrada a la pira de la derecha. Y era Violeta.

Claudio cogió a Belgodere por el cuello. Espantado de lo que veía, con el rostro que no tenía expresión humana, se inclinó obligando al gitano a que hiciera lo propio. Las dos cabezas, la del verdugo y la del gitano, pegadas una a otra, parecían aquellas monstruosas gárgolas que hay en las catedrales. Y Claudio, con voz ronca e inenarrable, gritó al oído de Belgodere estas palabras:

—¡Mira tú también! ¡Mira, demonio, mira el cuerpo de Magdalena Fourcaud! ¡Mira, la cuerda se rompe! ¡Mira, ya ha caído en las llamas! ¡Belgodere, la que arde no se llama Fourcaud ni Magdalena! ¡Se llama Flora y es tu hija!

Dichas estas palabras, Claudio, con frenético movimiento, rechazó a Belgodere al interior de la habitación, y profiriendo una imprecación salvaje, pasó las piernas por el antepecho de la ventana y saltó a la calle. Belgodere había proferido un aullido siniestro. Como en sueños vio a Claudio atravesar el espacio, caer, rodar por el suelo y luego levantarse daga en mano y precipitarse contra la multitud, hacia la horca, hacia Violeta. Belgodere tendió los brazos con el rostro bañado en lágrimas y su ronca voz se convirtió en otra tiernísima para exclamar:

—¡Flora! ¡Flora mía! ¡Muerta! ¡Muerta como tu madre! ¡Muerta de tan espantosa muerte! ¡Oh, hija mía!

Y de pronto exclamó con acento desgarrador:

—¿Y Stella? Mi pequeña Stella. ¡Y pensar que no la reconocí esta noche pasada! ¡Oh, bendición de los bienhechores astros! Me queda una todavía. Espera un poco, Stella. Allá va tu padre para libertarte.

En su imaginación no veía más que a su hija Stella encerrada por él en la abadía. Se lanzó, pues, para salir de la casa, pero, de pronto, se sintió cogido por una mano de hierro. Su alocada mirada se fijó sobre el hombre que lo detenía.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —exclamó.

—Soy el padre de Violeta —dijo Farnesio con voz glacial— y vas a morir.

—¿El padre de Violeta? —exclamó Belgodere lleno de asombro—. El padre de

Violeta es Claudio.

—¡Soy yo! —exclamó Farnesio con desesperado acento—. ¡Y ya que tú la has matado, muere!

Y al mismo tiempo la daga de Farnesio despidió un relámpago. Pero tan grandes emociones acabaron por agotar en él las fuerzas de la vida. La daga no cayó sobre Belgodere, porque el cardenal abrió los brazos, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó desvanecido. Belgodere se lanzó hacia la puerta, bajó a saltos la escalera y una vez fuera empezó a correr hacia la puerta de Montmartre. El desvanecimiento de Farnesio duró tan sólo algunos minutos. Abrió los ojos y se vio solo. De la plaza de la Grève llegaba un extraño clamor que no eran los gritos de muerte de poco antes, sino fantástico tumulto de aullidos furiosos. Farnesio, asombrado, se dirigió a la ventana.

—¡Oh, quiero verla otra vez! —balbució.

Se izó, apoyó las dos manos en el antepecho de la ventana y lo que vio entonces fue uno de esos espectáculos prodigiosos, como los que se imaginan en los delirios de la fiebre, porque sus ojos se dilataron y su lívido rostro expresó un asombro sin límites.

XXXV - La epopeya

EL DUQUE DE GUISA y su brillante escolta echaron pie a tierra junto al estrado que había sido preparado para ellos; los caballos fueron agrupados en el lado izquierdo, y tenidos de la diestra por criados. A la derecha se colocaron los guardias y los heraldos que con sus trompetas adornadas con los colores de Guisa daban al aire una fanfarria cada minuto.

En el momento en que la oleada de hidalgos subió los escalones del estrado, un paje, con los colores de Guisa, fue a confundirse entre los otros del duque. Éste, habiendo saludado nuevamente a la multitud que lo aclamaba, se sentó en un sillón más alto que los preparados para los hidalgos. Detrás se alinearon los ocho pajes con el puño en la cadera. No manifestaron la menor sorpresa al ver entre ellos al nuevo paje, ni tampoco al observar que se colocaba en el sitio de honor, es decir, inmediatamente detrás del duque y tocando casi al respaldo de su sillón. Si se sorprendieron por ello no lo exteriorizaron, sin embargo, porque la etiqueta rigurosa del palacio de Guisa les prohibía toda palabra y todo gesto cuando estaban desempeñando su papel en alguna ceremonia.

Tras de los pajes se colocaron Maineville, Bussi-Leclerc, Maurevert, el señor de Montluc, Bois-Dauphin, La Chapelle, Marteau, Rolland, Neully, Jean Lincester, cura de San Gervasio, y la multitud de hidalgos que componían la escolta real de aquel jefe que no se atrevía a ser rey. De modo que el estrado presentaba fastuoso golpe de vista y las aclamaciones de la multitud redoblaban en intensidad y entusiasmo.

De pronto Guisa palideció. Los hidalgos del estrado se levantaron llenos de ansiedad. Acababa de oírse un nuevo grito, procedente de un grupo numeroso, indisciplinado, que se hallaba al pie del estrado. Resonó tal grito en cuanto hizo una seña el paje desconocido que se había colocado tras el sillón de Guisa. Y el grito era dado con furia e imperiosamente, cosa que al principio asustó a todos.

—¡Viva el rey!

—¡Viva el nuevo rey de Francia!

Los caballeros del estrado vacilaron un momento con los ojos fijos en Guisa, y luego, animados por el ejemplo, se levantaron y descubriéndose a la vez gritaron:

—¡Viva el rey!

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! —repitió la multitud exaltada.

El paje se inclinó hacia el respaldo del sillón, mientras Guisa balbucía confusas palabras, y murmuró con voz firme:

—Rey de París. He aquí la ocasión de ser rey de Francia.

El duque se volvió con viveza, impresionado por aquella voz vibrante.

—¿Vos, señora? ¿Vos, princesa? ¿Aquí? ¿En ese traje?

—Estoy a vuestro lado, y poco importa el traje, ya que llevo vuestro blasón. Duque, ¿obraréis hoy? Ese pueblo os llevará en triunfo al Louvre, si vos lo queréis.

—Princesa —balbució Guisa indeciso.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! —rugía el pueblo.

—No me llaméis princesa —dijo Fausta inmóvil entre los demás pajes mientras el duque se volvía al pueblo y saludaba—. La que os habla ahora en este minuto solemne no es la princesa Fausta, sino la elegida por el conclave secreto, la que debe oponerse a la autoridad de Sixto V, es decir, la que os habla en nombre de Dios. Duque, escuchad la voz de Dios.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! —gritaba la multitud dominante, arremolinándose en torno del estrado.

—¿Obedeceréis la orden del cielo? —proseguía Fausta con voz grave—. Todo está presto, duque. El arzobispo de Lyon y vuestro hermano el cardenal, están en Nuestra Señora. Mayenne se halla en el Louvre, Brissac espera con seis mil hombres de armas. Duque, dentro de poco, después del suplicio que va a inflamar el alma del pueblo, dirigios a Nuestra Señora y dentro de una hora seréis consagrado rey de Francia.

—Pues bien, sí —dijo el duque deslumbrado y trastornado.

—Y luego os dirigís al Louvre, duque, y esta noche, ya rey de Francia, podréis acostaros en la cama de Enrique de Valois.

—Sí, sí —repitió Guisa levantándose y saludando a la multitud que lo aclamaba.

Entonces, sobre el estrado y alrededor de él, así como en la plaza entera, resonó un largo y rugiente clamor, mientras millares de brazos frenéticos agitaban los sombreros y de todas las ventanas caía una lluvia de flores.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

En aquel momento, desde el fondo de la calle de San Antonio, llegó hasta la plaza un siniestro rumor.

—¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

—¡Viva el rey! ¡Mueran los hugonotes!

—¡Viva el sostén de la Iglesia! ¡Mueran los herejes!

Aparecieron entonces las condenadas y fueron saludadas por un alarido siniestro. Cada una de ellas, rodeada de un numeroso pelotón de arqueros. Magdalena Fourcaud iba adelante, seguida a cosa de cincuenta pasos por la llamada Juana Fourcaud.

Guisa habíase sentado nuevamente en su sillón. Tras él se inclinaba Fausta a su oído. Los ojos de Guisa y los de los hidalgos del estrado estaban fijos en Magdalena Fourcaud, que fue la primera que entró en la plaza.

—¡Hermosa muchacha! —dijo Guisa.

A su alrededor todos se echaron a reír. En efecto, era hermosa con sus largos cabellos negros, su piel morena mate, dorada como si hubiera sido descendiente de alguna gitana. Y tal apariencia acabó de exasperar a la multitud.

—¡Muera! ¡Muera! —clamaron todos.

Los gritos hostiles se desencadenaron con más violencia y salvajismo. Magdalena Fourcaud, o mejor dicho, Flora, hija de Belgodere, llegó al pie de la horca en que

debía morir.

Dirigió a su alrededor una mirada de desesperación y angustia. Rápidamente fue cogida la infeliz por las manos de dos verdugos, que le pasaron por el cuello la cuerda fatal. En el mismo instante veinte o treinta hombres del pueblo más salvajes que los demás, se precipitaron hacia la pira y arrancando de manos de los verdugos las antorchas, las arrojaron a los montones de leña.

Casi instantáneamente se elevó al cielo una nube de humo gris. Dos o tres segundos más tarde, las llamas empezaron a crecer. La túnica de la condenada prendió fuego y cayó, pues no estaba sujeta más que por un cordón. Entonces apareció el cuerpo de Magdalena en el siniestro impudor de aquella desnudez causada por las llamas y únicamente vestida desde entonces por los velos rojos del fuego que la rodeaban.

Guisa miraba y repetía:

—¡Hermosa muchacha, a fe mía, hermosa!...

La última palabra no salió de su garganta. Su rostro se puso lívido como atacado de un repentino mal. La boca abierta para despedir un grito de espanto, no dejó pasar ningún sonido. Sus ojos desorbitados acababan de fijarse en la segunda condenada que arrastraban entonces a la pira.

Guisa, lleno de horror, la reconoció. La segunda condenada, vestida también con blanca túnica, era aquélla en quien no cesaba de pensar día y noche y a la que amaba con verdadera pasión desenfrenada. Era Violeta.

Pálida y vestida de blanco, con el rostro rodeado por sus cabellos de oro, andaba como atontada y sin comprender tal vez la razón de los gritos de la multitud. De pronto, vio la horca y la pira, así como también el cuerpo de Magdalena que giraba envuelto por las llamas. La pobre muchacha hizo un gesto de terror indescriptible.

Guisa profirió una ronca exclamación. ¿Cómo se explicaba que Violeta estuviera allí en lugar de Juana Fourcaud? No acertó a preguntárselo porque, loco de dolor, sólo tenía una idea: salvarla, salvarla a cualquier precio. Se levantó dispuesto a dar una orden, cuando resonó en su oído una voz que le dijo:

—¿Qué vais a hacer?

Guisa se volvió hacia Fausta, e incapaz de pronunciar palabra le mostró a Violeta.

—Ya lo sé —dijo Fausta con asombrosa frialdad—, pero está condenada y es preciso que muera.

—No, no —exclamó Guisa.

—Salvadla, pues, si podéis. Insensato: ¿no comprendéis que el amor de ese pueblo por vos se cambiará en odio si le arrancáis a una Fourcaud? Dejaréis de ser el sostén de la Iglesia y el Hijo de David para convertirlos en campeón de la herejía y os veréis llevado, no al Louvre, sino al Sena, Vamos, levantaos, dad la orden de salvar a la condenada; ya veréis de qué modo ejecuta París esa clase de órdenes.

Guisa volvió a caer en su sillón. Y no dio la orden salvadora, pues tembló por su trono y por su vida. Pálido y sacudido por convulsivo temblor bajó la cabeza

murmurando:

—¡Oh, es espantoso! ¡No quiero verlo!

Y cerró los ojos.

Fausta retrocedió dos pasos y sonriendo murmuró:

—He vencido.

En aquel momento resonaron vivas y aplausos frenéticos entre la multitud; un grupo, impaciente sin duda por quemar a la segunda Fourcaud, acababa de echarse sobre los guardias y elevaban a Violeta. Fausta dio un grito de asombro.

Capitaneando aquel grupo acababa de reconocer a un hombre que se precipitaba con la cabeza baja hasta Violeta y se apoderaba de ella. Era Pardaillán.

El caballero de Pardaillán y el hijo de Carlos IX salieron de la posada de «La Adivinadora» seguidos por Picuic. En cuanto a Graznido, aquella salida rápida y con las armas en la mano no le presagió nada bueno y, fiel a sus hábitos de prudencia, se encerró en el cuarto de Pardaillán, murmurando:

—Si ha de haber batalla, mejor es que sea aquí. Me gusta estar solo cuando me bato desde que he descubierto que soy valiente.

—¡Querido amigo! —decía Carlos corriendo al lado de Pardaillán—. Me siento revivir desde que sé que ella vive. ¿Pero dónde está? ¡Ah, para conquistarla sería capaz de habérmelas con todo París!

—Tanto mejor, monseñor tanto mejor —dijo Pardaillán con singular acento—. No sé si me engaña el instinto, pero me parece que huelo batalla y siento cierto cosquilleo en la sangre como todas las veces en que tengo que batirme.

—¿Acaso creéis que será necesario?

—No lo sé, pero corramos.

—¿Qué vamos a hacer en la plaza de la Grève?

—¿Queréis que os lo diga? —preguntó el caballero precipitando el paso.

—Os lo ruego.

—Pues bien, me parece que vamos a ver a Violeta.

Carlos palideció y dio un salto de sorpresa.

—¡Oh! ¿Oís, Pardaillán? —dijo a los pocos instantes.

—Sí —contestó el caballero estremeciéndose—. Ya reconozco estos rumores porque los he oído dos o tres veces en mi vida. Y cada vez que París ha proferido semejantes gritos es que se dispone a cometer un crimen.

—Pardaillán, vos sabéis algo y me lo ocultáis.

Por toda respuesta el caballero masculló una blasfemia y apresuró el paso. ¿Qué pensaba? ¿Qué temía? Nada preciso, pero corría a la plaza de la Grève, porque Fausta lo había citado allí.

Cuando desembocaron en la plaza jadeantes y cubiertos de sudor, la multitud que la llenaba profería espantosos alaridos y aclamaciones.

Pardaillán preguntó al primer burgués que se le puso delante:

—¿Qué sucede?

—¿No lo sabéis? Van ahorcar y quemar a las Fourcaudes en presencia de monseñor el duque de Guisa.

—¡Uf! —exclamó Pardaillán—. No es a ella a quien van a matar.

—¡Ella! —exclamó palideciendo el duque—. ¿Qué os habíais figurado?

—¿Estáis seguro —dijo Pardaillán al burgués— de que se trata de las Fourcaudes?

—¡Ya lo creo!

—¿Y cuántas son?

—Dos: Magdalena y Juana.

—¡Pobres muchachas! —exclamó Pardaillán reprochándose la alegría que sintiera.

—¡Pardaillán! En nombre del cielo, decidme, ¿qué os figuráis?

—Ahora, nada. Sospechaba...; pero ¿para qué decíroslo? No obstante... —añadió.

—Si no teméis nada, vámonos —dijo Carlos—; estos espectáculos me ponen malo.

—Por el contrario, avancemos —dijo Pardaillán.

Y enseguida, empezando a maniobrar con los codos y los hombros, avanzó hacia las dos piras en que se elevaban las horcas.

—¡Buenos días, señor caballero! —dijo de pronto a su lado una voz femenina.

Pardaillán miró atentamente a la joven llena de colorete que acababa de cogerlo atrevidamente por el brazo.

—¿Dónde te he visto, muchacha? —le preguntó.

—¡Cómo! ¿No os acordáis de la «Posada de la Esperanza»? ¿Recordáis el día en que fuisteis a ver a la gitana que decía la buenaventura? Me disteis dos escudos y yo, en cambio, os indiqué la dirección de mi casa.

—¡Luisa! —exclamó el caballero sonriendo.

—¡Ah! Veo que os acordáis de mi nombre —dijo alegremente la ramera.

Una ráfaga de gritos la interrumpió. Era que Guisa entraba en aquel momento en la plaza con su escolta real e iba, rodeado por las aclamaciones, a instalarse sobre el estrado.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Pardaillán.

—¡Caramba! —dijo la ramera—. En busca de fortuna.

—¿Con tu amigo «El Rojo»? —preguntó el caballero riendo.

—Con él o con otros —dijo Luisa—. Mirad, señor caballero. Mirad al lado de las piras.

—No veo más que algunos burgueses que agitan sus birretes al aire, gritando al mismo tiempo como si les dieran una sangría.

—Sí, y mientras se divierten, más de una bolsa cae en manos de los nuestros. Esta noche habrá gran fiesta en la «Posada de la Esperanza», y si vos quisierais, señor caballero, os recibiríamos muy bien, pues todos conservan buen recuerdo de vuestro

valor.

Luisa no tuvo tiempo de acabar la amable invitación que tenía en los labios. Una nueva ráfaga de clamores más exasperados pasó por la plaza de la Grève y agitó profundamente la multitud. Aquella vez eran las Fourcaudes que hacían ya su aparición. Magdalena iba delante rodeada de arqueros que a duras penas podían protegerla de los ataques de las gentes impacientes por matar.

En aquel momento Carlos de Angulema estaba a pocos pasos de Pardaillán, y volvía la espalda hacia el lugar por donde aparecían las condenadas.

Su ardiente mirada estaba fija en el duque. Con la mano oprimía nerviosamente el pomo de la espada. Meditaba un acto insensato. Nada menos que saltar al estrado y provocar al duque, como raptor de Violeta y asesino de Carlos IX. Quería insultarlo rodeado por toda su corte de hidalgos, y por aquel pueblo idólatra que constituía para él otra corte, como el rey no la había tenido nunca.

En aquel momento Luisa, empujándose sobre la punta de los pies para ver mejor a las condenadas, vio venir a Magdalena. La ramera hizo la señal de la cruz porque era buena católica, pero su mano se detuvo después, antes de acabar, al reparar en la segunda condenada, llamada Juana Fourcaud.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué extraño!

Pardaillán también acababa de ver a la condenada y si bien no conocía a Violeta, se estremeció. Mil veces el duque de Angulema habíala retratado con sus palabras.

Pardaillán dirigió una mirada rápida hacia donde estaba Carlos. Resonaron en sus oídos las palabras con que Fausta lo citó en la plaza de la Grève a las diez de la mañana. Esta hora tocaba a la sazón en el gran reloj del palacio de los prebostes. Las aclamaciones y gritos de muerte rugían y se cruzaban en verdaderos remolinos. Y en aquel momento en que la duda nacía sobre el espíritu de Pardaillán, la ramera Luisa exclamó:

—¡Oh, qué extraño! Yo conozco a esa joven.

—¿Conoces a esa Fourcaud? —exclamó Pardaillán cogiendo el brazo de su compañera.

—Sí, estaba en la «Posada de la Esperanza» en compañía del gitano. La llamaban Violeta.

El rostro de Pardaillán se transfiguró. Dirigió una rápida mirada en torno suyo y pudo ver a la multitud y al estrado lleno de hidalgos. Luego su mirada expresó vivísima lástima.

—¡Vamos! —exclamó casi en alta voz—. Vamos a intentar lo imposible, y si es preciso morir aquí, ello será final digno de mi vida.

Luisa había seguido, por así decirlo, el pensamiento del caballero. Oyó las palabras que pronunció y vio cómo iba a reunirse al duque de Angulema. Y con la rapidez intuitiva que en ciertas ocasiones es más rápida que el relámpago, la pobre mujer se dijo:

—Ama a la condenada. Por eso fue a buscarla a la «Posada de la Esperanza». Va

a morir por ella.

Y, al mismo instante, Luisa se lanzó a través de los grupos de burgueses con tan furioso ademán, que todos se apartaban de ella dando gritos de asombro y de espanto. Pardaillán llegó a donde estaba Carlos. El instante era supremo y era preciso arriesgar el todo por el todo.

—¿Qué miráis? —preguntó.

El duque se volvió observando que Pardaillán estaba blanco como el papel, pero no tuvo tiempo de contestar, porque el caballero extendía el brazo hacia la condenada, que se hallaba a veinte pasos de la pira. Con voz atemorizante por lo tranquila en aquellos instantes, dijo:

—Allí es donde debéis mirar.

Carlos volvióse y al divisar a su amada se tambaleó. Dio un grito que dominó los de la multitud y atrajo la atención de Guisa, Fausta, Maineville, Bussi-Leclerc, y, en una palabra, de todo el mundo.

Y al mismo tiempo, Carlos, seguido de Pardaillán, se lanzó hacia delante. El caballero, que había desenvainado la espada, la cogió por la hoja y se servía de la empuñadura como una maza.

—¡Sí, sí! —exclamó Carlos—. Morir por ella. Con ella.

Pardaillán iba saltando de una parte a otra. Si no le franqueaban el paso, derribaba al que se interponía ante él con el pomo de la espada. La multitud se abría como un trozo de madera al clavarse en ella una cuña de acero. Los heridos por Pardaillán huían a derecha e izquierda, y el pánico empezaba a invadir a las gentes, que proferían toda suerte de vociferaciones, insultos y aullidos. Entre tanto, Pardaillán pasaba como un meteoro, sonriendo de un modo terrible. En pocos instantes hubo un gran espacio vacío entre Pardaillán y los arqueros que conducían a Violeta. Ésta, en el mismo instante en que, loca de terror, miraba la pira y la horca, así como el cuerpo de la pobre Magdalena balanceándose entre las llamas, en aquel momento, repetimos, vio a Pardaillán que avanzaba como una tromba y a su lado a Carlos. Tendió los brazos sonriendo extasiada.

Carlos, silenciosamente y con la cabeza perdida, se lanzó hacia delante. Los guardias cruzaron sus armas y Violeta se vio encerrada en una barrera de alabardas y picas. Entonces la multitud se rehízo y el espacio vacío se llenó de gentes furiosas mientras de lo alto del estrado surgían estas palabras:

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

—¡Mueran! ¡Mueran!

Inmenso rugido de la multitud repitió el grito con ruido de trueno. El pueblo por una parte y los guardianes por otra, se estrecharon como un tornillo gigantesco, que se dispusiera a aplastar a Pardaillán y a Carlos. En aquel instante quince o veinte hombres de siniestros rostros acudieron puñal en mano. Empezaron a caer algunos burgueses y la fuga empezó de nuevo mientras los desconocidos gritaban:

—¡Pardaillán! ¡Pardaillán!

Éste no se preguntó de dónde venía el esperado socorro ni qué gentes eran aquéllas que proferían su nombre como un grito de guerra.

Ante la repentina y fantástica acometida de los truhanes amotinados por Luisa, la multitud refluía alocada por aquel pánico peculiar de las grandes aglomeraciones humanas.

—¡Pardaillán! ¡Pardaillán! —gritaban los truhanes puñal en mano saltando entre los burgueses.

Guisa, en pie, estaba rabioso. Maineville, Bussi y otros muchos se lanzaban espada en mano. Fausta, llena de furor, dirigía al cielo una mirada llena de imprecaciones y al dirigirla luego a Pardaillán expresó una admiración sin límites, porque, en realidad, el acto del caballero era sobrehumano.

He aquí lo que pasaba: Toda la gente maleante de París había acudido a la plaza de la Grève atraída por la certeza de fructuosas operaciones, entre una multitud demasiado ocupada en gritar contra las condenadas. Los truhanes, con más ardor aún que los más celosos ligueros, gritaban repetidamente: «¡Viva el sostén de la Iglesia!». «¡Mueran los herejes!». Pero si bien gritaban mucho, no por eso perdían la ocasión de dar un golpe de mano, sino muy al contrario. Como es natural, hormigueaban alrededor de las piras, o sea donde la multitud era más compacta.

Aquéllos que habían visto al caballero en la «Posada de la Esperanza» y guardaban de él un recuerdo de admiración y terror, lo reconocieron enseguida cuando se lanzó contra los arqueros. Atacar a los arqueros, a la ronda, y, en fin, a cualquier agente de la autoridad ha sido siempre una cosa deliciosa para los truhanes y gentes que viven en pelea continua contra la sociedad.

Los truhanes de la plaza de la Grève habrían, pues, ayudado con placer a Pardaillán, aun cuando no lo hubieran reconocido y aunque la ramera Luisa no hubiese instado a los jefes a que salvaran al caballero. Así, pues, todos se dispusieron a ayudarlo y a los pocos instantes un centenar de mandrines, procedentes de todos los ámbitos de la plaza, se amontonaron tras el caballero, adoptando su nombre como grito de guerra.

Se produjo un terrible choque. Aquella masa, dotada de la fuerza de una tromba y armada de puñales, penetró en la multitud, rechazándola a derecha e izquierda mientras se oían terribles gritos de dolor y de maldición.

Por fin chocaron contra la fuerza pública. En el mismo instante una veintena de hombres, guardias o truhanes, cayeron muertos o heridos; los gemidos, las imprecaciones, los gritos estridentes de las mujeres que se desvanecían, los clamores de los burgueses alocados que clamaban venganza, aquellos millares de voces se entrecruzaron formando en el aire siniestro clamor. Entonces, los que en aquella confusión conservaron bastante sangre fría para observar lo que ocurría, pudieron ver un espectáculo fantástico.

Pardaillán, con el traje desgarrado por los golpes de pica, ensangrentado, con los cabellos erizados, franqueó como una bala las filas de los arcabuceros.

—¡Atrás! —gritaron los dos guardias que sostenían a Violeta.

La espada del caballero se levantó, describiendo un círculo, y el pomo de hierro cayó sobre la sien de uno de ellos. El pobre hombre se desplomó inanimado; el otro retrocedió y en el mismo instante el caballero cogió a Violeta en los brazos, y volviéndose apareció a los del estrado.

—¡Matadlo! —vociferaba Guisa.

—¡Me ha vencido! —exclamaba Fausta.

La pelea entre los guardias y los truhanes era cada vez más violenta; los hidalgos bajaban del estrado para correr hacia Pardaillán con la espada desenvainada. Éste echó a Violeta en los brazos de Carlos y le dijo con intraducible acento:

—¡Ahí tenéis a vuestra novia!

Carlos de Angulema, con el traje destrozado y creyendo soñar, con las fuerzas centuplicadas por el frenesí de aquellos momentos, recibió a Violeta, que en aquel instante abrió los ojos, de los que había desaparecido todo temor.

—¡Adelante! —rugió Pardaillán.

Y seguido de Carlos, que había tirado la espada para llevar en sus brazos a Violeta, echó a andar. ¿Hacia dónde iba? ¿A qué punto de aquella plaza ocupada por la furiosa multitud? ¿Marchaba al azar? No. De una mirada descubrió el lugar posible de retiro, mejor dicho, casi imposible de concebir, pero no para él. Pardaillán era hombre que en cuanto había concebido una idea la ejecutaba.

—¡Los caballos! —dijo señalando a Carlos las monturas de la escolta, agrupadas cerca del estrado.

Y se dirigió hacia ellos.

—¡Muere, demonio! —aulló alguien ante él.

Pero aquel alguien cayó como herido por un rayo, muerto tal vez.

—¡Caramba, es el señor de Maineville! —exclamó Pardaillán.

Y aquella vez cogió la espada por la empuñadura y empezó a andar. Ya no corría como antes. La espada describía rápidos círculos en el aire y apuntaba o amenazaba a todas partes. Ante Pardaillán iban cayendo los que se interponían en su camino y el caballero, herido en los dos brazos, en el cuello y en el pecho, con el traje destrozado y lleno de sangre de la cabeza a los pies, iba a la vanguardia cubriendo con el molinete de su espada a Carlos y a Violeta que, extasiados, se miraban tal vez olvidando el lugar y la situación.

Pardaillán llegó hasta los caballos en el momento en que una veintena de hidalgos se precipitaban sobre él, todos a la vez. Entonces se puso la espada de través entre los dientes.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritaban los hidalgos.

Pardaillán cogió a Carlos y a Violeta y con terrible esfuerzo levantó a los dos. Carlos subió a caballo y Violeta, sentada ante él cogíase a su cuerpo con los dos brazos.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritaban los caballeros.

Y se precipitaron contra él. Los truhanes, diezmados, habían huido. La multitud volvía a la carga y con clamor salvaje, comprendiendo, por fin, que le robaban una Fourcaud y que la fiesta había sido interrumpida, puesto que no se incendiaría una de las piras. Todos los hidalgos del estrado bajaron a la plaza y los arqueros y alabarderos habíanse formado nuevamente en fila.

Pardaillán vio que estaba solo. Solo contra doscientos o trescientos hidalgos. Solo contra quinientos o seiscientos guardias. Y, finalmente, solo contra veinte mil furiosos que llenaban la plaza de la Grève.

Entonces Pardaillán sonrió.

UNA TRAGEDIA EN LA BASTILLA

XXXVI - Socorro a tiempo

POR TODAS PARTES, hacia el río, hacia las calles afluentes, se precipitaban torrentes humanos, queriendo escapar a toda costa de la plaza de la Grève. ¿Qué sucedía?

Los caballos de la escolta, sobrecogidos sin duda por un acceso de locura, habíanse desbocado.

Eran casi cuatrocientos; furiosos, relinchando, coceando y alocados por los gritos de espanto de la multitud, derribaban a los grupos, los aplastaban, galopando en todas direcciones, sueltos o unidos, chocando, mordiéndose, cayendo y levantándose para continuar su furiosa carrera.

¿Cuál era la causa de todo ello, si pocos momentos antes los caballos de la escolta estaban sumamente tranquilos, reunidos en grupos de seis o diez, con las bridas sostenidas por los lacayos?

En el momento en que los truhanes habían sido dispersados, los guardias se reorganizaron y los caballeros se precipitaron contra Pardaillán; éste, una vez hubo dejado a Carlos y Violeta sobre el lomo de un caballo, saltó sobre el lacayo más próximo y de un empujón lo hizo caer al suelo; al mismo tiempo empezó a manejar la espada contra los brutos como si fuera un látigo, hiriéndoles en hocicos y grupas y describiendo en sus cuerpos líneas rojizas.

Los caballos, locos de dolor, se encabritaron y empezaron a morder y a cocear, emprendiendo luego una carrera desenfrenada. Pardaillán se dirigió a otro grupo, y llevando a cabo la misma maniobra, obtuvo igual resultado, es decir, la fuga rabiosa de los animales enloquecidos. Iba a dirigirse a otro, cuando se detuvo al observar que los mismos caballos se encargaban de poner su plan en práctica.

Los primeros desbandados derribaron a los lacayos y el pánico infernal invadía un grupo tras otro con espantosa rapidez. Al verse derribados, los servidores soltaban las bridas. Los caballos fugitivos, que al principio eran una veintena, fueron cincuenta al cabo de algunos segundos y cuatrocientos en menos de un minuto. Entonces resonaron en la plaza gritos de rabia y de dolor, relinchos furiosos, y los cuatrocientos brutos iban barriendo la plaza, mientras la pira de Magdalena Fourcaud despedía las últimas llamaradas, y Fausta, sola en el estrado, ante aquella terrible aventura que anonadaba sus proyectos, cayó desvanecida sobre un sillón.

Carlos de Angulema, estupefacto a más no poder ante aquella terrible escena, y poseído de doble pánico, murmuró a los oídos de Violeta:

—¡Oh, amada mía! Quiero que mi última palabra sea de felicidad. ¡Os amo!

—¡Hermoso príncipe mío! —exclamó ella extasiada—. Os amo también y seré feliz muriendo en vuestros brazos. ¡Os amo!

Entonces oyeron una imperiosa voz que les decía:

—¡Adelante, por todos los diablos! No es propicio el momento para hacerse el amor.

Y a su lado vieron a Pardaillán, montado en un caballo que acababa de sujetar por la brida. El caballero estaba inundado de sudor y de sangre.

—¡Adelante! —rugió de nuevo.

Y se lanzó hacia la parte de la plaza en donde no había nadie, es decir, hacia el río, porque la multitud había temido el ser lanzada al agua y prefirió escapar por las calles. Carlos siguió a su amigo y en pocos instantes llegaron a la orilla.

—¡Huid! —dijo Pardaillán—. Regresad a vuestro palacio y esperadme allí.

—¿Y vos? —preguntó el duque.

—Como nos persiguen, trataré de atraerlos. Si huimos juntos averiguarán el lugar en que vamos a guarecernos y será aún necesario sostener un sitio después de lo que aquí ha pasado.

—¿Pero...?

—¡Huid, por todos los diablos, que están ya aquí!

Pardaillán, levantando la espada, golpeó la grupa del caballo de Carlos, que echó a correr. En cuanto a él, se quedó inmóvil mirando la túnica blanca de Violeta que se alejaba y que muy pronto desapareció a lo lejos. Carlos y ella estaban salvados. Pardaillán dio entonces un suspiro, porque la túnica blanca que acababa de desaparecer, recordaba en su alma la joven a quien tanto amó.

En aquel momento y muy cerca de él oyóse un grito. Pardaillán se sintió arrancado del ensueño por el que empezaba a aventurarse y volviéndose miró asombrado, pues había olvidado casi la situación en que se hallaba y las terribles aventuras que acababa de correr.

Pero ni Guisa, ni Fausta, ni Maineville, que había vuelto de su desmayo, ni Bussi-Leclerc, ni los demás lo habían olvidado, porque a la sazón se precipitaron muchos de ellos en la plaza de la Grève que, gracias a los caballos, estaba desierta; Guisa y Fausta eran los únicos que habían permanecido en el estrado. Ya no se trataba de emprender la marcha triunfal hacia Nuestra Señora ni hacia el Louvre.

Entre tanto, en contados minutos pudieron ser detenidos unos cincuenta caballos y con ellos se formó una patrulla que se lanzó en persecución de Pardaillán. Estaban casi a su lado cuando sus gritos lo despertaron, por decirlo así.

Violentemente vuelto a la realidad, Pardaillán dio dos espolonazos a su corcel. El animal lanzó un relincho de dolor y saltó echando a correr por una callejuela estrecha por la que se precipitaron también los perseguidores.

—¡Bueno! —exclamó el caballero—. Ya están despistados.

Pensaba en Violeta y en Carlos. Su caballo galopaba furiosamente levantando chispas con sus cascos. Tras él oíanse los gritos de furor de los perseguidores. Después de una callejuela se internaba en otra. Franqueó de un salto la calle de San Antonio, derribando a algunas gentes que con sus gritos saludaron el paso de aquella cabalgata desenfrenada.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaban los perseguidores.

—¡Cogedlo! —vociferaban los burgueses al verlo pasar.

—Ahora ya estarán a salvo —pensaba Pardaillán—. Si el duque tiene un poco de inteligencia, esta misma noche irá en busca de un sacerdote para que bendiga su unión. Luego se llegará a Orleáns y dirá a su madre: «*Señora madre, he ido a París en busca de la venganza y traigo el amor*».

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritaban a su espalda.

Los que iban a la vanguardia de sus perseguidores, estaban a punto de darle alcance. Oía la respiración jadeante de sus fatigados brutos. Él, por su parte, corría destrozando los flancos del suyo, cuando parecía debilitarle, y pidiéndole un esfuerzo supremo. ¿Adónde trataba de ir? En aquellos momentos sólo lo guiaba el instinto. Al principio corrió hasta una puerta de París, pero la vio cerrada y ante ella los guardias alineados con las picas cruzadas.

—Las puertas de París están cerradas —pensó girando rápidamente hacia la izquierda.

Y de nuevo se aventuró por el centro, pero sus cazadores lo siguieron también. Muchos habían caído por el camino, pero aún quedaban unos treinta.

¿Qué quería Pardaillán? ¿Esperaba acaso agotar las fuerzas de sus contrarios, debilitar su número y buscar, finalmente, la salvación con alguna tentativa desesperada? Ya comprendía que apenas se detuviera, las gentes se arrojarían sobre él, porque en las calles que atravesaba se originaba gran tumulto al verlo pasar.

Un hombre perseguido tiene siempre en su contra a la muchedumbre. Los instintos del animal carnicero y cazador se despiertan en todos apenas ven a uno perseguido. Y si éste cae, todos quieren contribuir a verlo muerto. Pardaillán lo sabía perfectamente y, por lo tanto, sólo esperaba la salvación en la ligereza y resistencia del caballo que montaba. Si los perseguidores tenían caballos más resistentes y ligeros que él, estaba perdido.

Era inevitable, no obstante, el momento de la catástrofe. Pardaillán estaba preso, por decirlo así, dentro de París y no podía salir. Por todas partes su aparición era saludada con vociferaciones, porque a su espalda los gentilhombres gritaban también contra él. ¿Adónde huir? Su caballo perdía las fuerzas y ya de sus narices y flancos manaba gran cantidad de sangre. El mismo también, ensangrentado, con el traje roto, con la espada desnuda, atravesada en la silla, y con los ojos ardientes, inclinado sobre el cuello del caballo, pasaba como una visión espantosa.

A pesar de ello, nadie trató de detenerlo. Todos, al observar su aproximación, huían o se adosaban a las paredes.

¿Adónde iba? ¿Adónde llegaría? Difícil saberlo. Hasta el pensamiento se apagaba en él. Pero en el fondo de su alma aún quedaba un sentimiento: el odio, el odio que le había dado fuerzas para vivir después de la muerte de su adorada.

—¡Morir! ¡Morir sin haber matado a Maurevert!

Pardaillán pensó que su enemigo, a quien durante tantos años persiguió, iba en adelante a poder vivir tranquilo. Ésta era una terrible ironía de la suerte, que a veces se entretiene en frustrar los proyectos de los hombres. Y Pardaillán, al pensarlo,

sonrió siniestramente.

Miró a su alrededor y en la vertiginosa carrera pareció reconocer algunos detalles y en la forma de las casas una calle familiar. Un destello de esperanza atravesó su pensamiento. Aquella calle era la de Saint-Genis. Estaba, pues, cerca de «La Adivinadora», lo cual constituía un abrigo posible. Entonces, con la suprema sangre fría que nace en las circunstancias desesperadas, empezó a meditar la última maniobra, si meditación puede llamarse al rápido trabajo del espíritu que dura apenas un segundo de tiempo.

Tras él galopaba la tropa de perseguidores a la distancia de dos o tres cuerpos de caballo. El de Pardaillán, ensangrentado y lleno de espuma, corría de aquel modo especial que precede a la caída. Vio ya cerca el caballero el umbral de «La Adivinadora» y se preparó. Abandonó la brida sobre el cuello del caballo y sacó los pies de los estribos; al mismo tiempo, pasando la pierna por sobre el cuello del animal, hallase sentado a mujeriegas. En aquel momento llegó ante la posada y saltó.

Al hacerlo, azotó al caballo con la espada. El animal, loco de dolor y libre ya del peso del jinete, saltó con nuevo vigor y continuó su furioso galope para ir a caer a quinientos pasos de allí. El pelotón de los perseguidores lanzado al galope pasó de largo como una tromba. Únicamente los primeros habían visto la maniobra de Pardaillán y trataron de detenerse, cosa que originó una confusión terrible con los que seguían detrás, los cuales, impulsados por su velocidad, fueron a chocar con los anteriores como catapultas vivientes.

Tal escena se desarrolló a unos doscientos pasos más allá de la puerta de «La Adivinadora». Cinco o seis caballos cayeron al suelo, y diez jinetes heridos o desazonados quedaron tendidos en el arroyo. Los gritos de los heridos, las maldiciones de los que aun a caballo trataban de salir de aquella confusión, y las exclamaciones de las gentes que allí se habían congregado, originaban un terrible clamor. Por fin, cuando se restableció un poco de orden en el alocado pelotón, ya habían pasado más de cinco minutos desde el instante en que Pardaillán penetrara en la posada.

Entre tanto el caballero había entrado en «La Adivinadora» en el mismo momento en que los bebedores y mozos salían a la calle para averiguar la causa del tumulto. Aquellas gentes dejaron paso a Pardaillán, asombrados y asustados al ver su aspecto.

Pardaillán entró, tiró la espada y vaciló un momento. Luego, con poderoso esfuerzo, reaccionó y descubriendo un cubilete lleno de vino que un bebedor había dejado para correr a la calle, lo vació de un trago. Entonces cerró la puerta y las ventanas y con la tranquilidad que presidía todas sus acciones, empezó a parapetarse en la posada; entre la primera ventana y la puerta había un gran aparador cargado de vajilla. Pardaillán empezó a empujarlo y, por fin, haciendo un frenético esfuerzo, consiguió llevarlo ante la puerta.

Pasó a la cocina, que también tenía comunicación con la calle y en pocos momentos la obstruyó valiéndose de un armario.

Entonces, jadeante, volvió a la sala, y tomando la primera botella que encontró llenó un vaso de vino y se lo bebió.

—Maese Grègoire tuvo muy buena idea al poner rejas en las ventanas. Eso me evita un trabajo considerable, sin contar que ya no puedo más. ¡Caramba! ¡Qué bueno es este vino!

Y un nuevo vaso acabó de confirmar la apreciación.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto una voz temblorosa—. ¿Qué sucede? ¿Quién sois? ¿Qué hacéis ahí? ¿Quién ha cerrado las puertas?

—Soy yo, mi querida Rosa. Tranquilizaos —dijo Pardaillán, que al volverse vio a la huésped que inopinadamente se había presentado.

—¿Vos, señor caballero? ¡Señor, y en qué estado! ¿Pero os encontráis mal?

Pardaillán acababa de caer pesadamente sobre un escabel. La pérdida de sangre, la terrible agitación de aquella carrera infernal a través de París, el vino que acababa de tragar en abundancia, todo ello lo derribó por fin. Rosa acudió y sosteniendo en sus brazos la pálida cabeza del caballero, la contempló un instante con profunda expresión de ternura en que había la conmiseración de la enamorada y de la madre.

Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas y con gran dulzura posó los labios sobre la frente pálida de Pardaillán. Fue aquél el primer beso de Rosa, que la hizo estremecerse emocionada.

Fuera empezaban a oírse aullidos y maldiciones. ¿Fue el beso o los gritos lo que devolvió el sentido a Pardaillán? Ambas cosas, sin duda. Abrió los ojos y sonrió dando un suspiro como de hombre que vuelve a la vida.

—¡Mateo, Lubín! —llamó Rosa—. ¡Juana! ¡Teresa! ¡Corred! Dadme ese cordial. ¡Oh! ¿Dónde estarán?

En efecto, la sala estaba completamente vacía. No había nadie en la posada. Pardaillán se echó a reír.

—Al cerrar las puertas los he dejado fuera.

—¿Pero por qué os habéis parapetado?

—Escuchad, querida Rosa —dijo el caballero poniéndose en pie.

En la calle y ante la posada oíanse maldiciones y gritos de muerte. Los gentilhombres de Guisa se preparaban al ataque y la multitud que no conocía a aquel hombre a quien querían prender, aullaba de alegría. Bussi-Leclerc y Maineville, rodeados de una veintena de amigos, examinaban atentamente la puerta.

—Es necesario derribarla —decía Bussi-Leclerc.

—Un momento —exclamó cierta voz ronca, temblorosa de rabia y alegría.

Todos se volvieron y divisaron a Maurevert. A pesar de que sus propios sentimientos estaban ya en el paroxismo, no dejaron de observar que el odio de Maurevert era sin duda muchísimo mayor, cosa que lo hacía jefe indiscutible del grupo.

—Conozco a ese hombre —dijo Maurevert— y podéis estar seguros de que si se ha refugiado ahí, es porque tiene medios de defensa. Por esta razón es necesario

meditar bien lo que se hace, sin contar con que la presa es muy importante. Hay que avisar al duque.

—Yo me encargo —dijo, avanzando, un gentilhombre.

—Entre tanto, hagamos nosotros guardia —dijo Maurevert.

Rosa y el caballero no habían oído estas palabras, que se perdieron confundidas en el tumulto, pero la primera, en cambio, oyó perfectamente cómo gritaban pidiendo la muerte de Pardaillán.

—¿Se dirigen a vos esos gritos? —preguntó al caballero.

—¿Pues a quién queréis que sea? —contestó éste.

—Pero, Dios mío, ¿qué habéis hecho?

—¿Yo? Nada. Sólo impedir que los demás hicieran, porque lo que querían hacer era horroroso.

—No comprendo —dijo Rosa—. Pero, en fin, caballero, sin duda alguna os habéis inmiscuido...

—En lo que no me importaba —interrumpió Pardaillán—. ¡Oh!, padre mío, ya podéis dormir tranquilo. He aquí que nuestra buena Rosa toma a su cargo el continuar los consejos que me dabais.

—¿Y qué va a ser de vos, caballero? —preguntó Rosa temblando.

Tal observación era muy atinada, porque Rosa no podía dudar un solo instante de que la posada sería asaltada por la furiosa multitud y de que por fin caería en manos de los enemigos. La buena mujer olvidaba sus intereses. Pardaillán la miró con admiración.

—Ya sabéis, mi querida Rosa, que nunca me ha sucedido nada malo en «La Adivinadora» —contestó el caballero.

—¡Escuchad, escuchad! —dijo Rosa.

En aquel momento estalló en la calle un extraño tumulto que no era el de ataque. Resonaban ruidos sordos, más no los de una puerta que se quiere hundir. Aquel tumulto era el de una multitud que huye precipitadamente. Los ruidos parecían más bien los causados por muebles que cayeran desde lo alto y fueran a romperse en la calle ante la puerta de la posada. Al mismo tiempo oíanse en la parte alta de la casa roncadas vociferaciones. En la calle, Maurevert exclamaba:

—Ya me lo imaginaba que ese bandido de Pardaillán había reunido aquí su ejército de truhanes.

Pardaillán, entre tanto, decía a Rosa:

—¿Acaso tendremos defensores en la casa?

Se lanzó hacia los pisos superiores y, guiado por el formidable ruido, llegó al segundo y último piso. Una vez allí observó que las vociferaciones procedían de la habitación en que durmiera la noche antes, y que era la misma que ocupaba de ordinario cuando se alojaba en «La Adivinadora».

—Por lo menos hay quince ahí dentro —pensó—. ¡Gracias a Dios! Empiezo a creer que daremos un disgusto a los señores guisardos.

Y abrió la puerta gritando:

—¡Eh, amigos, no arrojéis todos los muebles a la vez! Un poco de método, ¡caramba! Organicemos una defensa y...

Y se detuvo asombrado por el espectáculo imprevisto que se le ofrecía. En su habitación ya no había muebles. Las sillas, los sillones, la mesa, el cofre y la misma cama, desmontada sin duda alguna, habían sido echados por la ventana. Ya no quedaba más que un reloj, uno de aquellos relojes antiguos encerrados en un armario de madera. Aquel reloj entonces parecía hallarse animado de vida fantástica y sobrenatural. Bailaba, se balanceaba y chocaba contra las paredes con gemidos sonoros y bruscas campanadas, que probaban el mal estado de sus entrañas.

Pardaillán quedó mudo de asombro, él que de nada se asombraba.

Aquel reloj se batía contra un hombre muy alto, casi tanto y tan delgado como el mismo armario que contenía al primero.

Era aquel hombre el que había arrojado todos los muebles a la calle. Era él quien, abrazado al reloj, lo arrastraba también hacia la ventana, y por fin era él quien vociferaba con voz gruesa y profunda. Estaba bañado en sudor, pálido de espanto y rebosante de cólera. Daba al reloj terribles puntapiés y lo estrechaba frenéticamente entre sus brazos.

—¡Ah, miserables! ¡Igual que en la capilla de San Roque! ¡Igual que en la abadía! ¡Veinte contra uno! Pero, juro a Dios, que os arrojaré a todos por la ventana. Y tú también —añadió dirigiéndose al reloj—. Tú también pasarás por el mismo camino. ¡Allá va!

Y lo empujó igualmente, después de un gran esfuerzo, hacia la calle.

El reloj, a consecuencia de un nuevo impulso del loco, pues realmente lo estaba, de miedo o de rabia, el reloj, repetimos, vacilando un momento en el antepecho de la ventana, cayó por fin a la calle, y fue a destrozarse sobre el arroyo, siendo recibida su caída por un coro de maldiciones furiosas.

Entonces el fantástico luchador, con los ojos desencajados y la frente sudorosa, dirigió en torno suyo una mirada de estupefacción.

—¡Todos derrotados! El último acaba de huir.

Y Pardaillán reconoció entonces a Graznido.

XXXVII - Belgodere

COMO ya hemos visto, Belgodere se precipitó hacia la puerta de Montmartre para llegar a la abadía. Halló la puerta cerrada, pues, como se recordará, el duque de Guisa había dado la orden de que no se permitiera a nadie la salida de la ciudad. Belgodere no hizo, pues, la menor objeción a los guardias que le dieron el alto, y apartándose a doscientos pasos de la puerta, subió sobre la muralla diciéndose:

—A estas horas la hija de Claudio debe de haber sido reducida a cenizas. Mi venganza está satisfecha. ¿Qué hará ahora Claudio? Sin duda llorar. Me gustaría verlo.

Y se imaginó la doble escena de Violeta reducida a cenizas y Claudio llorando desesperadamente.

—¡Flora ha muerto! —se dijo—. Pero, en fin, no debo pensar más en ella. Prefiero hacerlo en los vivos. Violeta también ha muerto. Me queda Stella. ¿Qué le queda en cambio a Claudio?

Se inclinó sobre el foso y murmuró:

—¡Imposible! Me rompería los huesos y quiero vivir porque tengo una hija. ¿Quién sabe si Claudio...?

Y se echó a temblar pensando que tal vez Claudio querría vengarse en Stella. Entonces bajó apresuradamente y corrió hacia la puerta.

—Dejadme pasar —dijo al jefe del puesto de guardia—. Pagaré lo que sea necesario.

Aquel hombre cubierto de sudor, desencajado y pálido, despertó las sospechas del sargento de guardia, el cual hizo una seña y cinco o seis guardias se abalanzaron sobre Belgodere y lo arrojaron a la calle. El gitano corrió entonces hacia la puerta vecina, pero tropezó con la misma consigna.

—¿Cómo me las arreglaré? —pensó.

De pronto dio un grito de alegría y echó a correr.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? —dijo—. Ella me hará salir.

Acababa de pensar en Fausta, la cual, probablemente, debía hallarse en la plaza de la Grève, porque allí había visto su litera. Una vez llegado a la plaza, la observó vacía, a excepción de los heridos que algunos hombres transportaban en angarillas. Belgodere no se preocupó de averiguar lo que había sucedido. Se fijó tan sólo en que la fiesta había terminado. Entró en la Cité y muy pronto llegó ante el palacio de Fausta.

Ésta acababa de llegar y recibió a Belgodere en cuanto supo que deseaba verla. El gitano no habría podido sospechar nunca cuáles eran los pensamientos que llenaban la cabeza de aquella mujer, porque a pesar de lo ocurrido, sólo estaba un poco más pálida que de costumbre.

—¿Qué quieres? —le preguntó con interés.

—Un salvoconducto para franquear las puertas de París —dijo el gitano.

—¿Quieres acaso dejar mi servicio?

—No, señora, hoy menos que nunca, porque gracias a vos vive una de mis hijas.

—¿Qué dices?

—La verdad. Ya os conté mi historia. Ya sabéis que después de la prisión de los míos, mis hijas Flora y Stella fueron confiadas a un cristiano, el cual no era otro que el procurador Fourcaud.

Belgodere se secó la frente.

—Así, pues —continuó—, la que ha sido ahorcada y quemada, es mi hija Flora, la mayor. La que vos habéis salvado es Stella, a la que, por orden vuestra, llevé a la abadía de Montmartre. Ahora las puertas están cerradas. Ya comprendéis que necesito un salvoconducto.

Belgodere pronunció en tono rudo estas palabras.

—Ya comprendo —dijo Fausta— y voy a satisfacer tu deseo.

Sacó entonces de un mueble un papel y lo tendió al gitano, diciéndole:

—Guárdalo cuidadosamente. Este papel te permitirá pasar por todas partes, aun por los lugares en que está prohibido el hacerlo. Podrás salir de París por la puerta que mejor te parezca. Vete; esta noche me lo devolverás.

Belgodere tomó el papel que llevaba la firma y el sello de Guisa. Salió sin dar las gracias a Fausta y, apenas estuvo fuera, ésta trazó algunas líneas sobre una hoja, llamó y dijo:

—Que vaya un caballero a la abadía a entregar esta orden a la señora de Beauvilliers. Es necesario que llegue allí antes que el hombre que acaba de salir.

Belgodere se presentó de nuevo ante la puerta de Montmartre y cuando llegó estaba de guardia el mismo sargento que le había negado el paso. Reconoció al gitano y a la sazón se preparaba a hacerle prender, cuando éste le exhibió el documento. Apenas el sargento lo hubo leído, miró a Belgodere estupefacto y se inclinó.

—Tal vez es un príncipe disfrazado —se dijo:

Y en voz alta añadió:

—Monseñor se dignará perdonar el modo como antes lo traté. La consigna es muy rigurosa.

Belgodere miró asombrado a su alrededor, observando al fin que el tratamiento de monseñor iba dirigido a él.

—Abre —dijo en tono breve.

—Inmediatamente —contestó el sargento, convencido de que se las había con un personaje.

Y añadió:

—No será muy largo porque acabamos de bajar el puente levadizo a un caballero y no ha habido tiempo de levantarlo de nuevo.

Belgodere no se fijó en estas palabras. En cuanto la puerta estuvo abierta, atravesó el puente levadizo y emprendió el camino hacia la abadía. Entre tanto pensaba:

—¿Cómo se lo diré? Ella cree llamarse Juana Fourcaud, pero en realidad es mi hija y se llama Stella. ¿Querrá creerme? ¡Bah! Acabaré por convencerla porque ¡sería bueno que no pudiera conseguirlo!

Tales eran los pensamientos del gitano, lo que prueba que hasta en las naturalezas más rudas siempre domina un tierno sentimiento.

—No hay duda de que me creerá. Y luego, ¿qué haremos? Nos marcharemos. Claudio debe estar llorando por ahí, a menos que no haya muerto. Yo no tengo nada que hacer en París y por lo tanto me llevaré a Stella.

Llegó en esto a la abadía y para ahorrar tiempo creyó mejor atravesar la brecha. Allí se detuvo muy pálido, emocionado por la idea de volver a ver a su hija.

—Es preciso que me tranquilice —se dijo—. Sí me presento ante ella trastornado, será capaz de asustarse.

Echó a andar hacia el cercado y en cuanto estuvo a cien pasos, vio que la puerta de tablones estaba abierta. Frunció el entrecejo pero se repuso, pensando:

—Sin duda esta noche la dejé así.

Echó a correr y cuando estuvo dentro del recinto, su frente se inundó de sudor frío al observar que no sólo estaba abierta la puerta de la empalizada, sino también la del pabellón.

—¿Qué será eso? —exclamó.

De un salto penetró en la casa y entonces soltó un rugido de furor. La puerta de la habitación estaba también abierta y la habitación vacía.

—¡Stella! —gritó olvidando que aun cuando su hija estuviera allí no habría contestado a tal nombre—. ¡Stella, Stella! —repitió—. ¡Soy tu padre! ¡No tengas miedo! ¿Dónde estás?

Y empezó a correr, llamando, sollozando y mezclando sus acariciadoras palabras con blasfemias horribles. En cuanto estuvo convencido de que Stella no se encontraba ni en el pabellón, ni en el recinto, corrió al monasterio y subió la escalera haciendo caer a un hombre que en aquel momento bajaba, y una vez ante las habitaciones de la abadesa, empezó a llamar con fuerza.

—¡Stella! ¡Stella! ¿Dónde está Stella? —y repitió este mismo grito al hallarse en presencia de Claudina de Beauvilliers.

—¿Stella? —preguntó Claudina sorprendida.

—Quiero decir la prisionera, ¿dónde está?

—¿No os la llevasteis a la Bastilla?

—No hablo de Violeta, sino de la que traje en su lugar.

—¡Ah! ¿De modo que trajisteis a otra prisionera?

Belgodere se mesó con ambas manos los cabellos. A la sazón recordaba que no habló a nadie de la prisionera. Luego, con entrecortadas voces, hizo una relación de lo sucedido durante la noche anterior, explicando que después de haber conducido a la Bastilla a Violeta, regresó para dejar a Juana Fourcaud.

—¿No decís que se llama Stella? —observó Claudina.

—Es igual. En realidad Stella es su nombre verdadero.

—Hicisteis mal en no avisarme —dijo Claudina—. Si la princesa pide cuentas de esta nueva prisionera, vos solo seréis el responsable. Ya concibo vuestra emoción.

—¡Ah! ¿Es que no lo sabéis?

Y empezó a sollozar.

—Habrá hallado medio de abrir la puerta y, sin duda, ha huido —dijo la abadesa.

Pero Belgodere ya no la escuchaba. Se lanzó fuera y volvió al recinto. Allí se sentó sobre una piedra con la cabeza entre las manos y empezó a reflexionar sobre su suerte adversa, profiriendo de vez en cuando lamentaciones o blasfemias.

—Hubiera sido demasiado hermoso. ¿Acaso un hombre como yo ha nacido para ser feliz y para vivir en compañía de una hija? Demasiada dicha para un gitano como yo. Mi sino es pasar la vida ocupado en asesinatos, puñaladas y pensamientos criminales.

Semejantes ideas no podían tener duración en el espíritu de aquel hombre. Aquella desesperación feroz duró dos horas y luego el gitano empezó a recobrar en parte su calma acostumbrada.

Reflexionó ante todo acerca de la facilidad con que había podido entrar en las habitaciones de la abadesa. Si ésta lo hubiera esperado, no habría podido recibirlo con mayor prontitud ni bondad, porque la abadesa le había hablado con un cariño que no acostumbraba.

Entonces fue a examinar la puerta de la habitación en que Stella había sido encerrada y observó que el cerrojo estaba intacto y de ningún modo forzado o roto. Y además, ¿por qué Stella habría tratado de huir, cuando Belgodere le afirmó que iban a reunirse con su hermana Magdalena? Por último, Belgodere se fijó en que aquella puerta tenía el cerrojo por la parte exterior.

La conclusión saltaba a la vista. Stella no podía abrir, pero le habían abierto desde fuera.

¿Y quién podía ser? ¿Quién podría tener interés en libertar a la joven? ¿Y era aquello una liberación?

Las sospechas iban ganando terreno en el ánimo del gitano.

—¿Quién sabía que Stella estaba encerrada en el convento? Únicamente Fausta y los caballeros que habían acompañado a Belgodere.

Éste recordó entonces que en la escalera de la abadía había tropezado con un hombre. Una vez hubo relacionado todas estas circunstancias, y examinado el pro y el contra de la cuestión, Belgodere salió de la abadía y empezó a descender lentamente la colina de Montmartre. Su rostro rudo parecía tranquilo en aquel momento, pero sus labios estaban blancos y los ojos, en cambio, rojos. He aquí lo que pensaba:

—Fausta sabía que yo iba a la abadía a hacerme cargo de mi hija y envió un correo para que me la robaran. Perfectamente. ¿Qué querrá? No lo sé. Pero si ella pudiera sospechar lo que yo pienso, haría morir a mi hija. No importa, continuaré a su servicio, no la dejaré un instante y por fin lograré averiguar lo que ha hecho de Stella,

y entonces...

Un gesto amenazador completó el pensamiento del gitano. Cuando por la noche, juzgándose ya bastante tranquilo para dominar su emoción, se presentó ante Fausta, ésta fue la primera en preguntar:

—¿Y mi prisionera?

—Querréis decir mi hija.

—Sí, tu hija; ¿la traes?

—Ha desaparecido —dijo fríamente Belgodere.

—¿Y te lo tomas con esa tranquilidad?

—Con la misma con que vos os enteráis de la desaparición de vuestra prisionera.

Fausta no pareció asombrarse ni escandalizarse con la respuesta de Belgodere. Ya hemos visto que sabía adoptar la actitud conveniente según con quien hablaba. Y comprendiendo que de Belgodere no podía esperar otra cosa que la franqueza brutal, contestó sencillamente:

—La que, no sé por qué razón, llamas tu hija, puesto que, en realidad, lo era del procurador Fourcaud, no era una prisionera. Nos interesaba guardarla algún tiempo para que nadie se percatara de la sustitución que hicimos en la Bastilla. Pero ya que ha huido, buen viaje.

—Eso es, buen viaje —contestó el gitano.

—Ya la encontraremos. Tranquilízate. Ahora puedes marcharte, pero antes devuélveme el salvoconducto que te confié.

—¿Aquel papel? —exclamó el gitano registrando sus bolsillos—. ¿Dónde está? No lo tengo.

—¿Lo has perdido?

—Sí —dijo Belgodere, mirando a Fausta con fijeza—. Seguramente lo he perdido.

—Bueno, no tiene importancia. Vete, Belgodere, y espera mis órdenes. A no ser que quieras dejar mi servicio, en cuyo caso te diría que fueses a ver a mi tesorero. ¿Quieres continuar sirviéndome?

—Si no me echáis, prefiero continuar. Me parece que no he acabado con Vuestra Ilustre Señoría.

—Así me parece también —dijo Fausta.

Y acompañó sonriendo al gitano que, después de haber saludado humildemente, se retiró diciéndose:

—Ahora estoy completamente seguro de que ha hecho robar a Stella. ¡Por el infierno, señora! No sólo no he acabado con vos, sino que ahora empezamos.

XXXVIII - Claudio

EL PRÍNCIPE FARNESIO, apoyado en el antepecho de la ventana de la plaza de la Grève, asistió petrificado de horror y de admiración al terrible espectáculo que hemos procurado describir sin esperanza de dar idea de su trágica grandeza.

Farnesio vio a Claudio que, después de haber saltado, se levantaba puñal en mano y se precipitaba contra la multitud. Pero antes de que Claudio hubiera llegado al estrado, el príncipe vio cómo Pardaillán cogía a Violeta y la arrancaba a los guardias. Luego, después de un instante inapreciable, en que todo desapareció en un gran remolino, vio a su hija junto a Carlos de Angulema; más tarde tuvo lugar el terrible tropel que costó la vida a más de treinta personas e hirió tal vez a doscientas.

El príncipe-cardenal con angustia delirante siguió las partes de aquella pesadilla real que ante sus ojos se desarrollaba. Violeta estaba salvada. Violeta fue arrebatada al galope por sus salvadores.

A éstos Farnesio los reconoció. Eran los hombres a quienes habló en los pabellones de la abadía de Montmartre cuando la sutil y perversa diplomacia de Fausta lo puso en presencia de la gitana Salzuma, de Leonor de Montaignes, su adorada, a la que creyera muerta y a la que continuaba amando apasionadamente.

Cuando Farnesio vio que su hija estaba salvada, exhaló un suspiro de sobrehumana alegría y por la primera vez desde los dieciséis años dolorosos que acababa de vivir, un rayo de esperanza entró en su corazón. Pero aquella alegría era egoísta, pues no se dirigía a Violeta, sino siempre a Leonor. Farnesio amaba a su hija. La había buscado ardientemente y sufrió una tortura espantosa cuando después de casi haberla hallado llegó a creer que la había matado Fausta. Entonces su odio contra la Papisa fue puro y sin mezcla, pero después de haber vuelto a ver a Leonor, Farnesio no descubría en su hija más que el medio de conquistar a la madre.

Leonor estaba loca. Gracias a Violeta esperaba poder devolverle la razón, pero cuando esto sucediera, Leonor sin duda sentiría odio por el seductor y entonces Farnesio esperaba conquistar su amor por medio de Violeta.

Así, pues, Farnesio al ver que su hija estaba salvada, pensó:

—Ahora ya puedo ver de nuevo a Leonor.

En algunos segundos formó su plan. Por medio de los dos salvadores hallaría nuevamente a Leonor, y se presentaría ante ella llevándole a Violeta, a su hija, y así creía conseguir que le perdonara su pasado.

Veía nuevamente a Leonor tal como la contemplara en la abadía; todavía hermosa. Si bien no era la joven del palacio de Montaignes, habíase convertido en la mujer que se hallaba en el esplendor de su belleza. ¡Oh, cuánto deseaba volverla a ver! ¡Cuánto anhelaba poder llevársela en compañía de su hija y rasgar para siempre el manto de cardenal, y la púrpura que le parecía hecha con sangre! Iríase a un país lejano en busca de la dicha y el amor.

Ésta era la visión que se presentaba ante el cardenal en el mismo momento en que

Fausta bajaba del estrado furiosa por la nueva derrota. Pero no perdiendo por ello su sangre fría, dio dos órdenes. Una relacionada con la casa en que a la sazón se hallaba Farnesio, y ya veremos en breve la ejecución de la otra.

Cuando el príncipe-cardenal hubo visto desaparecer el caballo que llevaba a Carlos y Violeta, volvióse después de haber cerrado maquinalmente la ventana.

Era preciso obrar de prisa porque no había duda de que Fausta trataría de apoderarse de Violeta. Entonces sintió amargamente el no haber dado muerte a la princesa cuando la tuvo en su poder o no haber ordenado a Claudio que por una vez volviera a ser verdugo.

Pensando en tales cosas, Farnesio bajó lentamente la escalera.

El mismo criado vestido de negro que hiciera entrar a Belgodere, se presentó para abrirle la puerta. Farnesio le entregó una bolsa llena de oro, diciéndole:

—Si vienen a buscarme de parte de la soberana...

El servidor hizo la señal de la cruz.

—Contestaréis que he salido de aquí diciendo que me marchó de París para regresar a Italia.

—Bien, monseñor —dijo el lacayo.

Y al mismo tiempo abrió rápidamente una puerta que daba a cierta especie de reducto que ocupaba. En el mismo instante salieron de allí cinco o seis hombres que se precipitaron contra Farnesio. En un abrir y cerrar de ojos lo desarmaron y uno de ellos, amenazándolo con una daga, le dijo fríamente:

—Monseñor, tenemos orden de apoderarnos de vos, muerto o vivo. Espero que nos ahorraréis el pesar de tener que mataros.

Farnesio, lívido, dirigió al cielo una mirada de desesperación y murmuró:

—¡Oh, Fausta, te reconozco! ¡Dios de justicia y de bondad, mira lo que hace tu enviada y júzgal!

Luego, dirigiéndose al que acababa de hablar, le dijo:

—Conde, nos conocemos hace tres años. Sé, por consiguiente, que cumpliríais rigurosamente las órdenes que habéis recibido. Permitidme unas palabras tan sólo. ¿Puedo rogaros que me conduzcáis lo antes posible a la que os envía?

—Monseñor —dijo el conde—, vuestro ruego será tanto mejor acogido, cuanto que debemos conducirnos inmediatamente al palacio de la Cité. Únicamente servíos recordar que un grito o un gesto durante el camino, os costaría posiblemente la vida.

—No gritaré —dijo Farnesio con la calma que le era habitual—. Vamos, señores; os sigo. En cuanto a ti —añadió dirigiéndose al criado vestido de negro— en cuanto a ti, Judas, guárdate mi dinero a pesar de todo. Servirá para pagar tu traición.

El hombre hizo la señal de la cruz, se inclinó y dijo:

—Dios manda y yo obedezco.

Entonces se pusieron todos en marcha rodeando al cardenal, y veinte minutos más tarde la pequeña tropa entró en el palacio de Fausta.

Farnesio fue introducido en una habitación amueblada, pero con la puerta de roble

guarnecida de sólida cerradura y con la ventana, que daba al Sena, protegida por gruesos barrotes de hierro.

Pidió que lo llevaran enseguida a la presencia de Fausta, pero por toda respuesta el hombre que lo había conducido hasta allí cerró la puerta y corrió el cerrojo. Farnesio se sentó en una silla y, sonriendo lúgubrementemente, murmuró:

—¿Quién sabe si vale más que muera? La maldición de Nuestra Señora pesa sobre mí y todo lo que conmigo se relaciona está maldito. Lo único que siento es morir sin haber matado a Fausta. ¿Y qué haces tú, Claudio, ahora?

¿Qué hacía entre tanto Claudio? Habíase lanzado en la dirección en que vio galopar a Carlos de Angulema, llevándose a Violeta. Fausta lo vio sin duda y adivinó lo que iba a hacer. Dijo algunas palabras a un hombre que a su lado estaba, el cual echó a correr como Claudio.

Éste fue uno de los primeros que cogió por la brida a un caballo de los que corrían por todos lados. Montó en él y, sin haberlo deseado, hallóse formando parte del pelotón de jinetes que perseguía a Pardaillán. Únicamente cuando el caballero dio la vuelta, Claudio no siguió al pelotón. Lanzóse al galope desenfrenado en la misma dirección que Carlos de Angulema, al que veía desaparecer a lo lejos por la esquina de una calle. Llegó a ella con oportunidad bastante para ver cómo Carlos entraba en la calle de los Listados y también se aventuró por ella.

Carlos se creía perseguido.

Cuando se detuvo jadeante ante su palacio, saltó a tierra, cogió en brazos a Violeta y llamó con tal energía que los criados salieron a abrir asustados. Una vez dentro dejó en la antecámara a Violeta desvanecida. En aquel momento, Claudio llegaba al galope y se detenía ante la puerta. Carlos salió entonces y apuntó su pistola sobre Claudio, el cual, a pesar de darse cuenta del peligro, no intentó defenderse. Carlos disparó, pero en el mismo instante en que salía la bala, se desvió el arma. El joven se sintió cogido por dos brazos de mujer, mientras una voz suplicante le decía al oído:

—¡Mi padre! ¡Ibais a matar a mi padre!

El joven dio un grito y miró aterrado a Claudio, y viéndolo en pie, acudió a su lado y le cogió las manos.

—¿Os he herido?

—No.

—Entrad vos, a quien ella llama padre. Dispensad, creí que nos perseguíais y, por lo tanto, no es de extrañar mi agresión.

Algunos instantes más tarde, Carlos de Angulema y Violeta, reunidos en brazos de Claudio confundían sus sonrisas y sus lágrimas. El verdugo sollozaba dulcemente.

Fue aquél, para los tres, un momento de felicidad perfecta. Para Violeta era un hermoso sueño realizado y para los dos hombres era el asombro extraordinario que sobrecoge a las almas mejor templadas, cuando desde el peligro se pasa de pronto a la seguridad y desde la desesperación a una felicidad como si hubieran vivido siempre

juntos. Claudio murmuró al oído de Violeta:

—¿Éste es el joven señor que fui a buscar a la «Posada de la Esperanza» y no lo encontré?

—Sí, es él —contestó Violeta emocionada.

—Señor —dijo entonces el joven sonriendo a Violeta—. Nuestra situación es muy sencilla: amo a este ángel del que tenéis la felicidad de ser padre. Es preciso que os diga quién soy. Me llamo Carlos, duque de Angulema; mi madre es la señora María Touchet y mi padre se llamaba Carlos IX.

—¡El hijo de un rey! —exclamó Violeta asombrada.

Su alma de pobre gitana sintió entonces un orgullo inocente semejante al que sentiría Cenicienta al verse distinguida por el Príncipe. Su ensueño era radiante. Aquel señor a quien ella había adorado secretamente y que en aquel momento la tenía cogida de la mano y que la amaba, según le decía, era el hijo de un rey.

A aquella calle tranquila no llegaban los clamores de muerte. En aquella hermosa sala de brillantes muebles y antiguas tapicerías reinaba una tranquilidad infinita. Con la cabeza apoyada en el pecho de Claudio y la mano en la de Carlos, Violeta hubiera deseado morir así, rodeada de aquella paz y de aquel amor. Carlos de Angulema, entre tanto, añadía:

—Ahora ya sabéis quién soy. Y sería muy feliz en este instante, el más dichoso de mi vida, sabiendo quién es el padre de la que amo.

Claudio, que contemplaba a Violeta, levantó la cabeza lentamente. Las lágrimas de felicidad que caían de sus ojos, cesaron de correr. Su sonrisa de felicidad infinita se convirtió en otra amarga y desesperada.

—¿Quién soy? —dijo con alterada voz—. ¿Queréis saber quién soy?

Carlos lo miró angustiado, sospechando que en la actitud de Claudio había un secreto.

—Caballero —dijo— tal vez he sido indiscreto. Perdonadme...

—No, no —dijo el verdugo dando un suspiro— es necesario que sepáis...

Al mismo tiempo, con instintivo gesto, retiró la mano que le había tomado Carlos, aquella mano homicida, roja de sangre, aquella mano de verdugo que nadie había estrechado nunca. Carlos vio cómo se desencajaba el rostro del padre de Violeta.

—Si vuestro nombre es un secreto —dijo sencillamente— no lo pronunciéis. Sólo os lo preguntaba para deciros: Padre, amo a vuestra hija. Bendecid nuestro amor hasta que un sacerdote bendiga nuestra unión.

Violeta palideció comprendiendo cuál era el peligro que la amenazaba. Recordó la escena de la confesión de Claudio. ¿Quién querría casarse con la hija de un verdugo?

—¡Padre! ¡Oh, padre mío! —balbució asustada.

—No, no —repitió Claudio—. No habéis hecho mal al preguntarme quién soy. Porque es preciso que sepáis lo que no soy. Monseñor duque, no soy el padre de esta niña.

—¡Padre, padre! —Gritó Violeta con desgarrador acento—. Ya me dijiste otra vez lo mismo, pero no quiero tener otro padre que tú.

—¡Bendita seas, hija mía!

Y con gran asombro de Carlos, Claudio dio un abrazo a la niña y luego la llevó a una habitación cercana en donde la dejó sobre un sillón, diciendo:

—No te muevas ni temas nada, pues papá Claudio lo arreglará todo. Te casarás con el hijo del rey y pronto serás la señora duquesa de Angulema.

Entonces volvió a la sala en que había dejado a Carlos y cerró la puerta.

—¿Estáis asombrado? —preguntó.

—No lo niego.

Claudio empezó entonces a pasear, y deteniéndose de pronto ante Carlos, le dijo:

—Monseñor, como ya os he dicho, no soy padre de Violeta. Sencillamente he sido el que la ha criado. Importa, pues, muy poco que sepáis quién soy o lo que he sido. Tan sólo os diré que mi nombre es Claudio y que soy burgués de París.

Y se calló estudiando con ansiedad el rostro de Carlos.

—Hay un secreto en vuestra vida —dijo el joven.

—Secreto que os revelará Violeta —contestó Claudio con alterada voz.

—Pues no quiero saberlo —dijo Carlos.

Claudio dio un profundo suspiro.

—Lo que importa —continuó— es que no soy el padre de la que amáis. Violeta es hija de monseñor el príncipe Farnesio y de la muy noble señora Leonor de Montaignes.

—¿Es el hombre a quien vi en el pabellón de la abadía?

—El mismo.

—¿El que me dijo que su hija estaba muerta?

—Así lo creía.

—¿Y cuándo podré ver al príncipe Farnesio?

—Ya os lo diré, porque sé dónde encontrarlo.

—Pues bien, servíos hacer de modo que pueda verlo cuanto antes.

—El príncipe Farnesio —continuó Claudio— es el único que puede decidir la suerte de Violeta, porque yo no soy su padre, ni tengo el menor derecho sobre ella. Quiero que os penetréis de esta verdad.

—Ya me lo habéis dicho.

—Por consiguiente —añadió Claudio palideciendo— una vez sentado que no soy nada para Violeta, y que ella tampoco es nada mío, y que, por lo tanto, podréis salir de París en cuanto estéis unidos sin necesidad de darme cuenta del lugar adonde vais...

Y se interrumpió para pasar la mano por la frente.

—Una vez sentado todo esto —continuó—, lo mejor que podéis hacer es poner os hoy mismo en comunicación con el príncipe Farnesio, el padre de Violeta.

—Ésta es también mi opinión —dijo Carlos.

El ex verdugo bajó la cabeza. Tras las palabras que acababa de pronunciar no le quedaba más que marcharse enseguida, para ir en busca del príncipe Farnesio. Más, a pesar de ello, permanecía allí sumido en triste meditación.

El joven lo miraba cada vez más asombrado y sintiendo al mismo tiempo las más terribles sospechas. ¿Qué misterio habría entre él y Violeta, que le daba el nombre de padre? Y fuese o no, en realidad, el padre de Violeta, veíase claramente que aquel hombre sentía por la niña un amor sin límites.

¿Por qué Claudio se mostraría tan reservado? ¿Quién era? ¿Acaso su contacto podría mancillar a Violeta? En el momento en que Carlos se hacía estas preguntas, vio tal dolor pintado en el rostro de Claudio que, lleno de lástima, exclamó:

—No podemos separarnos así. Caballero, en nombre de la que los dos amamos, os conjuro para que me digáis quién sois.

El verdugo dirigió a Carlos una mirada dulce y triste a la vez.

—¿No os lo he dicho? —exclamó con temblorosa voz—. Soy un burgués de París y me llamo Claudio. Eso es todo.

—No, quiero saber el secreto que pesa sobre vuestra vida.

—¿El secreto? Ya os he dicho, monseñor, que Violeta misma os lo revelaría.

—¡Oh, voy a saberlo enseguida! —exclamó el joven haciendo un movimiento como para penetrar en la habitación en que estaba Violeta.

Pero el verdugo lo cogió del brazo y le dijo:

—El príncipe Farnesio, el padre de la niña, os dará las explicaciones necesarias acerca del nacimiento de la que amáis. No me corresponde, dáros las yo, porque no soy su padre. Monseñor, juradme que no hablaréis nunca de mí al príncipe Farnesio. Es necesario —añadió viendo que el joven vacilaba.

—Pues bien, sea —exclamó Carlos—. Con mi palabra de caballero os aseguro que nunca pronunciaré vuestro nombre ante el padre de Violeta.

—Bien. Juradme ahora que nunca interrogaréis a Violeta acerca de mí. No hay inconveniente en que ella y por sí misma, sin ser invitada, os revele su pasado, pero prometedme que nunca se lo preguntaréis.

—También os lo juro —contestó Carlos impresionado por el triste acento de su interlocutor.

Claudio hizo un gesto de satisfacción.

—Adiós —dijo entonces—. Dentro de una hora el príncipe Farnesio estará aquí. En cuanto a mí, por si no volvéis a verme, escuchad.

—¿Por qué no he de volver a veros? —preguntó Carlos.

—Si no me volvéis a ver —insistió Claudio, como si no hubiera oído— puede darse el caso de que la niña corra un peligro cualquiera.

—Nadie pensará en buscarnos aquí, y mañana mismo nos marcharemos de París.

—Muy bien —dijo Claudio, dando un suspiro—. Precisamente os lo iba a aconsejar. No obstante, si sobreviniera algo, cualquier cosa que fuese, y vos creyeráis que yo podría ser útil a la niña, recordad que hacia la mitad de la calle Galandre, en la

Cité, hay una casita baja y aislada de las demás, cuya puerta y ventanas están siempre cerradas. Tanto de día como de noche y mientras estéis en París, siempre que tengáis necesidad de algo, id a llamar allí. Otra pregunta: ¿cuándo os marcháis?

—Mañana al despuntar el día.

—¿Por qué puerta?

—Pasaré por la calle de San Dionisio para recoger en «La Adivinadora» a un amigo a quien quiero mucho y que supongo se ha refugiado allí. Luego, acompañado del príncipe Farnesio y Violeta, tomaré el camino de Orleáns.

—Entonces saldréis por la puerta de Notre Dame des Champs.

Dichas estas palabras, Claudio dio algunos pasos como si quisiera entrar en la habitación en que se hallaba Violeta, pero se detuvo, movió la cabeza y volvió al lado de Carlos.

—Monseñor —dijo entonces en voz baja—. Esa niña os adora. Lo sé y me consta porque su alma es pura, y su corazón generoso. Ha sufrido mucho.

—Pues ya han terminado para ella toda suerte de sufrimientos —exclamó Carlos—. Os juro que la haré feliz.

Inefable alegría se mostró en el rostro del verdugo, que saludó a Carlos con humildad. Éste le tendió la mano, pero por segunda vez, Claudio fingió no advertirlo y salió rápidamente. Algunos instantes más tarde había salido de la casa.

Examinó atentamente la calle, que estaba tranquila y desierta como de costumbre. Era evidente que nadie había seguido al duque de Angulema cuando huyó de la plaza de la Grève.

—¡Salvada! —exclamó ardientemente Claudio—. Ahora ya puede decirse que está salvada.

Entonces empezó a andar, después de haber mirado tristemente la casa de María Touchet en donde quedaba la alegría de su vida. Y cuando hubo dado algunos pasos rompió a llorar. Siguió la orilla del río en dirección a la Grève y allí se mezcló con los grupos de gente del pueblo que comentaban los acontecimientos que habían tenido lugar en la plaza.

En el momento en que el verdugo se alejaba de la casa de la calle de los Listados, un hombre que salió del quicio de una puerta en que se ocultaba empezó a seguirlo a distancia. Aquel hombre era uno de aquéllos a quienes Fausta dio una orden desde el estrado. Montó a caballo y llegó a la calle de los Listados con oportunidad bastante para ver a Claudio entrar en la casa de María Touchet. Entonces ató su montura a una de aquellas anillas de hierro que había encima de los guardacantones, que servían para que los caballeros cubiertos por pesada armadura, pudieran subir con facilidad a sus caballos.

Esperó, buscando al mismo tiempo un observatorio. Cuando salió Claudio abandonó el caballo en donde lo había dejado y empezó a seguir al verdugo.

—He aquí —pensaba Claudio por el camino— que yo me había forjado la ilusión de vivir siempre al lado de Violeta, olvidando que no era un hombre como los demás.

Pero no; yo soy el verdugo.

Aquel hombre que lo seguía a distancia lo vio entonces acercarse al agua y quedarse fijo largo rato, mirándola correr.

—Soy el verdugo —se repetía el desgraciado—. Nada puede cambiar mi pasado. Aunque Violeta me haya perdonado no puedo vivir a su lado, ni al del hombre que la ama. Éste la quiere, no hay duda de ello. Violeta será la duquesa de Angulema y, lo que es más, vivirá feliz y amada.

El espía vio cómo el verdugo hacía un gesto violento, y cómo luego remontando la orilla, se dirigió hacia la plaza de la Grève.

—No importa —se lamentaba el desgraciado—, aunque él fuese el último barquero del Sena o un truhan en vez de un duque, ¿quién consentiría en vivir con el verdugo? ¿Cuál sería el enamorado que no dijera a Violeta: «Te ha educado el verdugo y por lo tanto tú también estás manchada de sangre»? Entonces huiría lleno de horror.

Llegó a la plaza de la Grève y a través de los grupos aún numerosos y agitados, se dirigió a la casa en que dejara a Farnesio.

—Una vez el verdugo desaparecido, yo muerto, todo cambia. Ya no inspiraré horror a nadie si saben que me he matado. Sólo inspiraré lástima. Sí, sí, sabrá que he muerto y que ya puede amar a Violeta. En la carta que haré llegar a Orleáns le explicaré toda la historia. Y entonces Violeta podrá decírselo todo si quiere. Será feliz, gracias a que su padre Claudio se habrá suicidado.

Entonces se halló ante la puerta de la casa de la plaza de la Grève y llamó fuertemente.

—Éste sí que es feliz —se dijo refiriéndose a Farnesio—. He aquí un padre a quien Violeta puede reconocer.

Abrió el lacayo vestido de negro, y reconociéndole, le dirigió una sonrisa.

—Quiero ver a monseñor —dijo Claudio.

—Subid —contestó el lacayo.

Y empezó a subir la amplia escalinata. En aquel momento el espía, que lo había seguido paso a paso, penetró en la casa después de haber cerrado la puerta e hizo una seña a varios sujetos que permanecían allí, ocultos. Sin duda, aquellas gentes estaban allí desde que Fausta había escrito al cardenal. Eran siete u ocho y empezaron a seguir al lacayo.

Claudio llegó a la puerta de aquella gran sala en que había estado con Farnesio y entró. En el momento que lo hacía se sintió cogido por los brazos. Apenas tuvo tiempo de ver a las gentes que le rodeaban, porque en el mismo instante se vio envuelto en densa oscuridad. En efecto, le habían cubierto la cabeza con un saco de gruesa tela.

Claudio estaba dotado de formidable fuerza. Ni dio un grito ni pronunció palabra, pero, con violento movimiento de hombros, semejante al del jabalí cuando quiere desprenderse de los perros que le atacan, se sustrajo a sus aprehensores. Al mismo

tiempo extendió las manos y al azar cogió dos cuellos. Dos gemidos breves se oyeron; doble crujido de músculos y huesos rotos y cayeron enseguida dos cadáveres al suelo.

Pero por rápido que hubiera sido este movimiento, bastó a sus contrarios para atarle el saco alrededor del cuello. Claudio privado de luz continuó la lucha silenciosa. Manejaba su puño como si fuera una maza y cuando hallaba un cráneo, el hombre caía.

De pronto tropezó y cayó al suelo. Acababan de pasarle un nudo corredizo alrededor de las piernas, y una fuerte sacudida le hizo perder el equilibrio.

Claudio, tendido en el suelo con las piernas atadas y ciego, intentó aún resistirse. Sintió cómo le colocaban sus potentes brazos sobre el pecho y los ataban, dejándole en la más completa inmovilidad.

A su alrededor oyó los gemidos de los agonizantes, y la respiración fatigosa de los sobrevivientes. Comprendió que había muerto o herido a cinco o seis.

Permaneció inmóvil dándose cuenta de que lo habían dejado solo, y pensando en Violeta. Luego sus ideas empezaron a ser más imprecisas y comprendió que iba a morir o desvanecerse. Ya no oía nada a su alrededor. Antes había oído idas y venidas y palabras cambiadas en voz baja y luego lo dejaron allí. Por fin, cuando quiso hacer un esfuerzo supremo para romper las ligaduras de sus manos, perdió por completo la noción de las cosas.

XXXIX - El tribunal secreto

¿CUÁNTO TIEMPO estuvo desmayado? No lo sabía. Al volver en sí se sintió reanimado por una impresión de frescura, al mismo tiempo que sentía el vaivén del vehículo en el que iba conducido. Cada sacudida desgarraba un poquito más sus miembros hinchados por las ligaduras. Pero no se daba cuenta de ello porque pensaba en Violeta.

¿Adónde lo llevaban? No lo sabía. Comprendió solamente que había sido transportado a una carreta durante su desvanecimiento. Comprendió también que habían esperado la noche para llevarlo y a ello atribuía aquella sensación de frescura que a través del saco que le rodeaba la cabeza llegaba a su frente ardorosa.

¿Quién le habría hecho prender? No tardó en estar convencido de que había sido Fausta y se estremeció. No por él mismo, sino por Violeta. ¿No indicaba ello que la princesa habría hallado también la pista de la joven? Pero se tranquilizó poco a poco al reconstituir la asechanza. Le pareció evidente que si lo habían esperado en la casa de la plaza de la Grève era que ignoraban de dónde venía. De pronto se detuvo el vehículo que lo transportaba y Claudio fue recogido por algunos hombres a los que no pudo ver. Oyó resonar el llamador metálico sobre una puerta de hierro, como era la del palacio de Fausta.

Claudio, llevado como un fardo, sintió que se detenían otra vez para, descorrer el cerrojo de una puerta. Luego lo echaron sobre una alfombra y cerraron de nuevo. Entonces oyó un grito de asombro. Pasos apresurados se acercaron a él, una mano rápida y ligera desató sus ligaduras y, por fin, pudo contemplar al príncipe-cardenal Farnesio que le decía:

—Claudio, ¿vos aquí?

Los ojos de Claudio, deslumbrados por una luz muy viva, se cerraron. De pronto creyó soñar, y luego abriendo de nuevo los ojos exclamó:

—¡El cardenal Farnesio!

Éste se había arrodillado a su lado. Claudio trató de incorporarse, pero sus miembros estaban entumecidos a consecuencia del largo rato que los habían oprimido las cuerdas. Dirigió a Farnesio una mirada llena de asombro.

—¿Dónde estamos? —exclamó.

—¿No lo sospecháis? —preguntó Farnesio con voz sombría—. ¿No comprendéis que estamos en casa de esa mujer a quien el demonio me indujo a servir y que pasa por la tierra sembrando la muerte, semejante al genio del mal desencadenado entre los hombres?

—¡Fausta! —exclamó Claudio que consiguió ponerse en pie—. Ya lo había sospechado. ¿Pero vos también estáis preso?

—Fui cogido en el momento en que salía de la plaza de la Grève.

—Y yo cuando volvía a buscaros.

—¿Y mi hija? —exclamó Farnesio.

—¡Salvada! Quería conducirlos a su lado. Vos sois el padre verdadero —dijo Claudio— y la niña necesita un padre que no sea el verdugo.

Dos ardientes lágrimas salieron de los ojos de Farnesio. Entre tanto el verdugo se frotaba los doloridos brazos, murmurando:

—Antes, cuando yo ataba a los condenados, apretaba las cuerdas sin pensar en el mal que hacía.

—Veamos —dijo Farnesio con temblorosa voz—. Decíais que está salvada ¿no es así?

—Así es, tranquilizaos.

—¿Y por qué queríais conducirme a su lado?

—Ya os contaré detalladamente toda la aventura; por el momento es preciso pensar en salir de aquí. La puerta es de roble y las ventanas tienen fuertes rejas. Ante todo es preciso recobrase. Dadme de comer.

—¿De comer? —balbució Farnesio.

—Sí, me muero de hambre y sobre todo de sed. Dadme de beber. Un poco de agua me aliviará mucho.

Farnesio cogió el brazo de Claudio.

—Escuchad —dijo—. Estoy aquí desde por la mañana y esta puerta sólo se ha abierto para daros paso. Yo no tengo hambre, pero también la sed me devora.

—¿Y qué? —dijo Claudio.

—Pues que no hay nada para comer ni para beber —contestó Farnesio—. Ni siquiera pan y agua.

—Pero van a venir sin duda. Esperemos, que tal vez será el medio de escapar. ¿Sois fuerte?

En aquel momento y antes de que pudiera contestar Farnesio, se apagó la lámpara que a gran altura estaba suspendida en el techo, gracias sin duda a algún mecanismo que maniobraban desde el exterior. Los dos prisioneros se quedaron silenciosos y temblando de pavor, esperando algo terrible.

Se oyó un ruido ligero y pareció a Farnesio y a Claudio que se deslizaba un lienzo de pared. Una luz débil y pálida alumbró repentinamente la oscuridad y entonces se les apareció un fantástico espectáculo.

Parecía haber desaparecido todo un muro de la habitación en que estaban encerrados. En su lugar había una reja de gruesos barrotes que la hacían infranqueable. Al otro lado de la reja veíase una habitación de grandes dimensiones, débilmente alumbrada por algunos candelabros que apenas disipaban la oscuridad. En el centro de aquella sala de que les separaba la reja, vieron el cardenal y el verdugo, inmóviles y estupefactos, una escena fantástica y terrible.

Se elevaba en el centro de tal habitación un estrado de terciopelo rojo, coronado por un dosel de seda también roja con bordados de oro. Las colgaduras de aquel dosel formaban un marco sobre el cual se destacaba la hermosa figura de Fausta.

Estaba inmóvil en un trono de marfil incrustado de oro y revestida con el traje

pontifical, de un blanco deslumbrador y cuya cola bordada de oro llegaba al pie del estrado. Llevaba una capa de terciopelo blanco, en que estaban bordadas las dos llaves simbólicas. Ceñía su frente con una tiara de oro, adornada con una cruz de rubíes de monstruoso tamaño. Reposaba los pies sobre un gran cojín de seda blanca. Fausta, vestida con aquel traje de grandiosa opulencia, escultural, hierática, llena de majestad en decoración tan extraordinaria, rodeada por cuatro criados que agitaban sobre su cabeza las blancas plumas de sus abanicos, mientras al pie del estrado veíanse seis cardenales vestidos de púrpura y doce obispos de color violeta, en tanto que a derecha e izquierda de la sala, se erguía una doble hilera de hombres de armas cubiertos de acero y apoyados en alabardas. Fausta, repetimos, en aquel marco inaudito de majestad, de fuerza y de gloria, aparecía como la expresión ideal de la soberanía pontificia.

Era la Papisa formidable y gloriosa que se dignaba mostrarse en todo su esplendor en la penumbra de aquella sala. Unos cuarenta gentilhombres en pie y sombrero en mano, estaban inmóviles tras de su trono. Reinaba en aquella asamblea un silencio terrible.

No animaba la extraña escena ni el canto del órgano, ni la voz de las trompetas, ni la salmodia de las oraciones: Parecía más bien una reunión de fantasmas.

Era magnífico y espantoso. Farnesio y Claudio, petrificados, contemplaban la visión.

De pronto se animó la estatua blanca, y Fausta se volvió hacia uno de los seis cardenales que estaban alineados al pie del estrado, e hizo un gesto con su mano pálida en que brillaba la simbólica sortija semejante a la que Sixto V ostentaba en la suya.

Claudio cogió la de Farnesio. Éste observó entonces que el cardenal, a quien Fausta había hecho una seña, tenía un papel en la mano. El cardenal avanzó algunos pasos, arrodillándose ante Fausta y luego levantándose volvió la cara hacia los presos, diciendo:

—¿Sois Juan Farnesio, obispo de Parma, cardenal, unido a nosotros por el tratado aceptado y firmado por vos ante el conclave reunido en las Catacumbas de Roma?

El cardenal Farnesio alzó la cabeza y contestó:

—Soy el que decís, cardenal Rovenni; ¿qué me queréis?

El cardenal Rovenni se volvió hacia Claudio y preguntó:

—¿Sois maese Claudio, burgués, antiguo verdugo jurado de París? ¿Sois Claudio, que aceptó el cargo de verdugo en nuestra asociación? ¿Sois el verdugo unido a nosotros por el tratado que firmasteis y entregasteis al cardenal Juan Farnesio?

—Sí —contestó Claudio.

Entonces la voz del cardenal Rovenni se hizo más grave y solemne.

—Cardenal Farnesio, y vos maese Claudio, escuchad. Estáis acusados de crímenes capitales contra la seguridad de nuestra asociación sagrada. Estos crímenes os han traído ante nuestro Tribunal Secreto, que los ha juzgado de acuerdo con su

justicia soberana. El cardenal Lenaccia ha ejercido de acusador y puesto de manifiesto los actos, pensamientos y tentativas subversivos que se os atribuyen. Los cardenales Corsé y Grimaldi, aquí presentes, han defendido a los acusados tratando de obtener para ellos la misericordia del Tribunal. Todo, por consiguiente, se ha llevado a cabo, de acuerdo con el capítulo décimo octavo de los estatutos que todos nosotros hemos aceptado como ley.

El cardenal Rovenni se volvió después hacia los obispos y los cardenales, que extendieron la mano para atestiguar la veracidad de sus palabras.

—Debo, pues —continuó—, comunicaros la sentencia sin apelación que ha sido pronunciada contra vosotros. Cardenal Farnesio —prosiguió desplegando el pergamino que en la mano tenía—. Se os acusa de haberos dejado dominar por un sentimiento humano que os ha impulsado, primero a la desobediencia y luego a la rebelión. Se os acusa de haber amado a una joven a la que llamáis hija, más que a vuestros propios deberes. Se os acusa de haber tratado de evitar la muerte a esta joven condenada por nuestro Tribunal, porque es un obstáculo, porque con ella lleva la herejía, y porque, finalmente, su vida es un peligro para nuestra Sociedad. Cardenal Farnesio, ¿reconocéis haber intentado salvar a la joven pagana llamada Violeta?

Farnesio había recobrado poco a poco su sangre fría. Sin duda, conocía ya todo aquel aparato y tal vez en otras ocasiones había formado parte de aquel tribunal y sabía, por consiguiente, la suerte que le estaba reservada. Acercóse, pues, a la reja y mirando a Fausta, dijo:

—Señora, fui el primero en rendir acatamiento a vuestra soberanía; llevé la primera piedra para construir el edificio que soñabais; y soy el primero que me rebelo contra vos. Me sometí a vuestra autoridad, porque Sixto me parecía la encarnación de la tiranía y me separo de vos porque me parecéis la personificación de la perversidad. No reconozco vuestra santidad ni vuestra soberanía. Odio vuestros proyectos y este tribunal me parece una comedia infame. Sé que vais a matarme, pero matadme sin frases. Antes de morir, sin embargo, quiero deciros que me causáis horror. Ahora entregadme al verdugo. Sin duda, uno de esos obispos felones o cardenales relapsos...

Farnesio retrocedió cruzándose de brazos. Ni un estremecimiento agitó la inmóvil asamblea, ni tampoco a Fausta que guardaba la impassibilidad de una estatua. Entonces el cardenal Rovenni añadió, dirigiéndose a Claudio:

—Maese Claudio, se os acusa de rebelión y de haber tratado de sustraer al suplicio a una joven pagana llamada Violeta; se os acusa de haberos negado a cumplir vuestra misión en esa joven que os habían entregado. ¿Reconocéis haberos hecho culpable de todos esos crímenes?

Claudio no contestó. Estaba aún bajo la impresión de asombro que desde el primer instante lo había sobrecogido, paralizando sus facultades. El cardenal Rovenni esperó un instante; luego, con voz sorda, empezó a leer el pergamino:

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; en nombre de las leyes aceptadas y reconocidas por el conclave secreto, por los dignatarios adheridos a la nueva organización eclesiástica; en nombre de nuestra Soberana, elegida para ocupar el trono de Pedro y ejercer el pontificado con el nombre de Fausta, primera en su nombre, heredera directa de la tradición instituida por la soberana Juana, oído el acusador que ha probado los crímenes cometidos por Juan Farnesio, cardenal, y Claudio, verdugo jurado; oídos los defensores, los Tres Jueces, habiendo consultado los capítulos dieciocho y veintinueve y los artículos en ellos contenidos, en su alma y conciencia declaran a Juan Farnesio, cardenal, culpable de alta traición hacia la Soberana Pontificia; y a Claudio, verdugo jurado, culpable de rebelión y traición hacia nuestra Sociedad. En consecuencia, los Tres Jueces han condenado a los acusados a la pena de muerte. En vista de los servicios prestados anteriormente por los dos condenados, los Tres Jueces ordenan que se diga una misa solemne para la salvación de su alma, y en vista del afecto que Nuestra Soberana sentía por Juan Farnesio, su Santidad se ha dignado declarar que ella misma dirá esta misa. Vista, por fin, la naturaleza de los crímenes imputados a los condenados, y las circunstancias que requieren aún el secreto, los Tres Jueces quieren y desean dejar a Su Santidad el cuidado de decidir la clase de muerte que deberá aplicarse a los dos condenados. En consecuencia, yo, Francisco Rovenni, cardenal por la gracia de Dios, juez suplente de nuestro sagrado tribunal, he leído a los condenados la sentencia de muerte en audiencia pública y solemne; y una vez leída esta sentencia en alta voz, he suplicado respetuosamente a Su Santidad, nuestra Soberana Pontificia, que sentencie sobre el género de muerte aplicable a los condenados.

En cuanto hubo terminado la lectura de esta sentencia, que tendía a dar carácter legal al asesinato de Farnesio y Claudio, el cardenal Rovenni se volvió hacia Fausta. La Papisa no hizo un solo movimiento. Únicamente sus negros ojos brillaron en la semioscuridad, y con voz tranquila en la que no podía advertirse el menor asomo de odio o de lástima, dijo:

—Nos, Fausta I, Soberana Pontificia por la elección del conclave secreto, habiendo aceptado de Dios, que me hablaba por boca de sus servidores, la misión de crear la Nueva Iglesia, habiendo asumido el derecho de recompensar a los buenos y castigar a los malos, en vista de la sentencia que condena a muerte a Juan Farnesio, cardenal, y a Claudio, verdugo jurado, en vista de que es preciso que su muerte sea secreta, fallamos:

«Que los dos condenados no sean ejecutados ostensiblemente».

«Que no sufran ningún suplicio capaz de dejar rastro».

«Que esperen la muerte en el mismo lugar en que se hallen detenidos».

«Que sean olvidados de todos los presentes».

«Que el hambre y la sed sean las encargadas de cumplir la sentencia».

Entonces se arrodillaron todos cuantos rodeaban el trono. Súbito resplandor procedente de veinticuatro lámparas descubiertas de pronto, inundó el trono de marfil, los guardias cubiertos de acero, las rojas vestiduras de los cardenales, las violadas de los obispos y los sedosos trajes de los gentilhombres. Las trompetas despidieron una fanfarria, semejante a una marcha triunfal, que acompañaba a las voces de un órgano oculto tras el trono. Sobre éste Fausta, en pie, levantó el brazo derecho y con tres dedos de aquella mano dio la bendición apostólica. De pronto desapareció aquel extraño espectáculo. Farnesio y Claudio se vieron sumidos repentinamente en profunda oscuridad. El mismo ruido de antes se repitió, y cuando se encendió de nuevo la luz del techo, gracias a un mecanismo invisible, vieron que la pared estaba igual que antes y hubieran podido creer que la escena anterior había sido una pesadilla.

—¡Qué espantoso sueño! —balbució Claudio.

—¡Qué siniestra realidad! —contestó Farnesio con voz glacial—. No habéis soñado. He asistido a dos audiencias del Tribunal Secreto y sé que las sentencias son inexorables.

—¡Cómo! ¿Estamos condenados a muerte?

—Sí, de hambre y de sed.

Claudio quería morir, pero no de aquella muerte espantosa. Dirigió a su alrededor una mirada furiosa.

—¡Esta ventana! —exclamó.

En un abrir y cerrar de ojos colocó un escabel sobre una mesa, acercó ésta a la pared y llegó a la ventana que daba al Sena.

Sintió el aire húmedo procedente del río en su semblante y oyó al mismo tiempo el rumor del agua al rozar los cimientos del palacio de Fausta. La ventana estaba defendida, por monstruosos barrotes, pero Claudio sonrió porque se sentía bastante fuerte para arrancarlos. Bajó, cogió a Farnesio por el brazo y dijo:

—No moriremos aquí. Huiremos por esta ventana antes de dos horas.

Farnesio se encogió de hombros y le contestó:

—No huiremos. Moriremos aquí.

En aquel momento, y como para confirmar la certeza que el cardenal expresaba con triste acento, un postigo se cerró violentamente en la parte exterior y tapó la ventana. Era un postigo de hierro de tres pulgadas de espesor y para desprenderlo el ex verdugo habría tenido necesidad de un mes de trabajo, una vez arrancados los barrotes de la reja. Claudio, furioso, se precipitó contra la puerta, pero al hacerlo oyó como tras ésta, que era de roble, cerraban otra más gruesa y fuerte a juzgar por el ruido que hacía.

Claudio dio un rugido. Pocos momentos antes sentía sed, pero a la sazón la garganta le ardía. Comprendió que iba a volverse loco y para terminar de una vez

quiso herirse con la daga. Pero al ir a cogerla observó que se la habían quitado. El cardenal estaba desarmado como él. Entonces la realidad, lo que Farnesio llamaba la siniestra realidad, se le apareció en todo su horror. La fuga era imposible. Estaban encerrados vivos en una tumba e iban a morir lentamente en la agonía más espantosa de todas. Claudio miró a Farnesio. El cardenal estaba sentado en el sillón, inmóvil, con los ojos cerrados, y su silueta medio borrosa en la oscuridad parecía ser ya la de un cadáver. Entonces el verdugo, con los cabellos erizados y lleno de espanto, retrocedió a un ángulo de aquella tumba, se acurrucó allí y, atormentado por la sed, se preguntó cuántas horas iba a durar el suplicio.

XL - Hágase vuestra voluntad

OBLIGADOS por las circunstancias hemos tenido que acompañar al cardenal y al verdugo hasta la puerta de su prisión. Dejamos, por consiguiente, al caballero de Pardaillán en la posada de «La Adivinadora», en donde estaba sitiado, y por otra parte a Carlos de Angulema en su casa de la calle de los Listados, en donde esperaba la llegada del padre de Violeta. Por lo tanto, en la calle de los Listados y en la de San Dionisio van a tener lugar hechos interesantes para la continuación de este relato.

Pero antes iremos tras el espía que siguió a maese Claudio hasta la casa de la plaza de la Grève, en donde fue preso.

Después que Claudio quedó sólidamente atado, y sin que le fuera posible hacer el menor movimiento para desasirse, el espía abandonó la plaza y se dirigió aceleradamente al palacio de Fausta, en donde una vez introducido y ante su presencia, dio cuenta del arresto verificado.

Fausta tenía, pues, ya en su poder a Farnesio y a Claudio, los dos padres de Violeta, uno natural y el otro adoptivo. Sin embargo, no estaba aún satisfecha, a pesar de la rapidez y de la precisión con que sus órdenes habían sido cumplidas, pues lo que ella anhelaba sobre todas las cosas era apoderarse de Violeta. Así es que interrogó largo rato al espía, con la lucidez y la penetración que hacían siempre de ella el más temible de los jueces, y de sus respuestas pudo colegir que la gitana se hallaba en el palacio de la calle de los Listados.

En seguida despidió al recién llegado y púsose a reflexionar, imprimiendo a sus pensamientos aquel orden matemático tan peculiar en ella. Rápidamente concibió la suerte que les reservaba al cardenal y al verdugo, y un momento después golpeaba la mesa con su martillo de plata:

—Que entre el cardenal Rovenni —ordenó.

Pasados breves instantes, el cardenal entró, posternándose ante Fausta.

—Sí, Santidad —respondió Rovenni—. He llegado esta mañana con los doce obispos y los cinco cardenales designados. Aquí estamos todos desde hace dos horas.

—¿Qué noticias traéis?

—Que Sixto está en Francia.

—Lo sé.

—Y que ha querido ver él mismo a Guisa antes de entregarle los millones prometidos.

—Lo sé también —afirmó ella, relampagueándole la mirada.

—En este momento está en La Rochela, y pretende avistarse con el hereje Enrique de Bearn. Yo me pierdo en conjeturas para explicarme este incomprensible cambio de política.

—Lo sé yo, cardenal, y esto basta.

—Vuestra Santidad es la omnisciencia personificada —dijo Rovenni con acento de admiración humilde y afectuosa—. En cuanto a lo demás, todo va bien. Tres

nuevos cardenales, siete obispos y doscientos sacerdotes de diferentes diócesis han sido ganados a nuestra causa y están dispuestos a presentarse en Roma.

—Eso vendrá luego, cardenal. Entre tanto, he aquí lo que puedo decir: Sixto celebró una conferencia con Catalina de Médicis, la cual le arrancó una promesa de neutralidad y lo convenció de que Guisa le haría traición. Sixto, que quiere ver en el trono de Francia a un rey que le sea adicto, ha cambiado de rumbo y se ha vuelto hacia Enrique de Bearn. Al ligarse con el hereje, acaba de perderse. En cuanto a Guisa, vacila. Su plan actual es esperar la muerte de Enrique de Valois. Debemos, pues, precipitar los acontecimientos. Preparaos todos a ir a Chartres, que es donde actualmente se halla Valois, y ya que la muerte de éste es necesaria, que muera.

—¿Pero, quién se atreverá a herir al rey de Francia?

—Tengo un instrumento, un fraile cuya mano he armado con afilado cuchillo. He encargado de ello a una mujer que no perdona. Actualmente, cardenal, hemos sido vencidos. Se han interpuesto en mi camino algunos hombres que han estado a punto de malograr nuestros proyectos. Tengo a dos de ellos en mi poder. He aquí un papel que demuestra los crímenes que han cometido contra nuestra Sociedad. Reunid, pues, al instante, nuestro Tribunal y haced de modo que esta misma noche pueda leerse la sentencia a maese Claudio...

—¿Nuestro verdugo?

—Y a Juan Farnesio —acabó diciendo Fausta.

—¿Cómo? ¡El cardenal Farnesio!

—Ha sido traidor, cardenal. Id, obrad prontamente para que sirva de escarmiento a todos.

El cardenal palideció, porque las palabras de la Soberana equivalían a una sentencia de muerte. Pero tal era el ascendiente de aquella mujer sobre todos los que la rodeaban, que disimuló su emoción y salió después de haber tomado de manos de Fausta el papel que le tendía, acta de acusación en que estaban resumidos los crímenes que se atribuían a Claudio y a Farnesio. Ya hemos visto cómo fue obedecida.

Habiendo decidido así la suerte de Claudio y de Farnesio, Fausta empezó a reflexionar acerca de Violeta.

Ésta se hallaba en la casa de la calle de los Listados. ¿Con quién? Con Pardaillán, sin duda. El caballero había libertado a Violeta de los guardias que la conducían al suplicio y luego confió la joven a uno de sus amigos, que se la llevó. Todo esto lo había visto Fausta con sus propios ojos.

Pardaillán habríase reunido a su amante en el palacio de la calle de los Listados, casa conocida de Claudio, pues a ella había acudido. Desde allí Claudio se volvió a la casa de la plaza de la Grève sin duda para ir a buscar a Farnesio, padre de Violeta. Por consiguiente, en aquel momento, Pardaillán y su amigo, que sería el amo de la casa, esperaban con Violeta el regreso de Claudio con Farnesio.

Tal fue el razonamiento de Fausta y ya se ve que había adivinado la verdad, en

cuanto era posible hacerlo por razonamientos.

La conclusión era sencilla. Tenía en su poder a Farnesio y a Claudio. Sólo faltaba ir a la calle de los Listados con fuerzas suficientes para apoderarse de Pardaillán y de su amante.

Una vez Fausta había tomado una resolución, no difería en ejecutarla. Llamó, pues, para dar las órdenes oportunas. El criado que entró llevaba una bandeja de oro en la cual había una carta.

—Un gentilhomme de monseñor de Guisa —dijo el criado haciendo una genuflexión— acaba de traer esta misiva y espera la respuesta.

Fausta tomó la carta, la abrió y al leerla se estremeció. He aquí lo que decía:

Señora, tenemos en nuestro poder al maldito Pardaillán. Está en la posada de «La Adivinadora», sita en la calle de San Dionisio y la cercamos por todas partes. Lo tenemos cogido y me ha parecido que os gustaría asistir a su prisión. Os mando, pues, a uno de mis fieles servidores, el señor de Maurevert, que se pondrá a vuestras órdenes para conducirnos al cazadero.

La carta no estaba firmada ni sellada, pero Fausta reconoció la letra de Guisa.

—Haced entrar a ese gentilhomme —dijo.

Las deducciones de Fausta estaban equivocadas, como lo demostraba la carta que acababa de recibir. Pardaillán no se hallaba en la calle de los Listados con Violeta, sino en «La Adivinadora», cercada por los hombres de Guisa.

En aquel momento entró Maurevert, y como sabía que era enviado ante una princesa, no pudo contener un gesto de asombro al ver a un paje con las armas de Guisa, donde esperaba ver a una mujer. Fausta, en efecto, no se había quitado el traje de paje que vistiera para ir a la plaza de la Grève.

—¡Caballero! —dijo—. ¿Sois el enviado del duque de Guisa?

—Sí, señora —contestó Maurevert, inclinándose y sonriendo, porque a su juicio, aquella mujer que llevaba el traje de los pajes de Guisa, no podía ser más que una de las numerosas amigas de éste.

Maurevert no había visto nunca a Fausta. Sin embargo, la conocía de nombre, y como algunos familiares de Guisa, conocía la existencia de una mujer llamada así, que investida de temible y misterioso poder, había llegado a París para ejecutar un tenebroso plan, y del cual la fuga de Enrique III y la constitución de la Liga, no eran más que sencillos incidentes. Pero Maurevert ignoraba que precisamente se hallaba en presencia de aquella mujer.

—Señora —continuó—, mi señor el duque me manda a vos para confirmaros la noticia que os da en su misiva. En efecto, el señor de Pardaillán va a ser cogido como un zorro en su madriguera. Si gustáis de asistir a ello, tened la bondad de seguirme sin demora, porque, por mi parte, tengo grandísimo interés en no perder ningún detalle.

Fausta estaba ocupada desde que entró Maurevert en examinarlo atentamente, para conocer el carácter y valía de aquel hombre. Cuando éste hubo acabado de hablar, comprendió que estaba animado por un odio inextinguible y desde entonces dejó de ser a sus ojos un mensajero ordinario.

—Señor de Maurevert —dijo sonriendo—, no tengo menos prisa que vos en reunirme con monseñor de Guisa.

—Vamos, pues.

—Un momento. Quiero deciros la causa de mi prisa, esperando que me ayudaréis en mi proyecto.

—Disponed de mí —dijo Maurevert inclinándose con elegancia—. Pero por Dios, señora, apresuraos.

Fausta lo miraba atentamente y se decía que tal vez sería conveniente para ella el utilizarlo en el vasto plan que meditaba.

—Quiero —dijo fijando escrutadora mirada sobre Maurevert—, quiero pedir un favor al señor duque de Guisa y espero que no me lo negará. Además, ya que habéis querido prometerme vuestro concurso, cuento con vos, porque sé que el duque os estima mucho.

—¿Y cuál es ese favor? —preguntó Maurevert retorciéndose el bigote con terrible impaciencia.

—Muy poca cosa —dijo Fausta—. Quiero pedirle la vida y la libertad del señor de Pardaillán.

Maurevert saltó. Se echó a reír nerviosamente y preguntó:

—¿Y pretendéis que yo pida esto al duque? Escuchad, señora. Para evitar un retraso que no me perdonaría yo mismo, permitidme que os diga algo que va a modificar vuestras ideas acerca de mí. Hace ya casi dieciocho años que conozco a Pardaillán y el mismo espacio de tiempo que espero la ocasión que hoy se ha presentado. Por consiguiente, si mi mejor amigo me dijera una palabra en favor de Pardaillán se convertiría en el acto en mi enemigo mortal. Si mi padre hiciera un gesto para salvar a Pardaillán, sería capaz de matarlo. Si el duque de Guisa os concediera el perdón de Pardaillán mataría al duque aun cuando sus guardias debieran destrozarme. Y si vos misma pedís su perdón al duque, os mataré.

Al decir estas palabras, Maurevert, fuera de sí y con la mano crispada sobre el mango de su daga, parecía, efectivamente, estar pronto a arrojarse sobre Fausta. No obstante, haciendo un esfuerzo consiguió dominarse e inclinándose dijo:

—Adiós, señora. Perdonadme la violencia de las palabras que he pronunciado a pesar mío. Perdonadme también que no os acompañe sabiendo lo que vais a pedir.

—A pesar de todo lo pediré —dijo Fausta levantándose.

—Por fortuna —exclamó Maurevert— no tendré necesidad de matar a una mujer tan hermosa como vos, porque creo que el mismo duque será capaz de mataros por mucho que le pese luego, antes que concederos la vida y la libertad de su mortal enemigo.

—Pues no dudéis de que me lo concederá —dijo Fausta con autoridad irresistible—. Lo que os rehusaría y se rehusaría tal vez a sí mismo, me lo concederá a mí.

—¡A vos! —exclamó asombrado Maurevert—. ¿Por qué? ¿Quién sois para hablar de este modo de mi señor, del que en breve será rey de Francia?

—Hablo así porque si vos y París obedecéis a Guisa, éste me obedece a mí. Porque yo soy la que dicta todos sus actos. Yo soy la que ha revolucionado el reino y destronado a Enrique III. Soy la que prepara el trono para vuestro amo. Soy la enviada para restablecer las cosas en su debido orden, que la ignorancia de los reyes, el orgullo de los sacerdotes y la revolución de los pueblos habían alterado y, por fin, sabed que soy Fausta.

—¡Fausta! —exclamó Maurevert con temor.

Y entonces evocó la misteriosa leyenda de infinito poder que acompañaba al nombre de aquella mujer que, pronunciado en voz baja en torno de Guisa, hacía palidecer a éste, y despertaba el eco de una conspiración profunda. Aquel nombre, pues, hizo que Maurevert se sintiera sobrecogido por supersticiosa angustia.

Dirigió una rápida mirada hacia la mujer que se le aparecía con tan majestuoso aspecto y sin poderlo remediar dobló las rodillas.

—¡Maurevert! —dijo Fausta con apacible tono—. Ya conozco tu odio contra Pardaillán y ahora que sabes quién soy te pregunto: ¿quieres darme la vida y la libertad de ese hombre?

El vértigo se apoderó de Maurevert. Su rabia fue extraordinaria al pensar que Pardaillán se le escapaba nuevamente, y por un instante sintió deseos de dar muerte a Fausta. Pero, tras aquellas puertas, adivinó a los guardias que velaban dispuestos a acudir al menor grito; tras Fausta vio a Guisa amenazador y a toda la Liga pidiéndole cuenta de aquel asesinato. Dio un suspiro y resignándose a aplazar su venganza murmuró:

—Hágase vuestra voluntad.

Y como si sus fuerzas lo hubieran abandonado después de su derrota, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas y se levantó balbuciendo:

—Mi odio constituía mi vida entera. Pongo, pues, mi vida en vuestras manos.

Fausta entonces invitó a Maurevert a que se sentara y su rostro adquirió encantadora expresión. Pero Maurevert movió la cabeza.

—He aquí un hombre que está a punto de odiarme —pensó Fausta— y es necesario que su odio se convierta en adoración. Señor de Maurevert —dijo en voz alta— al hacerme el sacrificio voluntario de vuestro odio adquirís derecho a mi agradecimiento. Quiero ofreceros una recompensa digna de vos.

Maurevert movió nuevamente la cabeza.

—Ante todo —continuó apaciblemente Fausta— sabed que vuestro odio, a pesar de tan hermoso sacrificio, será satisfecho.

—¿Qué queréis decir? —preguntó ardientemente Maurevert.

—Que Pardaillán morirá. Que no solamente no pediré su perdón al duque, sino

que os lo entregaré en cuanto lo hayan cogido.

Maurevert dio un grito de alegría. Por un momento sospechó que aquella mujer se burlaba de él. Pero no, en el rostro de Fausta pudo leer la más completa sinceridad.

—Señora —dijo con vehemencia—, hace poco puse mi vida en vuestras manos, pero ahora añado que os pertenezco por entero y que estoy dispuesto a perderla por vos.

—Ahora es mío —pensó Fausta—. Señor de Maurevert, acepto vuestra promesa y os la recordaré en tiempo oportuno.

—Me hallaréis dispuesto a cumplirla. Pero ¿no os parece, señora que debo ir a reunirme con el duque de Guisa?

—No temáis nada. Nadie se atreverá a empezar el ataque contra «La Adivinadora» sin orden mía, y vos llevaréis la orden. Ahora escuchadme: os conozco, como también al señor de Maineville, a Bussi-Leclerc y a todos los que rodean al duque de Guisa. Sé que sois pobre y que el duque está lo bastante seguro de vuestra fidelidad para no reservaros más que empleos subalternos. Hace dieciocho años que estáis a su servicio y no habéis hecho fortuna a su lado... Tal vez porque estáis absorto en una idea fija. En suma, sois un caballero pobre, de quien hacen poco caso los orgullosos gentilhombres de Guisa y que no tenéis grandes esperanzas de avanzar en vuestra carrera aunque el duque llegue a ser rey, porque cuanto más alto está el hombre, menos puede divisar a sus pequeños servidores.

—¡Señora! —exclamó Maurevert humillado por aquellas palabras verdaderas, pero crueles.

—¿Me engaño acaso?

—No, lo que decís es la pura verdad.

—¿Queréis ser rico de una vez? ¿Queréis adquirir a un tiempo dinero y situación lisonjera? Mañana mismo os haré entregar cien mil libras y en lo sucesivo un empleo importante en la corte de Francia, algo así como capitán general de los guardias, si estáis dispuesto a obedecerme.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Maurevert deslumbrado.

—Ya lo sabréis esta noche. Venid a las once y entonces os diré lo que espero de vos. Ahora podéis ir a reuniros con el duque. He aquí mis órdenes en lo que concierne a vuestro enemigo. Coged vivo a Pardaillán y llevadlo a la Bastilla. Añadid que quiero que me avisen en cuanto lo capturen.

—Yo mismo os avisaré —contestó Maurevert, inclinándose aturdido por lo que ocurría y más aún por el autoritario tono con que aquella mujer daba órdenes al rey de París, futuro rey de Francia.

Fausta hizo un gesto de benevolencia altanera y Maurevert, alejándose, se encaminó a toda prisa hacia la calle de San Dionisio. En cuanto a Fausta, así que se hubo marchado Maurevert, apoyó la cabeza en una mano y murmuró:

—¡Pardaillán está cogido! Pronto van a conducirlo a la Bastilla. ¿Es alegría o terror lo que hace palpar mi corazón? ¡Oh, miserable! ¡Si no puedo arrancarte de mi

pecho, por lo menos ahogaré tu rebelión! Pardaillán morirá sin yo verlo de nuevo. Mañana decidiré su suerte.

Y moviendo la cabeza como para librarse de una idea que la molestaba en aquel momento, se dijo:

—¿Pero quién estará ahora el palacio de la calle de los Listados? ¿Dónde está Violeta? Es preciso averiguarlo inmediatamente.

Hecha esta reflexión, llamó a Myrthis y a Lea, que por su orden le trajeron un vestido de gentilhomme. Quitóse el de paje que hasta entonces había, llevado, se cubrió con el que acababan de traerle, ocultó su rostro con un antifaz de seda blanca y montando a caballo se dirigió hacia la calle de los Listados escoltada por un solo criado.

Aquel criado era el espía que siguiera a maese Claudio.

En cuanto hubieron llegado, el espía se adelantó y fue a llamar al palacio de donde viera salir a Claudio. Fausta echó pie a tierra y al cabo de pocos instantes se abrió un ventanillo por el que asomó un hombre.

—¿Qué queréis? —preguntó mirando de paso a la calle y tranquilizándose, al observar que sólo había en ella los dos hombres que llamaban.

—Vengo de parte del señor caballero de Pardaillán, de maese Claudio y de monseñor Farnesio —contestó Fausta.

¿Fue por efecto de esa triple recomendación o bastó un solo nombre? El caso es que apenas hubo dado tal respuesta se abrió la puerta y el criado dijo:

—Entrad; monseñor os espera.

—¡Monseñor! —se dijo Fausta extrañada.

Y entró sin vacilar, en apariencia, pero disimuladamente se aseguró de que en su cinto estaban la pistola y la daga de que se había armado.

—Venid, caballero —dijo el servidor atravesando la antecámara.

Por muy de prisa que Fausta hubiese cruzado aquella habitación llena de muebles antiguos, no dejó de observar algunas de sus particularidades. En un lienzo de pared vio un retrato de mujer de dulce y melancólica belleza. Encima había un tapiz que en letras de oro tenía la divisa: «*Je charme tout*».

—¡María Touchet, la amante de Carlos IX!

En la sala en que fue introducida, Fausta vio la misma divisa e igual retrato acompañado por otro de Carlos IX. Fausta sonrió murmurando:

—Estoy en el palacio de María Touchet. Y el amigo de Pardaillán a quien Violeta ha sido confiada, es el que insultó a Guisa en la plaza de la Grève, el que vino a París para vengar a su padre, en una palabra, Carlos de Valois, duque de Angulema.

En aquel momento se abrió la puerta y Carlos de Angulema, avanzando rápidamente, dijo emocionado:

—Sed bienvenido, caballero, vos que venís en nombre de las tres personas que en este momento ocupan todo mi pensamiento.

XLI - La entrevista con Carlos

DESPUÉS de la salida de Claudio, el duque de Angulema se quedó unos instantes pensativo sin poder olvidar a aquel hombre que le inspiraba a la vez lástima, simpatía, temor, y sobre todo curiosidad por el secreto que había en su vida. Sin duda alguna aquel secreto era terrible. Violeta lo conocía, pero Carlos había jurado no interrogar a la joven.

Muy pronto el pensamiento de Carlos tomó otro rumbo. Se embebió por completo en su amor. Apenas algunos meses habían transcurrido desde el día bienaventurado en que conoció a Violeta y en que sólo al verla ya nació su amor.

Ese bendito día se hallaba en Orleáns y pasando ante la catedral con algunos señores amigos para ir de caza, vio a un grupo de gente alrededor de un carro de saltimbanquis, lo que constituía una diversión extraordinaria para una ciudad tranquila como aquélla.

Los hombres contemplaban admirados a dos muchachos altos y de extraordinaria delgadez, uno de los cuales engullía pedruscos y se metía por la garganta una espada de acero, mientras el otro se tragaba estopas inflamadas, con aparente satisfacción.

En cuanto a las mujeres miraban asombradas y llenas de curiosidad a una gitana cubierta con un antifaz rojo, y cuyos dorados cabellos caían desparramados sobre sus hombros. Aquella gitana decía la buenaventura a quien quería mostrarle la mano.

Pero el joven duque de Angulema no miraba ni a la misteriosa gitana del antifaz rojo, ni a los dos gigantes esqueléticos, ni tampoco al jefe de toda aquella gente. Su mirada estaba fija sin poder apartarla de una jovencita vestida miserablemente, pero tan bonita y de cara tan simpática, que parecía más bien una de las imágenes de la catedral. Estaba sentada ante la entrada del mísero carro, y acompañándose con una guitarra italiana, cantaba con voz melancólica y pura que llegaba al corazón.

¿Fue casualidad o atracción magnética? El caso es que los ojos de la pequeña artista se fijaron en los del duque y aquella mirada fue la que inflamó el amor de Carlos y de Violeta, que tal era el nombre de la gitanilla.

Estos recuerdos evocaba en su espíritu el de Angulema en el momento en que había podido reunirse con su adorada. En cambio no recordó las horribles escenas que recientemente habían tenido lugar en la plaza de la Grève, pues todo ello había quedado oscurecido por la dicha que sentía. Sólo experimentaba la profunda alegría de poder repetirse:

—Está allí, tras esa puerta.

Y entró. Violeta al verlo se levantó y dando dos pasos cogió las manos del joven exclamando:

—¿Vos aquí, querido señor? Os esperaba.

Estaba un poco pálida. En sus ojos se reflejaba el amor y la alegría.

Carlos, deslumbrado, cogió una mano de la joven y la llevó a sus labios con más cortesía que amor. El joven estaba tembloroso y no sabía lo que iba a decir. Entonces

tuvo una inspiración repentina y condujo a la joven ante un gran retrato de una mujer que sonreía bondadosamente y dijo:

—Mi madre.

Violeta miró atentamente el retrato, unió las manos y dijo:

—¡Qué hermosa es, querido señor! ¡Cuán buena debe ser y cuánto ha debido amar!

Carlos, emocionado por las observaciones de la joven, la condujo ante otro retrato diciendo:

—Mi padre, el rey Carlos IX, tal como era dos años antes de su muerte.

Violeta miró el retrato con atención y luego murmuró:

—¡Pobre rey!

Carlos de Angulema se impresionó. No era posible hallar palabras más justas para traducir la impresión que daba el ver aquel pobre rey pálido y con los ojos extraviados en los que se adivinaba ya cierto brillo vesánico.

—¿Lo compadecéis? —preguntó el duque.

—Sí, ha debido sufrir mucho.

Carlos se volvió, fue a un antiguo cofre adornado con preciosas figuras talladas en madera, lo abrió y sacó de él un frasco lleno de vino rojo, y un cubilete de oro cincelado que estaba cerrado en un estuche, y después puso aquellos dos objetos sobre la mesa.

—He aquí —dijo— la copa en que bebía mi padre. El día en que murió, mi madre estuvo un instante a su lado. Él le rogó que le diera de beber por última vez en este cubilete que mi madre compró a Diana de Francia, hija de Francisco I, para regalarlo a mi padre. Este vaso fue cincelado por Benvenuto Cellini. Sirvió a Francisco I. Diana de Francia, que lo había heredado de su padre, no podía decidirse a cederlo a mi madre que, en cambio, le entregó un collar de esmeraldas tasado en mil escudos de oro.

Los dos jóvenes, emocionados en extremo, hablaban de cosas indiferentes y que no se relacionaban con su amor, del cual no decían una palabra, si bien sus ojos se encargaban de suplir la falta.

—Fijaos —continuó Carlos—. El gran artista representó alrededor de esta copa los seres aéreos que revolotean como mariposas entre flores, y que sostienen una bandera, sobre la cual Francisco I quería hacer grabar una divisa. Pero no lo hizo. Y por esta razón Carlos IX, mi padre, hizo grabar aquí la divisa que imaginó para mi madre.

Violeta, con sus dedos finos y pálidos examinaba la copa, magnífica joya cuyo oro bruñido despedía brillantes resplandores.

—Leed —dijo Carlos.

—No sé leer —contestó sin avergonzarse.

—¡Oh, ya os enseñaré, si queréis! Esta divisa es la de mi madre: «*Je charme tout*».

—¡Oh, qué hermosa divisa! —contestó Violeta—. ¡Cuán bien sienta a vuestra hermosa madre!

—Y a vos también —exclamó Carlos.

Y se miraron sonriendo. Luego Carlos sacó del cofre otro estuche que contenía algunas joyas, especialmente sortijas de diamantes y brazaletes. Entre las primeras había una muy sencilla de oro mate que tenía una perla incrustada en el engarce. Era una joya frágil, de admirable finura.

—He aquí —dijo entonces— una sortija que Carlos IX dio a mi madre el día de mi nacimiento. Mi madre me la dio cuando salí de Orleáns diciéndome que sería la sortija de boda de la que yo escogiera por esposa.

Carlos estaba en extremo emocionado y en cuanto a Violeta se conceptuaba feliz sobre toda ponderación.

Carlos dejó su sortija sobre la mesa. Luego, con mano temblorosa, vertió en el vaso de oro algunas gotas de vino rojo que cayeron semejantes a rubíes. Entonces tendió la copa a su adorada, que la tomó dando un suspiro:

—Desde que murió Carlos IX —dijo el joven duque— nadie ha puesto los labios en los bordes de este vaso, querida Violeta. Sé que entre los gitanos con los que habéis vivido existe una costumbre poética y encantadora. Dicen que la joven que elige esposo, bebe vino en un vaso y lo ofrece enseguida al preferido de su corazón ¿no es verdad?

—Es cierto, mi querido señor —dijo Violeta sosteniendo el vaso de oro mientras su rostro palidecía.

Y en aquel momento, vestida con la túnica blanca de las condenadas, con los largos cabellos dorados esparcidos sobre los hombros y su graciosa actitud, parecía una de aquellas ninfas de que habla Virgilio.

—En efecto, esta costumbre existe —continuó— y ya que soy gitana a medias, hoy quiero seguirla. Como vos, bebo en la copa.

Y humedeció sus labios en el rojo licor.

Luego, sonriendo dulcemente, tendió a Carlos el cubilete de oro y el joven lo vació de un trago. Entonces, pálido y ebrio de felicidad, tomó la sortija y la puso en un dedo de Violeta balbuciendo:

—He aquí la sortija de boda que me ha dado mi madre. Os pertenece, Violeta, porque sois mi dulce prometida.

Embriagados los dos y extasiados de felicidad, se buscaban las manos y los brazos se abrían para estrecharse entre ellos, cuando en aquel momento se abrió la puerta y casi enseguida apareció el criado de confianza del duque.

Carlos se dirigió a él preguntando:

—¿Es el príncipe Farnesio?

—No, monseñor, sino un joven que viene de su parte, así como de la del caballero de Pardaillán y de maese Claudio.

—¡Mi padre! —murmuró Violeta—. ¿Acaso se ha marchado mi padre?

—Querida mía —le dijo Carlos—. Ahora sabremos dónde está e iremos a reunirnos con él. No temáis nada.

Y dichas estas palabras, fue hacia la sala en que esperaba el joven anunciado, en tanto que Violeta se quedaba llena de ansiedad, pero tranquilizada por las palabras de su amante.

El duque saludó con exquisita cortesía al que podía considerar casi como amigo, toda vez que venía en nombre de Pardaillán, de Farnesio y de Claudio. El mensajero se inclinó preguntando:

—¿Tengo el honor de hablar a monseñor Carlos de Valois, conde de Auvernia y duque de Angulema?

—¡Una mujer! —murmuró Carlos; y contestó enseguida subrayándolo:

—Sí, *caballero*.

—Monseñor —continuó entonces Fausta—, mi nombre no es conocido. Es el nombre de una pobre mujer traicionada y reducida a la desesperación por un varón que en este momento reina en París.

—¿El duque de Guisa?

—Sí, y para vengarme de él he adoptado este traje que me ha permitido entrar en París sin temor a ser reconocida. Pero esto importa poco. Os lo explico sencillamente para disculparme de haber penetrado aquí como un hombre. Consideradme solamente como la mensajera de vuestros amigos.

—¡Oh, señora! Sed bienvenida de cualquier modo. Por otra parte no tengáis cuidado. Vuestra desgracia me inspira simpatía, pues según veo sois una víctima de Guisa.

—No hablemos más de ese hombre —dijo Fausta sentándose en el sillón que le señalaba Carlos— y vengamos al mensaje que me han encargado transmitir.

—Lo espero ya con impaciencia.

La situación de Fausta era algo peligrosa. Con la fría audacia que presidía sus actos, hablase aventurado a lo desconocido. Sabía muy pocos detalles y, para forjar bien su mentira, era preciso obligar a Carlos a que se los diera.

—Monseñor —dijo—, permitidme una pregunta. Vuestros tres amigos han parecido inquietarse mucho por un detalle que, en mi calidad de mujer que ha sufrido, me ha interesado grandemente. La joven a quienes ellos llamaban Violeta ¿está aún en este palacio?

—Sí, aquí está aún —dijo Carlos sin sospechar lo más mínimo, porque la voz de aquella desconocida le inspiraba viva simpatía.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó ésta radiante de alegría—. El señor de Pardaillán tendrá gran satisfacción al saberlo. Lo digo porque me parecía el más inquieto de los tres. Sin duda ama a esta joven. Dispensadme, pero me pareció que estaba tan impresionado...

—Pardaillán ama sin duda a Violeta —contestó Carlos sonriendo— aun cuando la conoce desde hace muy poco tiempo. Si estaba inquieto reconozco en ello su

generosa amistad, porque Violeta, señora, es mi prometida y yo tengo la dicha de ser amigo del caballero.

A estas palabras Fausta tuvo que hacer un esfuerzo terrible para contener un grito de sorpresa. Tal noticia la trastornaba. Era la anulación de todo cuanto había imaginado. Violeta no era la amante de Pardaillán, sino la prometida de Carlos de Angulema. No pudo contener un suspiro, manifestación tal vez de inmenso júbilo.

Por hablar algo y para ganar tiempo, dijo:

—Ahora ya no me asombra el interés que el señor de Pardaillán parecía demostrar por esa joven, parece sentir por vos inmenso afecto.

—Sí —dijo Carlos enternecido—. Pardaillán es amigo mío y algo así como un dios tutelar. No solamente le debo la vida, sino también toda mi dicha actual, porque si he podido hallar a la que amo, y si ella no ha muerto, se lo debo a él también.

—¿Cómo? —exclamó Fausta—. ¿Acaso la pobre niña ha estado en peligro de muerte?

La pregunta era tan natural, la voz tan simpática y la locuacidad tan poderosa en los enamorados, que Carlos empezó a relatar los sucesos de la plaza de la Grève, insistiendo acerca del heroísmo del caballero de Pardaillán.

Fausta, mientras escuchaba con atención, formaba su plan, cambiaba sus baterías y decidía la suerte de Violeta.

Ya no era necesario matarla. Bastaba con alejar para siempre a la joven del duque de Guisa. Y la situación se resumía así:

Apoderarse de Carlos de Angulema, enemigo de Guisa, obstáculo posible y hasta seguro en el camino del trono. Apartar a Violeta, que era otro obstáculo.

Pardaillán estaba ya cogido o iba a serlo. Farnesio y Claudio eran sus, prisioneros y aquella misma noche el tribunal los condenaría a muerte. Sólo faltaba, pues, apoderarse del duque de Angulema y alejar a Violeta sobre este doble objeto se concentró entonces toda la fuerza de voluntad y toda la inventiva de Fausta. Cuando Carlos hubo terminado su relato, desbordante de amor para su prometida y de afecto y reconocimiento para el caballero, Fausta dijo:

—Lo comprendo perfectamente. Esos caballeros, en su apresuramiento no pudieron darme más que detalles incompletos, y yo no comprendía bien la misteriosa cita que os daban.

—¿Una cita? —preguntó Carlos asombrado.

—Ya veo que es preciso comunicaros detalles. Como ya os lo he dicho, monseñor, a pesar de estar muy vigilada he entrado en París a favor de mi disfraz. Franqueza por franqueza. Permitidme que os diga que no me anima un asunto de amor contra el que llaman rey de París y sostén de la Iglesia. Para decíroslo todo en una palabra, soy de la religión reformada, lo que ellos llaman una hugonote.

Carlos se inclinó. Tenía sobrada independencia de espíritu para no asombrarse por aquella confesión. Pero en aquella época era terrible. Tanto valdría en nuestros días confesarse culpable de haber asesinado al padre o la madre.

—En este caso, señora —dijo—, os recomiendo que os ocultéis bien, porque en París matan sin piedad a todos los de vuestra religión.

—Lo sé —dijo Fausta con tono de amargura admirablemente fingido—. Ya sé que los de mi religión y todos los adictos a nuestro gran rey Enrique de Navarra, son condenados a muerte, en cuanto caen en poder de los guisardos. Tened la certeza de que a otro no habría hecho semejante confesión.

—Aquí, señora, no habéis de temer nada.

—Sin embargo, caballero, vuestro padre fue un cazador de hugonotes. ¡Oh! Yo ya sabía que vos no sois un fanático tan... feroz y que podía confiarse mi secreto a vuestro noble corazón.

Tales palabras eran las más propias para aumentar la confianza del joven duque, y hubieran bastado a disipar sus sospechas si las hubiese tenido. Pero no era así. Únicamente aguardaba que su visita explicara el motivo de su presencia. Fausta continuó:

—Siendo, pues, hugonote, como dicen, y hallándome en París para cumplir una misión difícil, adopté este disfraz, y me dirigí al hotel de... ¡Ah!, perdonadme si me callo el nombre, pero este secreto no me pertenece.

Carlos hizo un gesto de asentimiento.

—Me albergué, pues, en una sencilla posada situada en la calle de San Dionisio, «La Adivinadora».

Carlos escuchaba con grandísimo interés.

—Pasé allí la noche tranquilamente y la mañana transcurrió sin incidentes. Me disponía a salir, cuando se llenó la calle de ruido. Gritaban por todas partes contra alguien que huía. ¡Ay!, dije yo. He aquí uno de mis hermanos perseguido. De pronto, un hombre con el traje destrozado penetró en la posada y casi enseguida pasó por la calle, como una tromba, un grupo de caballeros.

—¡Era Pardaillán! —exclamó Carlos.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Fausta con ingenuidad admirablemente fingida.

—Lo sé, porque este generoso amigo, para salvarme y salvar a la que amo, arrastró tras él a los caballeros de Guisa. Era él ¿no es eso? ¿Se ha salvado, verdad? Decídmelo ante todo.

—Sí, se ha salvado, tranquilizaos. Ese caballero, como supe muy pronto, era, en efecto, el señor Pardaillán. Yo lo tomé por hugonote y abriendo la puerta de una habitación en que me hallaba, le hice seña de que se refugiara allí. Acercóse no como alguien que quiere ocultarse, sino con la mayor tranquilidad, como si no le amenazara ningún peligro.

—En eso le reconozco.

—Le pregunté si era de mi religión y él me contestó diciéndome su nombre pero sin explicar los motivos de que lo persiguieran. Entonces hice cuanto supe para lavar y curar sus heridas. Entre tanto los gritos hostiles continuaban en la calle, pero, felizmente, nadie se preocupaba de entrar en la posada y los caballeros estaban ya

lejos. Dos horas transcurrieron así, y ya el caballero se reponía de la debilidad que le causaran sus heridas, cuando entraron en la habitación dos hombres a quienes yo no conocía. El caballero les hizo una seña y ellos se acercaron. Y, cosa extraña, pronunció su nombre y el vuestro como si aquellos dos hombres no lo hubieran conocido. Eran, como luego supe, el príncipe Farnesio y un burgués llamado Claudio.

—En efecto, no le conocían. Continúad, señora.

—Entonces sostuvieron una conversación bastante larga en la que se trató de vos y de la joven. El burgués dijo que venía de vuestro palacio, de donde salió para ir a buscar al príncipe Farnesio.

—Es verdad —exclamó Carlos, que escuchaba atentamente a Fausta.

—Añadió que los dos salieron con intento de venir a la calle de los Listados, pero que maese Claudio fue reconocido por los guardias del duque y que se vieron obligados a huir como antes lo había hecho el caballero de Pardaillán. Penetraron en la calle de San Dionisio y luego en la posada de «La Adivinadora» para esperar que se calmara el tumulto.

—Voy a reunirme con ellos.

—Guardaos —dijo Fausta—. Además no los encontraríais. Escuchad el fin de mi mensaje.

—Excusadme, señora, y servíos continuar.

—Entonces —añadió Fausta—, el llamado maese Claudio empezó un largo relato. Comprendí que se trataba de vos y la palabra casamiento resonó varias veces en mis oídos. Tal relato fue escuchado religiosamente por el príncipe Farnesio y el caballero de Pardaillán. Por fin el burgués maese Claudio fue a examinar la calle y volvió diciendo que estaba llena de gentes encolerizadas y que empezaban a registrar las casas vecinas. El caballero de Pardaillán propuso salir por una puerta trasera. ¿Pero dónde ir luego? Entonces, monseñor, indiqué a aquellos tres hombres, cuya situación me había interesado grandemente, que se albergaran en el cercano palacio de uno de mis amigos. «Sí» —dijo el príncipe Farnesio—, «¿pero cómo avisaremos al prometido de mi hija?».

Carlos encontraba naturalísimo el relato que le hacía Fausta y no concebía la menor sospecha.

—Cuando el príncipe Farnesio hubo manifestado la necesidad de avisaros, Pardaillán declaró que se comprometía a atravesar París para llegar a vos.

—¡Qué valiente! —murmuró Carlos.

—Pero en la calle resonaban aún los gritos del pueblo y era seguro que si el señor de Pardaillán salía lo reconocerían, no tardando en destruirlo. Entonces me adelanté para ofrecer mis servicios.

—¡Ah, señora! —exclamó Carlos cogiéndole una mano y llevándola a sus labios—. Hace poco estaba resuelto a respetar vuestro secreto, pero ahora os ruego encarecidamente, que me digáis a quién debo un servicio tan grande.

Fausta movió la cabeza y murmuró:

—No vale la pena y no merezco por ello vuestra gratitud. Mi nombre es el de una pobre mujer. Volviendo al objeto de mi mensaje, se convino que los tres hombres buscarían abrigo en el palacio de mi amigo y que saldrían por la noche. El señor de Pardaillán me recomendó decir que iba de parte del príncipe Farnesio, de maese Claudio y del caballero de Pardaillán. Entonces salimos todos por una puerta de servicio y los conduje al domicilio de mi amigo, en donde están completamente seguros y de donde saldrán a las once de esta noche. He aquí exactamente lo que me dijo el caballero de Pardaillán: *«Por Dios, señora, suplicad al duque que no se mueva en todo el día de su casa»*.

—¿Y qué debo hacer esta noche? —preguntó Carlos.

—Ahora os lo diré. En el momento en que me disponía a alejarme, el príncipe Farnesio me cogió la mano, me dio las gracias y me encargó transmitir las siguientes palabras: *«Esta noche, a las doce, esperaremos al duque y a mi hija en la iglesia de San Pablo. Que no se preocupe de nada porque todo estará dispuesto»*.

—¿En la iglesia de San Pablo? —repitió Carlos extasiado.

—Son sus propias palabras y confieso que me han parecido extrañas. Pero empiezo a comprender...

—Sí —dijo Carlos—. Lo comprendo perfectamente. Esta noche a las doce en la iglesia de San Pablo con Violeta. Allí estaré.

Fausta se levantó, diciendo:

—Réstame tan sólo, monseñor, deseáros tanta felicidad como merecéis.

—¿Cómo podré pagaros mi deuda de agradecimiento? —murmuró Carlos.

Fausta pareció vacilar algunos momentos como si estuviera muy emocionada y luego, contestó:

—Recomendando a la duquesa de Angulema que de vez en cuando ruegue por mi marido... Agrippa, barón de Aubigné.

Y al mismo tiempo salió de la estancia.

—¡La baronesa de Aubigné! —murmuró Carlos—. ¡Ah! Ahora comprendo por qué no quería decir su nombre. No temas nada, noble corazón, que antes de hacer traición a tu secreto, sería capaz de arrancarme la lengua^[3].

El duque de Angulema, profundamente agradecido, y penetrado del convencimiento de que, realmente, su interlocutora era la baronesa de Aubigné, la acompañó hasta la calle. Algunos instantes más tarde, Fausta, montada en su caballo que iba al paso, y seguida a distancia por su criado, desaparecía en la inmediata esquina, diciéndose en voz baja:

—Ahora sólo me falta casar a Violeta.

Carlos, observando que la calle estaba perfectamente tranquila, volvió a entrar en el palacio y lleno de alegría se reunió con Violeta, a la que dijo, cogiéndole la mano:

—Querida mía, esta noche seremos unidos para siempre, y os llamaréis la duquesa de Angulema.

XLII - El casamiento de Violeta

LA IGLESIA de San Pablo estaba a dos pasos del palacio de María Touchet. El duque de Angulema admiró la previsión de Pardaillán por haber escogido aquella iglesia con preferencia a otra cualquiera.

No tenía ninguna duda acerca de la identidad de la mensajera. Y, no obstante, antes de cerrar la puerta de la casa, no pudo abstenerse de observar la calle a derecha e izquierda. Sólo vio a algunas mujeres que tranquilamente transitaban, y convencido de que nadie pensaba entonces en molestarlo, fue a reunirse con Violeta.

Pero si Carlos hubiera tenido la idea de seguir a la mensajera, habría visto cómo, ya en la inmediata calle, el lacayo echó pie a tierra, y mientras la baronesa de Aubigné continuaba tranquilamente su camino, aquel lacayo fue a dejar su caballo en una posada y a apostarse a veinte pasos del palacio de María Touchet, ocultándose en uno de los numerosos ángulos que formaban las casas mal alineadas.

Poco a poco, y antes de que llegara la noche, aparecieron otros personajes en la calle y ocuparon sitios semejantes al que eligiera el lacayo, de modo que si una hora después de la salida de la mensajera, Carlos hubiere tenido la idea de salir de la casa, no habría dado diez pasos sin tropezar con uno de aquellos espías.

Llegada la noche, se produjo un movimiento extraño alrededor de la iglesia de San Pablo. Diversos grupos, compuesto cada uno de diez o doce hombres, tomaron posiciones ante cada una de las puertas de la iglesia, y de la calle de San Antonio llegó una pesada carroza.

Mientras Fausta tomaba sus disposiciones, Carlos y Violeta continuaban absortos en su amor en la misma sala que antes oyera los tiernos diálogos de Carlos IX y María Touchet. Por fin dieron las once.

—Ya es hora —dijo Carlos con dulzura.

—Vamos, señor —contestó Violeta.

La joven vestía aún la túnica blanca que había llevado en la plaza de la Grève, pero Carlos fue a un armario antiguo y tomando un manto que había pertenecido a su madre, lo echó sobre los hombros de su adorada. Entonces le dio la mano y después de haber recomendado a los criados que tuvieran la casa dispuesta para cuando al día siguiente volviera en compañía de la duquesa de Angulema, salió.

Una vez en la calle, Violeta se cogió de su brazo.

Y extasiados los dos, sin pronunciar una palabra, se encaminaron a la iglesia de San Pablo.

* * * * *

Las once de la noche. Era el momento en que Claudio y Farnesio escuchaban en casa de Fausta la sentencia del tribunal secreto que los condenaba a muerte. Era el

momento en que la suntuosa y fantástica visión desaparecía a los ojos de los condenados y en que, lívidos y con la garganta ardiente, pensaban estremecidos de horror en el hambre y la sed que iban a sufrir.

Cuando el lienzo de pared se hubo cerrado nuevamente y Fausta en pie dio la bendición papal, los que la rodeaban se retiraron lentamente.

Fausta bajó del trono y se dirigió a un dormitorio cuya sencillez casi cenobítica habría asombrado a cualquiera que hubiese podido admirar las maravillas que contenía aquel palacio. Era la habitación en que dormía Fausta. Y en ella no penetraban otras personas extrañas que Myrthis y Lea.

Éstas se hallaban allí en espera de su soberana. Le quitaron el espléndido traje que llevaba y entonces vistió nuevamente el de caballero con el cual se había presentado en la casa de la calle de los Listados. Entonces se dirigió a aquella elegante sala que podía pasar por el tocador de una mujer coqueta. Allí la esperaba sentado un hombre que, al verla, se levantó apresuradamente.

—¿Estáis dispuesto a llevar a cabo todo lo que hemos convenido?

—Estoy pronto, señora —contestó el hombre con temblorosa voz.

—Pues entonces, venid.

Salieron juntos del palacio de la Cité. Fuera esperaba una escolta de veinte caballeros. Fausta subió a caballo, y emprendiendo la marcha, hizo seña a su compañero para que se colocara a su lado. Empezaron a hablar en voz baja. El pelotón capitaneado por Fausta y su compañero se dirigió hacia la calle de San Antonio, después de haber salido a la Cité.

El hombre que esperaba a Fausta y que a la sazón cabalgaba a su lado, era el señor de Maurevert.

* * * * *

Carlos y Violeta llegaron a la iglesia de San Pablo en el momento en que daban las once y media. Las campanadas alteraron por algunos instantes el silencio de la noche y luego reinó nuevamente la tranquilidad.

Durante el corto trayecto de su casa a la iglesia de San Pablo, Carlos había creído ver algunas sombras que se deslizaban a lo largo de las paredes, pero se figuró que serían truhanes o gente de baja estofa, poco temibles para un hombre decidido, y por lo tanto se contentó con oprimir el pomo de su daga. En cuanto a Violeta nada vio ni oyó. Cogida al brazo de su prometido, no habría observado una legión de diablos que se interpusieran en su camino. Ante la puerta de la iglesia, Carlos se detuvo para mirar a su alrededor, no porque tuviera sospecha alguna ni porque temiera un ataque, sino para ver si divisaba a sus amigos. No vio a nadie, pero observó que la puerta estaba entreabierta, cosa que le demostró que lo esperaban en el interior.

—Entremos —dijo en voz baja.

La iglesia estaba débilmente alumbrada por dos cirios encendidos ante el altar

mayor. Cerca del coro entrevió entonces a tres hombres, que agrupados parecían esperar, hablando al mismo tiempo.

—Ahí están —dijo Carlos.

—¿Quién? ¿Mi padre?

—Sí, vuestro padre, vida mía. Y mirad, allí está el sacerdote que ha de casarnos. El sacerdote acababa de aparecer seguido de otros dos.

—Van a dar las doce. He aquí la hora en que vamos a estar unidos para siempre. Y avanzaron lentamente hacia el coro.

A medida que se acercaban, se produjo un extraño movimiento en la iglesia. De las capillas laterales, hundidas en la oscuridad, y de todos los rincones tenebrosos salían algunos hombres que, silenciosamente, empezaban a seguir a la pareja. Muy pronto aquellos desconocidos alcanzaron el número de treinta, y envueltos en sus capas, con la mano en la guarda de las espadas, parecían una escolta reunida para el casamiento secreto de algún príncipe.

Carlos y Violeta, con los ojos fijos en los tres hombres que esperaban en el coro, avanzaban sonriendo. De pronto Carlos se estremeció y sus ojos expresaron asombro y terror al observar que aquéllos no eran sus amigos.

Los tres desconocidos habían dejado caer sus capas. Y no eran Pardaillán, Farnesio ni Claudio. Entonces Carlos reconoció a dos de aquellos hombres. Los había visto en varias ocasiones, especialmente en el molino de San Roque. En cuanto al tercero, llevaba un antifaz.

Con instintivo movimiento, Carlos rodeó el talle de Violeta con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha desenvainaba su puñal. En el mismo instante la joven dio un grito de espanto. Ella también había observado que aquellos tres hombres no eran los que esperaba. Por su parte éstos permanecían inmóviles y no parecían abrigar malas intenciones.

—No temáis nada, querida mía —díjole Carlos.

—No tengo miedo —contestó la joven arrimándose a él.

Carlos entonces contempló por un momento a aquellos tres hombres que lo miraban sin hablar.

—Caballeros —preguntó—, ¿qué hacéis aquí?

—Monseñor —repuso Bussi-Leclerc—. Hemos venido a presenciar dos ceremonias. Un casamiento...

—¿Un casamiento? —exclamó Carlos sintiendo que la frente se le llenaba de sudor frío—. ¿Qué casamiento?

—Pues el casamiento de la hija del príncipe Farnesio, llamada Violeta.

Ésta, llena de angustia, profirió un débil gemido.

—¡Oh! —rugió Carlos—. Maineville, Leclerc, tened cuidado.

Y con la daga desenvainada se disponía a acometer a los dos hombres.

—¡Monseñor! —continuó Bussi-Leclerc, siempre con la misma tranquilidad—. Ahora sabréis lo que hemos venido a hacer. Estamos aquí para dos ceremonias. Para

un casamiento y para un arresto. Monseñor, servíos entregarme vuestra espada. En nombre del teniente general de la Santa Liga, os arresto. ¿Qué queréis?, a cada uno le llega su vez y éste es nuestro desquite del molino de San Roque.

Violeta dio un grito de dolor. Carlos, echándose a reír, la cogió en brazos y dijo:

—El primero que de un paso es hombre muerto.

Y mientras hablaba, loco de desesperación, parecía en verdad que su mirada había fascinado a sus enemigos, porque ninguno de los tres hizo el más pequeño movimiento. Retrocedía y ya empezaba a sentir esperanzas, cuando Maineville exclamó:

—Monseñor, toda resistencia es inútil. Volveos y mirad.

Carlos, con gesto maquinal y furioso, se volvió y entonces dio un grito de rabia al observar que ante él había un ancho semicírculo de espadas desnudas. En el mismo instante los dos extremos se pusieron en movimiento y Carlos se vio encerrado en un círculo.

—¡Maldición! —gritó el de Angulema.

Violeta cogió la cabeza del joven y lo besó en la boca, murmurando:

—Muramos juntos, señor mío.

Y al mismo tiempo la joven se dejó caer al suelo y cogió la daga de su prometido. Carlos, embriagado por la sensación de aquel beso de amor, dirigió a su alrededor una mirada suprema que le mostró la iglesia llena de sombras. Maineville y Bussi-Leclerc, así como el desconocido enmascarado, al pie del altar, permanecieron silenciosos y el sacerdote, por su parte, empezaba a officiar. Entonces el círculo de acero empezó a estrecharse y Carlos, desenvainando la espada, exclamó:

—Muramos juntos, alma mía.

En seguida se tiró a fondo, teniendo siempre cogida a Violeta de la mano con la loca esperanza de poder atravesar el círculo de acero y huir. En el mismo instante diez brazos cayeron sobre él y otros tantos sobre Violeta. Tuvo la impresión de que le arrancaban la vida y dio un grito al que contestó otro de su adorada. Con la espada, Carlos, daba terribles golpes, exclamando:

—Espérame, Violeta. Voy enseguida.

Se le rompió el arma, pero con el trozo que le quedó en la mano continuó combatiendo. A su alrededor corría la sangre y algunos hombres caían. El trozo de espada le fue arrancado por fin y luego lejos, muy lejos, oyó los gritos de Violeta que lo llamaban. Con las uñas y los dientes, Carlos, ensangrentado y herido, continuó la espantosa lucha. Ello duró otro minuto, pero por fin cayó de rodillas porque diez o quince hombres se echaron sobre él. Entonces se sintió atado, levantado y sacado de la iglesia y alojado por fin en una carroza que echó a andar inmediatamente.

En aquella carroza, cuyas cortinillas de grueso cuero estaban atadas cuidadosamente y que constituía una cárcel ambulante, Carlos se quedó inmóvil, sobrecogido de asombro extraordinario. No acertaba a coordinar una idea.

Menos de tres minutos más tarde, la carroza atravesó el puente levadizo, luego

pasó bajo una bóveda y por fin se detuvo.

El duque de Angulema se hallaba en la Bastilla.

En la iglesia de San Pablo se desarrollaba entonces una escena atroz.

En efecto, Violeta, una vez arrancada de los brazos de Carlos, fue conducida a la fuerza al pie del altar. Allí, como ya hemos dicho, se hallaban tres hombres; dos de ellos nos son ya conocidos. Eran Maineville y Bussi-Leclerc. El tercero se desenmascaró en el momento en que la joven llegó a su lado medio muerta de desesperación y andando apenas: era Maurevert.

Violeta dirigió en su torno una mirada de estupor. Fue en aquel momento cuando Maurevert le cogió la mano y le dijo:

—Gracias, amada mía. Gracias por haber sido puntual. Todo está preparado para nuestro casamiento y he aquí el sacerdote que va a unirnos.

—¿Unirnos? —exclamó Violeta—. ¡Con vos! ¡Oh! Por favor, señores, decidme, ¿qué han hecho de mi prometido?

—¡Violeta! —exclamó Maurevert—. ¿Qué extraña locura te sobrecoge? Mírame, ¿no me reconoces? Soy tu prometido, el que te ama y el que tiene la dicha de ser amado por ti.

—¡Dios mío! ¡Me vuelvo loca, loca! ¡Carlos, amado mío! ¡Socorro! ¡Oh, cuando no responde lo habrán matado! ¡Carlos, Carlos! ¡Muramos juntos!

Entonces levantó el brazo para herirse con la daga que tomara a su prometido, pero observó que le habían quitado el arma. Su mano crispada cayó sobre su frente y loca de dolor se desplomó de rodillas. Maurevert imitó su ejemplo.

Entonces el sacerdote se volvió hacia ellos pronunciando las palabras sacramentales y levantó el brazo para bendecirlos. Violeta alzó la cabeza y le pareció reconocer a aquel sacerdote. Era muy joven y tenía los ojos negros y brillantes. ¿Dónde lo había visto? Ella había oído aquella voz que seguía murmurando las fórmulas sagradas. ¿Pero cuándo?

De pronto, con la rapidez del relámpago recordó la temible escena en que reconoció a Claudio, después que Belgodere la hubo conducido a la casa de la Cité. Recordó el rostro de la mujer que ordenaba a Claudio que diera muerte a su hija. Aquel sacerdote era ella misma, era Fausta, que celebraba el matrimonio de Maurevert con Violeta.

Terror inexplicable sobrecogió a la joven, que quiso levantarse sin lograr otra cosa que caer nuevamente de rodillas. Quiso separar su mano de la de Maurevert, pero no tuvo fuerzas para llevar a cabo su propósito. Quiso lanzar un grito, pero no fue capaz de otra cosa sino de dar un gemido de espanto.

En aquel instante perdió el conocimiento. Y entonces el sacerdote, extendiendo el brazo, decía con gravedad:

—Id. En nombre de Dios vivo estáis unidos para siempre.

XLIII - De como el hércules Graznido y el perro «Pipeau» trabaron conocimiento

YA SE HA VISTO que el caballero de Pardaillán, atraído por el ruido extraordinario de su habitación, entró a tiempo para asistir al combate extraordinario de Graznido con un reloj. Pardaillán al principio se quedó estupefacto. Pero luego, a pesar de sus heridas y del peligro de la situación, soltó una carcajada, mientras en la calle aumentaban las vociferaciones de la multitud. Graznido miró al intruso y reconociendo al caballero, exclamó:

—Ya está. ¡Uf, qué batalla!

—¿Qué diablo hacías ahí? —preguntó finalmente el caballero.

—¿Cómo qué hacía? Nos hemos batido. Ahí se ve cómo estáis herido y lleno de sangre. ¡Ah, monseñor!, confesad que si no llega a ser por mi ayuda sucumbíais ante el número de vuestros enemigos.

—¿Se habrá vuelto loco de miedo? —pensó Pardaillán.

No, Graznido no estaba loco, o, por lo menos, no lo estaba desde que viera a Pardaillán. Había seguramente un germen de locura en aquella imaginación, que sobreexcitada por el terror, veía encarnizados enemigos en donde no había otra cosa que muebles; pero en presencia de Pardaillán, Graznido se tranquilizaba.

En aquel momento se oyeron aullidos en la calle. Pardaillán se acercó a la ventana para ver lo que pasaba. Era sencillamente que dos pelotones de arqueros acababan de tomar posiciones en la calle, y que el pueblo los aclamaba aprovechando la ocasión para hacerlo también con el duque de Guisa, aun cuando éste no se hallaba presente. Los gritos de: «¡Viva Enrique el Santo!». «¡Viva el gran Enrique!». «¡Viva el sostén de la Iglesia!». Alternaban con: «¡Muera Herodes!». «¡Muera Nabucodonosor!». «¡Mueran los herejes!». Y por fin tales gritos se reunían y confundían fraternalmente en uno solo: «¡Viva la misa!».

—¡Pues que vayan a misa! —exclamó Pardaillán cerrando la ventana.

Salió de la habitación seguido de cerca por Graznido, que habría preferido la muerte a quedarse solo en su campo de batalla. Los aullidos del exterior habían producido efecto sobre el pobre hércules. Cuando, en compañía de Pardaillán, llegó a la sala principal de la posada, temblaba de pies a cabeza.

—Amigo mío —dijo Pardaillán—. ¿Tienes hambre acaso?

La tranquilidad del caballero y aquella pregunta que en nada recordaba la pelea, reanimaron el valor de Graznido, que contestó:

—A fe mía, caballero, tengo hambre y sed, y ya sabéis, o mejor dicho, no lo sabéis, que después de estos terribles asaltos se aviva el apetito.

—Pues bien —dijo Pardaillán—. Come y bebe. Vete a la cocina, en donde hallarás lo necesario.

Precisamente salía de ella la hostelera llevando un tazón y vendas. Rosa lo dejó

todo sobre la mesa. Maquinalmente, Pardaillán fue a la puerta de la cocina. Dirigió una mirada, se detuvo y sonriendo murmuró:

—He aquí dos que son felices. ¿Para qué molestarlos? Y Pardaillán cerró la puerta de la cocina para que nadie pudiera interrumpir la comida del gigantesco Graznido.

Éste, por invitación del caballero, entró en la cocina desierta y le pasó revista. Abría un armario, cuando oyó de pronto a su espalda un gruñido feroz y al mismo tiempo sintió un dolor muy vivo en la pantorrilla derecha.

—¡El enemigo! ¡El enemigo! —gritó con voz estentórea que se oyó desde la calle e hizo retroceder a los arcabuceros, persuadidos de que un gran número de sitiados se preparaban a hacer una salida.

Graznido divisó una mantequera, se apoderó de ella y volviéndose, empezó a gritar:

—¡Ah, miserables! ¿Hasta en el momento de comer? Pero esperad, vais a saber quién soy.

Y Graznido, vociferando, esgrimió un asador con frenesí. Pero aquella vez, en la nueva batalla, se produjeron dos acontecimientos que lo llenaron de asombro. Por de pronto el enemigo le hizo sentir sus armas, toda vez que estaba herido, y luego contestaba a sus vociferaciones con aullidos igualmente prolongados, con todo lo cual se promovió un tumulto espantoso.

En la calle los hombres de armas prepararon sus arcabuces y estrecharon las filas. En la cocina, Graznido, bufando, sudando, con los cabellos erizados, los ojos fuera de las órbitas, derribaba invisibles enemigos. Las cazuelas y calderos chocaban con gran estrépito. Y, no obstante, el único enemigo perfectamente visible no había sido descubierto por el hércules.

Aquel enemigo era un perro: «Pipeau».

El animal, al ver que Graznido registraba un armario en que se guardaban succulentas cosas, pensó que no podía ser más que un ladrón. No hay nada tan encarnizado como un ladrón contra otros de su mismo oficio. Y «Pipeau», que lo era por naturaleza, no quería que otros robaran también.

Durante diez minutos, el hombre y el perro aullaron a cual más en tanto que las cacerolas y utensilios de cocina producían espantoso ruido al caer. Al cabo Graznido echó de ver que tenía un perro entre las piernas.

—¡Caramba! —exclamó retrocediendo—. ¿Pues no han olvidado al perro? Pero ¡qué fuga! —añadió levantando la cortina de la vidriera que comunicaba con la sala de la posada—. ¡Miserables! ¡Me han encerrado aquí! Vamos, cállate —dijo al perro—. ¡Toma!

Y diciendo estas palabras dio a «Pipeau» medio pollo que había encontrado en la alacena. «Pipeau», que había mordido a Graznido, cuando vio que éste le regalaba con tan exquisito bocado, aceptó el obsequio y se echó a sus pies meneando el muñón de su cola. Graznido ya no era ladrón, puesto que compartía con el perro el producto

de su robo.

XLIV - Heroísmo de Pardaillán

ROSA HABÍA DEJADO sobre la mesa el tazón y las vendas que llevaba. El primero contenía un excelente unguento compuesto por Rosa para cicatrizar las heridas del caballero, y las vendas de tela servían para mantener las compresas.

—¿Para quién es todo eso? —preguntó Pardaillán.

—Para vos, señor caballero —contestó Rosa, que, pálida y temblorosa por las exclamaciones que oía ante la puerta de su casa, olvidaba, no obstante, sus temores para cumplir los deberes de la hospitalidad con Pardaillán.

—¡Caramba! Es cierto que tengo algún arañazo —exclamó Pardaillán fijándose entonces en que fluía la sangre de sus manos—. Pero, mi querida Rosa, por buena cirujana que seáis, son inútiles vuestros cuidados. Dentro de algunos minutos tendréis que empezar de nuevo, cosa que os daría demasiado trabajo, sin contar con que las vendas me molestarían.

—¡Dios mío, señor caballero! ¡Habláis como si estuvierais a punto de ser atacado!

—¿Atacado, querida Rosa? Creo que dentro de media hora no quedará gran cosa de vuestra posada. De nuevo voy a ser la causa de que os lo destrocen todo, pero consolaos, porque será la última vez.

—Pero ¿y vos? —exclamó Rosa con voz apagada.

—¡Oh! Todas las vendas que me pusieran vuestras lindas manos serían perfectamente inútiles. Consolaos, Rosa, todos somos mortales. Al cabo será para mí un consuelo el morir en esta posada en que he pasado lo mejor de mi vida.

Rosa dio un gemido, se sentó en un escabel y cubriéndose el rostro con el delantal, empezó a llorar.

Pardaillán, entre tanto, no había estado ocioso, y arrastraba mesas y bancos reforzando la barricada que construía con todas las reglas del arte. Cuando la hubo terminado retrocedió para examinar el conjunto y cerrando a medias los ojos, exclamó:

—Perfectamente. Con semejante parapeto creo que daré que hacer a esos señores de la misa. Siempre he dicho, Rosa, que cuando yo diera el gran salto hacia lo desconocido, me haría acompañar por buen número de mis enemigos. Mirad esas aspilleras y esas... ¡Caramba! —exclamó de pronto—. ¿Pues no está llorando? Es cierto; ya no me acordaba. ¡Qué estúpido soy hablando de todo esto! ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Mi querida Rosa! Ya veis que exagero.

La hostelera movió la cabeza denotando su incredulidad.

—Veamos —contestó Pardaillán desolado—. Van a emplear lo menos inedia hora en derribar todo esto y entre tanto veremos de emprender la retirada, para lo que ya encontraremos algún medio. ¡Qué diablo!

Pardaillán sabía perfectamente que no había medio de huir. Todas las salidas de la casa y hasta la de un corredor que daba vuelta a la cocina, iban a parar a la calle de

San Dionisio.

Ésta se hallaba llena de hombres de armas, cuyas picas se oían resonar contra el suelo, y de una multitud furiosa que estaba aullando continuamente.

Pardaillán cogió las manos de la hostelera y la obligó a levantarse. Ella dejó caer el delantal y mostró su hermoso rostro pálido y dolorido.

—Veamos —dijo el caballero—. Es necesario buscar un rincón en donde podáis ocultaros, mientras yo contengo a esos furiosos. No creo deciros nada nuevo al manifestaros que la fuga de que os hablaba sería un poco difícil.

—Imposible —balbució Rosa sollozando.

—Ya veis que es preciso ocultaros. Podríais hacerlo en la bodega, por ejemplo. Únicamente quieren cogermé a mí y una vez lo hayan logrado no proseguirán las pesquisas. Venid, querida mía, venid. Ese silencio relativo que reina en la calle no me anuncia nada bueno.

—¡Vos cogido! —murmuró Rosa—. Una vez estéis muerto, ¿qué será de mí?

Y apoyó sobre el pecho del caballero su cabeza encantadora, que transfiguraba el amor.

Fuera, en el silencio relativo que había señalado Pardaillán y que, realmente, no anunciaba nada bueno, resonaba una voz dura e imperiosa:

—Esos tablones, aquí. Los arcabuceros, allí, en dos filas. Preparad las armas. Aquí los alabarderos y allí los arqueros. ¡Atención!

—Pardaillán —dijo Rosa con dulzura—. Ya que no he podido vivir con vos, dejadme morir por lo menos en vuestra compañía. Mi corazón hace muchos años que lleva grabada vuestra imagen. No esperaba vuestro amor porque sabía que lo habíais dado a otra. Sabía que adorabais a Luisa muerta como la amasteis en vida. No, no esperaba nada. Únicamente cuando estabais aquí, os esperaba. ¡Cuántas horas he pasado junto a la puerta anhelando vuestro regreso! Porque yo sabía que por lejos que os hubiera llevado vuestra desesperación, vuestro amor o vuestro odio, por mucho tiempo que estuvierais ausente, os apearíaís un día ante esta puerta y me dirigiríais una sonrisa, que es todo lo que podéis darme. Yo me decía: piensa en la buena hostelera, y sabe que aquí hallará siempre apoyo y consuelo. Y así vivía con esta esperanza, deseando veros.

En el exterior, la voz del jefe de la fuerza continuaba dando órdenes para el ataque.

Pardaillán, muy pálido, escuchaba atentamente, no la voz del que se disponía a matarlo, sino la entrecortada por el llanto, que le confesaba un amor ya conocido por él desde larga fecha.

Rosa, que no escuchaba más que a su corazón, habíase atrevido, por fin, a confesar con sus palabras el amor que antes había manifestado con los ojos.

—¡Atención! Veinte hombres aquí para manejar los tablones. Y en cuanto se abran las ventanas, ¡fuego!

—Ya lo veis, Pardaillán. Si sólo trataran de prenderos, podría abrigar la esperanza

de libertaros.

—¡Rosa, mi querida Rosa! De eso precisamente se trata.

—No, no, vais a morir, Pardaillán. Vuestros preparativos y vuestro aspecto me dicen claramente que vais a haceros matar.

—Estoy decidido a defenderme. Helo aquí todo. ¿Os figuráis acaso que es muy agradable que le encierren a uno en la Bastilla?

—Pero de la Bastilla se sale, y de la tumba, no.

—¡Hum! Se sale... se sale... No siempre.

—¿Tan grave es lo que habéis hecho?

—No tiene gravedad. Como ya os lo he dicho, no he hecho nada. Sólo he impedido que hicieran. Pero, en fin, os confieso que me asustan los ocho o diez meses de prisión que me amenazan y prefiero arriesgar el todo por el todo.

—Pues eso quiere decir que estáis decidido a morir —contestó Rosa—. Pardaillán, dejadme morir con vos. Pensad que es imposible lo que me proponéis. ¿Iba yo a encerrarme en la cueva, mientras esos furiosos os atacaban? ¿Iba yo a oír todo el combate, así como el grito de triunfo del que os diera el golpe de gracia? ¿Y os imagináis acaso que esperaríais tranquilamente el final del drama? ¡Oh, Pardaillán! ¿Por ventura no me habéis comprendido? Os repito que una vez muerto vos no tengo nada que hacer en la vida. Ya no puedo ser nada para vos, pero vos lo sois todo para mí. Afrentaría la memoria de Luisa, vuestra esposa, si os dijera que os amo. Suponed que soy una hermana que después de haberlo perdido todo, no tiene en el mundo más que a vos. O si no figuraos que soy una madre. Esa palabra me envejece ¿no es cierto? Pero yo no soy joven. Una madre, eso es.

Y echándose a llorar, murmuró:

—Ya veis que mi papel no puede inquietar a la que duerme en vuestro corazón. Pardaillán, querido hijo mío, ¿no sabéis que el deber de una madre es morir al lado de...?

Los sollozos la impidieron continuar.

—Basta, Rosa, basta —dijo Pardaillán con voz baja y temblorosa—. No sois para mí ni una madre ni una hermana. Sois la mujer a quien más he amado después del ángel que perdí. Sois la elegida de mi corazón si éste no hubiese muerto al mismo tiempo que Luisa. Ni vos ni yo moriremos. Vamos, secaos las lágrimas que enrojecen vuestros lindos ojos. ¡Caramba, hermosa mía! Quiero volver a probar el excelente vino de vuestra bodega y el más dulce todavía que fluye de vuestros labios. Rosa, en cuanto hayamos salido de este apuro y de la prisión en que van a encerrarme, preparad la habitación que antes ocupaba. Envejeceremos juntos, hablando del señor Pardaillán, mi padre, que tanto os quería.

Pardaillán empezó a andar con aparente tranquilidad. Pero estaba muy agitado. He aquí lo que pensaba:

—Ha llegado la hora de pagar a la buena huéspeda de «La Adivinadora» las deudas contraídas por mi padre y por mí. Este sacrificio, y este amor que los años no

han conseguido debilitar, merecen por mi parte un esfuerzo que nunca habría hecho. ¡Pobre Rosa! A cambio de tu amor sólo me pides el derecho de no morirte de pena. ¡Ay! No puedo evitarte este dolor, porque los lobos que aúllan en la calle quieren mi muerte, pero, por lo menos, puedo evitar el horroroso espectáculo de mi cuerpo destrozado ante tus ojos y además... si no me ves morir, te consolarás... tal vez.

Y con el rabillo del ojo vio que ya no lloraba, y que lo miraba llena de ansiedad.

—¡Oh, padre mío! —pensó Pardaillán—. Vos que me enseñasteis cómo es preciso batirse y cómo se debe morir, vais a ver cómo me rindo.

Y dichas estas palabras desenvainó la espada y la rompió contra su rodilla.

—¿Qué hacéis? —exclamó Rosa.

El caballero tomó la daga y la arrojó en un rincón, echándose a reír.

—¡Pardaillán!

—Ya lo veis, querida mía. Cedo a vuestros consejos. Voy a dejar que me prendan. Algunos meses de prisión pasan pronto. Quiero vivir, Rosa. Quiero vivir, porque acabáis de demostrarme que la vida puede ser dulce para mí. Esperadme, pues, tranquila y confiada y os garantizo que no enmoheceré en la Bastilla.

—¡Pardaillán! ¡Pardaillán! —gritó Rosa llena de alegría.

Pero Pardaillán no escuchaba. Derribaba el andamiaje que había construido ante la puerta, en el instante en que se oía fuera un clamor inmenso.

—¡Guisa! ¡Guisa! ¡Viva el gran Enrique! ¡Viva Enrique el Santo!

Era Guisa, en efecto, que, rodeado por una escolta magnífica, se detenía ante la puerta de «La Adivinadora».

—Monseñor —dijo Maineville—, todo está pronto. ¿Queréis dar principio al ataque?

Entonces se abrió la puerta y Pardaillán apareció en el umbral.

—¡Pardaillán! —exclamó Rosa, cayendo de rodillas, llena de terror.

El caballero se volvió hacia ella, se descubrió y le dijo:

—Hasta la vista, querida Rosa. Hasta pronto.

Y cubriéndose de nuevo, se volvió a la calle. Los guardias, los arqueros, y los arcabuceros apiñados, los gentilhombres a caballo, Guisa en el centro, la multitud de la calle y de las ventanas y, en fin, todos los que gritaban se quedaron silenciosos al ver a Pardaillán que, con el traje roto y lleno de sangre, avanzaba hacia el duque de Guisa.

A medida que lo hacía se apartaban todos. Solo y sin armas parecía ser más temible aún. Se detuvo ante el duque y en el gran silencio que entonces reinaba se oyó su voz firme y algo irónica que decía:

—Me rindo, monseñor.

Guisa quedó atónito por algunos instantes. Pardaillán lo miraba cara a cara. El duque dirigió a su alrededor una mirada de desconfianza y Pardaillán, al observarlo, dijo:

—No tengáis miedo, monseñor, no hay ninguna emboscada.

Guisa palideció de ira al oír tan insultantes palabras e hizo un gesto. Inmediatamente los guardias cercaron a Pardaillán, y en cuanto el duque le vio rodeado de hombres de armas, exclamó:

—¿Os rendís, caballero? ¡Yo que llegué a figurarme que erais un hombre invencible, indomable, algo así como Amadís de Gaula o Rolando! ¿Os rendís? A fe mía, señores, que encuentro algo ridícula esa exhibición de fuerzas. Para prender a ese hombre, que no es más que uno, había suficiente con otro.

Pardaillán se cruzó de brazos y Guisa se encogió de hombros.

—Vamos —continuó diciendo el duque—. Había venido con la ilusión de ver a un paladín... Guardias, conducidlo a la Bastilla. Mucho siento haberme molestado para ver a un cobarde.

Pardaillán sonrió, pero en tal sonrisa se advertía una ira formidable. Extendió el brazo, con el dedo señaló el rostro del duque y con voz muy tranquila, dijo:

—Creí rendirme al verdugo, pero me he engañado, pues me rindo a Enrique el Abofeteado. Guardadme bien, Enrique de Lorena, mientras me tenéis en vuestro poder. Matadme mientras podáis asesinar me y, si aún creéis en Dios, vos que en dieciséis años habéis inmolado veinte mil víctimas inocentes, si creéis en Dios, a quien vais rogando para robar un trono, rogadle bien, porque os juro, por el nombre de mi padre, que si no me matáis os mataré. Y este insultante calificativo que acabáis de dirigirme, lo recojo y os lo clavaré en el cuello con la punta de mi daga. ¡Guardias, en marcha!

Y dada esta orden, el prisionero echó a andar, no como tal, sino como un rey escoltado por sus caballeros.

—Llevadlo a la Bastilla —exclamó *el Acuchillado*—. A la Bastilla, y que avisen inmediatamente al atormentador jurado.

Rosa, de rodillas en la sala de «La Adivinadora», murmuraba:

—Ahora me toca salvarlo.

XLV - Consejo de familia

GUISA se dirigió a su palacio, saludado al paso por las aclamaciones del pueblo, en el cual creyó advertir cierta expresión de odio.

—¡Viva Enrique el Santo! ¡Viva el sostén de la Iglesia!

—¡Mueran los hugonotes! ¡Viva Lorena!

Y entonces Enrique de Guisa fue arrancado de la silla y llevado en hombros por el pueblo entusiasmado. A lo lejos resonaron algunos arcabuzazos. Disparaban contra casas sospechosas. Las gentes se miraban con expresión de odio, y desgraciados de aquéllos que no llevaran rosario al cuello, porque en un momento, tanto si eran católicos como si no, veíanse destrozados por la multitud furiosa. Ante Guisa murieron unos treinta infelices, mientras el duque, sonriente, agitaba su sombrero, gritando:

—Sí, amigos míos, Dios lo quiere.

Así fue como *el Acuchillado* regresó a su palacio.

La noche caía y en París continuaba rugiendo el odio que animaba a las gentes. Se oía un confuso rumor; y en cada barrio se reunían los ligueros; los capitanes vestían apresuradamente la coraza y ya la lista de casas sospechosas corría de mano en mano.

El duque de Guisa hizo cerrar las puertas de su palacio y no por miedo de la tempestad que se formaba, pues de sobra le constaba que era adorado por el pueblo, sino porque tenía necesidad de recogerse y reflexionar acerca de lo que acababa de ver. Sin la menor duda, París había agotado su paciencia y era necesario hallar el medio de ocuparlo y distraerlo.

Guisa entró en su gran despacho seguido de Maineville y Bussi-Leclerc, sus favoritos.

—No veo a Maurevert —dijo.

—Monseñor —contestó Maineville. Maurevert está en plena digestión.

—Pues no ha sido muy oportuno para comer y digerir. Que vayan a buscarlo.

—Dejadme terminar, monseñor. Maurevert digiere la venganza que saboreó hace poco ante «La Adivinadora».

—¡Ah, sí! No recordaba que siente gran amistad por Pardaillán. No dudo de que estará satisfecho, pero más lo estará mañana, por mucho que sea su apetito.

—Pues a fe que yo lo tengo también, monseñor —dijo Maineville—. Desde que ocurrió la aventura del molino de San Roque...

—Sí, lo recuerdo.

—Sin contar con que Leclerc no ha dejado de llevar un cirio cada día a Nuestra Señora, a fin de que la Virgen le permita vengarse, ¿no es verdad, Bussi?

—Es cierto y siento que el bribón se haya rendido. Por lo menos, he perdido diez ducados con la cera que he comprado inútilmente.

—Ya te quejarás de ello a Nuestra Señora cuando vayas al Paraíso —contestó Guisa.

—Como decía, Bussi y yo teníamos mucho apetito de venganza, pero todo ello no tiene comparación con el hambre de Maurevert. Cuando el truhan fue a colocarse entre los guardias, Maurevert me estrechó el brazo diciendo: «*Éste es el día mejor de mi vida*».

—Bueno, dejemos a Maurevert y a su presa, y ocupémonos ahora de nuestros ligeros. Es necesario tomar una decisión —dijo Guisa.

—Sí, hermano mío —afirmó en aquel momento una voz ruda—. Ha llegado la hora de tomar una decisión.

Y se vio entrar al hombre que así hablaba.

—¡Luis! —exclamó Enrique de Guisa.

—Y Carlos —dijo un segundo personaje, que entró dando resoplidos, como un buey fatigado.

—Y también Catalina —añadió una voz de mujer dulce y maliciosa a un tiempo.

—Y tu madre, Enrique —agregó ésta, entrando en la estancia.

El duque de Guisa al ver a los cuatro personajes que acababan de entrar, hizo seña a Maineville y Bussi-Leclerc, los cuales, después de haber hecho una profunda reverencia, desaparecieron cerrando la puerta.

—¡Hermanos! ¡Madre mía! —dijo entonces el duque—. Sed bienvenidos. Nada podía serme tan agradable como ver reunida a toda la familia en circunstancias en que se decide la gloria de nuestro nombre y en que la casa de que soy jefe puede conquistar un lugar preeminente en el mundo.

—Acerca de esa conquista hemos de decidir —dijo la madre—. Vuestra familia, Enrique, ha arriesgado la fortuna, la gloria y la vida, para facilitaros el camino que lleva al trono. Sólo tenéis que dar un paso y vaciláis en darlo. Y si no os decidís a ello, Enrique, estamos perdidos.

El duque de Guisa palideció y se llevó una mano a la frente. Luego, comprendiendo que había llegado la hora de explicarse de un modo decisivo, se sentó, invitando a su familia a que hiciera lo propio.

—Hablemos, pues, madre —dijo—, porque ya sabéis que daría con gusto la vida para no veros amenazada de un peligro creado por mí.

Los cuatro personajes se sentaron. Eran Luis de Lorena, cardenal de Guisa; Carlos de Lorena, duque de Mayena; María Catalina de Lorena, duquesa de Montpensier, y Ana de Éste, duquesa de Nemours, viuda de Francisco de Guisa, asesinado en el sitio de Orleáns.

La madre de los Guisa tenía rostro de fanática. Bajo los grises mechones de sus cabellos, sus ojos indicaban una resolución indomable. Parecíase un poco a Catalina de Médicis, con la diferencia de que mientras la madre de los Valois era supersticiosa, la de los Guisas era una creyente, en toda la terrible fuerza que este calificativo indicaba entonces.

El duque de Mayena, hombre que amaba la vida, no se decidía fácilmente a tomar una decisión y con mayor lentitud se disponía a ejecutarla. Era glotón, algo dado a la

bebida y afligido con aquella obesidad de que tanto debía burlarse el Bearnés. Era valiente a ratos y, en suma, constituía el tipo más humano de la familia. A pesar de su afición por la buena mesa, era astuto, bien educado y, además, muy indulgente, y esta última calidad le daba cierta superioridad sobre sus hermanos.

El cardenal de Guisa era la antítesis viviente del duque de Mayena. Era el hijo tercero de Francisco de Lorena y, según la costumbre de entonces en las grandes casas, había sido destinado a la Iglesia, en tanto que Carlos, el segundo hijo, lo fue a las armas, y Enrique, el mayor, como heredero y jefe de la familia, debía cuidar de mantener y aumentar el lustre y la gloria de los Guisa. Pero las aptitudes de los hermanos no estaban de acuerdo con la carrera emprendida, porque Carlos, duque de Mayena, habría hecho un monje admirable, en tanto que Luis, el cardenal, habría sido un guerrero cumplido. Véase raramente en la iglesia al tal cardenal. En cambio, no era extraño verlo cubierto de hierro, a la cabeza de su banda de hombres de armas que se distinguían por los excesos de toda clase. Era un ser de feroz rudeza y testaruda violencia. Tan orgulloso como su hermano mayor y de igual modo violento, era un guerrero experimentado, y que tenía además condiciones políticas y diplomáticas de que parecía Enrique. Venía a ser la cabeza de la familia, en tanto que Enrique resultaba solamente el brazo. Su ambición era muy grande y si había instado repetidamente a su hermano para que se apoderara de la corona, hízolo tal vez con la esperanza de que llegaría por fin a ceñir sus propias sienes.

En cuanto a María de Montpensier, ya hemos tenido ocasión de presentarla a nuestros lectores, y por esta razón no describiremos a aquella mujer, capaz de cometer riendo un crimen atroz sin darse cuenta de lo punible de su acto.

Los cinco personajes se hallaban, pues, reunidos en el inmenso gabinete cuyas paredes estaban llenas de armas, mientras en el resto del palacio y en París entero sólo se oían ruidos de armas y voces pidiendo a gritos la muerte de los hugonotes.

La duquesa de Nemours habíase sentado en el gran sillón de su hijo mayor. Daba la espalda a la ventana teniendo enfrente un inmenso retrato de Francisco de Guisa que, con las dos manos cubiertas con guanteletes y apoyadas en la cruz de su espada, parecía mirarla.

Enrique de Guisa estaba sentado ante ella, vuelto de espaldas al retrato. A la derecha se había sentado el cardenal de Guisa, con las piernas cruzadas, tranquilo en apariencia, pero jugando nerviosamente con el pomo de su daga. A la izquierda estaba Mayena, el cual, no hallando un sillón bastante ancho para él, se sentó en dos sillas. Por fin, un poco más cerca de la ventana que su madre, y apoyada en el respaldo del sillón de ésta, María de Montpensier sonreía jugando con las tijeritas de oro que llevaba colgadas a la cintura por una cadenita, y que estaban destinadas, como ya recordarán nuestros lectores, a tonsurar a Enrique III.

El cardenal de Guisa fue el primero en hablar, diciendo:

—He recibido de la que nos guía la orden de esperar en Nuestra Señora la llegada de mi hermano Enrique. Todo estaba preparado para la ceremonia de la coronación.

Me rodeaban seis cardenales y doce obispos enviados de su Santidad Fausta. Trescientos curas, decanos o vicarios estaban dispuestos a desparramarse por París para anunciar la buena nueva. Todo estaba preparado, pero faltaba mi hermano Enrique, el cual no ha comparecido.

Enrique frunció el entrecejo. Y Mayena tomó la palabra para decir:

—A fe mía he venido de Auxerre a París reventando caballos, obedeciendo a una misiva que me envió la hermosa Fausta. Por el camino temía llegar demasiado tarde, pero, por el contrario, he llegado antes de sazón. Reuní por las calles dos mil combatientes y con los mil hombres de armas que llevaba, tomé posiciones en el Louvre. Pero en vano esperé a mi hermano Enrique.

Éste se mordió los labios.

—En la Grève —dijo a su vez la duquesa de Montpensier— tenía yo reunidos quinientos hombres del pueblo, que habían recibido la consigna de nuestra incomparable Fausta. Me hizo una seña y yo entonces grité: «¡Viva el rey!», y mis gentes repitieron tal grito, pero no hubo rey. Os aseguro, hermanos, que París está muy disgustado de haber gritado «¡Viva el rey!» y no tenerlo todavía.

—París está borracho —dijo Mayena— y ya sabéis que tiene mal vino.

—¡París! ¡París! —exclamó Enrique—. No sabéis hablar de otra cosa. Quien os oyera se figuraría que el reino de Francia está en la ciudad. Ir a Nuestra Señora para hacerme coronar, marchar luego al Louvre para decretar allí el destronamiento de los Valois. Era posible y muy fácil. Pero ¿y las provincias? ¿Y los Parlamentos que me habrían denunciado como autor de revuelta y sedición? ¿Y los obispos fieles a Sixto, que me imponen la sumisión absoluta a Roma? ¿Y el rey de España que me pide pruebas de mi derecho a reinar? Quiero ser rey tanto por mí como por vosotros, pero, por Dios, quiero ser un verdadero rey que ciñe la corona que legítimamente le corresponde y no un usurpador que se aprovecha de la actual situación de Francia. Vosotros ¿qué me traéis? París. ¡Si París lo he conquistado yo! ¿Podéis darme los Parlamentos, los obispos, Roma y España? No. Pues bien, una mujer me da todo eso: Catalina de Médicis. Sí, Catalina de Médicis que, vieja y ya sin fuerzas, y viendo que su único hijo Enrique, es el único superviviente de los Valois, prefiere un Guisa a un Navarra. Catalina sabe que su hijo tiene una enfermedad mortal y me ha suplicado que espere un año, nada más que un año, para que muera su hijo. Me ha suplicado que le concediera un año de tranquilidad. Catalina, por fin, me ha jurado y prometido, a cambio de la tranquilidad concedida a la agonía de su hijo, hacerme designar como legítimo sucesor suyo. He aquí, pues, mi plan: voy a Chartres y, como súbdito fiel, traigo al rey a París. En premio a mis servicios me da la tenencia general, es decir, el virreinato o sea un asiento junto al trono. Paso el año de plazo gobernando en nombre de ese rey, que estará muy satisfecho si le dejo organizar procesiones en compañía de sus favoritos; y en cuanto muera, sin guerras ni oposiciones de ninguna clase, soy el rey legítimo. ¿Podéis ofrecerme algo mejor?

Hablando así, el duque miraba a la duquesa de Nemours, pero ésta, con el codo

apoyado en el brazo del sillón, tenía los ojos fijos en el retrato de su marido.

—Hablad —dijo Enrique con impaciencia—. Vamos, hermana mía ¿qué decís?

—Digo —exclamó la duquesa de Montpensier—, que es vergonzoso ver al gran Enrique, a Enrique el Santo, a Enrique el Conquistador, descender a semejantes cálculos, los *Siemala Lotharingiae et Barrídacum* han probado al mundo que nuestra casa tiene su origen en Clodión *el Cabelludo*. Digo que está demostrado que los Capeto y los Valois son usurpadores y que vos sois el rey legítimo. A ver si Felipe de España es capaz de demostrar lo contrario.

—Todo lo que acabáis de decir ya lo sé, pero ¿y las provincias?

—Acabo de recorrer Borgoña —dijo el duque de Mayena— y todo el mundo grita: «¡Muera Heredes!».

Y sin duda alguna gritarán en cuanto puedan: «¡Viva Enrique IV, rey de Lorena y de Francia!».

Esta noticia impresionó al duque de Guisa.

—Si queréis saber mi opinión —continuó Mayena dándose un tirón a la barba—, os diré que, en el fondo, tanto me importa. Pero ya que me habláis de las provincias, es lástima dejar que sus habitantes se desgañiten pidiendo un rey. Lo mejor sería avisarlos de que deben esperar un año y así entonces tendrían aún voz llegada la ocasión.

Y el duque de Mayena se echó a reír irónicamente.

—Si Borgoña y el Franco Condado están dispuestas a esperar, no puedo decir lo mismo de la Champaña —dijo el cardenal de Guisa—. Acabo de llegar de Troyes. El pueblo se ha precipitado a mi encuentro. Han ahorcado a los concejales. La efigie de Herodes ha sido quemada y los pocos fieles que Valois tenía han emprendido la fuga. Yo he hecho elegir nuevos regidores. Una guarnición de dos mil reitres apoya al pueblo amotinado y adicto al nombre de Guisa. Tres mil jinetes recorren la comarca, y la Champaña entera os aclama. La tempestad se propaga y extiende por la Picardía y el Artois, Normandía seguirá el ejemplo. Enrique, Enrique, hemos propagado un incendio terrible y cuando va a consumir esa raza podrida, purificar el reino, exterminar la herejía, destruir a Valois, cuando el pueblo de Francia os llama y os reclama, nos pedís que apaguemos el incendio y destruyamos la esperanza de este pueblo. Me dais lástima. Me voy. Tened cuidado, Enrique. ¡Mirad que ese rayo que hemos forjado no cambie de dirección y en vez de herir a Valois caiga sobre vuestra cabeza!

El cardenal se levantó, hiriendo el suelo con el pie y murmurando:

—Rey de cartón. ¿Por qué habré sido el tercero en nacer?

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

—Quedaos, Luis —dijo entonces la duquesa de Nemours.

El cardenal obedeció inmediatamente, porque en aquellas épocas la autoridad de la madre era indiscutible.

—Quedaos, hermano —añadió Enrique—. Cualquiera que sea la decisión que

tomemos, es preciso que sea aceptada por todos nosotros. Con vos lo soy todo y sin vos muy poca cosa.

El cardenal, contento por haber humillado por un instante el orgullo de su hermano, volvió a sentarse, y dijo:

—Además, mi querido Enrique, voy a descubrirlos algo que sin duda modificará vuestras ideas. Valois está lejos de hallarse tan enfermo como pretenden su madre y Mirón. No tiene ganas de morir. Lo sé por su confesor que ha podido darse cuenta de su verdadero estado. ¿Qué diríais si en vez de un año que os señala Médicis fuese necesario esperar cinco o diez? ¿Qué sería entonces de vuestro plan?

—Una vez terminado el año —contestó Enrique tratando de convencer a su familia—, soy libre y ya no me hallo ligado por mi juramento. Entonces habría llegado la ocasión. ¿Qué os parece, madre?

El cardenal se encogió de hombros. Mayena dio un tirón a su barba y la duquesa de Montpensier agitó las tijeritas. Los dos hermanos y la hermana se miraron como diciendo:

—No hay nada que hacer.

La madre de los Guisa miró entonces a su hijo mayor y con voz en que se adivinaba un odio inveterado que los años no habían logrado aminorar, dijo:

—Enrique, he aquí el retrato de vuestro padre y os aseguro que me anima su espíritu. Si ese retrato pudiera hablaros os diría:

«Hijo mío, he sido asesinado cobardemente por uno de esos miserables que insultan a la Iglesia y que en mí hirieron al servidor de Dios. En nombre de la Iglesia burlada y en nombre de mi sangre vertida, ¡venganza, hijo mío, venganza!».

—Ya hicimos la matanza de San Bartolomé —dijo Enrique con sombría voz— y matamos a veinte mil.

—Sí —contestó la anciana duquesa—, hemos matado a algunos, pero no son bastantes. Es preciso exterminar completamente la secta. Es preciso que en todo el reino no haya un solo hombre que pueda jactarse de pertenecer a la misma secta del miserable que asesinó a Francisco de Guisa ante las murallas de Orleans; y para cumplir vuestra grande obra, el reino necesita un rey como vos, hijo mío —afirmó con maternal orgullo—. Un rey capaz de despoblar, terciado en mano, a Francia de esta raza maldita. Un rey, por fin, que mereciendo el nombre de Hijo de David, sea hermoso, indomable y terrible como vos. Que vaya de victoria en victoria, que de nuevamente las batallas de Vasy, Jarnac y Montcontour, y complete la jornada de San Bartolomé. Vos, hijo mío, sois ese rey.

El cardenal se estremecía. María miraba sonriendo a su hermano y Mayena escuchaba tranquilamente con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Sí, sí —exclamó el cardenal con ardiente voz—. Dios lo quiere.

—Tonsuremos al hermano Valois —dijo la duquesa con voz agria.

—Caramba —pensó Mayena—, es preciso convenir en que Dios tiene mucho apetito.

—¿Sabéis lo que nos amenaza? —continuó la madre de Guisa—. ¿Sabéis lo que pasa en este mismo instante en que discutimos, mientras los otros obran? Corremos el peligro de que la corona pase a manos de los Borbones impíos. El trono de Francia entregado a los hugonotes cismáticos y asesinos de Francisco de Guisa. Sí, el Papa ha maldecido a los herejes. Sixto ha excomulgado a los Borbones declarándolos ineptos para el trono. ¿Sabéis dónde está actualmente ese Papa hipócrita, rebelde a la ley divina y tal vez relapso? ¿Dónde está Sixto V, Enrique? ¿Dónde está el Papa, hijos míos? Sixto V está en el campo del rey de Navarra. Sixto V se reconcilia con Enrique de Bearn y le ha entregado los millones que nos estaban destinados.

—¿Es posible, señora? —exclamó Mayena.

—¡Oh! Si fuera como decís —rugió Enrique de Guisa.

—Así es —exclamó el cardenal.

—Es como lo digo —continuó la madre de Guisa—. Y, como demostré hace rato, estamos todos perdidos si no tomamos la delantera y nos apoderamos de la corona antes de que Enrique de Navarra la ciña en sus sienes. Si eso llega, podemos contarnos entre los muertos. Porque la primero que hará Enrique de Borbón en cuanto sea rey de Francia, será prendernos, hijos míos. Y cuando la cabeza de vuestra madre caiga bajo el hacha del verdugo, os dirigirá una maldición suprema.

Enrique de Guisa desenvainó la daga como si quisiera defender a su madre del verdugo que ésta había evocado. La duquesa de Nemours se levantó a su vez, le tomó el arma y le dijo.

—¡Hijo mío, sálvate! Sálvanos y salva a la religión. Jura sobre esta arma que también es una cruz, marchar sobre el infiel y herir al hereje, aunque se llame Borbón o Valois. ¡Jura, hijo mío!

—Jurad, hermano.

—Juro —dijo *el Acuchillado* con tal acento que era imposible dudar de su resolución.

Entonces se sentaron nuevamente y se miraron pálidos en extremo, porque, en efecto, lo que acababan de jurar era nada menos que el asesinato de Enrique de Valois, rey de Francia.

—Sólo falta combinar nuestra acción —dijo el cardenal de Guisa, que, ya calmado, volvía a ser diplomático.

Parecía como si ninguno se atreviera a romper el silencio que pesaba sobre ellos. Mayena adujo tranquilamente:

—Lo principal es saber cómo lo haremos.

—Yo me encargo —repuso la duquesa de Montpensier con extraña sonrisa.

—Dejad tranquilas vuestras tijeras —exclamó Mayena, encogiéndose de hombros—. La solución propuesta por mi ilustre madre me parece posible y aun añadiré que no veo otra. Evidentemente es preciso que Valois muera. Tan sólo hay que tener presente que en este juego el que no mata es muerto. Por esto quiero saber cómo llevaremos a cabo nuestro propósito.

—Yo me encargo —dijo la linda duquesa, con tono que a la sazón atrajo la atención del cardenal de Guisa.

—¡Dios mío! —continuó Mayena—. No es que me resista a hundir mi daga entre los dos hombros de alguien y de ello es testigo Saint-Megrin, ¿no es cierto, Enrique? Pero, en fin, no es posible matar a un rey rodeado de sus guardias y de un ejército, como a un hidalgo en una callejuela y en noche oscura.

—Yo me encargo —repitió la duquesita de Montpensier.

—Y ahora miremos el asunto desde otro punto de vista —continuó Mayena, sin prestar atención a las palabras de su hermana—. Supongo la operación terminada y a Valois enterrado. Pues bien, ¿qué seremos, no solamente a los ojos del reino, sino a los de los reyes vecinos? Nada más que asesinos y, podéis creerme, no dejarán establecer en Europa el precedente de que un asesino suba al trono de la víctima. De ello deduzco que ningún Guisa debe herir a Valois. ¿Qué decís a eso, madre?

—Habla, María —dijo la madre de los Guisa.

La duquesita, sonriente, y como si se tratara de una broma, exclamó:

—Todo lo que acaba de decir el grueso Mayena está lleno de buen sentido.

Mayena miró enfurecido a su hermana, porque no le gustaba que se burlaran de su obesidad.

—Sí, gordísimo Carlote. Habéis derramado una barrica de razones excelentes. Valois está bien guardado, porque Enrique le dio oportunidad para que tuviera un ejército. Es necesario herirlo con mano segura, pues de lo contrario nuestras cabezas rodarían en el cadalso de que hablabais, madre mía. De ello se desprende que ningún Guisa debe dar ese golpe. Todo es verdadero, justo y legítimo y por esto contesto que me encargo de ello.

—Explicaos, hermana —dijo el cardenal de Guisa.

—Es muy sencillo —prosiguió la duquesa—. Conozco a un hombre que quiere matar a Valois, es decir, que en ello está comprometida su vida espiritual. Su brazo no se engañará.

—¿Odia a Valois?

—De ningún modo, pero ama a una mujer que odia a Enrique III. Por esta razón conseguirá su intento en circunstancias en que fracasaría un enemigo del rey. Entre tantos brazos como podríamos armar, ése es el único que no temblará, porque Dios mismo lo ha armado y uno de sus ángeles ha entregado a ese hombre el puñal que ha de matar a Valois.

Esas palabras sorprendieron a todos y la madre de los Guisa ordenó:

—Continuad, hija mía.

—Ese hombre —añadió María sonriente—, ese hombre a quien Dios ha entregado un puñal, ese hombre que ha visto a un ángel del que está enamorado, espera y reza en el fondo del monasterio. Espera a que se le aparezca nuevamente el ángel diciéndole: ¡Hiere! ¡Ha llegado la hora!

María de Montpensier se echó a reír y añadió:

—He de manifestaros, hermanos míos, que tengo la suerte de conocer íntimamente a ese ángel, y puedo llamarlo cuando quiera. En cuanto le haga una seña se presentará a Jacobo Clemente el ángel exterminador y le dirá: ¡Hiere! Y Jacobo Clemente herirá.

—¡Jacobo Clemente! ¡El fraile! —murmuró Enrique de Guisa—. ¡Oh, ya comprendo!, es el hombre que una noche en la posada del «Broche de Hierro»...

—Chitón, hermano —dijo María, que no se tomó la molestia de ruborizarse al recordar la orgía evocada por tales palabras—; chitón, no revelemos los misterios divinos.

—¿Y decís que ese hombre está pronto?

—No se aparta un momento del puñal sagrado que le entregó el ángel.

—¿Y decís que no temblará?

—Estoy segura. Y bien —preguntó María de Montpensier—, ¿queréis que haga una señal al ángel?

—¡Ay! —contestó sordamente el duque de Guisa—. Tanto da el brazo que hiera; lo necesario es que el arma sea mortal.

Y con el tono de mando que le era habitual, añadió:

—Hermanos, está decidido. Nos iremos a Chartres. Haced cundir por París la noticia de que el rey de Francia cede por fin a los ruegos o a los mandatos de sus vasallos, despide al duque de Epernon, acepta los regidores nombrados por la burguesía de París, reconoce la Santa Liga, que se compromete a hacer la guerra a los hugonotes, y por fin se obliga a reunir los Estados Generales. He aquí lo que deben saber los parisienses. Que les digan también que Enrique de Guisa ha decidido ir a Chartres para obligar a Valois a que cumpla sus promesas y que invita a sus fieles ligueros a que lo acompañen procesionalmente para impresionar el ánimo del rey. Entre tanto, vos, cardenal y vos, Mayena, reunid a vuestras gentes bajo las murallas de París. Vos, hermana, id a buscar al ángel y vos, madre mía, rogad a Dios por todos.

—Por Enrique de Lorena, rey de Francia —dijo la madre extendiendo los brazos para bendecir a su hijo.

—Vamos a comer —murmuró Mayena, que mirando al reloj observó, con pesar, que había pasado ya la hora de la comida.

XLVI - El tigre enamorado

ERAN CASI las once de la noche. Habían cesado todos los ruidos en el gran palacio de Guisa. París dormía. *El Acuchillado*, en aquel vasto gabinete en donde se había celebrado el consejo de familia y decidido el asesinato de Enrique III y el viaje a Chartres, se paseaba de una parte a otra con grave lentitud. Desde que salieron los individuos de su familia pensaba:

—¡Ser rey! Sin duda será magnífico. Seré rey. Como ha dicho mi madre, no tengo más que dar un paso. Sí, pero ese paso va a llevarme fuera de París y lejos de una gitanita que muchos nobles tal vez mirarían con desdén y he aquí el por qué mi corazón no se llena de orgullo ante la esperanza de la realeza próxima. ¡Ah!, es que al acercarme al trono debo alejarme de Violeta.

Entre tanto dos hombres estaban en un ángulo de la pieza esperando que Guisa les diera permiso para retirarse. Eran Maineville y Bussi-Leclerc.

—¿Dónde estará? —se preguntaba Enrique—. Una vez salvada de la espantosa muerte que le estaba reservada en la plaza de la Grève, la he perdido para siempre. ¿Por qué no habrá muerto? Ya no pensaría más en ella. Los celos son un suplicio espantoso. Cuando pienso en aquel hombre que la cogió en sus brazos y se la llevó, yo, que voy a ser rey, me juzgo miserable.

—Nuestro rey piensa en la corona —murmuró Bussi-Leclerc.

—Sí, pero son las once —dijo Maineville en voz baja, señalando un reloj de pared.

—¡Caramba! Y Maurevert que nos espera. No podemos abandonarle en tales circunstancias.

Bussi-Leclerc hablaba burlonamente. Entonces Maineville se acercó al duque y le dijo:

—Monseñor...

Guisa se estremeció y pareció asombrarse al ver a sus favoritos.

—Os había olvidado —dijo pasándose la mano por la frente.

—Ya lo suponíamos —dijo Maineville— y nos hemos atrevido a distraer vuestros pensamientos reales.

Guisa sonrió de un modo extraño y como haciendo un esfuerzo.

—Como ya son las once —añadió Bussi-Leclerc— nos permitimos rogar a monseñor que nos de permiso para retirarnos.

—Sí, el día ha sido pesado y estaréis cansados.

—Nunca nos cansamos a vuestro servicio —contestó Maineville—, pero tenemos una cita a las doce de la noche.

—¿Una cita de amor? ¡Ah, vosotros sois felices! Vosotros podéis amar a quien os parece.

—Os engaños, monseñor. En realidad es una cita de amor; pero no nuestra; es... pero ¡caramba!, habíamos prometido no decirlo a nadie.

—¿Se trata de alguna mujer?

—No, monseñor, sino de Maurevert, que se casa.

Y asistimos a esa aventura de igual manera que lo acompañamos a todos sus desafíos.

—¿Maurevert se casa? Si no me ha dicho nada.

—A vos menos que a nadie, monseñor.

—Pero sabiéndolo vosotros, ¿por qué no me lo dijisteis? No quiero que los gentilhombres de mi casa se casen sin mi permiso.

—Nada sabíamos, señor —dijo Maineville—. Esta misma tarde, mientras vos celebrabais consejo con la señora duquesa de Nemours, llegó Maurevert y después de hacernos jurar el secreto, nos anunció su boda para esta misma noche, rogándonos que asistiéramos a ella y añadiendo que la aventura le parecía tan extraña a él mismo, que necesitaba a dos buenos amigos como a nosotros, para guardarse de un accidente o desgracia posibles.

—Es muy extraño, en efecto, y ¿con quién se casa?

—Lo ignoramos, monseñor. Si lo permitís, pues, nos retiraremos a fin de poder estar a las once y media en la iglesia de San Pablo.

—Pues bien —contestó el duque de Guisa—, no solamente os autorizo para que acudáis a tan extraña cita, sino que os acompaño. ¡Pardiez! Yo también quiero ver a la novia de Maurevert.

Y dichas estas palabras, el duque se ciñó la espada, y se cubrió los hombros con una capa. Maineville y Leclerc se miraron uno a otro comprendiendo que habían cometido algo así como una traición, sin importancia si el duque guardaba el secreto, pero que disgustaría grandemente a Maurevert si reconocía a Guisa.

—Monseñor —dijo Bussi-Leclerc como vacilando—, hemos prometido no decir nada a nadie y aún menos a vos.

—No tengáis cuidado, yo procuraré que no me vea nadie. En marcha, señores.

Tranquilizados con la promesa de su señor, los dos gentilhombres siguieron al duque de Guisa que, sin otra escolta, salió del palacio muy contento por aquella aventura nocturna y por abstraerse a sus propias ideas.

Los tres hombres llegaron rápidamente a San Pablo. Bussi-Leclerc y Maineville penetraron en la iglesia dejando al duque en el pórtico, según se había convenido durante el camino. Guisa se quedó inmóvil, procurando no ser visto y sobrecogido a su pesar por extraña angustia.

Algunas sombras pasaron por su lado y entraron silenciosamente en la iglesia. Luego ante la puerta se detuvo una carroza sin hacer ruido y a Guisa le pareció que a cierta distancia se paraba una litera.

—¿Qué significa todo eso? —se preguntó el duque—. ¿Acaso habré descubierto por azar un buen complot? ¡Hum! Maurevert es un hombre muy raro que nunca me ha inspirado gran confianza. No me tranquiliza mucho este casamiento a medianoche, el empeño de que yo no lo supiera y esas gentes que acaban de entrar con tanto

misterio.

Aun cuando Guisa era muy valiente en el campo de batalla, sintió haberse aventurado en aquel asunto. Se aseguró de que llevaba la cota de malla bajo el jubón y luego, dominado por la curiosidad, se dispuso a entrar en la iglesia. En aquel mismo instante del fondo de la nave llegó el ruido de lucha violenta.

—No es ningún complot —murmuró Guisa tranquilizado—, sino un asesinato. ¿Quién será la víctima?

Entró. Los gritos breves y ahogados, el chocar de las espadas llenaban la nave. A lo lejos, en el coro y envueltas por la oscuridad, se agitaban algunas siluetas. Luego observó que arrastraban a uno, y el grupo entero pasó a tres pasos de donde él estaba. Algunos momentos más tarde oyó cómo se alejaba la carroza y comprendió que se llevaban a alguien a un destino desconocido.

Extraordinario asombro se apoderó entonces de Guisa. En efecto, cuando creyó que todo había concluido, oyó un grito de mujer y dirigiendo la vista hacia el coro, vio a un sacerdote que oficiaba en el altar, y arrodillados, semejantes a dos prometidos, a un hombre y a una mujer vestida de blanco. El hombre sostenía a la joven en sus brazos, y a Guisa le pareció, desde el lugar en que se hallaba, que la novia se apoyaba con abandono en el brazo de Maurevert, pues no podía ser otro. Guisa entonces sintió aumentar su curiosidad. ¿Quién sería el que se llevaron en la carroza? ¿Quién era la desposada que con tan tierno abandono se apoyaba en Maurevert?

De pronto el duque se estremeció al observar que una vez la ceremonia terminada y levantado Maurevert, la esposa estaba desvanecida, tal vez muerta. Lo que tomara por tierno abandono no era más que la actitud del cuerpo que ya no se sostiene. En aquel momento dos mujeres salían de la sacristía y una voz dijo:

—Conducidla a la litera y esperadme.

—¡La voz de Fausta! —murmuró el duque con asombro y espanto a la vez.

Maurevert, a pesar de ser el marido, no acompañaba a la desposada. Las dos mujeres tomaron a la joven vestida de blanco y se la llevaron desvanecida. Pasaron por el lado de Guisa y éste, a la débil luz de la iglesia, miró ávidamente a la desmayada. Ahogó un rugido y quiso lanzarse sobre ella, pero se sintió clavado en el suelo.

Aquella mujer era la que amaba locamente; era la gitanilla, Violeta.

En algunos momentos la iglesia quedó desierta, y Guisa, recobrándose de su asombro, exclamó:

—¡Ya la tengo! ¡Ya es mía!

E iba a salir, cuando vio llegar del fondo del coro dos hombres, uno de los cuales era Maurevert, el marido de Violeta.

¿Qué significaba aquel casamiento misterioso? ¿Por qué Maurevert acababa de casarse con Violeta? ¿Acaso la amaba en secreto? Éstos fueron los pensamientos de Guisa y quiso averiguar la verdad. Y resguardándose en la sombra prestó oído a lo

que decía Maurevert o más bien el que lo acompañaba.

Puesto que Maurevert estaba allí, era indudable que Violeta no se alejaría. Iba a saber la verdad. Lleno de angustia escuchó ardientemente la voz del desconocido, que no era otro sino Fausta.

—Así, pues —decía ésta—, pasaréis por el palacio de la Cité y allí os darán las cien mil libras convenidas. Para el resto confiad en mí. El duque será rey dentro de un mes y entonces olvidará a la gitanilla. Aun cuando llegase a saber lo sucedido os aseguro el perdón. Cumpliré mis promesas. Seréis capitán de los guardias de su majestad Enrique IV, rey de Lorena y de Francia.

—¡Ah, señora! —dijo Maurevert—. ¡Bendito sea el momento en que os conocí! ¿Cómo podré pagar mi deuda de agradecimiento?

—Ya os lo he dicho —contestó Fausta.

—¡Oh! Acerca de la joven estad tranquila.

—¿De modo que os marcháis?

—Sí, señora, pero ya sabéis que antes de salir de París tengo que ver a cierta persona.

—Id a ver a ese hombre, ya que así lo queréis —contestó Fausta después de cierta vacilación.

—¡Ah!, con gusto renunciaría a cuanto me habéis prometido para poder verlo encadenado y a mi merced. Bussi-Leclerc me espera en la calle y me conducirá a la Bastilla.

—Bien, yo entre tanto os guardaré a vuestra mujer.

—Gracias, señora, ¿y dónde la encontraré?

—Una vez hayáis salido de la Bastilla y pasado por mi palacio, id a Montmartre y presentaos a la señora abadesa del convento de las Benedictinas. Os entregará vuestra esposa y os dará mis últimas instrucciones. Ahora, idos.

Guisa vio cómo Maurevert se inclinaba respetuosamente ante Fausta, le besaba la mano y luego salía de la iglesia. A la sazón el duque ya sabía dónde podría encontrar a Violeta. Tenía dos o tres horas ante él. Por consiguiente, esperó y pudo oír cómo Fausta murmuraba:

—¿Debo ir también a la Bastilla?

A la sazón la iglesia estaba completamente vacía. Fausta salió por fin y el duque tras ella, siguiéndola a cierta distancia. La princesa se dirigió hacia la litera que rodeaban una docena de caballeros, uno de los cuales llevaba una antorcha. La calle parecía desierta.

—A la abadía de Montmartre —murmuró Fausta, sin subir a la litera.

El vehículo y la escolta desaparecieron por el fondo de la calle de San Antonio. Fausta se quedó sola. Dio algunos pasos en dirección a la Bastilla, pero de pronto se detuvo como indecisa. En aquel momento el duque se acercó a ella.

Fausta, al oír pasos a su espalda, desenvainó la daga, pero la devolvió enseguida a la vaina una vez hubo reconocido a Guisa. Éste, sombrero en mano, y con voz en que

se advertía cierta irritación, dijo:

—Señora y muy amada soberana. Las calles de París son muy poco seguras a estas horas. Si no hiciera tan poco tiempo que estáis en la ciudad, ya lo sabríais y no os hubierais aventurado sola, pero yo que lo sé, considero mi deber el ofreceros el apoyo de mi brazo y la protección de mi espada.

—Duque —contestó con gravedad—. Ya sabéis que estoy al abrigo de toda clase de ataques y que para mí no hay peligro en esas calles, aunque estuvieran llenas de truhanes. La espada material que me ofrecéis es muy poca cosa al lado de la espada espiritual de que puedo disponer.

—¡Señora! —exclamó el duque con supersticioso temor.

—Duque, acabáis de salir de esa iglesia —dijo Fausta señalando la de San Pablo.

No era una pregunta, sino una afirmación, como si hubiera estado segura, pero en realidad no lo sabía.

—Sí, señora —contestó Guisa—, y precisamente porque salgo de esa iglesia...

—Pues bien, volvamos —interrumpió Fausta—; para lo que hemos de decir, mejor será hacerlo ante Dios.

Y Fausta entró resueltamente en la iglesia de San Pablo. Guisa, sintiendo a la vez cólera y temor, pero subyugado por aquella mujer, la siguió hasta el coro, en donde ella se detuvo.

Entre tanto se habían apagado los dos cirios que sirvieron para la ceremonia. El coro sólo estaba alumbrado por la mariposa suspendida a una larga cadena que descendía de la bóveda. Fausta tomó entonces la mano de Guisa y con voz ruda y amenazadora dijo:

«¡En nombre de la Santísima Trinidad!».

«Juro por Dios Creador, y puesta la mano sobre el Evangelio, bajo pena de anatema y condenación eterna, que he entrado en la Santa Asociación Católica, según la fórmula que me ha sido leída, leal y sinceramente, ya sea para mandar o para obedecer».

«Y prometo por mi vida y mi honor seguir en la Asociación y verter por ella la última gota de mi sangre, sin poder contravenir sus órdenes ni retirarme por cualquier excusa o motivo».

Era la fórmula del juramento de la Liga, de la que Guisa era el jefe supremo.

Fausta, que tenía cogida la mano de Guisa, la levantó hacia el altar y continuó diciendo:

«¡En nombre de la Santísima Trinidad!»

«La Asociación de los príncipes, señores y nobles católicos debe tender y tiende a restablecer la ley de Dios en su verdadera forma, para conservar y mantener el santo servicio del Creador, según nos enseña la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, abjurando y renunciado a todos los errores en contrario».

Fausta dejó caer la mano de Guisa.

—He aquí lo que habéis jurado —dijo.

—Y lo que estoy dispuesto a jurar de nuevo —contestó el duque.

—Perfectamente —repuso Fausta—. Ahora, duque, permitidme una pregunta: ¿sabéis cuál es el castigo reservado a todo católico que se casa con una hereje?

—La pena de muerte —contestó Guisa.

—Sí, la pena de muerte, aplicada, no solamente al que se casa con una hereje, sino también al que por contacto con ella se convierte en demoníaco. ¿Es verdad?

—Esas leyes mortales implacables y feroces —contestó Guisa—, ya sabéis que las hicimos para mantener a los ligueros en la obediencia absoluta. Ya sabéis que nosotros, que pensamos como cabezas de la Liga que somos, no podemos someternos a semejantes penas.

—Duque, ¿sois vos el que así habla? ¿Vos el jefe y el rey de mañana, que habéis jurado, os atrevéis ahora a olvidar vuestro juramento? En tal caso, decidlo, para que sepan todos que la palabra de Guisa vale menos que la de cualquier ligiero. Si es así, id por vuestro lado y yo iré por el mío.

Guisa tembló. En un momento vio a París amotinado contra él. Con la imaginación oyó las aclamaciones convertidas en gritos de odio. Vióse fugitivo como Enrique III, suponiendo que tuviera tiempo de huir. Entonces se irguió tratando de ocultar su turbación con su orgullo.

—¡Por Dios vivo! —exclamó—. Nadie podrá decir que Enrique de Guisa ha faltado a su deber. Pero la que yo amo no es hereje.

—Habláis de la gitana, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿Sabéis su historia y la de su madre?

—Sí, la recuerdo —contestó Guisa estremeciéndose.

—¿Recordáis al barón de Montaignes? ¿Recordáis que lo cegasteis? Pues bien, ése era abuelo de Violeta. ¿Sabéis también que a consecuencia del crimen de su madre, Violeta nació en el cadalso? Pertenece a una raza de demonios. Ahora veis el por qué yo la había condenado a morir en la plaza de la Grève.

—¡Oh, tened piedad! ¡No la matéis!

—Se ha salvado —dijo Fausta encogiéndose de hombros—. Ya visteis cómo el infernal Pardaillán la arrancó al verdugo.

—Sí, sí, se salvó. De no haber sido así, yo me moriría.

—Me dais lástima, duque. En la plaza de la Grève os vi tan tembloroso y pálido que no tuve dificultad ninguna en comprender cuán poderoso es el sortilegio de que esta muchacha os ha hecho víctima. Para entregarla al suplicio esperaré haberos librado de vuestra pasión. Agradecedme, duque, los cuidados que me inspira vuestra debilidad.

—¿Pero para qué ese casamiento? ¿Por qué Maurevert es el marido de Violeta? ¿Por qué rigen para él diferentes leyes que para mí? Si el amor de la gitana me mancilla, él también debe estar mancillado. ¡Ah, que tenga cuidado!

—Quieto el puñal. Ha de servir para herir a los enemigos y no al mejor y más

fiel de vuestros servidores. Maurevert se ha sacrificado por vos. Maurevert ha consentido en ese simulacro para alejar de vos a la gitana, pero Maurevert no será el marido de Violeta.

—¿Qué será, pues?

—Su carcelero. Enrique de Lorena, amáis a la nieta del hombre que cegasteis. ¿No se os ha ocurrido que este pensamiento impuro os paraliza, os detiene al pie del trono y que hace de vos el más débil de todos los de la Liga?

La idea que acababa de enunciar Fausta impresionó grandemente el espíritu de Guisa. En efecto, Violeta era la nieta de su víctima. No obstante, no podía resolverse a perder a la joven, pero vio que era preciso renunciar a ella o a la corona, y Guisa no quería privarse de una ni de otra. Era necesario ganar tiempo y convencer a Fausta para conseguir su ayuda hasta el día en que...

Cerró convulsivamente los puños, mientras Fausta lo miraba atentamente.

—Me habéis recordado mi juramento —dijo el duque—, pero yo voy a pedir os otro. Estoy dispuesto a cumplir los míos. Tengo a la gitana por hereje y no presento obstáculo en someterme al exorcismo. Creo y espero que gracias a vuestra poderosa intervención me curaré de este amor, y de este pensamiento impuro, pero a vuestra vez juradme que Maurevert no será el marido de esa muchacha.

—Os lo juro, duque. Violeta no será esposa de Maurevert ni de nadie más, hasta el momento en que vos mismo, ya curado, deis orden para que sea conducida al suplicio.

—Pero eso no es todo —continuó Guisa—; ya que la gitana va a ser prisionera, quiero saber el lugar en que será guardada.

—En la abadía de las Benedictinas de Montmartre —contestó Fausta sin vacilar.

—¿Me juráis, señora, que permanecerá allí hasta el día que me decís o sea cuando yo, curado de mi amor, de orden de someterla al suplicio?

—Os lo juro —murmuró Fausta.

Transcurrieron algunos momentos de silencio. Guisa formaba entre tanto el siguiente plan: Violeta prisionera y bajo la guarda de Maurevert estaría siempre a su alcance. Entre tanto se serviría de Fausta para conquistar la corona y una vez esto logrado, ya procuraría substraerse al dominio de la princesa.

—Adiós, señora y soberana —dijo inclinándose—. Cuento con vuestra palabra sagrada, es decir, con que la gitana no sea de nadie y que continuará prisionera en la abadía.

—No puedo mentir —dijo gravemente Fausta—; pero a vos, que sois un hombre con todas las debilidades de los hombres, no tengo necesidad de deciros que cuento con vuestra palabra, y que en caso necesario os obligaré a cumplirla.

—Os acompañaré hasta vuestra casa —dijo el duque con alterada voz.

—Mi casa está en todas partes, pues nunca corro el menor peligro y aun cuando después de haberos dado el trono de Francia me encerrarais en la Bastilla, sabed, duque, que los muros caerían a una señal mía.

Y se alejó dejando a Guisa estupefacto, al ver que Fausta había adivinado su pensamiento aún confuso.

—¿Será verdad que la inspira el espíritu de Dios? —murmuró Guisa.

Entonces el duque, estremeciéndose y lleno de terror inmotivado, huyó hacia su palacio.

XLVII - El desquite de Bussi-Leclerc

MAUREVERT, como lo había dicho, era esperado en la calle por Bussi-Leclerc. Al salir de San Pablo lo halló al abrigo de un portal de la calle de San Antonio y enseguida se dirigieron los dos hacia la Bastilla.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Bussi-Leclerc, pensando en la presencia del duque de Guisa.

—Sin duda alguna —contestó Maurevert asombrado—. ¿Por qué?

—Por nada. Vamos.

—Sí, vamos tengo ganas de ver a ese hombre. ¿Está encadenado?

—Debidamente encadenado, no temas nada.

Bussi-Leclerc empezó a silbar y Maurevert apresuró el paso. Algunos minutos más tarde franqueaban el puente levadizo y entraban en la Bastilla.

—He aquí mis dominios —exclamó riendo Bussi-Leclerc—. La verdad es que no son muy alegres. Valiente idea tuvo el duque al hacerme gobernador de la Bastilla.

—No, no es alegre. Es terrible —contestó Maurevert—. ¿Dónde está? Vamos a verle.

—¡Paciencia, qué diablo! ¡Hola! ¡Cuatro guardias y un farol!

Inmediatamente se presentaron cuatro soldados armados y un carcelero provisto de una linterna.

—Las llaves del número diecisiete —añadió Bussi-Leclerc.

El carcelero fue a buscar las llaves y a los pocos instantes regresó diciendo:

—¿El número diecisiete? Torre del Norte, segundo subterráneo.

—Guíanos —dijo Bussi-Leclerc—; y vosotros, seguidnos —añadió dirigiéndose a los soldados.

Atravesaron algunos patios cercados de altos y negros muros; pasaron bajo bóvedas de sillares roídos por el tiempo. Bussi-Leclerc silbaba entre dientes y Maurevert sentía cierto temor. Para substraerse a él, dijo:

—Ciertamente, tu dominio no es alegre, Bussi. ¿Y cuántos vasallos tienes en este reino del dolor?

Bussi-Leclerc no lo sabía, e interrogó al carcelero con la mirada.

—Veintiocho prisioneros —dijo lacónicamente el carcelero.

Habían llegado a un estrecho patio, en el que se entraba después de haber franqueado una gruesa reja. El patio era infecto porque allí no llegaba nunca el sol. De él emergía un coloso de piedra, cuya cabeza se perdía en la noche. Era la torre del Norte y al pie de ella se abría una puerta de hierro.

—Aquí encerramos a los menos notables, ¿no es verdad?

Comtois el carcelero movió la cabeza y empezó a abrir la puerta, cosa que requirió algunos minutos. Apenas abierta, una corriente de aire mefítico dio en la cara a Bussi-Leclerc.

—¡Caramba! —exclamó retrocediendo—. Esto huele a muerto.

—Entremos —dijo Maurevert, aspirando con delicia aquellas emanaciones de aire corrompido.

—Atención —dijo Comtois—, hay piedras caídas. Y empezó a bajar. Le seguía Maurevert y tras éste Bussi-Leclerc y los cuatro arcabuceros. La escalera de caracol se hundía cada vez más en la tierra, y se detuvieron después de haber bajado treinta escalones. El aire era apenas respirable y sobre el suelo fangoso se agitaban seres inmundos.

Bussi-Leclerc señaló de pronto una puerta con el dedo y dijo:

—Número catorce. Aquí está, ese retoño de los Valois. El señor de Angulema.

—¿Y a mí qué me importa? —exclamó Maurevert—. Bajemos.

Y empujó al carcelero. En aquel momento salió del calabozo número catorce un grito furioso. El desgraciado que en él estaba encerrado, sacudió la puerta y una maldición atravesó las tinieblas. Luego el silencio se restableció.

—Los primeros días todos hacen lo mismo —dijo Comtois encogiéndose de hombros.

Bussi-Leclerc palideció. Aquel espadachín sin fe ni ley no tenía el alma de carcelero. Maurevert no había oído nada. Bajaba inmediatamente después de Comtois experimentando inmensa alegría al ver su venganza satisfecha. Habría deseado que aquel antro fuese más horroroso y el aire más irrespirable. Y sin embargo...

—He aquí el número diecisiete —dijo de pronto Comtois, deteniéndose ante una puerta.

Estaban en el segundo subterráneo.

—Abre —dijo Maurevert con ronca voz.

Tomó el farol de mano del carcelero; y como éste no anduviera lo bastante listo para abrir la puerta, se dispuso a ayudarlo y al cabo de pocos momentos quedó abierta. Maurevert, farol en mano, dio dos pasos en aquel agujero que en realidad era un calabozo. La débil luz de la linterna alumbró las piedras llenas de inscripciones, oraciones supremas, maldiciones, amenazas, exclamaciones de dolor, todo ello desgastado por las gotas de agua que se formaban en la bóveda para caer luego como lágrimas sobre el suelo fangoso. Maurevert lo vio todo de una rápida ojeada.

En la pared, y sujeto por las piernas a dos cadenas, estaba un hombre en pie.

—No lo hemos encadenado sin trabajo —dijo Comtois, disponiéndose a hacer de cicerone—. Tres de nosotros han muerto.

Bussi-Leclerc entró e hizo salir al carcelero. Maurevert temblaba ligeramente mirando al prisionero con indescriptible sonrisa. El caballero sonreía también, pero de otro modo. Maurevert, al cabo de un momento de contemplación, colgó el farol de un clavo que estaba en la pared, sin duda para este objeto, y dijo:

—¡Hola, Pardaillán! Hace dieciséis años que corrernos uno tras otro, y, por fin, nos encontramos.

—¡Caramba! —dijo apaciblemente el caballero—. He aquí al señor de Bussi-Leclerc, carcelero en jefe de esta agradable mansión. Bien venido, señor Leclerc.

Maurevert rechinó los dientes y dijo:

—No te atreves a mirarme ni a dirigirme la palabra, pero yo he venido para hablarte y me escucharás, mal que te pese.

—Señor Leclerc —dijo Pardaillán—, la espada que lleváis es muy larga, pero menos que la que hice saltar de vuestras manos en el molino.

Bussi-Leclerc palideció, y soltó una blasfemia.

—Apresúrate, Maurevert —dijo—, porque no respondo de matar a ese miserable.

—¡Bah! —dijo Pardaillán—. No os atreveríais, señor Leclerc, pues como tengo las manos libres aún inspiro cierto temor. Pero no pongáis tan mala cara, porque me recordáis la que teníais en el molino cuando os até a una de las aspas. Si seguís así me voy a morir de risa, y el verdugo os pedirá cuentas.

Pardaillán se echó a reír.

—¡Maldito seas! —dijo Leclerc desenvainando.

—Déjalo —contestó Maurevert—. El señor Pardaillán tiene razón. El atormentador que ha de venir mañana tendría un gran disgusto si no le daban un hombre vivo.

Pardaillán continuaba riendo.

—Señor Leclerc —dijo—. ¿Sabéis que yo también llegué a creer en vuestra reputación de maestro de armas invencible? Cuando os vi ante mí, espada en mano, no pude abstenerme de encomendar a Dios mi pobre alma, pero precisamente cuando lo hacía, vuestra espada empezó a trazar dibujos en el aire.

Y entonces vi que en vez de maestro no erais más que un pobre aprendiz.

Bussi-Leclerc estaba rabioso. Cada palabra de Pardaillán era para él una puñalada a su vanidad de maestro invencible.

No podía dirigirse al maestro de armas insulto más terrible que decirle que no era un maestro.

Y quien se lo decía lo había desarmado, cosa que lo avergonzaba todavía más.

—Mañana te verás con un maestro en hundir cuñas —dijo Bussi-Leclerc—. Y que también es maestro en arrancar uñas.

—Un aprendiz —contestó Pardaillán—, un buen aprendiz, lo confieso. Se ve que tenéis buenas disposiciones, señor Leclerc. Con diez años más de estudio llegaréis a ser casi, casi un buen ayudante.

Esta concesión puso rabioso al maestro de armas.

—¡Miserable! Me cogiste a traición.

Poco a poco llegó a olvidar la situación. En Pardaillán no veía más que un maestro que se alababa de haberlo vencido. Creía hallarse en la sala de armas y sacando la espada empezó la demostración.

—Mira, Maurevert —dijo—, tenía mi espada en tercia así, cuando...

—¡Oh, señor Leclerc! —interrumpió Pardaillán—. ¿Qué modo de ponerse en guardia es ése? Demasiada rigidez en la muñeca, ¡caramba! No adelantéis así el antebrazo.

—¡Bandido! —vociferó Bussi-Leclerc—. Ahora me da lecciones.

—En tal caso, pagádmelas —dijo Pardaillán—. Fijaos. El brazo no debe temblar como ahora. Únicamente debe trabajar la muñeca. ¿Pero no lo comprendéis? No, no lo comprendéis, es una lástima.

Leclerc envainó nuevamente la espada y salió tendiendo el puño a Pardaillán, perseguido por el burlón acento de éste, que le decía:

—Id a encontrar a maese Ambrosio de mi parte y os enseñará a coger debidamente una espada.

Maese Ambrosio era un mal esgrimidor, tan célebre por sus derrotas como Bussi-Leclerc lo era por sus victorias.

Éste se hallaba a punto de llorar de rabia. Hizo una seña ordenando a los arcabuceros que esperasen a Maurevert y subió los escalones de cuatro en cuatro.

—Esperando la ocasión de que te atormenten, Pardaillán, escúchame. Yo no soy Bussi-Leclerc y confieso que te he tenido miedo. El hombre que tienes ante ti se llama Maurevert y es el que lleva en la mejilla la cicatriz de la herida que le inferiste con tu espada. Maurevert, que fue uno de los que contribuyeron a la muerte de tu padre y que, sobre todo, dio a tu querida Luisa de Montmorency aquella puñalada que la hizo morir.

El miserable escuchaba atentamente el efecto de sus palabras. Antes, examinado el largo de las cadenas, se había asegurado de que Pardaillán no podría alcanzarlo.

No pudo advertir ninguna alteración en la fisonomía de Pardaillán, aun cuando éste interiormente rugía de furor al recordar la muerte de su padre y de su adorada Luisa.

—¡Maldición! —exclamó Maurevert—. ¿Acaso ya no sufre con el recuerdo del pasado? Me has buscado —dijo en alta voz—, hace muchos años que corres tras de mí y hace también mucho tiempo que yo procuro huir. Por fin tuve curiosidad de saber lo que querías decirme y he preparado esta entrevista. Vamos, estoy dispuesto a oírte, ¿qué has de decirme?

Pardaillán seguía con la mirada el vuelo de un murciélago que había entrado en el calabozo y deslumbrado por la luz de la linterna no hallaba la salida.

—A ver si podrá salir —murmuró el caballero.

Maurevert estaba cada vez más rabioso.

—Tú también saldrás de aquí, pero con los pies delante, es decir, cuando ya seas un cadáver ensangrentado. Tranquilízate, Pardaillán, no irás solo hasta el cementerio de los ajusticiados, y cuando vea que sobre tu cadáver han echado la última paletada de tierra, me iré contento y feliz, y mi vida ya no estará sujeta a los terrores que hasta ahora había sentido.

Y ahora que me acuerdo —continuó—, tú conoces a mi mujer. Quiero anunciarte que me he casado y nada menos que con Violeta, ¿qué te parece?

Ni un solo gesto ni la menor contracción de los labios indicó a Maurevert que Pardaillán se hubiese enterado, pero tal impasibilidad costó al caballero un esfuerzo

extraordinario sobre sí mismo.

—En cuanto hayas muerto —continuó Maurevert— me marcharé con Violeta. Tanto me importa que me ame como no. Por el contrario, preferiré su odio, porque así tendré el placer de ser el dueño de esta muchacha a pesar de su amor por otro. Y ese otro es uno de tus amigos más queridos. ¡Ah! Y a propósito; lo han condenado a muerte. Pero escucha, ¿no le oyes como grita? Está encima de ti, en el calabozo número catorce. Allí está Carlos de Angulema.

Pardaillán continuaba impasible.

—Así, pues —continuó Maurevert—, la hermosa gitana lleva mi nombre y me pertenece por entero. El joven Valois está allí arriba en un calabozo semejante al tuyo. Desde aquí puedes oír cómo grita. Siempre será una distracción para esperar el tormento que te hará aplicar el señor de Guisa, escoltado por tu humilde servidor.

Y reanudó enseguida su monólogo.

—¿Qué te parece, Pardaillán? ¿No es extraordinario que yo, después de haber matado a tu querida Luisa con aquel puñal...? A propósito, ¿sabes quién me lo dio? Pues la reina Catalina, a la que hiciste rabiarse un poco. ¿No te parece extraordinario que después de haber huido de ti durante dieciséis años salga de aquí feliz, y rico, y seguro de vivir en paz en adelante? Y a cada momento de mi vida, me repetiré que ya estás muerto y que yo mismo eché en tu tumba la última paletada de tierra. Me diré también que he matado a tu amigo Valois y esta noche su amiga Violeta me escanciará vino ofreciéndome su amor. ¿Qué te parece, Pardaillán?

Pardaillán sonreía, pero Maurevert no vio que para no caer se había apoyado en la pared.

—Ya ha salido —murmuró el caballero con voz tranquila y refiriéndose al murciélago—. ¡Cuánto sueño tengo! —añadió en voz baja—; durmamos.

Y se tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en un brazo, y cerró los ojos. Si Maurevert hubiese podido ver el sufrimiento horroroso de aquel hombre, se habría vuelto loco de alegría, pero observó que el caballero dormía tranquilamente, que su pecho se hinchaba con inspiraciones rítmicas. Entonces Maurevert profirió una blasfemia y gritó:

—¡Tu último sueño! ¡Duerme tu último sueño! Yo voy a ver al duque de Guisa y volveremos en compañía del verdugo. Duerme bien, Pardaillán, pero antes quiero advertirte que Claudio y Farnesio han caído en poder de la omnipotente Fausta y están condenados a morir de hambre. ¿Qué te parece? Ninguno de tus amigos ha quedado libre. Ahora que ya te lo he dicho todo, adiós.

Pardaillán no se movió. En apariencia continuaba durmiendo.

—Adiós, hasta mañana o tal vez hasta pasado mañana, porque, si puedo, te dejaré que rabies un par de días aún.

Y salió de espaldas, con los ojos fijos en el prisionero y esperando sorprender un movimiento; pero Pardaillán dormía apaciblemente.

Entonces Maurevert, después de haber dirigido un insulto al caballero, cerró la

puerta. Apoyó contra ella el oído, pero no sorprendió el más pequeño rumor. Subió precipitadamente la escalera seguido por el carcelero y los arcabuceros. Algunos minutos más tarde entraba en la habitación de Bussi-Leclerc.

—¿Por qué estás tan pálido? —le preguntó el gobernador—. ¿Acaso Pardaillán te ha insultado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada —contestó Maurevert sirviéndose un vaso de vino.

—¿Nada? ¡Qué extraño! —dijo Bussi-Leclerc—. Pero, en fin, poco importa: has satisfecho tu gusto y esto es lo esencial.

—¿Para cuándo está avisado el verdugo? —preguntó Maurevert.

—Para pasado mañana por la tarde. Nuestro gran Enrique quiere ver aplicar el tormento y supongo que a ti te ocurrirá lo propio.

—Sin duda. Acompañaré al duque como de costumbre. ¿Ya qué hora será?

—Sobre las nueve. Luego el duque se irá a acostar porque al día siguiente se marcha a Chartres, con gran cortejo. ¿Irás tú?

Maurevert no contestó a esta pregunta y balbuciendo algunas palabras de despedida se retiró. Una vez fuera de la Bastilla se dirigió a Montmartre; y Bussi-Leclerc, quedándose solo, murmuró:

—Ese Pardaillán lo habrá llenado de insultos como a mí. Pero lo que es yo no dejo que me insulten así como así. En el molino me cogió desprevenido, pero ahora ya conozco su juego.

Bussi-Leclerc se acostó y sin duda pasó mala noche porque llamó tres o cuatro veces a su ayuda de cámara para que le llevara vino y cada vez le preguntaba:

—Dime, ¿has oído jamás decir que me han desarmado?

—Nunca, monseñor.

—Muy bien, porque de lo contrario, te habría cortado las orejas.

El criado se retiró asustado, no sin observar que su amo hacía gran consumo de toda clase de blasfemias. Al día siguiente se levantó muy temprano y su criado, al vestirlo, oyó que murmuraba:

—Si muere antes, todo el mundo seguirá creyendo que me venció; y como no puedo vivir con esta idea será preciso hacer lo necesario.

Pasó aquel día en la sala de armas que había hecho instalar en sus habitaciones de la Bastilla e hizo venir sucesivamente a los prebostes y maestros más notables de París. Y les decía a todos:

—Voy a enseñaros el golpe. Vais a verlo.

Y, en efecto, tan pronto como un preboste o maestro de armas se ponía en guardia, Bussi, después de algunos pasos rápidos, le hacía saltar la espada de la mano.

Aquel día la fama de Bussi-Leclerc llegó a su apogeo.

A todos los espadachines de la ciudad ofreció un premio de sesenta ducados dobles si conseguían tocarlo o desarmarlo. Llegaron cinco o seis que pasaban por saber matar al contrario en pocos momentos. Se vio entonces esgrimir a la italiana, a

la francesa, a la española y con otros sistemas desconocidos, y más o menos practicados por los truhanes y asesinos. Bussi-Leclerc se batió sucesivamente contra una quincena de maestros, prebostes o espadachines famosos, pero ninguno consiguió tocarlo. Antes de cruzar las espadas enseñó a todos la sencilla y rápida maniobra gracias a la cual los desarmaría, pero a pesar de ello, todos fueron desarmados.

Gran número de caballeros fueron invitados a asistir a aquel memorable torneo. Por la noche, Bussi-Leclerc fue proclamado maestro de los maestros.

—Esto no obstante —dijo Maineville—, has sido desarmado.

—Es cierto —contestó Bussi-Leclerc—, pero el que lo hizo no podrá alabarse de ello.

Llegó la noche. Leclerc cenó con sobriedad y luego durmió cuatro horas. Al despertar se hizo frotar como los luchadores antiguos, y después de una hora de reposo, vistió un traje ligero y se sintió fuerte como Sansón. Entre tanto, por los asaltos de armas del día, y lleno de fuerza y valor creía que no existía en el mundo hombre capaz de resistir su acometida.

Se envolvió en una capa bajo la que se ocultaban dos espadas, bajó, llamó a Comtois, el carcelero de la torre del Norte, y seguido por cuatro arcabuceros, se dirigió al calabozo de Pardaillán.

En el primer subterráneo dejó al carcelero y a los soldados, ordenándoles que lo esperasen allí. Luego, tomando la linterna, bajó, entró en el calabozo de Pardaillán, colgó la linterna en el clavo y tendiendo una espada al caballero le dijo:

—Caballero, gracias a que me cogisteis desprevenido, pudisteis desarmarme una vez. Podría mataros ahora, pero monseñor de Guisa, que quiere someteros al tormento, podría pedirme cuentas. Tenéis los pies encadenados, es cierto, pero vuestras cadenas son bastante largas para poder ponerlos en guardia. Por mi parte os juro que no me moveré hacia adelante ni hacia atrás. Estamos, pues, en condiciones iguales. He aquí una espada. Me desarmasteis una vez, pero ahora os desarmaré yo. Y una vez probado que soy vuestro maestro, me pondré a vuestra disposición en cualquier comisión que me encarguéis para cuando estéis muerto, cosa que sucederá mañana al salir el día. Creo, caballero, que seréis lo bastante amable para no rehusarme el desquite.

—Señor Bussi-Leclerc —dijo tranquilamente Pardaillán—. Estaba seguro de que un hombre como vos no se resignaría a la derrota. Por esto ya veis que no dormía, sino que os esperaba.

En efecto, Pardaillán estaba perfectamente convencido de que Bussi-Leclerc, impulsado por su vanidad, no dejaría de presentarse a él para proponerle un desafío y con intensa alegría se convenció de que había acertado en su conjetura.

XLVIII - La Bastilla

—¿ME ESPERABAIS? —dijo Bussi-Leclerc.

—Sí, a fe mía, caballero.

Bussi-Leclerc miró a su alrededor con cierta desconfianza.

«*Tal vez he hecho mal dejando mis hombres arriba*» —pensó—. «¿*Los haré bajar? Pero no, porque si me desarma de nuevo, será doble vergüenza para mí*».

Pardaillán observaba atentamente al gobernador. Comprendió que aún encadenado era de cuidado y temió que el gobernador se alejara.

—Os esperaba —continuó—. ¿No me habéis anunciado que me someterán al tormento? Ya que estáis aquí, supongo que no andará lejos el verdugo.

—No, caballero, no es esta noche —contestó Bussi-Leclerc—, sino mañana al salir el sol.

—¿No es de día ahora?

—No, tranquilizaos, os quedan aún algunas horas. Volvamos a lo que os decía. Ya habéis oído mi proposición. ¿La aceptáis?

—Os haré observar, caballero —dijo Pardaillán lleno de alegría—, que me hallo en una situación de completa inferioridad con respecto a vos.

Bussi-Leclerc sintió gran alegría porque aquella observación de Pardaillán le parecía una confesión.

—Tiene miedo, está perdido —pensó.

Y retrocediendo cuatro pasos tomó el espacio necesario para aquel extraño desafío.

Pardaillán se afirmó sobre sus piernas con toda la comodidad que le permitían las cadenas. Una vez se hubo puesto en guardia, profirió una especie de gemido.

—Veamos —dijo Leclerc—, estáis bien, según creo.

—¡Oh, caballero! ¡Terriblemente molesto, por el contrario!

—¡Bah! Mientras yo permanezca en la misma posición estamos en iguales circunstancias. Me comprometo a no avanzar ni retroceder y vos no podéis hacerlo. Os doy mi palabra de honor de no utilizar las piernas. Soy un brazo armado de una espada como vos. ¿De qué os quejáis, pues?

—No me quejo —dijo Pardaillán.

Pero con toda evidencia tenía miedo; Bussi-Leclerc dio un suspiro y riendo exclamó:

—Vamos, ¿estáis pronto?

—Estoy —contestó Pardaillán.

Y se cruzaron las espadas. Pardaillán intentó desarmar a Bussi-Leclerc valiéndose del mismo medio que empleara en el molino de San Roque, pero la espada del gobernador permaneció firme en su mano.

—¡Maldición! —rugió el prisionero—. Ha aprendido el pase.

—¡Ah! —exclamó Bussi triunfante—. ¿Qué os figurabais, maestro? Sí, he

aprendido este pase y también otro que quiero enseñaros.

Y diciendo estas palabras bajó al suelo la punta de la espada. Pardaillán lo imitó diciendo:

—¡Desgraciado de mí!

Bussi-Leclerc estaba contentísimo. Aquel momento fue uno de los más felices de su vida. Había ganado la primera parte de su desquite, puesto que Pardaillán no logró desarmarlo. Tal vez, con mayor sangre fría, hubiese advertido que su adversario estaba singularmente torpe. Pero Bussi-Leclerc no se fijó en este detalle. Reíase a carcajadas y luego dijo:

—Ahora voy a desarmaros, señor de Pardaillán, y así estaremos en paz. Únicamente como quiero probar a todos que os he vencido y que nadie puede medirse conmigo, os devolveré la espada y luego os heriré. Veamos —añadió apoyando en el suelo la punta de la espada—. Tengo prohibido el mataros porque, de no ser así, ya lo habría hecho; pero mirad, voy a tocaros en medio de la frente. ¿Qué os parece? ¿Está bien? Pues en guardia. ¡Ah, demonio!

Estas últimas palabras fueron un verdadero aullido de rabia y asombro. Disponíase a desarmar a su contrario cuando éste, inesperadamente, le hizo saltar su propia espada. Por segunda vez Bussi-Leclerc, el invencible, había sido vencido y desarmado. Pardaillán no se había movido. Apoyado en la pared con la mano izquierda, continuaba en guardia y dijo con extraordinaria frialdad:

—Recoged vuestra espada, caballero. Ya podéis hacerlo, porque estoy encadenado.

Pardaillán entre tanto pensaba:

—¡Imbécil! ¡Estúpido! No he podido resistir al deseo de dar una lección a este espadachín. Todo se ha perdido. Ahora bajan sus hombres y se marchará. ¡Oh, loco de mí!

En efecto, al oír el grito de Leclerc, bajaron apresuradamente el carcelero y los soldados, imaginándose tal vez que degollaban al gobernador de la Bastilla. Bussi-Leclerc, lleno de vergüenza y con la cara congestionada, recogió el arma y abrió la puerta.

—¡Bandidos! —gritó Leclerc—. ¡Carne de verdugo! ¿Quién os ha llamado?

—Monseñor —balbució Comtois.

—¿Qué venís a espiar aquí? ¡Arriba, bergantes, y al primero que vuelva a bajar, lo despedazo!

Pardaillán sintió un estremecimiento de alegría frenética y se dijo:

—¡Estoy salvado!

Los arcabuceros y el carcelero subieron con mayor precipitación de la que habían empleado al bajar.

—Idos al patio —gritaba Leclerc.

Cuando no oyó nada volvió al calabozo y, como antes hiciera, cerró la puerta y colgó en el palo la linterna y el manojito de llaves. Luego se puso en guardia.

—¡Por Dios! —exclamó—. Tanto me importa el verdugo. Vas a morir a mis manos.

A. la sazón no se trataba de un asalto de armas y Bussi-Leclerc ya no permanecía según había jurado. Quería matar; saltaba a derecha e izquierda, avanzaba y retrocedía, mientras su adversario procuraba mantenerlo a la misma distancia.

Llegó un momento en que Leclerc, fatigado, se apoyó en la puerta.

—¡Oh! —murmuró—. ¿Por qué le habré dado una espada?

Y lleno de furor exclamó:

—¡Oh, quiero matarlo! ¡Prefiero reventar a privarme del gusto de bañarme en su sangre!

Ya descansado, reanudó el ataque. En el calabozo solamente se oía el ruido de los aceros al chocar uno contra otro y a la sazón Pardaillán retrocedió para acurrucarse en un rincón.

—¡Ya es mío! —pensó Bussi-Leclerc con delirante alegría.

Y avanzó dos pasos para el ataque final, rugiendo:

—¡Ya te tengo! ¡Voy a clavarte en la pared!

En el mismo instante de su garganta salió un ruido ronco semejante al estertor; quiso llamar pidiendo auxilio, pero no pudo pronunciar palabra alguna.

¿Qué había sucedido?

Que Bussi-Leclerc, al adelantarse lleno de alegría y furor a un tiempo, se sintió cogido por dos manos poderosas que le oprimieron el cuello y continuaron haciéndolo hasta que perdió el sentido. Entonces Pardaillán aflojó las manos, dejó caer a Bussi-Leclerc y, bajándose, lo examinó atentamente.

—Bueno, no ha muerto —exclamó—. A fe mía que lo hubiera sentido. Ya volverá en sí y entonces, si quiere, podremos reanudar el desafío.

Pardaillán se irguió nuevamente, alargó su mano a tanta distancia como le fue posible, y se apoderó del manajo de llaves. En un momento abrió los enormes candados que sujetaban las cadenas a sus tobillos.

Entonces quiso salir, pero lleno de desesperación observó que no podía andar.

En efecto, apenas podía sostenerse. Comprendió que iba a caer al lado de Bussi-Leclerc. Éste volvería en sí a los pocos minutos y entonces...

Pardaillán cayó de rodillas. Con gesto instintivo se apoderó de la daga de su adversario y oprimiendo el mango esperó.

Fue aquél un minuto largo como una hora, un minuto en que se vio presa de la desesperación y de la angustia; un minuto en que toda la fuerza, toda la voluntad y energía de su alma se emplearon en vencer la debilidad y en originar una reacción. Ésta se produjo. Pardaillán humedeció las manos en el agua que había en el suelo y la fresca acabó de reanimarlo. Entonces se levantó.

—¡Quiero! —dijo con los dientes apretados por el esfuerzo de la voluntad—. ¡Y si quiero, puedo! ¡Quiero andar! ¡Quiero salir y quiero vivir!

Y se cumplió el milagro, operado por un alma en un cuerpo. Pardaillán, a pesar de

la pérdida de sangre, de la fatiga y de que no había comido hacía muchas horas, consiguió levantarse y andar. Cogió la linterna y el manajo de llaves y salió de su tumba. Y habiendo cerrado la puerta del calabozo en que yacía Leclerc desvanecido, dio un suspiro que expresaba un mundo, y reanimado por la esperanza, empezó a subir la escalera con gran agilidad.

En el patio esperaban Comtois y los soldados. Pardaillán se detuvo en el primer subterráneo. Se hallaba ante la puerta del calabozo de Carlos, según le dijo Maurevert. Pardaillán, entonces, con tranquilidad asombrosa, empezó a probar las llaves, una tras otra, en la cerradura de la puerta.

En aquel momento subieron del subterráneo inferior algunos clamores ahogados y golpes sordos en la puerta. Era Bussi-Leclerc que, vuelto en sí, advirtió que estaba encerrado y empezó a gritar y a dar golpes contra la gruesa puerta.

—Habría debido estrangularlo por completo —pensó Pardaillán—. ¡Pero bah, pobre gobernador! La verdad es que le debo el desquite.

Mientras hablaba así, abrió la puerta del calabozo número catorce y Pardaillán entró en él cerrando la puerta cuidadosamente.

La luz de la linterna que llevaba alumbró el calabozo y con su ayuda vio a un hombre acurrucado y con el traje roto.

Aquel hombre dio un salto terrible y Pardaillán se sintió cogido por dos brazos furiosos. Una mano se crispó en su garganta, mientras una voz apenas inteligible exclamaba:

—¡Ya tengo a uno! ¡Muere, bandido!

—Carlos, hijo mío —exclamó Pardaillán—. ¡Silencio o estamos perdidos!

Carlos, al oír la voz de Pardaillán, soltó la presa y dando un salto atrás cayó de rodillas. Disponíase a dar un grito de alegría, cuando Pardaillán, que estaba atento a lo que ocurría en el exterior, oyó ruido de gente que bajaba la escalera e inclinándose hacia el joven le tapó la boca con una mano.

Comtois y los arcabuceros pasaban ante la puerta.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba la voz desde abajo.

—Aquí estamos, monseñor —exclamó Comtois.

Continuaron bajando hacia el subterráneo inferior. Pardaillán entonces levantó a Carlos y le dijo al oído:

—Silencio, *en nombre de Violeta, que está viva.*

Dichas estas palabras el caballero abrió la puerta del calabozo y subiendo apresuradamente la escalera en compañía de su amigo, llegó al patio y una vez allí cerró la puerta de la torre dejando encerrados al gobernador, al carcelero y a los soldados. En aquel mismo instante se oyó tras la puerta la carrera alocada de todos ellos que tropezaron con la puerta cerrada. Pardaillán se detuvo un instante para recobrar el aliento y Carlos se echó a sus pies diciéndole:

—¡Oh, Pardaillán! ¡Oh, hermano mío! Quise mataros. Perdonadme, porque estaba loco.

El caballero se inclinó y obligando al joven a que se levantara, lo abrazó tiernamente.

—Niño —murmuró—. Desde que murió mi padre y mi esposa, sólo vivía para satisfacer mi odio y mi venganza. Mucho os debo por haberme recordado que en vos tengo un hermano.

—Sí, Pardaillán —dijo ardientemente el joven—. Un hermano que os admira y que os quiere tanto que se pregunta cómo podrá ser digno de vos.

Así aquellas almas bien templadas olvidaban el peligro para testimoniarse su amistad. Y, sin embargo, la situación era terrible, pero Pardaillán estaba ya acostumbrado a tales cosas y nada le hacía mella. En cuanto a Carlos de Angulema, junto a aquella alma excepcional, se sentía crecer y capaz de llevar a cabo actos heroicos.

Se hallaban en aquel patio estrecho por el cual se penetraba en la torre del Norte. Aparte de ésta había otras y allí encontrarían centinelas, carceleros, guardias, y en fin, una guarnición completa. Por toda arma no tenían más que la daga arrancada por el caballero a Bussi-Leclerc.

Pardaillán levantó los ojos al trozo de cielo que se divisaba entre las murallas y por el brillo de las estrellas vio que todavía quedaban algunas horas de noche.

En el momento en que Pardaillán calculaba la posibilidad de cumplir el milagro de salir vivo de la Bastilla con Carlos de Angulema, se fijó en el ruido que tras de la puerta hacían Comtois y los arcabuceros.

—Estos malditos serían capaces de despertar a un muerto, y con mayor motivo pueden despertar a los vivos.

Afortunadamente el patio del Norte estaba bastante lejano de los centinelas, y sobre todo del cuerpo de guardia de la puerta de entrada, compuesto de unos cincuenta hombres. El caballero, viendo que los gritos de los que estaban encerrados, lejos de debilitarse, aumentaban en intensidad, exclamó.

—Voy a ver si los asusto.

Y Pardaillán empezó a golpear violentamente la puerta vociferando:

—¡Eh! ¿Estáis rabiosos? A ver si voy a buscar la ronda para que os cierre el pico.

Comtois y los guardias se callaron al oír tales palabras, sin duda sobrecogidos de asombro.

—¿Qué queréis? —preguntó Pardaillán.

—¡Queremos salir, diantre! Estamos aquí encerrados con el señor gobernador y no sabemos quién lo ha hecho. Quienquiera que seáis id a avisar al cuerpo de guardia.

Era Comtois el que hablaba así. En efecto, el carcelero no había podido imaginarse lo sucedido. Al oír los gritos de Bussi-Leclerc bajó al subterráneo inferior; pero a sus preguntas el gobernador sólo contestó con amenazas de despedarlo si no abría inmediatamente.

Comtois empezó a subir la escalera para ir a buscar otras llaves, toda vez que las suyas estaban encerradas con el gobernador y con los cuatro guardias, pero tropezó

con la cerrada puerta de la torre.

—¿De modo —continuó Pardaillán— que no sabéis quién os ha encerrado?

—No puede ser otro que el diablo en persona.

—¿Y no sabéis tampoco quién ha encerrado al señor gobernador?

—No, hombre. ¡Corred, por todos los diablos!

—Pues voy a decíroslo. He sido yo quien encerró al señor gobernador y también a vosotros.

—¿Y quién sois vos? —gritó Comtois.

—Pardaillán —contestó tranquilamente el caballero.

Oyóse un grito de rabia seguido de algunos momentos de silencio, que sin duda empleó el carcelero en arrancarse los cabellos. Luego se oyó una serie de blasfemias y lamentos. La situación, en efecto, era espantosa. Aunque el pobre hombre no había hecho otra cosa que obedecer las órdenes del gobernador, probablemente no podría librarse de la acusación de estar en connivencia con el prisionero.

—¡Estoy perdido! —gritaba—. Mañana por la mañana me van a ahorcar.

—¡Tranquilizaos, señor carcelero! —dijo entonces Pardaillán—, no seréis ahorcado... por lo menos ahorcado vivo. Ahora, si os ahorcan cuando estéis muerto, tanto debe importaros a vos y a vuestros hombres.

—¡Eh! ¿Qué dice? —exclamaron los soldados, que creyéndose al abrigo de todo lo que pudiera ocurrir, estaban encantados con la aventura de su gobernador.

—Digo —contestó fríamente el caballero— que esta torre está muy lejos de los cuerpos de guardia y que nadie podrá oíros. Dentro de una hora estaré fuera de la Bastilla y entonces haré avisar al oficial de guardia de que el gobernador ha salido de viaje escoltado por un carcelero y cuatro arcabuceros. Por esta razón nadie vendrá aquí y así podréis moriros de hambre con toda tranquilidad.

Se oyó a través de la puerta un concierto de blasfemias y maldiciones.

En cuanto Pardaillán vio que los lamentos habían llegado al punto que él deseaba, dio un puñetazo a la puerta para indicarles que prestaran oído. Inmediatamente reinó absoluto silencio.

—La verdad es que me dais lástima —dijo.

—¡Perdón, caballero! ¡Dejadnos salir! —exclamaron los cuatro soldados.

El carcelero no habló nada.

—Estoy dispuesto a salvaros con una condición.

—Con cien si queréis —exclamaron los soldados.

—Una sola y es ésta. Que os rindáis. En tal caso abro, y si no, me voy. Os doy un minuto para reflexionar sobre esta capitulación honrosa.

—Nos rendimos —exclamaron a la vez los cuatro hombres.

Pardaillán se estremeció de alegría.

—Pues yo no me rindo —gritó el carcelero—. Sois unos cobardes y el miedo os vuelve tontos. Ese hombre no puede salir de la Bastilla y en cuanto a nosotros seremos puestos en libertad por la ronda que pasa a las tres.

—Y ahorcados también —contestó Pardaillán— porque diré que sois mis cómplices. Pero, en fin, tanto me importa que os muráis de hambre como que os ahorquen. Adiós.

—Esperad, monseñor —gritaron los soldados—. Esperad un momento, por Dios vivo.

Entonces se oyó un ruido de lucha en la escalera. Los cuatro arcabuceros se habían arrojado sobre el carcelero, que se defendió lo mejor que supo, pero finalmente se vio amordazado y atado por un pañuelo y los cinturones de los guardias, respectivamente. Pardaillán comprendió lo que sucedía y en cuanto se restableció el silencio entreabrió la puerta.

—Entregadme los arcabuces y las dagas —dijo.

Los soldados obedecieron con prontitud. Entonces abrió la puerta y los cuatro hombres salieron apresuradamente como asustadas aves nocturnas. Dejaron a Comtois atado en el suelo diciendo:

—Aquí está, monseñor.

Pardaillán se echó a reír. En cuanto a Comtois, al observar que no solamente estaba libre Pardaillán, sino también el preso del número catorce, lanzó una mirada de furor que habría hecho estremecer a un tigre.

Pardaillán desató los pies del carcelero, el cual se levantó enseguida. Luego le quitó la mordaza, pero al mismo tiempo apoyó la punta de la daga en su cuello, gesto que equivalía al discurso más elocuente. Por esta razón Comtois, que ya abría la boca para pedir socorro, se convenció inmediatamente ante tanta elocuencia y la cerró al punto.

—¿Te rindes? —preguntó Pardaillán.

—Con la condición de que me hagáis salir de la Bastilla —contestó Comtois.

—No sólo te lo prometo, sino que además tú y esos valientes recibiréis cada uno un año completo de vuestro sueldo. Monseñor Carlos de Valois, duque de Angulema, se hace responsable de tal deuda.

Carlos asintió con un movimiento de cabeza.

—En tal caso podéis contar conmigo —dijo Comtois.

Los cuatro soldados no dijeron nada, pero su actitud demostraba que, después de haber estado a punto de volverse locos de miedo, iba a sucederles lo mismo a impulsos de la alegría. En efecto, un año de sueldo para aquellas gentes que apenas cobraban la mitad, que estaban mal alimentados y peor tratados, era la riqueza y la libertad.

—Vamos, querido amigo —dijo entonces el duque de Angulema.

—Un momento —contestó Pardaillán con singular acento—. Siempre he tenido deseos de visitar la Bastilla y ahora que se me presenta la ocasión, no quiero desaprovecharla.

XLIX - Pardaillán visita La Bastilla

EL JOVEN DUQUE dirigió a su amigo una mirada de asombro. En efecto, para Carlos sólo había una cosa que hacer: Marcharse. El joven no pensaba en las rejas, en los centinelas, en las puertas y otros obstáculos infranqueables. Pero no pudo dejar de pensar que cuando Pardaillán hablaba de visitar la Bastilla, era que no estaba en su sano juicio.

—Amigo mío, vámonos —exclamó con angustia extraordinaria.

Pardaillán sonrió. Por su parte había pensado muy bien en todos los obstáculos que les impedían la salida de la prisión y por esta razón, e impulsado además por sus buenos sentimientos, se propuso visitarla. Volvióse por consiguiente hacia Comtois, le desató las manos y le dijo tranquilamente:

—Pasa delante y ábrenos las puertas.

—No tengo las llaves —contestó el carcelero.

—Aquí están —contestó Pardaillán—. Vosotros —dijo a los soldados— id a su lado, y si hace un gesto sospechoso, matadlo.

Pardaillán no parecía un prisionero que se fuga, sino un jefe que manda y distribuye las fuerzas. Los soldados rodearon a Comtois. Pardaillán tomó dos arcabuces y dio otros tantos a Carlos de Angulema.

—¿Qué queréis ver? —preguntó el carcelero.

—Los prisioneros.

—¿Los prisioneros? —exclamó Comtois asombrado.

—Andando, o si no, eres hombre muerto. ¿Cuántos prisioneros hay en la Bastilla?

—Veintiséis, ocho de los cuales están en la torre del Norte, cuyo servicio me estaba encomendado.

—Vamos a ver los ocho de la torre del Norte.

Comtois dirigió una mirada a su alrededor, como si hubiera esperado la repentina aparición de una ronda, pero vio ido que toda resistencia era inútil, abrió una puerta cercana que daba acceso a la torre. Entonces todos juntos empezaron a subir y los soldados alumbraban el camino. En el primer piso, en un cuarto espacioso y bastante bien ventilado, había tres jóvenes que dormían profundamente y que al oír el ruido de los recién llegados se despertaron con sobresalto.

—Caballeros —dijo Pardaillán—. Servíos vestiros inmediatamente y seguidme.

—¿Para ir a la plaza de la Grève? —preguntó uno.

—¿Acaso para visitar al señor verdugo? —preguntó el segundo.

—¿O tal vez para que acabemos la noche en compañía de nuestras queridas? —dijo el tercero.

—Vos lo habéis acertado, caballero —dijo Pardaillán—. Apresuraos.

Los prisioneros dieron un salto de alegría. El que había sido el último en hablar volvióse al caballero y le dijo:

—Caballero, veo que estáis cubierto de sangre y que lleváis el traje destrozado, y

no puedo adivinar la verdad. Escuchad: he aquí al señor de Chalabre, que tiene veintidós años; al señor de Montsery, que tiene veinte, y yo, el marqués de Sainte-Maline, que tengo veinticuatro. Os digo esto para daros a comprender cuán grande ironía sería el ofrecernos una libertad ilusoria cuando esperamos la muerte. Caballero, estamos condenados a muerte por el señor de Guisa, por ser fieles gentilhombres de Su Majestad.

—¡Viva el rey! —exclamaron los otros.

—¡Por favor! —dijo el que hablaba—. Decidnos la verdad. ¿Adónde queréis conducirnos?

—Ya os lo he dicho —contestó Pardaillán.

—¿Estamos libres? —exclamaron los desgraciados jóvenes.

—Vais a estarlo.

—¿Nos han indultado acaso?

—Estáis indultados.

—¿Quién nos indulta? ¿El señor de Guisa?

—Nadie, únicamente yo os concedo la libertad.

—¿Cómo os llamáis? —preguntaron los tres en extremo emocionados.

—Ya que me habéis honrado diciéndome vuestro nombre, sabed que me llamo el caballero de Pardaillán.

—Ahora os comprendo, Pardaillán —exclamó Carlos.

—Apresuraos, caballeros —continuó Pardaillán—, porque si queréis la libertad que os ofrezco se trata de conquistarla.

Nuestros jóvenes estuvieron vestidos en un abrir y cerrar de ojos. Pardaillán dio un arcabuz a cada uno de ellos. Entonces el marqués de Sainte-Maline saludó a Pardaillán con tanta gracia y elegancia como si los dos se hallasen en un salón del Louvre.

—Señor de Pardaillán —dijo—, os debemos la libertad y probablemente la vida. No somos amigos de palabras y, por consiguiente, sabed que os debemos tres libertades y tres vidas. Cuando os plazca venid a pedir las, porque os pertenecen. Es una deuda de honor que pagaremos inmediatamente, ¿no es cierto, señores?

—Cumpliremos en cuanto nos lo pida —dijeron Chalabre y Montsery.

Pardaillán se inclinó para dar gracias por tal promesa.

—En marcha, señores —dijo lacónicamente—. Y tú también, en marcha.

Comtois levantó los brazos al cielo y obedeció.

Los tres gentilhombres, que los guisardos destinaban al suplicio, formaban parte del famoso grupo de los Cuarenta y Cinco gentilhombres que el rey tenía para su defensa personal. Eran espadachines consumados, incapaces de sentir lástima de nadie. Valientes hasta la temeridad, cuando el rey les señalaba una víctima herían sin vacilar, aunque ésta formara parte de sus amigos o parientes.

El carcelero subió al piso inmediato y abrió una puerta. Por ella entraron Pardaillán y Carlos, mientras el resto esperaba en el exterior. A la luz de la linterna

Pardaillán vio acurrucado en un ángulo a un ser de miserable apariencia, vestido con sucios y destrozados harapos, con los cabellos larguísimos y enmarañados, la barba blanca y la mirada apagada.

Aquel miserable temblaba con todos sus miembros.

—¿Quién sois? —le preguntó Pardaillán.

—¿No lo sabéis? Soy el número once —contestó el pobre hombre.

—No, quiero saber cómo os llamáis.

—No lo sé.

Pardaillán se estremeció.

—¿Hace mucho tiempo que estáis en esta torre? —preguntó.

—Diez o veinte años, ya no los cuento. El rey Carlos IX me hizo detener el día de su advenimiento al trono, así como a cuatro amigos míos, a causa de una canción que cantamos.

—Pues venid, amigo mío: sois libre —le dijo Pardaillán.

El desgraciado se levantó lleno de asombro.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Qué me decís?

—Que han terminado vuestras penas. Que estáis libre.

El preso se echó a reír, pero luego, reaccionando, rompió en sollozos. Comprendiendo apenas lo que sucedía, empezó un discurso extravagante en que trataba de describir sus sufrimientos, pero viendo que sus libertadores se marchaban después de haberle hecho seña de que los siguiera, se cubrió lo mejor que pudo y echó a correr tras ellos.

Pardaillán había entrado ya en un calabozo contiguo. También estaba ocupado por un viejo, pero éste iba decentemente vestido y en su rostro se advertía la expresión de noble inteligencia. Trabajaba a la luz de una lamparilla, dibujando sobre unos cartones. Al ver a sus nocturnos visitantes, se levantó diciendo:

—Sed bienvenidos en la vivienda que Catalina de Médicis ha destinado a Bernardo de Palissy.

—¡Señor de Palissy! —murmuró Pardaillán.

Era, en efecto, el ilustre artista y sabio inventor, encerrado en la Bastilla por haber disgustado a Catalina de Médicis.

—Caballero —contestó Bernardo de Palissy—. ¿Sois de la corte? ¿Queréis encargarnos de entregar a Su Majestad una memoria en la que explico mi necesidad de compases y de lápices? Ya me han concedido una lámpara, pero me veo obligado a ahorrar el aceite.

—Siento no poder encargarme de vuestra memoria —dijo Pardaillán con la tranquilidad que le servía para ocultar sus emociones—. Venid, sois libre.

Pardaillán salió, mientras el artista se quedó inmóvil, por un momento, estupefacto. Luego reunió con temblorosa mano sus cartones y tomándolos cuidadosamente bajo el brazo, se unió a los demás prisioneros libertados.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó al viejo astroso señalando a Pardaillán.

—No lo sé. Sólo sé de él que me ha concedido la libertad.

Y prosiguieron su camino. En el tercer piso, Comtois, suspirando de pena al verse obligado a dar suelta a los presos, abrió una puerta tras la cual Pardaillán halló a tres hombres que habiendo oído el ruido de los pasos escuchaban con ansiedad. Eran tres hugonotes que en breve debían ser ajusticiados. Los infelices, al ver a toda aquella gente, creyeron llegado el momento terrible y con desesperada energía entonaron un salmo.

—Ya cantaréis mañana —exclamó Pardaillán—. Ahora, seguidme, sois libres.

Los tres fanáticos callaron instantáneamente y miraron con terror a aquel hombre que con el vestido rojo y ensangrentado les mostraba la puerta del calabozo. Pero Pardaillán se alejaba ya, seguido por Comtois, que mascullaba sordas maldiciones.

Entonces, los hugonotes, viendo que toda aquella gente se alejaba, se apresuraron a seguirlos, llenos de la alegría que podría sentir un enterrado vivo al verse fuera del ataúd.

Pardaillán fue el primero en bajar, farol en mano, por la escalera de la torre del Norte. Le seguían Carlos de Angulema, el carcelero, los soldados y los prisioneros que había libertado.

En el patio, Pardaillán se detuvo al divisar, a través de la reja que ya hemos señalado, una linterna semejante a la suya que dejaba distinguir las siluetas de algunos hombres armados.

—¡La ronda de las tres! —exclamó una voz a espaldas de Pardaillán.

Era Comtois que había hablado y Pardaillán comprendió que el carcelero iba a gritar pidiendo socorro.

—¡Alerta! —gritó Comtois—. ¡Socorro! ¡A...!

No tuvo tiempo de acabar. El puño de Pardaillán se levantó semejante a una maza, y cayó sobre la sien del carcelero, que rodó por tierra.

La ronda había oído el grito de alarma y acudía precipitadamente. Abajo, en el fondo de la torre, se percibían los golpes que daba Bussi-Leclerc encerrado. Los ocho prisioneros, estremeciéndose de espanto ante el temor de verse en sus celdas nuevamente, empezaron a gritar. Chalabre, Sainte-Maline, Montsery y Carlos de Angulema apuntaron sus arcabuces. La ronda compuesta de doce hombres y de un oficial, desembocó en el patio, gritando:

—Aquí estamos, ¿qué sucede?

—¡Fuego! —ordenó Pardaillán.

Y al mismo tiempo que tronaban los cuatro arcabuces se precipitó daga en mano hacia la reja de hierro, que cerró. Entonces en las tinieblas de aquel patio estrecho hubo un terrible combate cuerpo a cuerpo en que varias sombras saltaban, entre un clamor de gritos, quejas, blasfemias y gemidos. Se oía también el ruido de las alabardas al chocar tinas contra otras y de vez en cuando un fogonazo alumbraba aquella terrible escena. Todo lo cual duró un minuto, cesando luego de pronto.

Pardaillán, habíase fijado enseguida en el oficial. Saltó sobre él, le arrancó la

espada, lo cogió por el cuello y acorralándolo en un rincón, le dijo:

—Caballero, somos treinta y vosotros una docena. Mandad a los vuestros que se rindan u os mato ahora mismo.

El oficial, lleno de estupor, contempló la extraña batalla. Tal vez no comprendió lo que sucedía, pero en cambio sintió la punta de su propia espada clavarse en su garganta, cosa que sin duda bastó a decidirlo.

—¡Abajo las armas! —gritó con voz alterada por el miedo.

Los guardias obedecieron instantáneamente.

—¡Aquí! —mandó Pardaillán.

Alocados por el miedo, los sobrevivientes, heridos o no, obedecieron a esta orden imperiosa, mientras los prisioneros, apoderándose de las alabardas, formaban círculo a su alrededor. Entonces uno a uno, desde el oficial hasta el último soldado, les hicieron entrar en la torre. Cuando todos estuvieron dentro, Pardaillán cerró tranquilamente la puerta y dijo:

—Ahora estamos todos armados.

En el patio yacían tres o cuatro soldados muertos o heridos. Entonces abrió la reja de hierro que había cerrado para cortar la retirada a los guardias y haciendo seña a su pequeño ejército para que lo siguiera, se aventuró bajo una larga bóveda, a cuyo extremo halló otro patio. Allí el silencio era completo. No se veía nadie ni nada, a excepción de los muros de los edificios interiores.

Pardaillán dio mentalmente las gracias al arquitecto de la Bastilla, que había dispuesto el edificio de tal modo, que fuera imposible el oír desde allí el tumulto que poco antes tuviera lugar en el patio de la torre del Norte. Buscó una salida rodeando las paredes y casi enfrente de la bóveda que acababa de franquear, vio un largo corredor oscuro y húmedo. Penetró en él y al llegar a una cierta distancia oyó una voz que gritaba:

—¿Quién vive?

Y la misma voz exclamó inmediatamente:

—¡Centinela, alerta!

A lo lejos se oyó entonces otra que contestaba:

—¡Alerta está!

Pardaillán se precipitó hacia adelante, daga en mano, pero no halló a nadie, porque el centinela había echado a correr sin duda alguna. Pero a la sazón se oyó el confuso rumor de pasos y armas que se acercaban.

Pardaillán se volvió a sus fieles y les dijo:

—¿Queréis arriesgar la vida por la libertad? Algunos de nosotros moriremos, pero la muerte es preferible a la prisión.

—¡Queremos ser libres o morir! —gritaron todos.

—Pues bien —dijo Pardaillán—. Adelante. Tomemos la Bastilla.

—¡Adelante! ¡Tomemos la Bastilla! —vociferaron todos.

Pardaillán se puso en marcha, tranquilo en apariencia. Entre tanto oíanse fuertes

gritos ante él.

—¡A las armas! ¡Rebelión! ¡A las armas!

Tras él los prisioneros, cada vez sintiendo mayor asombro, marchaban silenciosos y con los ojos fijos en su libertador. De pronto, a diez pasos ante él y a la luz de las antorchas, vio acercarse una masa de hombres armados, mandados por un oficial.

Éste, con un gesto, detuvo a su gente a la entrada del corredor, tratando de reconocer el número de los enemigos.

—¡Hola! —gritó el oficial—. ¿Quiénes sois? Rendíos.

—¡Adelante! —rugió Pardaillán.

En el mismo instante dio un salto increíble, y se arrojó sobre el oficial. A tal salto siguió un ataque rápido y el jefe de los enemigos cayó al suelo muerto de una puñalada.

Los guardias, viendo caer a su jefe, retrocedieron instintivamente. Y este momento, por cortísimo que fuera, bastó a los revoltosos para salir del corredor y penetrar en el patio.

—¡Fuego! —gritó un sargento.

Se dispararon cuarenta arcabuces. El huracán de hierro penetró en el corredor, las balas chocaron contra las paredes y al mismo tiempo que aquel trueno, estallaron numerosos gritos de triunfo seguidos inmediatamente de furiosas maldiciones. En efecto, los guardias, imaginándose que el corredor estaba lleno de invisibles enemigos, dispararon en aquella dirección. Pero los fogonazos les mostraron el corredor vacío, mientras al mismo tiempo los revoltosos, armados de alabardas, los atacaban por la derecha, la izquierda y la retaguardia.

Con los arcabuces descargados, los guardias no tenían medio de defensa, pues necesitaban por lo menos dos minutos para volverlos a cargar. Entonces, entre las maldiciones de los heridos y los gemidos de los moribundos, hubo en aquel patio un segundo combate, tanto más terrible, cuanto que se habían apagado las antorchas. Los guardias por toda arma manejaban sus arcabuces a guisa de mazas.

Y entre aquella confusión, Pardaillán, daga en mano, hería a derecha e izquierda haciendo gran matanza. Transcurrieron dos o tres minutos; el patio estaba lleno de sangre. Los guardias, alocados y sobrecogidos de terror, huían; y fuera de la Bastilla las gentes preguntaban cuál era la causa de todo aquel tumulto. Dentro de la prisión una campana empezó a tocar a rebato. El cuerpo de guardia de la puerta de entrada, reducido a veinte hombres, se parapetaba disponiéndose a la resistencia. Distintas eran las versiones que corrían para explicar aquel extraño suceso, pero la más extendida era que habían entrado en París Enrique III y sus hombres, logrando penetrar en la Bastilla por una poterna mal guardada. Entre tanto, en el patio, Pardaillán llevaba a término la derrota de los guardias, mientras los prisioneros se desparramaban por los corredores profiriendo gritos de victoria.

Espantosa fue la confusión y la fuga a través de los patios y corredores de la Bastilla. En el patio principal yacían sobre las losas una treintena de cadáveres, entre

los cuales se hallaba el viejo haraposos que ignoraba su propio nombre.

Pardaillán, Carlos de Angulema, Montsery, Sainte-Maline y Chalabre celebraron consejo. Luego los cinco se dirigieron a la puerta de entrada. De vez en cuando se oía el disparo de un arcabuz. Huyendo pasaban algunos guardias que, alocados, se atacaban mutuamente, mientras otros arrojaban sus armas, gritando:

—¡Perdón! ¡Muera Guisa! ¡Viva el rey!

Pardaillán llegó ante la puerta de entrada. Allí continuaba parapetada la veintena de guardias. De un codazo, Pardaillán hizo saltar el vidrio de la ventana. Entonces pasó por ésta su cabeza ensangrentada y de feroz aspecto y gritó:

—¡En nombre del rey, rendíos! Hay dos mil realistas en la Bastilla.

—¡Viva el rey! —vociferaron los sitiados.

—¡Entregad las armas!

Los arcabuces y las alabardas pasaron a través de los barrotes de la ventana.

—Bueno, no os mováis o sois muertos. Se perdonará la vida a todos los que no se muevan.

—¡Viva el rey! ¡Muera Guisa! —gritaron todos asustados.

Al mismo tiempo Sainte-Maline, Montsery y Chalabre abrieron la puerta principal y tendieron el puente levadizo.

—¡Vámonos! —gritaron.

—Idos —contestó Pardaillán.

—¿Y vos?

—¡Idos, por el diablo!

—Adiós, señor de Pardaillán. Acordaos de nuestra deuda.

Los tres caballeros cruzaron el puente levadizo, y un instante después desaparecieron en la noche. Carlos, sin comprender el propósito de Pardaillán, lo miraba con aquella confianza sin límites que tenía en él. ¿Qué era lo que se proponía? ¿Por qué no salía en unión de los demás?

Y, no obstante, la situación que, después de haber sido trágica, era, a la sazón, favorable, amenazaba convertirse en terrible. En efecto, al toque de rebato en la Bastilla contestaron otros en la ciudad. Los rumores fueron creciendo. Abriéronse puertas y ventanas. Aparecían gentes en las calles preguntándose qué sucedía y si París había sido sorprendido por los herejes.

Lo que sucedía era que Pardaillán tomaba la Bastilla. Después de haberlo logrado ¿qué quería? Acercóse a la ventana enrejada en que los veinte guardias, alocados y aterrorizados por aquellos gritos que oían y persuadidos de que Enrique III estaba en París, hablaban unos con otros.

—¿Quién es el jefe? —preguntó Pardaillán.

Un sargento acudió, diciendo:

—¡Perdón! No soy más culpable que los demás.

—Tranquilízate, amigo —dijo Pardaillán—. A todos se os hará gracia de la vida. Dame las llaves de los calabozos y sal en compañía de seis de esos valientes.

—¡Viva el rey! —gritó el sargento.

Algunos instantes más tarde se unió a Pardaillán con sus seis hombres, cada uno de los cuales llevaba un manojo de llaves.

—Amigo —dijo Pardaillán—. El rey quiere ver esta misma noche a los presos de la Bastilla, exceptuando a los de la torre del Norte.

—Son peligrosos.

—Es verdad. Ve en busca de todos los demás y procura ir de prisa, si quieres que se olvide que fuiste guisardo.

—¡Viva el rey! —repitió el sargento echando a correr.

Transcurrieron diez minutos. En la Bastilla se apaciguaban poco a poco los rumores y si algún grito se oía era el de «¡Viva el rey!». Pero fuera de la Bastilla, París, despertado por los toques de rebato, se armaba y se desparramaba por las calles. Nadie sabía a punto fijo la causa de aquella alarma. Carlos de Angulema miró entonces a Pardaillán como indicándole que era tentar a Dios el esperar más tiempo. Pardaillán se echó a reír y dijo:

—¿Sabéis en qué pienso?

—No, querido amigo, pero os confieso que...

—Pues bien —interrumpió Pardaillán—. Pienso en la cara que debe poner el gobernador encerrado en mi calabozo oyendo los gritos de «¡Viva el rey!».

En aquel momento Bernardo de Palissy llegaba al puente levadizo con los tres hugonotes libertados. Aquellos tres hombres iban con los vestidos rotos y llenos de sangre, prueba indudable de que se habían batido valerosamente. Uno de ellos estaba herido de gravedad y andaba sostenido por los otros dos. Pero a pesar de ello los tres estaban poseídos de extraordinario júbilo. Únicamente Palissy estaba muy tranquilo. Con gran precipitación franquearon el puente levadizo, y se perdieron en París.

En aquel momento apuntaba el día. Las calles se llenaban de alarmados burgueses. Pasaban corriendo algunas patrullas de soldados. Las tropas se dirigían hacia las puertas, y el pueblo a las murallas para rechazar el ataque, porque todo el mundo creía que ante París estaba el ejército de Enrique III o los hugonotes de Enrique de Navarra.

—¡Alerta! ¡A las armas!

Por todas partes se oían gritos confundidos con los toques de rebato. En el cuerpo de guardia de la Bastilla los soldados encerrados, gritaban sin cesar:

—¡Viva el rey!

Así esperaban hacerse perdonar el haber servido a la causa del duque de Guisa, que seguramente sería declarado rebelde y traidor.

De pronto apareció un extraño grupo a los ojos de Pardaillán y Carlos de Angulema; un grupo compuesto de gentes delgadas, pálidas, descarnadas, con los ojos agrandados por la delgadez del rostro, y deslumbrados todos por la luz del día, como si fueran aves nocturnas. La mayor parte iban vestidos de andrajos y algunos estaban casi desnudos. Todos llevaban pintado en el rostro el asombro más

extraordinario.

Aquéllos eran los dieciocho prisioneros restantes. El sargento y sus hombres los empujaban porque muchos de aquellos infelices, resistiéndose a creer en la libertad que se les ofrecía, se imaginaban, por el contrario, que se trataba de darles muerte. Ante la puerta abierta de la Bastilla, y el puente levadizo tendido, se detuvieron con cierta desconfianza. Pardaillán al verlos se emocionó.

—¿Qué esperáis —dijo— para marcharos?

—¿No os he dicho que el rey os perdona? —grito el sargento—. ¡Viva el rey! ¡Viva el nuevo gobernador de la Bastilla!

Pardaillán señaló la puerta con la mano.

—Marchaos. Sois libres.

Entonces todos aquellos desgraciados empezaron a gritar y a llorar, ebrios de alegría. Levantando las manos al cielo, se precipitaron hacia el puente levadizo y en pocos instantes desaparecieron, dejando la Bastilla vacía de prisioneros.

—Ahora, vámonos —dijo Pardaillán.

Y a su vez, en unión de Carlos de Angulema, franqueó el puente levadizo.

—¡Señor gobernador! —dijo entonces el sargento que le había escoltado sombrero en mano.

—¿Qué? —preguntó asombrado Pardaillán.

—Señor gobernador, ¿queréis darme vuestras órdenes? ¿Debo cerrar las puertas?

—¿Pero a qué gobernador habláis? —expresó Pardaillán.

—A vos, porque supongo que seréis el nuevo gobernador.

—¡Hombre! —exclamó Pardaillán—. Ya me olvidaba. Amigo, hacedme el favor de ir a la torre del Norte y de libertar a vuestros camaradas que están allí encerrados. En cuanto al gobernador, lo encontraréis en el calabozo del segundo subterráneo en donde me debe estar maldiciendo los huesos. Id, amigo mío.

—¿Pero no sois el nuevo gobernador? —exclamó el sargento, lleno de espanto por lo que creía adivinar.

—¿Yo? —dijo Pardaillán—. Yo no soy más que un preso como los que han salido y, ya lo veis, me marchó.

El sargento quedó como herido por un rayo.

—Decid al señor gobernador —gritó Pardaillán, marchándose con Carlos— que siempre estaré a sus órdenes para cuando quiera el desquite.

—¡A las armas! —gritó el sargento, arrancándose los cabellos—. ¡Traición!

Pero ya el caballero y el joven duque desaparecían por la esquina inmediata.

Medio loco, el sargento ordenó cerrar la Bastilla a una patrulla que en aquel momento pasaba por la calle, pero ésta corría a las murallas y no hizo caso de sus gritos. Por otra parte, todo el mundo gritaba, y cuando salió el sol un extraño espectáculo se ofreció a los parisienses que se habían quedado en sus casas.

La mayor parte de éstas estaban parapetadas. Toda persona capaz de empuñar un arma había ido a las murallas.

El duque de Guisa, en la Puerta Nueva, que era el punto débil, pues por allí podía intentarse la entrada en París por el Sena, había apostado a sus mejores tropas. Algunos grupos de caballeros habían salido de la ciudad, patrullando en las inmediaciones a fin de descubrir a los realistas.

Poco a poco los exploradores regresaron uno tras otro, trayendo todos la misma respuesta:

No había realistas alrededor de París. No existían los enemigos y no se observaba la menor señal de ataque.

¿De dónde vendría aquel pánico? ¿Por qué se tocaba a rebato? ¿Cuál era la campana que había empezado? No se sabía. Guisa, nervioso y pálido, acabó por encogerse de hombros y dijo a Maurevert y Maineville que estaban a su lado:

—Si los parisienses se alarman así por una sombra, ¿qué será cuando vean al lobo? Vamos, mis hermanos y mi madre tienen razón. Es preciso partir.

Las tropas volvieron a la ciudad. Los burgueses regresaron a sus hogares con cierto desencanto. Se deshicieron las barricadas. Guisa regresó a su palacio, y mientras atravesaban las calles, cundió el rumor de que se organizaba una procesión, y que el hijo de David, el gran Enrique, Enrique el Santo, iría al encuentro de Valois.

Eran casi las siete de la mañana, cuando Guisa llegó a su palacio y entonces dio la orden de prepararlo todo para marchar a Chartres.

—Maurevert, nos acompañaréis —dijo mirándole fijamente.

—¿Por qué no lo haría, monseñor?

—Tal vez tuvierais algún proyecto. Por ejemplo, ir a la abadía de Montmartre.

Maurevert palideció. Guisa se acercó a él, lo tocó con la punta del dedo y con voz sorda, le dijo:

—Aun cuando tengas las cien mil libras y seas lo bastante rico para dejarme, aun cuando hayas aceptado una misión de vigilancia en Montmartre y estés debidamente casado, te prohíbo mirar a la que sabes. Te prohíbo que me dejes.

—Monseñor —balbució Maurevert—, tened la seguridad...

—Estarás siempre a mi lado. Te albergarás en el palacio y durante el viaje quiero verte constantemente porque, de lo contrario, tu cabeza lo pagaría.

Maurevert se inclinó murmurando algunas palabras para asegurar perfecta obediencia, pero pensando:

—En cuanto ese condenado Pardaillán haya muerto, me marcharé, precisamente porque tengo apego a mi cabeza.

Y en voz alta añadió:

—Monseñor, esta mañana debemos ir a la Bastilla y ya recordaréis que me prometisteis...

—Si —dijo el duque calmado por la servil actitud de Maurevert—. Eres un buen servidor y ten la seguridad de que no olvidaré nunca nada, ni tampoco el empleo de capitán de guardias que te han prometido.

Maurevert se estremeció.

—Únicamente —continuó el duque— trata de ganarlo con tu fidelidad al que puede conferirte el grado que ambicionas. En cuanto a lo que me dices de la Bastilla tienes razón. Asistirás al suplicio de tu enemigo.

—En tal caso, monseñor, ya es hora —dijo Maurevert—. El verdugo ha sido citado para las siete y...

—Vamos —exclamó riendo Guisa—. Vamos a satisfacer tu apetito, pues de lo contrario serías capaz de devorarme. ¡A la Bastilla! ¿Vienes, Maineville?

—A fe mía, monseñor, he de confesar mi odio por Pardaillán, pero al cabo es un valiente y me repugna ver morir a un hombre cuando no puede defenderse espada en mano.

—Pues a mí me gusta —repuso Maurevert.

Y se apresuró a dirigirse a la puerta como invitando a Guisa a marchar inmediatamente. En aquel momento oyóse un rumor en la antecámara y la puerta del gabinete, a pesar de las reglas de etiqueta que eran más severas en casa de Guisa que en el Louvre, se abrió para dar paso a un hombre que entró corriendo. Era Bussi-Leclerc.

—¿Qué pasa? —dijo el duque frunciendo el ceño.

—¡Monseñor! ¡Ah, monseñor! ¡Heridme, pegadme, matadme! Soy un miserable.

Y Bussi-Leclerc cayó de rodillas ante el duque. Maineville y Maurevert estaban estupefactos. El espadachín temblaba y con cara descompuesta parecía presa de delirio.

—Levantaos, Leclerc —dijo Guisa— y explicaos, o, por Nuestra Señora, creeré que estáis loco.

—¡Ojalá lo estuviera! —exclamó Bussi-Leclerc—. ¡Así me hubiera partido un rayo! Todo sería mejor que la desgracia que me ha caído. Monseñor... la Bastilla...

—Bueno ¿y qué? —exclamó Guisa impaciente.

—Pardaillán... el maldito Pardaillán...

—¡Pardaillán! —rugió Guisa dando un puñetazo en la mesa.

—¡Se ha evadido! —exclamó Bussi-Leclerc.

Oyóse un grito y Maurevert cayó inanimado, pero nadie se fijó en él.

—¡Maldición! —exclamó Enrique de Guisa, pálido de rabia.

Después de un momento en que permaneció paralizado de asombro, se desencadenó una espantosa crisis en Guisa. Maineville, que conocía aquellos terribles accesos, al ver que el duque se ponía lívido, retrocedió tembloroso, pensando:

—Bussi-Leclerc es hombre muerto.

Éste conocía también tales accesos de furor. Se levantó con viveza y previendo lo que le iba a suceder, recobró su sangre fría.

Guisa lo miró un momento, indeciso acerca de lo que iba a hacer y levantó la mano como para abofetear al espadachín. Pero éste, pronto como el rayo, cogió un puñal que estaba sobre la mesa y lo tendió al duque exclamando:

—Monseñor, matadme si queréis, pero no me peguéis.

La mano de Guisa cayó sin llevar a cabo el insulto. Bussi-Leclerc tiró el puñal al suelo y se cruzó de brazos. Guisa entonces empezó a pasear por la estancia respirando ruidosamente y golpeando el suelo con el tacón. Poco a poco se calmó y volviendo a Bussi-Leclerc le dijo:

—¿Qué habrías hecho si yo te hubiese abofeteado?

—Monseñor —dijo Bussi-Leclerc con la tranquilidad del hombre que arriesga la cabeza para salvar la vida—, monseñor, os habría apuñalado e inmediatamente me habría dado muerte. De este modo quedarían borrados dos actos deshonorosos. El mío, por haberos dado muerte, y el vuestro, por haberme abofeteado.

Guisa rechinó los dientes. Y Bussi-Leclerc esperó la orden de arresto pensando:

—He dicho demasiado para que me perdone. Estoy perdido.

Pero no, tal rechinamiento de dientes no se dirigía a Bussi-Leclerc. El acceso de cólera de Guisa, se debía al recuerdo de que Pardaillán lo había abofeteado y el duque se decía que tal hombre podría alabarse de haber deshonrado al futuro rey de Francia.

Era, pues, preciso hallar nuevamente a Pardaillán.

Y para ello no debía privarse de sus mejores servidores. Esta idea le devolvió, si no la calma, la moderación necesaria para llevar a cabo sus proyectos. Renunciando, pues, a toda venganza contra Bussi-Leclerc, o aplazándola para más tarde, le tendió la mano, diciendo:

—Vamos, he hecho mal, Bussi. Seamos amigos. En los tiempos que corremos es preciso perdonarnos el mal humor, confieso, sin embargo, que la fuga de un hombre como éste, del que me respondías, podía... Pero cuéntame cómo ha sido todo eso.

—¡Ah! ¿Qué sucederá cuando lo sepáis todo?

—Espera, Bussi —dijo una voz llena de rabia y desesperación—. Yo también quiero enterarme.

Era Maurevert que, vuelto en sí, se levantaba y arrastrándose se dirigía hasta un sillón en donde cayó como si olvidara la presencia de Guisa, su amo.

Guisa pareció también olvidar que en otras circunstancias habría reprendido severamente la conducta de Maurevert.

Entonces, con palabras entrecortadas por blasfemias, suspiros y maldiciones. Bussi-Leclerc empezó el relato del fantástico duelo en el fondo del calabozo; y despertándose su vanidad de maestro de armas invencible, se acusó de imprudente diciendo que era un miserable, pero sintió que las palabras se negaban a salir de su garganta cuando llegó el momento de confesar que había sido desarmado por segunda vez.

Bussi-Leclerc entonces mintió. Mintió jurándose matar a fuego lento a aquel Pardaillán, causa de su mentira.

Inventó peripecias, se extendió en detalles y probó que Pardaillán había sido desarmado.

—Entonces —añadió— en el momento que yo me inclinaba para recoger su espada, él, traidoramente, me descargó en la cabeza un puñetazo capaz de derribar un

buey. Perdí el sentido y al recobrarlo me hallé solo y encerrado en el calabozo. Pero hay más. El resto es increíble, pero cierto. Estoy seguro que para haberlo podido llevar a cabo, Pardaillán ha hecho pacto con el diablo.

Entonces relató cómo después de haber gritado y aporreado la puerta, al cabo de mucho rato le abrieron un sargento y varios guardias locos de terror. Subieron apresuradamente al exterior y se ofreció un espectáculo fantástico a sus ojos. Por todas partes sangre, muertos y heridos. Todos los calabozos abiertos, tendido el puente levadizo y, por fin, habiendo interrogado a los sobrevivientes, se enteró de la espantosa catástrofe: los combates en las tinieblas, que hicieron creer a sus hombres que Pardaillán disponía de un ejército y que el rey estaba en París. Y, por fin, se enteró de la fuga de todos los presos, libertados por el demonio de Pardaillán.

Sus oyentes se figuraron oír el relato fantástico de las hazañas de los antiguos paladines y Pardaillán, a sus ojos, tomó desmesuradas proporciones.

Guisa se ciñó la larga espada, como si esperase ver comparecer a Pardaillán. Maineville se aseguró de que bajo el jubón de terciopelo llevaba la cota de malla.

—Perfectamente —dijo el duque—. Voy a hacer contra ese hombre todo lo que es posible hacer contra un truhan.

Y empezó a escribir febrilmente una orden.

—Bussi —dijo Maineville en extremo pálido—. Creo que tienes razón y que ese miserable ha hecho pacto con el demonio.

—A menos que no sea el diablo en persona —contestó Bussi-Leclerc, dispuesto a aceptar esa explicación, pues le parecía inverosímil que un hombre hubiera podido desarmarlo.

En cuanto a Maurevert no decía una palabra, pero sus ideas eran horrorosas.

—Ya está —dijo el duque acabando de escribir—. Que ejecuten esta orden inmediatamente, porque si el truhan ha libertado a veintiséis prisioneros de la Bastilla, no puede ser con otro objeto sino el de formar un pelotón de combatientes para ofrecerlo a Enrique de Valois. Chalabre, Sainte-Maline y Montsery estaban entre los prisioneros.

En efecto, nunca hubiera podido ocurrírsele a Guisa, ni a ningún hombre razonable, que Pardaillán, en la terrible situación en que se hallaba, hubiera perdido el tiempo en libertar a los presos de la Bastilla, únicamente por el gusto de hacerlo.

—Bussi —dijo el duque— te perdono.

—¡Ah, monseñor! —balbució Leclerc besando la mano de Guisa.

—No quiero que se trate más de este desagradable asunto sino para defendernos. Maurevert, Maineville y Bussi, los tres estáis unidos a mí por otra cosa más fuerte que la amistad, la fidelidad o la ambición.

—¿Por qué, monseñor? —preguntó Maurevert.

—Por el miedo —contestó el duque de Guisa—, porque los cuatro debemos temer en adelante que Pardaillán quiera matarnos.

Todos se estremecieron, porque, en efecto, tal era su pensamiento.

—Pues bien, a partir de hoy, unamos nuestras fuerzas, nuestras inteligencias y nuestro valor. Somos viajeros extraviados en un bosque por el que corre en libertad un jabalí furioso. Estemos alerta. No nos separemos. Ataquemos juntos al animal, porque mientras éste viva, no daría yo un óbolo por vuestra piel ni por la mía.

Y atemorizados todos por la amenaza de un peligro desconocido, los tres cortesanos, en cumplimiento de las órdenes de Guisa, empezaron a recorrer el palacio para dar orden de doblar las guardias.

L - La posada del «Broche de hierro»

¿QUÉ HACÍA entre tanto el que era causa de tantos temores y causa también de los sucesos que iban a ocurrir, sólo porque tuvo el capricho de visitar la Bastilla? Pardaillán —y nos duele confesarlo— comía con gran apetito en el «Broche de Hierro», ocupación que nada tenía de heroica.

Al salir de la Bastilla, él y Carlos de Angulema tomaron la calle de San Antonio. Estaba llena de grupos de gente asustada que gritando se dirigía a las murallas. Gracias a esa multitud y a la agitación de que era presa, pasaron inadvertidos. A cosa de quinientos pasos de la Bastilla, Pardaillán se detuvo y se adosó a una pared.

—¿Qué tenéis? —dijo Carlos—. Estáis emocionado ¿verdad? ¿O tal vez será la pérdida de sangre?

Y como el duque pareciera asombrado, el caballero añadió:

—¡Pardiez! Ya quisiera veros en mi lugar. Hace cuarenta y ocho horas que no he comido.

—No estamos lejos de la calle de los Listados —dijo Carlos—, pero después de lo que nos ha sucedido, creo que allí es, para nosotros, el albergue más inseguro de París.

—¿Pero qué os ha pasado? —preguntó Pardaillán—. ¿Cómo se comprende que después que os alejasteis sin ser perseguido, os metieran en la Bastilla?

—Entremos en esta taberna —contestó Carlos dando un suspiro— y mientras comemos os relataré la historia de mi infortunio.

—Entremos, porque también tengo mucha sed. Un momento, duque, ¿tenéis dinero? Porque yo no llevo un cuarto.

Carlos registró inútilmente sus bolsillos.

—Los bandidos me habrán quitado el dinero —dijo.

—Pues en este caso —dijo fríamente Pardaillán— es preciso ir a vuestro palacio, suceda lo que suceda.

Se dirigieron, por consiguiente, hacia la calle de los Listados, que Pardaillán registró con la mirada antes de aventurarse por ella. La calle estaba desierta y formaba un oasis de tranquilidad entre la agitación que reinaba en París. Entraron en el palacio, en donde el caballero reanimó sus fuerzas con dos vasos de vino.

Carlos condujo a Pardaillán a una estancia en que su padre gustaba de descansar y en donde dormía cuando tenía miedo de hacerlo en el Louvre.

Allí descolgó de una panoplia una sólida espada que había pertenecido a Carlos IX, gran aficionado a las armas, y se la ofreció diciéndole:

—Aceptad esta espada.

—La acepto —contestó sin ceremonia Pardaillán, ciñéndose el arma con visible satisfacción.

El joven duque entonces pasó a su habitación y se vistió de pies a cabeza, porque también tenía el traje roto. Luego se reunió al caballero, diciendo:

—He ordenado a mis criados que nos preparen una de esas comidas que os gustan. Dentro de media hora nos sentaremos a la mesa y podremos hablar, Pardaillán, porque tenemos muchas cosas que decirnos.

—También podremos hablar en la calle y en cuanto a comer nos contentaremos con la primera taberna que hallemos al paso. He observado una cosa, monseñor, y es que los que, como nosotros, tienen necesidad de ocultarse, nunca están tan seguros como cuando se hallan bajo el abrigo del cielo y entre la multitud de gentes desocupadas. Vámonos, pues, porque ya os veo equipado y supongo que también provisto de dinero.

Por toda respuesta Carlos extendió sobre la mesa doscientos ducados dobles de oro de los que tomó la mitad, y entregó el resto a Pardaillán que, sin el menor cumplido, los metió en su cinto de cuero.

Al salir del palacio, el caballero entró en una tienda de ropavejero y compró un traje que la vendedora aseguró haber sido hecho para el ilustre Enrique de Guisa, el cual no lo quiso por hallar la tela demasiado gruesa.

—Pues yo lo tomo —dijo Pardaillán— porque soy amigo de este gran hombre.

Completó su equipo con una buena coraza de cuero de buey y una capa. Entonces echaron a andar en busca de una taberna bastante solitaria para poder estar seguros en ella.

—Ahora que casi estamos tranquilos —dijo Carlos andando— quisiera rogaros que me repitierais unas palabras que me dijisteis al presentaros en mi calabozo, en que me figuré morir. Me recomendasteis silencio en nombre de Violeta viva.

Carlos se detuvo muy pálido. Esta pregunta lo atormentaba sin duda desde que salieron de la Bastilla y hasta entonces no se había atrevido a formularla.

—Sí —contestó el caballero—. A juzgar por lo que he oído, Violeta está viva.

El duque dio un suspiro de alegría.

—¿Qué ha sido de ella? —exclamó, confiando tal vez en que Pardaillán iba a llevarlo al lado de la joven.

—Ya procuraremos saberlo en cuanto me hayáis explicado lo que es sucedió. Pero antes, una advertencia. ¿Conocéis al señor de Maurevert?

—Lo vi en Orleáns cuando pasó Guisa.

—Pues bien, si alguna vez veis a ese hombre, dondequiera que sea, tratad de apoderaros de él.

—Bueno. Una estocada o bien una puñalada, ¿no es así? Ya sé que lo odiáis.

—No, no —dijo Pardaillán con singular sonrisa—. No lo hiráis, porque quiero tener la oportunidad de decirle dos palabras antes de que muera. En fin, si lo veis, cogedlo vivo y traédmelo. Y si de aquí a entonces no hemos encontrado a Violeta, tened la seguridad de que Maurevert nos dará indicaciones preciosas. Es necesario, pues, encontrar a Maurevert.

Carlos se preguntó qué relación podría haber entre Maurevert y Violeta. Pardaillán se guardó muy bien de contarle lo que Maurevert le había dicho en el

calabozo, o sea que se había casado con la gitanilla.

—Pero, en fin —repuso Carlos—, explicadme, en primer lugar, por qué me citasteis en la iglesia de San Pablo.

—¿En San Pablo?

—Sí, en donde debíais esperarme con Farnesio y maese Claudio.

—¿El príncipe Farnesio y maese Claudio? —repitió Pardaillán—. ¡Ah, ya! —añadió recordando que Maurevert había pronunciado esos dos nombres en el calabozo.

—¿De modo que yo debía esperaros en San Pablo con Farnesio y Claudio? ¿Y decís que os di cita?

—Por medio de la señora de Aubigné, que me vino a ver de parte vuestra.

Entonces Pardaillán reflexionó acerca de lo que le había dicho Maurevert; es decir, que Farnesio y Claudio estaban encerrados en el palacio de la Cité y condenados a morir de hambre. Carlos dio cuenta de la visita que había recibido y lo que aconteció luego hasta la escena nocturna en San Pablo.

—Muy bien —dijo Pardaillán que había escuchado atentamente—. Ahora, monseñor, voy a deciros dos cosas: La primera es que no he podido citaros en unión de Farnesio y Claudio, porque no he visto nunca a este último, y desde la escena de la abadía de Montmartre, no he vuelto a ver al príncipe Farnesio. Todo ello sin contar que dos horas después de haberos dejado fui preso en «La Adivinadora».

—¡Oh! —exclamó Carlos—. He sido víctima de un engaño y me han atraído a una trampa.

—La segunda —continuó Pardaillán— es que la dama enmascarada y disfrazada de caballero no se llama la señora de Aubigné.

—¿Pues cómo? —exornó Carlos sorprendido.

—¡Fausta!

—¿Fausta?

—¿No conocéis ese nombre? Paciencia. No tardaréis en conocerlo bien, y en apreciar en lo que vale la extraordinaria mujer que así se llama.

—Pero, en fin, ¿pertenece a la familia de Aubigné?

—No, sino a la de los Borgia. ¿Habéis oído hablar de éstos, monseñor?

—¡Ay, Pardaillán! En mi propia familia hay una mujer más funesta que la célebre Lucrecia, pues la madre de Carlos IX y Enrique III, se llama Catalina de Médicis.

—Sí, ciertamente. La gran Catalina es una bribona de cuerpo entero. Y por mi parte he podido admirar de cerca a ese genio sombrío. Añadiré que desde la penúltima noche en que recibí en mi calabozo una agradabilísima visita, ha crecido de tal modo mi admiración por Catalina, que no descansaré hasta reunirme con tan ilustre persona.

—¿Qué habéis averiguado? ¿Qué os ha hecho? —preguntó Carlos con asombro.

—Me ha hecho... pero no se trata de ello. Quería deciros que Catalina de Médicis es una colegiala al lado de la descendiente de los Borgia. Tened cuidado con Fausta,

monseñor. No veo todavía cuál es su objeto, aunque he adivinado una parte de sus esperanzas. Pero lo que comprendo bien, aun cuando hace pocos días que no lo veía claro, es el rapto de Violeta por Belgodere. El que Violeta haya sido llevada al suplicio bajo el nombre de una Fourcaud, es obra de Fausta.

—En tal caso, ¡desgraciada de ella! —exclamó el duque de Angulema—. Pardaillán, es preciso encontrar a la tigresa, aun cuando debiera ahogarla con mis manos...

—¡Paciencia! Tal vez la hallaréis antes de lo que os imagináis. Tened cuidado. Por la visita que os ha hecho y el lazo que os ha tendido, ya podéis comprender cuán astuta es.

—¡Aunque me cueste la vida! —exclamó Carlos.

—¡Pardiez! Si sólo se tratase de morir, sería fácil, pero se trata de vivir y de hacer la vida agradable a vuestra amada.

—Es verdad.

—Y para ello basta que nos apoderemos del señor de Maurevert.

—¡Oh, Pardaillán! Mi razón se extravía, ¿qué tiene que ver en todo eso el señor de Maurevert?

El caballero miró con lástima a su joven compañero.

—¡Pobre muchacho! —añadió para sí. ¿Qué dirías al saber que tu prometida es la esposa de Maurevert? Digo— añadió en voz alta —que es necesario apoderarse de Maurevert, porque es el auxiliar de las maquinaciones de Fausta. Por él sabremos muchas cosas. Una vez Maurevert en nuestro poder habremos privado a Fausta de su mano derecha.

—¿Por qué no atacar directamente a Fausta? ¿Acaso no veis, Pardaillán, que no puedo vivir así?

—Dejadme hacer —dijo—. Ya sabéis que todo tiene remedio menos la muerte. Violeta está viva y he aquí todo lo que nos importa saber. En cuanto a Fausta, pensad que sois uno de aquéllos en quienes se ha fijado su mirada mortal. Tened cuidado; no adivino el interés que puede tener persiguiendo a Violeta, pero no dudéis de que si sabe que amáis a esa joven, y lo sabe sin duda alguna, os perseguirá como me ha perseguido a mí y ha perseguido también a Farnesio y a Claudio.

—Pero ¿tanto es el poder de esa mujer? —preguntó Carlos.

—Es más reina en Francia que Enrique III. Reina más en París que el mismo Enrique de Guisa. Éste obedece todos sus mandatos. Es más que el jefe de la asociación de la Liga. Es el alma. Ha trastornado el reino y será capaz de trastornar París para apoderarse de vos si se lo propone. Al lado de la inteligencia y de los recursos de esta mujer no son nada los venenos de los Borgia y de los Médicis. Tiene un ejército y tribunales propios. Millares de espías suyos recorren el reino y la ciudad y, en una palabra, está enterada de todo absolutamente. Para herir a los que son un obstáculo a su marcha, desdeña el veneno y el puñal. En cambio emplea otras armas más poderosas; la justicia y la religión. Monseñor, guardaos de los jueces y los

sacerdotes de Fausta. Éstos hacen y deshacen matrimonios y sus jueces se apoderan de sus enemigos para echarlos a la Bastilla o al cadalso.

—Cuanto me decís parece increíble.

—Pensar en Enrique III echado de París. Pensar en la hoguera para Violeta. Pensad en que nosotros mismos, no hace dos horas que aún estábamos en la Bastilla. Pensad en maese Claudio y en el príncipe Farnesio.

—¿Qué habrá sido de esos dos desgraciados?

—Yo lo sé, gracias a la agradabilísima visita que tuve en mi calabozo.

—Pardaillán —exclamó Carlos—. Es necesario libertar a esos dos hombres. Uno es el padre de Violeta y el otro no sé qué es, pero Violeta lo ama. ¿Dónde están? Si lo sabéis, decídmelo.

—Están ahí —dijo Pardaillán señalando una casa ante la que Carlos se detuvo estremeciéndose.

Hacía algunos minutos que habían entrado en la Cité. El joven duque se vio en presencia de altos muros agrietados, que formaban una fachada sombría y muda, con una puerta de hierro y pocas ventanas, todas cerradas, como si la casa estuviera abandonada desde mucho tiempo atrás.

—¡Oh! —exclamó Carlos—. Ninguna prisión tiene aspecto tan severo y siniestro. ¿Qué cárcel es ésta?

—Es el palacio de Fausta —contestó Pardaillán—. Llamad a esa puerta de hierro —añadió fríamente— y dentro de diez minutos estaremos en compañía de Claudio y de Farnesio, que se mueren de hambre.

—¿De hambre? —balbució Carlos secándose el sudor de la frente.

—Sí; por lo menos así me lo contó el queridísimo amigo que me visitó en el calabozo.

—¿Quién era?

—Maurevert. Pero eso me recuerda que me muero de hambre. He aquí precisamente, al lado de la casa en que se mueren de hambre, otra en que se come y se bebe.

Carlos miró la posada que le señalaba Pardaillán. Tenía muy agradable aspecto. El caballero recordó perfectamente que la noche en que entró en el palacio de Fausta con una mujer desvanecida en brazos, la noche en que celebró con la dueña de la casa aquella conversación que terminó en pelea, recordó, repetimos, que habiendo entrado por la puerta del palacio, pudo huir por la posada. Había, pues, seguramente comunicación y sin duda relaciones entre el siniestro palacio y la graciosa hostería.

—¡Pardaillán! —dijo Carlos—. Yo no tengo hambre. Es preciso libertar a esos dos desgraciados.

—Pues precisamente por eso vamos a comer a la posada del... del... Veamos la enseña... Entremos —dijo de pronto.

Y se dirigió hacia la posada que, según rezaba la enseña, pertenecía a Paquita y «La Roja».

En el momento en que iban a franquear la puerta apareció un pregonero público escoltado por cuatro soldados y que tocó dos veces en su trompeta. Aun cuando el barrio estaba bastante desierto, acudieron inmediatamente gran número de curiosos y de comadres que rodearon al pregonero. En el umbral de la posada aparecieron soldados, estudiantes y mujeres.

—Escuchemos —dijo Pardaillán—. Los pregoneros dicen a veces cosas muy curiosas y éste, según veo, va escoltado por cuatro soldados que llevan las armas de nuestro amado duque de Guisa.

Cuando el pregonero juzgó que estaba rodeado de bastante gente, empezó, no a leer, sino a recitar en alta voz un bando que, sin duda, había aprendido de memoria. A pesar de ello llevaba en las manos un pergamino.

Nos, maese Guillermo Guillaumet, pregonero público de la ciudad de París, por orden expresa de monseñor el duque regente de la ciudad, en ausencia de Su Majestad el Rey:

—¡Viva Guisa! ¡Muera Herodes! —interrumpió la multitud.

Según la orden aquí presente, firmada por su mano y sellada con su sello ducal, hacemos saber a todos los presentes, ordenándoles que lo repitan a los no presentes:

El señor de Pardaillán, antes conde de Margency, es declarado felón, traidor y rebelde a los intereses de la Iglesia y de la Santa Liga.

Ordenamos a todos los fieles servidores de la fe eclesiástica o laica, que se apoderen de dicho señor de Pardaillán, y lo entreguen al Oficial.

Que si no pueden entregarlo vivo lo entreguen muerto.

El citado señor de Pardaillán es de mediana estatura, más bien alto, ancho de espaldas; viste traje de terciopelo azul y sombrero con pluma de gallo. Lleva bigote y barba, tiene la frente ancha, los ojos claros y el rostro insolente. Con estas señales nadie puede dejar de reconocerle, cualquiera que sea el lugar en que se oculte.

Manifestamos además y prometemos:

Que se entregará una suma de cinco mil ducados de oro a cualquier eclesiástico o seglar, hombre o mujer, que prenda vivo al citado señor de Pardaillán o presente su cabeza, ya sea al Oficial o al gran preboste, o a cualquier oficial de justicia.

Maese Guillermo Guillaumet sopló una vez en su trompa para dar a comprender que había terminado el pregón.

Y la multitud, asombrada por la promesa de cinco mil ducados de oro, una fortuna

considerable, olvidó gritar: ¡Viva Enrique el Santo! ¡Viva el sostén de la Iglesia!

El pregonero se alejó seguido por varios curiosos que querían oír de nuevo la mágica promesa de cinco mil escudos de oro y ya buscaban mentalmente el medio de ganar aquella fortuna.

En la sala común del «Broche de Hierro» en que entraron Carlos y Pardaillán, el primero lívido de espanto y el segundo muy tranquilo, no se hablaba de otra cosa que del pregón. Las preguntas y las respuestas se cruzaban y siempre, como un encantador estribillo, se repetía la frase de áureo son:

—¡Cinco mil ducados de oro!

Pardaillán atravesó tranquilamente la sala común, y se dirigió a un gabinete aislado que recordaba haber franqueado de un salto la noche de la algarada del palacio de Fausta. Quería acercarse lo más posible a la puerta de comunicación. ¿Pero dónde estaba ésta? Se sentó ante una mesa y a la mujer que fue a enterarse de lo que deseaban aquellos hidalgos, le contestó:

—Comer. El pregón del señor Guillaumet me ha abierto el apetito.

Diez minutos más tarde, una tortilla deliciosamente dorada exhalaba ante ellos su aromático perfume. Pardaillán la despachó en pocos bocados. Luego atacó un guisado de anguilas, del que no dejó más que el plato. Además declaró la guerra a cierto capón que la huéspeda reputó por superior a los de Mans. Todo ello fue regado con algunas botellas de un vinillo de Saumur picante como el champaña. Sin perder bocado, Pardaillán decía de vez en cuando al duque:

—Comed, caramba. Hacéis cara de cuaresma. Cualquiera se figuraría que tenéis la conciencia llena de remordimientos. ¿No es cierto, amable huéspeda?

Ésta, que era una mujer de pelo rojo que, sin duda, había sido muy bonita en los tiempos de su juventud, acababa de dejar un gran pote sobre la mesa diciendo:

—Son melocotones cocidos con vino, azúcar y canela. Un delicioso postre que es invención mía.

—Se ve que sois tan inteligente como hermosa —dijo Pardaillán—. ¿Cómo os llamáis?

—«La Roja», caballero, para serviros.

En aquel momento entró un joven vestido de negro, y se sentó a una mesa vecina. Sus ojos negros se fijaron en el caballero con extraña atención.

—Y por esta razón —continuó Pardaillán— os advierto, señora «Roja», que me instalo en vuestra posada y no me muevo de ella mientras quede un escudo en mi cinto. ¿Hay buenas camas aquí?

«La Roja» hizo un esfuerzo para ruborizarse, pero debemos confesar con pena que no lo consiguió. Luego se acercó al joven vestido de negro y le preguntó qué quería beber.

—El mismo vino que estos señores —dijo el desconocido.

Entre tanto Carlos contemplaba tristemente a Pardaillán.

—¡Por Dios! —exclamó Pardaillán viendo volver a «La Roja»—. Cualquiera

creería que tenéis un crimen en la conciencia, mi querido compañero. No podríais estar más triste si fuerais ese Pardaillán, a cuya cabeza acaba de poner precio el señor pregonero público de la ciudad de París. Y bonito precio, a fe mía. Cinco mil ducados en oro. ¡Cáspita! Quisiera conocer a ese Pardaillán.

Entonces «La Roja», poniéndose seria, dijo:

—Pues yo le conozco.

Carlos se estremeció y Pardaillán al notarlo le dio un pisotón por debajo de la mesa.

—¿De veras? —dijo.

—Sí, señor, le conozco —repitió «La Roja».

Pardaillán se volvió hacia ella y, mirándola, le dijo:

—Describídmelo, pues tengo ganas de ganar los cinco mil ducados.

—Pues yo apuesto diez ducados a que vos lo conocéis también —dijo con tranquilidad el desconocido desde su sitio.

LI - En que Pardaillán descubre que la huésped es más bonita de lo que parece

PARDAILLÁN dirigió una mirada de soslayo a su espada para asegurarse de que estaba al alcance de su mano, luego hacia la puerta para ver si sería posible salir rápidamente en caso necesario y por fin al desconocido que acababa de hablar así. Pero el joven dejó caer su cabeza sobre el pecho, y lejos de parecer que quisiera sostener la apuesta que propusiera se absorbió en profunda meditación.

—¿De modo, caballero —preguntó Pardaillán—, que le conocéis?

—Sí, señor —contestó el desconocido.

—Yo también le conozco —dijo en aquel momento una voz dulce.

Y una mujer que pocos momentos antes había entrado en el gabinete avanzó hasta apoyarse en el brazo de «La Roja».

Pardaillán se echó a reír nerviosamente. En cuanto a Carlos de Angulema había desenvainado la daga por debajo de la mesa y se preparaba a vender cara su vida, pues no dudaba de que Pardaillán había sido reconocido. La sala principal de la posada estaba llena de soldados a los que, sin duda, había prevenido la mujer que acababa de entrar. Era, pues, indudable, que el ataque iba a tener lugar enseguida. Carlos, con la daga cogida, se volvió hacia el joven pálido.

—Lo que es éste puede contarse entre los muertos en cuanto nos ataquen —pensó—. ¿En qué avispero nos hemos metido?

Pero el desconocido del rostro pálido, parecía estar más meditabundo que nunca y se hubiera podido creer que había olvidado a Pardaillán, el cual, como hemos dicho, se echó a reír.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Acaso lo conoce todo el mundo?

—¿No es cierto que lo conocemos, Paquita? —preguntó «La Roja».

—Sin duda —contestó la interpelada.

—Pues describídmelo —dijo Pardaillán.

—Si es para ganar los cinco mil ducados, no contéis con nosotras —dijo «La Roja».

El asombro de Pardaillán llegó a su colmo.

—¡Por Barrabás! —se dijo—. ¿Acaso sueño? Bueno, sentaos —dijo en voz alta a las dos mujeres—, no tengo deseos de ganar los cinco mil ducados. Y la prueba es que aquí van diez para cada una de vosotras.

Y uniendo la acción a las palabras, puso sobre la mesa veinte ducados de oro.

«La Roja» y Paquita abrieron los ojos llenos de asombro. Aquella nunca vista generosidad las hizo palidecer. ¡Veinte ducados!

—¡Cogedlos, *pardiez!* —exclamó Pardaillán señalando los dos montoncitos de oro—, pero en cambio contadme cómo habéis conocido a Pardaillán. Una buena historia después de comer ya vale los veinte ducados.

Las dos hosteleras se hicieron seña con el codo, se interrogaron con la mirada, tomaron el oro que se les ofrecía y se sentaron. Para éstas Pardaillán era algún príncipe disfrazado y estaban convencidas de que iban a realizar un buen negocio.

—Ya que Vuestra Alteza le desea —exclamó «La Roja».

—Sí, mi Alteza lo desea y lo exige —contestó Pardaillán.

—Pero no daremos las señas del caballero de Pardaillán.

—No son necesarias.

—Pues bien, señor, hemos de empezar diciéndoos que esta posada la debemos al caballero de Pardaillán.

—¿De modo que no es más que caballero? —preguntó Pardaillán.

—Nada, más, pero por su valor y nobleza, merecería ser marqués o príncipe, ¿no es cierto, Paquita?

—Es verdad —contestó ésta.

—¡«La Roja»! ¡Paquita! —se dijo el caballero tratando de recordar.

Pero a pesar de sus esfuerzos no lo consiguió.

—Ello sucedió la noche del 24 de agosto de 1572.

—La noche en que empezaron a matar herejes —añadió Paquita.

Pardaillán se puso pálido.

—En aquella época conocíamos a una mujer llamada Catho.

El caballero se sintió conmovido al oír tal nombre. «La Roja» continuó:

—Amábamos a Catho como a una hermana, y Catho amaba al caballero de Pardaillán sin habérselo dicho nunca. Nosotras habríamos muerto gustosas por Catho. Y ésta a su vez por el caballero. La prueba es que se hizo matar, como ya veréis.

—¡Ah, se hizo matar! —murmuró Pardaillán con ronca voz.

—Sí. Pero volvamos al caballero, así como a su padre, un viejo a quien me parece ver todavía, alto, seco, delgado, con una cara terrible. Los dos estaban encerrados en el Temple y condenados a un suplicio del que no podéis formaros idea. Parecía que los habían encerrado en una jaula de hierro cuyas paredes movibles, al acercarse una a otra, debían aplastarlos.

—Es cierto —murmuró Pardaillán, que ante aquel recuerdo sintió que se le erizaban los cabellos.

—¿Cómo lo supo Catho? Lo ignoramos. Pero amotinó a todas las rameras de París.

Pardaillán cerró los ojos. Un suspiro profundo hinchó su pecho. La hora presente desapareció para él, y en cambio revivió el pasado, la terrible escena evocada por «La Roja». Desaparecía todo lo que le rodeaba, y vio nuevamente a Catho que murió por salvarle. Volvió a contemplar las horrorosas escenas que se desarrollaron en París aquella noche, y prosiguiendo la sucesión de los recuerdos, contempló nuevamente el ataque del palacio de Montmorency, y la milagrosa salvación de Luisa y Juana de Piennes.

Abrió entonces los ojos y, al verlos, las dos mujeres sintieron miedo. El caballero

se echó a reír y dirigiéndose al joven vestido de negro, le dijo con voz extraña que a él mismo lo asombró:

—¡Eh, caballero! ¿Queréis ganaros los cinco mil ducados de oro?

El desconocido levantó la cabeza, y yendo a sentarse al lado de Pardaillán, dijo:

—No, caballero, porque antes de denunciaros y entregaros, me arrancaría la lengua. ¿Lo entendéis, señor de Pardaillán?

Al oír este nombre, «La Roja» y Paquita profirieron un grito y la última fue a cerrar la puerta del gabinete. Carlos, que se había levantado de un salto, volvió a sentarse. Las dos mujeres lo miraron entonces con las manos juntas y murmurando:

—¡Es él!

Toda esta escena tuvo la duración de un relámpago.

—¿Quién sois, caballero? —preguntó Pardaillán—. ¿Por qué, conociéndome, no obedecéis la orden que han pregonado?

—Mirad a esas dos mujeres, señor de Pardaillán —contestó el desconocido—. Para ellas cinco mil ducados sería una fortuna, pero, no obstante preferirían morir a entregaros.

—Es cierto, y eso porque todas las gentes humildes lo amábamos.

—Nunca tuvo una palabra de desprecio para la pobre ramera que durante la noche se arrastra por las negras calles en busca de un pedazo de pan a cambio del amor que ofrece —dijo «La Roja».

—Y porque, muchas veces, su espada hizo huir a los de la ronda que se llevaban a una pobre mujer a la cárcel —dijo Paquita.

—Catho también lo adoraba por su bondad. Por esta razón nos reunió a todas, viejas y jóvenes, para que fuéramos a libertarlo. Y ahora, caballero, os aseguro que soy feliz de haber sido una de las que contribuyeron a salvaros, porque, por vuestra cara, veo que seguís siendo el amigo de todos los que lloran.

Pardaillán miró a «La Roja», que parecía haberse rejuvenecido y transfigurado: La vieja ramera estaba hermosa con la hermosura del alma ignorante y sencilla. La pobre mujer lloraba de alegría y de tristeza.

De alegría por ver nuevamente a Pardaillán, cuyo recuerdo no la había dejado un instante y de tristeza por el bando que poco antes había pregonado maese Guillaumet.

Y Pardaillán, al ver aquellas lágrimas, sintióse en extremo conmovido. Para ocultar su turbación vació el vaso de un trago y se echó a reír, no sabiendo qué contestar a aquellas pobres mujeres. Cogió una mano a «La Roja» y otra a Paquita y las besó muy respetuosamente, cosa que inspiró inmenso orgullo a aquellas pobres mujeres.

—Ahora a mi vez —dijo el joven vestido de negro— no os haré traición, caballero de Pardaillán, y mataré a cualquiera que se disponga a entregaros. Lo haré porque me llamo Jacobo Clemente y soy el hijo de Alicia de Lux, a la que dirigisteis palabras de consuelo y os esforzasteis en salvar de su triste fin. He sabido la terrible historia de mi madre por una camarera de Catalina de Médicis. Sé que ésta también

os persiguió como a mi pobre madre, pero no temáis; le reservo un suplicio espantoso, porque conozco el único punto vulnerable de su corazón maldito. Por esta razón le heriré en su hijo y al herir a Herodes, no solamente vengaré a mi madre y a vos, sino también contribuiré a que se realicen los proyectos de Dios, porque Dios me ha armado con el puñal vengador.

Dichas estas palabras, y antes de que Pardaillán pudiera hacer un gesto, antes de que Carlos de Angulema hubiera podido preguntarse si aquel desconocido era un loco, Jacobo Clemente se volvió hacia las dos hosteleras, les hizo una seña misteriosa y dijo:

—Adiós, caballero de Pardaillán. Seguid vuestro envidiable destino. Y yo sigo el mío, que es espantoso. Ahora abridme la puerta de comunicación —dijo a las dos mujeres.

Éstas habían observado la seña con cierta turbación. Se dirigieron hacia el fondo de la estancia y entraron en una sala vecina, seguidas por Jacobo Clemente. Volvieron unos instantes más tarde. Durante su ausencia, Pardaillán cogió la mano de Carlos de Angulema y le dijo en voz baja:

—¡La puerta de comunicación! Es decir, el medio de llegar hasta Claudio y Farnesio y tal vez hasta Violeta.

LII - «Pipeau», Graznido, Picuic y compañía

EL ENCADENAMIENTO de peripecias de este relato nos obliga a retroceder a dos días atrás, es decir, al instante en que Pardaillán después de haber deshecho las fortificaciones que construyera en el interior de «La Adivinadora», franqueaba la puerta de la calle y se rendía al duque de Guisa. Entonces fue cuando Rosa, cayendo de rodillas, murmuró:

—Es preciso salvarlo.

Fue también el momento en que Graznido, después de su heroica lucha contra un reloj primero y luego contra un perro, empezó a devorar algunas de las provisiones que había en la cocina de «La Adivinadora», persuadido de que sus numerosos enemigos habían emprendido la fuga. En efecto, el silencio que reinó en la calle una vez los guardias se hubieron apoderado de Pardaillán, pudo hacerle creer que la tranquilidad se había restablecido.

Los criados de la posada, varones y hembras, que habían salido a la calle para ver lo que sucedía, y que luego no pudieron entrar porque Pardaillán cerró la puerta, los criados, repetimos, volvieron a la posada una vez el caballero hubo salido de ella. Su primer cuidado fue el de asegurarse de que su ama no había sido muerta ni herida por el peligroso truhan o hugonote, pues no sabían a punto fijo qué era el detenido. Pero Rosa les aseguró que no tenía otro mal que el miedo. En seguida subió a su habitación y se vistió con el traje del domingo. Dejando la posada al cuidado de sus criados, salió sin decir adónde iba ni a qué hora volvería.

Los criados, entonces, empezaron a proferir exclamaciones de sorpresa y disgusto al ver el estado de la posada. La vajilla estaba rota y casi todos los muebles fuera de lugar y algunos destrozados.

Emplearon al menos una hora para ponerlo todo en orden lo mejor que les fue posible. Luego, con objeto de preparar la cena, trataron de entrar en la cocina, pero no les fue posible conseguirlo, pues la puerta estaba atrancada. Por fin, reuniendo todas sus fuerzas, consiguieron vencer el obstáculo que se oponía a su entrada y entonces pudieron ver al gigantesco Graznido, que, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la pared, digería su victoria y su comida.

—¿Quién sois? —preguntó el cocinero.

—¿Qué hacéis ahí? —añadió el despensero.

—¿Cómo habéis entrado? —terminó la fregona poniéndose en jarras.

—¡Bergantes! —dijo Graznido haciéndolos retroceder—. ¿Os atreveríais a poner la mano sobre un hombre que ha ganado tres batallas?

—¡Ah! ¿Eres tú el que echó por la ventana todo lo que había en el cuarto?

—Sí, yo soy —contestó modestamente Graznido.

—¿Tú has sido, truhan? ¡Ah, ladrón! ¡Cogedlo!

Graznido recibió casi inmediatamente algunos escobazos aplicados al principio con cierta vacilación.

Sonrió amargamente como hombre que renuncia a luchar contra la mala suerte, pero como los golpes, que paraba lo mejor que podía, eran cada vez más fuertes, su sonrisa se convirtió en una mueca y ésta degeneró en un grito de dolor. Viendo que el pobre diablo no hacía más que agitar sus largos brazos y dar gritos lastimeros por toda defensa, sus enemigos que, al principio, eran bastante tímidos, se convirtieron en valientes y luego en rabiosos. Graznido empezó a saltar, y por fin, observando que la puerta estaba abierta, salió a la sala principal seguido por todos sus contrarios. Pero no se detuvo allí y echándose a la calle, empezó a correr con tal rapidez, que toda persecución era imposible.

Cuando después de dos horas de correr se detuvo por fin dolorido y cansado, vio que casi era de noche. Se guareció bajo un soportal y viéndose solo en el mundo, pobre y molido, lloró.

—¡Ah, maldita bravura! —pensó—. ¡Maldita la hora en que supe que era valiente! ¡Estaba tan tranquilo cuando era cobarde! ¿Qué haré ahora, pobre de mí?

Una vez hubo exhalado estas quejas legítimas, divisó de pronto a sus pies un perro que jadeaba sacando una lengua de a palmo. Graznido reconoció al perro. Era el de la posada. Pero como el animal no parecía dispuesto a morder, se bajó y lo acarició, cosa que el perro agradeció, agitando el muñón de su cola. Aquel perro era, en efecto, «Pipeau» que salió de «La Adivinadora» siguiendo a Graznido y lo hizo porque uno de los escobazos destinados al hombre se extravió y fue a caer sobre los lomos del animal, el que, por esta razón, y creyendo que su ama había desaparecido, cosa que le acarrearía una serie no interrumpida de bastonazos, huyó, como era natural, en compañía de su compañero de infortunio.

Graznido, juzgando que sus enemigos estaban despistados, echó a andar. El perro lo siguió con la cabeza baja. ¿Adónde iba Graznido? ¿Adónde dirigía sus pasos? No lo sabía; marchaba al azar.

Graznido y «Pipeau» pasaron juntos algunas horas muy tristes. A veces veíanse detenidos en alguna encrucijada por un truhan que les pedía la bolsa o la vida, pero luego los dejaba pasar al convencerse de su miseria. Otras veces pasaba una patrulla de la ronda precedida de una linterna. De terror en terror, a las dos de la madrugada y en el momento en que la luz de una ventana iluminó la calle, Graznido descubrió una gran puerta que le pareció apropiada para abrigar su sueño. Se Dirigió hacia ella palpando, porque las tinieblas, una vez cerrada la ventana aquélla, eran profundas.

De pronto «Pipeau» dio un gruñido y Graznido sintió que cogían su brazo tendido hacia adelante. Y al mismo tiempo, por tercera o cuarta vez aquella noche, oyó que le decían:

—¡La bolsa o la vida!

—¡Ah, mi buen señor! No he tenido nunca bolsa y en cuanto a mi vida vale tan poco que no daría por ella un sueldo.

—¡Graznido! —exclamó la voz.

—¡Picuic! —gritó entonces Graznido, reconociendo a su compañero.

Picuic soltó el brazo de Graznido diciendo:

—¡Vaya una suerte que tengo! Hace cuatro horas que estoy al acecho y cuando me figuraba ver venir a un burgués y ganar aunque no fuera más que un miserable escudo, me encuentro con que el burgués eres tú. ¿Qué haces por la calle, a estas horas de la noche?

—¿Y tú? —dijo Graznido tranquilizado y muy contento al encontrar un compañero de miseria.

—¿Yo? Buscando aventuras. Estoy seguro de que el diablo me ha impedido hacer nada de provecho. Desde que el señor de Pardaillán fue arrestado...

—¿Cómo? ¿Ese desgraciado señor ha sido preso?

—Vi cómo se lo llevaban los guardias del duque de Guisa.

—¡Ah, si yo hubiera estado allí!

—Fue ante la puerta de «La Adivinadora».

—¡Ah, si yo hubiera estado allí! —repitió Graznido con magnífico aplomo.

—Al verlo —continuó Picuic— me dije que me arrestarían a mí. Esperé la noche y me dirigí al hermoso palacio de la calle de los Listados, en donde hemos llevado tan buena vida.

—¡Hombre! —exclamó Graznido golpeándose la frente—. No me había acordado. Vámonos allí.

—Espera. Encontré en la calle de los Listados y en las vecinas, grupos de hombres armados hasta los dientes, cosa que me dio a entender que también prenderían a mi compañero del caballero, es decir, al duque de Angulema. Entonces, viendo que carecía de albergue, salí como pude de aquel avispero, y recordé nuestro antiguo oficio.

—¿De chantre? —preguntó Graznido.

—No, de truhan. Pero ¡maldito sea el diablo! Nadie excepto tú se ha acercado por aquí y ahora me estoy muriendo de hambre, de sed y de fatiga.

—¿Qué será de nosotros? —exclamó Graznido, sentándose en el suelo.

—Pues mira: ejercer nuestro tercer oficio. El de juglares.

—¡Caramba! Es verdad. Estamos salvados.

Picuic se quedó silencioso. Su compañero y «Pipeau» hicieron lo mismo y poco después los tres se hallaban profundamente dormidos. Así transcurrió la noche; a la mañana siguiente, poco después de aparecer el sol, hallábanse ya en la plaza de la Grève, que era la más concurrida por las gentes, pues nunca faltaba en ella algún espectáculo digno de verse, ya fuese una feria o la ejecución de un condenado a muerte.

Como de costumbre, tal plaza estaba llena de gente y aquel día había más concurrencia que de ordinario, pues los parisienses estaban inquietos por saber lo que decidiría su ídolo, Enrique de Guisa. Además había sesión permanente en las Casas Consistoriales a causa de la elección de los nuevos concejales. Graznido sintió gran contento al ver tanta gente y dijo:

—Hoy, amigo, vamos a ganar dinero.

Pero Picuic movió tristemente la cabeza, como dudando de las buenas disposiciones de aquella multitud para contemplar el espectáculo que los dos pobres hércules iban a ofrecerles. No obstante, trató de atraer la atención de los burgueses, y poniendo sus dos manos junto a la boca, imitó el sonido de la trompeta, ejercicio en el cual sobresalía. Entre tanto Graznido entonaba a plenos pulmones una canción guisarda en que Enrique III salía muy mal parado.

Gracias al talento de Picuic, a la extraña voz de Graznido o también a la cacofonía que resultaba de aquellas dos voces unidas, se formó inmediatamente un corro en torno de los dos parias. Su delgadez y la longitud extraordinaria de sus cuerpos eran ya un espectáculo y como, por otra parte, la canción de Graznido resultaba perfectamente ortodoxa, no fue necesario más para excitar la curiosidad de los espectadores.

—Burgueses, señoritas, marqueses y príncipes —dijo entonces Picuic con su voz de falsete—. Llego en línea recta del reino de los turcos y los moros, y me dirijo a España para presentarme a su rey que me espera en compañía de su corte. A petición universal de los parisienses, he consentido en detenerme un día en esta ilustre ciudad. (Aquí un trompetazo perfectamente imitado).

«¿Y por qué te has detenido?», me preguntaréis. Ante todo os contestaré que para tener el honor de contemplar al grande hombre cuya fama llegó hasta el fondo de los desiertos en que yo vivía. ¿Es necesario que nombre a su Alteza el duque de Guisa? (*Trompetazo y aplausos de los espectadores*). Luego, una vez cumplido este deber, para mostraros un ser fabuloso cuya existencia nadie sospechaba antes de que yo le hubiera encontrado en los más remotos desiertos de la Arabia. Ese animal se parece a un hombre, tiene ojos, nariz y boca como nosotros, pero no os fiéis. Es un animal de especie desconocida. (*Picuic cogió por el pescuezo a Graznido, que estaba asustado*). Este animal, nobles señoritas y magníficos burgueses, posee una cualidad asombrosa. (*Trompetazo*). No come pan ni vino, ni frutas, ni nada parecido a lo que comen los hombres. Tampoco come hugonotes. (*Risas y aplausos*). Pero entonces, me preguntaréis, «¿de qué se nutre este animal árabe?». Ésta es la hora de su almuerzo. Su almuerzo, señoritas y burgueses, se compone únicamente de guijarros crudos (*estremecimiento de curiosidad*) y para su comida no quiere tragar nada más que espadas crudas, sables, alabardas, puñales y en fin cualquier cosa que sea de acero. (*Tres toques de trompeta*). Y ¿qué cuesta asistir al almuerzo de este animal increíble? Un noble, me diréis. No. Un ducado. Tampoco. Ni un doblón, ni un escudo, ni una libra ni un sueldo parisís. No costará más que un liard o un óbolo. A elegir.

Un burgués cogió dos o tres guijarros y los tendió a Picuic diciendo:

—He aquí el almuerzo del animal.

Picuic tomó los guijarros, cogió por el cogote a Graznido, y le presentó uno.

—Atención —gritó.

—¡Pero si éstos no son *nuestros* guijarros! —gimió el desgraciado Graznido.

—¡Tráгатelo o estamos perdidos! —contestó Picuic en voz baja.

Y presentó a la boca del animal una piedra grande como una manzana.

—¡Tráгатela! —vociferó.

—¿Y qué? ¿No quiere comer el animal? —gritó la multitud riendo.

Graznido cerraba la boca y se defendía enérgicamente. En efecto, aquellos guijarros naturales no tenían nada que ver con los de tripa que le hacía tragar Belgodere. Por fin las gentes empezaron a gritar.

Graznido tuvo una inspiración y exclamó:

—¡No tengo hambre!

—¡Haberlo dicho antes! —contestó Picuic—. ¡Ah, sinvergüenza! No me asombra de que no tenga hambre, porque se ha comido todos los guijarros de la carretera de Orleáns que hemos cruzado esta noche. No ha dejado ni uno. Señoritas, señores. No os vayáis, por favor. Vamos a enseñaros...

Pero los curiosos, irritados por no haber visto cómo Graznido se comía los guijarros, empezaron a recoger tantos como hallaron con objeto de lapidar a los dos infortunados. Un guardia exclamó:

—¡Le haré tragar mi sable!

Hubo algunos empujones. Graznido, más muerto que vivo, emprendió la fuga seguido por Picuic, tras el cual iba «Pipeau». En pocos instantes desaparecieron los tres de la plaza de la Grève. A poco se hallaron uno al lado del otro a la orilla del río y se acusaron mutuamente de su desgracia.

Picuic comprendió un poco tarde que sin los utensilios necesarios, tales como guijarros falsos, sables plegadizos y otros semejantes, era imposible dar espectáculos y ganar dinero.

Entonces trataron de mendigar. A este efecto Picuic sacó de los bolsillos una úlcera, una llaga sanguinolenta y dos ojos de ciego. Desgraciadamente la úlcera y la llaga estaban muy estropeadas a causa de la prolongada estancia en sus bolsillos. Los dos ojos de ciego se hallaban en buen estado.

—Bueno —dijo—. Tú serás ciego y yo manco.

Y retirándose a un rincón solitario, los dos hércules se transformaron, Graznido en ciego y Picuic en manco. Para ello Graznido tuvo que aplicarse bajo los arcos superciliares, dos trozos de tafetán artísticamente recortados, con algunos agujeros para ver claro, y pintados en la parte exterior de modo que imitaran a dos ojos blancos sin mirada. Con ello estaba asquerosamente ciego.

Graznido ató al cuello de «Pipeau» un cordel, cogiendo con la mano el otro extremo. En cuanto a Picuic dobló su brazo izquierdo bajo el jubón y lo sujetó con una ligadura de su invención y se convirtió en un manco bastante presentable. Nuestros dos compadres así caracterizados, empezaron a andar lentamente. Graznido, el ciego, se apoyaba en el brazo derecho de Picuic, el manco, y «Pipeau», fastidiado y bostezando, tiraba con fuerza del cordel.

A cada diez pasos Picuic se detenía y con voz doliente imploraba así la caridad

pública:

—¡Caridad para mi pobre compañero de armas, cegado por un arcabuzazo en la cara en la batalla de Vimery, combatiendo al lado de Enrique de Guisa! ¡Caridad también para mí, a quien un infame hugonote de Navarra cortó un brazo con un golpe de terciado en la batalla de Coutras!

—Me desgarras el corazón —decía Graznido, que ya se figuraba haber asistido en realidad a la batalla de Vimery.

—¡Ay! —continuaba Picuic—. ¿Será posible que dos valientes soldados del gran Enrique tengan que morir de hambre?

Pero a pesar de estas conmovedoras peticiones, no pudieron recoger otra cosa que algunos «Dios os ampare», lo cual es un alimento muy poco substancioso. Únicamente por la noche, medio muertos de hambre y fatiga, cuando ya se sentían desesperados, recibieron tres óbolos, dos liards, un pan de centeno y dos cebollas crudas. Los tres óbolos y los dos liards aseguraban bien o mal el almuerzo del día siguiente. El pan y las cebollas fueron devoradas con delicia. Pero en cuanto hubieron terminado esta comida, observaron que sólo eran dos, porque «Pipeau» había desaparecido.

—¡Ingrato! —exclamó Graznido pensando en el medio pollo que dio al perro el día anterior.

El siguiente día fue para los dos infelices tan nefasto como el que acababa de transcurrir. A las treinta y seis horas de esta existencia, Picuic comprendió que estaba destinado a morir de hambre. Ya no era sombra de sí mismo y en cuanto a Graznido parecía haber crecido a fuerza de adelgazar.

Por la tarde del cuarto día, después de haber implorado limosna y tratado en vano de dar un espectáculo de lucha y aún más inútilmente de atacar a un burgués, los dos infelices, muertos de hambre, llegaron a la puerta de Montmartre en el momento en que iba a cerrarse, y como París les daba horror, salieron al campo y sentándose bajo un roble empezaron a llorar o, por lo menos, Graznido lloró por los dos.

—¡Y pensar —se lamentaba Picuic— que hace tan poco tiempo éramos felices! ¿Quién nos hubiera dicho que el hambre no tardaría en atormentarnos cuando escoltábamos a nuestros amos hacia la abadía de Montmartre?

Graznido, al oír estas palabras, se levantó, dándose una puñada en la frente.

—¡La abadía de Montmartre! ¡Yo no había pensado en ella!

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué estamos salvados!

—¡Pobre Graznido! El hambre te ha trastornado el juicio. No eres el primero. He visto a muchos que después de un largo ayuno decían cosas extravagantes.

—No estoy loco, Picuic. Digo que estamos salvados, porque en la abadía de Montmartre está sor Filomena, ¿comprendes?

—Sí, ya veo que estás delirando.

—¡No, por San Benito! ¿No sabes quién es sor Filomena?

Picuic, con una mirada, se aseguró de que podía encaramarse por el árbol en caso de que su amigo se pusiera furioso.

—Filomena —continuó Graznido— es una muchacha fuerte, muy capaz de proporcionar comida y bebida a dos hombres como nosotros. Ven, vamos en busca de Filomena.

—¿Y por qué? ¡Por todos los diablos! ¿Acaso Filomena va a darnos alojamiento y comida? —exclamó Picuic.

—Sí, lo hará porque me ama —contestó orgullosamente Graznido.

—No lo contrariemos —pensó Picuic, reuniéndose a su amigo.

Media hora más tarde los dos compadres llegaron juntos a la abadía de las benedictinas, y rodeando el edificio, entraron por la brecha que ya conocían.

LIII - El palacio de Fausta

DEJAREMOS a esos dos compañeros de infortunio, que penetraron en el convento en donde esperaban hallar albergue y comida gracias a la pasión que Graznido pretendía haber inspirado a sor Filomena, y regresaremos a la posada del «Broche de Hierro» en el momento en que Jacobo Clemente entró en el palacio de Fausta por la puerta que lo comunicaba con la hospedería.

Las hosteleras se apresuraron a obedecer su orden. Lo introdujeron en una gran sala adornada con lujosos muebles, y dispuesta, en fin, con tal suntuosidad, que no hubiera podido sospecharse en la pobre posada. Jacobo Clemente reconoció aquella sala y se estremeció al recordar la orgía a que una vez se vio atraído. A la sazón no se trataba de ninguna orgía, sino de recibir las órdenes de Dios para el gran acontecimiento que se preparaba.

Jacobo Clemente había podido asombrarse. Era la segunda vez que iba a la posada del «Broche de Hierro», pero a pesar de la anomalía de que la posada se comunicara con un palacio, Jacobo Clemente apenas se fijó en ello, pues no era más que una fuerza impulsada por el amor que sentía por María de Montpensier.

En la sala de la orgía tuvo que repetir la seña que antes hiciera.

—¿No sabéis nada más? —preguntó «La Roja».

—Esto es lo que basta para llegar aquí —dijo el fraile—, pero como quiero ir más lejos ¡mirad!

Y trazó en el aire una especie de triángulo. Al verlo, «La Roja» levantó una cortina y dijo descubriendo la puerta:

—Es aquí. ¿Sabéis cómo se llama?

—Sí —dijo el fraile.

Las dos hosteleras desaparecieron de la sala y la cobo Clemente llamó de una manera especial a la puerta que le habían señalado. Como si lo hubieran esperado, la puerta se abrió enseguida. Jacobo Clemente entró, viéndose entonces en una estancia alumbrada por una lámpara, aun cuando en el exterior era de día. Sin duda no llegaba hasta allí la luz del sol. Una mujer vestida de blanco y sentada en un gran sillón y así sumida en la sombra, le hizo seña de que se acercase.

—¿Sois micer Jacobo Clemente? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Jacobo Clemente, del convento de los Jacobinos?

—Sí, señora, y si vengo vestido de caballero es porque me lo ha recomendado mi prior.

—¿El reverendo Bourgoing?

—Sí, señora.

—¿Y sabéis quién soy yo?

—Supongo que sois la princesa Fausta.

—En efecto —dijo ésta con sencillez.

—Mi reverendo prior, el venerable padre Bourgoing, me ha dicho que podía tener confianza en vos —repuso Jacobo Clemente.

—Así es —contestó Fausta con dulzura—. Podéis confiar en mí. Hablad sin temor.

—Ya veo que puedo hablar sin miedo —contestó el joven—. Pues bien, señora, mi corazón ha concebido un proyecto terrible y lo ejecutaré aun cuando me condene. Pero he pedido al reverendo padre Bourgoing que me concediera la santa absolución y me ha contestado que para un caso tan grave, sólo una persona en el mundo puede absolver por anticipado. Me ha asegurado que vos me presentaréis a esa persona para que pueda oírme en secreto de confesión.

—Hablad, señor fraile —dijo tranquilamente Fausta—, porque os halláis ante la persona que puede daros la absolución.

Y entonces Fausta se levantó majestuosamente apareciendo a los ojos del pobre fraile como un ser dotado de extraordinaria autoridad y poderío.

Éste se sintió impresionado al ver ante sí a la terrible princesa.

Miró a Fausta y no la reconoció. Vio que aquel rostro antes tan dulce y femenino, era a la sazón radiante y majestuoso. Y entonces, como sus ojos se dirigieran por azar hacia la mano de Fausta, vio con grandísimo asombro que ésta ceñía la sortija de los papas.

—¿Quién sois? ¿Acaso el Señor os envía a mí? ¿Sois uno de los ángeles *como ella*?

—Os equivocáis, señor fraile, no soy un ángel, pero tened por seguro que soy la enviada de Dios y que Él me ha confiado la misión de restablecer su autoridad en este mundo.

—¿Quién sois, pues? —preguntó el fraile.

—Soy vuestra Soberana Pontificia —contestó Fausta con majestuoso acento—. Soy la que el conclave secreto eligió para combatir la debilidad y astucia de Sixto V y he venido a Francia para destruir la herejía.

—¡Soberana Pontificia! —murmuró Jacobo Clemente—. El reverendo padre Bourgoing ya me habló con palabras encubiertas de este extraño acontecimiento, pero me pareció una fábula.

—¿Acaso la aparición del ángel es una fábula también? No dudes más, fraile. Humilla tu cerviz ante la Santidad de Fausta I, del mismo modo que Fausta se humilla ante la gloria del Todopoderoso. Has venido aquí en busca de una absolución que solamente esta diestra puede hacer descender sobre tu cabeza. Y a fin de que no tengas duda alguna sobre tu destino o el mío, ¡mira!

Fausta mostró entonces al fraile un puñal que llevaba en la cintura.

—¿Es el mismo? —preguntó Fausta.

—Sí —exclamó sordamente el fraile—. Ya veo que estáis en comunicación con el ángel.

En aquel momento las tinieblas reinaron alrededor de Jacobo Clemente. De

pronto una claridad muy dulce iluminó poco a poco el fondo de la estancia y entonces el fraile vio surgir el ángel que, como la vez primera, tenía los rasgos fisonómicos de la duquesa de Montpensier. Jacobo Clemente tendió los brazos a la aparición. El ángel, entonces, se acercó a él, e inclinándose murmuró:

—Hoy, Jacobo Clemente, sabrás por qué camino llegarás a la inmortalidad, a la gloria y a la felicidad en la tierra. La Soberana Pontificia está encargada de darte instrucciones. Escúchala.

Inmediatamente el ángel se retiró produciendo en el fraile la ilusión de que se desvanecía. Nuevamente hízose la luz en la estancia, y el fraile, fuera de sí, se precipitó hacia el lugar en que había aparecido el ángel, pero no había más que la tapicería que cubría un lienzo de pared. Entonces levantó el tapiz para ver si había sido víctima de una superchería, pero tuvo que rendirse a la evidencia porque detrás no vio salida.

—En nombre del Cielo, señora, ¿habéis visto algo cuando estábamos a oscuras?

—Señor fraile —dijo Fausta—, reportaos, porque la luz no ha cesado de brillar.

—¿Cómo? ¿No nos hemos quedado a oscuras?

—No, de ninguna manera.

—¿Y no habéis visto un cuerpo aéreo ante este tapiz?

—A nadie he visto sino a vos.

—¡Qué Dios me conserve la razón! —exclamó Jacobo Clemente.

—Ya os la conservará si la ponéis a su servicio.

—¿Qué debo hacer? —exclamó el fraile.

—Sé —dijo Fausta— que recibisteis del ángel un puñal semejante al mío que acabo de enseñaros. Con él debéis herir a Valois.

—¿De modo —exclamó Jacobo Clemente— que está permitido matar a un rey?

—¡Quién lo duda, si este rey es criminal!

—¿Y seré absuelto de tal pecado?

—Yo os absuelvo —dijo Fausta, dando en el acto la bendición apostólica a Jacobo Clemente, que la recibió de rodillas.

—Soberana —dijo el fraile con temblorosa voz—. Dadme instrucciones. ¿Qué debo hacer?

Fausta levantó la mano en que brillaba el anillo pontifical.

—Pasado mañana —dijo— saldrá de Paris la gran procesión que debe ir a Chartres para llevar al rey las quejas del pueblo de Paris. Formad parte del cortejo. Nadie se asombrará de veros. Durante el camino procurad no llamar la atención. Confundíos modestamente entre la multitud, rezad pensando que lleváis al mismo tiempo la palabra de Dios y la salvación de la nueva Iglesia.

—¿Y una vez en Chartres? —preguntó el fraile.

—Me encontraréis allí para guiaros, a no ser que el ángel os haya dado instrucciones.

—¿El ángel? —murmuró Jacobo Clemente—. ¿Lo volveré a ver?

—Así lo creo, pero tal vez en forma material.

El fraile aquella vez miró con desconfianza a Fausta, preguntando:

—¿Cómo, señora? ¿Conocéis esa forma material?

—Sí, y por eso os digo que si veis al ángel en Chartres, será tal vez que allí se hallará la duquesa de Montpensier. Pero os advierto que si el ángel es digno de toda vuestra confianza, en cambio debéis desconfiar de su forma material.

—¿Desconfiar de María? —murmuró el fraile.

—¿No ha tratado ya de induciros al pecado mortal? Recordad la sala que habéis atravesado para llegar hasta aquí y también lo que en ella os sucedió.

—Todo lo sabéis —exclamó el fraile.

—Por esta razón os digo que desconfiéis de María de Montpensier y he de añadir que ella...

—¿Qué? —preguntó el monje con ansiedad.

—Que ella también os ama.

El monje dio un grito y arrodillándose, exclamó:

—¡Me ama! ¿Desconfiar de ella? ¡Ah, no! Aunque me condujera al infierno.

Al levantarse vio con sorpresa que Fausta había desaparecido. En su lugar le esperaba una mujer sonriente que, tomándolo de la mano, lo condujo ante una puerta que acababa de entreabrirse.

El monje la atravesó y al hallarse de nuevo en la posada del «Broche de Hierro» habría podido creer que lo sucedido era un sueño. No obstante, salió de la posada sin entretenerse en ella y se alejó rápidamente.

En el palacio misterioso Fausta se retiró por una puerta que se disimulaba en la pared y ordenó a una sirvienta que acompañara al fraile.

Entró en una estancia vecina y allí encontró a una mujer que la esperaba sin duda con impaciencia, porque al ver a Fausta, se adelantó rápidamente a su encuentro. Si el monje hubiese estado allí habría reconocido enseguida el traje de lana blanca y los largos cabellos dorados del ángel que se le había aparecido. Únicamente las facciones de aquel ángel, de graves y melancólicas, habíanse tornado en alegres y risueñas y el rostro de la duquesa de Montpensier habría inferido un golpe mortal a las creencias del fraile.

Sea como fuere, el ángel avanzó hacia Fausta, ésta le tomó las manos y besándola en la frente le dijo:

—Sois realmente el ángel de gracia y de belleza, en la terrible batalla en que todo es tan negro y triste a nuestro alrededor.

—¿De modo que se figura que soy un ángel? —preguntó la duquesa de Montpensier—. ¡Pobre joven!

—Sí, así lo cree —continuó Fausta—, pero se acerca la ocasión en que deberéis despojaros de esta personalidad —dijo Fausta—. Débil como sois, no podríais sostenerlo por más tiempo. En Chartres os apareceréis al monje en carne y hueso, es decir, con vuestro verdadero nombre.

—Lo prefiero —murmuró la duquesa—, y ya que ese joven se sacrifica para ofrecermela cabeza de Valois, quiero recompensarlo.

—Jacobito Clemente formará parte de la procesión —dijo Fausta.

—Pues durante el camino procuraré ir a su lado. Iré a pie, en penitencia de mis pecados pasados o futuros.

Y después de haber hecho una rápida genuflexión la duquesa se alejó ligeramente y a poco salió por la puerta de hierro. En cuanto a Fausta se dirigió a la estancia que comunicaba con la posada. Allí murmuró:

—La suerte está echada. Enrique III morirá.

En aquel momento una de sus criadas entró y le dijo algunas palabras en voz baja. Fausta hizo un gesto de sorpresa, pero contestó:

—Hazlo entrar, Myrthis.

La criada salió para volver algunos instantes más tarde acompañando a un hombre que se inclinó ante Fausta sin pronunciar una palabra.

—¡Cómo! ¿Sois vos, señor de Maurevert? —dijo irónicamente Fausta—. ¿Acaso mi tesorero no os ha entregado las cien mil libras convenidas?

—Sí, señora.

—¿Acaso venís a pedirme vuestro empleo de capitán de guardias que, sintiéndolo mucho, no puedo daros antes de un mes?

—No, señora.

—Entonces, ¿por qué no estáis en la abadía de Montmartre?

—Voy a decíroslo, señora; monseñor de Guisa está celoso y me lo ha prohibido.

—¡Oh! —se dijo Fausta—. Yo quería dejarla vivir, pero no tendré más remedio que matarla.

—Como ya me conocéis, señora, supondréis que a pesar de la prohibición de monseñor de Guisa, yo estaría ya en la abadía, y apoderándome de mi mujer, porque lo es, y habría huido a gran distancia.

—Eso es lo que estaba convenido —dijo fríamente Fausta.

—Sí, pero ha ocurrido algo que me ha quitado las ganas de marcharme solo, sin contar que el duque me ha asegurado su protección.

—¿Qué ha sucedido, pues?

—Que el señor de Pardaillán se ha evadido de la Bastilla.

Fausta recibió tan terrible noticia con la mayor indiferencia aparente. Luego dijo:

—¡Pobre señor de Maurevert! ¿Qué va a ser de vos?

—¿Qué va a ser de mí? —contestó suspirando con desaliento—. Ya os lo dije, señora. Es preciso que me apoye en monseñor de Guisa. Somos cuatro actualmente que odiamos a ese hombre. Guisa, Maineville, Bussi-Leclerc y yo, es decir, cuatro odios o si lo preferís cuatro miedos.

—¿Miedos? Vamos, señor de Maurevert, Guisa no tiene miedo. ¿Os figuráis que todos son como vos?

Pero Fausta examinándose interiormente vio que en su alma había a la sazón un

sentimiento antes ignorado. El miedo. Sin embargo, Maurevert no pudo traslucirlo por el aspecto de la princesa.

—Sí, señora —contestó—. Guisa tiene miedo, como Bussi-Leclerc, Maineville y yo. Lo único que puede salvarnos, es unir nuestro espanto, para ser más fuertes. Todos nosotros hemos visto la muerte cara a cara en distintas ocasiones y siempre la hemos contemplado sonriendo. El duque de Guisa, señora, nos ha dicho: «Creo que los cuatro moriremos a manos del maldito Pardaillán». En cuanto a mí, hace dieciséis años que lo sé y no es por miedo a la muerte, señora, porque no la temo, sino porque para mí y para todos, Pardaillán representa cosas formidables del pasado y por eso mientras viva tenemos un porvenir terrible.

Entonces Maurevert hizo en pocas palabras el relato de lo sucedido en la Bastilla. Fausta lo escuchó con tranquilidad y Maurevert acabó diciendo:

—He aquí lo que he venido a deciros, señora, o sea que los cuatro nos hemos unido para combatir al enemigo común y por esta razón no puedo entretenerme en la abadía de Montmartre. El duque parte hacia Chartres y los tres lo acompañamos.

—No está mal —dijo Fausta—. Y desde que ese hombre se ha escapado de la Bastilla ¿qué habéis hecho para cogerlo nuevamente?

—Hemos puesto precio a su cabeza. Ofrecemos cinco mil ducados de oro, pero no tenemos ninguna esperanza. Sin duda ha salido de París a primera hora de la mañana. Lo han visto ir hacia la puerta de San Antonio. Hemos lanzado algunos caballeros en su persecución, pero ha sido inútil.

—Volved al lado del duque —dijo entonces Fausta—. Nuestros proyectos particulares, señor de Maurevert, los realizaremos cuando, con ayuda de vuestros amigos, hayáis triunfado del enemigo.

Maurevert se inclinó y se dirigió hacia la puerta por la que había entrado.

—No —dijo Fausta—, pasad por aquí.

Y le enseñó la puerta que comunicaba con la posada. En el palacio de Fausta había el principio de que durante el día se vieran entrar o salir al menor número de gentes posible.

Maurevert, después de saludar a Fausta, salió y se halló entonces en aquella sala suntuosa de la posada que parecía ser una prolongación del palacio. La atravesó y llegó a un gabinete en el mismo instante en que entraba por otra puerta una de las hosteleras. Paquita, al divisar a aquel extraño, cerró la puerta con viveza como temiendo que Maurevert pudiese ver a las personas que estaban en el gabinete contiguo. Maurevert había llegado ya a la sala principal y como Paquita le preguntase qué deseaba, se dio cuenta entonces de que se hallaba en una posada. Moviéndose negativamente la cabeza y salió.

—Es un loco —pensó Paquita que tomando una botella de Saumur entró de nuevo en el gabinete de donde había salido.

—He tenido miedo —dijo al entrar.

—¿De qué? —preguntó Pardaillán burlonamente.

Aquellas personas a quienes Maurevert había estado a punto de ver, cosa que no consiguió, gracias a Paquita, eran Pardaillán y Carlos de Angulema.

—¿De qué? —repitió Pardaillán.

—De un hombre siniestro que no me ha contestado a ninguna de mis palabras. Dios sabe si anda buscándoos.

—Que busque —dijo Pardaillán.

Y continuando la conversación que había interrumpido, añadió:

—Así, mis queridas «Roja» y Paquita, no sois aquí las dueñas del «Broche de Hierro» sino en realidad las servidoras de una dama misteriosa.

—Dios os guarde de conocerla —dijo «La Roja».

—No somos sus servidoras —dijo Paquita—. He aquí lo que pasó. Al día siguiente de abrir esta posada, se presentó un caballero vestido magníficamente con traje negro. Tenía el aspecto muy triste ¿no es cierto, «Roja»?

—Es verdad. Monseñor Farnesio era a la vez el caballero más magnífico y el sacerdote más lúgubre que existe.

—¿Monseñor Farnesio? —exclamó Carlos de Angulema.

—Así se llamaba, como supimos más tarde. Según parece es cardenal. En fin, nos propuso ayudarnos en nuestro comercio y nos pagó ocho mil libras, que es lo que había costado la posada. No contento con esto, nos aseguró darnos seiscientos escudos a cada una de nosotras si queríamos alquilarle a perpetuidad una sala en el fondo de la posada, y permitir que se abriera en aquélla una puerta que comunicara con la sala vecina. Como es natural, aceptamos esas proposiciones. Entonces aquel hombre nos explicó lo que su ama esperaba de nosotras. Amueblaron magníficamente la sala del fondo y, de vez en cuando, tuvieron allí lugar maravillosas orgías. Otras veces entraron algunas personas a las cuales no hemos visto más. Cuando descubrimos que sucedían allí extrañas cosas y que esta posada era, en realidad, un anzuelo, para atraer a ciertas personas, nos arrepentimos, pero ya era demasiado tarde. Y además ¿qué nos ordenaban? Sencillamente conducir a la sala del fondo a las personas que nos hicieran la seña convenida.

—¿Igual a la que os ha hecho ese joven? —preguntó Pardaillán aludiendo a Jacobo Clemente.

—La misma. Por esta razón, en cuanto nos hacen esta seña introducimos a las gentes en la sala. Por lo demás, no sabemos lo que allí sucede.

—¿Y no habéis tratado nunca de penetrar? —preguntó Pardaillán.

—¡Oh, sí! —contestó «La Roja»— pero...

—¿Pero qué? —preguntó Pardaillán.

—Un día quisimos abrir, pero no nos fue posible. Entonces sentimos mayor curiosidad y «La Roja» se decidió a llamar a la puerta según está convenido.

—¿Cómo se hace? —preguntó Pardaillán.

—¿Pero no sabéis, caballero, que hablando de esto arriesgamos la vida? ¿Qué sucedería si contestáramos a vuestra pregunta?

—Bueno, bueno, no hablemos más. Continúad.

—Fue Paquita la que llamó —prosiguió «La Roja»— y apenas lo había hecho cuando se abrió la puerta. De momento retrocedimos, pero luego, cobrando ánimo, nos atrevimos a entrar y entonces la puerta se cerró por sí sola. Inmediatamente se apagó la luz que iluminaba la estancia y dando gritos caminamos las dos de rodillas. Casi inmediatamente se hizo un poco de claridad en la estancia y pudimos ver dos cuerdas que colgaban del techo, con un buen nudo corredizo en los extremos. Comprendiendo que íbamos a ser ahorcadas, empezamos a llorar. Entonces aparecieron dos hombres gigantescos, los cuales cogieron cada uno un nudo corredizo y los pasaron alrededor de nuestro cuello.

—¡Diablo! —exclamó Pardaillán—. Vuestra situación no era alegre.

—Es verdad, señor caballero.

—¿Y cómo os salvasteis?

—Ya lo veréis —continuó «La Roja»—. Una vez con la cuerda al cuello, empecé a rezar para salvar mi alma. Dirigiendo luego una mirada a mi alrededor, observé que los dos gigantes habían desaparecido. Entonces, señor caballero, sucedió una cosa espantosa. Mientras yo miraba a Paquita, que estaba blanca como una hoja de papel, sentía claramente que la cuerda empezaba a subir. Llena de terror me puse en pie y Paquita imitó mi ejemplo. Al advertirlo las dos proferimos un grito y tratamos de quitarnos el nudo corredizo, pero fue imposible lograrlo. La cuerda se tendía cada vez más hacia el techo. Y por fin, sintiéndonos ya medio ahogadas, tuvimos la suerte de ver a nuestro lado dos escabeles, de los que nos apoderamos para encaramarnos en ellos. Estábamos, pues, salvadas por espacio de tres o cuatro minutos, porque las malditas cuerdas continuaban subiendo. Cuando nuevamente llegaron a oprimirnos otra vez el cuello, viendo que ya no había salvación posible, empecé a gritar pidiendo perdón y Paquita hizo lo propio. A pesar de que no había nadie, las dos no cesábamos de pedir gracia, prometiendo a voces que otra vez no trataríamos de sorprender el secreto de la casa. La cuerda continuaba subiendo pero de pronto se detuvo. Entonces oímos una voz que decía: «¿Os arrepentís?».

—Sí, sí —contestamos las dos.

—¿Intentaréis sorprender nuevamente los secretos sagrados?

—¡Nunca, nunca!

—Pues bien, Dios os perdona. Id y sed fieles.

Entonces las cuerdas se aflojaron nuevamente y pudimos desembarazarnos de ellas. Yo me desvanecí y al recobrar el sentido me hallé en la posada y a no ser por el dolor que las dos sentíamos en el cuello, habríamos podido creer que todo fue un sueño.

—He aquí lo que nos sucedió por haber querido entrar en esa casa —confirmó Paquita.

—Y ya comprenderéis —añadió «La Roja»— que no hemos tenido más deseos de intentar la aventura.

—¡Caramba! —exclamó Pardaillán—. Pues todo lo que me habéis contado me da vivísimo deseo de ir a ver lo que sucede.

Las dos mujeres se miraron palideciendo.

—Tendréis una desgracia —dijo una.

—Guardaos bien —añadió la otra.

—¡Bah! Me parece que exageráis un poco.

A la sazón, atardecía. En la posada habíanse encendido algunas antorchas y las lámparas de hierro suspendidas del techo, despedían gran cantidad de humo.

Entre tanto, las botellas habíanse vaciado. «La Roja» y Paquita, que habían participado de su contenido, no estaban con las cabezas muy seguras. Por muy acostumbradas que estuvieran a la bebida. Pardaillán, que era un bebedor terrible, había conseguido hacerles perder la lucidez de espíritu.

—Veamos ¿qué me contestaríais si os pidiera que me revelaseis la famosa señal?

«La Roja» y Paquita estaban casi borrachas, pero no habían perdido completamente la razón. Al oír la pregunta de Pardaillán, «La Roja» preparó la retirada diciendo:

—Vámonos, Paquita, a vigilar a nuestras criadas, que sin duda están carbonizando los pollos.

—¿Pero dónde vais? —exclamó Pardaillán.

El duque de Angulema comprendió perfectamente la intención de Pardaillán y yendo hacia la puerta la cerró para impedir el paso a las dos mujeres.

—No habéis contestado a mi pregunta —dijo el caballero tranquilamente.

—Señor caballero —dijo «La Roja»—. Ya sabéis que me he batido por vos y he aquí a Paquita, que, como yo, arriesgó su vida para salvaros. ¿Queréis, pues, que ahora nos perdamos y que os demos ocasión para perderos vos también?

—La verdad es que me conmovéis —dijo Pardaillán— y reconozco que soy un ingrato dispuesto a daros de puñaladas si no me indicáis cuanto antes cuál es la señal convenida.

Pardaillán sacó la daga. Las dos mujeres se miraron con desesperación y «La Roja» balbució por fin:

—En la puerta de la sala hay cinco clavos. Basta con dar un golpe sobre cada uno de ellos empezando por el inferior de la izquierda, y siguiendo hacia la derecha para acabar por el centro. Así se abrirá la puerta.

Y cubriéndose el rostro con su delantal exclamó sollozando:

—¡Estamos perdidas!

—Sois buenas muchachas —dijo Pardaillán con gran dulzura—. Y os ruego que me perdonéis si os causo algún pesar. Vuestra posada vale poco más o menos de doce a quince mil libras. Así, pues, os la compro.

Y diciendo estas palabras vació sobre la mesa el contenido de su cinto de cuero, haciendo seña a Carlos que lo imitó sin vacilar. «La Roja» y Paquita se consolaron instantáneamente al ver el montón de oro. De modo que si sus ojos continuaban

llorando, la boca, en cambio, sonreía.

—Con todo ese oro —dijo Carlos— podréis huir.

—¿Qué necesidad tenemos de ello?

—¿Ya no os acordáis de las cuerdas? —dijo Carlos.

—No, no las tememos porque juraremos que entrasteis con el caballero vestido de negro que estuvo aquí y que él sin duda os enseñó el modo de entrar.

—¿Y si no os creen?

—Entonces será tiempo de pensar en la fuga.

Pardaillán admiró la facilidad con que las mujeres resuelven los casos de conciencia y luego, seguido por Carlos de Angulema, se dirigió hacia la suntuosa sala que servía, por decirlo así, de transición entre la posada y el palacio. Se dirigió en línea recta hacia los cinco clavos de que le hablara «La Roja» y de acuerdo con las instrucciones recibidas empezó a golpearlos. Al quinto golpe se abrió la puerta.

* * * * *

Después de la partida de Maurevert, Fausta se quedó sola en aquella estancia en que permanecía de ordinario. Había despedido a sus mujeres que, de acuerdo con su obligación, se habían presentado para distraerla, ya sea cantando o tocando el laúd.

Fausta había recibido con extraordinaria calma la noticia de la fuga de Pardaillán. Una vez sola, fue a cerrar las puertas, bajó los tapices que velaban la luz del día y se sentó para reflexionar.

—Ese hombre me dijo que sería un obstáculo para mis proyectos. Cumple su promesa porque logré cuanto me propuse antes de que se interpusiera en mi camino. ¿Pero será verdad que el mal éxito de mis planes es obra suya? ¿No será mi debilidad la que prepara la ruina de Guisa, la de la Liga, de la nueva Iglesia y la mía? Ese Maurevert —pensó— me ha hablado del espanto que sienten todos. ¿Acaso estaría yo también asustada?

Y en efecto, sentía miedo, aun cuando le habría sido difícil precisar su causa.

—Mi propia debilidad —se dijo— es la que hace su fuerza. Hay en mí un sentimiento que no debería conocer. Yo debería ser la virgen inmaculada, no solamente de cuerpo, sino de alma y ya no lo soy.

Permaneció algún rato pensativa y luego continuó diciéndose:

—Para ejecutar mi proyecto es necesario que, de nuevo, me apodere de ese hombre.

Cuando se decía estas palabras oyó que llamaban a la puerta de comunicación que daba a la posada.

—¿Quién puede ser? —se preguntó—. ¿Será Guisa o el fraile?

La puerta se abría automáticamente una vez habían dado los cinco golpes, pero Fausta podía impedir que se abriera oprimiendo un resorte que había en su habitación. Al oír el cuarto golpe tuvo por un momento la idea de detener el

mecanismo, pero, pensándolo mejor, se levantó para recibir al inesperado visitante.

Fausta, al llegar ante la puerta, se quedó petrificada. Pardaillán estaba ante ella. El caballero se volvió entonces a Carlos de Angulema y con extraño tono le dijo:

—Monseñor, cuento con vos para vigilar al preso.

—¿Qué preso? —pensó el duque.

—Si dentro de una hora no me habéis visto, matadlo sin piedad y luego os dirigís a Chartres al galope para avisar al rey.

—¿Qué tendré que decirle? —se preguntó estupefacto el duque.

Su confianza en la fuerza y espíritu inventivo de Pardaillán era ilimitada. Comprendió que en aquel momento jugaba una partida arriesgada. Por esta razón se disponía a no abandonar al caballero y dio un paso para entrar en casa de Fausta.

—Monseñor —dijo Pardaillán cogiéndolo del brazo— me habéis comprendido ¿no es cierto?

Y era tal el tono de su voz, que Carlos comprendió que la vida de su amigo dependía tan sólo de su obediencia pasiva.

—Tranquilizaos —contestó—. Si dentro de una hora no habéis vuelto, mato al prisionero y coito a avisar al rey.

—Muy bien —dijo Pardaillán.

Y dejando de sujetar la puerta ésta se cerró con ruido a su espalda.

Carlos, asombrado aún de haber consentido en separarse de Pardaillán, pegó el oído a la puerta, pero no oyó nada.

El caballero avanzó hacia Fausta sombrero en mano y con respetuosa actitud.

—Señora —dijo—, ¿me perdonaréis por haber entrado en vuestra casa de esta manera y a tal hora?

Fausta se sentó sin contestar y Pardaillán continuó:

—Una conversación entre vos y yo, señora, era indispensable y urgente. Por esta razón he entrado como he podido. Espero, por consiguiente, que me perdonaréis esta grave infracción a las reglas de toda etiqueta, sea principesca, real o pontificia.

Entonces Fausta golpeó un timbre y entró un hombre que no manifestó asombro al ver al caballero.

—¿Cuántos guardias hay en palacio? —preguntó Fausta.

—Veinticuatro arcabuceros, pero si Vuestra Santidad lo desea, podremos hacer venir a los arqueros que gozan de asueto hasta medianoche.

—¿Cuántos gentilhombres hay de servicio?

—Doce, como siempre, pero...

—Silencio. Armad a los guardias y vigilad todas las salidas. En cuanto a los gentilhombres, deben estar preparados para entrar aquí en cuanto oigan un silbato. Idos.

El hombre hizo una genuflexión y salió.

Pardaillán sonrió al ver que, por fin, podría habérselas con hombres.

—¿Quién sois? —preguntó Fausta como si viese por vez primera al hombre que

ante ella estaba.

—Señora —contestó Pardaillán—. Soy el hombre a quien hicisteis cometer una falta gracias a vuestra habilidad en disfrazaros y en manejar la espada. Tened la certeza de que, de haberlo sabido, nunca habría dirigido mi espada contra el pecho de una mujer.

Pardaillán, sombrero en mano, hablaba tranquilamente y con gran sinceridad. Fausta comprendió, al verlo, que aquél era un adversario digno de su poder.

—Señor de Pardaillán —dijo—, os perdono por haber entrado aquí sin ser llamado. También os perdono el haberme herido en la frente, pero os aseguro que no saldréis vivo de aquí. ¿Habéis oído las órdenes que he dado?

Pardaillán, sonriendo, hizo una seña afirmativa.

—Ya que vais a morir, también os perdono por haber sorprendido mis secretos, por saber quién soy, y por haber estado a punto de hacer fracasar mis planes.

Pardaillán se inclinó ceremoniosamente.

—¡Señora! —dijo con tranquilidad perfecta—. Ya que queréis perdonarme todo eso, ¿por qué os disponéis a mandar que me maten?

Fausta se puso más pálida de lo que estaba y contestó:

—Vais a comprenderlo enseguida, señor de Pardaillán. Quiero manifestaros que os admiro y que os estimo en lo que valéis, pero precisamente por eso me veo obligada a condenaros a muerte. Si os odiara os dejaría vivir, pero es necesario que muráis, porque os amo.

Pardaillán se estremeció. Lo que acababa de decirle le pareció más extraordinario que la orden dada en su presencia. Se sintió perdido, pero sin embargo se propuso salvarse a fuerza de sangre fría, y contestó:

—Señora, me amáis, y en cuanto a mí creed que también os amaría si no fuese porque ya amo.

—¿Amáis? —preguntó Fausta con extraña frialdad.

—Sí, amo y amaré hasta el último momento de mi existencia. No hay en mi alma otro sentimiento posible más que este amor, sin el cual no viviría. Amo, señora, amo a una muerta.

—¡Muerta!

Éste fue un grito que se escapó a Fausta, un grito en el que había asombro, alegría y tal vez también pesar.

—Os debéis figurar que soy un miserable loco —dijo Pardaillán—, pero no es así. Amo a una muerta desde hace dieciséis años que murió. Así, pues, señora, os lo juro por mi honor que bendeciría el momento en que los asesinos vinieran a darme muerte, si no tuviese interés en vivir todavía; pero lo tengo y viviré, porque es necesario que viva.

Fausta sintió una humillación violenta. Acababa de apostar asesinos para que dieran muerte a Pardaillán y éste, en cambio, le aseguraba con toda tranquilidad que seguiría viviendo. Estuvo a punto de hacer la señal, pero se contuvo sonriendo.

—Señora —dijo el caballero—, antes de que tenga que habérmelas con vuestros hombres...

—¿Tenéis esperanzas de vencerlos? —preguntó Fausta.

—Es natural. Así, pues, antes de salir de aquí, quiero haber obtenido lo que me propongo y para ello es necesario que os diga cómo conseguí entrar.

Y Pardaillán se dijo a sí mismo:

—¡Oh, Paquita y «La Roja»! Voy a salvaros la piel.

Y añadió en voz alta:

—Es necesario que sepáis que tengo un enemigo. Excusadme, señora, pero estos detalles son necesarios. Este enemigo es un fraile jacobino y se llama Jacobo Clemente.

Fausta cerró los ojos para disimular su emoción.

—Este fraile —continuó Pardaillán— ha caído en mi poder hace poco rato. En cuanto salió de vuestro palacio. Y, además, sé lo que intenta hacer.

Pardaillán sólo sabía una cosa: que Jacobo Clemente intentaba dar muerte a Enrique III y que había entrado en el palacio de Fausta. El resto acababa de suponerlo con su viva imaginación. Y mientras hablaba, se decía:

—Si me engaño, soy hombre muerto. Si Fausta no ha sido la que ha armado el brazo de Jacobo Clemente y no tiene interés en que Valois muera, no saldré de aquí.

Fausta había cerrado los ojos. El caballero, por lo tanto, no podía adivinar cuáles serían sus pensamientos, pero continuó hablando atrevidamente.

—El hermano Jacobo Clemente, señora, tiene la misión de matar a Enrique III de Valois y sois vos la que lo impulsáis a ese asesinato. He aquí lo que sé, señora, pero ahora escuchadme. Obligando a hablar a Jacobo Clemente, he sabido cómo se entra en este palacio. Hace muchos años que conozco a este fraile y os aseguro que habéis dado con un instrumento terrible. Conseguiré matar a Valois y entonces Guisa será rey.

Hablaba lentamente como hombre que pisa un terreno desconocido.

—Para que Jacobo Clemente tenga éxito, ¿qué se necesita ante todo? Que goce de la libertad y luego que Enrique de Valois no reciba ningún aviso de que el señor duque de Guisa lo quiere hacer matar.

El golpe fue tan fuerte, que Fausta se estremeció. Al observarlo Pardaillán, respiró satisfecho.

—Empiezo a creer que no estoy muerto —pensó.

—¿Así —dijo Fausta—, el monje os ha confesado que quiere matar a Valois?

—¿Eso he dicho, señora? Supongamos que me he engañado. Únicamente sé que quiere matar al rey por cuenta de Guisa y por esta razón me he apoderado de él; si me dejáis libre, si me concedéis el favor que vengo a pedir, Jacobo Clemente será puesto en libertad y podrá ir y venir a su antojo, y hacer lo que le venga en gana. A mí me importa poco que Valois muera o viva, pero, en cambio, la muerte de Valois interesa mucho al duque de Guisa. Si Valois no muere pronto, Guisa está perdido. Él

ya lo sabe y vos también. La vida de Enrique representa la muerte de Guisa y la vuestra.

Fausta, al oír estas palabras, comprendió que aquél era un hombre no sólo de indomable valor, sino de talento extraordinario. Al notarlo, pensó:

—¿Por qué este hombre no se llamará duque de Guisa?

Pardaillán continuó su exposición y nadie, al verlo, habría podido sospechar el drama espantoso que allí se desarrollaba.

—Así, pues —continuó—, sabiendo con seguridad que Clemente ha sido armado por vos y por Guisa y sabiendo, además, que no encontraréis otro hombre capaz de llevar a cabo semejante empresa, me he apoderado de él. Si vos hacéis lo mismo conmigo, él muere, como ya lo habéis oído por las instrucciones que he dado al señor duque de Angulema. Entonces todos vuestros planes se vienen al suelo. Valois se defiende, Guisa está perdido y vos también.

Fausta, pálida como un cadáver e impasible en apariencia, sufrió en aquel momento como nunca había sufrido. Odiaba a aquel hombre que se atrevía a desafiar su poder. Por fin, no pudiendo contenerse, exclamó:

—En una palabra: decidme lo que queréis.

—Poca cosa. Contra la libertad de Jacobo Clemente y contra el juramento que os hago de no oponerme en nada a su proyecto, os pido la vida y la libertad de dos hombres.

—¿De dos hombres? —exclamó Fausta sorprendida.

—Y ahora viene lo bueno del caso y es que yo no los conozco. Su vida o su muerte me son completamente indiferentes como la de Valois. Me intereso tan sólo por ellos porque son amigos de monseñor Carlos de Angulema, el cual es sagrado para mí. Uno de ellos es el padre de Violeta, que quisisteis hacer morir en la plaza de la Grève. ¿Seguís mi relato, señora?

—Sí, perfectamente.

—El otro es un pobre hombre llamado maese Claudio. Sé que los dos están condenados a morir de hambre y de sed, y humildemente vengo a rogaros que los pongáis en libertad.

Aquí Fausta, al oír tales palabras, imaginó enseguida que alguno de sus servidores le hacía traición. ¿Cómo había podido averiguar Pardaillán que Claudio y Farnesio estaban condenados en su palacio a morir de hambre y sed? Dejó para más tarde el averiguar cuál sería el traidor, y llena de asombro y casi respeto preguntó al caballero:

—¿De modo que habéis venido a haceros matar sólo con el intento de salvar a esos dos hombres a quienes no conocéis?

—Os equivocáis, señora —dijo Pardaillán—. He venido, en efecto, para salvar a esos dos hombres, pero de ningún modo con el intento de hacerme matar, pues como ya he tenido el honor de manifestaros, tengo necesidad de vivir. No hago más que proponeros un trato, creyendo que la vida de Jacobo Clemente, a quien tengo en mi

poder, vale más para vos que la de Claudio o Farnesio. ¿Me he engañado acaso? — exclamó con ansiedad no fingida.

—No, no os habéis engañado —dijo Fausta con gravedad—. Y la prueba es que perdono a esos dos hombres, a pesar de estar condenados por un tribunal cuyas sentencias no tienen apelación.

Pardaillán se quedó estupefacto, sin resolverse a creer que la burda estratagema de que se había valido hubiese podido tener éxito.

Durante toda la conversación que acabamos de reseñar, había permanecido en guardia, es decir, con el oído atento a los ruidos del interior de la casa y la mano preparada para desenvainar la espada.

Fausta golpeó dos veces el timbre. Entró un hombre y en el momento en que levantó el tapiz de la puerta, Pardaillán pudo ver tras ella a buen número de hombres inmóviles, espada en mano.

—Serán los doce gentilhombres —pensó.

Fausta preguntaba entre tanto al recién llegado:

—¿Qué hacen los prisioneros?

—El príncipe Farnesio está sentado en un sillón y el verdugo echado en el suelo.

—¡El verdugo! —se dijo Pardaillán.

¿Quién sería aquel verdugo? ¿Qué misteriosa relación podría haber entre él y Violeta? ¿Sería acaso maese Claudio, el que Violeta amaba más que a su padre?

—¿Qué dicen? —continuó Fausta.

—No dicen nada. Parece que están privados de sentido, pero aún viven, si bien no creo que puedan resistir mucho tiempo a la inanición.

—Ya veis, pues, señor de Pardaillán —dijo Fausta—, que esos dos hombres están a punto de morir.

Pardaillán hizo un esfuerzo para dominar la sensación de horror que lo había sobrecogido.

—Que abran la puerta y que se reanime a los dos condenados. Luego, cuando se hallen en estado de andar, que se les ponga en libertad, diciéndoles antes que han sido perdonados por la intercesión del caballero de Pardaillán. En cuanto hayan sido reanimados, que me avisen.

—¡Señora!... —murmuró Pardaillán.

Fausta hizo un gesto altanero, como diciendo:

—Esperad, que aún tenemos que hablar.

El servidor se retiró. Pardaillán miraba aterrorizado a aquella mujer terrible que, no obstante, le había dado satisfacción tan completa. Transcurrió media hora en silencio, al cabo de la cual reapareció el servidor de antes, diciendo:

—Los condenados están reanimados. Sólo falta hacerlos salir a la calle.

—Señor caballero de Pardaillán —dijo Fausta—, acompañad a vuestros amigos hasta el vestíbulo y yo os esperaré aquí, porque si os pruebo haber aceptado el trato propuesto, vos debéis probarme, en cambio, que mi hombre está libre como los

vuestros.

Hizo una señal al criado, el cual echó a andar seguido de Pardaillán. El caballero, precedido de su conductor, atravesó tres grandes salas magníficamente adornadas, siguió un corredor y llegó, por fin, a una puerta abierta.

—Es aquí —dijo el criado.

El caballero entró y sentados en dos sillones vio al príncipe Farnesio y a maese Claudio. Un personaje vestido de negro, médico sin duda alguna, estaba inclinado sobre ellos y les prodigaba algunos cuidados.

Transcurrieron varios minutos y Pardaillán esperaba con la garganta oprimida por la angustia, mirando con curiosidad malsana a aquellos dos rostros humanos en que el sufrimiento había dejado terribles huellas, más parecidos a fantasmas que a seres vivos.

Luego el hombre vestido de negro se levantó y riéndose silenciosamente se volvió hacia Pardaillán.

—Se restablecerán —dijo—, con la condición de que coman y beban muy moderadamente durante ocho días. ¡Alabada sea nuestra sagrada soberana, que los ha perdonado!

Entonces el viejo hizo una reverencia, tapó cuidadosamente el frasco que tenía en la mano, y mirando otra vez a los condenados, desapareció silenciosamente. Pardaillán dirigió la vista a su alrededor y descubrió que estaba solo; entonces, acercándose a Farnesio, le dijo en voz baja al oído:

—Al salir de aquí, id a la vecina posada. Reuníos con el señor duque de Angulema, que allí está, e id a esperarme los tres a la calle de San Dionisio. Y bien, señores —añadió en voz alta—. ¿Cómo os encontráis?

El cardenal y el verdugo se miraron asombrados. Se hallaban pálidos como espectros. Sus mejillas estaban descarnadas y sus ojos profundamente hundidos en las órbitas. Pero casi enseguida y con rapidez súbita la sangre afluyó a sus rostros. El licor del viejo hacía su efecto. Pusieronse en pie y su primer movimiento fue ir hacia la puerta. Pero antes de trasponerla se detuvieron como dominados por un miedo infantil.

—En nombre de Violeta —les dijo el caballero en voz baja.

—¡Violeta! —exclamó Farnesio como si le costara recordar.

Pero tal nombre produjo en el espíritu de Claudio el efecto de un revulsivo y cerrando los puños exclamó:

—¡Violeta! ¿Violeta, decís?

—Sí —contestó Pardaillán en voz baja—. Si la amáis, hacer lo que os digo. Entrad en el «Broche de Hierro», reuníos al duque de Angulema, e id a esperarme los tres en «La Adivinadora». Silencio, nos escuchan.

Y al mismo tiempo Pardaillán cogió la mano a Farnesio y a Claudio, y los obligó a andar.

—¿No habéis oído —añadió en voz alta— que la gloriosa Fausta os perdona la

vida?

Los dos hombres empezaron a andar presa de asombro extraordinario y pudiendo apenas coordinar las ideas. Algunos instantes más tarde llegaban al vestíbulo, arrastrados por el caballero, el cual, a su vez, era guiado por el servidor de Fausta. Todas las habitaciones que atravesaron estaban desiertas, pero en el vestíbulo hallaron a una veintena de guardias. Se entreabrió la gran puerta de hierro, y a poco Claudio y Farnesio se hallaron en la calle mientras el criado exclamaba:

—Idos, y bendecid a la Soberana que os perdona por la intercesión del señor caballero de Pardaillán.

El caballero tuvo por un momento la idea de aprovecharse de la situación y abrirse paso por entre los hombres de armas para salir a la calle. Pero se dijo que, dada la situación de Farnesio y Claudio, que no podían defenderse, serían muy pronto cogidos los tres y encerrados de nuevo.

Dejó, pues, que se cerrara la puerta, y siguiendo al criado que hasta entonces lo había guiado, se halló pocos instantes más tarde nuevamente en presencia de Fausta. Entonces, inclinándose ante ella, le dijo:

—Señora, los dos desgraciados ya están libres. No olvidaré jamás el derecho que habéis adquirido a mi agradecimiento.

Y como viera que Fausta no contestaba, añadió:

—Por poco que yo sea, señora, y por muy alta que estéis vos, tal vez se presente la ocasión de demostraros mi gratitud.

Fausta volvió ligeramente la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está el fraile?

—Está libre, señora —contestó Pardaillán—, tan libre como el cardenal y el verdugo que acaban de salir de aquí. De todas suertes, señora, podéis guardarme como rehén, pero no quiero engañaros después de la generosidad con que habéis acogido mi súplica. Al confesároslo, pierdo, tal vez, toda esperanza de salvación, pero sabed que Jacobo Clemente no ha estado nunca en mi poder, así como tampoco en el del duque de Angulema.

—¿De modo —preguntó Fausta— que puedo dar la orden de mataros sin que sufran impedimento los proyectos del fraile con respecto a Enrique III?

—Podéis hacerlo, señora.

Entonces Fausta, con aquella voz tranquila, capaz de hacer temblar al más valiente, dijo:

—Voy, pues, a dar la orden, caballero. Preparaos a morir.

Pardaillán desenvainó la espada con gran lentitud, miró atrevidamente a su interlocutora y le dijo:

—Estoy pronto, señora.

Fausta se levantó dirigiéndose hacia Pardaillán, el cual apenas la reconoció.

Ya no era la mujer impasible como una estatua ni tampoco la majestuosa soberana que hacía inclinar la cabeza a los más atrevidos. La que a él llegaba era una mujer en

el esplendor de su hermosura, y animada por volcánico amor.

Pardaillán apoyó las dos manos en el pomo de la espada, cuya punta se clavó en el suelo. Estaba inmóvil, estupefacto y no acertando a creer lo que sus ojos veían. Cuando Fausta estuvo al lado de Pardaillán, palpitante, con el seno agitado y los ojos anegados en lágrimas, era tan hermosa su expresión, que un artista es habría desesperado por no poder fijarla en telas o en mármoles. Y sus dos brazos rodearon el cuello de Pardaillán. Envolvió al caballero con su caricia y luego, lentamente, aproximó sus labios pálidos a los del caballero y le dio un largo beso.

La ardorosa sensación de aquel beso hizo estremecer a Pardaillán hasta lo más profundo de su ser..., pero sus labios permanecieron insensibles a la caricia. Pardaillán amaba a la difunta.

Después del beso, Fausta se desprendió del caballero y retrocedió. A medida que lo hacía, pareció a Pardaillán que ya no era la mujer, es decir, el ser animado por intenso amor, sino la Soberana, la Majestad, la Santidad...

Cuando estuvo a cierta distancia, Fausta habló:

—Pardaillán, vas a morir. No porque has querido contrariar mis designios, ni porque te has opuesto a mi poder, ni tampoco porque me has vencido. Vas a morir porque te amo.

Se calló un momento. El caballero continuaba atónito, sobrecogido por intenso asombro.

Entonces Fausta, con voz de inefable dulzura, melopea de amor y de dolor, añadió:

—Eres amado de la que nunca amó. Mi corazón de diamante, que nunca reflejó más que la llama de los pensamientos supra terrenales, ha reflejado tu imagen. La virgen de orgullo y pureza se ha humillado ante ti; y como yo no debo amar, el elegido de mi corazón ha de morir. Pardaillán, lloro por ti, pero te mato. Y tú, que amas a la difunta, tú que llevas en tu alma la de una muerta, comprenderás el significado del beso que la virgen ha depositado en tus labios. Así, pues, yo también, al matarte, amaré a un muerto. Adiós, Pardaillán. Has recibido el beso de Fausta, y este beso de amor es el beso de muerte.

Dichas estas palabras, Fausta se alejó flotante como una sombra. A los pocos instantes Pardaillán no vio a nadie: estaba solo, rodeado de absoluto silencio.

El caballero no era hombre que permaneciera mucho tiempo indeciso. No tardó, pues, en recobrar su ánimo.

—¡Morir! —murmuró—. Pronto se dice. Fausta es hermosa y es lástima que tan bello cuerpo encierre un alma tan mala. Y ahora quiere matarme porque me ha besado. La verdad es que no encuentro muy justificado el motivo. Pero, en fin, en cuantas ocasiones me he visto en peligro de muerte, he defendido mi piel todo lo que me ha sido posible y lo mismo haré ahora. ¡Qué diablo!

Como el silencio continuaba siendo absoluto, Pardaillán se preguntó qué género de muerte le reservaba Fausta. No sin tantear el suelo con la punta de la espada a cada

paso que daba, se dirigió hacia la puerta por la que había entrado, es decir, la que comunicaba con el «Broche de Hierro». Trató de abrirla, pero no observó en ella cerrojo ni cosa alguna que la asegurase. Por fin se dio cuenta de que sin conocer el secreto era imposible abrirla.

Entonces recordó el relato de Paquita y «La Roja» y levantó los ojos al techo para ver si descubría en él algún nudo corredizo. Pero nada pudo ver que sirviera para ahorcar.

—A pesar de todo, quiero marcharme —se dijo.

Y se dirigió resueltamente hacia la puerta por donde había desaparecido Fausta. Levantó un tapiz y vio un corredor desierto.

—¡Caramba! —se dijo avanzando—. No se dirá que haya esperado tranquilamente la suerte que me reserva esta buena señora. Adelante, pues.

Avanzó a grandes pasos y pronto llegó a una sala también desierta. Pero así que hubo entrado, la puerta se cerró por sí sola a su espalda, mientras que la del extremo opuesto se abría también automáticamente.

—Según parece, debo pasar por ahí —se dijo.

Y continuó andando espada en mano. El palacio estaba solitario. Pero a medida que franqueaba una puerta, ésta se cerraba tras él. Atravesó así muchas salas decoradas con lujo fantástico, pero ya se comprenderá que no estaba de humor para admirar los muebles, cuadros y estatuas.

¿En qué consistiría el peligro? ¿Sería éste mortal?

Pardaillán no podía contestarse ninguna de estas preguntas, pero a pesar de todo continuaba avanzando y se decía:

—No hay duda de que llegaré a una parte u otra.

Aun reuniendo todo su valor, experimentaba el vértigo de un peligro desconocido. Franqueó una sala, inmensa y suntuosa, con columnas de jaspe; la sala del trono. Luego dos o tres habitaciones, más, que atravesó corriendo y gritando a plenos pulmones:

—¡Parece que todo el mundo me tema en este nido de asesinos!

Se engañaba. Era él quien tenía miedo. Miedo del silencio, de la soledad y de lo desconocido. De pronto se tranquilizó porque penetró en una sala de paredes desnudas y siniestras, algo parecido a un calabozo, pero allí había hombres de carne y hueso como él. Respiró profundamente y se echó a reír, poniéndose en guardia.

—¡Por las tripas del diablo! ¡Parece que ya he llegado! —exclamó.

Y entonces precisamente era el momento de sentir miedo. Los hombres estaban en número de treinta, e iban armados de espada y puñales. Estaban en pie adosados a la pared de la sala. Al entrar Pardaillán, ninguno de ellos hizo el menor gesto. El caballero tuvo tiempo de darse cuenta exacta de la situación, que era terrible. Por de pronto la puerta, como todas las demás, se había cerrado por sí misma. Luego, en el centro de la sala, y en el suelo, se abría un gran agujero cuadrado, debajo del cual se oían mugir las aguas del Sena. Resultaba de ello que si daba un paso para defenderse

caía sin remisión en el agujero. Por el contrario, si quería resistir, veía a su alrededor gran número de armas asestadas contra él. Pardaillán, como ya habrá supuesto el lector, se hallaba en la sala de ejecuciones en que Claudio y Violeta estuvieron a punto de perecer. Reinó un momento de silencio.

—Si pudiera adosarme a uno de esos rincones... —pensó Pardaillán.

Entonces oyó, como procedente del exterior, el ruido de un címbalo e inmediatamente se animaron las estatuas vivientes. En el mismo instante, Pardaillán se vio rodeado por un gran círculo de acero que empezó a estrecharse lentamente.

Cada uno de aquellos hombres, empuñando la espada desnuda, se dirigía hacia el agujero del centro de la sala. Parecían no ver a Pardaillán ni ocuparse de él. La maniobra era, como comprendió el caballero, de espantosa sencillez. Cualquiera que fuese el punto a que volviera la espada, hallaba una espada dirigida contra él. Con toda seguridad iba a ser acribillado a estocadas y luego obligado a retroceder hasta caer en el agujero.

Pardaillán comprendió todo eso de una ojeada. En el mismo instante en que se animaban las estatuas, se precipitó sobre ellas para franquear el círculo de acero y dirigió dos o tres estocadas. Entonces un estremecimiento de terror agitó su cuerpo. Estaba seguro de haber asestado a sus enemigos dos o tres estocadas mortales, pero ninguno cayó. Comprendió que todos llevaban cotas de malla que los hacían invulnerables, excepto en el rostro. Pero al fijarse en éstos vio que no tenían expresión, y estaban absolutamente inmóviles, cosa que indicaba que eran máscaras y no rostros.

Dirigió a su alrededor una mirada y vio a su espalda, a tres pasos de distancia, el agujero negro que lo esperaba. Por segunda vez inició el ataque, pero sin conseguir desembarazarse de ningún enemigo. En cambio, él fue herido en el hombro.

El círculo de acero se estrechaba cada vez más. A la sazón, para poderlo formar, los hombres se vieron obligados a colocarse en dos filas.

En aquel momento se oyó un clamor fúnebre desde las profundidades del palacio, como si gran número de frailes o sacerdotes unieran sus voces para cantar un *De profundis*. Al mismo tiempo una campana empezó a doblar a muerto y un órgano dejó oír sus quejumbrosos sonidos.

Pardaillán se estremeció al comprender que aquel canto funeral era por él. Fausta, organizadora refinada de fantásticas escenas, hacía cantar el oficio de los muertos por uno que todavía no lo estaba. Entonces Pardaillán, comprendiendo que estaba perdido, quiso arriesgar el todo por el todo y se dispuso a poner en práctica su irrealizable plan.

En el preciso instante en que las puntas de las espadas iban a herirlo y a empujarlo hacia el agujero, se bajó recogiéndose sobre sí mismo, y, de pronto, por entre las piernas de los enemigos se oyó el rugido de una fiera que pasa mordiendo, de un jabalí que hunde sus colmillos en el enemigo. Resonaron dos o tres fritos de dolor y dos hombres cayeron con el vientre agujereado por la daga de Pardaillán, el

cual, no pudiendo herir ni al pecho ni al rostro, destripaba a sus enemigos. Un momento después se hallaba fuera del círculo fatal, y levantándose de un salto se adosó a un rincón de la estancia.

Transcurrió un minuto durante el cual no se oyeron más que las voces de los sacerdotes, el tañido de las campanas y las notas del órgano.

Los verdugos u hombres de armas de Fausta estaban asustados. Luego uno de ellos, el jefe sin duda, pronunció rápidamente algunas palabras y enseguida se rompió el círculo silenciosamente. Se formaron tres o cuatro filas que avanzaron hacia el rincón en que se hallaba Pardaillán.

Entre tanto el caballero, con los tendones distendidos y la cabeza ardorosa, dirigió a sus enemigos una mirada comparable a la de la fiera cogida en la trampa. Respiró fuertemente, y al mismo tiempo envainó la espada y cogió un objeto que estaba colgado en la pared.

Aquella sala era la de las ejecuciones, como ya recordará el lector. Allí era donde se mataba a los condenados por el tribunal secreto. Era la sala del verdugo y por esta razón en las paredes estaban colgados ordenadamente varios instrumentos de tortura, tales como rollos de cuerda, mazas, cuchillos y hachas.

El objeto que Pardaillán acababa de coger, era una pesada maza, hecha de una enorme bola de hierro erizada de puntas y con mango de madera rugosa apenas pulida. Hubo, como ya hemos dicho, una tregua, durante la cual los asesinos se organizaron para un nuevo ataque. Pardaillán, maza en mano, vio cómo avanzaban hacia él.

—Si espero, soy hombre muerto —se dijo.

Y en el mismo momento adelantó unos pasos para ir al encuentro de sus contrarios. Y entonces levantó la maza enorme, la hizo girar sobre su cabeza y la dejó caer. Inmediatamente se oyeron golpes sordos, suspiros breves como de bueyes derribados y caer de cuerpos con los cráneos rotos. Luego hubo un desorden furioso y la banda olvidó toda disciplina y toda consigna de silencio. Resonaban aullidos y maldiciones entremezclados con las lejanas voces de los sacerdotes.

Pardaillán estaba en el centro de sus enemigos que, vociferando, trataban de inferirle el golpe mortal. ¿Pero, cómo lograrlo? La maza, la terrible maza describía un círculo de muerte.

Los asesinos retrocedieron desordenadamente dejando siete cadáveres en el suelo. Y en su retroceso todos se dirigían de alocada manera hacia el agujero negro. Cinco cayeron en él. Algunos pudieron sujetarse al borde por algunos momentos, pero luego desaparecieron profiriendo salvajes aullidos.

Y entonces, después de aquel ataque que tal vez sólo había durado cinco segundos, Pardaillán empezó a andar persiguiendo a mazazos a sus enemigos, que estaban locos de espanto.

Una vez hubo llegado al extremo opuesto de la sala, se volvió apoyándose un momento en la maza, lleno de sudor y con la respiración jadeante.

Descansó unos segundos y entre tanto vio en tierra una docena de cuerpos retorcidos en diversas posiciones. Vio el suelo cubierto de espadas rotas y de máscaras de alambre de acero, y grandes manchas de sangre. Y contra uno de los lienzos de pared, sin duda el lugar en que se abría la puerta, algunos hombres llamaban desesperadamente con el pomo de sus espadas, pidiendo auxilio con angustiadas voces.

La puerta, cerrada por un mecanismo, no se abría, y ésta era, sin duda, una precaución de Fausta, que había querido que Pardaillán muriese allí sin esperanza de salvación.

El sonido del órgano y de los cánticos religiosos cubría el de las voces de los que pedían auxilio, y aun cuando los oyeran, tal vez se figurarían que Pardaillán intentaba una defensa desesperada y que mataba a algunos antes de morir.

Pardaillán y sus enemigos lo comprendieron así. Y éstos, cesando de pronto en sus vanas llamadas, se reunieron en un grupo y ferozmente se arrojaron sobre el caballero.

Éste dio dos pasos y levantó de nuevo la maza, que fue a desplomarse sobre los más atrevidos, que cayeron al suelo como heridos por un rayo. Todos comprendieron entonces que era imposible acercarse a Pardaillán y empezaron a retroceder mientras él avanzaba.

Anduvo de uno a otro extremo de la sala y de pronto se echó a reír nerviosamente al observar que, en su alocada fuga, tres hombres más habían caído en el agujero. A la sazón no quedaban más que seis o siete, que locos de espanto y sin voz eran incapaces de manifestar a gritos su desesperación.

Por tres veces más trataron de echarse contra él y herirlo en donde les fuera posible, pero a cada ataque saltó un cráneo roto en varios pedazos. La maza giraba como un torbellino y cada vez que hallaba una cabeza o un hombro lo destrozaba. Y, de pronto, Pardaillán vio que era el único que estaba en pie. Entonces le cayó la maza de las manos. Trató de levantarla, y no consiguiéndolo, exclamó:

—¿Cómo habré podido manejar eso?

Miró a su alrededor y como sintiera dificultad en respirar, arrancó el cuello de un jubón. Entonces se fijó en la terrible matanza, y de pálido que estaba, se puso lívido. Sintió odio furioso contra aquella mujer causante de tantos horrores. Y no hay duda de que, si en aquel momento se le aparece Fausta, le habría dado muerte. Luego se calmó, y secando el abundante sudor de su rostro, exclamó:

—¡Pobres hombres!

Y se secó de nuevo la cara creyendo que sudaba, cuando advirtió que en realidad, lloraba.

En el palacio, las fúnebres voces salmodiaban su muerte. De pronto reinó gran silencio. Pardaillán comprendió que iban a llegar y que abrirían la puerta para asegurarse de su muerte, es decir, de que su cadáver había sido arrojado al río. Esta idea le devolvió su sangre fría y le permitió darse cuenta de su situación.

—Cada uno se defiende como puede —exclamó—. Esto es un campo de batalla y si he matado ha sido para no verme muerto. Y ya que me he defendido cuanto me ha sido posible, es hora de salir de esta casa.

Hablando así miraba con el rabillo del ojo el agujero hacia el cual habían querido precipitarlo y que, en realidad, era el único paso practicable para la fuga. Se acercó al borde, miró, pero no vio más que tinieblas; más al fondo oyó muy bien el ruido que al deslizarse hacían las aguas del río. No había un momento que perder. Se colgó por las dos manos al borde y así suspendido se dejó caer dentro del agujero y con los pies buscando en el vacío. Y sucedió lo que había previsto. La sala de las ejecuciones estaba, como ya hemos dicho, sobre el río. No formaba parte del cuerpo del palacio, sino que era un anexo, algo semejante a una jaula colgada de una pared. El suelo reposaba sobre un andamiaje de puntales que salían del agua. Los pies de Pardaillán hallaron uno de aquellos puntales que partía de otro vertical y se elevaba diagonalmente hasta el suelo de la sala. Los pies de Pardaillán, palpando, por decirlo así, siguieron aquella línea diagonal que terminaba casi en el borde del agujero. Al observarlo, Pardaillán dio un grito de alegría comprendiendo que se había salvado.

Entonces rodeó sus piernas al puntal y una vez sujeto soltó las manos para cogerse al madero, y hecho esto, se deslizó por él.

Casi inmediatamente llegó al punto en que el madero se apoyaba en el puntal vertical, del modo que una rama se apoya en el tronco. Se dejó deslizar nuevamente por ésta y a poco se halló en el agua.

—Ahora descansaré —pensó— y luego, nadando, creo que conseguiré ganar la orilla. Ya estoy salvado de las garras de Fausta y me parece...

En aquel instante algo le rozó suavemente. Pardaillán tocó el obstáculo y un estremecimiento de horror corrió por su cuerpo. Era el cadáver de uno de los hombres caídos al río. Casi inmediatamente otro cadáver fue a rozar con él. El agua los llevaba de una parte a otra, pero no los arrastraba.

¿Cuál era la causa de tal anomalía?

Pardaillán sintió entonces inmundos contactos. Le rozaron manos heladas; todos aquellos cadáveres giraban por el torbellino de agua que allí se formaba. Se hubiera dicho que todos lo llamaban y trataban de arrastrarlo. Era horroroso.

El caballero, lleno de horror y con los cabellos erizados, trataba de darse cuenta exacta de la situación, pero no podía hacerlo de un modo preciso. Su facultad de pensar estaba limitada por el horror.

Por fin, con un esfuerzo furioso, Pardaillán consiguió desprenderse en parte del espanto. Entonces pensó en huir del contacto de los cadáveres remontándose a la superficie. Comenzó a izarse y muy pronto estuvo fuera del alcance de los cadáveres, entonces respiró.

Y cuando estaba ya a medio camino entre el agujero y los cadáveres, oyó voces en la sala. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al comprender que no podía subir allí, pues resonaban numerosos pasos, exclamaciones y maldiciones.

Así, pues, al descender volvería a hallarse entre los cadáveres, y, de subir, apenas su pálida cabeza apareciera por el orificio, sería muerto y arrojado con los demás. Pardaillán, cogido de brazos y piernas al puntal de madera, se detuvo indeciso. De pronto reinó silencio en la sala y luego oyó una voz que decía:

—¿Qué sucede? ¿Dónde está el condenado?

Y oyó cómo contestaban:

—Vuestra Santidad puede ver que el señor de Pardaillán ha sido precipitado al río por los nuestros, pero les ha costado caro. ¡Qué carnicería! Ha echado al río a una docena y ha muerto a los demás.

Pardaillán levantó la cabeza y divisó algunas sombras que se inclinaban hacia el agujero. Reconoció claramente a Fausta. Pudo verla durante algunos segundos y oyó el suspiro ronco que salió de su seno. Luego, lentamente, se apartó. El mismo hombre que había hablado dijo entonces:

—Felizmente, Vuestra Santidad tuvo la idea de poner una nasa y de esta suerte ya no hay fuga posible como sucedió con maese Claudio.

Se oyeron en la sala algunas idas y venidas y luego lejana, pero distinta aún, el caballero oyó la voz de Fausta.

—Mañana debe abrirse la nasa para que los cadáveres puedan ser arrastrados por el agua y entre tanto, ciérrese la trampa.

En el mismo instante desapareció la luz que iluminaba el lugar en que se hallaba Pardaillán, y la trampa se cerró con ruido sobre su cabeza.

El caballero comprendió entonces que estaba perdido y que nada podría salvarlo. En efecto, por arriba le habían cerrado la salida y por el río érale también imposible la fuga. A la sazón comprendía por qué los cadáveres no habían sido arrastrados por el agua. Comprendió que Fausta, a consecuencia de alguna aventura semejante a la suya, en que alguien consiguió evadirse por el río, había hecho establecer una especie de pozo con rejas y que formaba, como dijera el hombre, una nasa de la que era imposible huir.

Con esfuerzo final se izó hasta el punto en que se apoyaba el puntal diagonal con el vertical y se sentó en el ángulo que formaban los dos. Ya era tiempo, porque estaba derrengado. Entonces respiró profundamente y se operó la reacción en aquella alma de excepcional temple.

A horcadas sobre el madero, con la espalda apoyada en el puntal diagonal, Pardaillán experimentó entonces un reposo de cuerpo y alma que le pareció delicioso. Desaparecieron las sensaciones de horror y de miedo; sonrió apaciblemente. Su cerebro dolorido luchaba con trabajo contra la fatiga y se sorprendió bromeando consigo mismo.

—En la nasa —murmuró sonriendo— ni más ni menos que una trucha. Pero yo no soy un pez, señora. Es extravagante el pretender que yo sea un pez. ¡Ah!, señora..., la nasa... la trucha... la...

De pronto se calló y ya no se oyó más que el soplo regular de una respiración, y

abajo el roce sedoso del agua, y los blandos choques de los cadáveres que tropezaban unos con otros continuando sus círculos macabros.

¡Pardaillán dormía!

* * * * *

Esta aventura continúa en el tomo titulado:

FAUSTA VENCIDA

Episodio 11 - «Vida por vida».

«Los Pardaillán». La serie.

NUNCA el interés fue mantenido a lo largo de una extensa narración de una manera tan viva y creciente como en *Los Pardaillán* —la obra cumbre de Miguel Zévaco—, donde la intriga, hábilmente llevada, se prolonga en una refulgente cadena de recios eslabones que cautivan y a la vez encantan al lector.

Quien se sumerge en el torbellino de *Los Pardaillán* se convierte inmediatamente en un devoto de esa literatura sublime que subyuga el pensamiento y acelera los latidos del corazón. Zévaco, el famoso novelista francés, autor de más de 60 narraciones históricas, con una agilidad asombrosa, con un dominio de las situaciones dramáticas difícilmente igualado por escritor alguno, arrebatada y conmueve hasta el extremo al lector, siempre ávido por desentrañar el fin de la alucinante aventura que se desarrolla ante sus ojos.

El espectáculo de las Cortes fastuosas, de los lúgubres pasadizos de los palacios, de las alegres y bulliciosas ciudades, de un pueblo que alborota, ríe o se pasma al paso de las regias carrozas o al conocer los contrarios pensamientos, las envidias, los celos, las más turbulentas pasiones que agitan el pecho de los reyes y príncipes que le gobiernan, constituye por sí solo un aliciente bastante para estimular el interés del lector.

Pero además quien tiene entre sus manos uno de los episodios que integran la serie de *Los Pardaillán* no se conformará con darle cima, sino que, enseguida, vasallo de su propia pasión, de su particular desasosiego, se lanzará en el vértigo del episodio siguiente, y así, no se hallará satisfecho hasta dar remate al último volumen, hasta recorrer hasta su término esa senda incitante e infinitamente variada que ha dibujado Zévaco con mano maestra en *Los Pardaillán* y que se extiende ante él como una tentación sin cesar renovada.

Y luego, los recuerdos quedan en el alma impresionada tan a lo vivo y los más relevantes episodios permanecen grabados con tanta fuerza en la memoria del lector, que éste adquiere inmediatamente el convencimiento de que las vidas ajenas han enriquecido la vida propia y de que jamás su tiempo estuvo tan bien aprovechado como cuando se contaminó del frenesí que agita y acongoja a cuantos personajes cruzan por las páginas incendiadas —de amor o de odio— de *Los Pardaillán*.

La serie consta de 27 episodios cuya publicación original es como sigue:

Parte 1 — *Publicada en: 1907 (en 1902 por entregas).*

Época en que transcurre: 1553-1572, (el reinado de Carlos IX).

Tomo 1 - Los Pardaillán.

Incluye los episodios 01-04: En las garras del monstruo, La espía de la Médicis, Horrible revelación y El círculo de la muerte.

Tomo 2 - Una epopeya de amor.

Incluye los episodios 05-07: El cofre envenenado, La cámara del tormento y Sudor de sangre.

Parte 2 — *Publicada en: 1908 (en 1903 por entregas).*

Época en que transcurre: 1588-1589, (el reinado de Enrique III).

Tomo 3 - Fausta (este libro).

Incluye los episodios 08-10: La sala de las ejecuciones, La venganza de Fausta y Una tragedia en La Bastilla.

Tomo 4 - Fausta vencida.

Incluye los episodios 11-13: Vida por vida, La crucificada y El vengador de su madre.

Parte 3 — *Publicada en: 1913.*

Época en que transcurre: 1590, (el reinado de Enrique IV de Francia y Felipe II de España).

Tomo 5 - Pardaillán y Fausta.

Incluye los episodios 14-16: Juan el Bravo, La hija del rey hugonote y El tesoro de Fausta.

Tomo 6 - Los Amores de Chico.

Incluye los episodios 17-19: La prisionera, La casa misteriosa y El día de la justicia.

Parte 4 — *Publicada en: 1914 / 1916).*

Época en que transcurre: 1610, (el reinado de Enrique IV).

Tomo 7 - El hijo de Pardaillán.

Incluye los episodios 20-21: El Santo Oficio y Ante el Cesar.

Tomo 8 - El tesoro de Fausta.

Incluye los episodios 22-23: Fausta la diabólica y Pardaillán y Fausta.

Parte 5 — *Publicada póstumamente en: 1926.*

Época en que transcurre: 1614, (la regencia de María de Médicis).

Tomo 9 - El fin de Pardaillán.

Incluye los episodios 24-25: Tallo de lirio y La abandonada.

Tomo 10 - El fin de Fausta.

Incluye los episodios 26-27: La dama blanca y El fin de los Pardaillán.



MIGUEL ZÉVACO (1860 – 1918). Nació en Ajaccio (Córcega) el 1 de febrero de 1860, y murió en Eaubonne (Val-d'Oise, Francia) el 8 de agosto de 1918, a los 58 años.

Después de una breve experiencia como profesor, a los 20 años, ingresó en el ejército, donde permaneció cuatro años (*Teniente de dragones en 1886*). Fue en esta fecha que se trasladó a París.

Atraído por las letras y la política Miguel Zévaco se convirtió en columnista y subeditor en «*Le Égalité*», que dirigía entonces el revolucionario socialista Jules Roques.

Activista político, se postuló (sin éxito) en las elecciones legislativas de 1889 para la Liga Socialista Roques. En esa época, conoció a Louise Michel, Aristide Bruant, Séverine y otros socialistas notables.

En una época en que no existía la libertad de expresión; debido a lo intenso de sus discursos y la virulencia de sus palabras en medio de los atentados anarquistas de la época, Zévaco fue etiquetado de anarquista y en varias ocasiones encerrado en prisión: ya sea por hablar en contra de personajes públicos, o por defender sus convicciones y la libre expresión, o por elogiar a socialistas declarados. Como un ejemplo: el 06 de octubre 1892, fue condenado por el Tribunal de lo Penal del Sena por haber dicho en una reunión pública en París:

«*A los ciudadanos nos están matando de hambre... Robar, matar, dinamitar; todos los medios son válidos para deshacerse de esta infame opresión*».

En 1900, Miguel Zévaco abandonó el periodismo político para dedicarse a escribir novelas por entregas. Comenzó esta nueva carrera con la novela: *Borgia*, publicada en el diario: *Le Petite République* de Jean Jaurès, logrando un éxito sin precedentes. El enorme éxito de esta narración explica porqué el autor continuó escribiendo novelas históricas. Tras el éxito de su primera obra, Zévaco sigue escribiendo, lo que se convertiría en una larga cadena de éxitos. Obras como: *Triboulet* (1900-1901), *El Puente de los Suspiros* (1901), *Los Pardaillán* (1902... 1918), *Flores de París* (1904), *Los Misterios de la Torre de Nesle* (1905), *Le Capitán* (1906), *Nostradamus* (1907), *La Heroína* (1908), o *El Hotel Saint-Pol* (1909), etc.

Zévaco continuó con gran éxito su carrera como escritor hasta su muerte en 1918, y, es considerado **uno de los más brillantes exponentes de la novela de capa y espada de todos los tiempos**.

Fuera de Francia Miguel Zévaco no es muy conocido, y esto se atribuye a dos cosas: a que fue etiquetado de anarquista por el gobierno de su época, y al boicot promovido por las autoridades eclesiásticas a quienes no gustaba que las cosas fueran dichas claramente, en lugar de presentarlas en un ángulo siempre favorable a la iglesia católica. Sin embargo los documentos históricos avalan completamente los acontecimientos tal como son presentados por Zévaco, a pesar de que éste los presenta, sólo como escenario de sus novelas.

Durante la Primera Guerra Mundial, Miguel Zévaco dejó Pierrefonds donde residió desde el final del siglo y se instaló en Eaubonne (Val-d'Oise), donde finalmente murió en agosto de 1918, probablemente de cáncer.

Notas

[1] Léase la obra interesantísima de Zévaco El señor de Capeatang, en la que Violeta y el duque de Angulema son los personajes más importantes. (N. del E.) <<

[2] Véase Nostradamus: El Nigromante. (N. del E.) <<

[3] Agrippa da Aubigné, hugonote militante y uno de los capitanes más crueles de Enrique de Bearn, era conocido como conspirador temible, y los jefes de la Liga habían puesto precio a su cabeza. (N. del E.) <<